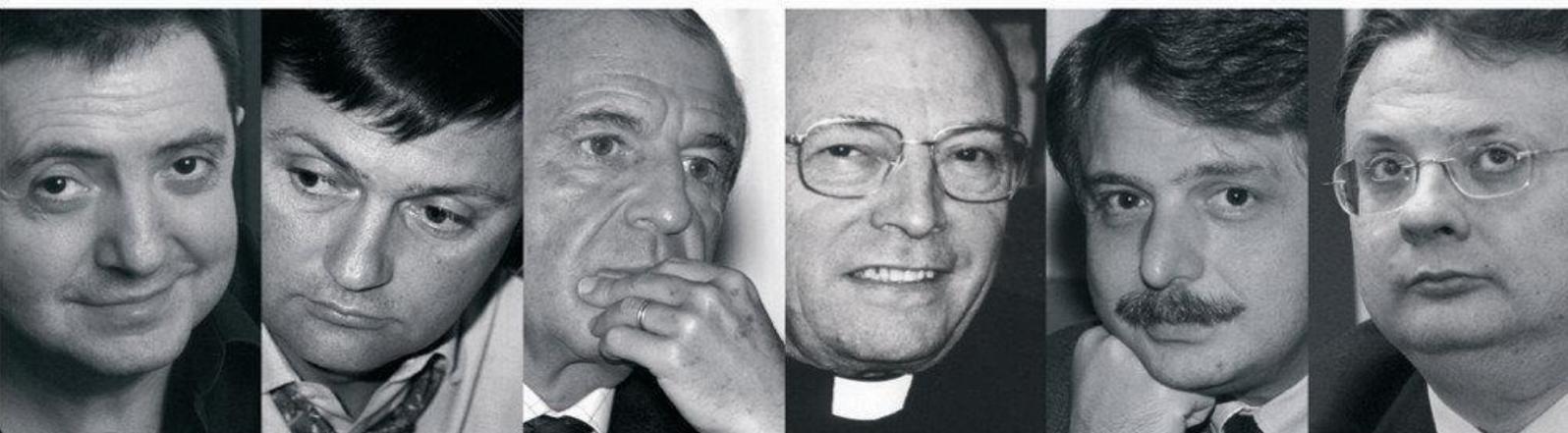


Federico
**JIMÉNEZ
LOSANTOS**
**DE LA NOCHE
A LA MAÑANA**



El milagro de la COPE

Lectulandia

El 1 de mayo de 1998, Aznar llama a La Moncloa a Federico Jiménez Losantos y Luis Herrero para que rompan con su gran amigo Antonio Herrero. Al día siguiente, Antonio, el gran renovador de la radio española, está muerto. Tras unos funerales multitudinarios y emocionantes, Luis y Federico tendrán que hacerse cargo de los dos grandes programas de la COPE para salvar el legado de libertad de Antonio y la continuidad de la cadena. Así comienza este libro trepidante y vertiginoso, que desvela las verdaderas relaciones entre la política y los medios de comunicación en España, todas las operaciones de fusión multimedia auspiciadas por el Poder, la lucha por la independencia de algunos periodistas y las tentaciones continuas que les rodean. Nunca en España se ha escrito un libro tan descarnadamente sincero sobre los entresijos del Cuarto Poder. Y literariamente, nunca Jiménez Losantos había desplegado una prosa tan acerada, humorística, descarnada, brillantísima. Es, quizás, el mejor de sus libros.

Pero la verdadera protagonista de este libro de memorias y ensayo, de confesión y análisis, es la COPE. El cura don Bernardo, Barriocanal, Rouco, Blázquez, José María García, José Antonio Abellán, César Vidal, Luis Herrero, Pedro J. Ramírez, Nemesio Fernández-Cuesta, José Manuel Lara, Aznar, Zapatero, Esperanza Aguirre, Gallardón, Polanco o Carod Rovira son, entre otros muchos, los personajes que entran y salen en este relato que se lee como una novela y tiene el peso de un acta notarial. Es también el curso más claro que se haya editado nunca sobre cómo se crean dos grandes programas de radio, La linterna y La mañana, que han convertido a Jiménez Losantos en el periodista más polémico y acaso más influyente de la España actual. Asimismo es la epopeya absurda y contradictoria de cómo la COPE ha podido sobrevivir a todas las operaciones para cerrarla -que continúan-, y por qué se ha convertido en la referencia fundamental de millones de españoles.

Ésta es una maravillosa saga de lealtades y traiciones, sustos y milagros, amenazas y certezas, ideas y valores, que tiene como fondo la gran crisis de España en el siglo XXI y la lucha eterna entre despotismo y libertad.

Lectulandia

Federico Jiménez Losantos

De la noche a la mañana

El milagro de la COPE

ePUB v1.2

ePUBym 11.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *De la noche a la mañana*
Federico Jiménez Losantos, 10/2006

Editor original: ePUBrym (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

Capítulo I

LA MUERTE DE ANTONIO HERRERO

El 2 de mayo de 1998, de la noche a la mañana, mi vida cambió. En realidad, había empezado a cambiar el 1 de mayo, uno de esos días madrileños de primavera capaces de curar cualquier invierno: cálidamente frescos al atardecer y frescamente tibios al anochecer, algo así como el Despotismo Ilustrado aplicado a la meteorología. Habíamos llegado al palacio de La Moncloa en el coche de Luis Herrero para cenar con el presidente del Gobierno, que nos había invitado esa misma tarde. Al día siguiente, Aznar tenía su primer día de gloria: viajaba a Bruselas para firmar un milagro: nuestra incorporación al sistema de moneda única europea, el euro. Al dejar el Poder el PSOE de Felipe González, tras más de trece años de Gobierno, España no cumplía ninguna de las condiciones de estabilidad financiera y presupuestaria para entrar en el euro. Sólo dos años después de la llegada del PP al Poder, y tras severas medidas de control del gasto público, las cumplía todas. El 2 de mayo de 1998 iba a inaugurarse oficialmente también la etapa de mayor prosperidad económica en la historia de España, pero esa noche tampoco lo sabíamos. Lo único que nos intrigaba era saber qué quería el Presidente.

La cena empezó cuando aún quedaban rastros de luz en las copas de los árboles. Ana Botella nos saludó con amable brevedad y subió a acostarse, porque quería estar fresca al día siguiente. En cambio, se quedó a cenar con nosotros José María, el hijo mayor del Presidente, con el que Luis tenía relación por los veranos de Oropesa. La hora de condumio transcurrió así entre oficiosidades y familiaridades, con abundantes referencias al Milagro del Euro que tanto nos había entusiasmado a los liberales, pero no por la moneda única, que no nos llenaba de alegría, sino por el control del gasto público y la lucha contra el déficit, garantía de prosperidad a medio plazo si además se bajaban los impuestos, como efectivamente sucedió. En *La linterna* de la COPE, que por entonces dirigía Luis y donde me dedicaba durante una hora larga a repasar los periódicos del día siguiente y al zafarrancho tertuliano, yo era uno de los más fogosos defensores de esa política económica genuinamente liberal e inédita en España desde el Cánovas anterior a 1898, el año de La Catástrofe, que en esas fechas se recordaba y que no lo fue tanto por la pérdida de las colonias como de los principios liberales. Huelga decir que esa referencia histórica, tan elogiosa como cierta, no molestaba nunca al Presidente, y esa noche tampoco. Parecía encantado con la silente participación de su primogénito en el alborozo intelectual que en algunos medios podía provocar su política económica.

Burla, burlando, llegó el helado de café. Y entre referencias a Von Mises y a los deportes náuticos en Oropesa, al Cánovas redivivo que nos daba de cenar y al

deseado Sagasta capaz de asegurar desde el PSOE la continuidad de la nación y de la gestión económica —un perfil en el que no encajaba precisamente el nuevo candidato socialista, Borrell, con el que tres días después debía enfrentarse Aznar en el Parlamento—, su hijo hizo mutis escaleras arriba, tras las citas padelianas de rigor. El presidente del Gobierno se situó entonces al otro lado de un gigantesco habano. Y Luis y yo nos parapetamos tras dos descafeinados con leche, dispuestos a enterarnos, por fin, de *La Razón* de aquel encuentro.

Pronto se despejó la incógnita. Aznar estaba francamente molesto, qué digo molesto, verdaderamente enfadado; bueno, enfadado es poco; absolutamente indignado, pero indignado del todo, ilimitada, superlativa, apocalípticamente, con Antonio Herrero. No es que la COPE, donde nos habíamos refugiado los que por defender a Aznar como única alternativa lógica al felipismo fuimos despedidos en 1992 de Antena 3 Radio y Televisión, le ahorrara disgustos. Por ejemplo: nosotros dos habíamos criticado su olvido de las promesas de regeneración democrática en el caso de los papeles del CESID, y yo seguía censurando especialmente la decapitación de Vidal-Quadras en el PP de Cataluña. Pero esa crítica, aunque no la compartiera y la encontrara injustificada, podía comprenderla. En cambio, «lo de Antonio Herrero en *La mañana*» le resultaba «intolerable». Y una y otra vez, mientras cuidaba con eficacia sonámbula la combustión del habano, repetía la misma palabra: «Intolerable».

Yo recurrí al argumentario histórico: Antonio Herrero había sido la pieza clave del periodismo comprometido que, desde distintos medios de comunicación, mantuvo una crítica implacable a la corrupción y al crimen de Estado del felipismo. Tanto el *ABC* de Anson como el *Diario 16* de Pedro J. Ramírez, y, tras su defenestración por presiones del Gobierno del PSOE, *El Mundo*, tuvieron en el programa de Antonio Herrero (*El primero de la mañana* en Antena 3, *La mañana* en la COPE) el altavoz que ampliaba sus denuncias, la conciencia crítica que respaldaba sus argumentos, el lugar donde se refugiaban los damnificados por el felipismo para seguir políticamente vivos, la batería de tertulias que diariamente trataban de conmover la conciencia cívica. Sin la radio, sin aquella radio madrugadora e implacable de Antonio, cada periódico por su lado y todos en bloque no hubieran alcanzado la eficacia galvanizadora en la derecha moderna y la disuasión moral en cierta izquierda antigua que dejó de apoyar al PSOE.

El precio de esa crítica al felipismo —seguía repitiendo yo, como si Aznar, el gran beneficiario, no lo supiera— fue terrible: a la persecución profesional se unían las feroces campañas de difamación personal e incluso familiar a manos de Polanco y empresas satélites, como *Zeta* y *La Vanguardia*. En esos mismos días, tras el terrible episodio del vídeo de Pedro Jota (promovido desde el entorno de González y los GAL, con *El País* y la SER como altavoces del linchamiento social, del asesinato

civil y profesional del director de *El Mundo*), el propio Antonio afrontaba una campaña implacable del PSOE, PRISA y un importante sector de la Conferencia Episcopal para echarlo de la COPE. La excusa, que no la razón, fue un desliz lamentable de Antonio comparando a la portavoz del Gobierno de González con Monica Lewinsky (el origen de la especie era el difunto Francisco Fernández Ordóñez, ministro en ese gabinete), por el que inmediatamente pidió perdón, y volvió a pedirlo durante días y días, por supuesto sin éxito. Para la izquierda era la ocasión de vengarse del pasado y, sobre todo, de acabar con el molesto presente de la COPE, cuya fuerza esencial era *La mañana*, un programa con casi dos millones de audiencia, según el hostil EGM, que competía eficazmente con el de Iñaki Gabilondo en la SER, como José María García en los deportes o Luis en *La linterna*. Sin Antonio en *La mañana*, nadie creía posible la supervivencia de la cadena. Y en esa situación de crisis profesional y de brutal acoso personal era increíble que viniera el presidente del Gobierno, precisamente José María Aznar, a criticar a Antonio Herrero.

—¡Es que no se puede oír! ¡Éstos —y señalaba la escalera por la que se había ido su hijo; supusimos que el otro no-oyente era Ana Botella— es que ya no le oyen!

—Bueno, pues que no le oigan. Se supone que esto es una democracia, ¿no? Que pongan a Luis del Olmo, Radio Nacional o, como le dije a Carlos Aragonés el otro día, poned todos el hilo musical, que es lo que os va. Así os enteraréis de lo que pasa.

—Te digo que es intolerable. Lo del CESID [escuchas ilegales en una sede de Batasuna] es intolerable. Las cosas que ha dicho Antonio son intolerables.

—Las que diga la SER hay que tolerarlas, claro. Lo que diga Antonio, no. ¡Que tengas a los chapuzas del GAL a las órdenes de Eduardo Serra: eso sí es intolerable!

Llegados a ese punto de bloqueo, yo no quería ver, o simplemente no veía, qué sentido tenía la discusión y, por ende, la cena, hasta que Luis, que por haber nacido en un gobierno civil tiene una percepción olfativa y hasta adivinatoria de la política, lo puso de manifiesto con toda crudeza:

—Mira, Presidente, antes de seguir, que el malentendido no quede entre nosotros: antes me colgarán del palo mayor que traicionar a Antonio.

Yo me quedé estupefacto. De pronto, todo —la cena, la discusión, el aire que olía a habano caro pero que se podía cortar con un cuchillo, la mirada rifeña del Presidente— cobraba un sentido dramático. Estuve a punto de corregir a Luis diciendo que Aznar no nos había dicho tanto, pero era evidente que de eso exactamente se trataba, porque bastaba una frase para deshacer el equívoco y el único que podía hacerlo no la pronunciaba. Luis todavía le dio otra oportunidad:

—No sé lo que pensará Federico. Yo hablo sólo por mí, pero desde aquí te digo que yo no voy a abandonar a Antonio. Pase lo que pase.

Y Aznar siguió sin desmentir que ése era precisamente el objeto de la cena: anunciarnos la condena de Antonio, si de él dependía, y la voluntad de salvarnos de la

quema profesional a nosotros dos. Siempre que respaldásemos su postura, obviamente.

O, lo que venía a ser lo mismo, siempre que no hiciéramos causa común con el condenado.

A partir de ese momento, los recuerdos de aquella apacible pero tormentosa noche cristalizan en muchas frases sueltas y una imagen recurrente, obsesiva. Tras la intervención de Luis y el silencio de Aznar, me tocaba hablar a mí. Y esta vez con plena conciencia de que era precisamente lo que Aznar no quería oír, dije que «como siempre y muy especialmente desde el 92, cuando nos echaron a la calle por apoyarte», yo también seguiría la suerte de Antonio... y de Luis. Entonces, Aznar, poseído por una especie de furia muscular, se levantó y empezó a pasear junto a la mesa, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, siempre con el puro por delante, en involuntaria parodia de Groucho Marx. Enfrente, sin mirarnos pero sin dejar de vernos, Luis y yo buscábamos una salida dialéctica a lo que, según creíamos entonces, ya nunca podría tenerla.

Mientras la noche de mayo se aburría tras las ventanas, nos fuimos turnando en la técnica favorita de Luis para abordar los problemas insolubles: constatar que no era la primera vez que se planteaban y que, por lo tanto, no eran necesariamente mortales. Ante la acelerada esfinge peripatética en que se había convertido el Presidente, fuimos repasando distintos episodios de la crisis permanente en nuestra relación con el PP, cuando el equívoco de que estábamos en una misma lucha tropezó con la evidencia de que nuestras intenciones, si caía el PSOE, eran muy distintas. Podían haber coincidido, o al menos marchar por caminos paralelos, pero Aznar no quiso. Para él siempre fue prioritaria la disolución de lo que Juan Luis Cebrián llamaba el «Sindicato del Crimen», fórmula acuñada precisamente cuando Polanco, Godo, Asensio y Mario Conde firmaron en 1992 el «Pacto de los Editores» para defender a los responsables de los crímenes del GAL. El delito clave perpetrado por aquella Banda de los Cuatro fue la compra y cierre de Antena 3 Radio y la reconversión felipista de Antena 3 Televisión, que supuso nuestra expulsión fulminante de la primera cadena de radio de España y de la primera televisión privada. Tras el «antenicidio» y una campaña ferozmente guerracivilista, el PSOE, convertido definitivamente en PRISOE, ganó las elecciones del 93. Y todo fue a peor.

Ese episodio y las raíces ideológicas y políticas del deterioro de la democracia española las expuse en *La dictadura silenciosa* (1992), cuya presentación hicieron nada menos que siete grandes figuras periodísticas del antifelipismo, dando así cuerpo y verosimilitud a la existencia de ese supuesto «sindicato» informativo poderoso, unido e implacable. Curiosamente, sólo faltaba en la foto Antonio Herrero. Sin embargo, en vísperas de las elecciones del 93, algunos ya vimos que si el PP ganaba los comicios no contaría con los que tan desinteresadamente nos habíamos

jugado crédito y empleo por ayudar a la alternancia de Gobierno, esto es, a la llegada de Aznar a La Moncloa. Y no sólo lo vimos sino que lo conté en el prólogo de *Contra el felipismo* (1993), en el capítulo «Los parientes pobres», cuando el comportamiento despectivo del portavoz aznarista Miguel Ángel Rodríguez en la COPE durante la última entrevista preelectoral de Antonio a Aznar, ya en el Poder, entonces favorito en las encuestas, me recordó esa figura del pariente pobre venido del pueblo y cuya presencia molesta al nuevo rico porque le recuerda su propio origen, justo lo que pretende borrar ante su nuevo entorno social. Por lo visto, Aznar había decidido empezar el desalojo de los parientes pobres, incluso de las habitaciones de servicio. Y el primero tenía que ser, naturalmente, El primero de *La mañana*. O sea, Antonio Herrero.

El tira y afloja, o más bien, el tira sin aflojar, se prolongó hasta casi las dos de La mañana. Pese a que al día siguiente debía levantarse a las seis, Aznar no acababa de despedirnos, quiero decir de irse a la cama. Esa parte de la discusión, cuando ya estaba dicho todo y sólo se trataba de comprobar la resistencia del rival, se me hizo eterna. La despedida, en la puerta del palacio, fue bastante más fría que la fresca noche de mayo. Al salir de La Moncloa, guardamos en el coche un atribulado silencio que se prolongó hasta aparcar a la puerta de mi casa. Sólo allí, mirando por el retrovisor, lo rompió Luis:

—¿Y quién se lo dice a Antonio? Desde luego, yo no.

—Pues alguien se lo tiene que decir.

—Pues díselo tú.

—Hombre, lo lógico es que seas tú. Como siempre.

—Ni hablar. Sé lo que sucederá a continuación: atacará a Aznar, poniéndonos por testigos, y se liará la mundial.

—A lo mejor es la única forma de que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Qué cauce? Ya no hay cauce. ¿No has visto cómo está éste?

—Bueno, pues que se nos lleve a todos la riada. Pero hay que decírselo.

—Desde luego. Pero no seré yo.

—Yo creo que debemos decírselo los dos. Pero tenemos algún día de margen. Mientras, habría que asegurarse de que Aznar está dispuesto a llegar hasta el final.

—Ya lo has visto. Esta vez, sí. Antonio tiene en la COPE los días contados.

—Y nosotros, si estamos con él.

—Muy probablemente.

—Bueno, si Aznar nos ha llamado para que elijamos, nosotros ya hemos elegido. Ahora lo que tenemos que evitar es ponérselo fácil.

—No te engañes, nadie va a mover un dedo por Antonio. La oposición no lo perdona. El Gobierno no lo tolera. Los obispos no quieren líos. Quedamos nosotros y poco más. Pero muy poco más. Porque, claro, ahora empezarán las traiciones. Fede,

por favor, no, otra vez a la guerra, no. Otra vez Antena 3, no. Qué horror. Qué aburrimiento.

—Hay cambios, Luis. Esta vez no tenemos adonde ir. Ni a nadie que nos apoye.

—Sí, eso es un cambio, debo reconocerlo.

—¿Tienes pensado algo?

—De radio, nada, olvídate. Tendrás más tiempo para escribir libros. Y yo también.

—¿Y qué va a hacer Antonio?

—Por eso no te preocupes. Seguro que muchas cosas. Pero lo peor es decírselo.

—Bueno, no le des más vueltas. Hablamos mañana.

—Sí, porque se nos va a hacer de día. Hasta mañana, Fede.

—Hasta mañana, Luis. Duerme si puedes.

—Lo mismo digo.

No recuerdo cómo dormí. Sí que me levanté tarde, como siempre entonces. Y que a eso de las cinco vinieron a tomar café José María Marco y Javier Rubio. Serían las seis cuando sonó el teléfono. Supuse que era Luis, para comentar la cena del día anterior. Y, efectivamente, era Luis. Al principio, por la voz entrecortada, creí que no lo entendía bien. Luego me di cuenta de que no era el teléfono, ni el llanto. Era que no quería oír lo que me estaba diciendo:

—Federico... Antonio Herrero... se ha muerto.

Toda la noche anterior se me vino encima de golpe. Y sobre mi pena, sentí como una piedra negra en el pecho la pena de Luis, su amigo, cuya preocupación sólo unas horas antes, a la misma puerta de la misma casa desde la que le estaba hablando, no era enfrentarse con el presidente del Gobierno sino «tener que decírselo a Antonio». Ahora ya era lo único por lo que, ay, no teníamos que preocuparnos. Los datos que a trompicones, entre preguntas atropelladas, lívidas de tan afónicas, me fue dando Luis eran escasos, pero no dejaban lugar a dudas ni a esperanzas: había sido a las cinco y pico, haciendo submarinismo, estaba en su barco con Cristina y unos amigos, le había reconocido uno de la ambulancia cuando se lo llevaban, ése llamó a alguien de la COPE, y lo había confirmado la misma Cristina. No, no podía ser un error, era Antonio. Y estaba muerto.

Mientras Marco se aferraba a la posibilidad de un error de identificación, porque en el fondo creía, como todos, que Antonio no podía morir, Javier me miraba espantado y yo pensaba en cómo decírselo a María, que estaba abajo, en la plaza, jugando con los niños. Unos meses antes habíamos ido a Ronda con Antonio, Cristina y su hija pequeña. Con el calor y las curvas, los niños se marearon un poco subiendo desde Marbella, pero Ronda les gustó. Hicimos muchas fotos. A mí me gustaba una de los niños en el puente, con sus gorritas, sentados contra las rejas de hierro y con el vertiginoso tajo del río a sus espaldas. La amplí y la puse en mi

despacho. Ahora yo pensaba en cómo les diríamos que Antonio, aquel amigo de papá que les llevó a Ronda, se había ahogado en el mar. Entonces el teléfono volvió a sonar. Otra vez Luis. Todo confirmado, todo consumado. García estaba buscándonos plaza en el primer avión a Málaga. Saldríamos enseguida.

Pero, como aprendí aquella tarde, una de las diferencias entre los que se dedican al periodismo y los demás es que, en la muerte de un amigo íntimo y en similares circunstancias, unos tienen que preparar la bolsa de viaje y otros tienen que escribir antes el obituario. Pedro Jota llamó una, dos o tres veces, conmovido. El de *El Mundo* para el día siguiente tenía que escribirlo yo. Luis era incapaz de escribir una letra (yo sabía bien por qué) y, además, el columnista del periódico era yo. Pedro escribiría el editorial y yo tenía que escribir el obituario. No se entendería de otro modo. Se habían hecho las siete o las ocho y el sábado los diarios cierran antes porque la tirada del domingo es mucho mayor. En todo caso, esperarían a que terminara el obituario para que arrancaran las máquinas. Me mandarían por fax datos biográficos, si los necesitaba. Dos o tres folios y podría irme a coger el avión con Luis, que también esperaba.

Pocas veces me ha costado tanto escribir. Tuve que poner boca abajo la foto de los niños en Ronda porque se me saltaban las lágrimas. No podía decir que yo bromeaba con Antonio y le llamaba *paterpanem* de mi hijo mayor, porque me ofreció ser su comentarista político diario en *El primero de la mañana* en septiembre de 1986, un mes antes de que naciera y sólo veinte minutos después de que Luis del Olmo me ofreciera una colaboración semanal, de modo que la criatura vino al mundo con dos panes radiofónicos bajo el brazo. Tampoco podía contar, ni siquiera insinuar nada sobre la cena del día anterior en La Moncloa, la animadversión de Aznar y la absoluta soledad profesional en que se había quedado Antonio, porque nada hubiera podido doler más a sus familiares ni hacer más felices a sus enemigos. Hablé con Luis, una vez más, para ver cómo enfocar el obituario. A diferencia de lo que suele hacerse, nos decantamos por la piedad para los vivos y lo útil para el muerto. Empezaría recordando la figura de su padre, a la que tan unido estaba, para consolar a su madre y sus hermanos; terminaría con una referencia a Cristina y sus hijos, y en medio, su vida y el significado de su obra. Al fin, lo más personal del obituario acabó siendo lo más político. El destino, supongo. Estos son los últimos fragmentos, acaso los menos malos y más significativos:

(...) Nadie en la España de estas dos últimas décadas ha combatido tan feroz y desinteresadamente la corrupción. Nadie ha levantado su voz como él en defensa de una idea de España basada en el conocimiento de la Historia, el respeto a las leyes y la integridad de los servidores públicos. Nunca pactó en cuestiones de principio, en todo lo que podía perjudicar a los demás y en especial a los más humildes. Pero siempre estuvieron abiertos sus micrófonos a quien quisiera explicar su verdad a los demás o discutirla. Era vehemente incluso en su tolerancia. Era demoleedor incluso en su bondad.

Pese a las seis horas diarias de micrófono Antonio tenía tiempo para todo. No había deporte en el que no destacara ni actividad, por extraña o difícil que fuese, que no le gustase intentar. No temía el riesgo: lo atraía. No retrocedía ante las dificultades: se divertía superándolas. Le gustaban el monte y el mar. Anhelaba retirarse

algún día en Marbella, el pueblo de su familia que quería como propio, donde tenía una casa y en cuyas aguas ha encontrado la muerte. No hubiera querido otras.

Era un hombre individualista, amigo de sus amigos y muy familiar. Estaba felizmente casado con Cristina Pécker, con la que ha tenido cuatro hijos. De un matrimonio anterior tenía otro hijo y Antonio juntaba a todos en vacaciones. Le gustaba llevarlos a los sitios más pintorescos, empezando por África, y mantenía también una relación muy estrecha con su madre y sus hermanos.

En la radio había reunido o acogido a cuantos tenían algo que decir y no encontraban lugar o libertad para decirlo. En los últimos años, con redoblada intensidad en los últimos meses, sufrió una feroz campaña de desprestigio por parte del felipismo, empeñado en cerrar su programa. Pero la audiencia no menguó: creció. En el momento de su muerte era el hombre que concentraba todos los odios de los que tenían un pasado delictivo o un presente delictuoso, pero también representaba la esperanza de cuantos aspiran a un periodismo popular, crítico y ético. De honradez acrisolada, amante de la vida sencilla, volcado en su trabajo, Antonio Herrero deja con su muerte un hueco irremplazable entre los españoles amantes de la libertad.

Eso escribí, y era verdad.

La sucesión de Antonio

En los dos días atroces y vertiginosos que siguieron, y en los que tantas cosas debían decidirse, me veo siempre al lado de Luis Herrero y de José María García, con Montse al fondo. Probablemente dormí en casa de Carola, la hermana de Antonio, pero apenas recuerdo nada del viaje y de aquella noche. En cambio, aún me parece sentir a *La mañana* siguiente el aire fresco del paseo marítimo de Marbella, sentado a una mesa que en realidad eran dos, con los colaboradores más importantes de Antonio, que habían llegado en el avión de *La mañana* para asistir al entierro y debatir el futuro del programa.

En realidad, lo que nos planteamos un pequeño grupo de amigos y colaboradores de Antonio desde los tiempos de Antena 3, entre los que —aparte de García, Luis y yo— estaban Manuel Martín Ferrand, Pedro J. Ramírez, Pablo Sebastián, José Luis Gutiérrez, Julián Lago y alguno más que se fue incorporando según llegaba del aeropuerto, era cómo garantizar la continuidad de la línea informativa, ideológica y política de la COPE, en la seguridad de que si encontrábamos una solución de consenso, la propiedad la bendeciría encantada de evitarse semejante lío. Mantener los principios estaba claro. El problema era quién los mantenía a las seis de *La mañana*, es decir, quién dirigía *La mañana*. La solución de consenso se llamaba Luis Herrero, el mejor amigo de Antonio, número dos de la cadena (García aparte) y el que menos rechazo podía suscitar dentro y fuera de la casa. Sin embargo, el consenso era mucho más evidente que la solución. Primero, porque Luis no quería de ninguna manera ocupar el lugar de Antonio; segundo, porque, aun si lo convencíamos, había que sustituirlo en *La linterna*, que tampoco era fácil.

En honor a la verdad, hay que decir que Luis no sólo explicó las razones por las

que quería que pasara de él ese cáliz, sino que adelantó los reproches que más tarde le dirigirían incluso algunos de los que entonces le forzaron a beberlo. Él —insistió— no tenía el estilo ni el carácter de Antonio, pese a haber sido su sustituto durante algunos años en Antena 3. Tampoco podría mantener la tensión informativa de *La mañana*, ni el ritmo vertiginoso, ni el carácter casi arrojadizo que confería Antonio a las noticias y a los comentarios sobre la marcha. Pasados los primeros días de emoción y desconcierto, en los que sobre todo se buscaría conjurar la sensación de orfandad, la audiencia dejaría de ver en él al amigo de Antonio y empezaría a comprobar lo poco que se parecía a él. El resultado, a medio y largo plazo, sería catastrófico. Nos cargaríamos un programa que funcionaba muy bien —*La linterna*— y no conseguiríamos arreglar *La mañana*. Además, a Luis le producía una repugnancia invencible que alguien pudiera decir que se aprovechaba de su amistad con Antonio para ocupar su lugar, que al fin y al cabo era y es el más deseado de la radio: el programa de las mañanas en una gran cadena nacional.

Tan convencido, tan sinceramente decidido a no aceptar se mostraba Luis que, tras una hora larga de discusión, nos hizo dudar a todos. Entonces, alguien le preguntó:

—Bien, tú no haces *La mañana*. Pero ¿quién la hace con las mismas garantías?

—Yo creo que el que mejor puede hacerla es Manolo Martín Ferrand.

—Ah, no, no, no. Eso me pilla ya muy mayor. Gracias, Luis, pero no.

Seguimos discutiendo. Los argumentos se alargaban hasta expirar bajo el sol de aquella mañana luminosa. Una y otra vez tropezábamos con la misma evidencia: nadie quería ocupar el sitio de Antonio y todos queríamos que lo ocupara Luis. Todos echábamos mano de Antena 3 Radio como si todavía existiera, como si todavía la dirigiera un periodista brillante, Manuel Martín Ferrand, rodeado de jóvenes llenos de ganas de triunfar que apenas se conocían entre sí. Pero lo cierto era que ahora nos conocíamos demasiado y que, tras su liquidación a manos de Polanco seis años antes, los hilos invisibles que mantienen unido a un grupo humano y periodístico, es decir, aproximadamente humano, se habían roto, por más que nos resistiéramos a admitirlo. Todos —tal vez yo menos, pero tampoco podía enfrentarme solo a todos los demás— descargamos la responsabilidad en Luis Herrero, como quizá era fatal que sucediera. Y al tratar de su sustitución en *La linterna*, volvimos a proponérselo a Martín Ferrand, que volvió a rechazar la propuesta. Creo que fue García el que me dijo entonces:

—Oye, Fede, ¿y por qué no la haces tú?

—Ni hablar. Yo nunca he dirigido un programa, ni pienso hacerlo.

—Pero *La linterna* la habéis hecho casi a medias Luis y tú. La hora tuya de los periódicos es la de más audiencia. Lo normal es que tú te hagas cargo del programa. Con el mismo equipo que tenéis ahora, pero esa sección no puede desaparecer. Y no

se entendería que si tú sigues no asumieras la dirección. Ni que fueras un apestado.

—Es que lo soy. Los curas dirían que no. Y aunque no lo fuera, he dicho que no y es que no. Yo mantengo la sección si el nuevo director quiere, pero dirigir, ni hablar.

—Entonces, ¿quién es tu candidato?

—Balbín. Ya hicimos *Hora cero* en Antena 3 y funcionábamos muy bien. Creo que llevaría la tertulia mucho mejor que yo, y si quiere mantener la fórmula actual de los periódicos, no se notará demasiado el cambio. Vamos, se notará si no está Luis, porque siempre la hemos hecho juntos, pero no se hundirá.

Balbín aceptó. Así que la suerte de Luis estaba echada.

Rumores y leyendas sobre la muerte de Antonio

Tampoco tuvimos ocasión de seguir discutiendo porque nos avisaron de que en unos minutos —sería cerca de la una de La tarde— estarían los resultados de la autopsia. Así, con la idea de que la sucesión de Antonio estaba hecha, todos nos encaminamos hacia el oráculo forense, que debía despejar la duda terrible que también a nosotros nos embargaba y que, con las horas, se iba convirtiendo en sospecha popular: si la muerte había sido efectivamente accidental o si había datos extraños que permitieran pensar en una intervención exterior. Vamos, si Antonio había muerto o lo habían asesinado.

Todavía hoy muchos creen que a Antonio lo mataron. Más concretamente, que lo mató el CESID o algunos elementos de la trama del GAL, como los que montaron el vídeo contra Pedro Jota. Algunos, mejor enterados, creen que se debió a que Bárbara Rey, vecina de Antonio, había ido a quejarse del acoso del CESID por una supuesta grabación de sus encuentros sexuales con el Rey, y por el terror que tenía a sufrir un «accidente» que eliminara cualquier posible escándalo. Bárbara le habría entregado una copia del vídeo a Antonio, «por si le pasaba algo», y, enterado el CESID, alguien había ordenado que se evitara la tentación de que el vídeo del Rey con Bárbara se hiciera tan famoso como el de Pedro Jota con Exuperancia... eliminando discretamente a Antonio. Esta última hipótesis es la única que tiene alguna verosimilitud, pero, cuidado, eso no significa que sea cierta. Que la actriz había ido a quejarse a Antonio del acoso del CESID a cuenta de su lío con el Rey es rigurosamente cierto. Lo sé porque a mí me lo había contado el propio Antonio; y estoy seguro de que no fui el único. Pero no me dijo que tuviera ninguna copia del vídeo de marras y tampoco me consta que se lo dijera ni que se lo mostrara. No digo que sea totalmente imposible, pero me parece rarísimo que, de tenerlo, Antonio no se lo enseñara a algunas personas de su confianza. Primero, porque era de natural

chismoso y enredador. Ese plato era demasiado sabroso para no comerlo. Segundo, y más importante, porque el hecho de haberlo visto con alguien más suponía para él mucha más garantía de seguridad que si lo hubiese guardado en secreto. Obviamente, esto son conjeturas, pero creo que razonables. Y se trata del único asunto (no conocido hasta ahora, según creo, por la opinión pública) que, a mi juicio, podía desencadenar, por orden oficiosa o por oficiosidad sin orden, uno de esos crímenes que me niego a llamar de Estado cuando sólo son extremos monstruosos de corrupción institucional y de abuso de poder. Supongo que en este punto algún lector sensible me plantearía la pregunta retórica: pero ¿cree usted que sería capaz algún servicio secreto español de hacer algo así? Mi respuesta es clara: sí. Lo hicieron en esa misma Época con el vídeo de Pedro Jota y hay sobrados indicios de que pudieron hacerlo el 11, 12 y 13-M. Ahora bien, supongamos que el mismo lector sensible me plantea esta otra pregunta: ¿y usted cree que lo hicieron con Antonio Herrero? Mi respuesta es igualmente clara: no.

Si no recuerdo mal, el informe de la autopsia concluía que Antonio murió por la rotura de una úlcera de estómago que le provocó un vómito de sangre y le impidió el acceso regular al oxígeno a través del equipo de buceo. Aunque desde el agua hizo señas de que estaba mal y, como se había zambullido después de comer, Cristina y su tío estaban atentos y lo subieron pronto a la barca, los esfuerzos de reanimación, que se prolongaron un buen rato, hasta la llegada de una lancha de auxilio, fueron inútiles. Todos sabíamos que Antonio estaba mal del estómago, o que se pasaba la vida pegado al Almax, que no cuidaba su dieta y, sobre todo, que llevaba unos meses sometido a un estrés brutal. A mi juicio, eso es lo que le produjo esa úlcera sangrante o se la agravó hasta el punto de hacerla estallar. Los que le hicieron la vida imposible en esos meses tienen una cierta responsabilidad moral en su muerte, pero no responsabilidad penal.

¿Por qué he querido abordar este vidrioso asunto del que intelectualmente es imposible salir bien, pues soy consciente de que la manipulación del equipo de buceo de Antonio podría haber provocado su muerte sin dejar huellas? ¿Por qué dar más detalles sobre las hipótesis que entonces manejamos pero que el tiempo aparentemente ha archivado ya? Pues por una sola razón, pero muy importante: porque cada vez son más oyentes de la COPE los que, con la mejor intención, me plantean sus incógnitas sobre la muerte de Antonio o me sugieren que deberíamos haberla explicado más en detalle. Y aunque no sea mucho lo que puedo decir, tengo la obligación de decirlo, precisamente porque he asumido la responsabilidad de ocupar el lugar de Antonio y porque ahora comprendo más que nunca lo que entonces sólo podíamos entrever, abrumados por las prisas y las penas: la extraordinaria importancia de lo que Antonio había llegado a ser para una parte sustancial de la nación española. Para sus amigos y para sus enemigos.

No quise verlo por última vez después de la autopsia, cuando lo expusieron, para conservar su imagen vivo, la que ahora me devuelven nuestras fotos juntos e incluso los reportajes sobre su muerte en el papel irremediabilmente amarillento de aquellos días. Por lo que me dijo Luis, que sí quiso afrontar ese trance y quedó anonadado por el deterioro de su aspecto, hice bien. A fuer de sincero, nunca he querido o soportado ver a los amigos muertos, pero es que en el caso de Antonio, que era la pura representación de la vida, de la fuerza y las ganas de vivir, verlo muerto me parecía aceptar lo inaceptable. Lo que, como vimos en el funeral de esa misma tarde en Marbella y, sobre todo, en el de Madrid al día siguiente, mucha, muchísima gente se negaba a aceptar.

Del funeral de Marbella recuerdo que, antes y después de entrar en la iglesia, llovió, que yo llevaba un traje ligero color pizarra, casi negro, sobre el que caían los goterones de la lluvia de mayo con ferocidad de noviembre, y que me empapé antes de que pudiera darme cuenta. Nunca pude volver a ponerme aquel traje porque, cada vez que lo intentaba, recordaba aquella tarde de lluvia, la primera sin Antonio, y lo dejaba en la percha. Un día desapareció, pero no le pregunté por él a María. Para qué.

Y el gentío. No sé los que cabían en la iglesia, pero sí sé que no cabían. En la escala del pueblo grande que es Marbella, aquello tenía un aire naturalmente familiar, de vecindario afligido, pero también de montón sobrevenido, apiñado, encimado en la tristeza de aquella tarde tormentosa. He borrado los recuerdos de aquel funeral, excepto el de la lluvia y el comentario que alguien —seguramente García o Luis— hizo a mi lado al salir de la iglesia, entre empujones y sólo gracias a la eficacísima policía municipal de Jesús Gil: «Pues si esto está así, no quiero ni pensar cómo estará mañana en Madrid».

Volvimos de Marbella en el avión privado de Juan Villalonga, por entonces presidente de Telefónica, que quiso, o García le sugirió tener el gesto, enviarnoslo para hacer más llevaderas aquellas horas insomnes y dejarnos descansar un rato antes de embarcarnos en el Lunes de Tinieblas, primer día a oscuras sin Antonio, con programa especial en La mañana y funeral por La tarde. Recuerdo como dato surrealista de aquel viaje una conversación de don Bernardo Herráez y Pedro Jota sobre teología o cosa parecida, que obviamente no suponía una ruptura en el paradigma del pensamiento occidental, sino la disposición, por parte de los allegados a Antonio, de no dilapidar su legado. Al menos, de no tirarnos los trastos a la cabeza a las pocas horas de enterrarlo.

La gente, la muchísima gente para la que Antonio era el despertador y el que les servía el desayuno, el que les contaba lo último y les recordaba lo esencial, tampoco nos lo hubiera permitido. Por La mañana, fueron incontables las llamadas a la COPE, en los términos imaginables.

Yo temía el momento de ponerme delante del micrófono en directo, pero Pilar

Vicente, la subdirectora de Antonio, que asumió la conducción del programa durante esos días, Luis y Abellán supieron encontrar el tono de un homenaje de celebración de la vida viva, corta pero plena, intensa y conseguida de Antonio, no de simple plañidería anonadada. Recordaré siempre dos canciones que quisieron venir a cantar en directo a la COPE, en aquella mañana luminosa, destartalada y triste, dos de los grupos favoritos de Antonio: Ella Baila Sola (a la morena, que solía llevar trenzas y le gustaba horrores, Antonio la llamaba Pocahontas) y los sevillanos Siempre Así, que tuvieron el gesto de coger el AVE para venir en directo al programa. Casi a palo seco, acompañándose con sus guitarras, ellas dos cantaron «Despídete»:

*Muchacho, vete ya
a otro lugar;
cabeza alta y lágrimas.*

Los de Siempre Así hicieron —y eran las diez de La mañana— una extraordinaria versión de la canción popularizada por Frank Sinatra «A mi manera», que tanto le iba a Antonio: El fin.

*ya cerca está,
lo afrontaré
a mi manera...*

Fue una mañana de limón, de llanto y de consuelo, de muerte pero también de vida, algo que nos hacía mucha falta pensando en lo que nos esperaba por La tarde.

Porque el funeral que en memoria de Antonio se celebró ese lunes 4 de mayo en la iglesia de San Isidro en Madrid fue una de las manifestaciones más profundamente ciudadanas —es decir, más cargadas de sentido político y moral— en toda la historia de la Villa y Corte. Una vez más, acreditando su más profunda razón de ser, el pueblo de Madrid hacía suya la conmoción que para millones de compatriotas suponía la muerte de Antonio Herrero. Y nos recordó las honrosas pero muy gravosas obligaciones que, por haber trabajado con él durante tantos años, habíamos contraído algunos de nosotros.

«Los balcones de la acera de los pares de la calle de Toledo estaban llenos de gente como para una procesión —escribió Maribel Hernando en *Época*—. Las colas del pueblo soberano que había acudido a la reiterada convocatoria de la radio y algunos sueltos publicados en la prensa, a las esquelas de página entera para asistir al funeral, alcanzaban La Latina, daban la vuelta por Colegiata, llegaban hasta la Plaza Mayor».

A la llegada, el buen alcalde de Madrid y buen amigo de Antonio que era José María Álvarez del Manzano, había dispuesto un férreo cordón policial, sin el que

realmente no hubiéramos podido acceder a la iglesia. No sé los miles de personas que habría dentro y fuera del templo, pero la temperatura emocional habría roto cualquier termómetro. Aquello no era una celebración del muerto, sino una interpelación a los vivos. Tampoco era, aunque lo fuera, un homenaje sentidísimo a Antonio, sino una jura de continuidad, una petición, airada de puro emocionada, de que siguiéramos el camino que él marcó, el que con él seguían dos millones de españoles cada vez que amanecía. La frase más repetida, entre aplausos y lágrimas, era «¡Tenéis que seguir!». Sin acuerdo previo, a una distancia que no les permitía verse ni oírse, grupos distintos de jóvenes y viejos, de ricos y pobres (más pobres dignos que orondos ricos) coincidían en las mismas tres palabras: «Tenéis-que-seguir, tenéis-que-seguir, tenéis-que-seguir...» Cuando Luis y yo entramos con María en la iglesia y nos pasaron a primera fila, para sentarnos junto a García, no nos hacía falta hablar: a los tres nos martilleaba en los oídos la misma cantinela: «Tenéis-que-seguir, tenéis-que-seguir».

Cada mirada muda que nos dirigíamos era un comentario a lo que no podíamos comentar «Sí, pero ¿cómo?».

Fue en aquel momento cuando nos dimos realmente cuenta de la magnitud social" del cataclismo. Del desastre vital, de la amputación moral que para millones de personas suponía la desaparición de Antonio. Por supuesto, desde el punto de vista intelectual lo sabíamos perfectamente El día anterior, el editorial de Pedro Jota lo había resumido a la perfección, sin un solo punto y aparte.

La muerte de Antonio Herrero, una tragedia para España

Pocas veces la pérdida de una persona ha podido empobrecer tanto a tanta gente Antonio Herrero no era sólo uno de los periodistas más brillantes y honestos de la democracia, sino quizá el que más directa y personalmente se relacionaba con los ciudadanos, a través de un medio caliente como es la radio y mediante un estilo lleno de vibración humana. Primero en Antena 3, luego en la COPE, Herrero ha sido el catalizador de una forma moderna de periodismo en la que la información y la opinión se complementaban hasta crear fuertes lazos de complicidad con su audiencia. Defensor insobornable de las libertades civiles del Estado de derecho y la ética democrática, se había convertido en un punto de referencia moral para sus casi dos millones de oyentes. Pocos comunicadores han defendido con tanta firmeza y valentía sus convicciones denunciando la corrupción, el crimen de Estado y los abusos de poder sin distinción de colores. Su categoría humana, su decencia profesional, se elevaban siempre por encima de la mezquindad de quienes desde posiciones mercenarias o envidiosas le convertían en uno de los objetivos a batir. Como todo periodista de riesgo, Herrero cometía errores, pero tenía la gallardía de reconocerlos. Con su muerte desaparece uno de los más notables paladines de la libertad de expresión. Quienes hacemos *El Mundo* no sólo perdemos a un amigo leal y entrañable sino también al mejor de nuestros compañeros de viaje. Accionista fundador de este periódico, Antonio Herrero tal vez sea el colega en mejor sintonía con nuestro ideario y escala de valores. Pero la tragedia no es nuestra sino de toda España. Una España que al despertar mañana lunes será menos plural, menos inteligente, menos optimista y menos valiente.

Pero fue Lorenzo Contreras, quizá porque no pertenecía a nuestro grupo ni tenía nada que ver personal ni profesionalmente con nosotros, el que hizo la mejor crónica

de aquella conmoción:

Jamás desde que el periodismo hace historia, ningún periodista fallecido, trágica o normalmente, ha levantado en nuestro país la ola de conmoción, comentarios, reacciones, elogios, descalificaciones larvadas o no tan larvadas, conjeturas sobre el significado o la repercusión de su muerte, lágrimas sinceras o fingidas, remordimientos e incluso alegrías, como en el desdichado caso de Antonio Herrero, con quien, por cierto, no me unió ningún lazo de relación profesional o de amistad, jamás solicitó mi colaboración para nada, casi no le traté, sólo fui oyente de su programa.

Lo más significativo que cabe decir del programa de Antonio Herrero y su ejecutoria es que no podía resultar indiferente. Le pasaba a Herrero lo mismo que a José María García, de quien aprendió no poco las técnicas de «llegar», de practicar incisiones, en ocasiones sangrantes, sobre la dura piel de las cosas. Que un periodista entusiasme o irrite es menos elocuente, por supuesto, que el grado de audiencia que sea capaz de conquistar. Y en este oficio, erizado, de presentar y tratar la noticia, la importancia se mide por su repercusión, por la conversión del periodista en objeto respetable o en objetivo bélico dentro de la guerra de las ondas y más allá de las ondas.

Al tiempo de su muerte nació el euro, que no pudo, como tal acontecimiento, apagar los ecos del drama ocurrido. Lejos de ello, los dos hechos alternaron en el comentario general del célebre día, con esa autenticidad de atención que sólo concitan las noticias muy singulares. Morir en un día histórico para el futuro —bueno o malo— de España y no ser devorado por la historia emergente es todo un milagro de la excepcionalidad personal.

El caso es que Antonio Herrero, con sus millones de oyentes directos, más los repercutidos, ya no es una voz, aunque haya fortalecido una escuela radiofónica. En su momento, cuando García, Martín Ferrand, Jiménez Losantos, Luis Herrero y él mismo, entre otros, sufrieron el gran asalto de Antena 3, asalto felipista de variada colaboración, existía la COPE como puerto de abrigo e incluso de arribada. Cabe, a estas alturas, preguntar cómo pudo consolidarse esta arribada hasta convertirse en estadía de carácter duradero. (...) Sólo la Iglesia como poder autónomo —antes se hablaba de ella como «sociedad perfecta»— podía ser capaz de organizar con el equipo recién llegado y emigrado un dique de contención contra el monopolio o el oligopolio de las ondas. Le interesaba a la Iglesia, evidentemente, una potenciación de la audiencia para su cadena de radio. Pero también embellecía su imagen institucional en cuanto reducto de una libertad de expresión crecientemente amenazada, como los tiempos han demostrado, por los poderes que intentan modular la verdad y poseerla en exclusiva, es decir, manipularla.»

Antonio Herrero, con todos sus defectos, que seguramente los tuvo, hizo su público, lo fabricó a mano, o a voz, cada día, y no fueron pocos sino millones de personas los componentes de ese público. Fue la de Herrero una voz facticia, que no ficticia, con una considerable dosis de honradez incorporada. Sería lamentable dispersar o deshacer esa herencia, como algunos, bastantes, perversamente desean.

Tanto lo deseaban que Polanco y Cebrián no tardaron ni un solo día en poner en marcha su célebre trituradora de famas y facturadora de conciencias, esa máquina de picar carne humana que les ha hecho poderosos y multimillonarios. Cuando el citado desliz de la Lewinsky *El País* publicó todo un editorial contra el «comunicador Herrero», pidiendo su liquidación profesional, máxime al haber participado en una «conjura» contra el Gobierno de González, que por lo visto es lo que le echó del Poder, no la mayoría del PP en las urnas.

Conviene detenerse en esa famosa «conjura» con que la izquierda felipista se negaba a aceptar el veredicto de las urnas, siquiera porque Antonio dedicó bastantes horas en su último mes de vida a desmentir tan absurda patraña. El origen había sido una entrevista de su ex contertulio Luis María Anson en la revista *Tiempo*, del Grupo Zeta, con la que se desligaba de sus colegas antifelipistas y coronaba su salida de *ABC* y su entrada en la Academia del brazo de Juan Luis Cebrián marcando distancias entre una presunta derecha respetable cuanto jubilable, la suya, y un grupo

de periodistas irresponsables que no dudaban en jugar con las instituciones, la democracia y lo que se terciase. ¿Y en qué consistía la «conjura»? Según Anson, fue una especie de pacto entre directores de distintos medios —Antonio Herrero (COPE), José Luis Gutiérrez (*Diario 16*), Pedro Jota (*El Mundo*) y el propio «arrepentido» Anson (*ABC*)— para «elevar el listón de la crítica» (textual) al Gobierno socialista. Pero recordemos que ese Gobierno era el responsable nada menos que de los crímenes de los GAL, del saqueo de los Fondos Reservados, de escándalos como los de Filesa y Roldan, los Guerra y Narcís Serra, Ibercorp, Rubio, Solchaga, el BOE, la Cruz Roja, el AVE y diez mil más. ¿Qué «listón» había que subir que no estuviera ya altísimo? ¿Qué acuerdo secreto necesitaban esos directores, cuando Aznar, jefe de la oposición, había proclamado atronadoramente en el Parlamento su «¡váyase, señor González!» como necesidad nacional? Pues nada, era una conjura y no las urnas lo que había desalojado a «Míster X» de La Moncloa. Es que si era una conjura resultaba más fácil pedir que «el comunicador Herrero» fuera despedido de la COPE para evitar el enfrentamiento entre la Iglesia y los socialistas. Seguramente para evitarlo y llevado por su natural moderación socialista, el candidato Borrell acababa de decir a la Iglesia en Barcelona, para atacar a Antonio y a la COPE, que «si es por rentabilidad, que monte un prostíbulo». ¿Más rentable que la red de extorsión que los amigos de Borrell habían montado en la Agencia Tributaria de Barcelona y que conocimos pocos meses después? Parece difícil. Más rentable que la COPE, seguro.

Pero el colmo de la desvergüenza del editorial de *El País*, de la denuncia de esa fantasmal conjura para criticar a un Gobierno que era un delito andante, es que Polanco sí que había orquestado una conjura absolutamente real muy pocos años antes, precisamente para encubrir los crímenes y escándalos del PSOE, mantener a González en el Poder y asegurar la continuidad de sus negocios, aunque fuera a costa de la higiene institucional y la alternancia democrática. Esa conjura fue el «Pacto de los Editores» (Polanco, Asensio, Godo y Mario Conde), que desembocó en el «antenicidio». ¿Y esos tíos se atrevían a denunciar «conjuras» y a pedir la liquidación profesional de los que, como Antonio, habían sobrevivido milagrosamente a su persecución laboral? Pues sí, se atrevían. ¿Y hasta después de muertos seguían persiguiéndoles? Pues sí, seguían. ¿Y no eran capaces de olvidar su odio por cuarenta y ocho horas? Pues no, no lo eran. En página par dieron la noticia de la muerte con este subtítulo: «Consternación del episcopado y de miembros del Gobierno». Pero faltaba insultar al muerto, y de eso se encargó Eduardo Haro Tecglen con su columna «Qué más da».

Busco mis sentimientos por la muerte de Antonio Herrero: no tengo. La pura muerte deja de impresionar a quien se ve cerca de ella: no queda la sensación de culpa de quedarse aquí, porque se queda para poco. La muerte de un enemigo ya es insignificante: otro saldrá y, además, es igual: son gentes de otras estructuras. Yo no fui enemigo de él; él lo era mío y supongo que, por mucho que me maldijese, no le importé nada. No le oía: a su hora no puedo. Me llamaban para contármelo. Lo de él, lo de Jiménez

Losantos, lo de otros que no recuerdo (ah, sí, Carlos Semprún). Hace muchos años me impresionaban estas cosas: cuando murió Franco y la censura se abrió. Era lógico, se abrió para todos: buenos y malos, justos y canallas. Para la verdad y para la calumnia. ¡La abrieron ellos! Pero la verdad es siempre dudosa y la calumnia deja mucho. Tuve entonces, hace veinte años, algún susto: vi que se podía mentir, se podía minar la fama, la moral de los hombres, se podía alterar sus pensamientos, falsificar sus palabras, crearles el personaje que no eran. Sabía que era un arma de Estado: el de Franco, o de Stalin, o de Hitler, qué sé yo; pero que en la democracia no podía prevalecer. Podía: y prevalece. Quizá éste sea su mejor régimen. En los totalitarismos no se cree en nada; en las democracias se puede ser crédulo del mal. Qué grave. «Qué fuerte», dicen ahora. No le oí nunca, pero me lo contaban. Ni le conocí. Pasados los años largos de este régimen, ya me dan igual todos ellos. Sé que los suyos trataron de desmontar este periódico donde me guarezco; y, con él, una línea política que no continuaba las grandes de su afiliación. O que daría las prebendas a otros. Algunos de entre ellos, de entre sus sindicatos, sólo tenían rabia porque no escribían aquí, no tenían esta difusión. Otros, porque se habían transformado hacia su propio opuesto y no aceptaban que hubiera personas que las mantuvieran. Otros hasta por fe religiosa. Deposito mi flor en la tumba: es blanca, como la indiferencia. Quisiera tener algún sentimiento de pena por una muerte, de malestar por una pérdida o de alegría por el silencio definitivo de una voz adversa. La que me duele es otra, la de «un mendigo de la Historia española», como dice su hijo (le salió muy raro: José Luis Martín Prieto): la de un inválido del Quinto Regimiento. Al que yo vi, en aquella lejanía, como salvador. Qué curiosa es la vejez; se duele uno de lo antiguo y de lo lejano. Desprecias a algunos contemporáneos.

(El País, 5 de mayo de 1998)

Hay que reconocerles a Polanco, Cebrián y sus sicarios coherencia en la maldad, perseverancia en el odio, porfía en la doblez, continuidad en la calumnia, obstinación en la vileza, afición al daño, profesionalidad en el crimen intelectual y desenvoltura en la canallada personal. Con Antonio, aunque en su abyecta línea tradicional, se retrataron. A tal señor, tal honor.

Junto a las condolencias de oficio, previsibles y olvidables, aparecieron sin embargo en la prensa comentarios chocantes. Por ejemplo, éste de Felipe Sahagún, con su seudónimo habitual —Luis Oz— cuando escribe de radio:

Creó estilo e hizo escuela. Se enfrentó a los más grandes y triunfó en el medio más competitivo de la comunicación española: la radio privada.

Hizo de la crítica del Poder y de la independencia profesional su bandera, y arremetió contra la corrupción allí donde la descubrió como pocos periodistas españoles se han atrevido a hacer.

A quienes lo acusaron de sectario les dio una doble lección diaria, primero en Antena 3 Radio y luego en la COPE: no cañando nunca y acogiendo en sus micrófonos a todos los excluidos por el sectarismo de sus enemigos.

La mañana de la COPE, su programa de más éxito, llegó a tener, según el Estudio General de Medios, 1.764.000 oyentes entre las seis y las diez de La mañana, por delante, a esas horas, de todos sus competidores.

Su mundo estaba hecho de verdades y de mentiras, de blancos y de negros, de culpables e inocentes.

En la España del pelotazo fácil, de los Roldanes y los Rubios, de los GAL y las Filesas, no hubo otro profesional de radio que se comprometiera más a favor de la verdad.

Quienes se empeñaron y siguen empeñados en echar tierra sobre esas verdades lo desprestigiaron y lo condenaron a la hoguera.

Llamar predicador a Antonio Herrero por lo que hizo es un elogio y no un insulto. Llamarlo sectario es una flor cuando las acusaciones venían casi siempre de personas empeñadas en ocultar los escándalos más graves.

Martín Ferrand, Julián Lago, Pablo Sebastián, Nicolás Redondo, José Luis Gutiérrez, Pedro J. Ramírez, Antonio Romero, Luis María Anson, Amando de Miguel, Federico Jiménez Losantos, el juez Navarro... Sus tertulianos forman la mejor escuadra del periodismo español fuera del campamento de Prisa.

A los oyentes les dio un defensor que nunca habían tenido. A las mañanas de la radio, una frescura y un atrevimiento que muchos echarán de menos. A la información, una sinceridad que los abanderados del periodismo políticamente correcto siempre considerarán blasfema.

Cuando, hace pocos días, la maquinaria del Poder vendió como inevitable que los servicios secretos —el CESID— tienen que bordear la ilegalidad, Antonio Herrero respondió: «Los están intoxicando y engañando. Es una mentira».

«Diga simplemente que no es verdad, es mucho más bonito», le aconsejó una oyente. «¿Por qué, si estoy convencido de que es una mentira? —insistió Antonio Herrero—. Mentir es una palabra contundente y bellísima».

Nunca cerró los micrófonos a quienes pensaban de otra manera. Nunca ocultó sus preferencias ideológicas, pero hizo lo que pudo para que, en su radio, se escucharan todas las opiniones. Pocos de sus críticos pueden decir lo mismo.

(«Un luchador solitario», El Mundo, 3 de mayo de 1998)

Hay dos aspectos reseñables en esta columna que, insisto, firma una persona que ni antes ni después de la muerte de Antonio tuvo la menor simpatía por la COPE. Al contrario: pese a trabajar siempre en cadenas de la competencia —perspectiva que no parece la más adecuada para ejercer la crítica de radio en un periódico— Oz/Sahagún nunca dudó en atacar o ningunear a sus comunicadores más importantes y precisamente en esos mismos términos de sectarismo imputado al que realmente lo padece, que no es una técnica inventada por PRISA, sino típica de la izquierda desde la III Internacional y Willy Münzenberg, el gran maestro de Goebbels y todos los propagandistas totalitarios. ¿Por qué aquí tanto elogio? Confieso que no lo sé. Acaso pudo influir que la columna la encargase el director del periódico, Pedro Jota, que sin duda estaba a favor del muerto, o la mala conciencia, o la brutal inquina prisaica. Pero lo importante es lo que se afirma en términos políticos y lo que se revela en cuanto a la forma de hacer radio de Antonio.

Puede verse que los insultos que se refutan —sectario, predicador, radical, extremista— son exactamente los mismos que ocho años después, ocho, nos dirigen a los que hacemos la COPE. Algo habremos cambiado las personas que la hacemos, y sin duda lo hemos hecho para bien o para mal, pero da lo mismo. Lo que no cambia son los métodos de la propaganda totalitaria de izquierdas que PRISA aplica con frío oficio. Y también sobresale la peor costumbre del periodismo español desde hace mucho tiempo: actuar a la defensiva y nunca al ataque cuando de Polanco se trata, desmentir o rebajar sus imputaciones, pero aceptar su «agenda» política e incluso su capacidad moral para establecer juicios de referencia, siquiera para rebatirlos. A partir de ahí, lo más que se puede hacer, en términos futbolísticos, es empatar o perder por la mínima, nunca ganar.

Por ejemplo, es obvio que la pluralidad de los contertulios de Antonio se integra en una indudable uniformidad: el antifelipismo. Desde la extrema izquierda filobatasuna (juez Navarro), comunista (Antonio Romero) o antiamericana (Pablo Sebastián), hasta el PSOE histórico (Nicolás Redondo Urbieta, que tras la ruptura de la UGT con el Gobierno que supuso la huelga general estaba enfrentado a muerte con González) o el sindicalismo clásico (Justo Fernández), todos sus contertulios de izquierda eran tan antigubernamentales o más que los liberales y conservadores que,

con Antonio a la cabeza, formábamos una clara mayoría relativa de derechas. Pero ¿qué necesidad había de coartadas izquierdistas para oponerse a un gobierno socialista? Esta es una clave que sólo se explica por el espíritu de la *Época*, la biografía de Antonio o la aceptación de la superioridad ideológica de la izquierda. ¿Por qué entonces les molestaba tanto Antonio?

La gran diferencia entre «mentir» y «no decir la verdad»

Pues precisamente por ese formidable testimonio del último o uno de los últimos programas de Antonio que aporta Luis Oz: esa conversación con una oyente (posible votante del PP y que probablemente entendería el disgusto de Aznar, aunque nunca su condena a Antonio), que le pide que diga lo mismo...de otra forma. Por ejemplo, que no diga que la doctrina del Gobierno popular sobre la necesidad del CESID de actuar en los márgenes de la ley o en la ilegalidad flagrante es «mentira». «Diga simplemente que no es verdad, es mucho más bonito». «¿Por qué, si estoy convencido de que es mentira? Mentir es una palabra contundente y bellísima».

Varios años después, al dirigir *La mañana*, yo también me he encontrado en el dilema de explicar la diferencia entre decir que una cosa es mentira o que no es verdad. Y como he aprendido de Antonio tanto su eficacia como su coste personal y profesional, trataré de hacerlo.

En primer lugar, no es lo mismo decir que algo que defiende el Gobierno no es verdad o que es mentira. La diferencia es la voluntariedad, el daño moral que subyace en el engaño. La definición de mentira en el Catecismo sigue siendo insuperable:

—¿Qué es mentir?

—Mentir es decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar.

En segundo lugar, no es lo mismo denunciar ese intencionado daño moral del Gobierno al ciudadano engañado que no hacerlo. «No decir la verdad» puede significar no decirla del todo, ocultar una parte de ella cuyo conocimiento no sería lesivo no sólo para el Gobierno sino tampoco para la ciudadanía. Pero si el periodista está convencido de que la ocultación del Gobierno es dañosa y, sin embargo, no la denuncia como mal, participa de esa misma ocultación de la verdad y se identifica con la acción de mentir.

En tercer lugar, esa denuncia tiene que llegar al ciudadano, y al referirse a algo que no es accidental sino moral, debe hacerlo, para ser eficaz, en términos morales, es decir, valorativos, que el ciudadano entienda como tales. Cuando Antonio Herrero dice que el Gobierno de Aznar miente con respecto al CESID, no sólo está

describiendo un hecho sino censurando una actitud. Y es el hecho de censurar en términos claros, duros, contundentes, arrojados, lo que establece una comunicación inmediata con el oyente. Por supuesto, el Gobierno o don Fulano de Tal dirán que Antonio «les ha insultado», porque no se ha limitado a decir que «no habían dicho la verdad» o toda la verdad sino que les ha llamado «mentirosos», y eso es un insulto, y es intolerable, y va más allá de la crítica política, y si hay algún medio en el que no se debería insultar es en la radio de los obispos, etcétera, etcétera. Es el argumento que siempre han utilizado contra la COPE sus enemigos, sabiendo que el pavor al escándalo que caracteriza al clero en general y a los obispos en particular se lo haría particularmente eficaz, es decir, enojoso y violento.

Este argumento de los «insultos» de la COPE, no de tal o cual comunicador sino de cualquiera que les moleste, ha sido siempre, es y supongo que seguirá siendo, al menos mientras no consigan destruirla, el favorito de la SER, de los infinitos medios de Polanco o de sus satélites catalanes y provincianos, cursores fieles de la órbita prisaica. Son los mismos que hacen programas sobre cómo asar a Cristo en microondas, los que insultan al Papa cuando les da la gana, los que atacan a la Iglesia cuando les parece y a la derecha cuando les conviene, o sea, todos los días, con razón o sin ella, venga o no venga a cuento. Son los mismos que no se limitaban a insultar sino que calumniaban sistemáticamente a Antonio Herrero, no criticándole determinadas opiniones políticas —como sería lícito, lógico y hasta democráticamente higiénico— sino achacándole delitos total y absolutamente falsos, desde conspiraciones contra la democracia a negocios inmobiliarios fuera de la ley. Son los mismos que llegaron a calumniar incluso a familiares suyos ya muertos, como hizo Carlos Llamas, director de *Hora 25*, cuando dijo que Antonio Herrero Losada, padre de Antonio, había tomado parte en el golpe de Estado del 23-F. (La condena a Llamas en los tribunales y en todas las instancias, hasta el Supremo, sólo se ha producido cuando ya no podía verla Antonio). Pues sí, señor, son éstos, precisamente éstos los que más se quejaban ayer o se quejan hoy de los famosos «insultos» de la COPE, que ni son más ni son peores que los de otras cadenas de radio.

¿Y por qué? ¿Por pura maldad? No: por eficacia. Porque siempre habrá alguien, con sotana o sin ella, que aun sabiendo que se trata de una típica trampa propagandística totalitaria, no vacilará en sentirse galileo por un rato, rendirá culto a la hipocresía y a sus complejos derechistas y dirá con falsa sonrisa, meneando un poco la cabeza: «Sí, pero eso de insultar está muy mal». Eso, si no añade como la última oyente de Antonio: «No diga que es mentira, diga simplemente que no es verdad, que es mucho más bonito».

Pero no es más bonito. Es, simplemente, mucho más arriesgado, porque cuando miente el Poder —suele ser el Gobierno, pero también puede ser cualquier otro poder

político, económico, cultural, religioso o mediático— y ve que hay alguien enfrente que no sólo comenta que no ha dicho la verdad sino que dice en voz alta que está mintiendo, es decir, que no vacila en condenar con la palabra sus hechos, ese Poder está siendo enjuiciado ante los mismos oyentes, lectores, televidentes, accionistas o votantes, los que le dan o le quitan su fuerza, su apoyo, su legitimidad, los que, en última instancia, refuerzan o amenazan su poder. Y el mero hecho de saber que hay alguien capaz de ejercer esa censura directa y en directo, de persona a persona, como permite la radio, es un reto que al Poder nunca le deja indiferente. Y, por lo general, si puede eliminarlo, lo elimina. Vendrá otro, sí, pero ya no será ése que tanto le molestaba, y mientras llega, el escarmiento hará mucho más prudentes a los que pretendan seguir su ejemplo crítico.

La lucha de poderes, tendente al equilibrio si el Estado liberal funciona, no se limita al poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, sino que está atravesada por esa lucha ante la opinión pública que se desarrolla en los medios de comunicación y que en los regímenes democráticos decide no sólo las elecciones sino también los niveles de representación de los distintos grupos sociales y, sobre todo, las ideas y valores fundamentales que impregnan la política interior y exterior, los modelos educativos y culturales, los comportamientos sociales de todo tipo. Y al final, el comportamiento básico de cualquier sociedad, que es el de la relación del ciudadano con el Gobierno o, más genéricamente, del individuo con el Poder. En esa relación, el factor de intimidación es esencial, pero entre el respeto y el miedo hay una gama amplísima de comportamientos y es el clima social el que determina el equilibrio entre la resistencia y la coerción. Ahí es donde funciona la radio, al menos en España. Ahí es donde influía Antonio Herrero.

He pensado mucho, a propósito de Antonio y de mi propia experiencia actual, sobre las claves de ese asombroso mecanismo por el que una masa considerable, de millones de oyentes, adopta como propio a un determinado comunicador o se identifica con una cadena de radio concreta. Las afinidades ideológicas son evidentes, como sucede en la prensa y, en otra medida, en la televisión, pero en la radio hay algo más. Yo creo que es la capacidad del comunicador de enfrentarse al Poder. No a cualquier Poder ni tampoco con cualquier motivo, pero sí de ponerse enfrente, más predispuesto a la crítica que al aplauso y más dispuesto a la guerra que a la paz. Y eso se aprecia más cuanto más peligro se corre, tal y como sucede en la fiesta de los toros, cuyas pautas observan los españoles más de lo que parece, aunque hayan dejado de ir a las corridas. La gente apreciaba mucho a Antonio en términos taurinos: valentía, entrega, jugársela. Y, en realidad, lo que nos pedían a García, a Luis y a mí en la noche del funeral de Antonio no era «ánimo» sino valor. Ánimo era el que ellos nos brindaban. Valor era lo que esperaban de nosotros, para seguir enfrentándonos al toro negro del Poder como hacía Antonio cada mañana.

¿Y por qué siendo la derecha española, por regla general, tan pacata, tan acomplejada, tan amiga de la moderación, del término medio, del equilibrio, de no dar un ruido y templar todas las gaitas había adoptado a Antonio Herrero como paladín, pese a que decía «mentir» en vez de «no decir la verdad, que es más bonito»? Yo creo que por dos razones: porque hacía lo que a esos oyentes les gustaría hacer en la vida pero no se atreven y también porque frente a ese Poder, esa situación que los asusta y los acoquina, quieren que les represente alguien directamente, sin pasar por los trámites de representación legal, parlamentaria, formal. Y ese alguien que no se arrugaba, que le cantaba las verdades al Lucero del Alba, que se atrevía con todos los toros y con todos los hierros, hasta de la peor ganadería, era Antonio Herrero. Por eso no tuvo un entierro de profesional sino de héroe; no de figura del periodismo sino de la tauromaquia.

Sin embargo, a fuer de sinceros, lo que al empezar el funeral de San Isidro más nos preocupaba a Luis, a García y a mí no era el inmenso gentío que desbordaba la iglesia y las calles adyacentes; tampoco el número de autoridades, que no fue escaso: el presidente del Congreso, Federico Trillo; el vicepresidente del Gobierno, Francisco Álvarez Cascos; los ministros Esperanza Aguirre (Educación), Margarita Mariscal (Justicia) y Mariano Rajoy (Administración Territorial); el portavoz del PP en el Congreso, Luis de Grandes; el portavoz del Gobierno, Miguel Ángel Rodríguez; el alcalde de Madrid, Álvarez del Manzano, y el de Marbella, Jesús Gil; Rosa Aguilar (IU). Dábamos por hecha la presencia de eso que suele llamarse sociedad civil, que acreditaba la condición omnívora y benéfica de Antonio: los jueces Barbero y Liaño, la fiscal Márquez de Prado, el empresario Fernández Tapias, el abogado García Trevijano. Y, por supuesto, los colaboradores: los Campmany, Martín Ferrand, Víctor Márquez Reviriego, Tamames, Balbín, José Luis Gutiérrez, Pedro Jota, Sánchez Dragó, Pablo Sebastián, Justo Fernández, el juez Navarro, Nicolás Redondo Urbieto y demás. Y el equipo de La mañana, todo lágrimas. Y los directivos de la COPE, encabezados por Salvador Sánchez Terán, a quien Antonio detestaba. Y como aún resonaban los ecos de la campaña del PSOE y/o Polanco contra Antonio, que afectó a la propia Conferencia Episcopal, también teníamos interés en ver qué decían su presidente, Elías Yanes, y Rouco, encargado de la homilía. Pero, sobre todo, queríamos saber si venía Aznar.

Y Aznar no vino. Cuando vimos llegar sola a su esposa, Ana Botella, que, como Luis y yo sabíamos desde el 1 de mayo, tanta inquina le tenía a Antonio, se nos cayó el alma a los pies. Y lo que fue peor: a García se le subió la sangre a la cabeza. Luis había cometido la indiscreción inevitable de contarle algo, muy poco, de aquella noche triste, pero entre lo que le dijo Luis y lo que él adivinó, García llegó a una conclusión que, al cabo, no estaba demasiado alejada de la realidad: Antonio se había dejado la vida en una guerra de la que el primer beneficiado había sido Aznar; y éste

lo agradecía pidiendo su cabeza y no yendo siquiera a su entierro. Por más que Luis y yo tratamos de encontrar excusas para su ausencia, incluida la posibilidad de sentirse violento ante nosotros dos, tras habernos llamado sólo unas horas antes de su muerte para dejar solo a Antonio, lo cierto es que, si tenía mala conciencia o se sentía abochornado por su comportamiento, hubieran bastado su presencia y un abrazo para cancelar cualquier rencor entre nosotros. Era, en realidad, lo que más deseábamos y esperábamos. Y esperando nos quedamos.

El que no esperó a pasarle la factura al presidente del Gobierno fue García. Esa misma noche dijo que su ausencia en el funeral de Antonio demostraba «la basura de la condición humana». No sé si luego se extendió en comparaciones sobre la incineradora de residuos urbanos de Valdemingómez y el horno crematorio de respetos humanos de La Moncloa. Pero el efecto fue estruendoso y el resultado exactamente el que Luis y yo temíamos: las hordas de Polanco se alegraron muchísimo al comprobar que el Gobierno había abandonado a la COPE, su enemigo más aguerrido, y que ni siquiera la muerte de Antonio en terribles circunstancias era capaz de disimular la animadversión de Aznar hacia sus antiguos amigos y tradicionales aliados. Eso auguraba la liquidación de la COPE y la dispersión de los restos de Antena 3 y del variopinto grupo formado en torno a Antonio Herrero que el gálico Cebrián había bautizado como «Sindicato del Crimen».

Al final, la llamada «Guerra Digital» a la que tras el «Pacto de Nochebuena» entre Polanco y Asensio en 1996 nos había convocado un mendicante Aznar (fue la última vez que estuvimos con él Antonio, Luis, García y yo), y que duró todo 1997, sólo habría servido para impedir temporalmente que Polanco se hiciera con el monopolio de la televisión de pago y también para diseñar frente a PRISA otro gran grupo multimedia en torno a la Telefónica de Villalonga; pero como sabiamente deducían en el imperio prisaico, los «incontrolados», los que durante los peores años del felipismo habíamos demostrado una capacidad de resistencia y de ataque casi ilimitada, habíamos sido ya condenados a la dispersión o al exterminio por el propio Gobierno al que habíamos llevado al Poder. Al final, unos imbéciles —nosotros— habíamos encumbrado a unos malvados —el PP—, pero, de momento, los tontos íbamos a recibir el castigo que tan soberbia estupidez merecía. Ya llegaría el turno de los malos. Como, en efecto, llegó.

El violinista del Titanio

Aunque por razones diametralmente opuestas, Luis y yo hacíamos el mismo análisis, fundado en los mismos hechos incontrovertibles: el Gobierno quería liquidar la

COPE; nosotros nos habíamos quedado al frente de la emisora condenada; estábamos seguros (como lo estaba Antonio) de que García sería tentado por el grupo multimedia de Telefónica, porque el deporte no planteaba los problemas políticos de los programas de información y opinión; así que sólo teníamos una alternativa: acudir a La Moncloa a rendirnos o tratar de asentar una nueva programación en la COPE, atrincherarnos y ganar tiempo a ver si pasaba algo que modificase la situación. Si todo salía mal, es decir, si la COPE se hundía, «alguien decidirá por nosotros», como repetía fatalista Luis Herrero. Si salía bien, podríamos incluso elegir la forma de salvarnos y de salvar algo de nuestro patrimonio moral y profesional, que era la audiencia fiel que nos seguía. Del naufragio de la COPE, pocos dudaban. Por eso, a los protonáufragos y robinsones nos resultaba tan patético o tan ridículo posar ante la prensa con galones de capitán. Salvo los de capitán del *Titanic*, o el traje de etiqueta del último de sus violinistas, que se convirtió en la metáfora favorita, casi obsesiva, de Luis Herrero sobre nuestro destino.

Hubo otro detalle que nos perturbó profundamente en el funeral de Antonio: la homilía de Rouco. No es que fuera crítica u ofensiva para con el muerto, faltaría más, pero resultó tan medida y severa, tan preocupada por mostrar una distancia afable pero muy difícilmente salvable entre las «estrellas» de la COPE y su accionista mayoritario que, pese a suponer que Rouco simplemente trataba de salvar el difícil equilibrio entre las distintas facciones dentro de la Conferencia y las profundas disensiones internas sobre el futuro de la cadena, nos quedamos helados. Nosotros queríamos oír el elogio por encima de todo; y no, pese a todo, algún elogio. Luis y yo nos mirábamos atónitos: después de Aznar, encima, Rouco. García estaba como una pantera de las del cine:

—¡Si no quería hacer la homilía, no haberla hecho! ¡Para esto, mejor nada!

Luego, el tiempo demostró que no todas las cosas de aquella noche eran lo que parecían. Cuando Rouco sucedió a Yanes como presidente de la Conferencia Episcopal, se portó muy bien con nosotros, especialmente conmigo, y, en buena parte, gracias a él se salvó la COPE. Pero en esos momentos, yo sólo saqué una conclusión clara:

—Luis, para mi funeral quiero dos cosas: la misa, en latín; y el cura, a favor.

Antes de salir a la calle, al fragor del gentío cuyas ovaciones a los distintos asistentes oíamos desde dentro de la iglesia, recuerdo dos cosas más: el larguísimo abrazo a Cristina Pécker y unas extrañas palabras de Eugenio Galdón —el «hombre fuerte» de la COPE que facilitó el desembarco de los damnificados de Antena 3, pero que luego había roto con los obispos y reñido con el propio Antonio—, que me cogió de los hombros, me llevó un poco aparte y, mirándome fijamente desde arriba, me dijo:

—Fede, te va a tocar crecer de golpe. La mañana sólo puedes hacerla tú.

—¡Qué dices, si yo nunca he querido dirigir nada, ni siquiera La linterna!.

—Por eso te digo que vas a tener que crecer de golpe. No tendrás más remedio.

—Eugenio, está ya todo decidido: Balbín hará La linterna y La mañana va a hacerla Luis. Y la va a hacer muy bien, ya lo verás.

—De momento, vale. Pero, a la larga, no funcionará. Acuérdate de lo que te digo.

Aquella noche, en la cama y con la luz apagada, recordé las palabras de Galdón, entre tantas otras, pero pronto dejé que flotaran y desaparecieran en aquel torrente de imágenes y emociones que había arrasado el cauce de nuestras vidas. Hacía sólo tres noches que Luis y yo habíamos ido a La Moncloa, no sabíamos a qué. Ahora sabíamos demasiado: Antonio, nuestro segundo padre, nuestro protector, había muerto; y nuestro futuro era una sombra entre la niebla. Mi vida había cambiado en sólo tres días, desde aquella noche del 1 de mayo de 1998. Y entonces no podía yo imaginar hasta qué punto.

Capítulo II

LA LINTERNA: LUCES, SOMBRAS Y APAGONES

El primer fallo del proyecto de continuidad para la COPE, diseñado en el paseo marítimo de Marbella al día siguiente de la muerte de Antonio Herrero, se produjo en lo que, aparentemente, no podía fallar: la sustitución de Luis Herrero por José Luis Balbín en *La linterna*. La propuesta había sido aceptada de inmediato por don Bernardo, que era el que realmente gobernaba tras el reinante Sánchez Terán, así que lo único que había que negociar eran los términos del contrato y la fecha de incorporación del nuevo director. Todos creíamos que cuanto antes se firmara y empezara su rodaje, mucho mejor. Estábamos a primeros de mayo y, hasta agosto, teníamos tiempo para preparar el cambio con ciertas garantías. Aunque en comunicación nunca esté garantizado nada.

Es sabido que, a diferencia de la televisión, a la que siempre se define como un medio «frío», capaz de cambiar fidelidades de años en una sola noche («frialdad», por tanto, discutible, ya que supone una infidelidad veloz, casi epiléptica), la radio es el medio «caliente» por excelencia, tanto por su inmediatez como por los fuertes lazos, casi familiares, que el comunicador crea con la audiencia. En rigor, quizá sería más justo bautizarlo como el medio más «cariñoso», ya que tiende a conservar el calor, léase la fidelidad del oyente, como una funda acolchada de tetera escocesa. Para bien y para mal, en la radio todo dura y todo se hace esperar, casi ningún programa suele asentarse de golpe, pero, cuando lo hace, suele tardar en hundirse. La naturaleza del medio, pues, y las propias circunstancias aconsejaban en la COPE ponerse a «rodar» rápidamente *La mañana* y *La linterna* para que cada programa fuera amoldándose a la personalidad del director, que, por mucho equipo que le rodee, al final es el que tiene que estar varias horas en directo ante el micrófono y conseguir que el oyente se identifique con él. Tres meses parecía un plazo muy razonable para hacer todas las pruebas y cambios necesarios y empezar, ya en septiembre, con una fórmula aproximadamente definitiva.

Pero todos los planes se vinieron abajo cuando Balbín, pese a todas las premisas favorables, no llegó a un acuerdo con la COPE para dirigir *La linterna*. En realidad, según las fuentes oficiales de la casa (generalmente creíbles por su acreditada falta de imaginación), hubo no sólo un acuerdo verbal sino dos en quince días, que naufragaron a la hora de firmar físicamente el contrato. Balbín tiene, o tenía por entonces, un gran abogado que era un hacha redactando contratos. A menudo bromeábamos diciendo que para él siempre era mucho mejor negocio irse de una empresa que trabajar en ella; Televisión Española y Antena 3 lo acreditaban. Pero creo que la única causa claramente identificable en el fracaso de un acuerdo, que es la

diferencia en cuestión de dinero, no fue la única en ese caso, es decir, en los dos casos consecutivos de Balbín.

Tanto Luis como yo —García daba por hecho el fracaso, me parece— entendimos que Balbín se comportaba, en última instancia, como Martín Ferrand cuando rechazó hacer *La mañana* y *La linterna*. Eran retos muy duros, en lo físico y en lo psicológico, que exigían mucho trabajo, mucha ilusión, mucha entrega, y en los que concurrían dos factores negativos: lo normal era fracasar y, encima, por poco dinero. Como sucede en el fútbol, a diferencia de los jugadores que nunca han levantado una copa importante ante los forofos enardecidos, a las «estrellas» que ya han cosechado muchos títulos les resulta muy difícil entusiasmarse por algo más que el número de ceros del cheque. Y la COPE, tras la muerte de Encarna Sánchez un año antes, que supuso el hundimiento comercial de *La tarde*, y ahora la de Antonio, que suponía el hundimiento, como mínimo parcial, de *La mañana*, era un club sin deudas pero con un candado en la tesorería y sin más crédito en el banco que el que aportaba García en los deportes. Balbín —como Martín Ferrand— lo había ganado ya casi todo en los campos hertzianos de la radio y la televisión. Era mucho más cómodo seguir como colaborador apreciado y bien pagado en los programas de la casa, sin tener que arrastrar la pesada responsabilidad del éxito o el fracaso. Nunca hay dinero bastante para hacer lo que uno no quiere hacer, salvo que lo necesite mucho o sea tanto que compense el riesgo.

Aparte de que me falten datos sobre el doble fracaso de las negociaciones con Balbín, aunque el dato esencial es que nuestro candidato las tuvo y no llegó a ningún acuerdo con la COPE, carece de sentido discutir a estas alturas si no llegaron los galgos o fallaron los podencos. Sí creo que cuando uno —empresa o profesional— no quiere realmente llegar a un acuerdo, lo mejor es decirlo cuando antes y no perder ni hacer perder el tiempo a nadie. Pero quizá nosotros necesitábamos una prueba más de que Antena 3, como realidad ideológica y vivero de profesionales, ya no existía; que la COPE estaba a la intemperie y que antes de levantar *La mañana* se nos hundía la noche.

Tras fallarnos Balbín, don Bernardo nos sorprendió a todos nombrando director de *La linterna* a José Apezarena. Lo había puesto Antonio como jefe de Informativos para controlarlos él, pero salvo esa relación personal utilitaria, no había ninguna razón para encargarle la dirección de *La linterna*, el segundo programa de información y opinión de la cadena. Salvo su pertenencia al Opus, claro está, a la que de inmediato achacaron los mentideros políticos y periodísticos su elección. Sin embargo, reunidos García y yo con Luis Herrero, que pertenece a una dinastía muy ligada a la Obra, él nos lo desmintió con toda clase de datos consultados y razones de orden ideológico y político. Luis estaba consternado por aquella elección bernardina o bernardesca que, según nos dijo, podía hacerle casi tanto daño al Opus como a la

COPE. Entonces, ¿por qué se produjo?

La extraña subespecie del ejecutivo audiovisual

Vadeando el caso concreto que nos ocupa, permítaseme exponer una teoría sobre las decisiones en las modernas empresas de comunicación. Puede parecer absurda, pero aseguro al lector que se basa en una larga experiencia y una cuidadosa observación de los más diversos y valiosos ejemplares de una especie probablemente emparentada con el *Homo sapiens* y que no es otra que la del ejecutivo del sector audiovisual.

En realidad se trata de una variante, acaso de una mutación, dentro de una especie curiosa, también aproximadamente humana, que ha dado lugar a muchísimos estudios e investigaciones: el ejecutivo común y corriente, o *executor vulgaris*. Centrándonos en esta subespecie, y dejando aparte su aspecto, maneras, coches, vocabulario y costumbres, que no difieren de las del precitado ejecutivo común, si hubiera que definir sus rasgos esenciales yo señalaría dos: el primero, que no escucha la radio ni ve la televisión en que trabaja; el segundo, que la posibilidad de «controlar» al director de un programa le vuelve loco, altera todos sus mecanismos de control y autocontrol, como si de un hongo alucinógeno se tratara, y le lleva a provocar grandes catástrofes. Por ejemplo, que alguien pueda ser suficientemente controlable dirigiendo un programa le parece una razón poderosísima para encargárselo; superior, de hecho, a cualquier otra de tipo profesional, intelectual, política o moral.

El lector escéptico podrá decir que se trata del eterno afán de ejercer y disfrutar del Poder que el ser humano acredita desde Atapuerca. De acuerdo, pero según códigos muy singulares. El más curioso es que esta especie de cita a ciegas con el servilismo que proviene de la tendencia primera, la más atávica y profunda, del ejecutivo audiovisual (*executor audiovisualis*) sólo funciona si se observa inquebrantablemente la segunda: no someterse jamás a la prueba de disfrutar o padecer el resultado de la propia elección. O sea, que los directivos (los ejecutivos políticos funcionan según pautas muy similares) eligen a ciertos periodistas para puestos de responsabilidad política porque los suponen controlables, pero, atención, no por ellos mismos, puesto que una vez nombrados ya no los siguen, ni los leen, ni los escuchan, ni los ven, sino por una especie de cualidad compartida de presunta autocontención y autoproclamada responsabilidad, de no sacar nunca los pies del plato y hacer siempre lo que se espera de ellos. Digamos que eligen a los que se supone que se controlan solos porque ellos no tienen tiempo para controlarlos. Y si se descontrolan, siempre podrá decirse que traicionaron la confianza que en ellos puso la empresa, nunca que semejante método de elección está inevitablemente destinado al

fracaso.

Perdón, ¿he dicho fracaso? ¿Qué fracaso? ¿Alguien conoce a un solo ejecutivo de una sola empresa audiovisual que haya fracasado alguna vez? Jamás. Yo llevo veinte años largos en este mundillo y no he conocido nunca a un solo ejecutivo que admita públicamente y en el momento de los hechos (siete años después y en otra empresa, no vale) que han metido la pata hasta el corvejón, que han malbaratado el dinero de los inversores, que han extraviado a la audiencia o que no han sido capaces de interesar a nadie. El ejecutivo audiovisual (*executor audiovisualis*) se limita a seguir el programa cromosómico de su subespecie, que es ése: ejecutar. Por eso, al ser más irresponsables que un rey en la Constitución, no yerran jamás. Los que fracasan son los periodistas, los que dan la cara en la pantalla o en el micrófono. Ellos se limitan a enterrar a su Frankenstein o Frankensteinina. Y si se les pregunta por Mary Shelley dirán: «¡Ah, ésa! ¡No la sigo mucho! ¡Es que últimamente vamos poquísimo al cine!».

Director, dirigido, agotado y extraviado

Los meses de mayo, junio y julio de 1998 fueron quizá los más agotadores de toda mi vida, al menos en el sentido laboral del término. Como, al fin y al cabo, era uno de los responsables de colocar a Luis Herrero al frente de *La mañana*, no podía dejar de ayudarle con una adaptación de mi lectura de prensa de la noche, que era nuestra sección de más audiencia. Eso significaba madrugar todos los días y empezar a hablar, perorar y, sobre todo, discutir de política y otras actualidades a las ocho de *La mañana*. Pero como había dicho a la casa que iba a ayudar todo lo posible al nuevo director de *La linterna*, y Apezarena se apresuró a pedírmelo, tuve que seguir haciendo también mi sección de prensa durante otro par de horas diarias, de diez a doce de la noche.

El resultado físico fue una estilización de mi figura que no alcanzaba desde los veinte años y una dramatización de mis rasgos faciales, ya de por sí dramáticos. Yo era un sistema nervioso filiforme que se agitaba mañana y noche por las escaleras de la COPE, seguía escribiendo la columna diaria en *El Mundo* y tenía que participar en las continuas reuniones, intrigas y cabildeos sobre el futuro de la cadena. Naturalmente, dormía como los soldados en campaña: lo que podía, donde podía y cuando me dejaban. Luis Herrero se hizo instalar en el despacho de Antonio un sofá para dormir un rato al terminar *La mañana*, que siempre cuesta una o dos horas más terminar del todo. A mí acabaron por acomodarme en un despacho junto al nuevo estudio del tercer piso cuya única función era la de albergar un sofá parecido donde

podiera descansar un rato. Guardo ese recuerdo inmobiliario de forma nebulosa, porque creo que, si bien tardaron bastante en instalarme un ordenador en el despacho, nunca llegó el sofá que era su razón de ser. Desde luego, yo nunca pude dar una cabezadita en él, cosa por otra parte lógica porque los espectros, desprovistos de cuerpo, nunca han necesitado echarse la siesta.

Evidentemente, aquello sólo podía ser una solución provisional hasta el verano, pero tampoco se limitaba a los hechos sino que se agotaba en las incertidumbres. Al mes de sostener aquella doble militancia y de ayudar lealmente a Apezarena, tanto Luis como, sobre todo, José María García, que era el más directamente afectado por la audiencia de *La linterna*, habían llegado a una conclusión que ratificaba su primera impresión: el nombramiento de Apezarena había sido uno de los errores más garrafales de don Bernardo, solo o en compañía de obispos, para apuntalar un proyecto que había empezado a hundirse con la velocidad del *Titanic*, nuestra metáfora favorita.

Una noche, tras más de un mes embarcado en aquel azacaneo epiléptico, García me encontró cuando bajaba al estudio «Antonio Herrero» detrás de su habano y yo subía con mirada, supongo, de alucinado insomne por aquellas escaleras que se habían convertido en mi segunda casa, si no la única. En su inimitable estilo, me cogió del hombro, me apartó a un lado, me paró y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Prepárate, que en septiembre empiezas a hacer *La linterna*. Está decidido.

—José, estoy harto de decirte que no quiero dirigir ni ese programa ni ninguno.

—Tampoco Luis quiere dirigir *La mañana* y tampoco yo querría quedarme aquí rodeado de cabrones y cabritos. Pero yo me quedo, Luis hace *La mañana* y tú tendrás que hacer *La linterna*. El cura empieza a reconocer que ha cometido un error por hacerles caso a los obispos o por lo que sea, y como tú no puedes seguir así y la COPE tampoco, no hay discusión. Vete preparando tu equipo y además sin que se entere el otro. Si mantienes el secreto, te harán santo, porque será un milagro. No, no te explico nada porque ya tenía que haber empezado mi programa. Duérmete y mañana hablamos.

Y se metió con su cuadrilla en el estudio grande, rebautizado «Antonio Herrero».

Naturalmente, semejante soponcio no era el mejor somnífero, excipiente harto necesario pero del que no podía abusar si no quería levantarme medio sonámbulo y medio lelo al día siguiente. En el duermevela de aquella madrugada, empecé a entender algo que don Bernardo me había dicho en su despacho pocos días atrás y que atribuí a una simple muestra de afecto y de ánimo:

—Federico, tengo que decirte que tu trabajo en *La mañana* y en *La linterna* para ayudar a esta casa tiene muy favorablemente impresionado a don Elías y que ha hecho cambiar muchas ideas preconcebidas de no pocos obispos, que por lo que les dicen y les cuentan los que ya supones, siempre te han tenido por el coco. Sólo quiero

que sepas eso: que tu esfuerzo no está pasando inadvertido en la Conferencia Episcopal.

—Bueno, pues nada, me alegro por don Elías, y a ver si algún otro se convierte.

—No seas malo. Ahora que empiezan a verte como el bueno, no puedes ser malo. Me reí, me despedí y todo quedó ahí.

Es posible que, por entonces, los siete obispos que con el secretario forman el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal, o al menos los cuatro necesarios para conformar una mayoría suasoria y consensual, hubieran decidido, de acuerdo con don Bernardo, que no podían seguir templando gaitas internas a costa de la trompetería de la COPE, porque antes de un año, adiós trompeta. También es posible que fuera una cierta rectificación de don Bernardo con respecto a mí y a *La linterna*, que el cupo de miembros o presuntos simpatizantes del Opus en los programas de opinión de la COPE pareciera intolerable a otros grupos católicos (Comunión y Liberación, por ejemplo) y que, al cabo, el perfil píamente anodino de Apezarena estuviera provocando más problemas internos que los que pretendía resolver.

No es descartable tampoco que don Bernardo, que nunca solía dar un paso sin el respaldo del Ejecutivo, observara en sus jefes naturales un cambio de criterio sobre los profesionales de la COPE, o que hubiera sabido transmitirles la presión casi irresistible de García. Me inclinaría por una mezcla de las dos razones últimas pero, la verdad, ni lo supe entonces, ni lo sé ahora, ni me preocupé de averiguarlo cuando podía hacerlo ni, a estas alturas, tiene demasiada importancia. Si, por mero prurito historicista, acudiera a memorias ajenas sé que tampoco serían fidedignas incluso queriéndolo, porque cada cual recuerda una cosa distinta aun viviendo la misma, y no digamos una como aquella. En el turbión y el caos de esos meses aciagos, con la muerte de Antonio gravitando de forma terrible sobre nosotros y quizá con algunos obispos importantes lamentando su comportamiento en vida con nuestro amigo, las decisiones en la COPE iban por delante de las meditaciones, como la muerte y los funerales. Al cabo, todo lo nuestro se había convertido en oficio de difuntos.

Lo que García me había dicho en la escalera, y aunque él no celebrase, iba a misa. Luis, que no acababa de creerse que el malo del grupo se convirtiera en el bueno para la complicada sensibilidad episcopal, llegó finalmente a la conclusión de que San Federico o, más probablemente, la Virgen del Tremedal, patrona de mi pueblo y a la que entre bromas y veras se encomendaba antes de empezar cada telediario en Antena 3 Televisión, había hecho el milagro. Y que la propuesta de que hiciera *La linterna* iba a producirse y en términos de afectuosa perentoriedad, pero, eso sí, en el peor estilo dilatorio de la casa: bien entrado el mes de julio, para que no molestase a Apezarena, y tras perder un tiempo precioso para preparar el nuevo equipo que yo debía formar; porque el nuestro de *La linterna* había migrado casi en bloque a *La mañana* acompañando a su director.

Luis no estaba nada convencido de mi idoneidad para dirigir *La linterna*, pero no por mi absoluta inexperiencia técnica, que es lo que yo argumentaba inútilmente una y otra vez para resistirme al encargo. El, lo mismo que García, decían que eso se remediaba antes de un mes, mediante el acreditado sistema de aprender a nadar que consiste en tirarte al agua. Las razones eran fundamentalmente dos: le privaba de su más estrecho colaborador en los últimos años para afrontar *La mañana* y, además, sin la menor garantía de que acabase bien, porque en cuanto se reprodujesen las presiones del PSOE y de PRISA (que en su clásico estilo matonesco, tratarían de liquidar a la COPE después de enterrar festivamente a Antonio) y en cuanto se produjera alguna perfidia episcopal nacionalista o antiliberal en la SER contra mí, yo era muy capaz de mandar a freír espárragos no sólo *La linterna*, que no quería hacer, sino a la cadena donde los dueños no me dejaban trabajar, y me largaría a mi casa a escribir o, aún peor, a otra radio para hacer fuera de la COPE lo que dentro no me permitían hacer.

En realidad, eso era lo que entonces se decía en todos los mentideros políticos y periodísticos de Madrid, porque se suponía que Luis y yo éramos gente cercana a Aznar y que era el momento adecuado de desguazar la ingrata cadena episcopal y reforzar Radio Nacional, Onda Cero o, sobre todo, la naciente Cadena Ibérica, promovida por Anson y dirigida por un periodista reconvertido en ejecutivo de estricta confianza ansonita y monclovita: José Antonio Sánchez. Y, en efecto, cumpliendo los vaticinios del gremio y obedeciendo a una lógica bastante elemental, Cadena Ibérica se apresuró a lanzar una OPA económicamente irresistible contra buena parte del equipo de Antonio Herrero, con éxito apabullante. Su habitual suplente, Antonio Jiménez, su productor, Miguel Pérez Pía (que oficiaba de discreto agente contratante) y varios más de su equipo se fueron de la COPE a la competencia para «mantener vivo el espíritu crítico de Antonio». Tamaño sacrificio resultaba más soportable, hay que entenderlo, doblando o triplicando sueldos en una cadena que no tenía oyentes pero sí mucho dinero «político».

Alegres las viuditas y viuditos con sus opíparos contratos, firmados a escondidas pero filtrando el monto, que es fórmula infalible para desestabilizar cualquier equipo y sumir a la redacción en un clima de turbia sordidez, los «ibéricos» anunciaron no ya su legítima voluntad sino su seguridad de heredar la audiencia de Antonio tres meses después. A mí, el episodio me sorprendió poco, porque así es la naturaleza humana; el periodismo no suele mejorarla, bien al contrario; y en los medios de comunicación la mediocridad necesita de esos trucos para remediar la falta de talento. Pero Luis lo llevaba fatal. Abrumado por la verdadera herencia de Antonio (profesional y legal, porque era su albacea testamentario), no soportaba ver a tantas «viudas» de ocasión. Yo aún alcancé a heredar el último ejemplar de la torva especie, que pasó de elogiarme ad nauseam a insultarme fieramente al ver que no prorrogaba su contrato.

El sentimentalismo es así.

El primer equipo de *La linterna*

Por esos equilibrios entre empresariales y clericales que el lego jamás podrá entender, yo me encontré entonces en la peregrina situación de tener que formar un equipo nuevo para el segundo programa de información y opinión de la casa, pero prácticamente en la clandestinidad. Además de la cautela forzosa de no descuajeringar *La linterna* clásica, en la que seguía haciendo la hora de mayor audiencia, tenía que hacer a escondidas una *Linterna* nueva, con nueva redacción, nuevos contertulios y nuevo de todo... pero sin contar con nadie. Fue un mes surrealista, disparatado y bobo al que sólo el tiempo limó los filos. Porque, a todo esto, a mí nadie me había confirmado formalmente el encargo ni habíamos firmado contrato alguno. García juraba que estaba hecho, Luis decía que mientras no firmase el contrato la casa podría echarse atrás y yo esperaba secretamente que Luis acertara, pero actuaba como si hubiera acertado García.

En esos días, cuando a las diez terminaba mi colaboración con Luis, me encaminaba hacia el cuchitril rinconero que pasaba por despacho del director de *La linterna* y hablaba con quien fue mi primera colaboradora: Isabel González. Una chica de apenas veintitrés años, de un gótico adolescente y flamígero, a quien Antonio había contratado poco antes de morir y que se quedó fuera del equipo de *La mañana* porque a Luis no le cabían todas las piezas en el «puzzle» de su equipo más el de Antonio, que por otra parte se estaba desperdigando a toda velocidad. Cuando habló con Isabel, ésta dijo que lo entendía muy bien, que sobraba cualquier explicación y además le dio ánimos, que buena falta le hacían. Luis, que asistía diariamente a la fuga financiada de los redactores supuestamente íntimos de Antonio, se quedó sorprendido de que una chica tan joven y que, pocos meses después de ser contratada como productora en el programa estrella, se veía de pronto en los pasillos, resultara tan madura y tan inteligente. Cuando le dije que pensaba contar con Isabel para hacer la producción y mi nuevo espacio de cultura, si finalmente me encomendaban *La linterna*, le pareció justísimo y estupendo.

Pero, claro, lo difícil era decírselo a ella y, si aceptaba, empezar a trabajar sin que nadie se enterase. Apezarena la había puesto en la producción de *La linterna* pero en el horario matinal, así que al terminar la tertulia con Luis y desembocar en el lato e impreciso tiempo del café con leche, me iba a su despacho, porque no había nadie más del programa en los alrededores, y charlábamos largamente. Yo lo desconocía casi todo de los recovecos laborales y los rencores particulares que, como en todas,

anidaban en aquella redacción, donde enseguida se propaló la especie de que estábamos liados. Con esa forma de machismo retorcido que ciertas mujeres suelen aplicarse a sí mismas, fueron las propias compañeras las que la crucificaron, mientras a mí me felicitaban de tapadillo los colegas por haber conseguido el acceso a aquella belleza espectacular. No se piensa o no se quiere pensar que para trabajar a diario en un programa de opinión de varias horas, y encima tan exigente como *La linterna*, el director necesita sobre todo colaboradores inteligentes, sea cual sea su sexo, estado civil o disponibilidad afectiva. Y que mezclar los intereses personales y los profesionales suele acabar perjudicando a los dos. Ya, ya sé que todo esto se sabe, pero, como he tenido luego ocasión de comprobar, la malicia periodística es tan incompatible con la bondad como con la lógica. No obstante, aquella habladora que, como a todas las guapas inteligentes, tenía que mortificar mucho a Isabel, nos vino muy bien para que —aparte de Luis, que estaba al tanto— nadie sospechara lo que realmente hacíamos, que no era ligar sino preparar el espacio de cultura y la nueva Linterna. Ella fue de una discreción sepulcral y pudimos avanzar bastante en el proyecto, que suponía un cambio total de estructura, de colaboradores y de equipo, si es que alguna vez llegaba a tenerlo.

Porque, entre que no podía hablar con nadie y que no conocía la redacción, no conseguía formarlos. Yo tenía la intuición clara de lo que quería, y para eso necesitaba gente profesionalmente buena y que compartiese o al menos no combatiese las ideas y valores liberales que abiertamente he defendido siempre y que, por supuesto, pensaba defender en *La linterna*. Pero que iban y van en contra de la ideología izquierdista o progre que domina aplastantemente en el gremio periodístico, COPE incluida. En rigor, yo no necesitaba un equipo sino una subdirectora que me lo hiciera; se lo propuse a Elsa González, que hacía cultura, tenía experiencia, conocía bien la casa... y que, por razones familiares, declinó la oferta. Los días pasaban y yo, entre lo clandestino del método y lo poco que, en el fondo, me apetecía pechar con el embolado nocturno, no veía a nadie que se pareciese a lo que, algo nebulosamente, buscaba. Entonces, Luis me sentó un día en el despacho que había heredado de Antonio, un minifundio caótico y atestado de papeles que contrastaba con el vecino latifundio de García, y me dijo:

—Mira, Fede, como bien sabes, a mí el equipo me lo hizo Antonio, que fue el que me recomendó como segunda a Carmen Martínez Castro, y acertó porque tenía olfato y sabía lo que iba a hacernos falta. Yo le he estado dando vueltas y creo que la Carmen que tú necesitas es Susana Moneo. Tiene experiencia en la información parlamentaria, conoce bien el gremio político, que tú detestas pero que necesitarás, da muy bien en el micrófono y además Apezarena la tiene marginada en informativos porque lleva la falda muy corta o tiene las piernas muy largas o dice que no da la imagen de COPE o yo qué sé. Sí, sí, no te rías. Pero eso te viene muy bien, porque

está en los pasillos. Si quieres, yo hago la aproximación, y si acepta, como supongo, ella se encargará de organizarte un equipo apañado con lo que haya disponible en la casa. Eso, si tú quieres, naturalmente.

Naturalmente, quise. Luis hizo la aproximación y, en efecto, fue positiva. Pero yo, que sólo había visto a Susana en unas elecciones gallegas, no encontraba momento para hablar con ella, entre otras cosas porque mi designación seguía siendo un secreto. De pronto, se convirtió en secreto a voces, y un día, llaman al minifundio despachil que yo ocupaba si no estaba Luis, digo que adelante, y era toda Susana, impetuosa y sonriente:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Vas a contar conmigo o qué?

Me dio la risa y fue qué. Le encargué, según las indicaciones de Luis, que buscara el equipo entre lo que hubiera disponible en la casa, aunque las piezas clave estaban, lógicamente, asignadas a *La mañana*. Sólo me reservé la sección de cultura, que pensaba hacer de nueve y media a diez y para la que aún me faltaba una persona.

La encontré por casualidad. Yo me había despedido, pese a la amable insistencia del jefe de Informativos Luis Fernández y sin poder contarle *La Razón* real de mi marcha, del Fuego cruzado que hacía en Tele 5 con (o sea, contra) Carlos Carnicero en el informativo estrella, que era el de Juan Ramón Lucas. Y éste me invitó a comer en Viridiana, al lado de la COPE, para hacer el último intento de que me quedase y, si no, para despedir una colaboración que había resultado estupenda para ambas partes. A los postres, para que no insistiese más, tuve que contarle lo de *La linterna*, la absurda búsqueda clandestina de equipo y el resto de azacanas miserias que me absorbían. Al terminar los cafés, casi de pasada, hablando de los problemas de hacer equipos, me dijo:

—Pues creo que vas a tener de prácticas a una chica que ha trabajado conmigo en la radio. Tiene muy buena voz, lee mucho, es muy seria y echa las horas que haga falta.

—Entonces es una joyita. ¿Y dices que está ahora en *La linterna*?

—Sé que está en *La linterna* este verano, pero no sé el horario que tiene.

—Chico, ya que estamos aquí al lado, entremos y si está me la presentas. ¿Y dices que lee mucho?

—Sí, sí. Bueno, entremos y si no está, no perdemos nada.

Entramos. Estaba. Era Rosana Laviada, que, efectivamente, resultó tal y como Lucas me la había descrito. Lo que no me había dicho es que era lo más parecido al sueño decente de un siciliano en Nueva York. Era exactamente lo contrario de Isabel y se hicieron enseguida inseparables. Mujer, joven, inteligente y guapa, tampoco faltaron los chismes, las envidias y las habladurías, cosa que las unió más. Lo de las mujeres de *La linterna* se convirtió en una especie de mito erótico en la casa.

Un día me paró en las escaleras Pepín Cabrales, un andaluz simpatiquísimo,

antiguo torero de plata y palmero de Lola Flores, que, por azares de la vida, se había convertido en el asistente personal de García, el que le tenía siempre a punto la tortillita francesa, la manzana y demás manjares de su estricta dieta, amén del puro y del whisky caro para los invitados.

—Venga usted p'acá, don Federico; venga usted p'acá. He visto a la Susana y a esas otras dos chicas suyas y, oiga, ese muherío es un escándalo, un es-cán-da-lo, impropio de esta santa casa.

Dígame acá una cosa, pero con sinseridá, que p'a eso somos amigos: ¿uzté va a hasé *La lintenna* o los *Anheles de Charly*?

Creo que fue la primera vez que me reí de verdad en aquel maldito verano del 98.

Capítulo III

EL SENTIDO INTELECTUAL Y POLÍTICO DE *LA LINTERNA*

Aquel verano lo pasamos en Alcudia. Nunca veraneamos en un lugar fijo, pero por entonces el apacentamiento de la tierna prole nos llevaba a algún lugar de Mallorca para acercar a los niños a sus abuelos, tíos y primas. Desde aquel año maldito de 1998 nos fuimos inclinando por algún apartamento de Miami que nos ahorrara las incomodidades y peligros del periodismo español, entre los cuales destacan dos: los admiradores con tiempo libre y el culto a la personalidad del famoso, letal para el propio espíritu si no es antisocial, y gravoso para el cónyuge si no es demasiado amigo de salidas, comistrajos y cenistrajos. Afortunadamente, la corta edad de los niños y el cuidado preciso para que no estrellasen sus bicicletas contra algún alemán limitaban nuestra vida social a las veladas nocturnas en la pequeña urbanización junto al mar, con unos vecinos que eran grandes seguidores de la COPE y me daban mucho ánimo para el reto de septiembre. Aunque hubiese querido, no habría podido desconectar del trabajo, como recomiendan los médicos y la experiencia. La preparación de *La linterna* me tenía colgado del teléfono tarde tras tarde (aún no me levantaba al amanecer), o discutiendo con Rosana o Isabel algún aspecto de la media hora de cultura que pensaba incorporar al programa, o haciéndole jurar por enésima vez a Susana Moneo que ella se encargaría por siempre jamás de hacer entrevistas, porque —salvo excepciones rarísimas y limitadas a asuntos culturales— yo no pensaba hacer ninguna. Susana juraba, prometía, asentía y, en su fuero interno, supongo que se reía. Y Luis Herrero, según me confesó después, veía con horror aquel proyecto de media hora de información cultural que, en una cadena privada, hundiría la audiencia y haría que se volatilizara la ya escasa publicidad.

Para mí, sin embargo, dedicar media hora, de 9.30 a 10.00 de la noche, a temas culturales no era solamente una forma de rehuir el género de la entrevista política que Luis, con paciencia hecha oficio, bordaba en ese rato. Era el primer paso de lo que consideraba esencial en el panorama político e informativo de entonces y de ahora: luchar contra la aplastante hegemonía de la izquierda en el ámbito de las ideas, los valores y la creación artística. Yo creía y creo que la COPE y cualquier medio de comunicación que pretenda defender una serie de valores con los que se identifica una audiencia determinada debe luchar en el incruento panorama de las ideas todos los días del año, sea animando a cualquiera que publique un buen libro de cualquier género en la línea que ese medio defiende, sea ayudándole a escribirlo con sugerencias al hilo de la actualidad. El sectarismo tradicional de la izquierda, llevado por el polanquismo en España a extremos de logia selectiva y gulag informativo, se ha visto pavorosamente favorecido en buena parte del franquismo y en toda la

democracia por la absoluta sumisión cultural de los medios de derechas a la izquierda cultural. Con muy escasas excepciones, los políticos y periodistas de derechas buscan servilmente la legitimación de la izquierda. En consecuencia, los intelectuales de derechas, para sobrevivir, deben formar parte de ese protectorado despótico izquierdista, al modo de aquellos partidos tolerados en la Europa del Este por el régimen comunista de partido único, pero, obviamente, sólo como atrezo pluralista o decorado pseudoparlamentario de la «democracia popular».

En España, ese cinturón de derechistas tolerados no sólo atiende y controla a una clientela objetiva que, de otro modo, buscaría cauces independientes, sino que tiene otra misión más sórdida y siniestra: el silenciamiento y destrucción de cualquier alternativa ideológica y cultural que no respete la dictadura de la izquierda. El comisario jefe del imperio polanquista, Juan Luis Cebrián, y toda la caterva sectaria de *El País* y sus satélites provincianos sólo admiten en su seno a derechistas tibios, preferiblemente ucedeos y democristianos (Oliart, Tusell, Díaz-Ambrona, Herrero de Miñón) y con la condición de estar dispuestos a triturar a todos los políticos e intelectuales que no rindan culto a ese becerro de oro convencionalmente rojo y dialogantemente nacionalista. Por desgracia, eso sólo lo entendemos o lo entendemos mejor los que hicimos nuestras primeras armas políticas e intelectuales precisamente en la izquierda y en *El País*. Y por eso solía decir yo en las tertulias, y seguí diciendo al frente de *La linterna*, que desconfiaba de un liberal que no viniera vacunado y anatematizado por la izquierda; y que todo conservador agasajado en los medios de comunicación antes sería subdito de la izquierda que socio de los liberales. Ayer como hoy, la secta zurda que administra los carnés de progresismo y expide salvoconductos de demócrata sólo perdona la vida a cualquier intelectual o político no progre que por rencor, placer o necesidad ataque sistemáticamente a la derecha indócil reprochándole no ser todo lo «moderada» y «centrista» que manda la progresía. El carca bizcochable sirve así de coartada a la policía progre, al modo en que muchos presos comunistas sobrevivieron en los campos de concentración nazis: como carceleros de los demás presos. *Nihil novum sub sole*.

Por supuesto, tan donoso plan podía venirse abajo en un año si *La linterna* se apagaba en mis manos. Pero también si lucía en exceso, porque yo parecía un elemento demasiado pagado de sí mismo y de sus ideas como para que la derecha política se confiase y la izquierda y los nacionalistas lo perdonasen. Eso, cuando yo actuaba con el paraguas de Antonio o de Luis, me traía al fresco. Pero ahora tenía que abrir mi propio paraguas, en plena tormenta y con claro riesgo de que cualquier rayo me carbonizara.

Para formar el equipo, siguiendo el sabio consejo de Luis, decliné todas mis competencias (salvo cultura, que llevarían Isabel y Rosana) en Susana Moneo. Para crear ese grupo intelectual que fuera constituyéndose en alternativa al imperio

prisaico conservé a algunos clásicos de Antena 3 —Amando de Miguel, Balbín, Martín Ferrand— más por continuidad que por convicción, pero sobre todo incorporé a otros que jamás habían hecho radio y que eran colaboradores de *La Ilustración Liberal*: José María Marco, Alberto Recarte, Alberto Míguez, Antonio López Campillo, Julia Escobar... y el más raro de todos, un hombre cuyos libros sobre los judíos y la revolución rusa me habían llamado la atención y había elogiado sin conocer, que también seguía mis cosas, y que un día, por casualidad y cuando ya estaba preparando el programa, se me presentó en el vestíbulo del hotel Palace: César Vidal Manzanares. Hubo muchas casualidades en la creación de ese equipo intelectual de primer orden en *La linterna* —por ejemplo, el encuentro con Recarte, a quien me presentó Regino García Badell—, pero lo que no era casual era el criterio de afinidad y complementariedad ideológica que yo tenía en la cabeza y tuve la fortuna de encontrar en la radio. El intenso trato y el debate continuo nos enriquecieron a todos, porque a despecho de la típica soberbia intelectual fuimos aprendiendo a respetar en los demás unos conocimientos y un talento nada inferiores a los nuestros y, como prueban los muchísimos libros e infinitos artículos publicados en estos siete años, esa compañía exigente nos permitió vadear las muchas lagunas históricas, políticas e ideológicas que el forzoso autodidactismo liberal impuso a dos generaciones del tardofranquismo. Yo buscaba ensamblar un grupo liberal coherente, de creyentes y no creyentes, ex comunistas y ex conservadores, que cuando criticasen a Lenin o a Pablo Iglesias, en lo económico, lo político y lo ideológico, supieran de qué estaban hablando. Buscaba un grupo y acabé encontrándome con toda una generación.

Otra vez con Aznar y camino de Santiago

Pero antes tuve que pagar todas las inocentadas de la inexperiencia. También las de la vacilación de la casa con respecto a mí, al que habían recurrido por desesperación, no por convicción, y sólo tras fallarles estrepitosamente, por una u otra razón, sus candidatos políticamente correctos o, como se decía entonces, «poco conflictivos». Yo era conflictivo por muy diversas razones: porque como típico intelectual era soberbio y poco bizcochable, y porque ideológicamente no sólo era anticomunista, algo que a algún sector de los obispos todavía le parecía mal, sino abiertamente liberal, lo que a otro sector aún le parecía peor; y sobre todo nítidamente antinacionalista desde *Lo que queda de España*, mi primer libro, publicado en 1979 en Barcelona. Esto, en el equilibrio inestable de la Conferencia Episcopal de finales de 1998, era lo peor de todo, el auténtico tabú. Enemigo del comunismo, pase, porque

el mismísimo Papa lo era; pero del nacionalismo... resultaba inconveniente. Te situaba entre la piedad y el ¡vade retro!

Para colmo, yo había sido víctima del terrorismo catalanista, y en Cataluña y en toda la España de entonces, antes de la gran tarea dignificadora del Gobierno de Aznar, los verdugos y los medios de comunicación, valga la redundancia, reducían a las pocas víctimas que sobrevivían, aunque fuera mutiladas o maltrechas pero sin caer en el síndrome de Estocolmo, a la condición de muertos en vida, como testigos incómodos de la voluntad sepulcra y amnésica de la mayoría. El hecho de ser antiseparatista o antiizquierdista te llevaba a tropezar contra el mismo muro de silencio hostil y, si eras capaz de romperlo con alguna obra, contra el mismo tipo de agresión personalizada, la misma descalificación calumniosa, el mismo descrédito, desde *El País* a *La Vanguardia*. Enfrentarse a ese muro suponía entonces —más aún que ahora— renunciar a los premios literarios, al prestigio social, a las prebendas materiales y a ese algo impalpable pero inequívoco dentro del mundointelectual que diferencia el ser uno más de la tribu literaria o un letrado paria. Sin embargo, y eso explica muchas cosas que han sucedido después, incluso para *El País* resultaba peor en la derecha o en la izquierda ser antinacionalista que anticomunista, porque desde 1993, con tal de impedir la alternativa democrática de derechas, la izquierda intelectual en pleno abrazó la causa de la destrucción de España si la mitad de ella, la de derechas, no renunciaba al Poder. Y claro, si además tenías el sacrilego atrevimiento de ser antifelipista y/o antipolanquista, estabas muerto. Eso, para empezar. Luego llegaba el aventamiento de las cenizas.

En esas circunstancias, lo primero que me tocaba hacer era asentar *La linterna* en un nivel de audiencia aceptable. Se daba por hecho que yo solo no mantendría lo que Luis había conseguido cuando Antonio tiraba de *La mañana*, Encarna de *La tarde* y estábamos en la oposición al criminoso pero debilitado Gobierno del PSOE. Pero aún quedaba García por la noche y bastante preocupación tenía la COPE con Luis en las mañanas como para preocuparse conmigo. Lo único que tenía que hacer era no molestar demasiado y roturar mi propio espacio, que siempre creí que dependería de estar con nuestra audiencia y nunca, o al menos no sistemática y frontalmente, contra ella. Esto puede parecer una perogrullada pero no lo era. La patología centrista y los complejos de la derecha, tan vigentes entre los curas como en el resto de los ciudadanos, llevaban a la COPE a buscar obsesivamente un espacio en la audiencia de izquierdas y la absolución mediática de la progresía. Hasta cuatro proyectos en *La tarde* insistieron en esa vía de equilibrio y «moderación», nombre piadoso de la rendición. Por supuesto, se hundió la audiencia de Encarna Sánchez y lo único progre que conseguimos fue que Mari Cruz Soriano, directora del primer proyecto vespertino post-encarniano, ligase con su colaborador el biministro de Interior y Justicia Juan Alberto Belloch, hoy felices alcalde de Zaragoza y señora. Cuando yo

llegué acababa de salir de la casa Mari Cruz, de forma innecesariamente desagradable, y habían contratado para sustituirla nada menos que a María Teresa Campos, que por entonces vivía su edad de oro en televisión y que no necesitaba enamorarse de un ministro para acercarse al PSOE. Debo decir que con ellas y con todas sus sucesoras siempre he tenido excelente trato. Y que cuando hicimos Luis, García, ella y yo un anuncio para televisión presentando la nueva parrilla de la COPE, el primero y el último en siete años porque nunca más hubo dinero para esos lujos, estuvo de lo más simpático. Lo subrayo porque no es habitual en las estrellas de la tele.

Mientras la casa se empeñaba en despachar a los oyentes de *La tarde*, para echar luego la culpa a las comunicadoras que a su vez despedía año tras año, Luis Herrero intentaba aquietar las aguas políticas y consolidar nuestra situación profesional, léase empresarial. Eso significaba, primordialmente, recomponer nuestra relación con Aznar, después de la trágica noche del 1 de mayo, de la muerte de Antonio, de la ausencia del Presidente en los funerales de nuestro amigo y de la furibunda reacción de García llamándole de todo. Como a Luis se le dan de maravilla los políticos, lo consiguió o creyó conseguirlo en el mes de agosto, gracias al venturoso vecinazgo de su chalé en Playetas, amabilísima costa de Castellón, con el que por entonces alquilaban o se dejaban alquilar los Aznar.

Con la ayuda de Carlos Aragonés e incluso de Miguel Ángel Cortés y su tocayo Rodríguez, el resultado fue espectacular. El primer programa de *La linterna* pudo contar con una entrevista con el presidente del Gobierno en el Museo del Prado, cuyas nuevas salas, redecoradas y embellecidas, había inaugurado aquella misma tarde. La entrevista, por coincidir la inauguración y un compromiso oficial de Aznar con el horario de *La linterna*, no pudo hacerse en la emisora y la grabé en una salita del Prado con la ayuda de José María Marco, al que Aznar apreciaba mucho por La libertad traicionada y la biografía de Azaña, y que a su vez mantenía una devotio saguntina por el Presidente. Ambos, Marco y yo, estábamos asociados a uno de los episodios intelectuales más absurdos del aznarismo: su reivindicación de Azaña por el lado españolista y literario, precisamente con el Museo del Prado como símbolo. La obsesión de los tres era encontrar una izquierda nacional española o un lado nacional en la izquierda, y creímos encontrarlo en Azaña como otros en Indalecio Prieto, que ya es encontrar. La verdad es que ninguno de los dos personajes se sostiene y que en el fondo, aunque con buena intención, seguíamos cautivos del prestigio de la izquierda pese a conocer y no ocultar en nuestros libros las fechorías y atrocidades contra la nación y la libertad que jalonan la vida política de Azaña. Todas acaso redimidas en lo personal con el calvario de su último año de vida que, con más voluntad que acierto, retraté en *La última salida de Manuel Azaña*. El que tiene hambre española sueña bollos franceses.

De esa primera tarde de *La linterna*, tengo unas fotos con Aznar y Marco en el Museo del Prado que valen por un tratado psicológico sobre las relaciones de los intelectuales con el Poder, abocadas a la pleitesía que éste exige y que ellos le rinden felicísimos. En mi caso, la procesión iba por dentro. Estaba contento por el buen trato de Aznar, porque siempre nos habíamos llevado bien y porque todos queremos que nos quieran, pero no las tenía todas conmigo. Sin embargo, Luis, Marco y casi todos los demás amigos daban por hecho que Aznar estaba íntimamente arrepentido por su comportamiento con Antonio y todos nosotros, pero que por esa mezcla de timidez y altivez que lo caracteriza no lo expresaba de forma directa sino por la vía de los hechos.

—Tienes que apreciar el gesto de Aznar —me decía Luis.

—El que tiene que apreciar el mío es él —respondía yo, molesto con mi propia obsequiosidad en la entrevista del Prado.

—Sí, pero es que da la casualidad de que el presidente del Gobierno no eres tú.

—Y el que se ha portado miserablemente con nosotros tampoco soy yo, sino él.

—Mira Fede, lo necesitamos nosotros más a él que él a nosotros. No te engañes: si los curas creen que eres muy amigo o bastante amigo, o algo amigo de Aznar, te van a tratar mejor que si piensan lo contrario. Déjate aconsejar, que conozco el paño. Para *La linterna*, que tú empieces así, en tan buenos términos con el presidente del Gobierno, es una prueba de fuerza. Y te da tiempo para rodar el programa, que es lo fundamental.

—Y ahora me dirás que hay que llevarse con los socialistas y los nacionalistas.

—Si consigues ese milagro, todos se rendirán ante tu insospechada moderación.

—Menos la audiencia, que huirá espantada.

—Siempre que a las once toques a rebato, lo dudo. ¿Qué planes tienes ahora?

—Primero, me voy a la Seo de Zaragoza, que ha restaurado Manolo Pizarro.

—Muy bien. Después de verte con Aznar, te verán con Yanes. Vas aprendiendo.

—Luego, voy a hacer el Camino de Santiago.

—¿Como peregrino? ¿No te parece un alarde de piedad excesivo?

—Quiero hacer una serie de programas en directo siguiendo el Camino, desde Santo Domingo de la Calzada a Santiago de Compostela pasando por Burgos, Palencia y León. Para que la audiencia se identifique con la nueva dirección y demás, situándola en la atmósfera mágica de esos sitios. Si me sale, claro. Y de paso, para ir conociendo la COPE de la España profunda. Ya me he vacunado contra la gripe y contra el catarro.

—Pues nada, que salga bien lo de Zaragoza, que es lo importante de verdad. Y cuando llegues al Monte del Gozo, da un grito *ostentóreo*.

—Si sobrevivo, lo haré.

Pero sobrevivir sin calefacción no resultó nada fácil. En la Seo, en un salón con

soberbios tapices donde hicimos el programa, el frío salía de aquel mármol renacido y pulimentado con fiereza antártica. Desde aquella primera salida fuera de Madrid decidí llevar siempre dos pares de calcetines de lana. Don Elías Yanes estuvo muy amable, Pizarro muy simpático, los paisanos muy felices y todos comimos perdices al terminar el programa en torno a Luisa Fernanda Rudi, que estaba imponente al lado de su flamante, joven, guapo y simpatiquísimo marido. Componíamos una estampa baturra perfecta. Ellos, los dos hermosos gigantes. Nosotros, los simpáticos cabezudos.

Otras cosas en aquella primera salida de *La linterna* fueron menos perfectas y muy poco simpáticas. Por *La tarde*, al llegar a Zaragoza, me encontré con que había dimitido José María García, tras pelearse no recuerdo si con Yanes, con Sánchez Terán o con la Romareda. Por la noche, mandaron a las chicas de mi equipo a dormir en una residencia geriátrica, seguramente la más económica de la región. Al día siguiente amaneció, amanecieron ellas, aunque espantadas, y García siguió en la COPE, pero como primera experiencia de asomarse al abismo, no estuvo mal. Claro que nada comparable a las que fui acumulando a lo largo del Camino de Santiago. En algún claustro románico de Palencia y Burgos reinaba tan despóticamente el frío que hice el programa con abrigo, traje de pana, bufanda, guantes, botas, dos pares de calcetines de lana y camiseta de termolactil. Cuando descubrí las delicias del goretex ya había sobrevivido a aquel invierno, pero sólo gracias al calor de la buenísima gente que no dejaba de acudir a los sitios más inhóspitos, arrostrando la nieve y el hielo, muchas veces viajando desde remotas aldeas a decenas de kilómetros, para seguir en directo el programa.

Comprobé entonces lo que siempre había sospechado: que en la España rural, la COPE era la radio de los pobres. Dignos, por supuesto. Muy aseados, faltaría más. Pero pobres de verdad y hasta de solemnidad. Y entre los pobres, nadie más pobre que las monjas y frailes que tenían a su cargo aquellas inmensas bóvedas, aquellos claustros fantásticos y aquellas no menos fabulosas necesidades para cuidar dignamente a los enfermos, a los ancianos, a los locos, a los marginados de la España marginada. Y, si quedaba algo, poco, para cuidar de sí mismos. Cuando los señoritos de izquierda, los demagogos nacionalistas y los millonarios progres hablan de las riquezas que la Iglesia católica debería repartir entre los pobres, me da risa de pura pena. Porque no hay sino ver con lo poco que pueden agasajarte monjas y frailes para comprobar el estado casi de miseria en que viven. Por propia voluntad, cierto, pero no para regalarse disfrutando de las famosas riquezas de la Iglesia. En algunos monasterios ves que la única riqueza que tienen es un óleo maravilloso atribuido a Zurbarán o la talla estremecedora de un Cristo yacente que tal vez pudo cincelar Gregorio Hernández. Con esa belleza en los objetos de culto, con ese sublime obsequio a los sentidos, deben darse y se dan por satisfechos.

Y uno se siente también humilde y agradecidamente satisfecho al saber que para tantas personas voluntariamente sacrificadas esta COPE ingobernable y de fiar es un diario sustento moral, social, político, ciudadano y nacional. Sí, político, porque las más humildes monjitas siguen a diario la actualidad española y temen y rezan por la nación. Esa que hace dos mil años se forjó en el crisol de Roma y se mantuvo en torno a la cruz contra viento y marea, contra bárbaros del norte y del sur, contra el islam en todas sus variantes y contra el mal que anida en su seno. También misteriosamente animada por esa sangre invisible que nos llega del corazón al corazón leyendo a Juan de la Cruz y a Teresa de Ávila. O a Miguel de Cervantes, el Manco de Lepanto, el Cautivo de Argel.

Pero estas reflexiones son posteriores a aquella experiencia. En el invierno de 1998 la vivíamos como una escalada ciclista: subiendo, bajando, comiendo sobre la marcha, pensando e inventando estrategias sin dejar de «dar pedales», sin bajar mucho el ritmo y procurando que el pelotón de la competencia no nos dejara atrás si nos quedábamos descolgados. O que no se nos echara encima cuando parecía que nos escapábamos. Después de aquel primer programa con Aznar y mientras recorría claustros helados y conocía a obispos a la vez cercanos y lejanos, pero en última instancia favorables a *La linterna* y a la COPE, descubrí lo que todos sabían menos yo: que hacer entrevistas no es tan difícil cuando llevas quince años viendo hacerlas a Antonio y a Luis Herrero. Por seguir el guión de supervivencia que nos habíamos trazado, la política seguida en ellas era aseada, pulcramente intransitiva. Tras la archicitada de Aznar, la primera que recuerdo fue con Garaicoechea, a quien Antonio solía cultivar porque era educado y también para fastidiar a Arzalluz, su enemigo íntimo del PNV. Todo va bien cuando no aprietas mucho en las preguntas, y, si uno quiere, es fácil congraciarse con el entrevistado: basta con preguntar como abogado defensor en vez de fiscal. Todo parece así de color de rosa, aunque la idea de Justicia desaparece y la misión de los medios de comunicación de controlar al Poder en sus distintas manifestaciones deriva en amable acompañamiento. Pronto empezaron a decir, tanto en áreas sociatas como en las cercanías del Gobierno Aznar, con admirado reproche, que Luis y yo habíamos dado un espectacular giro centrista. ¡Como si eso fuera tan difícil! Basta con poner entre paréntesis lo que tú crees y comportarte con afectada urbanidad cuando tratas las cuestiones políticas de fondo, como si no te importaran demasiado. Yo era bastante convencional y casi suavón en la primera media hora del programa, resucitaba fieramente en la segunda comentando con malicia las noticias culturales; a las diez retomaba las convenciones informativas y a partir de ahí devoraba las tertulias, porque ni sabía conducirlas al modo de Luis ni había encontrado un estilo propio para deshacerlas. Sin embargo, al decir de García, el más interesado en el éxito de *La linterna*, lo que sí funcionaba era la comunicación radiofónica, esa mezcla de fuerza y convicción que lleva a la audiencia a no cambiar

de comunicador, programa y emisora. Y eso era lo fundamental. En realidad, lo único que, finalmente, habría de salvarnos o aniquilarnos.

Al terminar cada entrevista, Susana Moneo, a la que —como dije antes— había hecho jurar que no me dejaría hacer ninguna solo, y que mantenía a mi lado, por si desfallecía en las vocales o se me atragantaba alguna consonante, solía reírse como diciendo: «¡Ya lo sabía yo!». Y aquella etapa de tanteo terminó un día en que me dijo: «Bueno, ¿me dejarás hacer una entrevista alguna vez?». Yo había entrado en una etapa de voracidad microfónica que sólo escondía la ansiedad que seguía produciéndome hacer tres horas diarias en directo; y que, paradójicamente, sólo creo haber superado al hacer seis horas en *La mañana*. Nunca me escuché entonces para pulir defectos, pero no por vanidad sino por una razón tan vulgar como invencible: todavía hoy experimento un profundo desagrado al escuchar mi voz. Nada raro entre la gente del común y tampoco entre muchas «estrellas» radiofónicas, generalmente las que tienen peor voz o están menos enamoradas de sus calidades vocales y su augusta persona. Pero en aquel entonces, como siempre en la radio y casi siempre en España, los hechos se pusieron a correr tan deprisa que bastante tuvimos con seguirlos sin perder pie en la información y, lo más difícil en cualquier circunstancia, manteniendo un criterio claro en la opinión.

La gran novedad en aquel invierno fue que ETA, tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco y el rearme nacional y ciudadano que se produjo en todos los ámbitos, empezando por la policía y la Justicia, anunció una tregua en su actividad criminal. La situación en la COPE no era nada fácil: por un lado, nuestra audiencia quería, lo mismo que nosotros, que el Gobierno, si era factible, acabara con el terrorismo; por otro, no era admisible una negociación a cualquier precio con los asesinos, ni cesiones de principio, ni abdicaciones en la legalidad que podían ser —suelen ser siempre— pan para hoy y hambre para mañana. Tiempo después supimos que Mayor Oreja, ministro del Interior, se había quedado solo en el Gobierno defendiendo la tesis de que se trataba de una «tregua-trampa» y que había que ir con pies de plomo. Solo pero, después de muchas reuniones, discusiones y vacilaciones, respaldado finalmente por Aznar. Y la del presidente es la única compañía realmente imprescindible en cualquier Gobierno.

El resultado de aquel equilibrio inestable para afrontar un proceso a ciegas fue el menos malo dadas las desmesuradas expectativas creadas por casi todos los medios de comunicación y por esa parte de la izquierda que, en el fondo, siempre ha visto a ETA como uno de los suyos, un grupo antifranquista más. Se nombró una comisión monoclovia de segundo nivel para tratar en Suiza con los cabecillas etarras, lo cual mostraba el empeño de Aznar en tener personalmente controlado el proceso, y hubiera sido perfecta si, junto a la necesaria prudencia, no hubiera mostrado una de sus debilidades patológicas enviando a Pedro Arriola como parte de ese equipo, en

calidad de no se sabía qué. O sí: de hombre de confianza del Presidente, que, precisamente por no confiar nunca en nadie, acababa confiando en las artes de ese vendedor de alfombras.

Luis y yo teníamos mala opinión de Arrióla después de que, al día siguiente de perder las elecciones del 93, Aznar nos convocara en el piso de la calle Narcisos que servía de cuartel general a la empresa de Arrióla. Allí éste nos explicó que esa derrota era casi lo mejor que podía pasarle a España y al PP. Y que, por supuesto, la próxima victoria era segura. Después de cuatro horas de masaje cerebral, salimos haciéndonos cruces de cómo un personaje como Aznar podía estar preso de un tipo como Arrióla, al que sólo le faltaba pregonar como resumen de sus análisis y al modo de los moros que venden alfombras en las playas de Málaga: «¡Barato, barato!». Pues bien, llegado Aznar al Poder casi de milagro, ahí estaba: en la comisión monclovita que debía tomar la temperatura a los etarras, para ver si tenían fiebre de paz o la fingían.

Yo siempre fui escéptico sobre la disposición a rendirse de la banda, y tan sólo recuerdo una noche en que me sorprendí a mí mismo dudando de mi propio raciocinio, abrumado por todos los datos reales o inventados de los medios de comunicación, que aseguraban que el proceso de paz iba en serio. Luis, por su buena relación con Jaime Mayor, mantenía una posición de respaldo al Gobierno, sólo con la objeción arriolesca. Y yo era un poco más duro que Luis, pero sin cargar contra el Gobierno, que desde el punto de vista político y dada su debilidad parlamentaria — dependía para votar cualquier proyecto de ley del apoyo del nacionalista Pujol— no podía hacer otra cosa. Es difícil, por no decir imposible, recuperar el tono de la radio, que es el que finalmente transmite a los oyentes la posición del que habla, más incluso que lo que dice. Pero en lo escrito sí que se conserva, tanto en el fondo como en la forma. Y quizá vale la pena recordar cómo planteaba yo en *El Mundo* mi inquietud ante lo que podían resultar trágicas prisas de Aznar por proclamar el fin del terrorismo y vender la piel del osazo etarra mucho antes de cazarlo:

Con tacto

Tengo la impresión de que la sorprendente, intempestiva e inesperada confirmación por parte de José María Aznar de su autorización para el establecimiento de contactos con ETA guarda estrecha relación con la noticia filtrada ayer acerca de una supuesta escisión dentro de la banda terrorista entre los que quieren tener un trato directo con el Gobierno y quienes prefieren que se lleve a cabo a través de Herri Batasuna, que tomaría así un carácter de intermediario y no de simple brazo político del terrorismo. Si mis suposiciones son ciertas, el Gobierno habría mostrado una preocupación razonable sobre el proceso, pero también una preocupante prisa por no perder pie en acontecimientos de los que no es responsable y que difícilmente puede controlar. Además, da pie a que los partidos de oposición critiquen un protagonismo exclusivo y excluyente del proceso de paz, en perjuicio del consenso necesario con los partidos democráticos. Lo primero sería malo y lo segundo, peor.

Puesto que es el fin del terror lo que se busca y el camino es necesariamente, como en la canción de Paul McCartney, «largo y sinuoso», convendría no apresurarse en los trámites y contar con los inevitables retrocesos y tiempos muertos de lo que de una u otra forma será negociación, aunque se salven los principios éticos y democráticos que el Gobierno de un país respetuoso de sí mismo nunca debe perder de vista. Y si hay algo que en estos contactos y en los que vengan tampoco se puede perder es, precisamente, el tacto, el

cuidado, la precaución de no enajenarse el apoyo de los partidos políticos democráticos. En ese sentido, la impresión de ayer, con el abrupto anuncio confirmatorio de Aznar y la vaga explicación de Piqué relativa a aspectos colaterales, aunque posiblemente ciertos y sin duda importantes, así el fin del «impuesto revolucionario» o el fin de atentados «incontrolados» contra sedes de partidos, no es precisamente confortable, ni siquiera satisfactoria.

Se entiende y se disculpa que una precipitación de problemas internos en el bando terrorista haga correr al Gobierno para no perder el tren de los acontecimientos. Se entendería mucho peor y no admitiría disculpa que esa prisa sólo pretendiera mantener ese «liderazgo en el proceso de paz» sobre el que hablan demasiado los políticos populares, lejos ya la inevitable batahola de las declaraciones electorales vascas. Cuidado con ese asunto. Que el Gobierno español debe dirigir el proceso de pacificación es evidente. Que no entienda que tal dirección implica la permanente atención informativa y la eventual consulta al resto de partidos democráticos es una posibilidad preocupante. En la opinión pública el consenso visible de los grandes partidos nacionales es un elemento fundamental. Si por «apuntarse un tanto» el Gobierno perdiera el partido, perderíamos todos. También Aznar.

(El Mundo, 4 de noviembre de 1998)

Ése era el cauteloso tono, no demasiado brillante, y la clara posición de fondo que mantuvimos en los momentos más prometedores —o engañosos— de la «tregua-trampa». Cuando los infinitos altavoces de la progresía instalada claman ahora hipócritamente contra el supuesto extremismo, radicalismo y ferocidad de la COPE contra la izquierda, no está de más recordar cuál era la posición que ante un asunto tan delicado y en un momento de euforia gubernamental y tentación sectaria por parte del PP mantuvimos en la cadena de la Conferencia Episcopal. Porque ésa era y siguió siendo hasta el chasco final nuestra posición: sea cual sea la situación del terrorismo separatista, no se pueden abandonar desde el Gobierno los principios del Estado de Derecho ni se debe perder de vista el necesario consenso nacional. Valía para ayer y vale para hoy. Aunque el hoy siempre devore el ayer, cegado por el afán del mañana.

El EGM de finales de 1998 arrojó unos resultados mediocres pero no trágicos para los grandes programas de la COPE, incluido el mío. Me sorprendió, al estudiar de cerca los datos, la escandalosa arbitrariedad de las mediciones y la desvergonzada «cocina» de los mismos a favor de la SER. No es lo mismo que te lo cuenten o ya lo sepas que verse afectado —y estafado— personalmente. De todas formas, aquel curso 1998-99, de luto por Antonio y de penitencia por parte de Luis Herrero y mía, se daba en la COPE por bueno si no se producía un hundimiento catastrófico, que en la radio no suele llegar de golpe y porrazo. *La linterna* se mantuvo a la baja en las tres mediciones del curso, pero cada vez menos a la baja y cada vez más fortalecidos en nuestra voluntad de consolidar el equipo y sacar adelante un proyecto original. García estaba contento, convencido de que, aunque Tacaneando, el EGM reconocería que *La linterna* funcionaba y que, en todo caso, su programa tenía un arrastre sólido, que era el que debía procurarle yo. Por cierto, que García presumía de mi invención como estrellita de la radio. Y razones tenía.

Pero lo que hubiera sido el año de la tranquila consolidación de la COPE iba a convertirse, por obra y gracia del Gobierno, en una trampa de arenas movedizas, en una celada profesional en la que Luis, yo y todos caímos como idiotas, en el primero

de los proyectos empresariales aznaristas para deglutir la cadena y digerir a sus incómodos profesionales dentro de la tripa generosa de un multimedia, que, como todo rumiante, tiene cuatro estómagos. Vamos, que pluraliza los medios al servicio de un único fin. Y ese nuevo multimedia que debería incorporar a la COPE como una pieza más de su engranaje y que a los profesionales de la casa debía salvarnos de nosotros mismos y de la nefasta costumbre de opinar sin guía, para conducirnos a la tierra prometida del amor gubernamental, era ni más ni menos que el *ABC*, mi casa durante diez años, de la que había sido expulsado un año antes por Anson dentro de su pacto con Cebrián, y a cuyo timón brillaba con prestada luz monoclovita Nemesio Fernández-Cuesta y Luca de Tena.

Capítulo IV

EL TIMO DEL ABC

La primera gran operación para disolver la COPE y recolocar a sus periodistas más conocidos dentro de un grupo multimedia diseñado por Aznar y controlado por el Gobierno del PP comenzó inmediatamente después de la muerte de Antonio Herrero, durante el verano de 1998; se perfiló en el invierno de ese año; se concretó en la primavera de 1999, con la entrada de ABC en el accionariado de la COPE; se remató con mi vuelta como columnista y mi designación como consejero editorial del ABC en julio de 1999, y naufragó con mi pasmosa defenestración del ABC en noviembre de ese mismo año. Ese grotesco episodio y otras actuaciones descaradamente hostiles de Nemesio Fernández-Cuesta, líder del proyecto monclovita, contra la propiedad y los comunicadores de la COPE en el año 2000 produjeron finalmente el naufragio de un proyecto presuntamente empresarial que, en realidad, nunca pasó de gubernamental.

En este capítulo de nuestras desdichas, el máximo responsable fue Aznar, pero no el único. Nosotros mismos, especialmente Luis Herrero que a su vez me arrastró a mí, tuvimos también nuestra parte de responsabilidad en el desastre. Unos por malos y otros por tontos, nadie dejó de meter las narices y algunos de meter la pata. A cambio, otros salieron con las manos llenas. No fue ciertamente mi caso, ni el de Luis, ni tampoco el de la COPE, que como institución fue mero espectador del cubileteo con sus destinos. Probablemente, la mejor actualización del timo del tocomucho a finales del segundo milenio d. C. es la invención de grupos multimedia auspiciados por el poder político y, como sucede en todos los timos, el timado no sólo queda arruinado en lo material sino esquilmado en lo moral. La avaricia rompe el saco. Y deja cara de idiota.

Naturalmente, el paso del tiempo, la irreversible materialidad de los hechos y la posibilidad de ensamblar los datos sueltos que, aunque numerosos, parecían entonces inconexos y aislados, nos permite hoy reconstruir con bastante exactitud la forma en que ocurrieron las cosas, aunque entonces nos pasaran por encima y sólo nos enterásemos cuando era demasiado tarde. El «timo del ABC», como bien puede denominársele, no se sustentó en la voracidad material de sus presuntos beneficiarios, entre los que debería haberme encontrado yo, sino todo lo contrario: en nuestro desprendimiento económico, cercano a la prodigalidad con nuestro patrimonio o, por lo menos, a la irresponsabilidad. Si hubiéramos prestado más interés a los intereses económicos del máximo responsable técnico de esta operación, que fue Nemesio Fernández-Cuesta y Luca de Tena, y hubiéramos desconfiado de su máximo responsable político, que fue José María Aznar, el resultado podría haber sido muy

distinto. No prestamos suficiente atención al dinero ni tuvimos suficiente desconfianza del Gobierno. Para un liberal, imposible hacerlo peor.

El primer dato de que Aznar tenía en la cabeza unir el destino de la COPE al de ABC lo tuvo Luis Herrero en agosto de 1998, en dos mensajes en el clásico estilo del Presidente, entre conciso y jeroglífico: «Tenéis que llevaros bien con el ABC» y «Yo quiero que Federico sea el Javier Pradera de la derecha». Naturalmente, como típico intelectual, yo presté más atención a lo segundo que a lo primero. Y no para felicitarlo.

—Oye, mira —le comenté a Luis Herrero—, este tío no tiene remedio. Para empezar, la comparación es humillante, porque yo he publicado con mi firma centenares de artículos y unos cuantos libros contra el socialismo y defendiendo a Aznar como el modelo de liberalismo que necesita la derecha española, cosa que ni ha hecho ni hará jamás Pradera con la izquierda, porque es kominterniano anónimo en estado puro. El nunca saldrá de la obediencia de partido o de la secta felipista y yo espero no entrar nunca en la obediencia del partido aznarista. Si es para fundar *El País* bis, no me habría ido del original. Estos tíos siguen fascinados por Polanco y su disciplina militar. Pues si tanto les gusta, que pacten con él de una vez y nos dejen en paz.

—Pero vamos a ver, Fede, tú sabes que precisamente por esa fascinación que tienen con Polanco, Aznar dice lo de Pradera como un elogio y no como una crítica. Lo que me está diciendo a mí para que yo te lo diga a ti es que cuenta contigo a fondo y a largo plazo, se entiende que si tú te dejas. Que no te dejas, vale, pero que él está convencido de que te hace un favor o de que nos lo hace a los dos, también.

—El favor se lo hace a sí mismo, no a nosotros.

—Por supuesto. No sé si te has dado cuenta, pero Aznar es un político. Y todo político, del signo que sea, lo codifica todo en clave de Poder. Nada personal.

—Salvo su augusta persona, desde luego. En fin, si tú ves clara la cosa, yo no voy a estorbar. Si llevamos bien con La Moncloa y con el ABC va a ayudar a la COPE, nos llevaremos bien. Ahora, como me llame Pradera, yo le llamaré a él González.

—Estarás en tu derecho. Y dentro de ese llevarnos bien con el ABC, ¿estarías dispuesto a sentarte a la mesa con Giménez-Alemán, Nemesio y la plana mayor de Prensa Española?

—¿Por qué no? Les interesa a ellos y nos interesa a nosotros. ¿Podré tirarle la sopera a Giménez-Alemán?

—En la segunda cita. Pero tiene que parecer un accidente. Y piensa que si para ti es un mal trago, para él será un trago muchísimo peor.

—Eso es cierto. ¿Y cuándo dices que comemos?

—Cualquier día de éstos. En cuanto se asiente Nemesio.

Nemesio fue nombrado presidente de Prensa Española ese mismo mes de

septiembre. Y en octubre se celebró la anunciada comida de reconciliación en el latifundio de parqué que, a modo de despacho, había instalado Luis María Anson y heredado Francisco Giménez-Alemán. Además del todavía inquilino del megadespacho, asistimos Nemesio, Cata Luca de Tena, Luis y yo. Hubo referencias a algunos de los contenciosos recientes de aquella casa con la COPE: su colaboración en las campañas de PRISA y el PSOE contra Antonio, su participación en la campaña del Gobierno socialista contra Luis Herrero por un debate sobre el franquismo y la transición en la Segunda Cadena de Televisión Española, donde se permitió llevar a Trevijano, De la Cierva y Albiac; del encontronazo de Luis con Fernández-Miranda tras morir Antonio, el permanente ninguneo de José María García en la sección de Deportes de *ABC*, dirigida por un colaborador de la SER... En fin, de la línea de inquebrantable hostilidad en los últimos años del *ABC* contra la radio que oía la gran mayoría de sus lectores.

De lo único que no hablamos fue de lo que, en el fondo, se quería reparar en aquel ágape: mi reciente expulsión del *ABC* apenas dos años antes, por órdenes de Anson dentro de su pacto con Cebrián para entrar en la Academia y salir del *ABC*, pero ejecutada por Alemán con tanto entusiasmo que, al echarme zafiamente por teléfono, se permitió presumir de que en la edición de Sevilla, mientras él la dirigió, no se publicaba mi columna. Ahora decía, con la untuosidad cortesana y la flexibilidad vertebral que caracteriza a esta subespecie, que también Azorín se fue del *ABC* pero, naturalmente, volvió porque tenía que volver. Fue un mensaje tan sutil como su figura y tan delicado como su prosa. Yo estuve simpático; Cata, cariñosa; Luis, constructivo; Nemesio, institucional, y Alemán, servil. Es decir, que todo fue más o menos como esperábamos.

A los dos meses, en una cena de Luis Herrero y otros amigos comunes en casa de Nemesio, éste le dijo que Alemán caería el próximo verano, como en efecto sucedió. También le sugirió que mi vuelta al *ABC* estaba entre sus anhelos más discretos pero menos secretos. Y le pidió colaboración para un aumento de su presencia accionaria! en la COPE, que comenzó su complicado trámite en enero de 1999. Yo me iba enterando por Luis del proyecto pero ni tenía papel directo en la intriga ni tenía tiempo para otra cosa que no fueran *La linterna* y su ambicioso proyecto: la agrupación de intelectuales liberales que se iba produciendo en torno a los micrófonos de la COPE, normalmente tras pasar el filtro de las Jornadas Iberoamericanas de Albarracín que organizaba anualmente *La Ilustración Liberal* y patrocinaba Ibercaja, o sea, Manuel Pizarro.

Por Albarracín pasaron los Vargas Llosa, padre e hijo, Carlos Alberto Montaner, Plinio Apuleyo Mendoza, Rubén Loza y otros muchos intelectuales famosos del otro lado del charco. De este lado, junto a los citados en el capítulo anterior (Recarte, César Vidal, Marco, Germán Yanke, Campillo, Amando de Miguel, Javier Rubio) y

un friso aún borroso de jovencísimos, aguerridos y muy leídos liberalitos, acudían a comer migas con uvas, intercambiar bibliografía y cantar rancheras de madrugada políticos del PP como Alejo Vidal-Quadras, Zaplana, Esperanza Aguirre, Miguel Ángel Cortés y nuestro principal contacto con La Moncloa, Carlos Aragonés, que ese otoño apareció sorpresivamente asociado a una jovencísima liberalita llamada Lucía Figar, cuya admirable disposición ósea en vaqueros, descuidadamente longilínea, produjo una grave escisión en la sección iberoamericana, hasta entonces incondicional del clasicismo toscano de Isabel Martínez Cubells. La facción más perversa o posmoderna, norteamericana y española, pese a una dura oposición rioplatense, abandonó el club de fans de la jefa de Prensa de Esperanza Aguirre y se adhirió de forma incondicional al culto de la naciente estrellita aragonesa. De Albarracín, digo. En fin, que a veces nos divertíamos. Pero entre aquellas blandas lides ideológicas y la dura lucha contra los catarros románicos del Camino de Santiago, amén de las columnas de *El Mundo* y *Época*, mi limitada capacidad de acción se aproximaba bastante al punto de saturación. Lo del ABC era cosa de Luis Herrero. Y de Carlos Aragonés. Y de Nemesio. Pero, acaso por compensación y para desasosiego monclovita, era también cosa de la COPE como institución —léase obispos— y como empresa —léase José María García—, que decían que sí, que sí, pero queriendo decir que no, que no.

El Chándal y la Sotana contra el ABC

Aunque Luis tenía una capacidad de mediación casi irresistible, había dos sectores que se resistían a la alianza con ABC. En el accionista mayoritario, es decir, en la Conferencia Episcopal, estaba en marcha un cambio que había de ser decisivo en los destinos de la cadena: el tranquilo final de la presidencia de Yanes y el comienzo de lo que, más que presidencia, podríamos llamar la Era Rouco. Los equilibrios internos de una transición episcopal que iba para largo, aunque entonces no era fácil adivinarlo, me resultaban ininteligibles. Lo único que entendía era que el obispo secretario, monseñor Asenjo, no quería ni oír hablar de contactos con ABC mientras el diario quizá más identificado con la gente que iba a misa tuviera al frente de la sección de religión a Santiago Martín, crítico implacable de los nuevos dirigentes de la Conferencia y los grupos en que se apoyaban, como Comunión y Liberación, la fiel infantería de Wojtyla contra la Teología de la Liberación.

No sabría precisar hoy lo que había de lucha por el Poder, es decir, de política, y de diferencias teológicas en esa guerra, que sorprendía por lo abierta y virulenta en un entorno que tradicionalmente tiende a las medias luces; o a las medias sombras. Pero,

como todos los liberales, yo simpatizaba con el Papa polaco precisamente por su lucha contra la Teología de la Liberación, la última herramienta soviética para la conquista de Iberoamérica. Estando aún en *Diario 16*, aunque ya pretendido por *ABC*, allá por 1986, polemiqué en su propia casa con Martín Descalzo, carismático jefe de la sección religiosa de *ABC* y paradójico protector de aquella repelente komintern con alzacuello que se pretendía «opción por los pobres». En realidad, no pasaba de opción por el comunismo, es decir, por la pobreza obligatoria y por la dictadura sanguinaria, al modo de la URSS, Cuba o la Nicaragua sandinista, imán de toda la izquierda, ETA incluida. Por otra parte, José María García era también objeto de la acerada hostilidad del jefe de la sección de Deportes de *ABC*, Enrique Ortego, colaborador de la SER en *El larguero* y que hacía honor a esa colaboración que hoy llamaríamos «contra natura». Y entonces, para quien pretendía capitanear un grupo multimedia de derechas identificado con el Gobierno del PP, también. No sé quién dio en bautizar ese Frente de Rechazo al *ABC* como el del Chándal y la Sotana, extraordinariamente activo y no ayuno de argumentos. Pero, como suele suceder, concurrían en rechazar a un mismo enemigo personajes que no coincidían en nada más. Podría haber sido suficiente si Luis Herrero y el *ABC* no hubieran representado una alternativa de alianza empresarial razonable, al menos en apariencia, que además podía remediar una de las deficiencias tradicionales de la COPE y la auténtica obsesión de García: la falta de medios de prensa y televisión en los que apoyarnos.

Al final, la moda de los grupos multimedia y el debilitamiento de la COPE tras la muerte de Antonio precipitaron el proceso de alianza con el *ABC* y allanaron todos los obstáculos. El «obstáculo» Santiago Martín, el más serio, acabó desapareciendo al ser sustituido por Cristina López Schlichting al frente de la sección religiosa de *ABC*. Por su parte, García dijo que «no quería ser un obstáculo», proclamó una vez más que los hechos «dan y quitan razones» y añadió que, por supuesto, a él se la darían en su oposición al *ABC*. Ahora bien, desde entonces no hubo semana en que no apareciese como protagonista clave en la creación de una nueva empresa multimedia. Antes de Semana Santa, Luis me dijo que había decidido venderle sus acciones de la COPE a Nemesio para así facilitar la compra de un paquete que le diera presencia en el Consejo de Administración. Y el 21 de mayo desapareció el último de los obstáculos para la alianza abecedaria, al cesar Salvador Sánchez Terán como presidente de la COPE, cargo más de representación y enredo que otra cosa, y ser sustituido por don Bernardo Herráez, que hasta entonces mandaba muchísimo y desde entonces mandó del todo.

En junio el acuerdo con *ABC* fraguó mediante una auténtica obra maestra de la orfebrería episcopal, dentro del estilo barroco bernardiano. Como había reticencias entre los obispos al pacto con Prensa Española, los acuerdos debían ser por escrito, claros e irrefragables por ambas partes, cosa hartamente difícil, porque los obispos

pueden saber lo que quieren decir, pero ¿cómo saber lo que quieren recibir por respuesta? La solución parece imposible, pero no lo fue. La claridad necesaria se convirtió en una oscuridad sabiamente iluminada mediante una fórmula inédita o al menos poco frecuente en la historia epistolar. Don Bernardo encargó a Luis que escribiera o reescribiera, orientado por él, esas cartas de Nemesio que los obispos podían recibir, y también que le ayudase a redactar la respuesta episcopal. Luis unió con perfección insuperable el estilo y la intención, que siendo dos eran sólo de uno y siendo de uno valía para los dos. Así se cumplió el trámite a plena satisfacción de los superiores de don Bernardo, aunque desde entonces albergué una duda creciente: si lo que él decía que le pedían sus superiores se lo habían pedido de verdad o era sólo una cautela para protegerse, por si alguna vez llegaban a pedírselo. La diferencia es notable y su interpretación acabó provocando conflictos serios entre nosotros y en la COPE, como en posteriores episodios se verá.

Pero a orillas del verano de 1999, nada era conflictivo y todo parecía de color de rosa. Al pastel sólo le faltaba la guinda. Y parecía que la guinda era yo. Parecía, digo, que la otra cara de la entrada de Nemesio en la COPE era mi vuelta al *ABC* como referente en sus páginas de opinión y aglutinador de un nuevo Consejo Editorial capaz de renovar la venerable pero apolillada cabecera con ideas modernas y liberales. Al menos, ése era el proyecto impulsado por el Presidente, según su amigable embajador Carlos Aragonés. Y el propio Aznar me lo confirmó personalmente en La Moncloa, respaldando que diera el paso, siempre delicadísimo para un columnista político, de cambiar de periódico.

Breve excursión sobre la vanidad periodística y sus consecuencias

Convencido por unos y por otros, no presté atención a las lagunas del proyecto, que las tenía y grandes, empezando por el papel hipertrofiado que se me atribuía. Yo me sentía reivindicado tras mi rastrera expulsión del *ABC* un par de años antes, con una carta miserable de casi todos los jefes de sección apoyando a Alemán (léase Anson) contra mí, que durante diez años, los de la resurrección del periódico, había sido su columnista diario junto a Campmany. Por supuesto, esas mismas ratas que humillaron la cerviz ante Alemán la humillaron sonrientes ante mí cuando volví al periódico, como si no hubieran firmado nada. ¡Ah, el vil placer del desquite! Pero, puestos a contar toda la verdad, hubo algo que me había fastidiado a mi llegada a *El Mundo* casi tanto como la salida a coces de *ABC*. No sé si Bruno Bettelheim lo habría llamado una «herida simbólica», pero lo era. Y en el periodismo de altura, estas heridas y compensaciones suelen ser a menudo decisivas. Cuando Pedro Jota me

recogió, diseñó para mí una columna que se llamaba «En la página de la derecha» y no «Comentarios liberales», como yo quería y como he titulado mis columnas desde *Cambio 16*, hace veinte años. Para que el estigma quedara claro y compensado había enfrente otra igual titulada «En la página de la izquierda» que escribiría Luis Solana, militante socialista y ex director general de Telefónica, RTVE y otras empresas oficiales famélicas en los felices años del felipismo. A ningún columnista de ese periódico le han puesto, ni antes ni después, ese epígrafe político a su columna que parece decir: «Léanlo, pero sepan que este señor no escribe desde su libertad e independencia, como lleva haciendo muchos años, sino desde la derecha, lugar sospechoso. Sin embargo, desprevenido lector, para no alterar su frágil equilibrio ideológico, he aquí que este diario le ofrece, por el mismo precio, otra página también sesgada pero desde el lado contrario, y escrita nada menos que por un Solana pata negra, "beautiful bellota", cinco jotas, cinco estrellas. Así compensamos, querido lector, el inevitable sectarismo diestro con el siniestro. Más centrismo, imposible».

Pero, en realidad, Pedro Jota no hacía sino aplicar la doctrina Aznar al llegar a La Moncloa, que era la de separarse ostensiblemente de los que, en palabras del portavoz Rodríguez, «os habéis significado demasiado». «Significarse» en la neojerga monclovita quería decir que habíamos arrostrado durante años la persecución personal y el despido laboral por una razón básicamente ética: facilitar una alternativa democrática a la corrupción y el despotismo felipistas. Razón y ética que los dirigentes del PP dijeron compartir con nosotros hasta el mismo momento de llegar al Poder, ni un minuto más. Pero al discriminarme con respecto a los demás columnistas de forma tan grosera y tan lesiva para la imagen del periódico (Luis Solana era un dominguero del columnismo, sin ideas ni capacidad literaria para redactar pulcramente un folio todos los días), lo que hacía Pedro era precisamente significarse a favor de Aznar y la nueva doctrina del PP, la del centrismo incoloro, inodoro e insípido, la disolución de la «comandita», que Cebrián llamaba el «Sindicato del Crimen». Creo no malinterpretar *La Razón* principal de ese desvío: que no se notara que el más «significado» a favor de Aznar hasta el 96 había sido... Pedro Jota. Si la factura de ese «distanciamiento» de sí mismo a mi costa resultó estéticamente deplorable, supongo que el resultado acabaría siendo satisfactorio. Pedro siempre ha tenido mejor mano para los políticos que yo, torpe, que no tengo ninguna.

Al mes de haber empezado a escribir la columna en *El Mundo*, ya nadie se acordaba del epígrafe o epitafio que la coronaba sino que me leía o no me leía en la página par (en el periodismo hay páginas pares e impares, no de derecha o de izquierda), mientras que a mi par Luis Solana temo que no lo leía nadie. Pero es que no publicaba para que lo leyeran, sino para compensar la mancha derechista de un asilado liberal. Los columnistas de *El Mundo*, mis pares de verdad, se proclamaban agraviados porque «a nadie le han puesto tan fácil ganar todos los días». Y añadían:

«Carnicero en televisión y Luis Solana en el periódico, así cualquiera». Pero sé que, en mi lugar, hubieran sentido lo mismo que yo, aunque también yo habría dicho exactamente lo mismo que ellos. En el periodismo de élite, llamémosle así, funcionan los mismos valores que en las demás profesiones: dinero, poder, vanidad social, orgullo personal e intelectual. No siempre en ese orden. El orgullo y la vanidad suelen ser, para cualquier periodista que ha superado el estadio de supervivencia y acomodo profesional, más importantes que el dinero. Y no digo que el sentimiento de Poder porque, si resulta difícil distinguir orgullo y vanidad, aún lo es más separar el Poder intelectual de la representación social. *Vanitas vanitatis!*

En realidad, el orgullo herido era una pérdida de tiempo y una estupidez. A los pocos meses de incorporarme a *El Mundo* debería haber olvidado un agravio moral que, por otra parte, compensaba materialmente mi contratación. ¡Ya hubieran querido padecer ese agravio casi todos los periodistas de España! Pero la naturaleza humana es así, el periodismo es como es, y yo creo ver claro hoy lo que entonces veía turbio: esa «herida simbólica» del paralelismo solanáceo sangrando en un rincón del alma quejicosa del literato. Si no hubiera estado tan dolido y tan tonto, antes de lanzarme a la piscina del *ABC* hubiera comprobado la temperatura y profundidad del agua. No lo hice y pasó lo que pasó. Conste que hago este pequeño ejercicio de introspección no por masoquismo yoísta sino para que se vea hasta qué punto las decisiones profesionales importantes en el periodismo político, que pasa por ser —y de hecho es— algo muy serio en todas las sociedades, suelen estar influidas por detalles aparentemente nimios, por rencores infantiles, por susceptibilidades de adolescente. Y que, por eso mismo, en *El Mundo* de la comunicación es fácil timar a quien parece estar pidiendo ser timado. Me interesa especialmente que los muchos españoles que no entienden cómo *El Mundo* de la comunicación ha llegado a la desastrosa situación que hoy padece la derecha entiendan las claves políticas y personales, altas y bajas, que llevaron a personas indudablemente íntegras e inteligentes a tomar decisiones absurdas, disparatadas o suicidas. Y que al final nos han traído a estas soledades, incapacidades, incomodidades y anfractuosidades.

Tres días de julio que apenas duraron cuatro meses

El 18 de julio de 1999, Luis Herrero vendió sus acciones a la COPE para que ésta pudiera venderle a Nemesio un paquete del 5 por ciento que le permitiera sentarse en el Consejo de Administración, cosa que se anunció formalmente el 19. Y al día siguiente, el 20 de julio, yo volví a escribir en *ABC*. La nota oficial sobre la entrada de Prensa Española en el accionariado de la COPE apareció así en todas las agencias

de noticias:

Prensa Española, editora de ABC, llegó ayer a un acuerdo con la COPE para comprar el 5 por ciento de las acciones de la cadena radiofónica propiedad de la Conferencia Episcopal. La empresa de prensa asociará sus ocho emisoras —y las que pueda obtener en el futuro— a la COPE y sentará en el Consejo de Administración de la cadena a Jesús Fernández-Miranda. A cambio, ABC se compromete a informar más extensamente de las actividades de la Iglesia católica en las páginas del periódico.

(19 de julio de 1999)

Pero, oh, sorpresa, mi llegada al *ABC* fue saludada por el periódico de una forma espectacular: ni una palabra. Ni una foto, ni una nota vagamente editorial, ni la clásica venta o anuncio al lector del fichaje o la vuelta de quien, con Campmany, había sido su columnista diario durante toda una década, intensa y brillante. Nada de nada. La venganza de Alemán por la humillación de tener que abrirme la puerta de rodillas después de haberme arrojado por la ventana no fue muy sutil, porque el oblongo escriba desconoce esa condición, pero en su grosería no dejaba de ser elocuente. Si yo hubiera sido más picajoso o menos olvidadizo (rasgos típicos de la soberbia pero también de la capacidad de supervivencia a través de la amnesia, esencial en la vida y mucho más en el periodismo), habría puesto el grito en el cielo, o sea, en Nemesio, y hubiera cargado contra ese cadáver insepulto que era el todavía director de *ABC*. Pero ¿qué ganaba yo mostrando mi enfado por su fechoría? ¿Mostrar que me había dolido? Eso, jamás. Así que, tras recibir las disculpas de Nemesio y Cata por el vil proceder de su empleado, escribí una semana y me fui de vacaciones. Había que descansar para volver en buena forma, porque, decíamos, nos esperaba un otoño muy movido. ¡No sabía yo cuánto!

Y el caso es que debería haberlo adivinado esa última semana de julio en que nos vamos del micrófono sin irnos de vacaciones, preparando las novedades y cambios del programa para septiembre, que por pocos que parezcan siempre son muchos. En esos días lentos y preveraniegos, cuando la gente duerme en bañador y vive en las terrazas, se produjo un curioso episodio inapelable en su elocuencia y que debería habernos demostrado hasta qué punto todo el proyecto del *ABC* y la COPE, conmigo en medio, estaba cogido con alfileres o era, lisa y llanamente, un timo. El hecho fue que Nemesio Fernández-Cuesta compró el paquete de acciones de Juan Abelló en la COPE, que era algo así como el 2,5 por ciento, sin avisar previamente, por lealtad y cortesía, a don Bernardo, presidente del Consejo y representante del accionista archimayoritario. El cabreo del cura fue mayúsculo y la desolación de Luis Herrero, absoluta. Le había explicado cien veces a Nemesio que debía evitar a toda costa aparecer como un listillo más de los que, presentándose como amigos de la Iglesia y grandes gestores empresariales, sólo querían birlarles la propiedad a los obispos. Y en la primera ocasión que tenía de demostrar sus píos modales como nuevo accionista, zas, le atizaba una coz al clérigo jefe. Lo peor fue que cuando Luis le dijo que ese

comportamiento era del todo contraproducente para ulteriores tratos con los obispos, la respuesta de Nemesio fue un despectivo «Ya lo arreglaremos» todo el proceso continuó como si no hubiera pasado nada. Lo que no tenía arreglo, evidentemente, era nuestra miopía sobre Nemesio. Y sobre Aznar.

El 9 de septiembre, apenas comenzado el curso radiofónico y político, Alemán fue relevado al frente de la dirección de ABC por José Antonio Zarzalejos, un hombre hecho en todos los escalones del Grupo Correo y que contaba con el nada despreciable aval de que su hermano —otro de los enviados de confianza de Aznar a tratar con ETA— fuera secretario general de la Presidencia del Gobierno. La primera entrevista como nuevo director se la hice yo en *La linterna* y en términos de simpatía peligrosamente cercanos al compadreo. Zarzalejos insistió varias veces en lo mucho que nos apreciaba a Luis Herrero y a mí desde que coincidimos en la *Hora cero* que dirigía Balbín en Antena 3 Radio. Y, por supuesto, en la colaboración que esperaba desarrollar desde Prensa Española con la COPE, en nuestra común identificación con un ideario liberal-conservador y una clara idea de España. El no va más de la cordialidad y el afecto.

Con esta entrevista, que muchos entendieron como el espaldarazo a Zarzalejos de quien podía disputarle el puesto, quedó aventada una de las serpientes del verano de 1999 más ofidiosamente pertinaces: que yo debía ser el próximo director de ABC. Además de las hemerotecas de esos meses, en los libros que con ocasión del centenario del periódico se publicaron desde la casa se insiste repetidamente en que los dos nombres barajados para sustituir a Alemán fueron el de Zarzalejos y el mío. Como yo estaba más en el candelero y se me suponía mucho más cercano a Aznar, muchos me felicitaban antes de las vacaciones por lo que se supone es el no va más de la carrera periodística: dirigir el ABC cuando aún era «el ABC». Sin vanidad idiota pero sin falsa modestia, creo que si ésa era la alternativa, y no tengo por qué dudar de las fuentes de la propia casa, hubiera sido director del ABC de haber querido serlo. Hubiera bastado pedirlo en La Moncloa y a los Luca de Tena. Creo. Pero la verdad es que, para sorpresa de los míos, empezando por mi mujer, nunca me pasó por la cabeza aspirar al cargo. Las razones eran básicamente dos: empezaba a estar muy a gusto en *La linterna*, que, con la nueva hora dedicada a la economía que tenía en la cabeza, podía convertirse en la primera gran plataforma intelectual de los liberales españoles, y, además, no quería pasarme doce horas diarias en el periódico, como había visto hacer a Anson durante muchos años. Bueno, y a Pedro Jota, formado en la escuela ansonita de controlarlo todo. Y, en realidad, a casi todos los directores que he conocido, eternamente reunidos con no importa qué departamento comercial, editor regional, jefe de personal, publicistas, comité de empresa, firma anunciante agraviada o agraviado con firma. Si a eso le añadimos la infinidad de tribus del último cuarto de siglo de ABC, el panorama intelectual y personal no podía ser más desalentador.

Vamos, que ni hablar.

Entrada a hombros y segunda defenestración de ABC

Con esa tranquilidad de conciencia de no haber aspirado jamás al cargo que, para general sorpresa y particular indiferencia mía (había soluciones peores, pensaba), le habían concedido a Zarzalejos, y tras hacerle el impagable favor de presentarlo como «uno de los nuestros» en la COPE para esa mayoría de lectores de *ABC* que nos oye a diario, me incorporé de inmediato a la tarea para la que me habían contratado: escribir la columna, participar semanalmente en el Consejo Editorial y favorecer la óptima relación entre las dos empresas para las que, desde julio, trabajaba. Aunque debo señalar que la radio me pagaba dos o tres veces más que el periódico, quizá por la estúpida costumbre de no discutir contratos ni negociar sueldos cuando hay un bonito proyecto ideológico de por medio. Eso es lo que cualquiera en su sano juicio habría hecho al ser pretendido por el *ABC* como yo lo fui, después de la amarga experiencia vivida un año antes. Pero yo había restañado mi herida simbólica y estaba entusiasmado con la idea de que el *ABC* asumiera esa línea de derecha nítidamente liberal que marcaba *La linterna* y fuera incorporando a sus jóvenes o menos jóvenes pero siempre valiosos colaboradores.

Tras una primera sesión en la que yo estuve demasiado nervioso y radiofónico, las discusiones semanales en el Consejo Editorial, el tiempo que duraron, tenían tres partes: el debate propiamente dicho, el discreto posterior y, a menudo, el almuerzo en *ABC*. En el Consejo se dibujaron de inmediato dos bandos: el tridente liberal de Recarte, Marco y yo, frente a la triada antiliberal y democristiana, aunque sería más correcto denominarla liquidacionista: Darío Valcárcel, Díaz-Ambrona (que defendía las mismas tesis que su amigo y subvencionado Tusell en *El País*) y, para gran sorpresa nuestra, Gabriel Cisneros, que pese a haber sido víctima del terrorismo etarra (o tal vez por eso) defendía que había que llevarse bien y no pelear demasiado a cara de perro con el PNV y mucho menos con Pujol. La sumisión al nacionalismo y la fraternidad con el PSOE eran la medida de la calidad democrática de la derecha española, es decir, lo mismo que decía Polanco. Así que la pelea del centrismo prisaico de Valcárcel y Ambrona con el refuerzo ocasional de Cisneros contra los liberales altivos, que habíamos sido llamados por la casa para diseñar su futuro, hacía que los consejos acabasen como el rosario de la aurora. El director y su segundo, González Besada jugaban a la distancia institucional en todo salvo el nacionalismo, en que hacían causa común con los liberales, pero sin excederse.

El ambiente del Consejo estaba tan enrarecido como una partida de póquer en

Vuelta Abajo, y las relaciones personales tenían un calor aproximadamente siberiano, así que los acuerdos sobre la línea del periódico a propósito de cualquier cosa eran, simplemente, imposibles. Creo que nuestro error, propiciado por la empresa, fue creer que aquello era un mero trámite para ver quién aguantaba más o tiraba antes la toalla: los liberales o los antiliberales. El error tenía una explicación apabullante: al terminar el Consejo, a orillas de ricos vinos, refrescantes cocacolas, croquetas admirables y finísimo jamón ibérico, los antiliberales se marchaban a sus casas casi sin despedirse mientras los liberales nos quedábamos a comer opíparamente con el director, el presidente o ambos. El menú del almuerzo solía ofrecer tres platos: entremeses de hermandad aznarista, proyecto de solomillo empresarial y, de postre, helado de café al gusto monclovita, con surtido de dulces y catarata de almíbar de Zarzalejos hacia mi persona. El día en que el flamante director me definió delante de Luis Herrero como «el puntal ideológico del periódico», el «lisonjeo» se convirtió en objeto de burla a sus espaldas:

—Oye, lo de Zarzalejos contigo, ¿es verdadero amor o solamente sexo?

—Fede, ¿no habrás empezado a ir al gimnasio con Zarzalejos...?

—Dinos la verdad, Fede: cuando os quedáis solos ¿se controla o te asalta?

Porque más de una vez, al terminar la comida y a petición suya, yo me quedaba con Zarzalejos en su despacho para continuar la chachara, trazar líneas políticas, intercambiar referencias de libros, urdir algún plan radiofónico o rotativesco, en fin, colaborar en lo que parecía un proyecto común para la nueva derecha, liberal y tal y tal.

A mí empezaba a mosquearme tanta obsequiosidad. Primero, porque el elogio a la cara hace que me sienta incomodísimo. Segundo, porque no me parecía bueno para mi papel en el periódico. Y tercero, y fundamental, porque daba una imagen de excesiva identificación entre la COPE y el *ABC*, algo que en la radio se veía con desconfianza o abierta hostilidad. Ni don Bernardo había olvidado la compra a sus espaldas de las acciones de Abelló por parte de Nemesio, ni a García lo trataban mejor en la sección de Deportes, con lo cual la Sotana y el Chándal radicalizaron su oposición a la entrada de Prensa Española en la gestión de la COPE, afectando de paso a su relación con nosotros. Y menos mal que no se enteraron de una iniciativa de Nemesio que a Luis y a mí nos dejó patidifusos: invitarnos a comer los lunes en su despacho con un grupo de periodistas de muy distinto nivel, aptitud y responsabilidad pero que se suponía que tenían en común con nosotros la querencia gubernamental: Carlos Dávila, Isabel San Sebastián, Antxon Sarasqueta, Zarzalejos y Besada. Y el propio Nemesio presidiendo.

Afortunadamente, aquellos lunes no pasaron de dos, pero aparte de su pavorosa inanidad (tras intercambiar chismes de faldas, pantalones, ministerios y redacciones, nada teníamos que debatir ni concretar, porque nada pensábamos hacer juntos),

aquello tenía un tufo a soviet o a bufé de consignas a lo Rubalcaba que echaba para atrás. No sabíamos si el felipismo había trabajado así en el terreno mediático, pero sabíamos que así se lo imaginaba el PP. A Luis le molestaba sobre todo que Nemesio nos mezclara o confundiera con periodistas a los que, en algún caso, apreciábamos personalmente, pero de los que nos sentíamos profesionalmente en las antípodas, porque algunos habían hecho de la oficiosidad monclovita una variante ideológica del exhibicionismo. Yo creía que aquellas tenidas ridículas sólo servían para que Nemesio le pudiera contar a Aznar lo que quería oír: que alguien estaba unificando —¡por fin!— las tribus periodísticas de la derecha. Algo que no era verdad ni podía serlo, pero que sin duda reforzaba su aspirantazgo a concesiones y fusiones mediáticas aún mayores. Luis también lo veía así, pero le costaba creer que su apuesta por Nemesio pudiera convertirse en un timo de dimensiones ciclópeas.

En fin, estaba terminando octubre y no era lo único que iba a terminar aquel otoño.

Zarzalejos, por la espalda, me echa del ABC

Lo primero en terminar fue mi trabajo en *ABC*. No hubo conflicto alguno, ni discusión, ni enfrentamiento personal, ni discrepancia personal con el director o el editor. Nada. De la noche a *La mañana*, Zarzalejos se proclamó incompatible conmigo y puso a la empresa en la disyuntiva de echarme a mí o despedirlo a él, recién nombrado. Aunque intelectualmente sea bastante romo y dialécticamente plomizo, debo reconocer que su blitzkrieg fue brillante a fuer de fulminante. Tanto que, con la perspectiva del tiempo, dudo que fuera sólo obra suya.

Pero los hechos son tan elocuentes que nos permiten ahorrarnos explicaciones. Todo empezó cuando Zarzalejos se negó a publicar una columna titulada «El otro Alberti», en la que yo recordaba que el poeta magnífico de los años veinte había sido un chequista de tomo y lomo en los treinta, con un papel particularmente siniestro en la Guerra Civil. Pero mejor que resúmenes y explicaciones será leer el texto censurado en *ABC*:

COMENTARIOS LIBERALES

El otro Alberti

La vida y la trasvida de los intelectuales de izquierda en estos amenes del siglo son un verdadero chollo. Cuando viven, generalmente muy bien, su obra vale más de lo que pesa por el compromiso político del autor, que pesa más de lo que vale. Cuando mueren, su obra todavía vale más porque el compromiso izquierdista que esmalta su figura cívica no puede enturbiar el valor intemporal de la obra. Añadamos la costumbre española de mentir desafortadamente cuando muere alguien y de ocultar en público los aspectos turbios del difunto para

comentarlos fieramente en privado, y ya están servidos el engaño informativo para los jóvenes y la estafa intelectual para los adultos. Sólo faltan las autoridades para presidir el telediario del funeral con la parte de la familia que posa para la Fundación. Y una calamidad reciente: que los políticos lean poesía en público. A ver quién los convence de que, como en cualquier género teatral, no todos valen para recitar y hacer cabriolas. Vamos, que Aznar o Rajoy no recitan como Nati Mistral.

Viene esto a cuento, naturalmente, de las exequias informativas de Alberti. Creo que sólo Valente se ha atrevido a decir lo que pensamos muchos lectores: que fue un buen poeta en su Época temprana y ahí se acabó. Juan Ramón diría que fue a menos desde el primer libro. ¿Es esto despectivo? En absoluto. Era tan bueno Marinero en tierra y adquirió Alberti tanto oficio académico con los bachilleres de su generación que todavía alcanzó a escribir tres o cuatro buenos libros más. Esto le parecerá desdeñoso al publicista político, que suele ser analfabeto literario, pero es milagroso para el que tenga alguna noción de poesía. Antes de la guerra, Alberti ya era, desde el punto de vista creativo, un recuerdo (compárese con la obra de Cernuda en esos años); y el resto de su obra escrita, con la excepción de algunos «Retornos», bonitos y dulzones como boleros, y alguna «balada del Paraná» (hay periodistas, cegados por el incienso, que han colocado el río en Panamá) es tan olvidable como su espinosa obra gráfica. ¿Pretende quitar este juicio —personal y discutible, como todos— mérito a su poesía? Al contrario. Sólo si distinguimos *Marinero en tierra* de las horribles *Coplas de Juan Panadero* podremos celebrar en serio su mérito. Si todo vale, nada vale. Si sólo vale la firma, sobra la obra.

Aparte del gran poeta —breve y verdaderamente grande—, hay otro Alberti: el que ha sido hasta el final uno de los más abyectos propagandistas del totalitarismo comunista. En el Madrid de Koltsov y en el Budapest de Erno Gëro; en el Moscú de Stalin y del que viniese; antes y después de la caída del Muro. Su figura, como las de Aragón o Neruda, pertenece a los Coros y Danzas del Gulag. No sólo fueron babeantes juglares del mayor asesino de todos los tiempos. Lo peor es que nunca tuvieron la tentación o la necesidad de arrepentirse. Que el ahora recordado Batallón del Talento de Alberti y María Teresa León, o sea, los propagandistas del Quinto Regimiento del PCE, trajinaran en la checa de Bellas Artes, o que su columna «A paseo» en el incautado *ABC* figure entre las más repugnantes delaciones y apelaciones al asesinato publicadas en la guerra es terrorífico. Pero peor que hasta su muerte Alberti hiciera la égloga del paredón, siempre que fuera rojo, es que un exiliado político aceptase complacido las condecoraciones de dictadores como Fidel Castro, que ha mandado al paredón, la cárcel o el exilio a tantos poetas. No se trata de quitar valor a su literatura por su posición política. Eso queda para la izquierda. Pero tampoco es admisible que Alberti quede como modelo de ciudadanía. Ser mejor poeta es difícil. Mejor ciudadano, cualquiera.

El golpe de Zarzalejos dejó a todo *El Mundo* estupefacto. O para ser precisos, hizo que todo *El Mundo* se mostrara o se fingiera sorprendido. Además de un agravio personal y una desautorización profesional hacia mí, también suponía la liquidación de una de las mejores tradiciones del periódico, que era la pluralidad de opiniones que antes y después de la Guerra Civil habían albergado sus páginas, desde republicanos en el exilio como los formidables Madariaga y Sánchez Albornoz a otros no tan nobles, amén de socialistas de cualquier pelaje y comunistas de toda condición. Marcelino Camacho, por ejemplo, era colaborador habitual de sus páginas, lo cual constituía, a mi juicio, uno de los grandes sacrificios de la derecha española en la Transición.

Y es que Marcelino, simpático en el trato personal y a quien Antonio Herrero, por la amistad que le había unido a su padre cuando uno dirigía Europa Press y el otro las clandestinas Comisiones Obreras, había llevado a *La mañana*, creía que el discurso era tan expropiable como una finca de la duquesa de Alba. Y cuando tomaba la palabra, se la quedaba. Había perfeccionado hasta extremos de virtuosismo la técnica comunista para dominar las asambleas que consiste en no terminar nunca una frase para que nadie te pueda quitar la palabra. El truco de ese discurso interminable es

difícil de dominar y depende mucho de la capacidad del prestidigitador para adaptarse al medio, al asunto debatido y al ambiente de la sesión. Pero la técnica es simple: no terminar nunca una frase sin haber introducido antes otra oración subordinada que a su vez trae otra, y otra, y otra, y así hasta el final del tiempo y, si fuera posible, hasta el fin de los tiempos. En la radio, a mí me fascinaba ver a Marcelino expropiando el discurso ajeno e implantando la dictadura del vocabulariado por razones puramente sintácticas, aunque comprendo que a otros menos filólogos les sacara de quicio. En la prensa, esa magia es más difícil, porque el lector ve el título o simplemente el nombre del autor, pasa la página y adiós. Pero a modo de venganza contra el lector desertor o de penitencia para los suyos, Camacho escribía artículos larguísimos que, como tenían la limitación física de la página entera (en *ABC* llegaba a los cinco folios), obligaban a publicarlos en un tipo de letra pequeñísimo, de manera que el que no perdía la paciencia podía perder la vista.

Por supuesto, aunque sólo lo leyera su devota esposa Fermina (convicción íntima que todos albergábamos), a Marcelino nadie le tocó nunca una frase de sus artículos, aunque defendiera a Marx, Lenin, Stalin, Fidel Castro, el gulag, el socialismo científico o la economía planificada como fuente de riqueza para «las grandes masas de trabajadores» frente a la voracidad ilimitada, pauperizante y caníbal del «Gran Capital».

Y si traigo a colación el caso de Marcelino Camacho es para demostrar que artículos comunistas contra el liberalismo se publicaban semanalmente en *ABC*, así que no había forma de justificar que no se publicaran artículos liberales contra el comunismo. Mucho menos en la casa de los Luca de Tena, que financiaron el *Dragón Rapide* para que Franco pudiera salir de Canarias, pasar el Estrecho y, después de tres años de guerra feroz, les devolviera a sus dueños el *ABC* incautado por el Gobierno del Frente Popular —al que servía Alberti— y cerrara la checa instalada en los sótanos del periódico para torturar y asesinar a personas cuyo delito era ser monárquicos, católicos y liberales, es decir, lectores de *ABC*.

La censura de «El otro Alberti» provocó, como era previsible y sin duda estaba previsto, un escandalazo. A mí me citó en su despacho, cariacontecido y aparentemente apesadumbrado, Nemesio Fernández-Cuesta y Luca de Tena (apellidos muy adecuados para censurar una crítica a Alberti en la guerra) y me expuso la cuestión en términos muy sencillos: Zarzalejos le había planteado la alternativa de que o me iba yo o se iba él, y, de momento, la casa no podía echar a un director que acababa de nombrar. *La Razón* de la incompatibilidad aducida por el escriba vizcaíno era que yo no seguía la línea del periódico y que él no podía tolerar que esa línea la marcara un columnista y no el director. En tales circunstancias, Nemesio me ofrecía seguir en el periódico mientras Zarzalejos entraba en razón, aunque sin publicar: ni columna diaria ni una modesta página semanal, como la de

Marcelino Camacho. Eso sí, a cambio de mi aquiescencia, me ofrecía el cargo de director general de publicaciones de Prensa Española, incluida una editorial en ciernes donde yo podía hacer una magnífica labor. Y el doble de sueldo.

En un alarde de tranquilidad, diríase que ajeno a mi carácter pero que no me cuesta adoptar cuando la situación va más allá de lo personal, no mandé a hacer gárgaras a Nemesio sino que fingí pensarme la oferta mientras la comentaba con Luis, Marco, Recarte y algún amigo más. Pero sólo llegamos a una conclusión: todo era tan aparentemente absurdo que necesitábamos tiempo para averiguar sus claves ocultas. Así que, con la alegría creativa que cabe suponer, yo seguí mandando a diario las columnas a que me obligaba mi contrato con el periódico, mientras Luis Herrero, máximo aznarólogo y único nemesiólogo del grupo, se enteraba de algo. Pero la *blitzkrieg* del director, sin duda perfeccionada en la biblioteca paterna durante sus años de extrema derecha, no se detuvo. Para que la brutalidad y la ruindad fueran aún más patentes, a los tres días de la censura de «El otro Alberti» un chico de la sección de opinión llamó a casa a las diez de la noche para comunicarme que el director había dado orden de levantar de nuevo mi columna porque «comentaba una noticia de otra empresa». Textual. La noticia en cuestión la había publicado *El Mundo* el día anterior y se refería a una sociedad del ex ministro socialista de Hacienda Carlos Solchaga para invertir en bolsa, algo prohibido a los ministros de Hacienda de todos los países decentes ya que tienen la posibilidad de hacer subir o bajar esos valores con una ley, una inspección o una simple declaración. Ese día, todas las televisiones y cadenas de radio, unas para defenderlo y otras para pedir su dimisión, le habían dedicado el máximo espacio. O sea, que además de que las noticias no son «de empresa» sino que son noticias o no, todos los lectores del *ABC* que hubieran visto la tele u oído la radio conocían el caso y resultaba prácticamente obligado comentarlo en las páginas de opinión. Evidentemente, se trataba de una forma particularmente zafia de echarme. Y esta vez Luis, tras una larga y tensa entrevista con Nemesio en su despacho, me dejó ir.

Al día siguiente, volví a escribir en *El Mundo*, esta vez con el título habitual de mi columna «Comentarios liberales», y la primera publicada fue la censurada sobre Alberti. Para saludar mi llegada y explicar la salida de *ABC* se publicó esta entrevista:

Pregunta (Diego Sinova): ¿Por qué deja usted de escribir en *ABC*?

Respuesta: Me es más fácil explicar por qué volví a hacerlo. El nuevo presidente de Prensa Española, Nemesio Fernández-Cuesta, me llamó para pedirme que colaborase en el proyecto de modernización de *ABC* desde las páginas de Opinión, como columnista diario y consejero editorial. No fue fácil, porque yo estaba muy a gusto en *El Mundo*, pero a través de amigos comunes como Luis Herrero consiguió convencerme. Algo influyó también el movimiento de fusiones y confusiones multimedia y, naturalmente, el afecto que le tengo a un

periódico en el que he sido columnista político diez años.

P: Se dijo que usted iba a darle un giro liberal al diario conservador.

R.: Bueno, para lo que evidentemente no podía llamarme Nemesio era para darle un giro conservador a un diario liberal. Además conmigo entraban también en el Consejo Editorial personas como José María Marco y otros amigos de *La Ilustración Liberal*, así que parecía que la apuesta iba en serio. Se trataba de cambiar un rumbo no ya conservador, sino inmovilista y lleno de complejos, muy dependiente en lo ideológico y cultural de *El País*. Prensa Española afrontaba la salida de *La Razón*, el cambio de presidente, de director y de formato; estaba perdiendo lectores y, sobre todo, influencia y credibilidad. Como reto intelectual y periodístico era casi imposible, o sea, apasionante.

P: ¿Qué ha cambiado para que deje de serlo?

R: Fundamentalmente, el director. Cuando Zarzalejos, para sorpresa de muchos, sustituyó a Giménez-Alemán, dijo compartir al cien por cien el proyecto de Nemesio. A mí no llegó a canonizarme pero llegó casi a la beatificación. Me hizo escribir todos los días. Era la pieza clave, la solidez intelectual, la piedra angular...Ruborizante. Y de la noche a *La mañana*, sin decirme una palabra, se pone a censurarme columnas y le dice al presidente que o él o yo.

P: Parece difícil de creer que a usted le censuren columnas en *ABC*.

R: Pues que lo crean y que las lean. Hace dos viernes me llama el jefe de Opinión y me dice que el director ha mandado retirar «El otro Alberti», en la que yo expresaba algo que no puede sorprender a nadie liberal y menos aún en *ABC*: que Alberti habrá sido un poeta excelso en su juventud, pero que fue también un propagandista incondicional de las dictaduras comunistas y que durante la Guerra Civil española no fue precisamente un defensor de las libertades. Bueno, ni entonces, ni después. Pues resulta que según Zarzalejos eso no se puede publicar en *ABC*. Tres días después me llaman otra vez a las diez de la noche, un chico de Opinión, para decirme que el director ha quitado mi columna porque trata de una noticia de la competencia. Era sobre la empresa de Solchaga desvelada por *El Mundo*, que habían comentado ya en todas las radios y hasta en la televisión, o sea, que el lector de *ABC* la conocía de sobra. En fin, a los dos días se produjo un debate muy tenso en el Consejo Editorial en el que Zarzalejos admitió que, aparte de los asuntos de esas columnas censuradas, tenía esa asombrosa «incompatibilidad» conmigo. Al parecer, como me dijo Nemesio, el presidente, para explicarme el fenómeno, era porque «yo no seguía la línea editorial» y él no admitía que la marcara con mis columnas. De ahí la incompatibilidad.

P: ¿Ése es el momento en que decide marcharse?

R: Evidentemente, yo no pinto nada en un periódico cuyo director no entiende que los columnistas están precisamente para no coincidir con la línea editorial,

para dar al lector un punto de vista personal y también plural. Si en un periódico donde escriben Campmany y Ussía, para el que Zarzalejos ficha a Concha García Campoy, Carlos Herrera o César Antonio de los Ríos resulta que yo no puedo escribir mi columna porque no sigo la línea editorial, eso será porque no hay línea editorial o porque no se quiere que la haya.

P: ¿Se siente usted engañado por alguien?

R: En absoluto. Comprendo que a un director recién nombrado no se le quite aunque dispare. Pero nadie puede creerse un proyecto liberal y moderno para el *ABC* con un director así. La empresa me ha hecho una oferta material absolutamente tentadora para que me quede en Prensa Española. Y yo le agradezco a Nemesio que me llevara a *ABC* y que quiera que me quede. Pero yo no quiero ser director general con un gran sueldo para no escribir aguardando la caída del director. Espero que *ABC* no pase de ser un periódico sin director a ser un director sin periódico. En todo caso, mi aprecio por la casa es anterior a Zarzalejos y será posterior.

P: En la presentación de su libro *Los nuestros* dijo usted que Pedro J. Ramírez había sido su primer director y que seguro que volverían a trabajar juntos. ¿Fue una premonición?

R.: Yo dije entonces que en todos los años que he trabajado con Pedro, en *Diario 16* y en *El Mundo*, jamás me quitó una coma de un solo artículo. Y como yo no sé escribir sin libertad, ni quiero aprender, supongo que estamos condenados a estar juntos. Si *El Mundo* no existiera, habría que inventarlo.

Como comprobará el avisado lector, en esta entrevista hay algo aparentemente absurdo: yo cargo contra Zarzalejos pero salvo a la empresa y a Nemesio, responsables últimos de la fechoría del director. ¿Y por qué? Pues *La Razón* hay que buscarla otra vez en la COPE y en sus problemas de continuidad empresarial y relación gubernamental. Luis Herrero me pidió «como favor personal» que salvara la relación con Nemesio y no tocara a Aznar, y yo, por el amigo y por la radio, me tragué esos dos sapos con la desenvoltura matinal del que se toma dos donuts en vez de uno. No obstante, la digestión de ambos batracios, el nemésido y el aznárido, resultó tan pesada y, a la larga, tan inútil, que acabaría afectando a la situación interna de la cadena e incluso a mis relaciones con Luis. Aznar insistió en pedirle que no rompiera las relaciones con *ABC* porque el futuro de la COPE pasaba por la alianza con Prensa Española. Y aunque yo era la prueba evidente, reciente y lacerante de que eso no garantizaba ni la libertad ni la continuidad de los profesionales de la cadena, Luis le hizo caso. Tanto, que acudió pocos días después de mi defenestración a la cena de entrega de los Premios Mariano de Cavia para no romper la relación personal con Nemesio ni los vínculos con La Moncloa.

Por supuesto, a él le agradeció mucho el gesto Nemesio, y Luis me agradeció

muchísimo a mí el sacrificio de no acordarme en la entrevista de lo que nunca podría olvidar, pero las heridas —simbólicas y reales— de aquel episodio nunca dejaron de sangrar. Era mi segunda defenestración de *ABC* bajo la presidencia de Aznar, sin que en ninguno de los dos casos, pese a ser evidentes represalias ideológicas y políticas, amén de agravios personales, él hiciera el menor gesto para impedirlo. En primer lugar, porque no le importaba lo más mínimo y pensaba, supongo, que una severa penitencia me curaría la peste de la independencia. En segundo lugar, porque yo prefería salir a coces de cualquier medio, aunque fuera por apoyar a Aznar, antes que deberle el puesto a un político y nunca le pedí ayuda. ¿Soberbia? Sin duda. Pero también puede llamarsele dignidad. Aznar me pidió ayuda siempre que me necesitó. Yo no se la pedí ni cuando me hacía falta. Hay un dicho célebre: «¿Por qué me odia si no le he hecho ningún favor?». Tal vez por eso yo no odio a Aznar: porque no me ha hecho ninguno.

El destino de *ABC* quedó sellado en ese episodio que iba más allá de un despido, del ataque de celos de un director mediocre o de una ingratitud personal. Todo el gran proyecto de renovación del gran periódico de la derecha española desapareció, porque en rigor nunca existió. Fue sólo el timo de Nemesio para colarse en la COPE y uno de los muchos proyectos de Aznar para disolvernos y controlarnos. En fin, Luis retiró la que iba a ser su primera colaboración en *ABC* (criticando a Rato, por cierto). Marco dimitió del Consejo Editorial el día en que salí yo. Y Recarte se quedó un par de meses para fastidiar a los piafantes vencedores de lo que nunca fue batalla abierta sino sucia emboscada. También —economista perfeccionista— para seguir desde dentro las turbias operaciones financieras que hicieron rico a Nemesio y entregaron el *ABC* al Grupo Correo. El mismo al que, tras alinearse con Polanco en la Guerra Digital, Aznar había jurado odio eterno, como Aníbal a los romanos. Fue más consecuente el cartaginés.

El efecto en la COPE del timo del *ABC* o de mi «vuelta a *El Mundo* en ochenta minutos», como dimos en llamarle, fue también más profundo y duradero de lo que en un primer momento pudo parecer. Demostró que el Chándal y la Sotana tenían razón y que Prensa Española, léase Nemesio, no era socio fiable sino ayuno de escrúpulos e indeseable. Que tuviera el respaldo de Aznar añadía suspicacia a la evidencia, al menos en el sector episcopal. También debilitó la posición de Luis Herrero, puesto que él había sido, por indicación directa de Aznar y por su propia relación personal con Nemesio, quien había abierto la puerta a un intruso que en pocos meses perpetró dos fechorías inolvidables: engañó a los obispos comprando a sus espaldas las acciones de Abelló y traicionó a los ingenuos profesionales que tanto le habían ayudado. Pero, al mismo tiempo, había demostrado nuestra debilidad y eso, paradójicamente, alejó a Luis y a García de la COPE y los acercó más al Gobierno. García, acercándose al nuevo proyecto «polanquito» de Telefónica. Luis, estrechando

su relación personal con Aznar. El ambiente en la radio se enrareció. Los rumores superaban a las intrigas y éstas a los proyectos de futuro, ninguno de los cuales pasaba por la cadena donde aún estábamos.

Para mí, en lo profesional, el chasco del *ABC* quedó compensado de sobra con el afianzamiento de *La linterna*. El EGM, pese a las manipulaciones habituales, dejó claro que el programa no sólo había consolidado la media hora de cultura sino también la hora de economía, la auténtica novedad radiofónica de aquel año que todas las cadenas, incluida la SER, trataron de copiar sin éxito. Yo había tenido la suerte de ser el primero y también de que a todos los que pedí colaboración me dijeran que sí. Pensando siempre en un programa que pudiera escuchar todo *El Mundo*, o por lo menos que no llevara a la gente a apagar la radio o cambiar el dial, se reunieron tres generaciones de gran nivel académico y, sobre todo, gran capacidad comunicativa: la senatorial de Velarde y Barea; la liberal, auténtico núcleo duro del programa, de Raga, Recarte y Cabrillo, con las valiosas colaboraciones del director de *Expansión* Miguel Ángel Belloso o su antiguo editor, José Luis García Hoz, entonces columnista de *ABC*; y la generación más joven que podía representar Dieter Brandau, la burbujeante Susana Criado de Radio Intereconomía y la gente de la propia COPE, bien de la sección de economía, como Pilar Fernández Carrillo y Joaquín Vizmanos, bien de la propia Linterna, como la jovencísima Marta Arteaga. Yo lo pasaba estupendamente aprendiendo economía y enterándome de cosas sobre la empresa y el dinero a las que nunca había prestado mayor atención. Y como para que el oyente se interese y disfrute de un programa es fundamental que el director y los colaboradores lo pasen bien y se note, lo cierto es que esa hora de la economía se me pasaba volando y me consolaba de otros disgustos.

La linterna de la economía tenía también un calado ideológico profundo, porque defendía por primera vez en un programa de gran audiencia las instituciones básicas de la economía de mercado, empezando por la propiedad privada y el Estado de Derecho. También recuperaba, y ahí la aportación de Raga y Velarde fue esencial para un cierto tipo de oyente católico y culto (un obispo, por ejemplo), la gran tradición de la Escuela de Salamanca como un pensamiento genuinamente capitalista, liberal y popular, en la *Época* más fecunda del catolicismo español, frente a los que aún defienden, con Max Weber, que eso del capitalismo es un invento ético protestante. Por supuesto, la gran mayoría de los españoles, y entre ellos casi todos los católicos, defienden la propiedad privada y la seguridad jurídica, pero en el ámbito clerical el discurso anticapitalista y antiliberal, cuando no abiertamente procomunista, echó raíces muy profundas tras el Concilio Vaticano II. Juan Pablo II y su mano derecha y sucesor, Ratzinger, lucharon abiertamente contra esa forma de leninismo llamada Teología de la Liberación, pero muchos católicos llenos de fe y faltos de fundamento intelectual dicen unas bobadas sobre la propiedad y el libre

comercio que hubieran escandalizado a Santo Tomás de Aquino. Nosotros, creyentes o no, defendíamos en *La linterna* un punto de vista genuinamente español, católico y liberal que en el fondo suscribe la gran mayoría de los ciudadanos pero más por intuición que por conocimiento. También ahí, sobre todo entre los jóvenes, creo que hemos hecho una buena labor en todos estos años. El mensaje esencial es muy sencillo: sólo existe el libre mercado cuando funciona el Estado de Derecho; y sin instituciones sólidas no puede haber ni prosperidad ni libertad.

Pero esta labor de «capitalismo popular», que se supone impregnaba su política económica, no le importaba mucho a José María Aznar. El 15 de diciembre nos invitó a comer en Moncloa a Luis y a mí. Había pasado sólo un mes de mi traumática salida de *ABC* y se suponía que aquello tenía algo de convite de desagravio, porque al fin y al cabo él fue el que nos metió en ese embrollo. Pues bien, se limitó a decir que echarme del *ABC* había sido «un error», pero que el periódico había mejorado mucho y que teníamos que mantener las buenas relaciones con Nemesio. Siempre he pensado que el político es egoísta por naturaleza, pero pocas veces lo he visto tan claro como ese día. Él no tenía nada que lamentar, nada que explicar, nada que justificar, nada que enmendar. Los que teníamos que explicar, justificar y enmendar éramos nosotros en la COPE, porque, nos dijo textualmente, «hay días en que tengo que dejar de oírla». Yo no le dije que para un gobernante democrático de su estilo bastaba el Hilo Musical por una sola razón: era, casi textualmente, lo mismo que nos había dicho a Luis y a mí la víspera de la muerte de Antonio para que rompiéramos con él. Como aquella madrugada del 2 de mayo de 1998, al salir esta vez de La Moncloa en *La tarde* gris ceniza de diciembre de 1999, Luis y yo comentamos que estaba claro que los que oían realmente la radio en su casa y le predisponían contra la COPE eran su hijo mayor y su mujer. Pero que Aznar había vuelto a su obsesión de disolver el célebre Sindicato o, como llamaba él, la Comandita. Por supuesto, nos pidió ayuda para las elecciones de marzo, porque peligraba esa idea de España que él tenía en la cabeza y en la que nosotros dos teníamos reservado un papel, digamos, ornamental. Luis salió bastante deprimido del encuentro: éramos sólo ex combatientes licenciados, obligados a morir por el César; y encima, aplaudiéndole. Yo salí menos deprimido que Luis porque aquella comida acabó de decidirme a pasar a la acción y a acelerar un proyecto en el que pensaba desde la salida de *ABC*: fundar un periódico liberal en la Red, antes de que Aznar nos liquidara a todos por la espalda, que era lo que, evidentemente, le apetecía. Tres meses después nacía *Libertad Digital*.

Capítulo V

EL LARGO ADIÓS DE JOSÉ MARÍA GARCÍA

Tras el fracaso del timo de *ABC*, que tendría en la primavera de 2000 un epílogo particularmente sórdido, se produjo en la COPE la interminable despedida o el chandleriano «largo adiós» de José María García, puntal económico de la cadena, jefe de la menguante tribu de las «estrellas» y cuyo paso a Onda Cero, nuestra competencia directa, debería haber supuesto el entierro sin remisión o la disolución por absorción de nuestra cadena. También este episodio tuvo cierta aquiescencia monclovita aunque la ejecución fuera de Telefónica; y Luis y yo fuimos, en la popular terminología garciesca, «testigos privilegiados» de un proceso que nos tuvo en vilo toda la temporada 1999-2000 y acabó con la programación rota y la empresa lista para el traspaso. O el desguace.

La bruja que salvó a la COPE y otras historias asombrosas

En realidad, García había dicho tantas veces que se iba para, al final, acabar quedándose, que muchos creían que iba de farol. Nada más lejos de la realidad. Antes de empezar la temporada 1998-1999, la primera sin Antonio, García ya había abandonado los micrófonos en el mes de julio, a pesar del ultimátum de la empresa, y sólo de milagro, en una gestión a la desesperada de Luis y Abellán que acabé rematando finalmente yo, conseguimos convencerlo de que siguiera al menos un año más. En los mentideros periodísticos, aquélla fue la historia de «la bruja de la COPE», pero la prensa progre y polanquiana la contó tan precipitadamente y tan mal que hasta ahora no se han conocido los aspectos más sabrosos, pasmosos y esperpénticos del suceso. Yo creo que, a estas alturas, a nadie puede ya hacerle daño. Y además de asco, puede producir carcajadas.

El problema de fondo en la «crisis de la bruja» de julio de 1998 venía de muy atrás y era el enfrentamiento de Antonio, García y Luis, las «estrellas» de la casa, con el presidente de la COPE, Salvador Sánchez Terán, y el director general, Pedro Diez. Antes de morir Antonio, la salida de ambos estaba decidida; sólo faltaba elegir el momento. Ocho años después, esclarecer por qué se produjo ese enfrentamiento o quién tuvo más culpa —si culpa hubo— en las dos partes me parece un ejercicio de espeleología bastante inútil, pero sí vale la pena explicar un par de cosas. El cargo de presidente era sólo de adorno, una especie de relaciones públicas sin sotana que debía representar a la COPE en los despachos del Poder. Pero en la práctica, Sánchez Terán

—gobernador civil de Barcelona en la época azul mahón pero ya tirando a blanca de Adolfo Suárez, negociador con Ortíz de la vuelta de Tarradellas y luego preboste ucedeo— era un político en barbecho, una insomne vocación ejecutiva, un afán de desembocar en algún mar que terminaba por meternos en demasiados charcos. Si en vez de suavizar las relaciones exteriores de la COPE resulta que azuzaba las querellas interiores, reñía con Antonio y luego con García y Luis; estaba claro que o sobraba el personaje o sobraba el cargo. En cuanto al director general de una radio que se enfrenta a quienes tienen en sus programas el 80 por ciento de la audiencia y el 90 por ciento de la publicidad, o los echa pronto o se despide a sí mismo. Don Bernardo había prometido «resolver» ambos casos, pero, ay, vástagos de la pereza clerical, pasaron los meses, se nos fue Antonio y llegó la «bruja».

En realidad, la bruja no era exactamente bruja sino una famosa echadora de cartas que barruntaba o adivinaba el porvenir y que, como toda estrella de su gremio, salía en televisión para predecir —en su caso, con buen castellano— bodas principescas y divorcios de famosos que, al año siguiente, hayan sucedido o no, nadie quiere recordar. Mi ignorancia acerca del gremio quiromántico es absoluta y el mundo de la adivinación lo limito a las predicciones políticas, donde se acierta por una mezcla de intuición y experiencia y también se yerra estrepitosamente. No sé, pues, lo que suelen pedir sus clientes a las echadoras de cartas, las brujas o, como dicen en Miami, las «psíquicas». Pero en el caso de la bruja que nos ocupa lo que sucedió es que una mujer —esposa, amiga, secretaria, no sé— ligada al director general de la COPE había ido a pedirle que les echara mal de ojo, les hiciera vudú u otra operación mágico-lesiva a García y a Luis, porque le hacían la vida imposible a Diez e impedían su feliz desarrollo profesional. Lo que no sabía esta inquieta mujer es que la bruja —llamémosle así— iba a encontrarse en la clínica Incosol de Marbella con una cuñada de García que era amiga suya. Y allí, a orillas de la piscina, le contó preocupada el caso. Y ésta, naturalmente, se lo contó a su hermana Montse Fraile, la mujer de García; ésta a su marido y ahí ardió Troya.

Era la de Montse una preocupación muy justificada, porque si alguien estaba dispuesto a pagar por utilizar la magia negra contra García y Luis, no cabía descartar que, fracasado el aojamiento, pudiera emprender contra uno de ellos o contra ambos acciones algo menos especulativas. Por ejemplo, eventualmente que un camión, un coche o un coche-camión, vulgo todoterreno, pudiera atropellados y darse a la fuga. Así que la mujer de García se puso en lo peor y García se puso hecho un basilisco. No les faltaba razón y además llovía sobre mojado, porque Diez, en plena escalada de hostilidades, había suprimido la repetición nocturna, de cuatro y media a seis de *La mañana*, del programa de García. El programa elegido para sustituirle, *El larguero*, de César Lumberras, difícilmente podía mejorar los índices de audiencia, ni cambiar los hábitos de los españoles forzándolos a levantarse a las cinco de *La mañana* para

saber lo último sobre el subsidio a la alcachofa; pero lo que sí podía era indignar a García, al que siempre perjudicaría un descenso en el EGM que bastante lo castigaba ya.

También, y esto fue clave, porque Lumbreras se había significado como enemigo público de García, hasta el extremo de que el día en que el EGM dijo que el programa de deportes de la SER había superado en audiencia al de García, se presentó en la COPE con una camiseta de *El larguero*. Es decir, que, ante la impavidez, estolidez o complacencia de la empresa, se producía una provocación tras otra del director general y otros personajes de menor entidad para hacer saltar a García, que era el principal activo comercial de la cadena. Y como no saltaba, le aojaban o le hacían vudú. Grotesco, sí; pero, sobre todo, irritante, injusto e insoportable para García. Porque el colmo de los colmos era que el sueldo de los provocadores lo aseguraba precisamente el provocado.

García se lo contó a Luis y ambos a don Bernardo: era la gota que colmaba el vaso, así no se podía trabajar, cuándo iba a cumplir la promesa de echarlos, etcétera. La respuesta del cura fue, de tan prudente, temeraria. Les dijo que no podía tomar ninguna decisión sin saber de primera mano qué es lo que realmente le había pedido a «la bruja» esa mujer ligada al director general.

Y García, que presumía de «vestirse por los pies», no vaciló un instante:

—Si lo que quiere decir usted es que no tomará ninguna decisión sin conocer a la bruja y tener su versión directa, déme un par de horas y le traigo a la bruja.

Y como lo dijo, lo hizo. A Luis, que es tan formal y tan católico, lo de andar con cartomancias, adivinaciones astrales, magia negra y magia blanca le producía urticaria estético-teológica con sofocos de alipori. Sin embargo, no tenía más remedio que hacer causa común con García, porque, en última instancia, era un episodio más de la guerra entre las estrellas y una parte de la dirección. Y García le había pedido encarecidamente a Luis que lo acompañara con la bruja a ver a don Bernardo. Así que lo acompañó.

Andando los años, con García ya fuera de la COPE, Luis recordaba a menudo el carácter intrínsecamente surrealista de la empresa que nos albergaba evocando la estampa de los tres —García, Luis y la bruja en medio— camino del despacho de don Bernardo en *La tarde* flameante de un flamante primero de julio:

—Mira, Fede, yo no puedo ni entusiasmarme ni enfadarme con esta casa, porque me veo por ese pasillo, a la altura del váter, cediéndonos el paso García, la Bruja y yo, subiendo al despacho de don Bernardo, y no me puedo tomar en serio a mí mismo. Sí, sí, ya sé que en esta bendita casa el número de miserables por metro cuadrado es altísimo, pero me falta convicción para la indignación. Feliz tú, que te sobra.

—Siempre dices lo mismo, pero el que suele acabar a mamporros eres tú, no yo.

Y es que la amistosa visita de la bruja al cura, hecho objetivamente raro dada la relación poco cordial entre los lectores de las cartas de San Pablo y los adivinos de la carta astral, provocó dos hechos casi inmediatos que sólo por milagro o casualidad no desembocaron en la salida de García, de Luis y la mía, de la COPE. Y eso, a los dos meses justos de la muerte de Antonio.

No sé cómo, Pedro Diez, el director general, se enteró de la visita de la bruja a don Bernardo, y al día siguiente, al terminar *La mañana*, entró en el despacho de Luis pegando una patada en la puerta que casi la arrancó de sus goznes. Pedro Diez medía —seguiré midiendo, supongo— casi dos metros, de ahí que el patadón resultara tremendo. A continuación se puso a gritarle a Luis, sentado al otro lado de la mesa del despacho:

—¡Estoy hasta los cojones de tu humanismo cristiano!

Y a continuación, sin bajar la voz ni reducir el tono, se explayó en adjetivos y sustantivos injuriosos. Luis se quedó quieto en el sillón, mirando al fiero ejecutivo por encima de sus gafas, y cuando, seguramente para inhalar oxígeno, hizo una pausa, dijo:

—Sal inmediatamente de este despacho.

El otro volvió a barbotar injurias, amenazas y descalificaciones a la condición católica de Luis. Este, imperturbable, volvió a decirle cuando se detuvo a tomar aliento:

—Sal de este despacho.

Y así estuvieron un rato, entre el pasmo, el espanto y, sin duda, el regocijo de la redacción. Uno gritando y el otro repitiéndole con voz tranquila y baja que saliera de su despacho. Yo había quedado con Luis para que me contara la visita de la bruja al cura, pero en ese momento estaba en un estudio, grabando algo, seguramente un anuncio para *La linterna*, mientras Luis liquidaba las llamadas telefónicas que fatalmente hay que hacer o atender al terminar el programa. Total, que por casualidad no asistí al sentido homenaje del directivo de la COPE a la memoria de Atila y su ruda descalificación de Maritain. Sí estaba mi escolta, que se puso por delante del de Luis y a un par de metros del vociferante y el vociferado, por si había que intervenir. La tranquila frialdad de Luis ante la agresión lo hizo innecesario. Agotado su caudal de adrenalina, Diez abandonó el despacho de Luis dando un portazo. Y al poco llegué yo, encontrándome con los restos del escándalo. En realidad, más que una pelea, que nunca existió, era una noticia, que es en lo que al día siguiente se convirtió.

El País del 3 de julio de 1998 tituló así su información, es decir, su habitual manipulación de los hechos: «Virulento altercado entre Herrero y Pedro Diez en la COPE», y decía:

El periodista Luis Herrero, director y presentador de *La mañana* de la COPE y consejero de esta cadena, y el director general de la misma, Pedro Diez, protagonizaron ayer un violento enfrentamiento en el despacho del primero. Según un testigo ocular, Herrero y Diez no llegaron a las manos gracias a la intervención de los

escoltas de Federico Jiménez Losantos y del propio Herrero.

El altercado se produjo a las doce de *La mañana*, nada más finalizar el espacio que presenta Luis Herrero. Pedro Diez se acercó visiblemente tenso e irritado al despacho de Herrero para pedirle explicaciones por la campaña de desprestigio personal que, según se ha oído decir al director de la COPE, están orquestando contra él José María García, Federico Jiménez Losantos y el propio Luis Herrero. Una campaña que ha llegado hasta altos responsables de la Conferencia Episcopal, propietaria de la cadena. La discusión fue tan virulenta que los escoltas de Jiménez Losantos y Herrero intervinieron para evitar males mayores. «Les tuvieron que separar», contó una de las personas que presenciaron el incidente.

El único problema de esa información es que era tan maliciosa como inexacta. Ni habían llegado a las manos, ni, por tanto, habían tenido que separarlos, ni hubieron de intervenir nuestros escoltas para evitar males mayores. Los escribas polanquistas, como es habitual en ellos, no tenían datos fidedignos ni declaraciones de testigos oculares; de tenerlos, no se habrían ahorrado el sabroso detalle de la patada en la puerta. En realidad, los «males mayores» de casos semejantes, que no son raros en un mundo tan tenso como el periodístico, suelen limitarse al regocijo de la competencia. Pero esto iba mucho más allá. Y *El País* lo manipulaba a su antojo, pese a tener los datos reales:

Luis Herrero, en conversación con este periódico, negó el enfrentamiento y dijo: «Dos no riñen si uno no quiere». Preguntado por su relación con Pedro Diez, Herrero se limitó a señalar: «Hace mucho que no hablo con él», pero no negó que ayer por *La mañana* hubiera visto al director de la COPE. «Verle no quiere decir hablar con él», explicó Herrero. Por su parte, Pedro Diez no respondió a las llamadas de este periódico.

Alguien debió hacerlo por él, porque en otro párrafo daba las claves del «virulento altercado» en términos mucho más cercanos a la realidad, aunque siempre bajo el punto de vista de Polanco, es decir, de la SER, la competencia de la COPE:

Según otras fuentes de la COPE, el enfrentamiento entre el director general, Pedro Diez, y los tres periodistas mencionados es público y notorio dentro de la cadena, lo que está generando malestar y preocupación entre los trabajadores. Ayer mismo, el comité de empresa difundió un comunicado en el seno de la COPE en el que denunció «las presiones» que está recibiendo el director general, Pedro Diez, por parte de «ciertos profesionales» de la casa, y mostró su apoyo a la dirección y su «frontal rechazo» a dichas presiones.

Y añadía:

El trasfondo de este enfrentamiento obedece, según algunas fuentes cercanas a los implicados, a la pretensión que se atribuye a los tres periodistas citados de «negociar a espaldas de la actual dirección para quedarse con las acciones de la COPE» y conseguir eventualmente «que Telefónica entre a formar parte del accionariado y ser ellos mismos los dueños y señores de la nueva estructura radiofónica».

Y remataba:

El comité de empresa, en el comunicado interno antes mencionado, señala que las presiones de «ciertos profesionales» conducen «no sólo a la destrucción de esta empresa, sino también a la destrucción de puestos de trabajo». Los representantes de los trabajadores animan a sus compañeros a «no consentir que situaciones pasadas se vuelvan a repetir». «Que esto no vuelva a suceder es responsabilidad de los propietarios y los accionistas de la cadena», finaliza el comunicado.

En realidad, ese comunicado llegó antes a la SER que al tablón de anuncios de la

COPE y respondía a la estrategia de PRISA de evitar a toda costa la consolidación de un grupo multimedia de envergadura similar a la suya y organizado en torno a Telefónica. Parecía absurdo que un comité de empresa se empeñara en atacar a las dos «estrellas» que traían la audiencia, la publicidad y, por tanto, garantizaban los sueldos de la plantilla. Pero no era tan absurdo si se piensa que el izquierdismo «liberado» dominaba el comité y que para la izquierda, desde la Guerra Digital, la defensa del multimillonario Polanco frente a Telefónica y el Gobierno era más importante que la de los puestos de trabajo. De otro modo no se explica respaldar a una dirección desahuciada frente a la propiedad y a «las estrellas». Ésa precisamente era la garantía más lógica para no despedir a nadie: una propiedad fuerte —fueran los obispos o la primera empresa española, Telefónica— y unos ingresos garantizados por profesionales de éxito en la propia COPE durante años.

Naturalmente, estoy seguro de que algunos del comité y no pocos trabajadores creyeron de buena fe que sus puestos de trabajo peligraban en aquel maremágnum de fusiones multimedia. Les hubiera bastado, sin embargo, utilizar media neurona para entender lo absurdo de querer garantizar los sueldos echando a quienes traían el dinero. Pero estoy igualmente seguro de la perfidia de una parte de los presuntos representantes de los trabajadores que sólo servían a los intereses políticos de la izquierda y de las radios de la competencia, así como de la malísima fe de algunos directivos de la COPE que, ante la posibilidad de su despido, querían traer a otras «estrellas» menos luminosas y rentables pero que asegurasen sus poltronas.

Que dentro de la dirección de la casa había más gente en la operación de echar a García y a Luis lo reveló el propio diario de Polanco al volver sobre el asunto pocos días después, el 8 de julio de 1998. En el mismo sitio, la columna se titulaba esta vez «Asamblea en la COPE tras el incidente entre Herrero y Diez» y abundaba en perlas cultivadas: que el comité de empresa había informado sobre el incidente (pese a que ninguno de sus miembros lo había presenciado) o que la asamblea se había producido justamente mientras la dirección de la COPE estaba en Roma para ser recibida por el Papa. ¿Y por qué en ausencia de los que mejor podían informar de si alguien trataba de vender o comprar acciones, así como de si las «estrellas» querían irse o quedarse? Pues porque así era más difícil contrastar y contradecir la especie más sabrosa, que era ésta: «Según algunos de los asistentes, el comité de empresa dijo que la dirección de la COPE ha dado garantías de continuidad de la cadena en condiciones económicas saneadas y sin depender necesariamente de las estrellas “que van y vienen de unos a otros sitios”, comentó un trabajador». Y tras volver a recordar el incidente famoso y la nota del comité de empresa apoyando a la dirección contra los profesionales que supuestamente le presionaban (como si Pedro Diez pudiera «dirigir» a García y Luis), disimulaba la reacción de una parte de la plantilla contra el comité: «En la asamblea se habló de la repercusión que esa nota ha tenido en otros

medios informativos y de la conveniencia de que no se produzcan “filtraciones”».

En realidad, lo que se dijo fue que el comité de empresa parecía el de la SER y que eran ellos los que ponían en peligro la continuidad de los puestos de trabajo al hacerle la vida imposible a García. Se dijo más: que era intolerable que entrar a patadas en el despacho del director del programa de más audiencia de la cadena no hubiera sido condenado con toda contundencia. Y se añadió que lo único que preocupaba a ciertos representantes sindicales era defender a la izquierda aunque fuera a costa de cargarse la empresa. Esto, claro, no lo recogía *El País*, que seguía a lo suyo: tratar de destruir a García manipulando supuestos datos de la propia COPE:

Al margen de la asamblea, otras fuentes internas de la COPE han informado de que existe también inquietud por el coste de algunos de los programas estrella, y en concreto por el de la sección deportiva. Dichas fuentes creen que dicho coste es superior al de los ingresos publicitarios que genera, pese a la pérdida de audiencia que sufre frente a la competencia, principalmente *El larguero* de la SER. Las mismas fuentes internas de la COPE atribuyen a la sección deportiva de la cadena un coste en torno a los 3.000 millones de pesetas al año, superior en alrededor de 500 millones a los ingresos que proporciona. No fue posible obtener ayer una versión de la cadena sobre estos datos.

Fue ese comportamiento deleznable de la dirección y del comité el que decidió a García a irse de la COPE en el verano maldito de 1998. Creo que le sobraba razón y que quizá, de estar yo en su lugar, me habría ido de inmediato, porque es muy difícil mantener la concentración y el esfuerzo que supone un programa en directo de varias horas (García no sólo hacía su programa de medianoche, sino las retransmisiones de las tardes de sábado y domingo, amén de los partidos internacionales de clubes y selección) mientras desde dentro te hacen la vida imposible, con la aparente complacencia de la empresa, los mismos a los que das de comer.

Sin embargo, con la dirección de la COPE entre asustada y atontolinada, sin capacidad de reacción ante lo que podía ser su ruina, hicimos un último intento. En la parte recoleta y trasera del bar Cuenllas, adornada con fotos y dibujos de las estrellas vivas y muertas de la COPE, nos reunimos García, Luis, José Antonio Abellán, que dirigía *La jungla* y mandaba en la Cadena 100, y yo, que aunque aún no se sabía era ya director *in pectore* de *La linterna* para la temporada siguiente. Apelando a todos los argumentos humanos y profesionales, convencimos a García de que dejara la COPE, para lo que le sobraban motivos... pero al año siguiente. Si se iba ahora, después del episodio de la «bruja», lo iban a triturar dentro y fuera de la COPE. Pero García tenía un argumento imbatible: ya lo había acordado con su mujer y no iba a llamarla para decirle que, de lo dicho, no había nada. Ahora bien, si nosotros la convencíamos, él se quedaba, a condición de que fuera sólo ese año.

Entonces se produjo la paradójica situación de que los que más relación tenían con los García, que eran Luis y Abellán, estaban peleados con Montse, que les achacaba la continuidad de su marido en el calvario de la COPE. Así que sólo quedaba yo para tratar de convencerla. Me resistí, pero fue inútil. García la llamó y

me la pasó. Yo entré enseguida en materia, pero le dimos vueltas al asunto. Vi que ella estaba decidida a que García no volviera a la COPE y el único argumento que se me ocurrió fue éste:

—Montse, tu marido es el personaje más importante de la radio en los últimos veinte años. ¿Y quieres que pase a la historia de la comunicación en España como el tío que se fue porque le hicieron vudú? Que se vaya la temporada que viene o en Navidad, pero no después de lo de la bruja, porque entonces pasará a la historia como un perfecto gilipollas.

Hubo un momento de silencio. Nos mirábamos los cuatro, expectantes. Y entonces dijo Montse, con voz de pocos amigos:

—Vale, Federico. Pero no vuelvas a pedirme nunca otro favor.

—Gracias, Montse, creo que es lo mejor para todos, también para José.

—Adiós.

—Adiós.

Y así se quedó García en la COPE la temporada 1998-1999. De milagro. Por eso, Luis y yo fuimos los menos sorprendidos el año siguiente. Por eso y por algo que, en su último año de vida, Antonio Herrero nos repetía de forma obsesiva: «Tenemos que estar preparados para una COPE sin García; porque tarde o temprano, se irá». Ironías del destino: para lo único que no nos había preparado Antonio era para una COPE sin él.

Luis y yo decidimos seguir solos

Además de su intuición, es posible que Antonio supiera algo de las primeras charlas de García con Juan Villalonga en Guadalmina, que según confesión del primero se produjeron tres años antes del 2000, o sea, en 1997. El proyecto que García le planteó al entonces íntimo amigo de Aznar se llamaba Telefónica Sports. Su función era clara: integrar todo lo relacionado con el deporte en las empresas de radio, televisión e Internet propiedad de Telefónica; su presidente ejecutivo sería García; su financiero y factótum para operaciones internacionales, Villalonga. El deporte sería la locomotora multimedia y colorín, colorado, Polanco estaría acabado. Hoy es relativamente fácil ver los puntos débiles del proyecto, pero en aquellos tiempos de la burbuja financiera y los pelotazos en la Red, cuando ataban a los perros con longaniza punto com, todo parecía posible. Todo...excepto la supervivencia en solitario de la COPE. Evidentemente si Villalonga había sido capaz de crear una plataforma digital alternativa a la de Polanco cuando el hombre del que Aznar «se fiaba» para la televisión, Antonio Asensio, lo traicionó en la Nochebuena de 1996,

¿cómo no iba a levantar un imperio todavía mayor, con el fútbol como referencia de masas y cuya gran figura fuera el periodista deportivo más famoso de España?

Pero incluso sin Villalonga, el análisis de Antonio era prácticamente el mismo. Como náufragos de la corbeta Antena 3, nos habíamos subido a la chalupa de la COPE, y tras achicar sus deudas y calafatear el casco, llevábamos una singladura apañadita. Sin embargo, no podíamos competir con el acorazado de la SER, que tras el «antenicidio» nos doblaba en número de emisoras y que, en su típico estilo matonesco y liberticida, estaba siempre en campaña para desestabilizar a obispos y liquidar a los comunicadores de la COPE. A García le desesperaban dos cosas: nuestra desigualdad de medios y la deslealtad de los directivos de la casa, que permitían, cuando no alentaban, toda clase de turbiedades y zancadillas dentro de la propia cadena para «mantener a raya» a unas «estrellas», cada vez más paliduchas. Pero eso quizá lo hubiera ido superando Antonio, el gran «garcíólogo», sin el nuevo ingrediente social, político y mediático que supuso la llegada del PP al Poder. Las alianzas defensivas contra el felipismo estaban condenadas a desaparecer si Aznar se asentaba en La Moncloa, como efectivamente empezó a verse con claridad en 1998. Tras la muerte de Antonio, Luis recordaba a menudo su vaticinio sobre la inevitable marcha de García e insistía en que «debíamos estar preparados».

—De acuerdo, Luis, pero ¿cómo se supone que debemos prepararnos?

—Sabiendo qué vamos a hacer cuando nos diga que se va. Y, en el caso de que nos lo ofrezca, cosa que yo creo que aunque quisiera no podrá hacer, si nos vamos con él.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

—Quedarnos en la COPE.

—¿Sin García?

—Sin García. Tampoco creo que tengamos otra alternativa: resistir o... resistir.

—Yo lo tengo más difícil. Bueno, imposible. Pero tú sí puedes saltar el cerco.

—Ya se te ha olvidado lo de la dirección de informativos de Antena 3 Televisión.

—¡Cómo se me va a olvidar, si te lo ofreció Villalonga delante de mí! Y no olvido tampoco que a última hora el Faraón te cambió por Buruaga. José Ramsés II El Noble!

—Bueno, no sabemos si fue él.

—Lo sabemos perfectamente, Luis. Otra cosa es que nos cueste digerirlo.

—Bueno, en todo caso, está claro que sólo nos salvamos si nos dispersamos.

—Y si nos dispersamos, seguramente, tampoco. José Ramsés II El Implacable!

—Por eso no tenemos más remedio que quedarnos aquí. A veces, la vida elige...

—...Por nosotros. Lo sé. Conozco la doctrina. Y en este caso, además, es verdad.

—Entonces, ¿qué piensas hacer tú?

—Seguir con La linterna mientras queden pilas. Y si se apagan, ya veremos.

—Yo seguiré acostumbrándome a madrugar. Uno de estos años, lo conseguiré.

El último golpe de Nemesio

Pero antes de que García nos pusiera en la desagradable tesitura de elegir sin poder realmente hacerlo, Nemesio Fernández-Cuesta dio otra prueba de su exquisito comportamiento personal y empresarial. Tras sustituir a Jesús Fernández-Miranda como representante de Prensa Española, en el primer Consejo de Administración del año 2000 presentó una enmienda a la totalidad de la cadena, desde la gestión a la programación.

Para empezar, le dijo a don Bernardo cómo debía cambiar radicalmente la parrilla de programas. Luis tenía que dejar *La mañana*, para la que se contrataría como director a Carlos Herrera. Luis volvería a dirigir *La linterna* y yo sería un «refuerzo de lujo» de los dos programas. La posibilidad de que ni Luis ni yo quisiéramos seguir en la empresa en esas condiciones, no la contemplaba. O si la contemplaba le daba igual.

En segundo lugar, con el respaldo de Alejandro Echevarría como representante del Grupo Correo, pidió el despido de Pedro J. Ramírez de la tertulia de *La mañana* y criticó el protagonismo excesivo que las informaciones de *El Mundo* tenían en la cadena. También dijo que había dado órdenes de que no se nombrara en el *ABC* a la COPE, en general, y a Luis, a mí y a nuestros respectivos programas, en particular.

Y en tercer lugar, le dio a don Bernardo una lista de colaboradores de *ABC* que deberían incorporarse, cuanto antes, a las tertulias de *La mañana* y *La linterna*.

Por supuesto, a los pocos minutos de que Nemesio plantease en el Consejo la liquidación de la parrilla de programas, toda la casa lo sabía. La animadversión del consejero delegado hacia Luis y el odio norteafricano del sector de informativos salvado del paro por la llegada de las «estrellas» de Antena 3 —favor tan injusto como implacablemente vengado por los favorecidos— creó en los pasillos un ambiente terrible, de liquidación profesional por derribo y de linchamiento moral y personal dentro de la COPE. García, en quien sindicalistas de izquierda y carcas rencorosos solían cebarse con toda clase de fechorías, con la complaciente pasividad de la casa, se ratificó una vez más en los dos principios básicos de su análisis del presente de la empresa y nuestro futuro profesional.

El punto primero del análisis era éste:

—En esta casa no nos quieren. Les salvamos del cierre y, encima, nos odian. Así no vale la pena seguir. De verdad que no vale la pena.

El punto segundo desarrollaba las consecuencias lógicas del primero:

—Hay que tener hechas las maletas y en cuanto haya ocasión, adiós muy buenas. Pero nunca al *ABC*. Ya veis lo bien que se está portando vuestro amigo Nemesio.

—Bueno, tu amigo Antonio Asensio también se portó estupendamente cuando nos echó de Antena 3. Y tu amigo Javier Gimeno lo superó cuando le regateó a Luis hasta la indemnización —contestaba yo.

—Eso es inexacto, Fedé. Me quitó la mitad, para hacer méritos. Como Carrascal.

—Bueno, pareja —decía García—, dejémoslo. Cuando haya algo, avisaré. Ahora no es el momento.

Y así nos disolvíamos, cada cual con su amargura y su cruz auestas. La más pesada, obviamente, era la de Luis, que a los seis meses de meter a Nemesio en la COPE se encontraba con que el inquilino decía públicamente que había que echarlo.

Poco antes de las elecciones generales, en la primera semana de marzo, Luis se retiró a Castellón y le escribió una carta a Nemesio que pensaba enviarle de inmediato y me mandó una copia a ver qué me parecía y si había que retocar algo. A mí me pareció demasiado cariñosa, pero le animé a enviarla tal cual, porque estaba muy bien escrita y era harto clarificadora, sobre la situación general y la nuestra particular. Finalmente, Alberto Cátala, viejo amigo castellanense de Luis y Nemesio, amén de cofrade de éste en *ABC*, lo convenció para no mandarla. Sin embargo, el texto es un balance del «timo del *ABC*» y sobre todo describe perfectamente la auténtica naturaleza de la COPE como empresa. Lo que muchos socios de lance nunca supieron entender y otros, que sí lo entendían pero no lo soportaban, estaban dispuestos a liquidar. Salvo un par de referencias personales y familiares sin relevancia, ésta es la carta en su integridad:

Querido Nemesio:

Tengo tan mala memoria, para lo bueno y para lo malo, que no estoy seguro de recordar todo lo que quería decirte cuando decidí escribir esta carta. Creo que es mejor así, porque un poco por efecto de la amnesia y otro poco (o no tan poco) por efecto de la amistad, al final me saldrá —espero— sin demasiadas aristas.

Dos cuestiones procesales previas: 1) El hecho de escribir, en lugar de hablar, responde a la intención de levantar acta de mi estado de ánimo. Ya sabes: *scripta manent*. 2) La tardanza es premeditada. Guardar las quejas en un cajón durante un tiempo, cuando de lo que se trata es de razonar y no de combatir, casi siempre me ha dado buenos resultados. La perspectiva da objetividad.

Y ahora, al grano: hace algo más de un mes supe que le habías propuesto a don Bernardo que estudiara la conveniencia de cambiar la parrilla de la programación de la COPE para que yo volviera a *La linterna*, Carlos Herrera viniera a hacer *La mañana* y Federico Jiménez Losantos se quedara como refuerzo de lujo a caballo de los dos programas. Lo que más me sorprendió no fue la propuesta en sí, discutible pero legítima, sino tu desparpajo a la hora de tramitarla. Inmediatamente me pregunté: si yo tuviera la oportunidad de influir en el acomodo profesional de Nemesio, ¿tomaría alguna iniciativa, por bien intencionada que fuera, sin tener en cuenta su criterio? Me respondía que no. No me recuerdo en ninguna cuita profesional que te haya afectado sin haber hablado antes contigo.

En todo caso, quiero aclararte que la noticia de tu propuesta no me parece, en sí misma, animosa y desleal. Me parece equivocada, eso sí, y sobre todo me parece sintomática. ¿Sintomática de qué? De lo que creo que subyace en el fondo, Nemesio: del cambio en el modelo de relación que unilateralmente has impuesto entre Prensa Española y COPE. Hasta hace poco parecías haber aceptado que COPE no tiene una estructura de mando convencional. Ni son convencionales sus propietarios ni son convencionales sus profesionales (porque tenemos un grado de autonomía jurisdiccional infinitamente mayor que en ninguna otra empresa equivalente) ni son convencionales tampoco las complicidades que existen entre unos y otros —propietarios y

profesionales— a la hora de adoptar las decisiones internas significativamente importantes. Por ejemplo: una decisión significativamente importante fue la entrada de Prensa Española en el accionariado de la COPE. Pues bien, ¿de verdad crees que hubiera salido adelante si algunos (y yo más que nadie) no hubiéramos abierto las compuertas desde dentro? Puedes pensar lo que quieras, pero eso no modificará una realidad que yo conozco, perdón por la petulancia, bastante mejor que tú.

No me importa tanto que hayas dejado de pedirnos colaboración para tus proyectos (que sigo sin entender, francamente) como que creas que es verdaderamente eficaz elevar protestas en el Consejo de Administración por el trato que recibe el *ABC* en mi programa, a tu juicio relativamente asimétrico respecto al trato que recibe *El Mundo*. Si me autorizas, te sugiero dos cosas: primero, que te preguntes el porqué, y segundo, que aceptes el hecho, si quieres injusto, de que no te servirá de nada. De nada. Todo lo que puedes llegar a conseguir es que me pidan que deje de dirigir *La mañana*, pero nunca que me digan, en lo que es opinable, cuál debe ser mi posición. Y lo mismo que pasa conmigo pasa con Federico o con García. Ésa es la parte de singularidad a la que antes me refería. Somos periodistas asilvestrados que hemos sobrevivido a no pocas adversidades por mantener esa condición. A alguno de los nuestros, por ejemplo, le han echado dos veces de *ABC*. No creo que esa persona, a estas alturas, esté en predisposición de hincar la rodilla. Y, francamente, yo tampoco. No prescindiré de Pedro Jota por el hecho de que lo pida en acta oficial un consejero de COPE. Y, además, confieso que me cuesta entender que lo pida un amigo mío, por muy consejero que sea, sin cumplir al menos el trámite de la advertencia previa. Yo, créeme, no lo haría.

Por lo demás, Nemesio, reconozco explícitamente tu derecho a hacer las cosas como las juzgues oportunas. ¡Sólo faltaría! Aunque discrepe. Y creo que mi discrepancia ya está clara a estas alturas de la carta. Discrepo de lo que estás haciendo en COPE y no entiendo en absoluto (por eso ni siquiera discrepo) lo que estás haciendo en *ABC*. Si crees que la mejor forma de ganar mercado es apoyar la centralidad del periódico con firmas tan renovadoras como las que has incorporado a costa de las que has exiliado, creo que te equivocas. No ganarás ni un solo lector por el centro, porque esas firmas no aportan ninguna credibilidad añadida, y además espantarás a parte de tu clientela más fiel. Respecto del periódico en sí, creo que es un buen reflejo del talento de su director. Ya sabes lo que pienso de él. Tengo la autoridad moral de habértelo dicho desde el primer instante, antes incluso de que nuestras relaciones institucionales (quiero pensar que las personales en absoluto) se hubieran deteriorado tanto.

Siempre te dije que tenías todas las papeletas para convertirte en un punto de referencia empresarial de primer orden en el mundo mediático de esta parte del río. Y siempre pensé, además, que con mis modestas capacidades te ayudaría a conseguirlo. Sé de sobra que mi colaboración para ese fin es perfectamente prescindible, pero acepta al menos el consejo de un buen amigo tuyo que aspira a seguir siéndolo y que el mes que viene cumplirá 25 años en nómina en un medio de comunicación: la arrogancia de las empresas no suele favorecer los acuerdos.

Recibe un fuerte abrazo Luis Herrero

Pujol quiere cerrar la COPE en Cataluña y Rato se niega a ayudar

Si el frente interno quedó totalmente roto tras la apertura formal de hostilidades de Nemesio y el Grupo Correo contra Luis y contra mí, el frente externo empezó a empeorar desde que, en noviembre de 1999, Jordi Pujol decidió quitarle a la COPE las licencias de emisión en Barcelona, Manresa y Tarragona, que era tanto como cerrar la COPE en Cataluña. La razón esgrimida por el Molt Honorable i Despòtic era que, según él, «la COPE mentía». Es decir, que en ella se contaban cosas o se vertían opiniones sobre la Administración nacionalista catalana que no gustaban a don Jordi. Evidentemente, para las injurias, calumnias e incluso mentiras están los tribunales ordinarios, pero la condición íntimamente totalitaria del mesianismo pujolista le

llevaba a despreciar esos métodos vulgares de la democracia occidental y a elegir los más expeditivos y revolucionarios de las dictaduras iberoamericanas. Como Cambó, también Pujol quería ser a la vez el Bismarck de España (era el socio parlamentario de Aznar en Madrid y Barcelona) y el Bolívar de Cataluña. Pero según envejecía se bolivarianizaba.

En España, incluida Cataluña, todas las licencias de radio se renuevan siempre automáticamente si no hay causa grave que lo impida, y esa causa sólo suele ser que la emisora técnicamente haya desaparecido por dejar de emitir su señal y su programación o bien que, por quiebra de la empresa concesionaria, hayan caído sus frecuencias en otras manos dedicadas a actividades ilícitas y, por tanto, muy alejadas de la concesión para la que se pidió. Eso sucedería, por ejemplo, si la COPE o la SER dejaran de emitir su línea de programación habitual y la dedicaran a promover diversas formas de prostitución y a la justificación del secuestro y trata de blancas, negras, mulatas, cobrizas y aceitunadas (puede cambiarse la «a» por la «o», la «e» u otra vocal que identifique el sexo en venta). Obviamente, ése no era el caso, bien al contrario: lo que se daba no era una ruptura de la continuidad editorial de la COPE sino una continuidad que se negaba a romperse pese a las presiones ilegítimas, ilegales y dictatoriales del Poder político nacionalista catalán.

La defensa de la cadena como red nacional para toda España se planteó en dos frentes: el recurso legal y la emisión en frecuencias de otras empresas que pudiéramos alquilar o utilizar para emitir comercialmente la programación. Esa alternativa pasaba por la Cadena Ibérica, cuyos profesionales eran criaturas de la COPE fichadas tras la muerte de Antonio Herrero pero dirigidos por José Antonio Sánchez (más sensible a los encantos gubernamentales) y que desde el punto de vista accionarial controlaba un grupo de empresarios cercanos al sector liberal del PP de Valencia, y por tanto, de Zaplana. Estos empresarios —no se olvide la presión anxionista del catalanismo sobre la Comunidad Valenciana— acordaron de inmediato colaborar con nosotros para que Pujol no amordazara la voz de la COPE en Cataluña. Había, pues, una alternativa técnica mientras decidían provisionalmente las instancias judiciales. Pero entonces, para nuestra sorpresa, tropezamos con el veto de Rodrigo Rato, el único que, por encima de Zaplana y con permiso de Aznar, podía «orientar» la propiedad de Cadena Ibérica. Vetar ese acuerdo con CI suponía condenar a la COPE a la amputación comercial y de audiencia de Cataluña, y añadía una dificultad casi insoluble a las que ya padecía, entre las que la posible marcha de García era la peor. Pero el vicepresidente económico y máximo aspirante a la sucesión de Aznar no vaciló: si la COPE tenía que cerrar, que cerrara.

Entonces, Luis Herrero y yo nos fuimos a comer con él en su ministerio, con la única compañía de su jefe de Prensa, Paco Ochoa, para poner las cosas claras y tratar de remediarlas. Y sin remedio pero clarísimas quedaron. Recuerdo pocas

conversaciones tan violentas, desagradables y deprimentes con un político tan importante entonces como Rato, pero no era la primera, sino la tercera que yo tenía con él y que acababa como el rosario de la aurora. Quizá lo peor de esta última es que todo era descarnado y consciente, sin lugar para el equívoco: Rato sabe mucho de radio, no en balde la fortuna salvada de los quebrantos familiares por Fraga (que me lo contó al borde de unas filloas de Toñi Vicente en Santiago) consistía básicamente en la Rueda de Emisoras Rato, vendida para crear Onda Cero a la ONCE de Duran cuando ésta ya era el arma letal mediática al servicio del PSOE. La liquidación de *El Independiente* (incluidos los suculentos haberes de Pablo Sebastián) y la entrada en Tele 5 de Berlusconi (por entonces hombre de confianza del socialista Bettino Craxi) fueron también hazañas duranianas y de la ONCE.

Como yo soy de poco ver y nada comer con los políticos, era inevitable que en aquel almuerzo a cuatro recordase el primero, a dos, que se produjo años atrás, a raíz de que Alfonso Guerra (jefe político de aquella ONCE de Miguel Duran, Berlusconi y sus mamachichos) se mofase del joven diputado de AP exhibiendo una carta petitoria de Rato para facilitar el negocio. Yo entonces lo puse verde en *Cambio 16* y él me invitó a almorzar para explicarse. Rato puede ser simpatiquísimo cuando quiere y también puede convertirse en el señorito más borde del universo si le da la gana. En aquella primera ocasión, estuvo gentilísimo hasta los postres; pero ni un minuto más. La pelea fue así:

—Bueno, ¿y tú qué tienes contra mis negocios?

—Que los tengas.

—Pues vaya liberal que estás tú hecho. ¿Y la propiedad privada?

—Un liberal que defiende la separación de poderes. Y de lo público y lo privado.

—¿Y qué tiene que ver una empresa de mi familia con Montesquieu?

—Pues que yo te voto para que hagas política, no negocios con la ONCE.

—Pero son de mi familia, no simplemente mí os. Y de antes de ser yo diputado.

—Pues no tiene que notarse. Y Alfonso Guerra ha hecho que se note demasiado.

Pasaron los años y, otra vez a petición suya, comí con Rato en vísperas de las elecciones de 1993, en un asador de la calle Santa Engracia, donde —quizá por encargo de Aznar— me preguntó «qué diríamos» (Antonio, Luis y yo) si el PP planteaba en su programa la privatización de la Segunda Cadena de TVE, admitiendo que se la pudiera quedar Polanco. Yo dije entonces: «No hay palabras, pero las inventaríamos»; frase tan tonante como huera y que, claro, no mejoró la fluidez de nuestras relaciones personales.

Ahora, a la tercera, podía ir la vencida. Con el PP asentado en el Poder, a tres meses de renovar en las urnas el alquiler monclovita, lo único que le pedíamos Luis y yo era que no dejara que un enemigo de la libertad y la nación como Pujol se cargase el medio que más apoyaba la economía de mercado y la idea de España, los dos

principios supuestamente básicos e irrenunciables del PP. Pues bien: nada. Ni comprensión, ni colaboración, ni otra cosa que un memorial de agravios —reales unos, imaginarios otros— por nuestra línea de crítica al Gobierno y, sobre todo, a su gestión política. Esta vez no había encargo de Aznar para sondearnos como en 1993. Era el protosucesor creando su poder mediático para llegar a serlo, aunque fuera cargándose la COPE o precisamente cargándose la COPE, porque, la pobre, no estaba diseñada para la incondicionalidad.

Desde luego, Rato nos dijo de todo, pero nosotros no nos quedamos cortos y lo pusimos de chupa de dómine. Como casi siempre, yo, que era el malo, acabé haciendo de bueno, y Luis, que era el bueno, acabó haciendo de malo. Fue una experiencia horrible. Si a la salida no vomitamos la comida, sería porque no habíamos llegado a probarla. Poco después tuvimos el decisivo almuerzo del 15 de diciembre con Aznar y le contamos la gresca. Su respuesta fue, textualmente, que las patadas a Rato no se las diéramos en su culo, y menos en víspera de elecciones. No sé si lo hubiéramos hecho, supongo que no, pero el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña evitó nuestra guerra con Rato al dictar una sentencia que impedía el cierre de las emisoras de la COPE y obligaba a la Generalidad a atenerse a la legalidad y a no perjudicar ilegítimamente a nuestra cadena.

Por supuesto, después de este episodio no nos sorprendió que Rato acabara siendo en el año 2003, último de Aznar sin sucesor designado, el más fiel de todos los defensores de los intereses de Polanco en el Consejo de Ministros, particularmente en uno de los episodios de corrupción más escandalosos del PP y del PSOE, al alimón: el de la sentencia del Supremo que ordenaba a Polanco la devolución de las emisoras de Antena 3. Se produjo, ironías de la vida, cuando José María García, ya en el lujoso vagón de Onda Cero, concluía su largo adiós. Y Luis y yo nos quedábamos solos, con el pañuelo en la mano y un rictus a modo de sonrisa, en el destartalado andén de la COPE.

El «antenicidio» legalmente condenado

Poco antes se produjo, sin embargo, una sorpresa que parecía el perdón tardío de un difunto. Fue el 6 de junio y lo adelantó por Internet El Mundo en estos términos:

El Supremo anula la concentración entre la SER y Antena 3 Radio

Madrid. La sala Tercera del Tribunal Supremo ha comunicado hace pocos minutos a las partes su resolución anulando la decisión del Consejo de Ministros de 20 de mayo de 1994 por la que se autorizaba la concentración (en la práctica, fusión) entre las emisoras de la cadena SER y las de Antena 3 de Radio.

Con esta decisión, el Supremo atiende la demanda presentada a título individual por un grupo de

profesionales como Manuel Martín Ferrand, el ya fallecido Antonio Herrero, Luis Herrero, José María García, Federico Jiménez Losantos, Melchor Miralles y el director de *El Mundo* Pedro J. Ramírez.

La demanda fue interpuesta por el abogado Felipe Arrizubieta Balerdi. La sentencia ha sido dictada por unanimidad por los siguientes magistrados: Ángel Rodríguez García (presidente de la sala), Fernando Ledesma Bartret, Eladio Escusol Barra, Óscar González González, Segundo Meléndez Pérez y Manuel Campos Sánchez-Bordona.

En fuentes jurídicas se considera que la consecuencia de esta decisión será que Unión Radio, resultado de la citada fusión, deberá deshacerse y el Grupo Prisa deberá desprenderse de las emisoras de Antena 3 Radio.

Simultáneamente, el servicio de Defensa de la Competencia del Ministerio de Economía y Hacienda ha remitido al Tribunal de Defensa de la Competencia una propuesta para multar al Grupo Prisa, la cadena SER, Antena 3 Radio y al Grupo Godo, entre otros, por los acuerdos adoptados para actuar conjuntamente en el ámbito de la radio desde que se produjo la absorción de Antena 3 por la SER, en 1992, hasta que el Gobierno de Felipe González aprobó en 1994, la concentración de esas dos cadenas.

En breve, la sentencia íntegra.

(elmundo. es, 11 de junio de 2000)

Paradójicamente, la sentencia de verdad, es decir, la condena a muerte de la que se había convertido en la primera cadena de España, Antena 3 Radio, que se había decretado en La Moncloa en 1992 y que ejecutaron Polanco y Godo con el dinero de Mario Conde mediante la groserísima fórmula —delictiva en cualquier democracia liberal— de que la segunda cadena, la SER, comprara la primera, Antena 3, y la cerrase, estaba a punto de cumplirse. La salvación parcial de lo que esa cadena significaba informativa, ideológica, política y moralmente para tres millones de españoles se había producido al trasplantarse sus profesionales más destacados (García y Antonio Herrero al frente) a la arruinada cadena COPE. Pero tras la muerte de Antonio, la marcha de García suponía el fin de aquella solución de emergencia que mantuvo, con muy pocos medios materiales, una cierta pugna empresarial con la SER y el felipismo mediático.

Aquel junio fue un mes mucho más cruel que el abril de T. S. Eliot en *The waste land*. Cuando nos reunimos para recoger del abogado el resultado de aquella demanda ante el Supremo, ya nada del ayer permanecía, al menos en lo radiofónico. Antonio estaba muerto. García nos dejaba solos en la COPE a Luis y a mí. Manuel Martín Ferrand decía pestes de Luis, de mí y de García. Y en cuanto a García, contaba a todo el mundo una historia sobre Martín Ferrand que mostraba hasta qué punto el grupo capaz de poner en pie la primera cadena de radio española estaba irreversiblemente roto.

La historia nos la había contado Antonio a Luis y a mí para ilustrar precisamente lo inevitable de esa marcha de García de la COPE «para la que debíamos prepararnos». Fue comentando un día las malas relaciones de García con Martín Ferrand, que Luis consideraba el clásico episodio pasajero al que tan acostumbrados estábamos pero que Antonio veía como algo más grave. Sucintamente, se trataba de que entre las facturas falsas de Antena 3 Radio que habían aparecido en Alicante y por las que finalmente sería condenado MMF como máximo responsable de la empresa (aunque suponíamos que el máximo beneficiario sería Godó), figuraba una

de bastantes millones de pesetas presuntamente destinados a pagar la seguridad de García en la Vuelta Ciclista a España. El problema no estaba únicamente en que García nunca disfrutó de esa seguridad sino en que la había pedido porque estaba en pleno apogeo su disputa con Perico Delgado en su Segovia natal los seguidores del ciclista habían jurado linchar a García. Este pidió seguridad a Martín Ferrand, que le contestó que no había dinero. Y luego resultó que la partida negada había sido utilizada, de modo fraudulento, por Martín Ferrand, en lo que no sabíamos, ni importaba demasiado, si fue una forma de conseguir dinero negro para Godo, para él o para otros. Lo esencial era la forma de utilizar su nombre, precisamente para justificar el dinero negado a quien era la primera fuente de ingresos de la empresa. Después de la revelación de Antonio y de su muerte, Luis y yo tuvimos ocasión de oír del propio García la misma historia, y también de comprobar hasta qué punto el análisis de nuestro común amigo desaparecido era acertado. García jamás perdonaría esa ofensa.

Pero ¿por qué se fue realmente García de la COPE? Había muchas razones, de las que creo haber explicado las fundamentales: falta de medios para competir con Polanco, falta de respaldo moral de la empresa, rencores y fisuras dentro de la casa y del primitivo grupo de Antena 3, amén de las muchas enemistades y animadversiones que se cosechan cuando, como García, uno es rico, famoso y con enemigos aún más ricos y más poderosos. Pero seguramente todas esas razones hubieran quedado en nada de no mediar un hecho inesperado el 3 de abril de 2000: la victoria electoral de Aznar por mayoría absoluta. Y digo Aznar y no el PP porque todos, empezando por el interesado, lo entendieron como una confirmación del carácter omnisciente, taumatúrgico del Presidente. Ese hecho, amén de la debacle casi impensable del PSOE y la perspectiva de una larga estadía de la derecha en el Poder despertaron en los vencedores y en la inmensa tropa que siempre acude presurosa en auxilio del vencedor los peores instintos políticos: cesarismo enfebrecido, partidismo desatado, intolerancia a la crítica y la consiguiente pulsión liberticida. Pero más tarde me referiré en un capítulo especial a las consecuencias de la mayoría absoluta y también a mi ruptura con el único político al que he llegado a tener cierto aprecio personal, olvidando aunque fuera brevemente el más sagrado de los principios liberales: desconfiar del poderoso, sea cual sea su color político, porque junto al Poder anida el Mal. Y desde la noche del 3 de marzo de 2000 no es que el Presidente tuviera mucho, muchísimo poder. Es que Aznar *era* el Poder.

Los tres últimos meses de Aznar como candidato estuvieron, sin embargo, marcados por un suceso que, en buena lógica, debería haber impedido la marcha de García a Telefónica. Porque conviene insistir en que García no se fue a otra cadena de radio sino a Telefónica para dirigir Telefónica Sports, área de deportes que incluía Antena 3 Televisión, Onda Cero y todas las nuevas fórmulas de televisión por cable,

Internet y demás hallazgos de las nuevas tecnologías. Luego se quedó en Onda Cero pero ése no era el proyecto ni el contrato. El problema de García fue la ruptura de Aznar con su viejo amigo Juan Villalonga en vísperas de las elecciones y a raíz del escándalo de las *stock options* que los principales directivos de Telefónica, con su presidente a la cabeza, se habían concedido en función de los resultados de la empresa. Miles de millones de pesetas para Villalonga y una pedrea muy sustanciosa para los «primeros pobladores» aznaristas de 1996, los últimos de una Telefónica que siempre fue Telefinca del Gobierno de turno.

Aznar había acometido con más decisión que González (iniciador del proceso, conviene recordarlo) la privatización de las grandes empresas estatales o nacionalizadas, casi siempre monopolísticas y siempre ruinosas para el ciudadano. Materialmente, el proceso privatizador fue un éxito para España y para los millones de nuevos accionistas que, en vez de pagar las pérdidas con sus impuestos, lograron casi siempre ahorrar dinero con sus acciones y ganarlo con el dividendo anual. También mejoró mucho la gestión de las empresas, pero el paso de lo público a lo privado sin abandonar lo político dejaba a los gestores designados por el Gobierno un margen de discrecionalidad material y moral casi ilimitado. En general, se comportaron muy bien y no hubo escándalos... salvo el ya citado de Telefónica, aderezado con otras dudosas operaciones de Villalonga.

Y al llegar las elecciones, el PRISOE, ya completamente en manos de Polanco, diseñó dos líneas de confrontación: primero, hacia dentro, en una campaña de difamación-relámpago, liquidó al candidato elegido por las bases en unas elecciones «primarias», Josep Borrell, para reimponer al derrotado Almunia; después, hacia fuera, centró el programa electoral del PSOE en denunciar la corrupción de la derecha, que supuestamente representaría al máximo nivel la turbia relación de Aznar con Villalonga. El Imperio del Mal batía así sus propias marcas de ignominia intelectual porque resulta que el denunciado Villalonga, siguiendo una moderna pero ya acreditada tradición de derechistas en apuros, se había echado en brazos de Polanco y de Pujol para conseguir inmunidad política. Mario Conde había precedido en la peregrinación a Valdemoro a Villalonga, pero éste tuvo que dimitir antes de la cita con las urnas tras una feroz campaña de revelaciones de *El Mundo* respaldada por la COPE y en la que Aznar, poseído de celo electoral, se mostró implacable. Arrióla, alias Doctor Bacterio, cobraba del PP por hacerle encuestas particulares a Aznar y cobraba todavía más de Villalonga por su privilegiado acceso al presidente del Gobierno. O sea, que Arrióla acabó convenciendo a Arrióla de que se fuera para que uno de sus aconsejados no arruinara la carrera del otro. Y su negocio, claro. Tan escandaloso proceder sólo lo denunciaron la COPE y *El Mundo*. Qué novedad.

Luis y yo, que sabíamos o intuíamos el acuerdo de García con Villalonga, le dijimos a nuestro amigo lo que podía suceder, porque en esa comida prenavideña del

15 de diciembre de 1999, tan importante para explicar muchas cosas que sucedieron meses e incluso años después, se lo había preguntado directamente Luis a Aznar:

—Y ¿cómo está tu relación con Juan Villalonga?

—Esa relación es inexistente.

—¿Sin capacidad de arreglo?

—Las relaciones duran hasta que se acaban.

Aznar se refirió en otro momento del almuerzo al grupo de colaboradores de Villalonga (que había dejado a su mujer, íntima amiga de los Aznar durante veinte años, por la atractiva y joven viuda del gran capo de Televisa Emilio Azcarraga) como «el club de los poetas muertos». Y que aquella administración de Telefónica podía darse por difunta era evidentísimo. Como mantuvimos en general una relación muy amistosa con García en aquella temporada 1999-2000, Luis se lo dijo un día con toda claridad:

—Mira, José, olvídate de Telefónica, de momento. Si Villalonga sobrevive, será gracias a Polanco, que te vetará. Y si no sobrevive, los proyectos de Villalonga no serán asumidos por el sucesor, por lo menos de inmediato. El año que viene, tal vez, pero esta temporada, es difícil. Y además, ¿qué prisa te corre?

—Pero es que esto de la COPE está por dentro cada vez más insoportable.

—Es verdad, esto está insoportable —le dije yo—; pero aquello está imposible.

—A lo mejor tenéis razón.

Pero no la tuvimos. García le dijo al sucesor de Villalonga, César Alierta (que era amigo de Manuel Pizarro y que teóricamente debería mantener buenas relaciones con nosotros) lo más decente que podía decirle: que estaba libre de cualquier compromiso contraído con él por Villalonga; y lo más razonable: que prefería quedarse tranquilamente un año más en la COPE hasta que se asentara la nueva dirección de Telefónica Media y viera claro el proyecto de Telefónica Sports. Pero esa tranquilidad no existió porque el proyecto nunca se olvidó. Tanto porque los supervivientes del villalonguismo querían el acuerdo con García como porque nuestro amigo o sus amigos tuvieron una ocurrencia genial que mataba dos pájaros de un tiro: reforzar Onda Cero con García esa temporada y absorber en la siguiente a una COPE ya con la audiencia hundida, la publicidad arruinada y las acciones a precio de saldo. Aunque el problema nunca fue de dinero, porque, incluso a precio de oro, la Conferencia Episcopal se había negado a vender la COPE a Telefónica varias veces, si la operación salía barata, mejor que mejor. Sinceramente, creo que, en última instancia, fue este plan el que resucitó la difunta «Operación Butano» (popularísimo mote de García) y la hizo llegar a buen término (aunque muy malo para la COPE) en aquella primavera absolutísima del año 2000.

La idea de la fusión por absorción de la COPE en el grupo supermultimedia en ciernes de Telefónica (Antena 3 Televisión, Onda Cero, Vía Digital y todo lo que

fuera incorporando) era simplemente otra versión —una más— de la sempiterna idea aznarista de crear un gran grupo semejante al de Polanco —incluida, en primer y casi único lugar, la fiera disciplina política y la ciega obediencia a sus designios— y diluir en él los restos de aquel grupo de periodistas asilvestrados y medios dispersos que ya habían cumplido la muy abnegada función de ayudarle a llegar al Poder y a conservarlo. Su último servicio a la causa de Aznar estaba sin embargo claro, escrito y decidido: desaparecer.

La fórmula para conseguirlo, es decir, el paso de García a Onda Cero sin dejar la COPE para que al final la COPE entera siguiera los pasos de García, puede parecer hoy un tanto absurda pero se explica por dos factores. El principal no era nuevo: esa decisión casi obsesiva en Aznar de exterminar los restos del «sindicato» periodístico que tanto le había ayudado a derrotar a González. El factor nuevo y secundario, pero que casi acabó convirtiéndose en el principal, fue el movimiento de pánico que creó en los directivos de la COPE la posible marcha de García. A diferencia de la inquina presidencial, este miedo empresarial al futuro sin García estaba plenamente justificado, como los hechos se encargaron de demostrar. Y podía resumirse en estos datos: suponiendo que García tuviera, en el peor y más manipulado de los datos del EGM, setecientos mil oyentes, y se los llevase a Onda Cero, eso podía costarle a la COPE un millón largo de audiencia frente a su rival: el medio millón que ella perdía y el otro medio que Onda Cero ganaba. Y si, por algún extraño milagro, la audiencia de la noche (*La linterna* y el programa de deportes) no se hundiera por completo, la desaparición del efecto de «arrastre» de García destrozaría *La mañana* de Luis Herrero y le daría nueva vida al ya casi vencido Luis del Olmo. O sea, que entre lo que se llevaba García y lo que le quitaba a Luis Herrero para dárselo a Luis del Olmo, la COPE estaba muerta. Yo nunca había creído demasiado en ese efecto de arrastre de audiencia de un programa sobre el que viene después e incluso sobre el que viene antes, sin embargo tuve que rendirme a la evidencia. No sólo en televisión sino también en la radio, el «arrastre» funcionaba.

La primera parte de la negra profecía no se cumplió, pero la segunda, sí. Pese a muchos que la daban por liquidada, *La linterna* resistió muy bien la desaparición del «arrastre» de Supergarcía y demostró que se había ido convirtiendo en un programa con entidad propia, casi al margen de la cadena. En cambio, *La mañana* de Luis Herrero, que se mantenía por encima del veteranísimo *Protagonistas*, no sólo perdió su ventaja sino que se invirtieron los papeles y el Luis joven fue superado por el Luis añejo. A ello contribuyó un factor que algunos ya habían anunciado: el tipo de audiencia de radiofórmula, es decir, de la Cadena 100 del programa que sustituyó a Supergarcía, rompía el efecto de arrastre de *La linterna* y toda la programación convencional sobre *La mañana*.

Pero, claro, ¿cómo no iba a romper algo un programa llamado *El tirachinas*?

La guerra con Pedro Jota y otros desastres

Curiosamente, el nombre del programa de deportes que sustituyó a García se lo puso, sin saberlo, el propio García. «Los que quieran la guerra van a ir bien servidos, porque ya no voy con tirachinas», dijo al *ABC* el 12 de agosto de 2000. Y Abellán, que se quedaba con el pequeño artefacto bélico en la modesta trinchera de la COPE, asumió el nombre y se lo puso a su programa. Pero ese bautizo a modo de sarcasmo fue sólo el último encontronazo de una despedida que quiso ser cordial y educada por ambas partes y terminó, como por otra parte era inevitable, crispada y tensa. Al fin y al cabo, García nos dejaba en una situación técnicamente insostenible, preagónica. Y el silencio de los corderos no es precisamente el de los micrófonos. Al menos, no los de la COPE.

Los dos motivos de conflicto más serios en el largo adiós de García tuvieron su origen en Pedro Jota. El primero fue la publicación en *El Mundo* de los términos del contrato de Telefónica con García, que seguramente facilitó el propio Villalonga. Los términos económicos eran semejantes a los de la COPE, entre los mil y mil quinientos millones al año para todo el equipo, lo cual aventaba la hipótesis de que García dejaba la COPE por dinero. Pero había un ingrediente más que publicó *El Mundo*: la compra por Telefónica Sports del portal de Internet *libredirecto.com*, propiedad o copropiedad de García y que llevaba su hijo Pepe. La valoración del portal en la negociación con Villalonga se planteó en torno a los trece mil millones de pesetas y se discutió la compra a partir de los diez mil. Estos datos fueron luego confirmados a *El País* por fuentes de Telefónica verosíblemente cercanas a Alierta, que trataba de marcar las distancias con la dirección anterior.

Aparentemente, eso suponía que, además de las posibilidades futuras y sinergias de grupo, virtualidades multimedia y demás argumentos habituales, habría una especie de sueldo paralelo en el contrato de García que equivalía a diez años de sueldo normal. Bueno, quiero decir normal para las cifras que entonces manejaba García y que estaban directamente relacionadas con el dinero de la publicidad que conseguía su programa.

El efecto que este dato publicado por *El Mundo* tuvo dentro de la COPE fue devastador. En Luis y también en mí mismo. Yo cometí entonces un grave error: dejar que *Libertad Digital* publicara el dato, lo que suponía una cierta confirmación desde el grupo más cercano a García. Como a Pedro Jota, a mí también me aseguraron fuentes de absoluta credibilidad que era cierto, pero no tuve en la mano el contrato o, al menos, el precontrato, y, por tanto, no debí dejar que se repicase en LD. Porque el efecto en nuestra relación fue desastroso. García me puso verde, dentro y fuera de antena, negando lo publicado por *El Mundo* y, sobre todo, le dijo a Luis que si no

echaba a Pedro Jota de su tertulia, no volvía a hacer su programa. Lo mío tuvo un cierto arreglo publicando *Libertad Digital* el desmentido de García. Lo de Pedro era un ultimátum o un chantaje en toda regla. Y además iba absolutamente en serio. Aunque Luis no es lo se dice un lector de Lenin, esta vez no pudo esquivar el «¿Qué hacer?».

Estuvimos varias horas dándole vueltas y no se nos ocurría nada. Porque Luis no quería echar a Pedro Jota, pieza importante en su programa, y menos aún para contentar a García, que dentro de un mes ya estaría en la competencia. Así que cuando García le renovó el ultimátum, tuvo que echar mano de un truco genial. Su respuesta fue:

—Yo sé lo que tengo que hacer. No hace falta que me lo digas. Y lo voy a hacer. Pero tú no me vas a decir ni cuándo ni cómo lo voy a hacer. ¿Está claro?

—No hay más que hablar. Queda en tus manos.

Por supuesto, García volvió a los micrófonos y Luis no echó a Pedro Jota. Llegó el verano, llegó *El tirachinas*, García empezó en Onda Cero y nosotros empezamos lo que, para casi todos los expertos, iba a ser nuestra última temporada. Y la de la COPE.

Capítulo VI

2000-2001: EL AÑO DE LA DESCONFIANZA ABSOLUTA O CUANDO TODOS REÑIMOS CON TODOS

Las fatales consecuencias de la marcha de García

Aunque yo creyese que las mediciones del EGM ni son mediciones ni del EGM, sino tabulaciones al servicio de la SER, en las que lo falaz compite con lo ridículo, no hay otra medición constante desde hace bastantes años y es la que suelen seguir los gestores de la publicidad como referencia, aunque los grandes anunciantes tienen sus propios mecanismos demoscópicos sobre la audiencia y, lo fundamental, sobre el efecto en la venta de sus productos. La doctrina de Antonio, que Luis y yo asumíamos en líneas generales, era que las encuestas del EGM no servían en sí mismas pero, a la larga, funcionaban como indicadores de tendencia al alza o la baja de un programa o de una cadena. También creo que desde la muerte de Antonio y, sobre todo, tras la marcha de García, el EGM perdió todo pudor con respecto a la COPE, seguramente porque dejamos de quejarnos. Desde que sustituí a Luis en *La mañana*, luego César Vidal a Apezarena y finalmente Ignacio Villa se hizo cargo de los informativos, el EGM pasó de una cierta indiferencia a una abierta hostilidad, seguramente apoyada en mi pública y sistemática petición a la empresa, cada vez que había EGM, bueno o malo, de salirnos de tan incompetente, ridículo y manipulado mecanismo de control de audiencias.

Sin embargo, por falta de otra medición sistemática de la misma empresa y con el mismo método durante todos estos años, si queremos establecer en términos cuantitativos (audiencia y facturación publicitaria) lo que supuso la marcha de García debemos recurrir a la secuencia del EGM de esa época. De las tres mediciones que hace al año (poco antes de Navidad, en torno a Semana Santa y a finales de junio), lo normal es comparar la audiencia con la medición anterior y también con la del año anterior por las mismas fechas. Se supone que la gente deja de oír la radio al acercarse el verano, de suerte que la medición de junio siempre es más baja que la de vísperas de Navidad o de Semana Santa. Pues bien, la COPE pasó en sólo una medición, de la anterior al verano de 2000 a la prenavideña, de dos millones y medio de audiencia (2.560.000) a menos de un millón novecientos mil (1.881.000). Y no nos quedó el consuelo de compararla con la misma medición navideña del año anterior, porque había sido también de unos dos millones y medio (2.596.000), o sea, que el batacazo para la cadena era idéntico.

Naturalmente, lo importante era el efecto que producía en *La linterna*, que era su programa vecino, y en *La mañana*, que era el más directamente afectado por el arrastre de audiencia. *La linterna* pasó de 737.000 a 598.000 con respecto a la medición anterior, pero incluso subía con respecto a la que yo había tenido en las mismas fechas del año anterior (576.000). O sea, que, contra todo pronóstico, lo único que consiguió García fue frenar nuestra subida, pero (y es un pero importante) padecimos la caída del conjunto de la cadena, aunque sin gran estropicio. *La mañana* tampoco tuvo una caída grave, ya que pasó de 1.260.000 a 1.096.000 oyentes, dato importante en términos de facturación porque más de la mitad de los ingresos en cadena se hacen con cargo a *La mañana*, de forma que el golpe se hizo sentir. Sin embargo, el efecto realmente letal de la salida de García fue que abrió el proceso más peligroso para una empresa con el empresario tradicionalmente ausente, que es el de la división interna, las rencillas profesionales, la lucha entre camarillas y esa forma lenta de suicidio que consiste en lamerse continuamente las heridas sin poder o querer ver que la batalla continúa y que el enemigo está fuera, buscando el golpe final. Estaba claro que el golpe nos lo íbamos a dar, o nos lo querían dar, a nosotros mismos. A Luis y a mí. Y que sin García, los dos éramos mucho más vulnerables. No sabíamos hasta qué punto.

Psicoanálisis de bolsillo de mi monstruosa autoestima

Aunque a la baja y pendiente de un austero plan de invierno que nunca llegó, los concedores de la empresa vieron en el EGM de Navidad que la COPE podía sobrevivir sola, sin ser engullida por uno de los grupos multimedia que Aznar inventaba cada temporada en diez minutos y dejaba naufragar en doce meses. Sin embargo, la falta de un proyecto ideológico claro, la incertidumbre sobre el futuro empresarial y la desconfianza de los directores de grandes programas (Luis, Abellán y yo) hacia la empresa, hacia los demás directores y, en ocasiones, hacia nuestros propios programas, convirtieron lo que podría haber sido un pobre pero maravilloso belén en un sinuoso calvario, poblado de judas.

Creo que ese año nadie estuvo a la altura de las circunstancias. Y que el afán de supervivencia de directivos y profesionales nos impidió entender lo que de común había en nuestras tribulaciones. Yo entré en un proceso de meditación personal y política que, paradójicamente, se traducía en una actividad fundadora y un activismo profesional casi febril. Aunque en la COPE mi soléda personal y política se fue haciendo casi absoluta fuera de mi programa, yo tenía tres convicciones: que Aznar se había convertido en un peligro para el futuro de los medios de comunicación

liberales en España; que había que consolidar *Libertad Digital* como medio autónomo dentro de la derecha, y que había que blindar *La linterna* frente a los enemigos interiores y exteriores, porque era lo único que nos mantenía conectados con esa amplia base social sobre la que debíamos renacer. Evidentemente, era un proceso de aparente egolatría con peligro de ventriloquia y seria posibilidad de autofagia. Yo era sólo relativamente consciente de que muchos amigos, empezando por Luis, empezaban a verme con sorpresa, desagrado y desconfianza. Y digo relativamente porque mi forma de seguir adelante consiste en cerrar los ojos y los oídos y, por ponerme spinoziano en una frase, «perseverar en el propio ser». Yo avanzaba a ciegas, a trancas y barrancas, operando por intuición más que por deducción y haciendo de Ulises mi modelo. Pero no el que engañó a Troya ni el que rescató a Penélope, sino el que se ataba al mástil y se tapaba los oídos con cera para no oír el canto de las sirenas.

En ese primer año de soledad, un día en que las cosas estaban particularmente torvas, una de mis colaboradoras, cuya suerte profesional estaba irremediabilmente ligada a la mía, hizo este análisis de lo que me pasaba:

—Tú lo que tienes es una autoestima asombrosa.

—Quieres decir monstruosa.

—Bueno, para mí es asombrosa porque no la tengo. El caso es que haces lo que quieres, que, además, es siempre en lo que crees. Y te da igual lo que digan los demás.

—Eso es casi cierto. Pero no me gusta lo de «autoestima». Digamos «seguridad en uno mismo», algo distinto del narcisismo aunque resulte igual de repelente.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de lo que haces?

—Porque no me doy cuenta. ¿Quieres un análisis freudiano elemental?

—Bueno, si hemos de acabar en el paro, por lo menos que podamos comentarlo.

—Pues verás: un psicoanalista ortodoxo diría que todo proviene del bendito amor de mi madre. Yo me meto en todos los charcos y corro cualquier aventura, porque tengo la certeza de que detrás, es decir, en mi interior, hay siempre alguien que está conmigo, pase lo que pase. Como dijo Juan Ramón Jiménez, que se llamaba «el niñodios»: «Sólo una madre nos sostiene en esta vida, /es la única verdad, / es mentira lo demás».

—Me extraña mucho que una madre quiera ver a su *niñodios* siempre en peligro.

—Es que ésa es la otra cara de la moneda: «La omnipotencia infantil» de la que habla Freud, y que Juan Ramón llama el «niñodios», demuestra su alegría ante ese amor incondicional acometiendo retos y cosechando éxitos que permitan disfrutar a mamá.

—O sea, que no tienes remedio. Vale. Pero no riñas del todo con Luis Herrero.

—No te preocupes, no nos deja Abellán.

—Sí que me preocupo. Si eso es lo único que os queda en común, mal estamos.

Mi desencuentro con Luis y el encontronazo de Luis con Abellán

Mal estábamos, sin duda. Pero llegaríamos a estar peor. Del mismo modo que yo entraba en un proceso de decisiones solitarias, Luis Herrero comenzaba una guerra de dimensiones imprecisas pero de feroces episodios con José Antonio Abellán. La raíz de su enfrentamiento fue la continua burla, sátira, mofa y escarnio a que los chicos de «El radiador» (que andando los años y rebautizados como Grupo Risa tan importantes resultarían para mí) sometían a José María García en *El tirachinas*. La asombrosa capacidad de imitación de Echeverría y Miner se cebó no sólo en García sino en su equipo, cuya mayor parte estaba pocos meses antes en la COPE, y, lo que realmente provocó el conflicto, también en Montse, clave y símbolo del entorno familiar tan apreciado por nuestro antiguo amigo y ahora letal enemigo desde Onda Cero. A Luis le parecía intolerable que se metieran de esa forma con su predecesor. Y en lo sustancial yo le daba la razón. Pero también creía que la responsabilidad de impedirlo era de la dirección de la COPE, no de Luis y, mucho menos, mía.

Sin embargo, Luis quiso asumir una responsabilidad semejante a la de Antonio al frente de la tribu, sin darse cuenta de que ya no había tribu ni, en consecuencia, jefe. También empezó a trasladarme distintos mensajes a propósito de *La linterna* que, en última instancia, se reducían a uno: hay que moderar el tono, bajar el diapasón, limitar la crítica a los contenidos de la acción de Gobierno y de oposición, sin entrar en la descalificación personal, es decir, eso que algunos, clérigos incluidos, llaman el insulto. A mí, por un oído me entraba y por otro me salía, pero no por desprecio a Luis, a quien consideraba de mi lado, sino porque los temores de la casa me parecían exagerados o injustos y porque, en última instancia, cuando se está en directo cuatro o seis horas ante el micrófono, uno hace el programa que puede, no el que quiere.

Lo que yo quería y podía hacer era el tipo de radio que nos había permitido llegar adonde estábamos y que era el de Antonio Herrero: faltarle cada día el respeto al Poder y a los poderosos, conmoviendo cada minuto a los oyentes, no sólo por el fondo de lo dicho sino por la forma en que se dice. Porque la forma nunca puede separarse del fondo y en la comunicación es tan importante e incluso más que el fondo mismo.

Luis sabía todo eso perfectamente, tan bien o mejor que yo. Pero también me recordaba dos cosas: que Antonio estaba a punto de ser despachado de la COPE cuando murió, a pesar de su audiencia y sus méritos, y que, sin García, nuestra posición como «estrellas» menguantes era mucho más débil ante las presiones de la

empresa, que al final lo que hacía era trasladarnos las presiones de un entorno político y social, el del aznarismo, mucho menos favorable para periodistas asilvestrados en el ámbito de la derecha que el de los años de lucha contra el felipismo. Entonces, contábamos con el apoyo, aunque fuera interesado, de la oposición derechista. Ahora, contábamos con el rencor incondicional de la oposición izquierdista y, además, el del Gobierno del PP.

Las reuniones no nos llevaban nunca a nada. Bueno, a quedar para hablar más despacio, que en realidad significaba en la próxima crisis. A favor de Luis hay que decir que estaba sinceramente convencido de que en la COPE podían y querían echarme en cualquier momento. Yo, en cambio, lo dudaba. En parte, porque *La linterna* iba bien dentro de una programación que iba mal; en parte, porque creía y sigo creyendo que la casa exageraba sus alarmas para separar a Luis El Bueno de Federico El Malo. Y además, porque ni podía ni quería cambiar mi estilo de hacer radio, que me parecía el único capaz de permitirnos sobrevivir en nuestro nicho de audiencia ideológico y social.

—Bueno, pero lo de Abellán con García es intolerable.

—Sólo lo he oído una vez, pero sí, me pareció muy fuerte.

—Y nosotros no podemos tolerarlo. Ha sido nuestro amigo muchos años.

—Sí, pero el que tiene que tomar decisiones es don Bernardo, no nosotros.

—Pero no puede parecer que el que calla, otorga.

—Primero, no hemos callado. Segundo, no está en nuestra mano otorgar.

—Tú ya me entiendes.

—Y tú también.

En realidad, todos nos entendíamos demasiado pero a veces no entendíamos nada. Los árboles, que éramos nosotros, no nos dejaban ver el bosque, al que también pertenecíamos. Al final, por una de esas paradojas de la vida que no lo son tanto, el que acabó tomando una decisión radical, que fue la de querellarse contra Abellán en los juzgados, fue García. Pero no antes de que Luis se peleara con Abellán dentro y fuera del micrófono. El balance fue todo lo calamitoso que cabía presumir e incluso peor, porque muchos creyeron o quisieron creer que Luis lo defendía porque pensaba irse con García a Onda Cero la temporada siguiente. Solo o, muy probablemente, conmigo.

El resultado fue un clima irrespirable de sospecha, desconfianza e intrigas de pasillo que a Luis lo sacaba de quicio. Y por desgracia, la sospecha estaba en ocasiones atizada por la propia casa, que no tenía clara la continuidad de Luis y jugaba a apostar, pero sin decidirse del todo, por Carlos Herrera como recambio para *La mañana*. Ni que decir tiene que, en ese ambiente tormentoso, yo era un elemento menor destinado a ser sacrificado en el momento oportuno. Pero como mi principal apoyo profesional y mi mejor amigo personal era Luis, lo normal era que, antes de

que me echaran, me fuera con él y con García a Onda Cero.

La permanente sombra de Carlos Herrera resultaba, como es lógico, mortificante para Luis y terriblemente desestabilizadora para su equipo. Yo empezaba a darme cuenta de lo difícil que resulta ponerse ante el micrófono cada día durante varias horas si no tienes la cabeza libre de líos ajenos al programa, pero no imaginaba la tortura que supone levantar la mano para que el técnico abra el sonido, se encienda la luz roja del directo y, sabiendo que hay cientos de miles de personas escuchando, empezar a hablar aparentando seguridad, solidez, ánimo y confianza mientras sientes un puñal clavado en la espalda y casi puedes oír la sangre goteando sobre el linóleo. Pero en aquel mísero y pomposo año 2000, en vísperas de Navidades, pude entrever ese calvario en el despacho de don Bernardo, donde nos había citado a Luis, a mí y, como siempre en las reuniones importantes, a Fernando Jiménez Barriocanal, su segundo en la Comisión de Economía de la Conferencia Episcopal y también en la COPE, donde era consejero y pieza clave.

Era uno de esos gélidos días invernales en los que antes de llegar la tarde ya ha caído la noche. Las luces del despacho eran, si no amarillentas, con voto de pobreza, sin la fuerza o convicción necesarias para aventar las sombras; tarea difícil, porque era sombrío el día, sombrío el ambiente, sombrío el asunto y sombrías las sonrisas de los cuatro. Del impacto de la marcha de García hablamos bastante y hubo coincidencia en que, siendo malo, podría haber sido mucho peor, absolutamente mortal. Y mientras hay vida, hay esperanza, faltaría más. Se elogió mucho la solidez de *La linterna*, primero Luis, que era lo acostumbrado en mi abogado institucional, y luego, con insistencia excesiva, don Bernardo, que parecía demorarse en elogiarme más antes de elogiar menos a Luis. Pero, tras el educado merodeo, tenía que llegar el piadoso ninguneo; y llegó. Por supuesto, todos valoraban el esfuerzo de Luis, forzado a un horario que nunca quiso. También que los números tras el «garciazo» no fueran tan malos como se temía. Pero...

El «pero» era que, según informaba el departamento comercial, si la COPE continuaba tercera y a la baja entre las tres grandes cadenas privadas, las previsiones publicitarias eran muy pesimistas. O sea, que habíamos superado un *match ball* pero seguíamos perdiendo el último *set* y con el servicio en contra. En tales circunstancias —casi me parece estar oyendo la voz amable y algodonosa de don Bernardo en la bruma amarillenta de su despacho— era inevitable plantear posibilidades, buscar alternativas, fórmulas de afrontar una posible crisis que ojalá no se produjera, pero que, como todo en la vida, podía producirse. No sé si Luis tuvo que aclarar por enésima e inútil vez que no pensaba irse con García, pero sí recuerdo lo que al final se le acabó pidiendo: que, para demostrar que no se hacía nada a sus espaldas, y dado que, además de director del programa más importante de la casa, pertenecía a su Consejo de Administración y era apoyo fundamentalísimo de su presidente, el propio

Luis hablara con Carlos Herrera, entonces en las mañanas en Radio Nacional, para sondearle sobre sus expectativas profesionales. Dicho en plata: para ver si estaba dispuesto a sustituir al propio Luis.

Conforme iba dibujándose entre meandros de almíbar y suaves brisas de sirope el encargo a la víctima de que llegase a un acuerdo con el verdugo, Luis iba poniendo una cara o, mejor, un rictus que sintetiza en mueca el dicho «hacer de tripas corazón». Le dijo que sí, que por supuesto, que como consejero él tenía esa responsabilidad, que aunque no fuera muy agradable el encargo, él lo cumpliría y que le informaría de esas reuniones, que lo último que él habría querido es hacer *La mañana* y que si alguien la hacía en su lugar le quitaría un peso de encima... En fin, lo normal. Fernando Jiménez, que me observaba a mí mientras don Bernardo se centraba casi hipnóticamente en Luis, y que percibía ya una tensión en el ambiente muy superior a la entonación de las voces, trató de suavizar el encargo diciendo que Carlos tal vez podría reforzar el tramo de diez de la mañana a una de la tarde, menos político y donde Luis estaba quizá menos a gusto. El intento fue meritorio pero inútil. Lo dicho, dicho estaba. Y peor todavía: aceptado. Al salir del despacho, en una nubecilla de parabienes y melosidades, la luz de la escalera parecía más escasa, las sombras más ominosas, los peldaños de mármol más huidizos. Yo estaba como una pantera, pero no con don Bernardo o Barriocanal, sino con Luis:

—No me digas que vas a ir a ver a Carlos Herrera, porque no me lo creo.

—Pues créetelo, porque lo voy a hacer. Tengo que hacerlo. ¿Es que no lo ves?

—No, no lo veo. Me parece una humillación estúpida e innecesaria. Debes de tener muchos pecados que yo no conozco. Si no, es imposible aceptar tanta penitencia.

—El pecado es que estoy en *La mañana* y en el Consejo, aunque a lo mejor no debería estar en ninguno de los dos. Pero mientras esté, si el presidente me pide como consejero que vea a un profesional que interesa a la casa, y estarás de acuerdo conmigo en que Carlos Herrera interesa a la COPE, yo tengo que verlo.

—Que lo vea él. ¿Por qué tienes que verlo tú?

—Porque me lo ha pedido y ante testigos. Y de una forma que no puedo rechazar.

—¡No me jorobes, Luis! Mándalos a freír espárragos. No saben si quieren que sigamos o no, que venga Carlos o no venga, que te vayas o te quedes en *La mañana*, que hagas hasta las diez o hasta las doce. Pues que se aclaren y luego que nos lo aclaren.

—Y tú, ¿tienes tan claro lo que hay que hacer? No digo en *La linterna*, que por lo visto lo tienes clarísimo y te va muy bien, sino en *La mañana*, que no va tan bien y puede ir peor.

—También *La linterna* puede hundirse, o no gustarles, o lo que sea, ¿y qué? Es verdad que la pasta depende sobre todo de *La mañana* y es normal que les preocupe

más, pero, en todo caso, los encargados de contratar y despedir son ellos. Nosotros, no.

—Fede, esto es muy complicado. En teoría, tienes razón. En la práctica, las cosas no funcionan así. Además, ¿qué perdemos por hablar con Carlos? Es la mejor manera de desmentir a los correveidiles de los pasillos que dicen que ya estamos en Onda Cero.

—Mira, Luis, me parece una forma muy cómoda para ellos de cargarte el muerto. Y a mí en el catecismo me enseñaron que estas cosas no se hacen. Será que no actualizo la doctrina. La verdad, tampoco creo que moralmente me pierda gran cosa.

—No tenemos, mejor dicho, no tengo otra alternativa. No me lo pongas aún peor.

—Vale, vale. Cumple tu penitencia, vete a hablar con él y ya me contarás.

—Te contaré. Pero hazte a la idea de que éste va a ser un año muy largo y muy complicado. Y que el enemigo lo tenemos dentro.

—Eso sí que está clarísimo. Es casi lo único. Me voy a empezar el programa.

—Y yo, a cenar y a dormir.

—Qué vidas tan orgiásticas. Esto parece Babilonia vista por Stajanov.

—Nínive. Me gusta más Nínive. Aunque no recuerdo qué juergas se corrían allí.

Yo tampoco.

La primera carta de Luis sobre Carlos Herrera, la chismografía y el futuro

Naturalmente, Luis cumplió el encargo de aquella macilenta tarde invernal y sondeó a Carlos Herrera sobre sus expectativas de futuro y su predisposición a algún tipo de acuerdo con la COPE. Naturalmente, Carlos le dijo que su futuro estaba abierto y que, en él, siempre tendría un lugar especial la COPE. Naturalmente, la gente que se enteró del encuentro no sacó la conclusión de que Luis actuaba por indicación expresa de la COPE. Naturalmente, la conclusión de los correveidiles y estrellófagos de pasillo fue que Luis quería traspasarle *La mañana* porque él se iba a Onda Cero. Naturalmente, casi nada sirvió para casi nada. Las Navidades llegaron, pasaron y siguió haciendo muchísimo frío. Pero lo que a Luis realmente le mortificaba era la idea, aventada, propalada o no desmentida por los directivos de la COPE, de que su marcha a Onda Cero estaba hecha. Precisamente porque desde los despachos de la propia casa se daba pábulo a ese rumor, a la vuelta de vacaciones, Luis quiso dejar constancia por escrito a don Bernardo de su hartazgo por los chismes y por su enmoquetada procedencia, además de los datos de su encuentro con Carlos Herrera. Nunca entendí por qué Luis le daba tanta importancia al testimonio escrito, pero al

leer la copia que me envió, tal vez deba matizar mi juicio. Además de bien escrita, me parece una descripción de ambiente tan triste como cierta.

Madrid, 10-2-2001

Querido don Bernardo:

Le escribo esta carta para desahogar en parte una pequeña pesadumbre y para dejar constancia por escrito de algunos puntos de vista, estrictamente particulares, a propósito de la situación interna de COPE y de la estúpida proliferación de rumores que ociosos correveidiles jalean con oscuros propósitos que no alcanzo a entender. Y mejor que sea así, porque a veces es mejor vivir en la ignorancia, aunque sea fingida, que en el convencimiento de la escasa rectitud de intención de algunos seres humanos. Quiero decirle que ambas cosas (la pesadumbre y mis puntos de vista) parten de un mismo hecho: es un hecho que radio macuto ha decidido informar a todas horas (por tierra, mar y aire) de que tengo tomada la decisión de abandonar la COPE a final de temporada para unirme, parece ser, al proyecto profesional que se articula en torno a la órbita del mundo (con minúscula y con mayúscula) Onda Cero-Telefónica-Antena 3. El rumor es fácil de rebatir: sólo digo que es falso de toda falsedad. Lo que no resulta nada fácil, sin embargo, es borrar las secuelas que produce. En primer lugar porque siempre habrá idiotas que entenderán que mi desmentido nace de oficio y seguirán en la creencia de que prefiero la deslealtad antes que lo contrario. En segundo lugar porque esos idiotas sembrarán la duda en el ánimo de alguna gente de buena fe que por un sentido elemental y perezoso de la equidistancia juzguen lo más prudente contrapesar el rumor y mi desmentido, dándole a ambos el mismo valor, y suspendan el juicio hasta ver en qué acaba la contradicción. Y en tercer lugar porque, en el entretanto, yo seguiré formulándome hacia mis adentros la misma pregunta: ¿ese rumor que tanto arraigo ha adquirido de un tiempo a esta parte es consecuencia de un temor o de un deseo? Ésa es para mí la gran cuestión. No es lo mismo que la idea de mi posible marcha produzca tristeza o preocupación dentro de la casa a que produzca alegría y alivio. O me consideran útil para la causa de la supervivencia empresarial (y entonces merece la pena seguir) o me consideran un lastre, plomo en las alas, en cuyo caso excuso decirle el poco entusiasmo que me produce la idea de seguir aquí.

Yo creo, don Bernardo, que no soy yo quien tiene las ideas poco claras. Las pongo por escrito para que haga de ellas el uso que crea conveniente: mi decisión profesional está tomada —en efecto— y consiste en no seguir ni un minuto más de lo necesario en un lugar donde mi presencia no sea querida. O dicho de otro modo: la COPE ha tenido tres años para valorar lo que supone mi presencia (desde el punto de vista editorial, comercial y de audiencia) en el puesto que dejó vacante la muerte de Antonio. A usted no tengo que recordarle el poco entusiasmo que me producía la idea de ocupar ese sitio, pero no me gusta mirar hacia atrás así que dejemos estar ese punto. La vida decidió por nosotros, ahora la COPE tiene que decidir por sí misma: si le intereso, que me lo diga; y si no le intereso, que me lo diga también. Y para que no haya lugar a malentendidos, le añado que mi predisposición, hasta el día de la fecha, es la de seguir en *La mañana* si a la COPE, una vez evaluado mi rendimiento, le interesa seguir contando con mis servicios en las mismas condiciones estructurales (hablo de ámbitos de libertad, no de dinero) que hasta ahora. De lo contrario, don Bernardo, habrá que convenir que es la COPE, y no yo, quien anda en coqueteos con otros proyectos profesionales.

Y hablando de eso...

Levantemos acta, para que pueda usted esgrimirla ante quien considere oportuno, de los contactos informales que usted, como presidente de la COPE, ha mantenido por recomendación mía (supongo que entre otros) con Carlos Herrera. La información que usted me facilitó se resume, si mi memoria es buena, en cinco puntos:

— Carlos Herrera se siente un hombre de COPE.

— En ningún caso vendría para llevar una parcela horaria de *La mañana* compartiendo el programa con otro comunicador.

— En ningún caso se quiere convertir en un clavo que sirva para quitar otro clavo de la parrilla de la programación.

— Nada le urge hasta finales de abril para deshojar la margarita de su futuro radiofónico, llegado el caso de que tenga que deshojarla porque se cruce en su camino la tentación de volver a la COPE.

— En consecuencia, hasta mediados de abril, una vez conocido y evaluado el EGM que debe darse a conocer el día 4 de ese mes, no hay por qué hacer ninguna revisión del statu quo de la programación actual de COPE. A partir de entonces sería poco menos que desleal que cualquiera de las partes (ustedes o yo, COPE o Luis Herrero) jugara con cartas marcadas.

Después de haber mantenido con usted esa conversación (y han pasado ya dos meses) renové un propósito

que he venido cumpliendo sin interrupción a rajatabla desde que llegué a la casa en el verano de 1992, hace casi la friolera de nueve años: no negociar ningún otro acomodo profesional mientras la COPE siga interesada en contar conmigo y yo me sienta a gusto como parte de su proyecto. Así que afirmo con toda solemnidad, para que lo pueda ventear donde mi palabra aún merezca algún crédito, que no he mantenido ni directa ni indirectamente, ni por mí ni por terceros, ni por hipótesis ni extraños vericuetos, ninguna negociación, aproximación o conversación, ni personal ni institucional, con ningún otro grupo periodístico nacional o internacional. Y quien diga lo contrario, miente. Pero como a pesar de todo hay quien lo dice (y a usted y a mí nos consta) no me pida que, encima, ponga buena cara. Si la COPE o alguno de sus extraños directivos no se encuentran cómodos conmigo, por favor que me lo hagan saber lo antes posible. Yo, como Carlos Herrera, puedo esperar hasta mediados de abril, pero si he de deshojar alguna margarita mi obligación es evitar que el calor del verano la agoste.

Un abrazo tan cariñoso como siempre,
Luis Herrero

Supongo que don Bernardo no le contestó. Era un perito en el arte de dejar pasar el tiempo, y sólo siete semanas después el dichoso EGM debería decidir todo el asunto. Y lo decidió. Cuando años después hemos tenido pruebas fidedignas de hasta qué punto las famosas encuestas del EGM no sólo estaban manipuladas sino que pertenecían a la rama literaria de la ciencia ficción más que a la sociología empírica, uno se asombra al comprobar cómo la vida profesional e ingresos personales, las carreras de profesionales famosos o desconocidos, las ganancias o pérdidas de las empresas radiofónicas, todo o casi todo lo que se refiere a la radio comercial en España se ha decidido en función de una medición de audiencias en la que nadie o casi nadie creía de verdad pero en la que, por comodidad, mediocridad o apoltronamiento comisionado, tanto los publicitarios como los gestores de medios radiofónicos fingían creer. Y le daban hilo a la cometa. El caso es que el resultado del EGM de abril no fue malo para la COPE aunque tampoco fatal para Onda Cero y, como Polanco manda, hizo feliz a la SER. Todo parecía seguir igual en el nuevo escenario creado tras la marcha de García, aunque en realidad la situación era tan inestable como al empezar el seísmo. En todo caso, la nueva situación política, con la mayoría absoluta de Aznar y un horizonte más que oscuro para la izquierda, además de la previsible reorganización del panorama mediático en el área de la derecha (aunque sería más correcto decir del Gobierno), permitieron a empresas y profesionales jugar sus bazas. Fue el momento elegido por Luis Herrero para enviar una segunda carta a don Bernardo que levantaba acta de la situación interna de la cadena y de los grandes cambios que, a cencerros tapados, se habían producido en ella. Decía así:

Querido don Bernardo:

Con el mejor ánimo de contribuir a la estabilidad interna de la casa (ahora que hemos superado satisfactoriamente el examen del EGM) me gustaría hacerle partícipe de algunas reflexiones que me rondan desde hace algún tiempo por la cabeza. Respondo así al compromiso que contraí con usted el pasado mes de diciembre de adelantarle mis planes profesionales tan pronto como los tuviera más o menos claros, con el propósito de no repetir la «fórmula García» de provocar hechos consumados sin margen para la reacción. Estoy seguro de que, una vez más, sabré interpretar convenientemente el sentido de estas consideraciones.

Lo primero que veo claro es que desgraciadamente ya no es posible mantener en pie el modelo de relación entre nosotros (no entre usted y yo, sino entre todos los mimbres del cesto) que hasta ahora venía funcionando dentro de la casa. Cuando Antonio, García y yo constituíamos el núcleo central del llamado «grupo de profesionales» existía entre los tres una complicidad natural, no forzada, que nos permitía actuar, de hecho, como una «banda» (en el buen sentido) donde uno manda y los demás obedecen. Teníamos un código de señales tácito, aprendido por osmosis desde los tiempos de Antena 3 en tantas guerras que hicimos juntos, que nos permitía aparecer sin fingimientos ante el mundo exterior como un grupo homogéneo.

De aquel «club» sólo quedo yo. Ha corrido el escalafón y la vida me ha colocado en una posición distinta: ya no soy sobresaliente sin espadas sino jefe de cuadrilla. ¿Pero de qué cuadrilla? De una, don Bernardo, que no es homogénea, que no ha lidiado junta ninguna guerra, que no tiene un código de señales que sirva para ponerse de acuerdo. Abellán es Abellán y su circunstancia. Federico, desde que dirige su propio programa, ve las cosas —legítimamente— desde una óptica que es nueva para él y desconcertante para mí, y María José (la única que ha respetado siempre mi condición de primus inter pares) no emite en la misma longitud de onda que el resto de los nuevos socios del grupo. Dicho de otra forma: ni yo tengo las condiciones idóneas para ser jefe de ninguna banda —cosa que perciben con criterio lúcido los que deberían aceptarme como tal— ni los demás profesionales tienen (excepción hecha de María José) pasta de lugartenientes. El comportamiento de Abellán durante estos últimos meses (con la sombra de García al fondo), desoyendo sistemáticamente mis consejos, tanto en antena como en privado, es un buen ejemplo de que ese modelo de relación que me confiere la condición de «coordinador» o «interlocutor» del grupo de profesionales ya no sirve. También es patente en el caso de Federico.

Cada vez que usted me ha pedido que intervenga como amortiguador de algún contencioso que le pillaba a él por el medio, he tenido la creciente sensación de que estaba forzando una situación que no era de su agrado (del agrado de Federico) y que, para mayor desgracia, no producía los efectos de eficacia que usted (o en su defecto Rafael) me demandaban. La constitución de esta realidad es, de todas, la que más me hace sufrir. Y no porque me moleste que Federico sea reactivo a una cierta idea de docilidad frente quien ejerce como «padrino» de un clan (eso probablemente demuestra que sus ideas son mucho más depuradas que las mías), sino porque valoro enormemente su amistad y no estoy dispuesto a perderla por los roces del quehacer cotidiano.

Estas consideraciones me han llevado, don Bernardo, a elevar a definitiva una primera conclusión: mi eventual continuidad en la casa requeriría dejar constancia explícita de que mi papel, en el futuro, sólo debe circunscribirse a las labores de dirección y presentación de *La mañana*. No quiero ser miembro del Consejo de Administración, no quiero tener consideración de primus inter pares, no quiero ser mediador ante terceros y tampoco me apetece seguir soportando los celos que, inevitablemente, provoca en algunos despachos de la planta noble la buena relación que usted y yo hemos mantenido siempre, y que espero (y deseo) podamos seguir manteniendo en el futuro, independientemente de cuál sea mi devenir profesional inmediato.

Como creo conocerle imagino la cara que habrá puesto al leer la última oración subordinada, así que me apresuro a aclararle por escrito, una vez más, que no tengo ofertas laborales fuera de la COPE, ni ofrecimientos alternativos ni tampoco remotos cantos de sirena para nuevas odiseas. Lo único que tengo es el convencimiento (no del todo grato) de que COPE, para mí, aparece cada vez más como un mero puesto de trabajo, como un lugar donde ganarme la vida. Ya no me quedan otras banderas intangibles que blandir, ningún espíritu heredado que perpetuar ni nada que se le parezca. La pregunta que me golpea el ánimo, como consecuencia de lo que acabo de dejar dicho por escrito, es la siguiente: y puestos a ganarme la vida, liberado ya de otras exigencias que van más allá de lo estrictamente material, ¿no existirán otros lugares que me permitan, por añadidura, renovar experiencias y recargar ilusiones? ¿No merecería la pena asomarme por encima de la tapia (cosa que todavía no he hecho) y olfatear el horizonte?

A estas alturas de la carta, don Bernardo, ya habrá entendido que el propósito clarificador que persigo es el de —digámoslo así— dimitir de todos mis cargos que no sean el de director y presentador de *La mañana*. Dimito como jefe de tribu, como asesor personal del presidente, como consejero del Consejo de Administración y como leyenda de poder fáctico. Dimito de todo, menos de amigo suyo. De eso no dimito. Y se lo digo de corazón.

Como estas dimisiones que acabo de formalizar suponen que debe instaurarse un nuevo modelo de relación interno, es razonable pensar que tal vez a usted no le interese seguir contando conmigo en los nuevos términos que exige ese «nuevo orden», así que dejo en sus manos, aceptándola gustosamente de antemano, cualquier decisión que pueda afectar a mi continuidad en la COPE.

Por lo demás, don Bernardo, sabe que sigue teniendo en mí a un buen amigo. Digerimos esta carta durante la comida, ¿de acuerdo?

Reciba un abrazo muy fuerte y muy cariñoso,

Capítulo VII

MI RUPTURA CON AZNAR, LA DE AZNAR CONMIGO Y SU EFECTO EN LA COPE

La carta de Luis era la constatación de muchas cosas, casi todas ciertas aunque no ciertas del todo. La primera, indudable, era la desilusión que, tras salvar el segundo *match ball* contra Onda Cero, le producía seguir jugando al tenis contra García pero en una selección hecha al azar y de rebote, cuyos entrenadores no confiaban en él y cuyos compañeros no hablaban en el vestuario o, si hablaban, era para pelearse, como en el caso de Abellán. La segunda, la distancia que se había ido creando entre nosotros dos por diversas razones, entre las que destacaban dos: una aparece muy bien descrita y es mi escasa sensibilidad ante los mensajes admonitorios que Luis me transmitía, en nombre de don Bernardo o de Pérez del Puerto, por tal o cual comentario emitido en *La linterna*, por mí o por algún colaborador. Esa insensibilidad se fue convirtiendo en irritación por el mensaje y, en alguna medida, por el mensajero. No sé el papel que en el análisis de Luis tiene la intuición nacida del trato personal de tantos años y la información que sobre mi estado de ánimo podía irle transmitiendo Carmen Martínez Castro, su subdirectora, la única con la que yo hablaba a menudo y que hizo cuanto pudo por salvar una relación que podía irse a pique, decía, «perjudicándoos a los dos».

Pero hay una segunda razón que Luis no cita y que, a mi juicio, fue decisiva no sólo en el distanciamiento que podía sentir yo hacia él sino en el que él iba sintiendo hacia mí, y era mi ruptura con Aznar. Esa ruptura, que por mi parte no fue personal pero sí ideológica y política, comenzó dos años antes, en 1999, con la publicación en *La Ilustración Liberal* de mi ensayo «Viaje al centro de la nada», réplica a un artículo de Eugenio Nasarre, asesor monclovita e ideólogo de la Internacional Centrista creada por Aznar. Después de la mayoría absoluta publiqué en la misma revista el ensayo «Aznar y el Poder», primer y único análisis desde el punto de vista liberal del aznarismo naciente. Y prácticamente el mismo día en que Luis le enviaba a don Bernardo la carta de sus dimisiones, el 10 de abril de 2001, salía a la luz en *La Ilustración Liberal* otro ensayo mío que se titulaba «Aznar y los medios de comunicación». Luis ya lo conocía, porque le había dado una copia antes de publicarlo, y sin duda le convenció de que mi ruptura con el Presidente, convertido en Presidentísimo, era absolutamente irreversible.

También era anterior a la publicación de ese ensayo; y Luis lo sabía mejor que yo. Tras la mayoría absoluta, en marzo de 2000, Aznar nos había llamado a La Moncloa para celebrar el éxito y hacernos partícipes de su euforia por lograr frente al Imperio de Polanco lo que llamaba «el final de la guerra civil». Tras ese encuentro en el

Olimpo y aquella invitación a la Apoteosis yo publiqué en *La Ilustración Liberal* a finales del mismo mes de marzo el citado ensayo «Aznar y el Poder», que no gustó nada al ensayado y produjo escándalo en los círculos palatinos monclovitas: «Pero cómo yo», «después de ser tan», «la radio lo ha vuelto loco», etcétera. Quizá por mantener las formas, Aznar nos invitó de nuevo a los dos a comer en Moncloa a la vuelta del verano. Trámite cordial del que Luis salió con la impresión de siempre, tras la primera victoria del PP en 1996: éramos sólo ex combatientes, meritorios a condición de jubilarnos o dispersarnos, pero odiosos y perseguibles si queríamos mantener con Aznar las costumbres de tiempos de González.

Sin embargo, después de Navidad, el día de Reyes de 2001, mes y medio antes de que Luis escribiera la primera carta transcrita a don Bernardo, Aznar le invitó a comer en La Moncloa, ya a solas, para levantar acta definitiva de las distancias y de las diferencias. Distancia era la insalvable que se había abierto entre el Presidente y yo. Diferencia, la que establecía entre mi persona y la de Luis. La razón era la misma que le hizo romper con Antonio y buscar atraernos para su causa en la noche triste del 1 de mayo de 1998: la COPE era una emisora que «no se podía oír» y yo, «según le contaban» (se supone que su mujer y su hijo mayor, la audiencia de radio es muy estable), era lo que menos se podía oír en la COPE. ¡Y esto se lo decía al que dirigía el programa más importante de la cadena! Pero a diferencia de lo ocurrido entonces, ahora Luis y yo ya no estábamos juntos para defender a Antonio. A diferencia de entonces, Luis le dijo al Presidente algo que no hacía falta decir de Antonio, porque era obvio, que yo «estaba fuera de control». A diferencia de entonces, Aznar era mucho más poderoso y nosotros éramos menos y estábamos más desunidos. Pero también a diferencia de entonces, yo tenía claro dónde estaba el problema, aunque no tuviera la solución. Luis empezaba a navegar en la duda.

Debo decir que antes de aquel ensayo tuve las mismas presiones de la gente más cercana a mí para no publicarlo que ahora mismo, al escribir este libro sobre la COPE. Las presiones que de verdad hacen mella, por lo menos en mí, no son las que amenazan sino las que tratan de convencer de que lo que escribes hace más mal que bien a la causa que defiendes. En ambos casos, el argumento es la necesidad de proteger al PP, la causa nacional y liberal que en este partido halla su nicho, y el liderazgo de José María Aznar. Entonces, porque era Presidente y ahora porque no lo es. Entonces, porque lo podía todo y ahora porque puede mucho menos y es árbol caído del que muchos hacen leña. Entonces, porque tenía todos los medios de comunicación en su mano y la posibilidad de hacerme un daño profesional irreparable. Ahora, porque no tiene apenas medios que lo defiendan, en los pocos que lo defienden estoy yo y porque, si bien lo que yo puedo contar resulta instructivo, no hay que darle al enemigo ocasiones de ataque y regocijo. El caso es que ayer no debía escribir sobre Aznar y los medios de comunicación y hoy tampoco. Pues bien, escribí

entonces y escribo ahora sobre ello porque creo que es el problema más importante que ha tenido y tiene España, que muchas de las desventuras de nuestra «dissortada Patria» son incomprensibles sin entender este factor que pocos conocen por dentro como yo. En fin, porque si fui capaz de hacer una denuncia y un diagnóstico desagradables pero certeros cuando nada ganaba por ello, salvo quedar en paz con mi conciencia, hoy tengo menos cosas que perder. Y sigo teniendo conciencia.

Las claves de la discordia

Para no limitar a breves frases sueltas, susceptibles de manipulación interesada o involuntaria por un troceamiento excesivo, reproduciré completos los fragmentos esenciales de ese ensayo que me llevó a la ruptura con Aznar durante tres años, al distanciamiento con Luis durante dos y a empeñar todas mis fuerzas en la creación de ese grupo intelectual y mediático que nació de *La Ilustración Liberal*, dio origen a *Libertad Digital* y se fraguó en torno a *La linterna* de la COPE. Ya llegaremos en este relato a los tiempos de la reconciliación con el Presidente, la renovada alianza y nunca perdida amistad con Luis y los grandes cambios que habían de producirse en mi vida profesional. Pero mi peripecia particular carece de interés comparada con lo que sucedió en España durante el último año de aznarismo, especialmente en torno a la guerra de Irak y, sobre todo, con la masacre del 11-M, el golpe mediático del PRISOE el 13-M, la victoria socialista del 14-M y el proceso de liquidación del régimen constitucional y de la propia nación española acometido por el Gobierno de Zapatero desde su llegada al Poder y cuyos dos hitos esenciales son el nuevo Estatuto de Cataluña y el pacto con la banda terrorista ETA.

Pero hoy está más claro que hace cinco años que la demolición del legado de Aznar (empezando por el PP) y la liquidación de España y sus libertades ciudadanas no podrían haberse acometido sin la colaboración de una aplastante mayoría de los medios de comunicación, especialmente audiovisuales, con el PRISOE y los nacionalistas. Hoy, este bloque de poder político, mediático y económico, anticonstitucional a fuer de antinacional, tiene a su servicio cinco y media de las seis grandes cadenas de televisión; prácticamente todas las productoras de televisión privadas; el EGM y las centrales de medios que canalizan la publicidad; la gran mayoría de las emisoras de radio, con la milagrosa excepción de la COPE y algunos programas de Onda Cero; y una parte sustancial de los grandes periódicos de papel, empezando por *El País*, siguiendo por su cómplice *ABC* en Madrid y Sevilla, y terminando por *La Vanguardia* y *El Periódico* en Barcelona. Además, por supuesto, de los medios audiovisuales de titularidad pública (nacionales, autonómicos y

locales) que el PSOE tiene en su poder, que son la mayoría, y de toda su publicidad institucional, que es combustible para quemar un imperio.

El del PP parecía incombustible en 2001. Sin embargo, las bases de su desgracia y la nuestra se estaban ya asentando entonces. Y si bien hay cosas que, a mi juicio, ya no tienen remedio, la conservación de muchas y la recuperación de algunas dependen de que se entienda lo que ha ocurrido en el ámbito político y mediático desde entonces. Éstos son los argumentos que yo daba entonces. Sinceramente, creo que hoy pocos pueden desmentirlos aunque muchos podrían precisarlos, aquilatarlos y explicarlos mejor. Yo cuento lo que sé. Otros podrían contar más y callan. Allá su comodidad y sus conciencias.

Aznar y los medios de comunicación

Desde hace más de una década, todas las grandes batallas políticas en España han tenido lugar en torno a los medios de comunicación. Y, casualidad o no, ello coincide con la llegada de José María Aznar, «nacido sobre una rotativa», al primer plano de la política nacional. De la lucha por el Poder, cuando es larga y enconada, suelen salir algunos escaldados, bastantes escarmentados, muchos malheridos y pocos victoriosos, casi nunca los que más arriesgaron en la contienda. Y los hay que no salen: héroes, mártires, caídos accidentales, aventureros famosos, camorristas de lance, amén de la aguerrida y anónima carne de cañón; todos se igualan yertos sobre el campo, prueba lastimosa y muda de que la cosa iba en serio, hasta que el turbión del olvido se los lleva. Pero no sólo desaparecen personas. Si la guerra dura demasiado, hay sectores enteros de la sociedad civil que tardan en recuperar su autonomía, ese negarse a la politización partidista que caracteriza a una sociedad plural y libre. Debe pasar tiempo, a veces mucho tiempo, hasta que se recupera el equilibrio, el pulso, la independencia de antes. Y hay países desdichados en los que no se recupera. El frágil y hermoso espacio de libertad ciudadana ganado al Poder político se pierde. Y se olvida incluso que existió.

Eso está pasando en España. Ningún sector de la vida española ha salido tan maltrecho de la pugna entre socialistas y populares como el de los medios de comunicación. Y como la ferocidad no elimina la paradoja, aunque el felipismo, para defender su poder y defenderse del Código Penal, dio muchas estocadas, el puntillero de la libertad incondicional ha sido Aznar. Tantas han sido las bajas y tan grande el estrago que en el periodismo independiente ha supuesto su llegada y consolidación en el Poder que, si cumple su promesa de no ser candidato en 2004, podrá decir sin exageración que al marcharse no deja nada parecido a lo que encontró. A fuer de sinceros, eso será rigurosamente así sólo en parte. No será cierto, por ejemplo, en lo que se refiere al control político gubernamental de la radio y televisión públicas, que, pese a todas las promesas éticas en las campañas aznaristas de oposición, ha seguido con el PP las mismas pautas y a veces con las mismas flautas que en la era sociata. Tampoco en lo que respecta al grupo favorito del PSOE, el dirigido por Jesús de Polanco, que haciendo frente a los gobiernos de Aznar ha conservado, acrecentado y consolidado su inmenso poder, aunque menos vertiginosamente que haciendo causa común con los de González.

En cambio, de los medios y periodistas independientes, de derecha o izquierda, que apoyaron más desinteresadamente a Aznar contra González no está quedando, no queda ya, con las características de los primeros años, apenas nada y apenas nadie.

Sería poco respetuoso con la verdad decir que Aznar ha cumplido una sola de las promesas de transparencia informativa, despolitización de los medios, respeto a la independencia profesional y favorecimiento de la pluralidad ideológica que hizo infinitas veces, en público y en privado, durante los años 1989-1996. Por el contrario, sería falsear escandalosamente la realidad no reconocer que su papel ha sido y está siendo decisivo en el proceso de uniformización empresarial y cloroformización ideológica que está sufriendo o ha sufrido ya el sector considerado de centro o de derecha, en prensa, radio y televisión. El PSOE entró a matar de frente aunque cobardeando, yéndose de la suerte. Pero el que ha rematado al pobre animal por la espalda, eficaz y sañudamente, es el PP.

(...)

Aznar no me parece un ser especialmente malvado, al menos hasta finales del 2000, si bien el uso del Poder puede producir súbitas aceleraciones en el deterioro moral. Tampoco lo considero un alevoso traidor a sus promesas y juramentos. Ni siquiera un taimado maquinador de venganzas enrevesadas y premeditadas

felonías. Creo que ha sido ingrato, pero no tenía ninguna obligación, salvo moral, de gratitud. Creo que ha sido bueno con los malos y malo con quien no lo merecía, pero allá su conciencia. En el terreno de los medios de comunicación, su comportamiento no ha sido exactamente el de un desalmado, salvo que consideremos tales a los improvisadores sistemáticos y a los planificadores caóticos. En realidad, si esta reflexión a posteriori no es un simple relato de humor, de chascos merecidos y desengaños fecundos, una comedia poco original de periodistas y políticos, es porque el daño no es simplemente personal o únicamente profesional sino que afecta directamente a la salud moral de nuestra sociedad, a los mecanismos de defensa de la ciudadanía en momentos especialmente graves para la nación española. Si una democracia es un régimen de opinión, todo lo que no favorezca sino que mengüe la fortaleza, la independencia y la pluralidad de las opiniones, perjudica gravemente a esa sociedad. Y si esa debilidad se promueve desde el Gobierno por oscuras razones de ajuste de cuentas con el pasado reciente, comodidad en el mando o disfrute solitario del Poder, entonces el juicio debe ser más severo. Pero merecen severidad el astuto y los inocentes, el poderoso y los complacientes, el manipulador y los manipulados, Aznar y los que un día, por razones que sigo creyendo respetables y justas, arrastramos a muchos otros a confiar en Aznar.

(...)

El valle de los medios caídos

(...)

Entre 1989 y 1993, durante esa legislatura a cara de perro, fueron destituidos, cesados, marginados o fulminados por razones exclusivamente políticas —es decir, de apoyo a Aznar contra la izquierda felipista o la derecha mariocondista— casi todos los periodistas importantes de oposición en España. Pablo Sebastián perdió la dirección de *El Independiente*, que inmediatamente después fue cerrado. Pedro J. Ramírez fue defenestrado de la dirección de *Diario 16* por sus denuncias del GAL. En ese mismo sillón, convertido en silla eléctrica, sería sucedido por Justino Sinova, al que también echaron por no liquidar del todo ese frente informativo, y luego por José Luis Gutiérrez, al que igualmente defenestraron tras un éxito espectacular: su denuncia del «Caso Roldan». Estos cuatro directores de periódico, más los de revistas políticas como Julián Lago en *Tiempo*, del que hubo de salir para fundar *Tribuna*, amén de columnistas, investigadores y firmas de relumbrón, fueron víctimas de las presiones políticas directas del Gobierno del PSOE a los respectivos editores.

Pero el caso más escandaloso, el que según el propio Aznar le impidió ganar las elecciones de 1993, porque le privó de la herramienta de desgaste más eficaz contra el Gobierno de González, fue el «antenicidio». En mayo de 1992 y de forma absolutamente ilegal, como ha reconocido ocho años después el Tribunal Supremo, el pacto de los editores (Polanco, Asensio, Godo y Mario Conde) en complicidad con el Gobierno del PSOE —Felipe González, Narcís Serra y Rosa Conde como actores principales— acabó con la que se había convertido en la primera cadena de radio española, Antena 3, y con Antena 3 Televisión, la única cadena de televisión privada —de las tres concedidas por el PSOE en 1989— que mantenía una línea informativa de denuncia de los casos de corrupción felipista. Antena 3 Radio fue entregada a Polanco, su directo competidor, para que la cerrase, como hizo apenas un año después tras incorporar sus emisoras a la SER. Y Antena 3 Televisión fue comprada por Mario Conde (a cambio de que el Gobierno hiciera la vista gorda ante sus fechorías financieras en Banesto) y entregada a Antonio Asensio, del Grupo Zeta, con Manuel Campo Vidal como comisario político-gubernamental.

Automáticamente perdió su programa *El primero de la mañana* Antonio Herrero y su noticiario en televisión Luis Herrero, pese a que ambos eran los de máxima audiencia en Antena 3 Radio y en Antena 3 Televisión. O más bien por eso mismo. Junto a esos directores cayeron también muchos colaboradores, periodistas y comentaristas que perdieron su puesto de trabajo por ser fieles a su director o por estar identificados con el programa. Fue el caso, entre otros muy señalados, de Amando de Miguel. Modestamente, yo tuve el inmerecido honor de perder a la vez el comentario político diario que hacía desde nueve años atrás en el programa de Antonio Herrero y también el que tres veces por semana y desde tres años antes hacía en el telediario de Luis Herrero. Pocas veces cuerpecillo tan menguado albergó tanto cesante.

Pero conviene decir, para que se entienda en su verdadera dimensión el comportamiento posterior de Aznar, que esta selectiva aunque extensa depuración política —la más profunda desde la depuración franquista posterior a la Guerra Civil— no se hizo por motivos estrictamente ideológicos, es decir, por ser más de derechas o más de izquierdas, sino por estar clasificados por los medios felipistas como partidarios de Aznar o de Anguita y, por tanto, como «desafectos» al Gobierno del PSOE. Por seguir con ese ejemplo personal pero que por eso mismo conozco de primera mano: Luis Herrero y yo fuimos los únicos fulminantemente expulsados de Antena 3 Televisión, él con la mitad de la indemnización que le correspondía porque así creyó

su supuesto amigo Javier Gimeno que acreditaba fidelidad al nuevo amo, y yo sin cobrar ni el finiquito porque no quise volver a poner los pies en aquella casa a la que tanto esfuerzo y tanto afecto habíamos dedicado. Pero José María Carrascal, que era, y así se le identificaba políticamente, más conservador que nosotros, siguió en su telediario de madrugada, en parte como coartada pintoresca y también o sobre todo porque criticó valerosamente en su columna de *ABC* a quienes, arcaizantes, inocentes, poco liberales, no entendíamos el valor de la propiedad privada de los medios de comunicación. Él sí, y así se le entendió.

En el orden general, lo peor de aquella depuración política era que se producía para proteger al Gobierno de las consecuencias de la corrupción y el crimen de Estado y para impedir la alternativa democrática después de diez años de mayoría absoluta del PSOE. En el orden particular, que algunos nos asomamos por primera vez a los abismos de vileza propios de la especie humana cuando, en trance de supervivencia, no vacila en apuñalar innecesariamente a quien durante años le ha dado empleo e incluso afecto. Hubo amistades de décadas que murieron en minutos, amores que se mustiaron con celeridad y odios feroces que curaron por ensalmo. En fin, las cosas de estos casos. Pero tanto en lo particular como en lo general, si algo quedó fuera de duda tras el «antenicidio» fue que la defensa del derecho de Aznar a llegar al Poder (o simplemente a dirigir la derecha) acarrea gravísimos perjuicios laborales y, por ende, personales. Nadie supuso entonces que Aznar llegaría a ser indiferente a los problemas que —por su causa, si no por su culpa— nacían en la conciencia y desembocaban en el árido delta de la nómina.

(...)

Los «parientes pobres» y la desmemoria del 93

(...)

Los aspectos más negativos de los dirigentes del PP —escribía yo en el otoño de 1993, en el prólogo de *Contra el felipismo*— se pusieron de manifiesto en las semanas anteriores a las elecciones, cuando lo risueño de las encuestas y los nervios del establecimiento felipista, empezando por el imperio de Polanco, les hicieron ver con claridad la cercanía de la poltrona, del supercargo, del coche oficial y el ministerio. Era de ver cómo los humildes y entusiastas muchachos de Aznar pasaron a tomar una distancia tan corta como gélida de los medios de comunicación más críticos con el Poder. Fue revelador de sus intenciones, en Televisión Española y otros medios, verlos rodearse de comisarios apenas más presentables que los del PSOE, sin renunciar al control de los medios públicos. Fue tremendo saber que los barones de Genova ofrecían a ejecutivos de las cadenas privadas y amaestradas cargos en RTVE (a veces sin el conocimiento del propio Aznar) y cómo el círculo aznarista llegó a considerar muy seriamente la concesión a Polanco de la Segunda Cadena de RTVE al privatizarla.

Hoy no me atrevería a asegurar que Aznar no sabía nada de esas ofertas de la radio y la televisión públicas a los propios comisarios exterminadores de «aznaristas». Entonces me lo negaron y lo creí, quizá porque quería creerlo, porque no quería descreer de Aznar. En cambio, que meditaban darle a Polanco la Segunda Cadena de Televisión Española no me ofrece duda, porque me lo dijo a mí personalmente Rodrigo Rato comiendo mano a mano en un restaurante de la calle Santa Engracia poco antes de las elecciones.

—¿Qué diríais vosotros si Polanco pudiera quedarse con la Segunda Cadena?

—No hay palabras suficientes en el diccionario. Pero las inventaríamos.

¡Fatuo, parlero, pardillo, inocente, incauto, bobo, tontilón, iluso de mí! En aquel tiempo no podía suponer que Polanco también iba a quedarse con el Diccionario. Peor: que la toma de posesión de la Real Academia la haría Juan Luis Cebrián del brazo de Luis María Anson. Y que mi defenestración de *ABC* sería una de las piezas que mi entonces director aportara al himeneo «contra natura». ¡Lo que nos quedaba por ver!

Pero ya digo que se veía, que lo vimos venir. Lo recuerdo como si fuera ahora. Era una mañana de luz revuelta, con nubes entrando y saliendo de la escena asoleada. Estábamos en la COPE, el fin de semana antes de las elecciones del 93. Había venido el candidato Aznar para hacer la última entrevista con Antonio Herrero y él nos había convocado a todos los comentaristas y tertulianos para un coro de preguntas. Como siempre, Aznar iba acompañado por Miguel Ángel Rodríguez, su entonces jefe de Prensa, luego portavoz del Gobierno y tanto entonces como ahora gran amigo de Anson, sector Luis María, el mismo que luego denunciaría la atroz conspiración contra el legítimo Gobierno felipista. Aznar estuvo como solía estar entonces: amable sin exageración y modesto sin afectación. Pero el cambio de comportamiento por parte de Rodríguez fue tan llamativo y tan desagradable que después de irse Aznar nos quedamos comentándolo Luis, Antonio y yo. En el texto citado, lo conté así:

«Los que durante años, en los medios de comunicación, habíamos mantenido la batalla crítica contra el régimen, no para que el PP ganara sino para que España cambiase, nos vimos de pronto tratados como ese pariente pobre, venido del pueblo, de quien se avergüenzan sus parientes, nuevos ricos, ante sus vecinos y

amigos de la capital. Esa experiencia de ingratitud y desafección será difícil de olvidar».

Difícil, no imposible. También la memoria a veces se somete a la voluntad. Pero cuando después del 93 me quejaba en privado —nunca lo hice en público, que yo recuerde— de alguna fechoría de «nuestros amigos del PP», Luis Herrero me recordaba lo de los «parientes pobres» (lo hizo incluso en uno de sus libros) y citaba con cierto recochineo la sanísima doctrina liberal que extraje del suceso:

«Pero, en fin, tal vez sea mejor así, para aventar definitivamente la siniestra coyunda entre periodistas y políticos que ha desnaturalizado las relaciones entre el Poder y la prensa desde los inicios de la Transición. Bueno es comprobar que la relación de todos los políticos con el Poder es bastante parecida y que la de los periodistas independientes debe serlo también con todos los políticos, al margen de las afinidades ideológicas».

Amarga victoria. ¡Y tan amarga!

La historia de esa legislatura, desde las elecciones del 93 hasta la formación del primer Gobierno Aznar tras su modesta victoria en las del 96, la ha contado en detalle, desde su propia y privilegiada vivencia, el director de *El Mundo* Pedro Jota Ramírez en su libro *Amarga victoria*, publicado —y no es casualidad— después de la segunda victoria del PP, esta vez por mayoría absoluta, en el año 2000. No, no es casualidad que ahora empecemos a contar lo que pasó y a hacer balance de lo que nos pasó, porque los tres años últimos de González y los cuatro primeros de Aznar fueron tan precarios y tan difíciles de sobrellevar, que, hasta que las urnas no le propinaron un varapalo histórico a González y a su partido, no nos ha llegado la camisa al cuerpo. El compromiso contra quienes nos han hecho objeto de todas las atrocidades, desde la persecución laboral al descrédito personal y familiar, sin vacilar ante el asesinato civil (el núcleo de Pedro Jota), ha sido obligado y radical. Y sólo al comprobar que González tardaría en volver a La Moncloa, si es que volvía alguna vez, hemos empezado a respirar. Incluso a respirar por la herida. Porque ante un toro manso, malherido y resabiado que no dobla, las heridas de la lidia mejor ni mirárselas.

Al peligro de las campañas de descrédito de Polanco y el PSOE se añadió desde el 93, con especial virulencia, la amenaza directa del terrorismo etarra contra quienes se perfilaban como una clara alternativa de Poder en España: Aznar y los suyos. Y entre «los suyos», nada proclives a rendirse a la banda, no se distinguía o no se quería distinguir entre políticos y periodistas. A mi juicio, ése fue también un factor esencial para reanudar esa alianza estrechísima entre el PP y ciertos medios de comunicación que debería haberse disuelto, por el bien de todos, ya en 1993, pero que sólo ocho años más tarde podemos empezar a contemplar con distancia y a valorar sin escalofrío.

Dejando al margen hasta donde es posible mi propia experiencia personal, desagradablemente rica en peripecias, estoy convencido de que fue esa coincidencia del miedo al felipismo (Gobierno, Cesid, Polanco) y al terrorismo etarra (objetivo o subjetivo, por amenazas reales de la banda o por inducción del miedo desde el propio Gobierno para espantar psíquica y físicamente a los periodistas más peligrosos) lo que anudó de nuevo los lazos entre los «nuevos ricos» y los «parientes pobres» del 93. Pero la responsabilidad mayor fue de los periodistas. Los políticos habían mostrado ya que tenían una idea de la ética y de la libertad de expresión bien distinta a la que nos contaban. Pero nosotros queríamos seguir oyendo el mismo cuento para cauterizar el espanto que nos producía diariamente una realidad inhóspita, en la que tener más razón equivalía a correr más peligro. Y en la que, sinceramente, no se sabía dónde empezaba ETA y terminaba GAL o viceversa, porque entre 1993 y 1996 sus blancos coincidían.

Al recordar aquellos tiempos de amenaza terrorista, hoy reeditados, me viene siempre a la memoria la imagen de Antonio Herrero llegando a la COPE cuando aún no era de día, en un todoterreno que parecía un carro de combate, con un coche de escoltas detrás y llevando él mismo una pistola en la guantera y una escopeta sobre las piernas. Aunque no hablábamos mucho de este asunto, habíamos comentado algunas veces que lo peor no era un posible atentado sino un secuestro y que para evitarlo de verdad había que estar mentalmente preparados para morir matando. Hacerlo a tiros contra los etarras nos parecía una forma nobilísima de mudarse de Madrid al cielo, aunque el cazador infalible que era Antonio estaba convencido, naturalmente, de que él se los llevaría por delante, con sus reflejos y su buena suerte. Ahora, al entrar en la COPE, en un revuelo de escoltas, llevando auestas toda la ferretería de seguridad, me acuerdo siempre de aquella imagen de madrugada de Antonio, el hombre clave en aquella época de periodismo asilvestrado y heroico, el más valiente, el más vivo de todos nosotros. Quién podía pensar entonces que le quedaba tan poco tiempo, que iba a morir como murió.

Aznar en el Poder: desmovilización ética y fábrica de polanquitos

(...)

Si se mira con cierta perspectiva, Aznar ha repetido siempre la misma operación: tratar de crear frente al todopoderoso imperio de Polanco otro poder semejante en diversificación y envergadura empresarial, pero —y esto es clave— no en unas solas manos, no para fabricar un Polanco bis sino dos o tres polanquitos. La razón que da es la muy justa y benéfica de ampliar el pluralismo y que exista competencia real. La verdad es bien distinta: otro Polanco tendría demasiado poder, tanto como él, y Aznar no está dispuesto a repartir poder ni, mucho menos, a compartirlo. El Presidente suele repetir que él «no admite tuteladas» de ningún medio de comunicación y pone como ejemplo a evitar la pavorosa dependencia del PSOE en general y González en particular del todopoderoso don Jesús. También es un argumento plausible. Lástima que no sea tampoco del todo cierto. La «tutela» a que se refiere Aznar es que los medios que le ayudaron a llegar al Gobierno le recuerden sus promesas incumplidas de regeneración ética de la democracia, algo que le molesta horrores y por dos razones distintas aunque complementarias: le recuerdan su debilidad de ayer y apuntan siempre al control y la limitación de su poder de hoy, que tras la conquista de la mayoría absoluta empieza a parecerse demasiado al de Felipe González, tanto en el partido como en el Gobierno.

Y aquí aparece la segunda constante en su política de medios de comunicación, la menos conocida o más difícil de explicar, pero que, sin embargo, explica muchas cosas. Aznar ha tratado de evitar a toda costa que pueda repetirse con él en el Poder una situación como la de González en sus últimos años: enfrentado a unos cuantos periodistas arriscados y unos pocos medios independientes que, pese a todo su poder y la desvergonzada complicidad de Polanco, acabaron sacándolo de La Moncloa, y no precisamente bajo palio. Claro que ésa es la interpretación de González, la fábula de la «conspiración político-mediática» para acabar con el Gobierno que no resiste la comprobación de los hechos. Pese a las denuncias de corrupción, González ganó en 1993, y pese a todo lo que se publicó y se denunció sobre sus pavorosos manejos en el uso y abuso del Poder, sólo perdió por 300. 000 votos en 1996. Es evidente, pues, que las apariencias engañan y que el esfuerzo y el sacrificio de los periodistas y medios ya citados no fueron los que le privaron de la mayoría tras casi catorce años de Gobierno. Sucede que así es como el felipismo ha inventado su novela del mal perdedor. Y sucede que, de una forma incomprensible y asombrosa, instalando su complejo de derecha donde los otros exhiben su sectarismo de izquierda, los propios dirigentes del PP se la han creído. Por ese tortuoso camino o con esa retorcida excusa es como Aznar, pensando siempre en impedir que le pase a él en La Moncloa lo mismo que a González, ha concebido y ejecutado la política de dispersión y destrucción de lo que los escribas del GAL y los fariseos del polanquismo llamaron paradójicamente «el sindicato del crimen», es decir, los periodistas que descubrieron y denunciaron precisamente los crímenes del GAL y los inagotables yacimientos de corrupción del felipismo. Pero así como en la creación de polanquitos los intentos de Aznar se cuentan por fracasos, en la eliminación de periodistas y medios independientes está teniendo un éxito espectacular.

Paisajes de la Guerra Digital

Para que el «fuego amigo» de Aznar haya producido más bajas por la espalda que el fuego a mansalva del felipismo apolancado, ha debido repetirse una circunstancia paradójica: la debilidad del PP al llegar al Poder, que, como sucediera en la última legislatura del PSOE, llevó a los medios antifelipistas a respaldarlo a la desesperada. Y eso que sus incumplimientos electorales sobre medios de comunicación públicos fueron ya inicialmente de escándalo. Y su apuesta empresarial, humillante y estúpida.

Porque el empresario en el que confió Aznar al inaugurar su estadía monclovita fue ni más ni menos que Antonio Asensio, cuyo Grupo Zeta era uno de los enemigos más feroces de la alternativa popular, al menos en la prensa escrita: *El Periódico de Catalunya*, con el hipersociata Antonio Franco en la dirección, era probablemente el diario que de manera más feroz atacaba a los políticos populares y a los periodistas identificados con el PP; *Interviú* seguía en la izquierda de Quincoces Montalbán, sin hacerle ascos a nada, ni siquiera el GAL; y *Tiempo* jugó siempre la carta felipista. Pero había un medio con el que Asensio se había hecho gracias precisamente a su sectarismo antiaznarista: Antena 3 Televisión. Y burlándose de la confianza en él depositada y en contra de las promesas de libertad y continuidad que nos hizo el día en que entró de la mano de Mario Conde, procedió a negociar la inmediata salida de su antiguo amigo, entonces enemigo, Manuel Martín Ferrand de la dirección general y a la fulminante eliminación de Luis Herrero (y mía) de los informativos. Manuel Campo Vidal, otro hombre del PSOE en TVE y la SER, impuso, como comisario político en jefe, una línea informativa absolutamente contraria a la que había distinguido a la cadena hasta entonces. Desaparecieron los escándalos del PSOE de la pantalla y se borró hasta el último rastro de nuestra presencia en aquella casa con un ensañamiento verdaderamente abyecto, persiguiendo y marginando a todos los colaboradores de Luis Herrero. Milagros de la supervivencia: en aquella carrera de ratas nadie llegó el último.

Y es que dentro de la estrategia de censura ideológica y persecución política jugó además entonces — quizá lo juega siempre— un papel importante la corrupción. Corrupción era que Mario Conde comprara la cadena para que el Gobierno le perdonara su corrupción en Banesto. Corrupción parecía ya la organización de la nueva Antena 3 Televisión en torno a la propiedad de los activos de Asensio y el galopante endeudamiento de la empresa, que hacía presagiar la debacle posterior y abonaba el pelotazo o la quiebra para su insólito dueño. Corrupción la de los ejecutivos de la situación anterior, que se adaptaban a la nueva renegando de su pasado y apuñalando a sus benefactores. Y algo más que corrupción —una mezcla de industria y delito que nunca deja de sorprenderme— fue la representada por los hermanos Anson, capaces de jugar a la vez en el equipo saliente (Luis María, desde la dirección de ABC) y en el entrante (Rafael, estrecho colaborador de Asensio, que ya le anunció al propio Aznar poco antes de su desembarco cuál iba a ser el destino de Luis Herrero y mío: «Ésos, a la puta calle»). Qué pareja de tres: ellos y la comisión. Qué tíos.

Esas confianzas y discreteos conspiradores entre Aznar y los ansones, los ansones y Asensio, nosotros mismos y Aznar, deberían habernos puesto sobre la pista de lo que pasó. Pero ya digo que en este desencuentro o desengaño de la política y el periodismo tanta culpa o más tienen los engañados como el engañador. Porque cuando Aznar apostó por Asensio, nosotros, los despedidos por Asensio a las órdenes del felipismo, aunque íntimamente humillados y públicamente ofendidos, no dejamos de apoyar a Aznar. Y cuando Aznar, a través de los oficios de Miguel Ángel Rodríguez, nombró a una criatura del polanquismo audiovisual, Mónica Ridruejo, para la Dirección General de RTVE, teníamos que haber visto claro que Polanco no era para él un modelo abominable sino, de momento, inalcanzable. Sólo de momento. Y que para hacer un cesto como el de Polanco lo que Aznar buscaba eran mimbres —flexibles, verdes, anodinos, parejos —; pero que en su cestería sobraba hasta la mejor pieza de cerámica. Lo que Aznar buscaba era obediencia probada. Y nosotros sólo podíamos ofrecer fidelidad.

Pero cuando todavía estábamos tratando de asimilar la apuesta de Aznar por Asensio, éste le traicionó. Acosado por las deudas, que el Gobierno y su gran amigo de Telefónica se resistían a pagar, Antonio Asensio se echó en brazos de Polanco y le cedió los derechos del fútbol que, pacientemente, con la ayuda perspicaz de José María García, había ido firmando poco a poco a diversos clubes de Primera División. Polanco se hacía así con el monopolio del fútbol televisado de pago, lo que le convertía en dueño de un verdadero manantial de millones que le permitía comprar el medio que le apeteciera aunque fuese para cerrarlo, como ya había hecho con Antena 3 Radio. Desde el PSOE, con González al frente, no se recataban en decir que esa derrota era el anuncio del final del brevísimo periodo de gobierno aznarista entre el felipismo del reciente pasado y el inmediato porvenir o, para ser precisos, por volver. No fue una ilusión óptica o política. Todos lo veían así y obraron en consecuencia. Todos dieron por hecho en esas electrizantes Navidades que el PP ganaba o perdía el Gobierno para toda la legislatura o «para los restos» antes de Semana Santa. Todo o nada, a cara o cruz.

Aznar llamó entonces en su ayuda a los ex combatientes de la prensa, a los jubilados forzosos del antifelipismo en la radio, a los ostentosamente marginados en la televisión controlada por el nuevo Gobierno, la pública y la privada. Los «parientes pobres», los despreciados en la nueva situación porque, según decían varios ministros y lacayos monclovitas, sin cortarse un pelo, nos habíamos «significado demasiado» en la defensa del PP (¡o sea, la suya!) y no dábamos una imagen suficientemente «centrista», fuimos llamados a Moncloa con el afecto de ayer y la impaciencia de hoy, con ceniza en el cogote y sayal sobre la púrpura. Se nos pidió perdón por no haber visto claro quiénes eran los verdaderos amigos, no del Gobierno, sino de la libertad. Se nos juró que de esa lección no se olvidarían nunca. Se nos dijo también que nosotros tampoco habíamos calibrado bien la debilidad de su minoría parlamentaria y no comprendíamos que tenían que hacer concesiones que a ellos mismos les repugnaban... Total, que se nos dijo lo que queríamos oír y se supone que podíamos creer. Y otra vez nos vimos frente a Polanco y el PSOE y al lado de Aznar y su Gobierno. La guerra fue larga, los desperfectos, enormes y las bajas, cuantiosas. Pero finalmente, con Asensio entrando y saliendo de las alianzas como en un vodevil color de dólar, con el Gobierno artillando un frente en torno a TVE y a Telefónica, y con los antifelipistas veteranos de la COPE y *El Mundo* corriendo con el desgaste diario, la Guerra Digital, por agotamiento de ambas partes, llegó a su fin. Por lo menos se empató. Y después de las tablas, en vez de Asensio, apareció Juan Villalonga como el nuevo Polanco de Aznar. En torno a la primera compañía española iba a construirse el primer grupo multimedia español, o eso decían.

La muerte de Antonio Herrero y el fin de una época

El invierno del 97 fue muy distinto al del 96. Todavía conmocionados por los mamporros de la Guerra Digital, se produjo una verdadera cascada de sucesos, entre esperpénticos y trágicos, que debilitó dramáticamente al grupo de periodistas más sólido de cuantos habían apoyado a Aznar contra el felipismo y, en medio de una crispación terrorífica, hizo desaparecer al hombre que empezaba a convertirse en la obsesión

particular de Aznar. Dados los límites de este ensayo, no entraré en detalles. Tiempo habrá. Pero señalaré los hitos de aquel «invierno de nuestro descontento»: «Pacto de la Academia» entre Anson y Cebrián, que acarrió mi salida de *ABC*; aparición del vídeo contra Pedro Jota, tratando de quitarlo de la dirección de *El Mundo* o del mundo, sin más; campaña contra Antonio Herrero por el «caso Monica Lewinsky» para echarlo de la COPE; campaña contra Luis Herrero por su programa de debate en Televisión Española; campaña de Luis María Anson contra sus ex amigos de la AEPI (el «sindicato del crimen» según Cebrián y los abogados periodísticos del GAL) denunciando una «conspiración político-mediática» para sacar del Gobierno a Felipe González mediante una campaña de difamación, ya que no se le podía ganar en las urnas; más campañas del PSOE, *El País* y la SER contra Antonio Herrero, lo mismo calumniando a su padre muerto que adjudicándole supuestos negocios ilegales en Marbella, que luego los tribunales ratificaron como perfectamente legales; campañas de televisión comparando a José María García con Hitler, y así sucesivamente.

Paralelamente, Villalonga le había pedido a Luis Herrero que se encargase de la dirección de informativos de Antena 3 Televisión. Además del desquite, era una posibilidad de romper el cerco que se estaba cerrando en torno a la COPE, singularmente a Antonio, y éste mismo le aconsejó que aceptara la oferta. Pero entonces llegó el veto de la mismísima Moncloa, o sea, de Aznar, negándose a que los naufragos del «antenicidio» pudiéramos salvarnos de ese cerco de aniquilamiento «en comandita», como le gustaba decir al presidente del Gobierno. La consigna primera del Presidente con respecto a nosotros, los que el polanquismo llamaba «sus amigos», había sido la dispersión. Pero se radicalizó en lo que respecta a Antonio Herrero, que en esos meses de invierno y primavera había hecho frente, con su valor y generosidad habituales, a todas las campañas: las denuncias de la «conspiración» en la prensa de Asensio; las del PSOE y Polanco contra él; el acoso del PSOE contra Luis, y, encima, el vídeo contra Pedro Jota.

El día 1 de mayo por la noche, Luis y yo supimos fehacientemente que Aznar no soportaba que Antonio Herrero siguiera haciendo en su programa lo que siempre hizo, es decir, lo que creía que debía hacer y de la forma que le parecía. Pero Aznar se quejaba ya sin motivo, porque Antonio nunca volvió a ponerse ante el micrófono. Al día siguiente, 2 de mayo de 1998, a primera hora de la tarde, Antonio, nuestro Antonio, murió en un accidente de submarinismo deportivo. Le estalló una úlcera sangrante de estómago que sin duda se había agravado en aquellos meses de máxima tensión. Sobrevino entonces un periodo de luto y de reproches. Unos, descompuestos, como los de García contra Aznar por no acudir al entierro. Otros, los de Luis Herrero y míos, tratando de recomponer la COPE, que había perdido a Encarna Sánchez un año antes y que ahora se quedaba sin su puntal informativo básico: Antonio Herrero.

Forzado Luis Herrero a hacerse cargo de *La mañana* —Luis no quería de ninguna manera pero le forzamos entre todos— y, meses después, yo de *La linterna*, el del 99 fue un año de estiaje y melancolía. Villalonga empezó a entenderse con Polanco para que no atacara a su compañía y acabó enfrentándose violentamente con Aznar desde los propios medios de comunicación de Telefónica, encargados a personajes inquebrantablemente leales al Presidente... hasta que le mandaron insultarlo. Lo hicieron sin vacilar. Pero pese al desgaste, Aznar consiguió la onerosa caída de Villalonga. Segundo polanquito ahogado.

Aznar echó entonces a flotar dos polanquitos más, con el respaldo activo de la nueva estrella del Gobierno Josep Piqué: José Manuel Lara, heredero del imperio Planeta, que tiene la televisión por cable, participa en otra televisión en abierto y al que se le ha concedido una radio digital; y Nemesio Fernández-Cuesta, nuevo presidente de Prensa Española, a quien el Gobierno le ha concedido una licencia de televisión en abierto, otra de radio digital y, según él, le ha confiado el proyecto de desembarcar en la COPE para hacerse con la gestión, controlar férreamente a los profesionales y conjurar así definitivamente el fantasma, entiéndase, el ejemplo, de Antonio Herrero.

Podría contar cómo en un primer momento desde La Moncloa trataron de convencernos —y en parte, ay, lo consiguieron— de que la asociación o confederación de COPE y *ABC* era una forma natural de darse mutua fortaleza empresarial y blindar la libertad de los profesionales en dos medios que compartían un mismo público, una ideología semejante y una relación con el Gobierno que ése deseaba óptima. Podría dar detalles sabrosísimos sobre mi vuelta al *ABC* en andas, casi en brazos de Nemesio, que a su vez entró en el accionariado de COPE gracias a los buenos oficios de Luis Herrero. Podría recordar momentos estelares en la Historia del Bochorno Ideológico y capítulos enteros de la enciclopedia de la Iniquidad Periodística. Pero, en fin, tiempo habrá de todo, cuando sobre tiempo. Baste consignar que antes de cumplir seis meses dentro yo había tenido que salir de *ABC* por un ataque de celos del nuevo director Ótelo Zarzalejos; que Nemesio había apalabrado un paquete de acciones de COPE a Juan Abelló a espaldas de la Iglesia y de Luis Herrero, que aún no se lo cree; que desde el Gobierno se alentó el fichaje de José María García por Telefónica, antes y después de Villalonga, hecho que resucitó a Onda Cero y dio otro golpe mortal de necesidad a la COPE. Y, lo más importante: que Aznar no parecía preocupado por que se impusiera el control de Nemesio o de cualquiera sobre la COPE, sin temor a la desbandada de los profesionales. En rigor, lo deseaba para provocarla.

En fin, por resumir, la situación en el mundo de la radio sólo cuatro años después de que el flamante presidente del Gobierno nos invitara a comer en Moncloa a García, Antonio Herrero, Luis Herrero y a mí para pedirnos personalmente ayuda en su lucha contra la concentración de medios de comunicación, es aproximadamente pavorosa. Si Aznar se sale con la suya de acabar con lo que la COPE ha significado hasta hoy en la opinión española, bien para convertirla en altavoz de ABC o subsumirla en Onda Cero, bien para arruinarla y cerrarla; y si, tras ese éxito liberal y democrático de Aznar, por cualquier causa de fuerza mayor se adelantaran las elecciones y ganara el PSOE, éste dispondría, sólo en la radio, de la cadena SER y asociadas, Radio Nacional y asociadas y la cadena de Telefónica, llámese Onda Cero, COPE a cero o Cerocope, y asociadas. ¿Qué habría enfrente? Nada. Pero en Moncloa podrían sonreír, porque tampoco habría nadie. El sueño de Felipe González lo habría convertido en realidad José María Aznar.

Podríamos añadir infinidad de datos y de detalles para completar este análisis y para respaldar este fúnebre presagio sobre la ausencia de pluralidad futura en la radio española. Pero lo ya citado puede bastar para entender algunas cosas que nadie entiende y otras que empezamos a entender algunos cuando acaso ya sea demasiado tarde para remediarlas. Pero está en nuestra mano hacerlo. O, al menos, está en nuestro ánimo intentarlo.

El incipiente dogma de la infalibilidad de Aznar

Los que fuimos injuriados y perseguidos por denunciar el despotismo fehpista desde sus orígenes y que, si renunciamos a la modorra intelectual y a la pensión de ex combatientes, seremos muy probablemente perseguidos e injuriados por denunciar el naciente despotismo aznarista, con su escuela de servilismo y su secuela de corrupción, tenemos contraída una deuda de eterna gratitud con Justino Sinova y Guillermo Cortázar, editores de *España. La segunda transición* y *La España en que yo creo. Discursos políticos (1990-1995)*, ambos firmados por el hoy presidente del Gobierno.

Porque es muy posible que si finalmente se implanta lo que, parodiando la sátira de Azaña sobre Primo de Rivera y la «infalibilidad del sable», podríamos llamar «el incipiente dogma de la infalibilidad de Aznar», algunos tengamos en un futuro cercano que justificar ante los jóvenes españoles cómo y por qué le apoyamos tan resueltamente para instalarse en el Poder, donde, como dijo él mismo citando a Von Mises, «se alberga la semilla del mal». Gracias a la conservación en esos libros del discurso político de Aznar en la oposición, imbuido del más acendrado liberalismo, podremos negar toda responsabilidad de origen en la repetición de los disparates y atropellos del felipismo por parte de un aznarismo que sólo se diferenciará de él por el bigote del ídolo y los apellidos de los idólatras. Esto último, en la hipótesis más halagüeña. E improbable.

Ojalá podamos entonces decir, con su discurso en la mano y si es que nuestro comportamiento intelectual no nos obliga a un prudente y sonrojado silencio, que los argumentos utilizados por Aznar para atacar, con nuestra modesta ayuda y en nuestra limitada proporción, los abusos de González eran, son rigurosa, angustiosa y absolutamente válidos; y lo prueba que siguen siéndolo contra cualquier abuso de poder y contra el fatal endiosamiento del inquilino de La Moncloa, llámese Felipe o José María. Podremos, en fin, explicarnos y defendernos con esta frase de Aznar que en su día, el 25 de noviembre de 1994, oímos, sentimos e hicimos nuestra, y que igual que termina podría haber encabezado estas páginas: «Nuestra acción se alimenta de convicciones, de principios básicos que guían nuestras decisiones, y cada uno de nuestros movimientos viene orientado por un conjunto preciso de objetivos que constituyen el núcleo último de nuestra actividad política. Cuando éstos se pierden, el fin primordial de la obra política queda condenado a su mínima expresión, a la sola conservación de un mero poder personal».

Dixit, et salvavi animam meam.

Este ensayo, publicado en el número 8 de *La Ilustración Liberal* a finales de abril de 2001 puede leerse completo en mi libro *Con Aznar y contra Aznar* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2002, pp. 310-337). Y lleva como apéndice esta brevería publicada en *Libertad Digital* el 16 de septiembre de 2002 y que no llegó a tiempo a la imprenta:

Nota male: según los últimos datos publicados, en diciembre de 2002 se consagrará legalmente el aplastante dominio de Polanco en todas las áreas de la comunicación nacional. José María Aznar, que presumía tras la mayoría absoluta de 2000 de haberla conseguido a pesar de la feroz campaña en contra de El País y la SER («la guerra civil ha terminado», dijo), va a otorgar al hombre más rico y poderoso de España una

posición de privilegio que destruye cualquier posibilidad de competencia en la televisión, de pago y en abierto. El Gobierno del PP permitirá que Polanco absorba Vía Digital y se quede con el monopolio del fútbol y el cine, además de cambiar la legislación vigente para que Polanco pueda conservar también Canal + y su canal ilegal Localia, así como el posible acceso al accionariado de cualquier otra cadena de televisión, para lo que está en marcha una reforma de la Ley. De este modo, Polanco, a la tercera (tras el pacto de Nochebuena con Asensio en 1996 y con Villalonga en 1999), gana de forma aplastante la batalla por el futuro de la comunicación española. Aznar ha deteriorado gravemente o destruido prácticamente todas las alternativas al polanquismo en prensa, radio y televisión. La tropa polanquista ha cumplido sus últimos objetivos financieros. La Guerra Digital ha terminado.

Capítulo VIII

MÁS SOLOS TODAVÍA: LA COPE CONTRA EL «DREAM TEAM»

Si en la temporada 2001-2002 las cosas fueron de mal en peor pero con lentitud, vivaqueando en la ruina y sobreviviendo en los rastrojos, en la temporada 2002-2003 el ritmo se aceleró y la COPE debería haberse rebautizado Radio Murphy, porque todo lo que nos pasaba parecía inspirado por esa famosa ley que asegura que si cae al suelo una tostada untada de mantequilla lo hará siempre por el lado de la mantequilla. Lo más sobresaliente entre lo malo y, aparentemente, lo peor, fue la defección de Pedro Jota, que se pasó con postes y periódico a Onda Cero. Todo sucedió de golpe, justo al comienzo de la temporada, se escenificó en rueda de prensa el viernes 7 y pasó a las hemerotecas al día siguiente, el 8 de septiembre de 2001, cuando la portada de *El Mundo*, en papel y en Internet, traía como auténtico titular de apertura una ancha columna en la parte derecha que a modo de capitel mostraba una foto de Victoria Prego sentada y sonriendo felicísima en un ancho sillón, del que José María García ocupaba un brazo, Luis del Olmo el otro y Carlos Herrera aparecía, medio sentado medio enhiesto, posado en el respaldo de medio perfil. El titular resultaba llamativo, inequívoco, apabullante, estrepitoso y, para la COPE, aparentemente letal: «Onda Cero, el "Dream Team" de la radio española».

El primer sumario bajo el capitel gráfico y el titular me afectaba directamente: «Victoria Prego dirigirá *La brújula del mundo*, de 20. 00 a 23. 30 horas, con Antonio Jiménez de director adjunto y la participación habitual de Pedro Jota Ramírez». Dicho en pocas palabras: frente a *La linterna* iba a tener a *El Mundo* en pleno. Sencillo.

El segundo sumario afectaba al conjunto de la cadena y muy especialmente a Luis Herrero: «Completará una formidable parrilla diaria con Luis del Olmo por la mañana, Carlos Herrera por la tarde y José María García desde la medianoche». Estimulante.

El tercer sumario incluía los números de la pedrea que debería hundir nuestro frágil tejado: «El director general, Fernando Onega, presentó ayer la apuesta de la emisora por el liderazgo, con Javier Algarra en los informativos y Concha García Campoy y Javier Gurruchaga entre sus puntos fuertes». Reconfortante.

En la casa, obviamente, no lo veían igual. El siempre frágil y asustadizo mundo del dinero, es decir, el área comercial, yacía sumido en la depresión más honda. Los ejecutivos, con don Bernardo, Rafael Pérez del Puerto y Jenaro González del Yerro al frente, cuando los veías por un pasillo, parecían salir de un funeral. Yo le decía a Luis:

—Oye, tienes que subir a la planta segunda: han puesto de música de fondo el Réquiem de Mozart. Al menos se preparan para bien morir según los cánones.

—Sí, sí, tú riéte. Pero antes de morir ellos, nos enterrarán a nosotros.

—La ventaja que tenemos esta temporada, Luis, es que el nicho de la COPE no es muy apetecible que digamos. Estaremos muy cómodos.

—Ja. No sabes la de gente que querría un programa aunque fuera el último año.

Luis estaba indignado, sobre todo, con «la traición de Pedro Jota». Pero aunque tuviera razón, me costaba criticar a Pedro. Hacía poco que me había recogido en *El Mundo* tras lo de *ABC*, y me sentía como uno más de aquella saga de novilleros desamparados que inauguró El Niño de las Monjas y clausuró El Niño del Hospicio.

—Tú no riñas mucho, Luis. Puedes acabar en su radio como yo en su periódico.

—¿Pero tú has visto lo que dice ¡EL! ¡EL! de Luis del Olmo? —y agitaba el diario.

Tuve que verlo. Efectivamente, la frase entresacada de la entrevista y el retrato eran como suele ser la propaganda de Pedro: incondicional, estrepitosa y eficaz. Total, ¿quién se acuerda mañana del periódico de ayer? La frase del otro Luis decía: «A los oyentes talibán, a los oyentes del terror les quiero decir que no vamos a quitar el pie del acelerador y que ellos también están en nuestro punto de mira. (...) Les lanzaremos bombas de tolerancia y convivencia».

¡Quién podía pensar que quien entonces llamaba talibanes a los etarras iba a llamarme talibán a mí pocos años después! Pero sería injusto pensar que el locutor berciano confunde deliberadamente, en su argénteo madurez, a los terroristas con las víctimas del terrorismo. Es sólo escasez de vocabulario, falta de guión y no mala fe.

A Luis lo de la fe no le importaba en ese momento lo más mínimo. Recitaba:

—«Este maestro indiscutible de las ondas y animal radiofónico que afronta su vigésima octava temporada de *Protagonistas* como líder absoluto de la mañana y con más de ocho mil programas emitidos a sus espaldas afronta el nuevo curso como un gran reto: "Jamás había tenido la oportunidad de trabajar con una parrilla tan completa y con la plantilla más completa de la historia de la radio. Si no conseguimos el liderato ahora es para que nos la corten"».

—Se la cortarán, Luis. Aunque consiguieran el liderato, que no lo conseguirán, se la cortarán.

—Lo de animal radiofónico, como sátira, pase, pero llamar «maestro de las ondas» al tío que hace un año echó de su tertulia a Casimiro y todos los de *El Mundo* cuando su periódico denunció el trinquete de Villalonga, ¡tiene narices! Eso, por no recordar su comportamiento cuando lo del vídeo. Pero ¿y qué me dices del «hombre de COPE»?

El «hombre de COPE» era Carlos Herrera, que se había definido así en la penosa y ya relatada exploración encargada por don Bernardo al propio Luis en mi presencia.

—Reconoce, Luis, que, para venir de Miami, no puede estar más discreto.

Y lo estaba. El único de aquel *team* que iba a sobrevivir al *dream* de Pedro J. Ramírez se hacía casi invisible en aquella epopeya dolby stereo con sensurround: «La voz y la personalidad de uno de los grandes comunicadores (aunque él sigue prefiriendo el término locutor) que ha dado la radio española en los últimos años vuelve a las ondas después de un año de relativo silencio y lo hace para tomar las riendas de la programación de tarde de Onda Cero. "No vengo a inventar nada. Vengo a continuar el buen trabajo que ha desarrollado Marta Robles (*A toda radio*). La tarde es un territorio que no he explorado y es un reto para mí". La cadena le ha dado todas las facilidades para confeccionar el programa y dice que "si éste no funciona, la culpa será exclusivamente mía. (...) La radio por la tarde está necesitada de un cierto calor". Respeta a sus competidores pero tratará de superarlos "con todo cariño"».

—Fíjate qué cariñoso, Luis. Yo debería tomar ejemplo.

—O sea, traidor colaboracionista, que no descartas colaborar con él. Uno en *La mañana* y el otro en *La linterna*. ¡Qué bonito!

—Oye, que el que juega todas las semanas al pádel con Pedro Jota eres tú, no yo.

—Sí, pero al que le hace la competencia no es a mí, es a ti. Mira, mira lo que dice tu periódico de tu competidora en *La brújula*, Victoria Prego. Siéntate y escucha: «"Yo pretendo poner mi experiencia y mi talante al servicio de un informativo que convoque al oyente y que lo que les contemos o les sugiramos sea verdad". Esta declaración de principios de la nueva directora y presentadora del buque insignia de los informativos de Onda Cero, *La brújula* (a partir del lunes *La brújula del mundo*), marca uno de los objetivos de su programa, que es ofrecer una visión plural, libre y detallada de la actualidad del día, tarea en la que contará con el oficio y la solvencia de Antonio Jiménez y con el trabajo y el esfuerzo del equipo de informativos que dirige Javier Algarra».

—Hablando en serio, Luis. Aparte de lo del gigante con los pies de barro, el caballo de Troya, el enemigo en casa y demás metáforas bélicas, tú ¿cómo lo ves?

—¿Lo tuyo? Si de ocho a nueve y media dan información, o sea, mucha crónica, corresponsal y pinchacito local; y si de nueve y media a diez ponen economía justo cuando tú terminas, es que dan por perdidas las dos primeras horas o lo dejan en manos del arrastre de Carlos. Limitan la lucha real contigo a la tertulia, de diez a doce. A ver si con García consiguen lo que García solo no ha conseguido. Pero no te engañes, Fede, esto es mucho más peligroso. Es cuña de la misma madera.

—De eso nada.

—Victoria, no. Pero Pedro Jota, desde luego que sí.

—Bueno, jugaremos el partido y al final ya veremos el marcador.

—El marcador lo habrán comprado también.

—Ahora Gimeno y compañía dicen «esponsorizado».

—No, no; comprado, comprado. Si yo fuera el EGM, salía a Bolsa.

—A propósito: ¿qué dice nuestro amigo García?

—Escucha, escucha el retrato de nuestro amigo: «Su lucha incansable por conseguir la primicia, su profesionalidad y valentía a la hora de denunciar corruptelas e irregularidades, junto con un estilo inconfundible de comunicar, han convertido a José María García en un referente de la radio deportiva en España. El secreto, como el propio periodista ha reconocido en numerosas ocasiones, radica en no bajar nunca la guardia, llamar a las cosas por su nombre y trabajar siempre algo más que los otros. Y ahora, de cara a la nueva temporada, y ante el nuevo proyecto de programación de Onda Cero, García no ha puesto impedimentos para que su programa se retrase media hora en beneficio de *La brújula del Mundo*. Ante el reto que supone el nuevo curso para la cadena (ser líder de la radio en España), declara: "Estoy muy ilusionado porque hay que ser muy burro para no ilusionarse con lo que tenemos". Al casi siempre polémico periodista, lo mismo que no le duelen prendas a la hora de criticar determinados comportamientos de los dirigentes de la cadena ("a veces nos tocan las pelotas con gilipolleces"), tampoco duda a la hora de reconocer los valores de esas personas: "Mi equipo y yo tenemos una libertad absoluta y total y ésta es la forma de construir"».

—¿Pero tú crees que si no le han dado cancha a García se la van a dar ahora?

—La cuestión es si le van a dar Onda Cero a Pedro Jota o no se la van a dar.

—¿Y tú qué crees?

—Yo creo que el Faraón no se fiará nunca de él.

—Ni de él ni de nadie. Pero sería lógico y normal. Y no sería lo peor.

—¿Y quién dice que la política de medios del Faraón y del PP sea lógica?

—Ah, no sé. Eso, los que coméis en Moncloa y le tomáis el pulso a la esfinge.

—¿Estamos celosos a estas alturas?

—No. En el pecado llevas la penitencia. Pero ¿cómo decías antes? ¡Ah, sí!
¡Colaboracionista! ¡Traidor!

—Vale, pero te he conseguido un despacho para dormir la siesta *Al tran tran*.

—¿Con un sofá como el tuyo?

—Incluso mejor.

—Con que sea igual me conformo. Bueno, me voy a hablar con mi nuevo socio.

—Ya verás como eso funciona, Fede.

—Vosotros sois los que entendéis de radio. Pero la verdad es que a mí eso del «tran tran», ni me suena ni me va.

—Funcionará, ya lo verás.

Mi fracaso en la tarde, solo y en compañía de otros

Efectivamente, nos estrellamos. No he tenido fracaso más estrepitoso que el de esa idea que se le ocurrió al propio Luis para contrarrestar la vuelta de Carlos Herrera a La tarde: ponernos juntos a Abellán y a mí para tratar de subsanar el agujero negro en que se había sumido la audiencia de cuatro a ocho, en el antiguo reino de Encarna Sánchez. La fórmula era aparentemente sencilla: se trataba de mantener una continuidad de cadena, basándose en la consolidación ya conseguida en *La linterna* y ampliándola a *El tirachinas*. Cualquiera podría pensar que despreciamos el aviso del refrán: «Casa con dos amos, mala es de guardar».

Pero creo que más bien incurrimos en el error de olvidar otro no menos sabio: «El ojo del amo engorda el caballo». Y allí no había amo.

Aunque la idea fue de Luis y el primero en acogerla con entusiasmo fue Abellán, el que debía mantener el hilo de continuidad con lo que venía después, que era *La linterna*, tenía que ser yo. Pero aunque disciplinado hasta el sacrificio (cosa que mejoró mis relaciones con Luis), yo nunca me sentí ni director, porque no lo era, ni tampoco codirector, porque Abellán dejó de considerarse así muy pronto. Cuando vio, antes que yo, que aquello no funcionaba, empezó a desaparecer del directo por arte de birlibirloque. Y como yo soy un inútil en ese arte, tan necesario en los medios cuando las cosas se tuercen, me encontré a los pocos meses al frente de un programa en el que no estaba al frente, en el que ni creía yo ni creía la casa. Y que, encima, arruinaba mi precario equilibrio político-neuronal.

Para colmo, aquella había sido la única novedad en la «Temporada Murphy» de la COPE, cuya presentación, frente al «DreamTeam» de Onda Cero Jota, fue bastante patética. Presumimos de independencia, porque la teníamos, pero de poco más. Facilitó un poco las cosas que Pedro le pidiera dos tertulianos al PSOE, éste designara a Julia Navarro y María Antonia Iglesias, el Gobierno los vetara y Pedro Jota aceptara el veto.

Sin embargo, la creación de una supuesta alternativa multimedia al imperio de Polanco tuvo un efecto milagroso casi instantáneo. Desde ese momento dejamos de ser para la progresia los malos de la película y pasamos a ser esforzados «profesionales». Así reseñaba *elpaís.es* nuestra presentación de la nueva temporada 2001-2002:

Los profesionales de la COPE critican el «Dream Team» de Onda Cero

Tienen dinero pero no libertad, dicen

R.G.G. Madrid. 28-09-2001. Los directores de los principales programas de la COPE arremetieron ayer contra sus competidores de Onda Cero, y en especial contra los periodistas que hasta hace poco trabajaban en la propia COPE. Los dardos apuntaron contra el autodenominado «Dream Team» de la radio de Telefónica Media (Luis del Olmo, Carlos Herrera, Victoria Prego y José María García), una empresa «que tiene bastante dinero pero muy poca libertad». Durante la presentación de la temporada 2001-2002, los profesionales de la COPE dedicaron casi más tiempo a hablar de Onda Cero que de sí mismos. Luis Herrero, conductor de *La mañana*, abrió el fuego para dejar claro que el «"DreamTeam", equipo bautizado en Onda Cero y patrocinado por el diario *El Mundo*, jugaba hasta hace poco en la COPE». En referencia al conflicto entre la radio de

Telefónica Media y *La brújula del mundo* dijo que «los grandes defensores del pluralismo y la libertad tienen problemas para encajar algunos contertulios por el veto del Gobierno». Y recordó que tanto María Antonia Iglesias como Julia Navarro, las «manzanas de la discordia» de las presiones gubernamentales, trabajaron en la COPE.

Federico Jiménez Losantos, responsable de *La linterna*, levantó la bandera de la independencia en la radio de la Conferencia Episcopal y dijo que en Onda Cero «ponen y quitan las tertulias según el comisario de turno». Jiménez Losantos hace esta temporada doblote al presentar en la tarde *Al tran tran* junto a José Antonio Abellán, quien sigue al frente de *El tirachinas*.

En la Cadena 100, Alfonso Arús conduce el madrugador *La jungla*. Procedente de Onda Cero, se felicitó por pasar «de cero a cien», y dijo que aceptó la oferta por no salir a antena detrás de *Supergarcía*. «García acaba cuando quiere. Había días históricos en los que mi programa duraba tres minutos», dijo con ironía. También lamentó que Onda Cero no le permitiera decir adiós a su audiencia, «cuando García se estuvo despidiendo de la COPE durante tres meses».

El consejero delegado de la cadena, Rafael Pérez del Puerto, abogó por una programación «entretenida, joven y dinámica». Aseguró que la participación del Grupo Planeta en el accionariado de la COPE «no afectará a los contenidos y a la gestión, que seguirá en manos de la Conferencia Episcopal».

Cito la reseña completa para que el avisado lector pueda comprobar que aquellos meses fueron los únicos en muchos años, tanto antes como después, en que el Imperio polanquista nos trató de forma bastante aséptica, distante y casi respetuosa. La razón era evidente: su enemigo de verdad era Telefónica Media (luego rebautizada Admira) y la pequeña COPE, además de no ser ya enemigo, suponía un factor de desgaste para Onda Cero y *El Mundo* que los medios polanquistas y asimilados no dejaron de aprovechar cuando tuvieron ocasión. Pero aquélla fue la primera y última vez que nos dio la risa:

—¡No te lo vas a creer, Fede! ¡Una crónica completa de Polanco sobre nosotros y ni una sola descalificación, ni profesional ni política!

—¿Tampoco personal? ¿Ni siquiera familiar?

—Tampoco. Ni un solo adjetivo. Nada.

—Eso no puede ser. O nos hemos muerto o algo hemos hecho mal, Luis.

—¡Pobres de nosotros! Que, después de García, Pedro Jota se ha ido también a Onda Cero. Y éstos les preocupan más. A nosotros nos usan para fastidiarlos un poco.

—No es que sea una situación muy airosa. Pero, a cambio, los obispos vivirán en paz una temporada. Y nos dejarán tranquilos también a nosotros.

—Eso, hasta el próximo EGM. Pero, de momento, paz total.

—Es la gran ventaja de ser pobre, Luis. Los ricos no te tienen envidia.

—¡Qué cierto es eso, oh, Kalíkatres sapientísimo!

Vanidades, rivalidades, mal ambiente y un curioso mecanismo de supervivencia

El ambiente en la COPE durante aquella temporada pasó de tradicionalmente

desagradable a francamente irrespirable. Durante el primer trimestre, a juzgar por las charlas de pasillo, despacho y corrillo, nuestra única tarea era esperar el primer EGM con los resultados de audiencia del «DreamTeam» de Onda Cero, para comprobar si la COPE estaba abocada a un naufragio inmediato o íbamos a ahogarnos poco a poco. En cualquier caso, el destino final de la cadena, según todos los doctores, forenses, adivinos y arúspices, era la morgue. Visto hoy con cierta perspectiva, la que yo no tuve entonces, creo que el fracaso de *Al tran tran*, aunque fuera relativamente rápido y casi indoloro (no teníamos audiencia en la tarde, intentamos una solución extraña y no funcionó), tuvo efectos bastante serios, mucho más graves de lo que podíamos pensar o asumir. El peor fue el distanciamiento de los directores de grandes programas cuyo núcleo esencial formábamos Luis, Abellán y yo, que en realidad era lo único que podía mantener viva la cadena en vez de firmar o antes de aceptar resignadamente el certificado de defunción.

Como empresa atípica, la COPE resultaba indestructible si los programas iban bien y si los comunicadores tenían claro un proyecto común de supervivencia, porque las crisis parciales que solían provocarse por reacciones políticas a tal o cual programa eran inevitablemente dilatadas en su solución, mitigadas por tanto en su virulencia y, al final, desactivadas por consunción temporal. Si el presidente del Gobierno, el jefe de la oposición o cualquier jerarca de tribu autonómica, antropófago o vegetariano, pedía mi cabeza o la de Luis en el mes de febrero, amenazando con cerrar las emisoras existentes (con una excusa técnica, por supuesto) o con negar nuevas concesiones necesarias para mejorar la cobertura técnica y comercial, esa amenaza provocaba, como es lógico, un efecto negativo inmediato. Pero si el efecto no tiene efecto, si tarda mucho en llegar cualquier reacción de la empresa, sea para decapitar al decapitable, sea para ponerle un collarín ortopédico, la presión se diluye y la tormenta acaba por desaparecer.

Comprender este curioso mecanismo de reacción basado en la inacción resulta fundamental para entender el milagro de la supervivencia de la COPE en todos estos años. Si la radio vive al minuto, el político vive al día y, si en febrero ha armado el gran escándalo por lo que sea, cuando llega el mes de abril, con algunas elecciones siempre pendientes, con los líos habituales con la oposición y las sempiternas intrigas dentro del propio partido, seguramente ni se acuerda de por qué montó aquel escándalo en febrero. ¡Ha pasado tanto tiempo! En esos dos meses seguro que le ha hecho el mismo comunicador al mismo político otra más gorda o, al revés, ha alabado alguna iniciativa suya compensando balsámicamente su irritación anterior o han comido y estuvieron tomando copas hasta las seis de la tarde, cada vez más amigos, o se ha peleado con otro comunicador que critica aún más al mismo político, mérito apreciadísimo por todos los gabinetes de prensa. O ha caído el político. O se ha ido el comunicador. O vaya usted a saber.

El caso es que como la Iglesia en general y, por tanto, también la Conferencia Episcopal tienen una lentitud que podríamos llamar estructural, porque sus tiempos no son, ni para bien ni para mal, los mismos que para el resto del mundo, en lo que tarda en tomar una decisión sobre cualquier crisis, normalmente, la crisis ya ha pasado. Puede haber otra peor en ciernes o haber estallado en ese momento. Es incluso probable. Pero según el orden del día de la reunión ejecutiva, que tanto cuesta pactar, lo acordado era tratar ese día aquella crisis que parecía gravísima en febrero pero que —¡oh, milagro!— ya se ha olvidado en junio. ¿No será mejor, pues, dejar para septiembre, o sea, octubre, el debate sobre la crisis última? Sin duda. La experiencia amerita la prudencia. Así que también se deja pasar. Y pasa. Pasa que no pasa nada, pero pasa. Y así vamos pasando. «Porque lo nuestro es pasar», escribió Antonio Machado. Porque «sólo lo fugitivo permanece y dura», escribió Quevedo. ¡Qué tertuliano, por cierto, se perdió la COPE! Si en vez de poeta hubiera sido Papa, a lo mejor ni siquiera se habría perdido el latín.

Pero cada gran programa de radio, sobre todo en época de crisis, se convierte en un mecanismo de supervivencia autónomo. Y los de la COPE, urgidos por la premura de evitar su defunción, no compartían la tranquila lentitud episcopal en resolver los asuntos de este mundo perecedero. Querían, queríamos, no perecer. Y empezamos a correr como pollos sin cabeza. El fiasco de la tarde, aunque no nos llevó a reñir, produjo inevitablemente un distanciamiento entre Abellán y yo, sin que nunca nos reuniéramos para ver qué es lo que había fallado, ni con Luis, ni con la casa, ni nosotros dos: nadie. Yo me concentré en desarrollar el proyecto liberal a través de *La linterna*, porque si bien no me creía el nivel de alarma roja o amenaza negra de las buhardillas ejecutivas de la casa que me transmitía cada pocas semanas Luis Herrero, estaba más que harto de pellizquitos de monja. Llegué a una conclusión: si querían echarme, que me echaran; y si no, que me dejaran en paz. Por otra parte, los datos de audiencia y los signos de influencia eran buenos. El prestigio del programa entre lo que podríamos llamar la base liberal-conservadora seguía creciendo. Y en un proceso acelerado tras el 11-S comenzó un fenómeno cuya magnitud no sospechábamos: el gran salto de audiencia de *Libertad Digital*.

En realidad, el 11-S cambió el análisis político de toda la política internacional y condujo en pocos meses a la reorganización de los grandes bloques ideológicos y políticos desdibujados tras la caída del Muro. La izquierda supo reciclar el más rancio antiamericanismo del 68, se agrupó frente a Washington, con Francia y Alemania a la cabeza, y formó una especie de cinturón protector en torno al islam prácticamente idéntico al que durante la guerra fría había forjado en torno a la URSS. Entrenados en la mentira revolucionaria, la ceguera voluntaria, el disimulo informativo o la abierta apología del gulag y el desprecio moral a los cien millones de muertos del comunismo, los izquierdistas viejos y nuevos se atrincheraron en la hegemonía que

en los medios de comunicación, culturales y educativos habían conquistado durante la guerra fría y que la derecha estúpida a lo Fukuyama no intentó siquiera recuperar tras el hundimiento de la URSS. Sin abandonar nunca el antiliberalismo y el odio a la civilización occidental, la izquierda cambió la apología del socialismo por la del multiculturalismo, fórmula tan astutamente vaga e inconcreta que le permitía presentar como instrumento liberador el carácter liberticida del islamismo, y ver como diálogo cultural su esclavización de la mujer y como resistencia al capitalismo su incompatibilidad con el liberalismo y la democracia. Pero, así como detrás de los montajes pacifistas de la izquierda en los años sesenta y setenta estaban los tanques del Pacto de Varsovia, detrás de ese multiculturalismo, estaba Ben Laden y la masacre en las Torres Gemelas. En *Libertad Digital*, *La Ilustración Liberal* y *La linterna* desarrollamos un proceso de reflexión sobre la guerra contra el terrorismo que comenzó el 12-S y de la que buena parte de la derecha no quería saber nada. Tendría graves consecuencias en la COPE apenas un año después, pero merece capítulo aparte.

Por su parte, Luis Herrero, que era el polo de atracción y repulsión, el pararrayos de todas las chispas y todos los chispazos adversos, desarrolló un extraño mecanismo de supervivencia que enfrió mucho nuestras relaciones. Para empezar, encargó a su amigo Julián Santamaría una encuesta sobre la COPE en general y *La mañana* en particular para averiguar qué es lo que no funcionaba en la cadena. Meritoria y humilde iniciativa, si no mediara el hecho de que el sociólogo era felipista hasta el tuétano, al punto de haber sido el primer embajador en Washington del PSOE, y estaba —todavía está— profesionalmente ligado a *La Vanguardia* como demoscopio o auscultador de opinión. Aparte de que la casa se gastase buenos dineros en la encuesta, la cocina o explicación de los resultados fue lo que cabía esperar de Santamaría: la COPE era percibida como demasiado a la derecha y demasiado crítica ante el nacionalismo, de forma que para mejorar sus niveles de aceptación tenía que evolucionar hacia el centro-izquierda y «tender puentes» (horrenda metáfora centrista que a Luis le priva) con el nacionalismo, especialmente catalán.

A la casa, la famosa encuesta le vino bien para hacer como que hacía algo. Pero a nosotros nos vino fatal. La lectura que hacía el amigo felipista de Luis sobre *La linterna* era la de un progre irredento que ni siquiera conocía a fondo el programa ni era capaz de hilvanar otra cosa que constataciones de molestia ante sus contenidos. Yo no era mucho peor valorado que el propio Luis y, a cambio, tenía más incondicionales, pero el caso es que a raíz de la encuesta dichosa desarrollé un análisis diametralmente opuesto al de Santamaría, que tácitamente era el de Luis: lo que fallaba en la COPE era que habíamos perdido la confianza de un sector de la audiencia que nos la tenía cuando estaba Antonio Herrero, es decir, cuando salíamos a bronca diaria con los socialistas y a bronca semanal con los populares. En

consecuencia, creía yo, la COPE debía recuperar un discurso más contundente, más radical, más crítico en general y con la izquierda en particular, para que volvieran los oyentes que nos habían abandonado. Porque, fuera cual fuese su número en las encuestas o el EGM, y al margen de los efectos terribles de la salida de García y la defección de Pedro Jota, estaba clarísimo que perdíamos audiencia e influencia en la opinión pública. La radio es un medio caliente y eso se nota.

Lo malo es que lo que yo decía que convenía a la COPE era precisamente lo que estaba haciendo en *La linterna* en una línea liberal, mientras lo que proponía Luis a través de Santamaría era lo que cabía intentar para recuperar la audiencia de *La mañana* en una línea centrista. Nuestros puntos de vista no eran contradictorios, más bien complementarios, pero, desde la encuesta maldita, empezaron a ser alternativos y puestos a prueba de medición o audiencia. Para horror de Carmen Martínez Castro, mi relación personal con Luis se iba enfriando al ritmo de nuestra divergencia profesional.

Cuando Planeta quiso hacer a la COPE del PSC

Esa diferencia en el análisis, que respondía también a nuestra diferencia de estilo, radiofónico, político o biorrítimico, no era mayor que la que diferenció durante muchos años a Antonio y a Luis, bien al contrario, porque además nosotros nunca reñimos del todo ni estuvimos meses sin hablarnos, como hacía Antonio. Por tanto, no tenía que haber provocado ninguna ruptura, ni siquiera enfrentamiento grave. Pero, ay, en medio de esa crisis o debate sobre el modelo de salir del hoyo, se produjo la enésima operación de caza y captura de la COPE por otra empresa multimedia. Esta vez el tiburón era el Grupo Planeta. Y en el asalto Luis Herrero jugó también, para no variar, el papel de hombre de diálogo mientras yo ocupaba el habitual de hombre-que-sobra-en-el-diálogo.

El análisis del Grupo Planeta sobre los males de la cadena, tal vez por venir de la Barcelona pujolista y maragalliana, era idéntico al de Julián Santamaría: la COPE era muy de derechas y muy antinacionalista. En consecuencia, como ya había defendido Nemesio en la Operación Timo del ABC, yo sobraba del todo y Luis casi del todo. Por supuesto, como en toda operación que buscara el visto bueno de La Moncloa, cabía una rebaja en la pena a las víctimas laborales del nuevo proyecto: Luis podía sobrevivir en *La mañana* rectificando e incluso podía volver a *La linterna* sin rectificar. Y yo podía sobrevivir a su lado como *mascletá* político-vocal para conservar la audiencia incondicional que, al cabo, era la única que teníamos. Suicidarse antes de forrarse no entraba en los cálculos de nuestros nuevos salvadores,

cuyo propósito era originalísimo: construir un grupo multimedia al gusto de Aznar. La pieza clave era Antena 3 Televisión. ¿La COPE? Más barata que Onda Cero. ¿El fin último? Crear un grupo capaz de equilibrar al de Polanco pero con el mismo control de los contenidos políticos. O sea, lo de siempre.

José Manuel Lara invirtió dos mil trescientos millones en la cadena haciéndose con los paquetes de acciones de proyectos anteriores y llegando al 13 por ciento de la propiedad. Pero su intención era la misma que la de ABC, Vocento, Telefónica y Unedisa: quitar la gestión a los curas y encofrar políticamente la cadena dentro de un grupo multimedia que se llevase bien con Aznar, pero también con el PSOE, los nacionalistas y con toda criatura o institución bizcochable, para ir acumulando muchas concesiones televisivas y radiofónicas y cosechando muchísimos beneficios empresariales. La idea, aunque no original, parecía buena, pero ¿cómo identificar la línea política de un medio cuya línea no consistía en criticar a cualquier Poder sino en llevarse bien con todo el mundo? ¿Y cómo debía hacerlo la COPE? Pues nos lo dejó muy claro el hombre que Lara colocó en la COPE para teledirigir el *marketing* de la empresa, que se llamaba y se llama (hoy en Onda Cero) Ramón Mateu: nuestra línea tenía que ser, cito textualmente, «la del PSC».

Cuando me lo contó Luis, yo no salía de mi asombro.

—¿Que la COPE se salvará siguiendo la «línea Maragall»? ¡Pero si eso no es una línea; es un arabesco! Para nosotros sería imposible y para nuestra audiencia...

—Insoportable. No hace falta que lo digas. Pero eso es lo que ha dicho de palabra y por escrito a los obispos: nuestra línea debería ser la del PSC. Por lo menos está claro.

—Sí, bastante claro. Tanto como que ni tú ni yo vamos a dirigir la reconversión de las mesnadas católicas y liberales españolas al nacionalismo catalán de izquierdas.

—Es que además sería la ruina de la COPE.

—A éstos les importa la ruina de la COPE tanto como a Maragall la ruina de España. O sea, nada.

—Bueno, Fede, hemos visto ya otras operaciones parecidas y todas han terminado igual. No pasa nada por darles un poco de cuerda.

—Hombre, si es para que se ahorquen ellos, santo y bueno. Si es para ahorcarnos a nosotros, malo.

—¿Tú crees que el cura va a regalarle la COPE a Lara por dos o tres mil millones cuando ha rechazado cuarenta o cincuenta mil de Telefónica y de alguno más?

—Por gusto, no. Pero si se lo ordena la Superioridad, por supuesto que sí.

—En ese caso, tampoco tenemos nada que hacer. Así que vamos a jugar las cartas que nos den y ya veremos cómo acaba la partida.

—Cuidado con la ludopatía, Luis.

—Mira, Fede, estamos en el mismo barco. Siempre lo hemos estado.

—Pero eso ellos no lo saben.

—Siempre se enteran demasiado tarde.

Llegados a este punto, se imponía la salida por la tangente futbolera.

—Bueno, y el Madrid otra vez campeón de Europa, ¿no?

—¡Por supuesto!

Pese a las protestas de fidelidad, si en aquella época planetófila Luis no riñó conmigo o yo con él, no reñiremos nunca. Es una de las constantes de estos ocho años milagrosos de la COPE, uno de los pocos hilos de continuidad del proyecto en medio de tantas crisis. Sucede lo mismo, aunque de forma más profunda y menos visible, con la reconciliación permanente con Pedro Jota, forzosamente precedida de traición cantada, ruptura aparatosa, distancia rencorosa, amistamiento gélido y alianza renovada, que son las cinco etapas inexcusables de nuestra relación con él desde los tiempos de Antena 3.

El objetivo de Lara y Pedro Jota era el mismo: la construcción, con el impulso y necesario respaldo gubernamental, de un grupo multimedia alternativo al polanquismo tras la liquidación de los suntuosos restos del imperio de Telefónica, fundamentalmente Antena 3 Televisión. Los caminos igualmente monclovitas, parejamente sinuosos y similarmente retorcidos pasaban por las dos cadenas de radio privada no polanquista.

El de Unedisa-*El Mundo*, por la absorción ideológica de Onda Cero y la venta de Antena 3. El de Planeta (luego Planeta-*La Razón*), por la compra de la COPE y la venta-compra de Antena 3.

Pero, en el fondo, la posibilidad de éxito de ambos pasaba por la destrucción de la COPE tal y como entonces realmente existía, o sea, con Luis y conmigo como referentes. Pedro Jota necesitaba derrotarnos y hundirnos desde Onda Cero para, tras la eficacia demostrada, aspirar a la mano centrista de doña Leonor o doña Antenor, y, celebradas las nupcias multimedia, promover la fusión de Onda Cero y la COPE. Lara necesitaba liquidar o al menos mitigar y controlar la anárquica independencia de los asilvestrados comunicadores de la COPE, desagradabilísima en la corte del Faraón, para aspirar a la misma mano de doña Teleonor, ex esposa de Villalonga y pronto ex señora de Alierta.

La guerra con Pedro Jota se libraba abiertamente, en las ondas. La guerra con Planeta, de forma subterránea, en los pasillos episcopales o más bien bernardinios y en los roncesvalles de la propiedad y el Consejo de Administración. Si bien se mira, ambos actuaron en el ámbito que dominaban: la conquista de la opinión o de la administración. Y no hace falta mucha perspicacia para ver que nuestra función era en ambos casos muy parecida: atestiguar el éxito del proyecto de control mediático de Aznar, bien exhibiendo nuestras cabezas cortadas como las de los cuatro reyezuelos moros en el escudo de Aragón, bien desfilando como cautivos encadenados en el

cortejo triunfal de las legiones bajo la mirada del César, amable en su severidad, al tiempo calculadora y visionaria, y entre las aclamaciones de la plebe, que no distingue entre preseas y presos.

El nuevo organigrama de la COPE Planetaria

El primer asalto lo había ganado Pedro Jota o lo tenía ya ganado al llegar a Onda Cero con el fichaje de García, que nos convirtió de segunda cadena en cuarta. El segundo asalto lo ganó Lara incorporando a Luis Herrero como pieza clave de su proyecto para devolver a la COPE, con muchos más medios, a su posición anterior. Pese a que Luis parecía escarmentado y dimitido de sus tareas de consejero de don Bernardo, de hecho fue su emisario para tratar con Lara, en un papel no muy diferente aunque más discreto que el que asumió en la anterior y fallida operación del ABC. Con Fernando Jiménez Barriocanal en lontananza o cercanía, se produjeron innumerables conversaciones que al final desembocaron en un acuerdo que Luis resumió en un documento para don Bernardo. Es decir, para que don Bernardo pudiera remitírselo a sus superiores. El texto que sintetizaba el proyecto de la llamada «COPE Planetaria» era éste:

Querido don Bernardo:

La conversación con José Manuel Lara no es difícil de resumir:

1. Planeta no quiere ser un mero socio financiero. Si el único objetivo es sacar rentabilidad a una inversión, por la mera vía del reparto de dividendos, el mercado les ofrece montones de alternativas mejores que COPE.

2. Planeta acepta y aceptará explícitamente que el mando de COPE siempre estará en manos del accionista mayoritario. Se comprometen a no incurrir en el error de inversores anteriores, que han llegado con la misma promesa y luego han hecho lo posible para desalojar al accionista mayoritario del puente de mando, han tratado de obtener del accionista mayoritario la compra de un paquete de control o han tratado de desestabilizar desde dentro la buena marcha de la emisora con el fin último de perjudicar su cuenta de resultados para ofrecerse ellos después como «salvadores» del desaguisado, comprando COPE a precio de saldo. Lara asegura que no incurrirá en ninguno de los errores antedichos.

3. El interés de Planeta con COPE no se acaba en la adquisición del 4 por ciento (aproximadamente) que ahora puede comprar. Pretenden ir adquiriendo las acciones de otros socios que quieran vender su parte (en clara alusión a Prensa Española y Grupo Correo) hasta completar una participación del 15 por ciento (aproximadamente). Lara se compromete a syndicar sus acciones con las del socio mayoritario. No renuncia a adquirir más porcentaje si el socio mayoritario, pasado un tiempo, quiere poner a la venta otro paquete de acciones.

4. ¿Qué pide a cambio básicamente? Básicamente dos cosas:

- La posibilidad, en la medida en que COPE sea más fuerte empresarialmente, de acometer en común otros proyectos multimedia.
- Una relativa participación en la gestión que vaya un poco más allá de los puestos en el Consejo que le correspondan de acuerdo a la proporcionalidad de su porcentaje accionarial. Esta es la madre del cordero. En síntesis:

A. Quieren un interlocutor de su confianza para poder intervenir en los debates internos que afecten, sobre todo, a los asuntos relacionados con la programación. Su candidato inicial para el puesto (nunca especificó con qué rótulo) era José Antonio Sánchez.

B. Les preocupa que cada programa fije una posición distinta frente a los grandes temas de actualidad que traslade una imagen al exterior de cierto «caos».

C. Les preocupa el tono excesivamente agresivo de Federico ante el fenómeno de los nacionalismos catalán y vasco. Creen que el tono de Federico, por su radicalismo excesivo, provoca rechazo.

D. Opinan que sería conveniente aunar criterios generales, en la línea editorial (en todo lo que no afecte, naturalmente, a los aspectos del ideario de la cadena) mediante la creación de la figura de una especie de «editor». Quieren que ese «editor» dependa directamente del presidente de COPE y, a la vez, de la persona que ostente la delegación del accionista mayoritario. En la medida que esas dos facultades recaigan en la misma persona (como ocurre en la actualidad), el «editor» tendría doble dependencia de esa persona, y sólo en tercer lugar dependería de la confianza que deberá otorgarle el Grupo Planeta. Están de acuerdo en que esa persona, descartada ya la candidatura de José Antonio Sánchez, sea Luis Herrero.

E. Creen que la experiencia del Grupo Planeta en los estudios de mercado puede serle muy útil a COPE y proponen que el responsable del departamento de *marketing* mantenga una relación fluida con los expertos de la editorial y sea una persona que cuente con su confianza. Proponían para ese puesto a Miguel Pérez Pía (antiguo colaborador de COPE en el programa de Antonio Herrero y actual número dos de Antonio Jiménez en el programa de Radio España), pero aceptan que la persona (escuchadas las razones de mi oposición al nombre de Pérez Pía) pueda ser cualquier otra, incluida a priori la actual responsable del departamento de *marketing* de COPE.

F. Lo único que le piden al «editor» es lealtad con ellos, acceso a las deliberaciones (aunque sea sólo para discrepar) y flujo de información respecto a los aspectos más relevantes del día a día de la vida societaria.

5. En consecuencia, mi propuesta de organigrama, si se quiere aceptar el planteamiento de colaboración que sugiere el Grupo Planeta, sería el siguiente:

Se crearía un Consejo Editorial del que formarían parte, además del presidente y del consejero delegado, el director general de contenidos, los directores de los programas en cadena, el director de informativos y un delegado del Consejo de Administración en representación del Grupo Planeta. Ese Consejo Editorial se reuniría quincenalmente.

Espero haber respondido a sus expectativas. Un abrazo fuerte,
Luis Herrero

Los elementos esenciales del proyecto de Planeta para la COPE; o de Luis para Planeta; o de Barriocanal para Planeta y Luis; o de Barriocanal para la COPE Planetaria; en fin, los datos esenciales del dialogado y organigramado proyecto eran, pues, estos cuatro:

1. Planeta entraba en COPE buscando la creación de un proyecto multimedia.
2. Planeta tenía una objeción de principio a la línea ideológica de COPE: el tono muy crítico con respecto al nacionalismo, especialmente en *La linterna* de FJL.
3. Planeta aceptaba retirar a las dos personas propuestas por ellos para el control de *marketing* y contenidos (Miguel Pérez Pía y José Antonio Sánchez) y acordaba con la COPE que su representante a todos los efectos fuera Luis Herrero.
4. Se creaba un organigrama nuevo para toda la cadena COPE como base de todos los proyectos, presentes y futuros.

Otra nota oficiosa para la propiedad (Conferencia Episcopal, representada por el Comité Ejecutivo) resumía con nitidez los acuerdos económicos y organizativos de

COPE con Planeta en diez puntos:

1. Hay un acuerdo adquirido para que COPE le venda al Grupo Planeta, en las condiciones económicas que ya han estipulado ambas partes, el 4 por ciento (aproximadamente) de las acciones que hay en autocartera.
2. La autocartera de COPE adquirirá el 3 por ciento de las acciones que pertenecían a don Juan Abelló.
3. Planeta se compromete en firme a adquirir ese 3 por ciento de acciones descrito en el punto anterior con carácter inmediato.
4. El Grupo Planeta estará representado en el Consejo de Administración de COPE por don José Manuel Lara y don Luis Herrero. Don José Manuel Lara ocupará también un puesto en el Comité Ejecutivo de COPE.
5. Planeta y COPE se ponen de acuerdo en nombrar a don Luis Herrero consejero adjunto a la Presidencia. El nombramiento tendrá carácter oficial.
6. El consejero adjunto a la Presidencia asumirá como obligación permanente la coordinación de todos los aspectos relativos a la programación de COPE (en especial los programas informativos) y a la actividad del departamento de *marketing* y gabinete de prensa.
7. El consejero adjunto a la Presidencia actuará siempre bajo la dependencia del presidente de COPE.
8. La Comisión Ejecutiva propondrá siempre que lo considere oportuno la constitución de comisiones mixtas que puedan analizar los aspectos sectoriales más relevantes de la actividad empresarial de COPE. A esas comisiones asistirán, de oficio, los altos directivos de COPE y, a instancia de parte, los técnicos que designen para cada caso la propia COPE y el Grupo Planeta.
9. Con carácter quincenal se reunirá una comisión mixta, específica para hacer un seguimiento continuo de los aspectos relativos a la programación y al *marketing*, a la que asistirán, además de los altos directivos de COPE, los directores de los principales programas que se emiten en cadena. El representante del Grupo Planeta en esa comisión será don Ramón Mas.
10. Los estudios cualitativos que se encarguen para mejorar la relación de COPE con la audiencia serán realizados por institutos demoscópicos prestigiosos e independientes. Planeta colaborará en el análisis de los datos con el departamento de *marketing* de COPE.

De las reacciones dentro de la COPE al acuerdo con Planeta

A los pocos días de sustanciarse en nombramientos el organigrama acordado, se produjo, sin embargo, una primera y durísima reacción. En el tablón de anuncios de la empresa se colocó la copia de una carta remitida a don Bernardo que rezaba así:

Monseñor D. Bernardo Herráez Rubio
Presidente del Consejo de Administración de COPE

Sr. Presidente:

Por la presente, quisiéramos hacer constar la decepción de este Comité Intercentros por el nombramiento de Luis Herrero, como adjunto a la Presidencia, tan sólo unos días después de habernos manifestado su intención de amonestar al citado comunicador por las críticas vertidas, en el programa que dirige, contra José Antonio Abellán. Unas críticas públicas que consideramos improcedentes entre dos compañeros de cadena, circunstancia esta que no es la primera vez que sucede.

El Comité Intercentros no entiende cómo, a pesar de nuestras numerosas protestas, Luis Herrero puede ocupar un cargo de alta responsabilidad, faltando al respeto reiteradamente a los compañeros de trabajo y además ser el encargado de supervisar los contenidos de la programación de COPE, cuando no es capaz de evitar la continua caída de oyentes en su propio programa, consolidándose en un cuarto lugar, entre cuatro ofertas radiofónicas existentes en su franja horaria.

Nos gustaría que situaciones como la presente no volvieran a repetirse en esta empresa, o que personas como Luis Herrero no llegaran a ocupar puestos de tanta importancia y representatividad, por la mala imagen que dan ante la audiencia, que a fin de cuentas es el sustento de todos nosotros.

Esperando que tome en cuenta estas consideraciones, reciba un cordial saludo,

Madrid, 18 de junio de 2002

COMITÉ INTERCENTROS CADENA COPE

La guerra había comenzado.

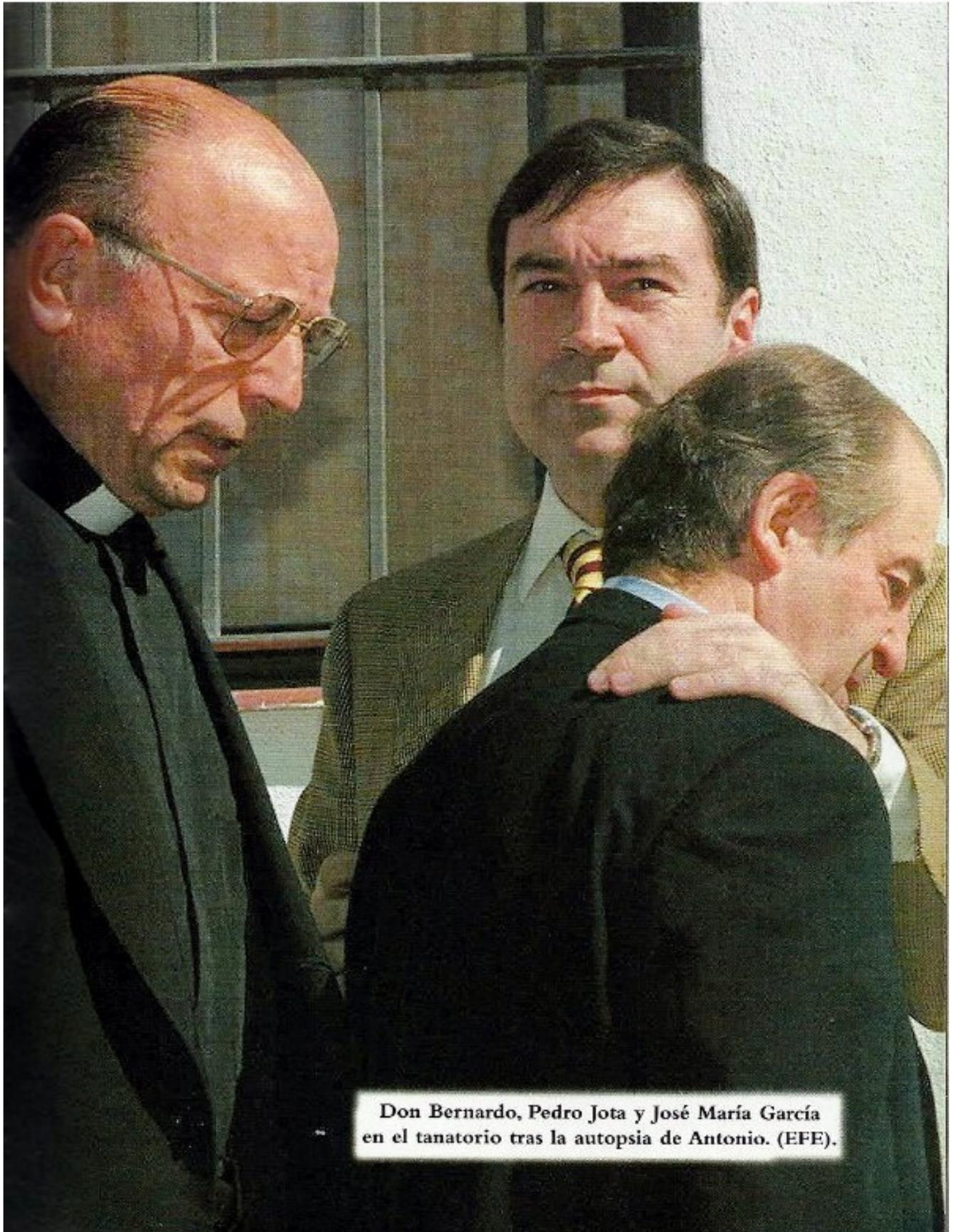




La lancha en la que halló la muerte Antonio Herrero. (EFE).

El furgón con el cadáver de Antonio sale del puerto camino del tanatorio de Marbella. (EFE).





**Don Bernardo, Pedro Jota y José María García
en el tanatorio tras la autopsia de Antonio. (EFE).**



Poco antes de empezar el funeral por Antonio en Madrid, José María García entre Luis Herrero y yo. Al fondo, José Antonio Hernández. (José Ayma/Pedro Carrero/Alberto Cuéllar/*El Mundo*).

Abrazando a Cristina, la viuda de Antonio, al terminar el funeral. (José Ayma/Pedro Carrero/Alberto Cuéllar/*El Mundo*).





El ataúd con los restos de Antonio abandona la iglesia de Marbella tras el funeral. Llovía sin parar por nuestro amigo. (EFE).



'Temporada 1998-99. En Moncloa con Aznar y Ana Botella, siempre un factor adverso. (Archivo del autor/COPE).

Con Aznar en el Museo del Prado,
el día del primer programa
de *La linterna*. Septiembre de 1998.
(Archivo del autor/COPE).



**Pedro J., Luis y yo con Álvarez del Manzano,
el único que desobedeció y vino a la presentación
de mi libro *Con Aznar y contra Aznar*. (EFE).**

**En la presentación, Luis cargó contra Pedro J.,
que hizo una apología de la ingratitud
de los poderosos. (Alberto Cuéllar/*El Mundo*).**



Como casi siempre, haciendo
las paces con Pedro Jota.
(Alberto Cuéllar/*El Mundo*).



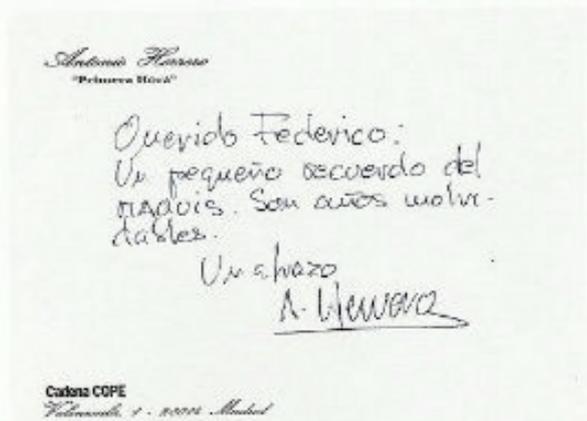




En la misma presentación con Javier Gómez de Liaño.
Al fondo, todas las sillas de los políticos
invitados estaban vacías. (Alberto Cuéllar/*El Mundo*).



Última imagen del equipo de Antonio Herrero en *La mañana* casi al completo.
(Archivo del autor/COPE).



Nota manuscrita con la que Antonio me envió esa foto.
(Archivo del autor/COPE).



Con Luis, ya director de *La mañana*, en una de las salidas del programa.
(Archivo del autor/COPE).

Con María José Navarro
cuando dirigió *La tarde*.
(Archivo del autor/COPE).



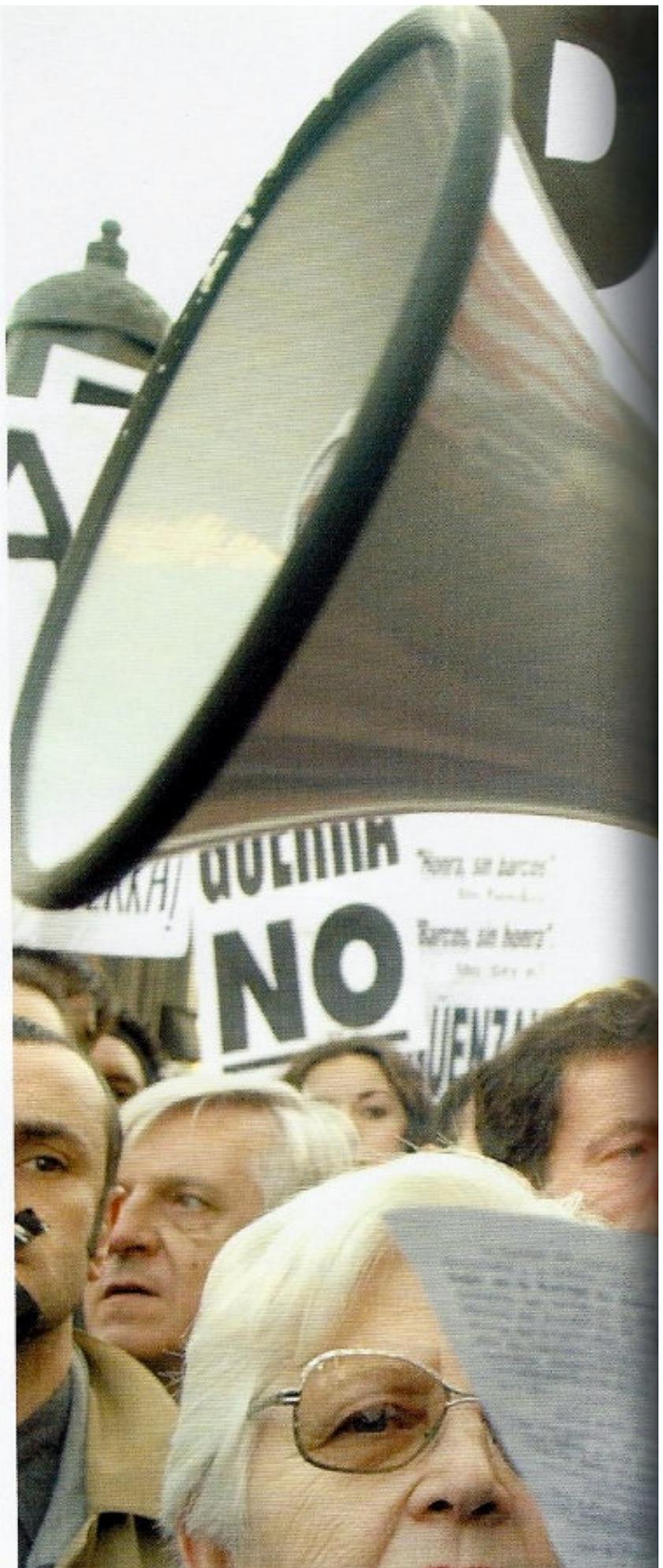


**En el origen de *Libertad Digital* estuvieron *La Ilustración Liberal*
y los Jóvenes Liberales Iberoamericanos.
En la foto con Guillermo Cortázar, Mario Vargas Llosa y Carlos Alberto Montaner
en un acto de apoyo a los disidentes cubanos. (Archivo del autor/COPE).**

**Espontaneidad pacifista:
todos con la misma pancarta.
(Kike Para/*El Mundo*).**

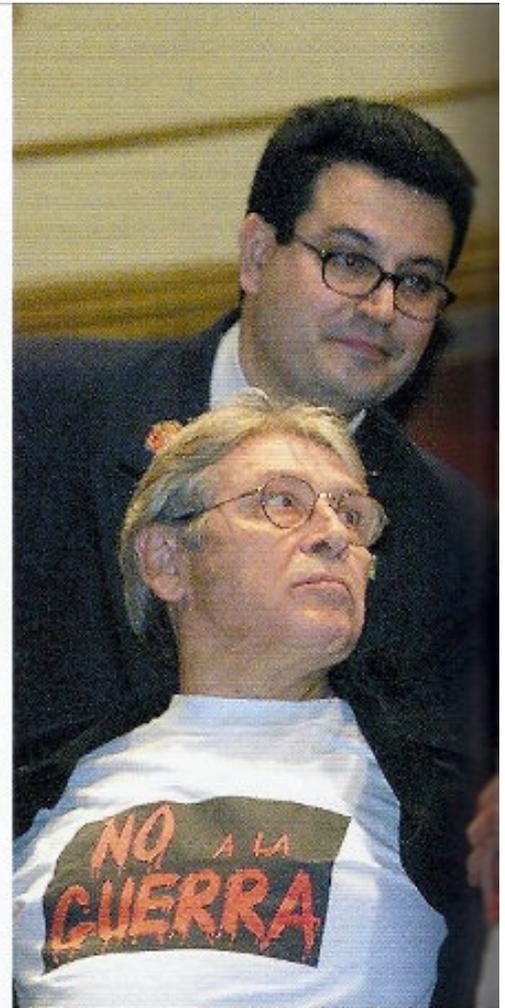


Javier Bardem,
mascarón de proa de
la campaña «pacifista»
contra el PP con la
excusa de Irak.
(Ricardo Cases/
El Mundo).

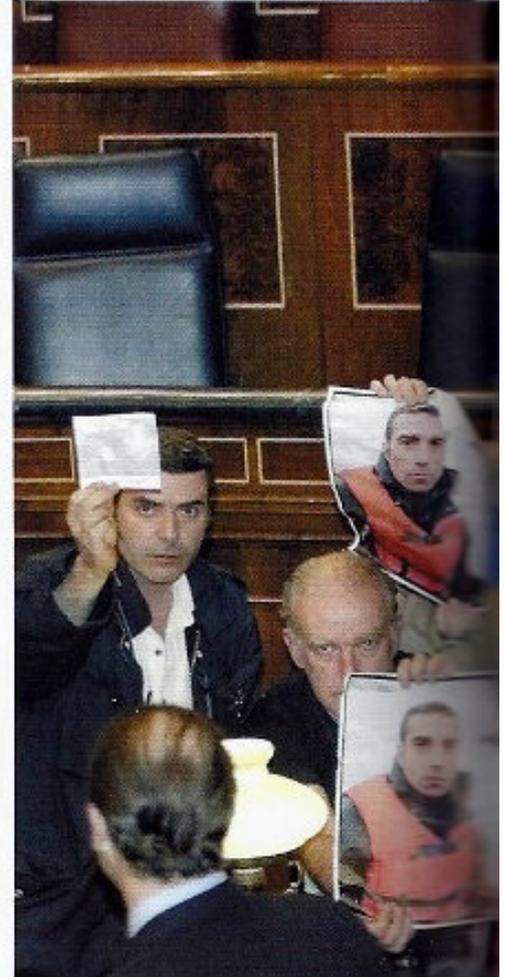




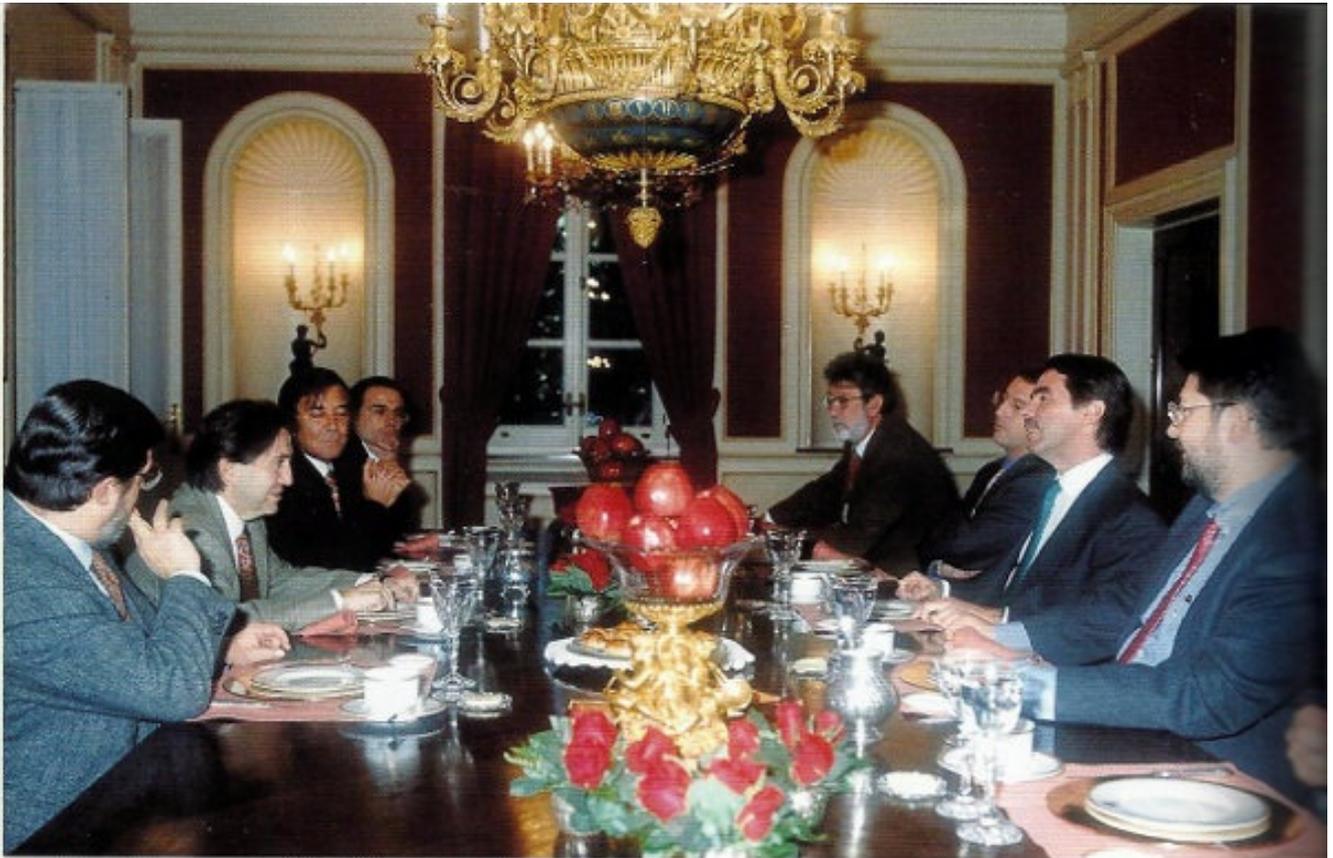
**Pilar Bardem y sus secuaces
actuando en el Congreso.
(Alberto Cuéllar/*El Mundo*).**



**Los fotógrafos acreditados
en el Congreso rodean a Aznar
con imágenes de Couso. (Reuters).**







Discutiendo un poco con la mayoría absoluta. (Archivo del autor/COPE).

El día de la fundación de *Libertad Digital*, una semana antes de las elecciones de 2000. (Archivo del autor/COPE).





Don Bernardo Herráez,
los treinta años de COPE. (*El Mundo*).

Nemesio
Fernández-Cuesta
y José Manuel Lara,
dos aspirantes
al control
de la COPE.
(Jorge Moreno/
El Mundo).





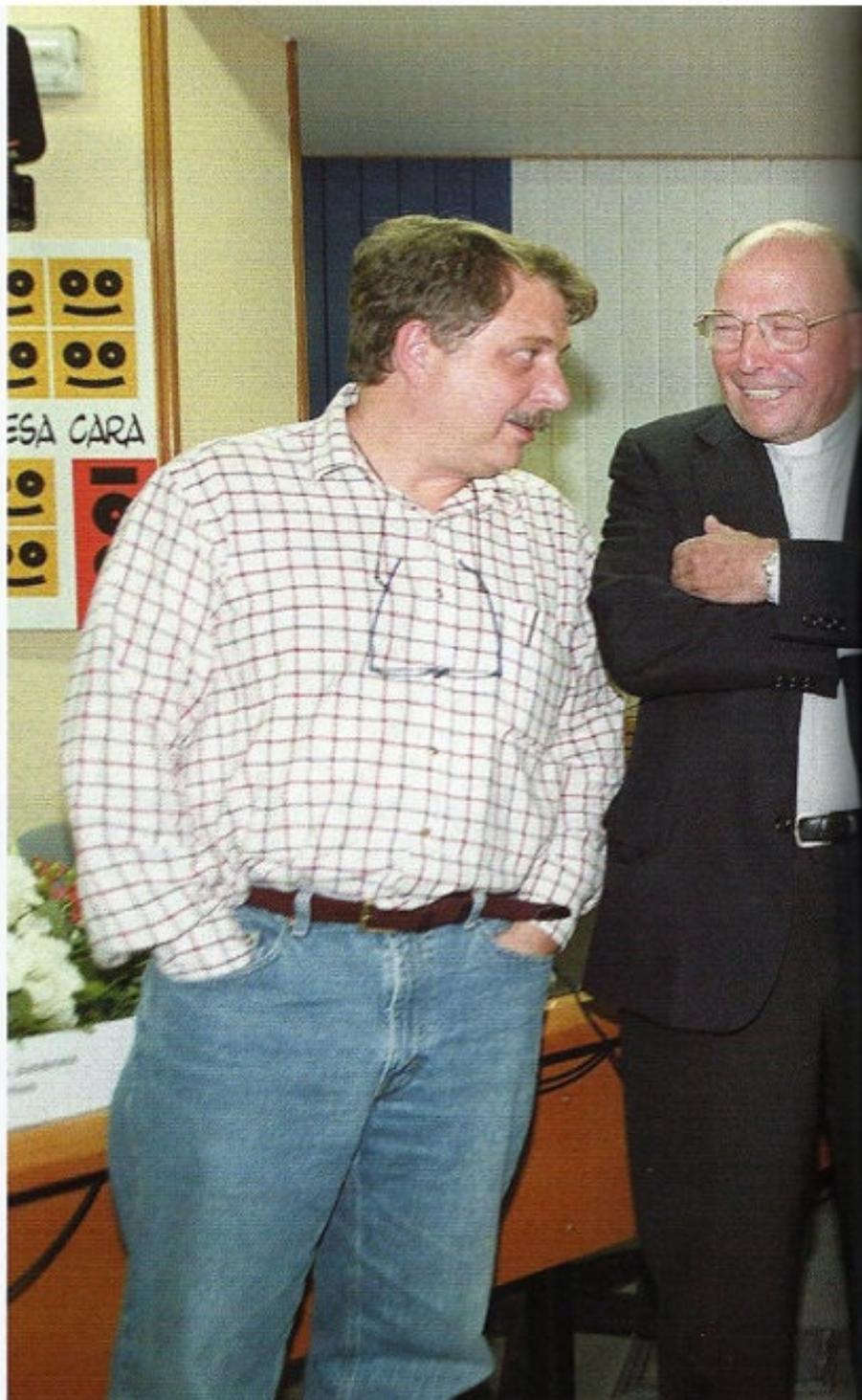


**José Antonio Zarzalejos, un perseguidor entusiasta.
(Begoña Rivas/El Mundo).**

La boda de los Aznar en El Escorial. (EFE).



**Campaña
2002-2003:
con Luis
Herrero,
don Bernardo,
José Antonio
Abellán y
Cristina López
Schlichting.
(Archivo del
autor/COPE).**





**Campaña
2004-2005:
con César Vidal,
Cristina
y Abellán.
(Archivo del
autor/COPE).**





En vida de Antonio, con el Rey en La Zarzuela.
Antonio siempre me decía: «Federico, nunca te fies de un Borbón».
Desde 2004 fue el peor enemigo de *La mañana*.
(Archivo del autor/COPE).







11 de mayo de 2004, ZP me concede la primera entrevista de radio.
(Archivo del autor/COPE).





**Campaña contra la COPE. Pintadas en Barcelona y encadenamientos en Madrid.
(Quique García/El Mundo/EFE).**





**Campaña en defensa
de la COPE. Carlos Iturgaiz,
Luis Herrero y dos
eurodiputados del PP con
las 700.000 firmas de apoyo.
(*El Mundo*).**



**Luis Herrero, Cayetana Álvarez de Toledo y Pedro J. Ramírez explicando en el Parlamento Europeo el acoso contra la COPE.
(Carmen Cortizo/El Mundo).**

Capítulo IX

EL «DREAM TEAM» SE DESVANECE, LA COPE PLANETARIA DESCARRILA

La guerra interna que se desarrolla en la COPE desde comienzos de la temporada 2001-2002 hasta principios de la de 2002-2003 no fue simplemente una ilustración de los problemas internos de cualquier empresa que no gana dinero, ni de un cambio generacional, ni de una disputa ideológica, ni de una sucesión de conflictos entre egos a punto de estallar, pandillas sindicadas y plantillas al borde de un ataque de nervios. Fue eso y más, pero si se quiere entender el fondo del proceso, el que explica cómo el «Dream Team» de Pedro Jota y Telefónica se vino abajo en un año, cómo la compra y tutela de la COPE por Planeta terminó como el rosario de la aurora y cómo, tras esa doble ruina, Pedro Jota y Luis Herrero protagonizaron el rosario de bofetadas más libre y feroz que haya visto ninguna aurora radiofónica en España, hay que situar los dos proyectos fallidos y la ensalada de tortas que le sirvió de colofón en el contexto mediático de la segunda legislatura de Aznar, la de la mayoría absoluta, cuando todo el futuro, y también y sobre todo el de los medios de comunicación audiovisual, parecía querer modelarse como plastilina en las manos del adusto faraón monclovita. Sin el conocimiento o el recuerdo de ese entorno político es imposible entender ni lo que pasó entonces ni lo que ha sucedido tras la defenestración del Poder del PP gracias a la masacre terrorista del 11-M y su manipulación mediática.

Todos, absolutamente todos los movimientos en los medios audiovisuales de centro-derecha tenían como objeto conquistar el «Polanquito de Oro», multipremio con chollobote que Aznar reservaba al presunto empresario de comunicación capaz de crear frente al polanquismo un grupo multimedia tan disciplinado, sectario y poderoso como el mismísimo Imperio prisaico. El problema del «Polanquito de Oro» es que lo tenía que dar Aznar entregando los despojos del imperio *fast and run*, o sea, aprisa y corriendo, que había montado Villalonga en Telefónica en el invierno de 1996, cuando el polanquito primero de Aznar, Antonio Asensio, se pasó a Polanco. Las piezas clave del intento de reequilibrar la descompensación mediática entre la derecha y la izquierda, o entre el aznarismo y el antiaznarismo que amenazaba con derribar al Gobierno al año de llegar al Poder, fueron compradas, recompradas o inventadas con el dinero de Telefónica y eran tres: Vía Digital, para impedir el monopolio de Canal Satélite Digital en la televisión de pago; Antena 3 Televisión, para impedir la hegemonía total de la izquierda en la televisión privada en abierto, y Onda Cero, para crear una alternativa de radio semejante a la SER en número de postes emisores, poderío multimedia y eficaz gestión empresarial.

Los aspirantes eran todos los demás grupos de comunicación, que a su vez

aportaban piezas al Contraimperio: *El Mundo* y *ABC* añadían un periódico nacional de referencia al sector audiovisual; el Grupo Correo, solo o en compañía de Prensa Española (*ABC*), aportaba su cadena de diarios regionales y jugaba a todo después de apostar por Polanco en la Guerra Digital, lo mismo que el Grupo Godo y el Grupo Zeta. Y a esto se añadía el zascandileo autónomo o inducido de otros grupos multimedia de envergadura internacional, como Pearson y Murdoch, que también cosquillearon las entretelas decisorias del Faraón, uno en la primera y el otro en la segunda legislatura.

Que la obsesión de Aznar fuera Polanco es lógica. Nunca ha existido en España (tal vez por eso ha sobrevivido hasta hoy) un grupo de comunicación convertido en un poder factico tan aplastante, tan omnipresente y tan contrario a los principios, valores e ideas que pueda alentar un proyecto político liberal y nacional. Pero como el empeño de Aznar nunca fue conquistar la hegemonía ideológica allá donde más acusadamente reina la izquierda, que es en la educación y los medios de comunicación, como no se atrevió a facilitar que la iniciativa privada desarrollara en la derecha proyectos empresariales que equilibraran esa hegemonía, como lo que Aznar buscó siempre era neutralizar al que amenazaba su poder —legítimo pero limitado— y no al que amenazaba ilimitada y permanentemente la libertad en España y la pluralidad de los medios de comunicación, ese antipolanquismo razonable se convirtió en un disparatado polanquismo especular. Y con ese guión era inevitable que Planeta, el único grupo editorial capaz de competir con el de Polanco en España y América, fuera invitado a unirse a esa desequilibrada carrera de equilibrios, a ese antipolanquismo polanquizado, a ese exorcismo satánico que en última instancia buscaba Aznar.

Pero atención: con todo el PP detrás. Y cuando digo todo es todo. Si personifico la responsabilidad en Aznar es porque la tuvo, la asumió y podría decir que hasta la disfrutó, pero ni en el fondo ni en la forma difería lo más mínimo del sentir y el parecer del 90 por ciento de los representantes políticos de la derecha, que, habitualmente recelosos de su base social, son reacios a dejarle respirar y expresarse libremente, en su plural y anárquica complejidad, en su lealtad de fondo a los principios —Libertad, Propiedad, Igualdad ante la Ley, Familia, Nación española— y en su desconfianza ante los políticos en general, incluidos los suyos. Esa derecha sociológica, por su relativo desentendimiento de la política, cultiva siempre la nostalgia de un líder providencial que salve y mejore España y que les permita dedicarse a los asuntos que realmente les interesan: los particulares, familiares o empresariales, mucho más que los políticos.

En la actualidad, eso ha cambiado o está cambiando mucho y a gran velocidad. Ni todo el PP ni, sobre todo, la base social de la derecha se parecen a los de hace tres o cuatro años, los de aquellos años bobos, felizmente bobos, del 2001-2002. Después

de dos años de Gobierno ZP, es decir, después del proceso de liquidación nacional y persecución política contra la derecha acometido por la izquierda y los nacionalismos, que empezó por el Pacto del Tinell y el de Perpiñán, que alcanzó su punto álgido en el 11-M y su punto de no retorno golpista el 13-M y que ha continuado desde el 14-M con la práctica liquidación de la herencia política de los años de Aznar, desde la política internacional hasta la hidráulica, desde la educativa hasta la antiterrorista, la derecha social casi al completo y buena parte de la derecha política han cambiado. Desde las leyes contra la familia, la educación y la Iglesia católica, hasta el nuevo Estatuto de Cataluña y el renovado pacto del PSOE con la ETA, el Gobierno de Zapatero ha liquidado el consenso de la Transición que dio lugar al régimen constitucional de 1978, ha anulado el papel moderador de todas las instituciones del Estado de Derecho, y ha demostrado la voluntad de liquidar todos los valores que media España siente como irrenunciables. Y esa España se ha despertado, ha salido a la calle, ha demostrado una capacidad de movilización como jamás había demostrado. Una parte muy significativa del PP, que es su partido, se ha despertado y movilizado con ella. Y la COPE ha tenido un papel esencial en esa reacción popular frente a la descarada agresión de la izquierda.

Pero eso ha sido después. Apenas cuatro años antes, nadie preveía el diluvio ni fabricaba arca alguna. Al revés, el Gobierno parecía disfrutar echando a pique lo poco que en la derecha flotaba, y cuando jugaba a astillero o atarazana, ni reparaba bajeles viejos ni fletaba barcos nuevos. Su única obsesión era controlar y mangonear. En la radio, nombrar un capitán que corrigiera la incorregible singladura solitaria de la COPE.

Lara y Aznar nombran *Dombenardo* a González Ferrari

La COPE Planetaria fracasó cuando Lara, tras haber adquirido en torno al 10 o 12 por ciento de la propiedad, se sintió con la fuerza suficiente para hacerse con el control de la gestión. En ese momento, con un organigrama supuestamente favorable y con Luis Herrero como representante de Planeta en el Consejo de Administración pero designado por la COPE, Lara decidió que la situación estaba suficientemente madura para hacerse con el poder, para lo cual era imprescindible relegar a don Bernardo a la condición de florero honorario, es decir, a una presidencia de honor, nombrando para mandar de verdad a un presidente ejecutivo. Obviamente, éste era el que tenía que conseguir el cambio de línea informativa y política de la cadena pasando de un centrismo liberal que apoyaba críticamente al Gobierno pero no le obedecía a una «línea PSC» tutelada por Moncloa, que permitiese reforzar sus lazos con el

catalanismo. Si se mira con un poco de perspectiva, era una apoteosis de la necesidad y del regate corto que no podía tener más fruto claro que quitarme de en medio a mí y darle a Luis Herrero una patada hacia el Consejo de Administración, en el mismo sentido de don Bernardo pero sin llegar a las nubes presidenciales. Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?

El elegido por Lara tras consultar con La Moncloa o designado por La Moncloa tras petición de Lara fue Javier González Ferrari, que se declaró cansado de bregar con la fauna sindicalera de RTVE pero dispuesto a sacrificarse por Aznar y el PP con el único consuelo de una supernómina o latisueldo como presidente ejecutivo de la COPE. Cuando Luis se enteró a través de La Moncloa de que la oferta estaba hecha y aceptada, de que el nombre estaba requeteconsensuado y de que el nombramiento era inminente, más aún, que ya era un hecho, llamó a Lara para contrastarlo. Aunque designado por la COPE en vez de José Antonio Sánchez como controlador de contenidos y luego como consejero, Luis representaba a Planeta y, como nadie le había contado nada sobre la operación, se veía en una situación de sorpresa desairada.

Dicho sea de paso, el carácter residual que la COPE tenía a los ojos del Gobierno se nota en que sus cargos políticos fueron adjudicados a José Antonio Sánchez y Javier González Ferrari, comisarios políticos en RTVE y a los que se pagaban los servicios prestados con un dorado retiro en el balneario episcopal. Porque ése era el designio del faraón José Ramsés II para una radio que seguía siendo una referencia esencial en la derecha: convertirla en un balneario centristón de contenidos gubernamentoides cuya gestión se adjudicaba a un señor de Barcelona sin experiencia en el sector y que jamás se había jugado nada apoyando al PP en los años duros, pero muy dispuesto a acabar con las críticas liberales a Rato, los reproches éticos al propio Aznar y, por supuesto, a liquidar esas críticas radicales, exageradas, estridentes y, por ende, contraproducentes, de *La linterna* al nacionalismo vasco o catalán. *Consumatum erat.*

Lara le confirmó a Luis que, en efecto, tras haber hecho la gran inversión que él conocía para hacerse con un paquete significativo de la propiedad y dada la inoperancia de don Bernardo y su equipo para afrontar la crisis de audiencia y publicidad de la casa, había decidido asumir la gestión empresarial y nombrar presidente ejecutivo a Javier González Ferrari, con el visto bueno de La Moncloa. Que Aznar estuviera encantado de poner a uno de sus cancerberos al frente de la COPE no suponía para nosotros la menor sorpresa. Lo que no acababa de creerse Luis es que don Bernardo, cuyo apego al sillón de la COPE merecía un anuncio de pegamento Imedio, se fuera mansamente del poder. Lara le aseguró que sí, que don Bernardo estaba de acuerdo. Adiós, adiós. Y colgaron.

Con la cabeza metida en una nube de granizo y los pies en un charco de niebla, Luis llamó entonces a don Bernardo para corroborar lo que le había dicho Lara.

—O sea, don Bernie, que al final se rinde y deja los trastos ejecutivos a Ferrari.

—¿Que yo dejo qué?

—La presidencia de la COPE. Vamos, el poder ejecutivo; y pasa a florero, je, je, o sea, presidente de honor.

—De ninguna de las maneras. Pero, vamos, de ninguna de las maneras. ¿Y quién dice eso?

—Me lo acaba de decir Lara. Que el acuerdo es total con Ferrari, que La Moncloa está encantada y usted también.

—Con Ferrari puede acordar Lara lo que quiera y La Moncloa puede decir lo que le dé la gana. Pero yo no he dicho que me voy y mucho menos para dejarle esto a un accionista que tiene el 10 por ciento y a un presidente ejecutivo que, con todos mis respetos, verdad, pues no ha tenido demasiado éxito en la casa pese a que tuvo su gran oportunidad cuando sustituyó a Luis del Olmo. Nada de nada, Luis. Yo sigo en mi sitio mientras me digan que siga los que me lo pueden decir. Y si Lara ha nombrado a Ferrari, allá él y Ferrari. Te digo que no hay nada de nada. Ni lo habrá. Gracias, Luis.

La perplejidad de Luis fue total. El nombramiento de Ferrari duró menos de veinticuatro horas y no pasó de acuerdo a contrato, al menos que yo sepa. Pero, según Lara, el que se lo cargó fue Luis Herrero poniendo a don Bernardo contra su sucesor. Lara riñó con Luis y hasta hoy dura el enfado. Ésa sigue siendo varios años después la versión oficial en Planeta del fracaso del asalto a la COPE. A mí don Bernardo me dio tiempo después una versión que yo creo que explica algo lo que realmente pasó.

—Hombre, Federico, es que a mí me dice Lara en un principio que renuncia a la gestión porque Luis le ha explicado claramente que los intentos de ABC y del Grupo Correo fracasaron precisamente porque querían hacerse con la COPE teniendo sólo un 5 por ciento, que él ha aprendido la lección y que ellos sólo quieren colaborar en los estudios de *marketing* y todo eso. Y en cuanto tiene el 10 me sale con lo de la gestión. Así que yo le dije: perdone, don José Manuel, a lo mejor yo no me he explicado bien, pero ¿cómo pudo pensar usted que con un 9 o un 13 por ciento, lo que sea, puede usted apartar de la gestión a la propiedad, que yo represento, y que tiene más del 70 por ciento? Me temo que aquí ha habido un malentendido, cosa que lamento de veras. El, Lara, se puso como un basilisco y le echó la culpa a Luis Herrero. ¡No sé por qué!

—Pues porque usted le dejaría creer que metiendo tres mil millones iba a mandar en la cadena. Y una vez los metió... se llevó el chasco. Como él no puede reconocer que usted le engañó y usted tampoco lo reconocerá, la culpa es del que estaba en medio, o sea, Luis Herrero.

—Bueno, ya se le pasará. Las aguas volverán a su cauce. Se le tiene que pasar, Federico, porque tiene aquí una inversión importante y le conviene que esto vaya

bien.

—¿Usted no le compraría su paquete de acciones? Porque se lo pedirá.

—Si acepta el precio original, no tengo inconveniente. Pero supongo que para él sería un quebranto grande.

—¿Y al precio que él ha pagado?

—¡Quita, quita! ¡No tenemos tanto dinero! Ya sabes tú que después de lo de García y lo del *Drintím* estamos muy justitos. Pero verás tú como salimos adelante.

—Y de tesorería, mejor, ¿no?

—Hombre, me molesta que sea de una forma tan desagradable. Pero... mejor.

Pasado el tiempo, yo he llegado a la conclusión —pero sin pruebas— de que el cura engañó a Lara dejándole creer lo que Lara quería creer: que él había engañado al cura. Hizo caja, que es lo que necesitaba la COPE en aquellas bajísimas horas, y luego le hizo creer a Lara que el que se había cargado el posible acuerdo era Luis Herrero. No se explica de otro modo que, pasado el tiempo de la penuria y recompradas las acciones de Planeta, con quien tenemos excelentes relaciones comerciales, se mantenga el odio de Lara contra Luis. Está claro que hay engaños que duran más que los hombres. O casi.

Luis Herrero contra Pedro Jota o los escombros arrojados del «Dream Team»

En el frente interno de 2002, la sempiterna estrategia monclovita de liquidar la COPE, esta vez a manos de González Ferrari y Planeta, se saldó, pues, con el sempiterno fracaso. En el frente externo, que básicamente consistía en resistir el tirón de audiencia y publicidad del «Dream Team» creado a golpe de talón en Onda Cero, lo difícil no fue resistir, ya que nuestra única alternativa era Numancia o Sagunto. Y pronto quedó claro que aquel agregado de egos y millones estaba abocado a la autodestrucción. Por curiosa paradoja, que en la COPE se había convertido en costumbre, lo peor de la lidia del «Dream Team», que se lidiaba solo, fue la agonía del morlaco, o, más bien, el arrastre con las mulillas de la colaboración de Pedro Jota con Onda Cero-Telefónica: el «Caso Alierta».

Visto con cierta perspectiva, podría pensarse que la feroz pelea de Luis Herrero con Pedro Jota al cesar éste su colaboración con Onda Cero fue simplemente una forma de pasarle la factura por su «traición» de un año atrás a sus amigos de la COPE, del mismo modo que muchos —entre ellos el propio Luis— creyeron que, en el fondo, el estallido del «Caso Alierta» fue la venganza de Pedro Jota por el incumplimiento de las promesas telefónico-monclovitas sobre la adjudicación de

Antena 3 Televisión o, al menos, Onda Cero, al grupo de *El Mundo* para crear el enésimo polanquito multimedia ese que equilibraría —ahora sí que sí, que de verdad que sí— el aplastante poder del grupo multimedia de Polanco.

Yo creo que todo queda claro, incluido lo que queda oscuro o turbio, en la pelea verbal en directo de Luis y Pedro Jota en *La mañana*, que, a mi juicio, es uno de los ejercicios de libertad de expresión más asombrosos de la historia de la radio española. Pero antes de transcribirlo creo que hay que dar algunas claves sobre lo que hizo Luis Herrero, que, dicho sea de paso, fue justo lo contrario de lo que yo le dije que hiciera.

En la nota del Comité Intercentros transcrita al final del capítulo anterior queda claro que Luis se convirtió en el blanco de todas las críticas internas a lo que parecía —y era— un plan para vender barata la COPE o convertirla en pata radiofónica del sillón del nuevo imperio multimedia bendecido por Aznar. Al ser la última de las «estrellas» de Antena 3 que, tras el golpe de Polanco y González, desembarcaron en la COPE en 1992 y la salvaron del cierre, Luis concitaba el odio de todos los burócratas episcopólicos que habían gestionado la cadena, siempre tutelados por don Bernardo y siempre a la sombra de grandes «estrellas» como Encarna Sánchez y Luis del Olmo, cosa que tendían a olvidar. Pero la piadosa manía laboral de embalsamar directivos, típica de la casa, los había convertido en una suerte de trilobites petrificados y sin embargo vivos, que jaspeaban los distintos estratos geológicos del paisaje empresarial. Como no tenían nada que hacer, salvo entretener su vacuidad laboral gratificada, intrigaban a más y mejor. Y el blanco de las intrigas siempre era Luis Herrero.

Aunque no hay justificación ética, esa animadversión permanente contra Luis tenía explicación psicológica y faunoburocrática. Además de venir de Antena 3 y, por tanto, de recordarles el intolerable favor de subsistencia que como ejecutivos fracasados le debían, estaba en el Consejo de Administración, formaba parte del nuevo organigrama de Planeta, era amigo de Aznar y, sobre todo, dirigía el programa más importante por audiencia y facturación de la cadena. Todo pasaba por él y todas las bofetadas le caían a él. Y cuando no le caían, parecía que las buscaba. Tiene Luis el virtuoso defecto de hablar con descarnada claridad a quien no quiere oírle y de cantarle las verdades al Lucero del Alba sin preguntar antes al luminoso referente astral si tiene curiosidad por conocerlas. El resultado era que las intrigas habituales, que olfateaba con perspicacia infalible, genéticamente diseñada, solían complicarse con imprevistas peleas callejeras, léase pasilleras, que le llevaban a perder mucho tiempo y dedicar esfuerzos agotadores a naderías que una mentira piadosa o un guiño hipócrita tal vez hubieran podido evitar. Eso no quiere decir que siempre fuera posible hacerlo ni que yo lo hubiera hecho mejor. Simplemente, que las cosas sucedieron así. Y como fueron agotadoras, desapacibles y hartamente mortificantes, no es nada extraño que Luis, tras vadear la rambla de Planeta y el turbión de Onda Cero, en

vez de respirar aliviado, respirase por la herida. Cuando no era un comité el que lo ponía en la picota de algún tablón, era un lío interno de su equipo, o una intriga del ejecutivo de turno, o la enésima traición monclovita, o un desencuentro conmigo, o una gestión del cura a sus espaldas, o una puñaladita nacionalista episcopal.

Y, por si faltaba algo, lo que a Luis más le dolía de todo: la querrela contra él de la viuda de Antonio, Cristina Pécker, que, por supuesto, fue aparatosamente aireada y vilmente manipulada por el imperio prisaico y su panfleto adjunto *El Siglo*. La causa era que Luis no desempeñaba como Cristina quería la función de albacea y partididor único en la caótica herencia de nuestro amigo. Y la razón era bien sencilla: Luis debía defender por igual los derechos del primer hijo del primer matrimonio —anulado— de Antonio y los de la viuda y cuatro hijos del segundo. Cristina debió de sufrir —supongo— muchos apremios o agobios, reales o psicológicos, al quedarse sola y, evidentemente, creía tener derecho a disponer de parte de la herencia, cosa que Luis no permitía sin cumplir los agotadores trámites de la ley. Yo fui testigo de todo lo que Luis y Manuel Pizarro hicieron en los meses posteriores a la muerte de nuestro amigo para aclarar y sustanciar la herencia de la forma más favorable para sus hijos. Sé que Luis hizo siempre lo que creyó justo y reconozco que todavía me sorprende que Cristina no sólo rompiera con Luis sino con toda la familia y todos, todos los amigos de Antonio, que se supone eran también los suyos. Pero aunque finalmente los tribunales le dieron toda la razón a Luis, como era de justicia, no querría, para ser justo, dejar de consignar que en la tempestuosa relación de Antonio y Cristina, aparentemente idílica en los últimos años y niños, debía de haber heridas profundas que los amigos de Antonio desconocíamos. No puedo explicarme de otra forma el comportamiento de Cristina, a la que, por otra parte, tanto Luis como yo, amén del séquito y la corte de nuestro radio-caudillo, adorábamos. Si yo fuera Simenon, escribiría la novela acida y breve de Cristina después de Antonio. Como no lo soy, me limito a reseñar que Luis lo pasó fatal con la historia de la querrela, sin poder defenderse de las murmuraciones y sin que nadie pueda nunca agradecersele. Y que ésa pudo ser la gota que colmó el vaso de una paciencia que, después de tantas traiciones y calamidades, con tanto desastre a cuestas, sólo podía brillar por su ausencia.

Por esas u otras razones, o por todas juntas y algunas más, el hecho es que el lunes 18 de noviembre de 2002, a las siete en punto, que era cuando se incorporaba en directo al micrófono, Luis comenzó *La mañana* contestando así al editorial de *El Mundo*:

Pedro J., el director de *El Mundo*, insiste hoy machaconamente en un editorial, en la misma línea que ya había anunciado ayer en su larga carta dominical, más larga que de costumbre.

La idea que le tortura, o que le persigue, es que se está quedando solo en la denuncia contra César Alierta y que nadie le está acompañando a la hora de aventar esas supuestas ventajas económicas, 309 millones de pesetas que le sacó César Alierta al mal uso de información privilegiada cuando era presidente de Tabacalera.

En el comentario de ayer, en el editorial de hoy del diario *El Mundo* y en su actitud desde hace algún

tiempo, parece que Pedro J. ha trazado una raya y, según esa raya, los que amplifiquemos esta denuncia, estaremos al lado del bien, y los que no lo hagamos, estaremos vendidos, comprados o alquilados, creo recordar que era la frase que ayer utilizaba en su comentario editorial.

Yo, particularmente, no creo que las personas sean buenas o malas, diga Pedro J. lo que diga, en función de que estén en nuestro lado o enfrente de nuestras posiciones, y las personas que me conocen saben que he defendido esta postura muchísimas veces.

A menudo, en muchísimas ocasiones, posiblemente más de las que nos gustaría, cabalgamos o caminamos al lado de personas indeseables, y luego sólo nos atrevemos a llamarlas indeseables cuando cruzan de acera y pasan a amigarse con nuestros adversarios. Podría poner infinidad de ejemplos pero ni es el momento, ni tengo ganas de hacer memoria, porque no es el motivo de este comentario.

Lo único que le quiero pedir a Pedro J. Ramírez, con todo afecto, es que busque en las hemerotecas, en la hemeroteca de su propio periódico, y que con toda seguridad encontrará algunas lindezas contra Jiménez Villarejo, el fiscal Anticorrupción, que no se compadecen demasiado con las flores que le está dedicando ahora por estar colocando precisamente a César Alierta contra las cuerdas.

Pero lo más fuerte venía después. Eran cuatro preguntas envenenadas contra Pedro Jota, con datos que en parte yo conocía y en parte, no, porque Luis seguía mucho más de cerca las intrigas político-mediáticas. La víspera, yo había hablado con él sobre el artículo de Pedro y le dije que hiciera justo lo contrario de lo que hizo, que fue esto:

Me gustaría decirle a Pedro J. Ramírez algunas cosas o, mejor dicho, me gustaría hacerle algunas preguntas:

PRIMERA. Pedro, busca en tu conciencia, y dime ¿por qué tardaste tanto tiempo en publicar una información que tenías en el cajón hace bastante más de un año?

SEGUNDA. ¿Por qué accediste después, cuando ya César Alierta era sospechoso (porque ya habías sacado tus primeras informaciones), en medio de un silencio tan espeso como el que ahora denuncias en los demás, a convertirte en socio del grupo mediático de AliertaP. Y además lo hiciste llevándote los postes de *El Mundo*, de esta casa de la COPE, a Onda Cero, al «mundo del Imperio del Mal». Y además, sin avisar.

TERCERA. ¿Por qué volviste a ser contertulio de Luis del Olmo, después de haberme prometido personalmente que nunca más volverías a trabajar con él? ¿Y por qué reincidiste y volviste a ser contertulio esta temporada, aunque fuera esporádicamente justo cuando estabas negociando la venta de los postes de *El Mundo* sin haberlos explotado el tiempo mínimo que marca la ley?

CUARTA. ¿Por qué resucita este caso? ¿Por qué con esta virulencia, justo cuando esa operación de compra-venta se ha consumado y te ha ayudado a salvar el ejercicio para este año? Porque el dinero que te ha ayudado a salvar el ejercicio de este año es el dinero que te han dado por esos postes los hombres de Alierta.

Muchas veces has dicho, Pedro, que no crees en las casualidades. Y yo estoy de acuerdo con eso. Lo dices en el editorial de hoy, por ejemplo. Y te digo una cosa: yo tampoco.

Nos conocemos desde hace un montón de tiempo, te admiro y lo digo de verdad. Eres valiente, te has jugado el pellejo, han ido a por ti de la manera más abyecta y siempre he estado y siempre estaré a tu lado.

He defendido tu cabeza y tú lo sabes, aunque a veces hagas muchos esfuerzos por olvidarlo, cuando la pedían tirios y troyanos.

Te pedí que volvieras, a pesar de que ya me habías puesto los cuernos varias veces con Luis del Olmo, la temporada pasada, al principio de esta temporada y te lo seguiré pidiendo en la medida en que puedas ser un refuerzo profesional útil.

¿Y sabes cómo me has pagado siempre, Pedro?: liándote con *Protagonistas*, bueno, liándote, yéndote y no yéndote, mientras te dejaban ir, porque a lo mejor ahora resulta que no te dejan aparecer en Onda Cero ni en Antena 3 Televisión, si son verdad los rumores que llegan hasta mis oídos.

Yo te volveré a llamar, Pedro, porque creo que eres un gran periodista, un pura sangre de este oficio, y además creo que eres una de las pocas personas con las que merece la pena trabajar cuando de verdad está al lado de la causa profesional.

Pero quiero recordarte una cosa, Pedro, y te lo digo de verdad, con todo afecto. Yo nunca o casi nunca he hecho un juicio moral sobre tus intenciones. Pues, por favor, no hagas tú juicios sobre las intenciones morales

de los demás. No te conviertas en el que reparte las credenciales de los que estamos al lado del bien o de los que estamos, ¿cómo has dicho?, alquilados, vendidos o secuestrados.

Todos tenemos historia, tú tienes historia, yo tengo historia y todos los que nos dedicamos a este oficio tenemos historia. Por tanto, ya nos juzgará la historia y ya se verá, Pedro, como a mí, espero, nunca me pillarás poniéndole la popa a la verdad, y tú lo sabes.

Pues ya deja de hablar del silencio y de la soledad en la que te encuentras, que el victimismo fastidia bastante, y, por favor, no seas cobarde, hombre, y juega al pádel, que mañana nos toca partido y llevas sin aparecer un mes, justo cuando el cómputo del año es favorable a mí por 4 a 1.

La réplica de Pedro Jota al día siguiente

La invectiva retrata a Luis de cuerpo entero levantino: es casi imposible imputar más delitos y traiciones a un aliado; pero, tras ponerlo verde, no vacila en citarse con él para jugar al pádel. Lo que a mí me resultaba física y metafísicamente imposible (jugar al pádel y reñir sin reñir), Luis era capaz de hacerlo y, encima, de hacerlo bien. Yo estaba de acuerdo con buena parte de sus críticas a Pedro Jota, porque había sufrido en la COPE tanto como él la invención del «Dream Team». También partía de una posición favorable a Alierta, no en balde Manuel Pizarra, buen amigo nuestro y viejo amigo del zaragozano, nos tenía dulcemente macerados en la versión del presidente de Telefónica. Por otra parte, el caso de presunta información privilegiada que habría beneficiado a su sobrino cuando él presidía Telefónica me parecía absurdo en una persona con tantísimo dinero como Alierta (había obtenido decenas de miles de millones de pesetas al vender años atrás su agencia de valores, mientras que la presunta información privilegiada habría generado una ganancia de ciento y pico millones) y aún resultaba más absurdo tratándose de un sobrino que, no teniendo descendencia los Alierta, era como un hijo.

Pero aunque compartiera un criterio sobre el caso similar al de Luis y no pudiera olvidar que Telefónica era el primer anunciante de una COPE en estado financiero casi comatoso, cosa que no dejaban de recordarnos don Bernardo y los directivos de la casa, lo que a mí me planteaba más problemas era el dilema intelectual y ético: cómo podía abordar el asunto en *La linterna* sin faltar a la verdad, sin vulnerar mis convicciones y, al tiempo, sin provocar un daño irreversible a la COPE. Eso, por no mencionar el daño que, aunque no mortal, también produciría la riña con Telefónica en el ámbito mucho más pequeño, pero no menos importante para mí, de *Libertad Digital*. Y, por supuesto, sin mencionar el efecto contrario: que la pelea de Luis Herrero con Pedro Jota arruinara mi colaboración diaria en *El Mundo*, mi último refugio tras salir del *ABC*. En honor a ellos, debo decir que tanto Luis como Pedro me evitaron cualquier violencia moral, en el sentido de tener que elegir, pero que me ahorraran los filos del compromiso no quiere decir que yo no me sintiera comprometido, agobiado y algo desconcertado. Sobre todo, cuando Luis me dijo que

Pedro iba a entrar en directo en *La mañana* del día siguiente. Me limité, pues, a lidiar sin apreturas en *La linterna*, a hacer evidente mi incómoda perplejidad y a anunciar el festejo, para el que se agotaron las localidades.

Como era previsible, ambos contendientes entraron inmediatamente en faena:

Pedro J. Ramírez: En la tertulia de ayer y en su programa hubo una serie de manifestaciones profundamente injustas. Cualquier cosa que se diga en este programa o en la COPE a nosotros nos duele mucho más. Parece mentira que con todo lo que hemos vivido juntos, los episodios en los que hemos compartido puntos de vista, con los que hemos corrido riesgos, con Antonio Herrero, con usted... a continuación se ponga en duda, me parece injusto que se cuestione la motivación de nuestro periódico, o que se hable de intento de chantaje. Es verdad que hay una singularidad en este caso: que la información afecta al presidente de una compañía con la que tenemos una colaboración, lazos profesionales, eso supone que para el periódico resulta especialmente incómodo publicarlo, pero antepone como siempre, como ocurrió con Ibercorp, Filesa, GAL... el interés de los lectores. Lo único que cabe preguntarse sobre esta información es si los hechos son verdad y son relevantes, y nada más.

Luis Herrero: Ayer dije que me sorprendía esta información y que podía responder a cuestiones que ahora analizaremos. Pero quiero significar que es una información trascendente, sin duda, y que el único medio que la ha valorado es la COPE. Otra cosa son los comentarios de después. Tú tienes intereses en Onda Cero. Ellos no la han valorado. En el programa de Luis del Olmo no se ha dado. En *La brújula* la subdirectora de tu periódico, no sé si por gripe repentina, no estuvo; y no se comentó. Vamos a ser justos. Cuando se trata de información no nos podrán acusar de silenciarla en la COPE.

P. J.: Victoria Prego está de vacaciones durante toda la semana.

L. H.: Pero *La brújula* ni lo trató; ni los informativos de Onda Cero que tienen el apellido de *El Mundo*, tampoco; ni Luis del Olmo...

P. J.: Yo preferiría que para decir que la noticia obedece a un chantaje...

L. H.: Aquí hay dos cuestiones que no hay que confundir. El eslogan más acertado de la difunta Antena 3: «Informaciones veraces, opiniones independientes». Una cosa es información y otra opinión. La información la damos. Vamos a la opinión: hay cosas que están en el ambiente...

P. J.: Pero ¿son verdaderas o no, esas cosas que están en el ambiente?

L. H.: Yo sabía y, como yo, media profesión, y tú lo sabes, que esa información estaba en poder de *El Mundo* desde, por lo menos, una semana antes. ¿Es verdad?

P. J.: *El Mundo* conoce el origen de esa información hace siete u ocho meses y hemos estado investigando hasta conseguir las pruebas. Ha sido un ejercicio meticuloso de periodismo de investigación.

L. H.: Pero lo sabía toda la profesión...

P. J.: Nosotros investigamos desde hace meses y lo hemos publicado cuatro, cinco, seis días después de haber tenido pruebas.

L. H.: Hay una lucha de poder en Onda Cero a propósito de quién controla la información. Y yo afirmo por mis fuentes, con mi información, que sí: existe. Una de las manifestaciones se escenificó hace algunos meses con la decisión de encargarle *La brújula* a Antonio Jiménez. A ti eso no te satisfizo porque considerabas que *El Mundo* debía tener más presencia en ese programa. Hubo tiras y aflojas y derivó en que Victoria Prego se hiciera cargo del programa.

P. J.: No sé si hay o no lucha de poder más allá de la que hay en cualquier medio de comunicación con sensibilidades diferentes. En el diario *El Mundo* no estamos en ella. Tenemos un vínculo contractual muy específico con Onda Cero en materia de contenidos. Nosotros hemos pedido que se cumpla ese contrato. No sé qué tiene que ver esto con la intencionalidad de esa información.

L. H.: Pedro Jota: tú eras contertulio de este programa hasta que tomaste una decisión libre: coger las emisoras de *El Mundo* e irte a la competencia. Decisión, por cierto, que yo conocí diez minutos antes.

P. J.: Yo dejé de ser contertulio porque la relación de *El Mundo* con Onda Cero hacía incompatible esa colaboración. También es verdad que nosotros hubiéramos estado encantados de haber llegado a un acuerdo con la COPE.

L. H.: Pero con tu experiencia como contertulio sabes que cuando ocurren las cosas hay que darles a los oyentes todos los elementos de juicio para que lleguen a conclusiones, y es evidente que esa información que está siendo ocultada por los medios, menos por la COPE, se produce en *El Mundo* y en un contexto en el que es un secreto a voces que hay una lucha por el control de los medios de comunicación que dependen de Telefónica. Y eso no puede ser ajeno a la valoración.

P. J.: Por eso he dicho que los comentarios fueron injustos: porque hay que reconocer como mérito

adicional para *El Mundo* publicar esa información aun cuando nos cree problemas con nuestros socios. Lo que quiere decir que el periódico antepone el interés de los lectores a cualquier conveniencia. Es de sentido común que si nosotros quisiéramos utilizar esa información en esa clave, lo que hubiéramos hecho es enseñársela a quien fuera competente y no publicarla. Y ejercer la presión teniéndola en el cajón.

L. H.: Yo recalco que COPE es el único medio que no ha silenciado esa información y soy el único periodista que no ha cogido una gripe repentina, como ayer muchos me recomendaron, y así evitar esta conversación contigo.

P. J.: Creo que ayer en la tertulia hubo una serie de adjetivos que son injustos y, si quieres, lo que hay que subrayar es que en España cuando se ponen en circulación informaciones veraces sobre personas poderosas hay muy poca gente que se atreva a dar la cara.

L. H.: ¿Ves por lo que no tenías que haber abandonado este programa?

P. J.: Por los datos que se conocen no hay motivo para pensar que haya algo achacable a él (Alierta) personalmente, todavía. Con los datos que se conocen. Pero sí dudamos de la actuación de la CNMV. Y del archivo de este asunto sobre el crédito del sobrino de Alierta.

(Zarabanda de cortesías, despedidas previsibles, música de sintonía).

Es posible que al lector no le diga nada este enfrentamiento aparentemente absurdo, porque de una crítica tan severa en términos morales no se dedujo ninguna consecuencia de tipo ideológico o profesional. Sin embargo, lo que ha distinguido a la COPE en todos estos años no es ganar batallas, sino librarlas, casi sólo para demostrar que era libre de hacerlo. A Luis Herrero no le preocupaba lo que Pedro Jota dijera de Alierta, de Telefónica o del paisaje mediático español, sino que se atreviera a sugerir que en la COPE se ocultaba una información. Era un prurito un tanto absurdo, y, sin embargo, ahí residía la grandeza de la cadena incluso en esa época de decadencia.

Yo creía entonces y sigo creyendo ahora que esas exhibiciones de ética florentina no atraen a las masas y espantan a los poderes fácticos, políticos o económicos, pero sin esa COPE del estiaje, empeñada en batallas de principios que no entendía casi nadie, es difícil explicar que, muy pocos años después, la marea llegara tan alto. Credibilidad, suele decirse, pero hay muchos medios que cierran con su credibilidad intacta. No es fácil saber lo que entonces había de inversión moral en el futuro ni si hubiera existido algún futuro simplemente con esa inversión. Sinceramente, no lo sé. Lo que sí sé es que en 2003, desaparecidos los dos enemigos más peligrosos para la cadena, Planeta como peligro inminente interior y Onda Cero como peligro permanente exterior, la COPE se quedó a solas con su peor enemigo, que era ella misma.

Luis Herrero afrontaba su último año de contrato y dudaba seriamente sobre su futuro en la casa y en el periodismo. La tentación de la política seguía ahí, desde siempre y periódicamente atizada por Aznar, pero el cambio era demasiado serio en todos los ámbitos de la vida personal y profesional como para abordarlo sin vértigo. Yo seguía mi camino, sin pensar ni por asomo que en el futuro pasara por la COPE. En realidad, desde que decidí publicar *Con Aznar y contra Aznar* no veía más futuro que el del compromiso intelectual con un proyecto liberal, que, inevitablemente, supondría mi marginación personal y profesional. Eso parecía, eso creía yo, y

después de los ensayos sobre Aznar en *La Ilustración Liberal*, eso creían cuantos me rodeaban. Eso se había demostrado de sobra, como ahora recordaré, en la presentación del libro *Con Aznar y contra Aznar*. Pero entonces sucedió o empezó a suceder algo que acabaría cambiándolo todo: mientras yo ajustaba cuentas intelectuales con una derecha que administraba muy bien las cuentas del Estado y favorecía eficazmente a los humildes con una gestión económica liberal, pero que estaba políticamente ciega de prepotencia y que había perdido cualquier propósito de regeneración democrática, el PRISOE decidió ganar en la calle lo que no sabía ganar en las urnas. Evidentemente, yo no había elegido el mejor momento para decir lo que pensaba sobre el futuro de España. Pero ¿acaso hay algún momento cómodo para luchar por lo que uno cree que es verdad?

Capítulo X

CON AZNAR EN CONTRA Y TODO LO DEMÁS TAMBIÉN

La pelea de Pedro Jota y Luis en las ondas había tenido, en efecto, un precedente claro unos días antes en la presentación de mi libro *Con Aznar y contra Aznar*, editado por Ymelda Navajo en La Esfera. La mecha del estallido de Luis contra Pedro Jota se encendió allí, en un acto que debería haber sido pastueño y amable pero que resultó tenso, absurdo y realmente asombroso, tanto por las circunstancias externas que lo rodearon como por los discursos de los dos presentadores, que se tiraron a matar.

La reseña que Carmen Gurruchaga hizo al día siguiente en *El Mundo* llevaba un titular que mostraba nítidamente lo que su director quería dejar claro: «Pedro J. Ramírez: "Hay más razones para estar con Aznar que contra él"». Pero apenas entraba en lo más significativo del acto, que fue la ausencia total, absoluta, brutalmente significativa, de todos los ministros, vicepresidentes y personajes significativos del aznarismo que habían sido invitados y habían confirmado su presencia en el acto. Tan invitados estaban y tan confirmada su disposición a acudir que la primera fila, a ambos lados del pasillo del salón del Ritz, estaba totalmente reservada para ellos. Pero ni uno solo acudió. Algunos llamaron a la editorial para disculparse, otros prefirieron no mentir y sencillamente no fueron, alguno fingió que no había recibido la invitación y hay quien, como Rajoy, todavía lo finge hoy. En realidad todos acataron la orden de La Moncloa para que a nadie, ni por equivocación, se le ocurriera pasar por allí.

Las elegantes butacas aparatosamente vacías en la primera fila fueron objeto de toda clase de chistes y bromas por parte de Pedro, Luis y yo mismo, pero en realidad no tenían ninguna gracia. Eran la demostración dramática de la corrupción intelectual, la indiferencia moral, la obediencia perruna y el cesarismo despótico instaurado en el PP. Al cabo, el libro era el análisis de la carrera política de Aznar desde que yo lo conocí (antes que la mayoría de sus ministros), lo defendí (más que la mayoría de sus ministros) y, tras llegar a La Moncloa, lo fui tratando; primero, con la comodidad de la buena relación personal pasada; después, con la incomodidad que genera la crítica al Poder (ambas cosas inasequibles, si no inimaginables, para la mayoría de los ministros). Pero había dirigentes del PP como Esperanza Aguirre o Pilar del Castillo a los que conocía desde antes de Aznar. Había otros que me profesaban admiración o me debían agradecimiento (lo primero, a decir verdad, es el pago convencional de lo segundo). De casi todos había escrito mucho durante los quince años que abarca el libro. A casi todos les había ayudado, no por intención deliberada, sino porque poco ayuda más al político en la oposición que la crítica en la

prensa al Gobierno que combate y aspira a suceder. Uno por uno, caso por caso, yo entendía que no se quisiera incurrir en las iras de Aznar. Pero la deserción de todos a la vez traducía una disciplina del rencor realmente siniestra.

Por no venir, no vinieron ni los desahuciados, los caídos en desgracia, los cesantes, los que hubieran hecho cualquier cosa por una entrevista amable en *La linterna*. Cualquier cosa, claro, menos contrariar al César. Sólo hubo una excepción: José María Álvarez del Manzano, alcalde de Madrid, con el que no tenía trato personal ni afinidad ideológica. El sí tenía otro acto, pero quiso venir a hacerse la foto. El único.

El discurso de Pedro Jota, basado en la desafección del rey Ricardo por su amigo de juventud Falstaff (véase *Campanadas a medianoche*, de Orson Welles) fue una brillante apología de la ingratitud. Podría haber servido para excusar tres siglos de borboneo, las veinte sillas vacías que teníamos enfrente o la interminable historia de la traición, de Judas a Bertrand Duguesclin, pero estábamos en la presentación de un libro sobre Aznar, así que lo interpreté como una forma inconsciente de pedir disculpas a los marginados de la COPE y, al tiempo, reprocharles su falta de comprensión del poder político y sus costumbres implacables, que él sí parecía dispuesto a entender, compartir y servir. De no ser porque lo más lejano en la estética, la ética y la biografía de cualquier Falstaff marginado por Aznar era yo, me hubiera enojado mucho, pero era tan disparatado el paralelismo y tan desvergonzado el discurso que acabé riéndome por dentro.

Por fuera, todo resultaba más transparente: «Ramírez —seguía la reseña—, que destacó el billón de ejemplares de periódico que ha compartido con el autor de *Con Aznar y contra Aznar* en los 8.000 días que él ha sido director, señaló que en ocasiones está de acuerdo con Jiménez Losantos y en otras no y que, a veces, las críticas que ambos pueden hacer al Gobierno o a su presidente son por motivos diferentes. "Sólo los lacayos o los sicarios están al cien por cien con un gobernante y al cien por cien contra los que se oponen a él", señaló Ramírez para resaltar que él coincide con Jiménez Losantos en algunos aspectos y en otros no. Así, puso como ejemplo que mientras el autor del libro considera negativo que se haya llegado a un acuerdo con los sindicatos, para él es positivo. Tampoco ven de la misma manera la investigación con células embrionarias».

Yo no recordaba haber escrito una sola palabra sobre las células embrionarias, pero, en fin, entendí que, junto a la defensa del acuerdo con los sindicatos (en rigor, una liquidación de la reforma liberal defendida por Aznar antes del verano, que provocó una pequeña huelga general y que, tras publicarla en el BOE, canceló sin dar la menor explicación) servía para marcar las distancias y demostrar que él no criticaba a Aznar como yo ni por las mismas razones, de modo que nadie debía confundirnos. Vamos, que era mucho más progre que yo. Y, al menos como yo

entiendo la progresía, vaya si lo es.

Por supuesto, sus razones para estar a favor de Aznar no eran las mismas que yo daba en el libro, al menos no todas, pero, siempre dentro de su deseo de marcar las distancias, su defensa de la crueldad del Poder me pareció una forma ingeniosa de pedir disculpas a Aznar por aparecer al lado de un condenado por su faraónica majestad. La cara de Ymelda mientras hablaba Pedro iba tomando características pétreas, entre egipcias y toltecas, como si hubiera comprado una máscara de impavidez en el rastro de las civilizaciones extinguidas. En cambio, Luis Herrero me miraba componiendo la vera efigie del pasmo ibérico: ojiplática, boquirrota, sarcástica y dispuesta al contrabofetón.

Menos mal que Pedro no escuchó, aunque oyera, el discurso que Luis traía preparado, léase adivinado, para su rival de pádel. Lo resumió muy bien Gurruchaga: «Luis Herrero afirmó que, en su opinión, existen tres clases de periodistas: los mercenarios, "a los que el poder desprecia"; los utilitaristas, "que son los que dosifican la crítica para conseguir sus objetivos y son los más peligrosos" y los asilvestrados. Estos "actúan a veces mal, pero por propio convencimiento". Aseguró que, desde el principio, el Poder marcó distancias con ellos por lo que no entiende que ahora se lamente de su lejanía».

También yo interpreté esto último como un mensaje en clave al propio Aznar, aunque tomando partido por el pequeño Falstaff y no por el crudelísimo Ricardo, como corresponde a un buen católico. Sin embargo, esa definición de los que «dosifican la crítica para conseguir sus objetivos» y su valoración como «los más peligrosos», que iba directamente dirigida contra el director de *El Mundo*, no le afectó a éste lo más mínimo. Siguió tan sonriente como antes. Y cuando Luis me definió como «un periodista asilvestrado que gusta galopar en libertad», asintió sonriente, como si ambos fuéramos arreando juntos en blanco y negro las reses de *Río Rojo* y no vadeando las trampas rojinegras de *Quiero la cabeza de Alfredo García*. Luis tiene reservado a perpetuidad el papel de héroe discreto en *El hombre que mató a Liberty Valance*. Sin embargo, esa noche cargó contra el éxito de Sergio Leone *Por un puñado de dólares*.

En cuanto a mí, si no fuera por la prensa, habría olvidado todo lo que dije. Me ha quedado más la memoria del ambiente y los discursos arrojados de los presentadores, pero, por lo visto, hablé. *El Mundo* decía al día siguiente:

Jiménez Losantos defendió que se puede estar con Aznar y contra él al mismo tiempo, dependiendo de que cumpla o no el contrato que firmó con quienes le votaron. Se declaró votante de Aznar en las cuatro elecciones generales en las que éste se ha presentado y dijo que el presidente del Gobierno, desde el año 1999, con el giro dado, está dilapidando todo lo conseguido en los diez años anteriores en los que defendió una política liberal y conservadora.

Pero no todo fueron críticas, ya que, entre los méritos de Aznar, el autor destacó el haber conseguido que en España, a diferencia de otros países europeos, no haya un partido de extrema derecha, racista o xenófobo. Esto sucede, en su opinión, porque ha incorporado a su discurso esa idea nacional entendida con valores liberales y constitucionales. Concluyó asegurando que en la hoja de servicios del PP «el debe es inferior al

haber».

La versión de *Libertad Digital* era más obsequiosa y bastante complementaria:

Casi nadie creía que ese hombre oscuro, bajito y con bigote pudiera llegar a arrebatarse el Poder al todopoderoso Felipe González (...). Entre los pocos que alcanzaron a vislumbrar las posibilidades de liderazgo de José María Aznar se encontraba el autor de este libro, que creyó en él y contribuyó a que lograra sortear los muchos obstáculos que desde todos los frentes, incluido el de la derecha, se interponían en su camino hacia la consolidación del partido y el camino hacia La Moncloa.

Pero FJL no escatima críticas cuando considera que Aznar se ha apartado de la ideología que le llevó a la presidencia del Gobierno (...). Con Aznar, porque el autor sigue creyendo en el programa y el ideario que presentó en 1996 como el mejor para gobernar España. Contra Aznar, porque, sobre todo en los últimos tiempos, el Presidente se está alejando de su ideología y dé los que creyeron en ella y en él.

Con Aznar y contra Aznar es una valiosa aportación a la historia viva de nuestro país y un impresionante testimonio de coherencia intelectual de uno de los creadores de opinión más influyentes de nuestro país, quien ha sabido mantener su independencia profesional y su mirada crítica hacia los errores y abusos de poder del Gobierno del PP, que en este libro culminan con el devastador epílogo «La boda de los Aznar».

Elogios excesivos aparte, ése había sido, seguía siendo y sería por algún tiempo el gran problema: el epílogo del libro recién nacido. Aznar—no digamos su señora—siempre entendió como una afrenta personal la crítica de la boda escurialense. En el precipicio de los sinceramientos, yo estaba convencido de que los lectores creerían que me autocensuraba si un libro que aparecía casi dos meses después de la boda no incluía el artículo de *Libertad Digital*, que por otra parte había provocado una pelea dialéctica bastante fuerte en el programa de Luis Herrero el día 7 de septiembre. Así que decidí ponerlo como colofón al libro, a sabiendas de las dificultades que me traería y de que ni los enemigos lo apreciarían ni muchos amigos lo perdonarían. Creo que un factor decisivo fue de orden moral: si yo no me arrepentía de haberlo escrito, debía publicarlo. Pero hubo otros dos no menos importantes: primero, que fuera *Libertad Digital* el medio en que se publicó, y no *El Mundo*; segundo, que en la radio nos hubiésemos tirado ya los trastos a la cabeza a propósito de «La boda de los Aznar».

—Déjeme decirle, don Federico —empezó Luis Herrero en la primera tertulia después de la boda—, que no estoy nada de acuerdo con su artículo de *Libertad Digital*. Me parece excesivo y muy injusto.

—A mí lo que me pareció excesiva fue la boda. Y muy injusta, desde luego, para los que votamos al PP por razones políticas, éticas y hasta estéticas.

—No me dirá usted que los que asistimos a la boda prescindimos de toda ética —terció Pedro Jota.

—Pues yo no sé si a la boda de su hija usted habría invitado a los Albertos, que son unos presuntos estafadores a punto de entrar en la cárcel. Pero, en todo caso, usted no es presidente del Gobierno ni ha llegado al Poder predicando austeridad y saber diferenciar lo público y lo privado.

—¡Pero Fede, si todos los fines de semana hay bodas privadas en El Escorial!

—Sí, Luis, pero no a todas van los invitados nacionales y extranjeros de la última.

Ni todas las televisiones, convirtiéndolo en espectáculo nacional e internacional.

—¡No va a casar uno a su hija en la clandestinidad! Yo no vi lo que usted dice.

—Y yo tampoco.

—¡Cómo lo ibais a ver si estabais dentro! Esas cosas se ven desde fuera. Y para los no invitados, o sea, la mayoría de los españoles, la ceremonia fue un alarde de poder. Que ha alegrado a los enemigos de Aznar y ha entristecido a muchos de sus votantes.

—Si usted hubiera estado allí, lo habría visto de otro modo.

—Pero afortunadamente no estaba allí.

—Así se libró usted de tener que coincidir con nosotros.

—En tan mala compañía, no crean que lo lamento.

—Bueno, dejémoslo aquí. Si casara usted a sus hijos o tuviera una única hija por casar, estoy convencido de que lo vería de otra manera.

—Como el bolero: «Lo dudo, lo dudo, lo dudo».

—O «quizás, quizás, quizás».

La discusión seguía dentro y fuera del micrófono. En realidad, incluso después de la presentación del libro, siguió en nuestro círculo más cercano bastante tiempo. Y aunque entonces yo estaba absolutamente convencido de llevar razón, quince meses después tenía que reconocer que buena parte de los oyentes de la COPE en general y de *La linterna* en particular, incluso de los compradores del libro, consideraron excesiva la crítica. Lo hice en la presentación del siguiente libro de artículos, *El adiós de Aznar*, en estos términos:

Una pequeña reflexión personal

Mi último libro de ensayos y artículos *Con Aznar y contra Aznar* (La Esfera de los Libros, 2002) muestra con toda la claridad que permite un periodo de quince años de observación política, más que los que cuenta de vida el PP, cómo la ilusión liberal en el proyecto de Aznar para cambiar de raíz la derecha española y regenerar la vida nacional, así como el apoyo inquebrantable en los durísimos años de oposición al PSOE y el respaldo en los primeros años de Gobierno, se había ido trocando progresivamente en desilusión, hastío y desencanto. El artículo final del libro, el más duro y triste, dedicado precisamente a la boda de El Escorial, terminaba con una palabra: melancolía. No creo que fuera el único votante del PP que la sintiera en ese otoño de oropeles descompuestos ni, luego, en el «invierno de nuestro descontento» que estuvo a punto de helarnos el corazón. Sin embargo, en los peores momentos de la guerra de Irak, muchas veces sentí cierto remordimiento por la forma en que terminaba ese libro, aunque en conjunto fuera muy favorable a Aznar. No podía dejar de recordar cómo muchos de los que venían a que se lo firmara en cualquier sitio de España me decían lo mismo: «Tiene usted razón, pero es demasiado duro con él; Aznar ha hecho muchas cosas buenas y si vuelve la izquierda, dará igual quién tiene la culpa, lo pagaremos todos, como en el 82».

Aunque la soberbia del intelectual cede en poco a la del político y muchas veces la supera, aquella insistencia en la misma frase, prácticamente con las mismas palabras, dicha por gente del más diverso nivel social o cultural, desde La Coruña a Málaga y de Valencia a Badajoz, personas de cuyo afecto no podía dudar pero tampoco de su sinceridad, me hizo pensar y, en parte, dudar. Soy bastante parecido al aragonés tópico: cabezón por convicción, pero que también presume de la nobleza de rectificar cuando lo convencen, sea en los argumentos, sea en el juicio. No basta con tener razones —yo las demostraba— para tener toda La Razón. No sé si Aznar tendrá también la sospecha de que para llegar hasta donde llegamos tuvo que hacer bastantes cosas mal o se habrá rehecho el embrujo que vuelve infalibles a los gobernantes. Quizá no, aunque ahora ya hay otro bulto sacro al que incensar y a quien va a dejar de mandar le dejan solo hasta para recapacitar. En todo caso,

constato la parte que me toca y también cómo muchas veces la gente normal ve los problemas políticos de fondo con mucha más claridad que los intelectuales y que los propios políticos. En la izquierda, algunas veces; y en la derecha, casi siempre.

Todavía hoy, con todas las facturas pagadas y las consecuencias sustanciadas, me pregunto si hice bien en publicar aquello en aquellos términos. Y encuentro razones a favor y en contra. Dos cosas molestarían profundamente a Aznar: una, la comparación con Felipe González y con Mario Conde, que estaba hecha precisamente para eso: para molestar; pero la segunda razón, más importante, que era su voluntad de dejar el Poder, no está justamente tratada. Es cierto, pienso ahora, que Aznar exhibía impudicamente lo que había decidido abandonar, pero el alarde no anula la ejemplaridad. También es verdad que del cómo y el qué de su adiós ni yo ni nadie, salvo el propio Aznar, sabíamos casi nada. Esas circunstancias gravitan decisivamente sobre la amarga crónica.

Hay otras que retratan sobre todo al crítico, porque el artículo lo escribí real —no metafóricamente— interrumpiendo la corrección de pruebas de *Con Aznar y contra Aznar* para ver las imágenes del bodón. Y hay algo que se salva por ser absolutamente sincero, algo que yo sentía al hacer arqueo de mis sentimientos personales y políticos con respecto a Aznar y, sobre todo, con respecto a España. En cuanto a lo personal, no voy aquí a contarlo todo, porque excede los límites cronológicos de este libro. La frase que aparece en el artículo se refiere a nuestra relación antes y no sólo durante la muerte de Antonio Herrero, primer capítulo de este libro. Lo anterior queda para mis memorias, si alguna vez me acuerdo de escribirlas. Pero lo político, particularmente en lo que afecta a la función de los medios de comunicación y al papel que iba a tener la COPE en los años venideros, me parece justo aunque no necesario. En fin, por terminar con ese artículo que tanto marcó el año posterior, dentro y fuera de la radio, creo que en vez de comentarlo por parcelas, será intelectualmente más honrado ofrecerlo en su integridad:

La boda de los Aznar y el flaco porvenir de una ilusión

Cuando miraba —sin querer ver demasiado— las imágenes de la boda de los Aznar por televisión, me llegaron las pruebas de mi próximo libro. Por esas casualidades tan poco casuales de la vida, se titula *Con Aznar y contra Aznar. Artículos y ensayos 1987-2002*. Y es que hace exactamente quince años, casi día por día, que escribí el primer artículo sobre el entonces desconocido presidente de Castilla y León, considerándolo el líder o el modelo de líder capaz de rehacer la derecha española, condenada a una oposición estéril al Partido Socialista y condenando a la democracia española a todos los abusos y a todas las corrupciones que inexorablemente propicia el exceso de poder.

Mentiría si dijera que las imágenes de los que se casaban —parecían más de dos— y la profusión de estampas —alguna noble, bastantes grotescas, y no pocas siniestras— de los mil cien invitados a la fastuosa ceremonia sociosacramental me resultaron entretenidas, aburridas o indiferentes. Cuando uno va a publicar un libro que refleja la atención personal y la estrecha relación política que durante quince años le ha unido a quien, además, ha votado y ha pedido públicamente que se vote cuatro veces como diputado y como presidente del Gobierno de España, la indiferencia ante el espectáculo de El Escorial sólo significaría una absoluta carencia de sensibilidad, socorrida forma de madurez que afortunadamente no alcanzo.

Creo, además, que no habré sido el único en sentir lo mismo entre los que prestaron su apoyo personal, profesional e intelectual a la causa identificada con José María Aznar y el Partido Popular, que era la de una

España más liberal, más democrática, más próspera y, sobre todo, más aseada, más austera, más decente. Es decir: menos bochornosa que la que el felipismo regentaba como si fuera una finca particular afanada por unos horteras presuntuosos, borrachos de poder, y notoriamente incapaces de distinguir lo público de lo privado, el Estado del Gobierno, el Gobierno del Partido y el Partido de su Líder. Esa confusión es siempre —también aquí— la base de la corrupción de las instituciones y, naturalmente, de las personas que temporalmente las encarnan y disfrutan.

Aznar dedicó sus siete años como jefe de la oposición a criticar con minuciosa e implacable severidad esa confusión de lo público y lo privado en el orden moral y del Estado, del Gobierno y del Partido en el orden político que caracteriza a todos los regímenes dictatoriales y corruptos. Yo también dediqué un libro, *La dictadura silenciosa. Mecanismos totalitarios en nuestra democracia* (1989), a explicar las bases teóricas de ese fenómeno de concentración y abuso de poder. Pocos meses después publiqué otro libro, *Contra el felipismo. Crónicas de una década* (1982-1992), resumen de artículos y breves ensayos sobre el régimen de González, Polanco, Pujol y Arzalluz, el póquer de ases de la fullería nacional, cuya segunda parte, *Crónicas del acabóse*, salió en 1996, cuando Aznar acababa de ganar —por poquísimos votos— las elecciones. Creo, sin falsa modestia, que ese anaquel crítico permite seguir fielmente, casi al día, la creación, naturaleza y atrincheramiento en el Poder. También la perspectiva desde la que lo contemplaba y combatía la oposición de centro y derecha, desde Suárez y Fraga hasta Hernández Mancha, Oreja, Herrero, aquel oscuro meteoro llamado Mario Conde y, entre ellos, tras ellos, contra ellos y a pesar de todos ellos, José María Aznar.

Repasando los artículos y ensayos dedicados a Aznar en todo ese tiempo, desde la «Serpiente de otoño» de septiembre de 1987 hasta este mismo que voy pergeñando mientras veo pasar interminablemente las imágenes de la boda y que bien podría ser el que terminara el libro, creo que si bien la multitud de episodios y situaciones difíciles que Aznar y los pocos suyos debieron —debimos— afrontar en esos años resulta pasmosa, lo realmente valioso y duradero es el hilo de reflexión ética sobre el ser de España y la libertad que alienta en todas las batallas. Ética y estética. Porque la alternativa política al PSOE —en eso nos empeñamos algunos y eso representó finalmente el PP de Aznar— sólo podía ser nacional y liberal, pero, además, debía representar una alternativa en el fondo y en la forma al obscuro derroche de poder, a la confusión de los negocios de Estado, Gobierno y Partido, a la mezcolanza de todos los poderes a mayor gloria de un caudillo vagamente democrático, en rigor plebiscitado desde el cerro de oro de los medios de comunicación adictos y convertido desde esa trinchera en un peligro público.

Ética y estética, sí. Incluso en los capítulos más errados de esa búsqueda de una legitimidad intelectual alternativa al socialismo —como mi libro sobre Azaña, presentado a bombo y platillo por Aznar y que provocó una tormenta feroz en los medios felipistas—, lo que late a través de las páginas escritas a diario en estas últimas dos décadas es una insatisfacción moral y una repugnancia estética por todo lo que el felipismo era y se complacía en representar. Pues bien, creo que si desde la inolvidable investidura dineris causa de Mario Conde en la Complutense hay una ceremonia que pudiera ser archirepresentativa de la estética y de la ética de la apoteosis del poder sin contrapesos, ésa sería, habría sido ya, ay, la boda de los Aznar en El Escorial. Allí, en torno a un hecho presuntamente individual se retrataban todos los elementos del Poder en España, desde los Reyes hasta los bufones, pasando por los políticos, los banqueros, los grandes empresarios y algunas mujeronas imponentes, de profesión sus hombres. Allí, como aquí, se retrataban ante el poder, transitorio pero decisivo para sus intereses, todos los aspirantes a conservarlo. De todos los que aplaudían a Conde, ebrio de Poder y a punto de despedirse camino de la cárcel, los que no le debían un macrosueldo lo injuriaban en privado la noche anterior y en el momento mismo del aplauso.

De todos los que se retrataron en la boda de los Aznar, los que más se notaban eran precisamente los que ya habían estado en aquel aquelarre de corrupción ética y de villanía estética. Allí, como aquí, los Albertos con sus consortes de temporada; allí, como aquí, Emilio Ibarra; allí como aquí, Fernández Tapias; allí, como aquí, los poderes que para ser permanentes deben contentar a los fugaces, desde La Zarzuela a El Corte Inglés pasando por los Botín. Sólo faltaba Polanco, y porque no podía ir sola Mariluz. A cambio de eso, el escenario grandioso, a espaldas del Jardín de los Frailes, mejoraba mucho el anfiteatro de la Complutense, peana y precipicio desde la que se despeñaron las ambiciones de un tipo raro de la clase media baja. A quienes vimos aquello, ¿cómo no iba a producirnos esto una cierta melancolía?

Me he prohibido hacer ningún comentario nacido de nuestra relación personal hasta que Aznar haya designado sucesor y abandonado el proscenio de la política española. Pero si se quiere buscar —como hacen afanosamente muchos— la excusa sentimental para perdonar esta exhibición de poder personal, valga la evidencia de que el padre ha querido regalar a la novia la boda más fabulosa que en España pudiera celebrarse, incluidas las de la Familia Real. El imponente regalo de la niña es también la oceánica satisfacción de la mamá y el mefistofélico orgullo del papá: «He aquí todos los poderes de la Nación que puedo poner y pongo a tus pies, hija mía: hasta aquí hemos llegado».

Y, efectivamente, hasta aquí han llegado todos y ahí están: el jefe del Estado, a su pesar uncido siempre al del Gobierno; las presidentas del Congreso y el Senado, nombradas por él; los presidentes del Supremo y el Constitucional, designados por él; los presidentes de todas las comunidades autónomas del PP, escogidos por él; los ministros todos de sus gobiernos, hechura suya; los directores de los medios de comunicación oficiales y oficiosos, puestos por él, y los eventualmente adictos o habitualmente considerados, en que él relativamente confía; los presidentes de las grandes empresas, por él colocados; los grandes banqueros, por él admitidos; los cantantes, y hasta algún escritor de su predilección, por él distinguidos; y, en fin, el interminable friso de celebridades medianejas y medianeras, que acompañan siempre al Poder como el brillo al oropel: modelos, actrices, cineastas, aventureras de la vida y piratas del crédito, futbolistas que antaño pudieran ser toreros y hasta la autoridad eclesiástica y algunas personas decentes, porque de todo hay en la viña del Señor y tampoco nos privamos de lo bueno, que para saborearlo ha de ser poco. El mejor presidente de Gobierno en muchas décadas tiene también su punto flaco, como todo El Mundo. Sólo que, por respeto a lo que quería significar, ayer lo ocultaba y hoy lo exhibe. Porque esto no es una celebración sino una exhibición. Un alarde. Un desafío.

Estos fastos de la boda de los Aznar con el Poder, con su poder, desde el fiestón, cautelado por el Alcalde, de cuatrocientos señoritos en la despedida de solteros hasta el largometraje escurialense de los casados, son humanamente comprensibles y biográficamente hartamente explicables. También son, o pueden parecer, políticamente lamentables y estéticamente detestables. Al menos para quienes precedieron y acompañaron a José María Aznar en la rebeldía ética y la objeción estética durante los largos años de despotismo socialista, y para los que, una vez llegado e instalado el PP en el Poder, han querido mantener el flaco porvenir de una ilusión a la que los liberales no renuncian: el control y el autocontrol, los límites del poder. Por una buena razón personal, Aznar no ha vacilado en la sinrazón política. Ha querido hacer un regalo a su familia que no pueda olvidar. Y lo ha hecho, en efecto, inolvidable. Pero, en fin, así son las cosas, así son las personas y así es, sobre todo, la política. Incluso en estos frescos días luminosos de septiembre, los de hoy y los de hace quince años, campo abonado para la melancolía.

La fatalidad, el destino, la política y otras postrimerías

Entre la sombría presentación del libro, la pelea de Luis con Pedro Jota en las ondas y los problemas lógicos e ilógicos pero habituales y cotidianos en la COPE, empezando por el futuro de Luis Herrero y de *La mañana*, el ambiente se iba haciendo irrespirable. Estaba ya en marcha el proceso antidemocrático que acabaría llevando al PSOE al Gobierno. Pero de las dos grandes herramientas antes del 11-M, que fueron la crisis del *Prestige* y el apoyo de Aznar a la guerra de Irak, el Gobierno sólo le había servido en bandeja la primera. A los medios y periodistas supuestamente «afines», amén de enfrentarnos por la herencia de Telefónica Media, cuyo anunciado desguace fue uno de los elementos más destabilizadores de la temporada 2002-2003, Aznar nos sirvió el acíbar de su rendición incondicional ante Polanco. Que incluía la entrada en política de Ana Botella dentro del séquito de Gallardón, mitad como coartada y mitad como rehén.

El mes de diciembre estuvo marcado por la manipulación mediática de la catástrofe del *Prestige*, hasta tal punto que Tele 5, convertida de hecho en la cadena televisiva de la SER, falsificó la Nochevieja para poder atacar ferozmente al Gobierno sin dejar de disfrutar las vacaciones, metáfora adecuadísima a la situación que permitía a muchos estar al plato y a las tajadas, en la procesión y repicando.

Mercedes Milá, que revivía marchitos laureles como presentadora de *Gran Hermano* y acaso para disfrazar tan exitosa cutrez, se vistió de ecologista para retransmitir las doce campanadas en uno de los pueblos gallegos más afectados por el fuel vertido al mar, el famoso chapapote. Así quedaba definida una política de acoso implacable contra el Gobierno del PP que no perdonaría fiestas ni días de guardar. Claro que también mostró el carácter totalitario, genuinamente orwelliano, de esa ofensiva político-mediática contra la derecha, ya que, para más seguridad, Tele 5 no emitió el programa de la última noche del año, sino el de la penúltima, que fue cuando lo grabaron, enlataron y emitieron como si fuera la última. Descubierta el pastel, el escándalo duró un par de días, porque en España siempre hay otro que lo tapa y porque la izquierda estaba ya dispuesta a defender que Abel se había suicidado con una quijada de asno para culpar a su hermano Caín, el primer progresista.

En el frente interno, pasamos una crisis bastante seria, pero después, cuanto peor se fueron poniendo las cosas en el frente externo, más se fueron arreglando. Sin lo malo, éramos incapaces de hacer nada a derechas. ¡El sino de la COPE!

La crisis vino de la mano de Luis Herrero pero por inducción de don Bernardo, que le pidió que utilizara nuestra amistad para cambiar el tono crítico de *La linterna*. Lo malo es que el tono molestaba a los nacionalistas y a la izquierda pero aún molestaba más a los del PP. Y a mí me molestaba que me tocaran tanto las narices con el tono y la tona. El único programa que en los dos últimos años se había sostenido y hasta fortalecido en medio de la crisis de la cadena era *La linterna*. Cuando Luis me dijo lo que le había dicho don Bernardo que me dijera, o sea, que si debía moderar el tono, que si debía cambiar el estilo, que si no podíamos seguir así porque cuando no protestaba un obispo protestaba un ministro y cuando no un cardenal protestaba el presidente del Gobierno le dije lo que pensaba de la advertencia y también lo que pensaba hacer si seguíamos así:

—Mira, Luis, hasta aquí hemos llegado. Yo no sé si a don Bernardo le han dicho eso o no le han dicho nada, si exagera para asustarme o si se asusta él y exagera a ver si tú me asustas a mí, pero así no se puede trabajar. Si me quieren echar que me echen y que busquen un mirlo blanco que les haga *La linterna* por cuatro duros. Se acabó.

—Fede, que esta vez parece que va en serio. Gana un poco de tiempo, que ya sabes que es la única táctica que funciona en esta casa. Un mes, dos meses, y todo olvidado. Ya conoces a don Bernardo.

—Y él me conoce a mí. Que ya estoy harto, Luis, que ya estoy harto.

—Mira, Fede, para mí es muy desagradable tener que decirte esto, como comprenderás.

—Pues no me lo digas más. Desagradable, lo que se dice desagradable, lo es, sobre todo, para mí.

—No creo que tengas ninguna duda de que hago lo posible por ayudar.

—No la tengo de ti. Pero del cura sí tengo dudas. Todas las dudas.

—Pero, hombre, ¿qué va a ganar el cura riñendo con un puntal de la cadena?

—Ése es su problema.

—Pero es también el tuyo. Y el mío. Y el de la COPE. Esto se puede hundir en dos días. Todo está cogido con alfileres. Y Lara, los vascos y el ABC, a la espera.

—Bueno, pues si no quieren vender el barco que no lo hundan. Tú siempre has tenido debilidad por la figura del violinista del *Titanic*. Yo, por Robinson Crusoe.

—Creo que te ha dado cita para mañana.

—Sí. A ver si esto se acaba o se aclara de una maldita vez.

—Bueno, antes de entrar al despacho, ya sabes la receta de Antonio.

—Sí, un puñado de cubitos ahí para enfriarlos. Luego, otro más para congelarlos. Y cuando ya estén helados, otro más, por si acaso. Bueno, veremos lo que me dice y en función de eso administraré el congelador.

—Yo ya no te puedo decir más.

—Sí, ya me has dicho bastante. Mañana hablamos.

Así que al otro día voy al despacho de don Bernardo. Hablo con él un cuarto de hora y salgo. Me llama Luis porque yo no le llamaba.

—Bueno, ¿qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Y de los obispos, y de las protestas?

—Absolutamente nada. Bueno, que Rouco me tiene un gran aprecio intelectual.

—¿Y del tono, del Gobierno, de los nacionalistas, de todo eso? ¿Nada?

—Prácticamente nada. Me ha repetido lo de la queja de Aznar en la recepción del embajador boliviano. Pero más bien me ha animado a seguir adelante que a frenar.

—No me lo puedo creer.

—Bueno, no vayamos ahora a estropearlo. Bastante chapapote llevamos encima.

—Te juro que no lo entiendo.

—Yo tampoco. Pero siempre te he dicho que no hay que tomar al cura al pie de la letra.

—A pesar de todo. Pero, bueno, me alegro.

—Supongo que yo también. Bueno, tengo que entrar al programa.

—Vale, vale, adiós.

—Adiós.

Por supuesto, al día siguiente Luis se puso como un basilisco con don Bernardo. Que para qué le obligaba a hacer el papelón si luego a mí no me decía nada. Que eso suponía que yo pensara que lo de amenazarle era cosa suya y no de la COPE. Que no estaba dispuesto a perder a un amigo por esas formas retorcidas de llevar la casa. Que yo estaba pensando en largarme y hacía bien. Y que le quitara el cargo de consejero

adjunto a la Presidencia, porque no le daba más que disgustos. Que en mala hora lo había aceptado.

Don Bernardo le dijo lo de siempre: que si él se iba, también él lo dejaba. Que si Luis tenía que aguantar presiones, no sabía lo que él tenía que aguantar. En fin, lo corriente. Inevitablemente, yo me quedé bastante mosqueado por todo el episodio, pero no tanto por Luis, aunque él también, inevitablemente, lo sintiera así, como por esos pellizquitos de monja que al final ni eran de monja ni tampoco eran pellizquitos. Luis dejó el cargo de adjunto a don Bernardo y pasamos unas semanas de cierta tensión. Yo había decidido ya que en *La linterna* iba a seguir haciendo lo que quería hacer, iba a seguir diciendo lo que pensaba y, si pasaba algo, que pasara. Con esa presión no era posible trabajar. Y menos, después de todos los líos políticos con el Gobierno y con la oposición. Es verdad que no tenía ningún otro sitio donde ir, al menos comparable a la COPE, pero me daba igual.

Tratando de explicarme lo sucedido en ese episodio, uno de los más delicados del último año de Luis en *La mañana*, creo que quizá don Bernardo captó nada más entrar en su despacho que yo no estaba dispuesto a aguantar ni una reticencia más. Y es posible que eso le hiciera cancelar hasta el menor aviso, porque vio que me largaba. Y lo hubiera hecho. Si él tenía instrucciones de lo que suele llamarse «la propiedad», salvo cuando hay algún problema, en que se habla de «los obispos», no lo sé; si sólo debía intentar lo que Luis llamaba el «achique de espacios», es decir, la limitación de la autonomía absoluta del programa y la casi absoluta libertad del director, ni lo sé ni lo sabremos nunca. Probablemente había habido algo, pero nada en los términos en que se lo planteó don Bernardo a Luis y Luis a mí. De otro modo, habría pasado algo. Y no pasó. Más bien al contrario, empezó una etapa de recomposición o consolidación del núcleo duro de gestores y profesionales con mayor responsabilidad en la COPE, porque en el horizonte apareció un problema con el que no habíamos contado y que iba a colocarnos, a corto plazo, al borde del abismo. Pero, a largo plazo, iba a abrir el único camino que tenía la COPE para sobrevivir y, si lo sabíamos aprovechar, para resurgir.

Estaba a punto de empezar la guerra de Irak.

Capítulo XI

LA COPE RESISTE, EL PAPA SALVA AL PP Y LUIS HERRERO DICE ADIÓS

La guerra de Irak, que en términos puramente militares se decidió entre febrero y marzo de 2003, pero que políticamente se decantó en las Navidades de 2002, resultó dramática y decisiva para la COPE en todos los sentidos. En ella se perfilaron las cuatro tendencias esenciales que marcan su trayectoria posterior: 1) el pacto tácito pero férreo de la propiedad (la Conferencia Episcopal con Rouco al frente) y los directores de los grandes programas ante la ofensiva izquierdista contra el Gobierno legítimo de Aznar; 2) la conversión de la COPE en referente ideológico esencial y casi único de la derecha; 3) la animadversión paralela e incondicional de la izquierda, y 4) la consolidación de una línea ideológica e informativa que acabaría llevándome a suceder a Luis Herrero en *La mañana* cuando entrado junio anunció que dejaba la radio y entraba en política.

Estas cuatro tendencias pueden percibirse hoy con absoluta nitidez, pero en el fragor de los acontecimientos no estaban tan claras, ni muchísimo menos. Al empezar ese semestre que decidió el futuro de la cadena por varios años, seguíamos sin saber qué querían realmente los obispos de la COPE y, en consecuencia, no teníamos una línea ideológica e informativa que identificara socialmente a la cadena y la diferenciara de otros medios de comunicación. En cuanto a mí, la duda que flotaba en los despachos de alzacuello expreso o camuflado era si me iba yo o me echaban ellos. Pero esto último no sentaba nada bien en las áreas, digamos, empresariales de la casa, especialmente la comercial, que lo consideraba un suicidio y apostaba porque yo hiciera *La mañana*, con Luis o sin Luis. Por supuesto, nosotros no pensábamos en ello, aunque nos llegaran ecos de todas las intrigas, por la sencilla razón de que no sabíamos qué pensaba de todo lo que estaba pasando el cardenal Rouco, líder indiscutible de la Iglesia española y que, en función de lo que pensara que pasaba, decidiría lo que en la COPE tenía que pasar.

O no. Porque la condición galaica de Rouco parecía encajar perfectamente con la decidida política de indecisión que don Bernardo marcaba en la cadena desde tiempo inmemorial. Pero no sólo por voluntad propia, que también, sino porque entre los obispos había pareceres distintos y aún opuestos sobre el sentido y la existencia misma de la COPE. La mayoría la apreciaba mucho, cada vez más, pero los curas nacionalistas querían su liquidación. Una parte del episcopado hubiera preferido que dejara de ser una radio comercial y de masas, limitándose a los aspectos doctrinales y eludiendo cualquier identificación política. Esta facción seráfica, que básicamente quería quitarse de encima un problema, tropezaba con dos inconvenientes insolubles:

las «radio-mariás», como suele llamárseles, se oyen poco, tan poco que ni las monjas las oyen, de modo que ese tipo de programación suponía inevitablemente el cierre de la COPE. Acudían entonces en su ayuda los nacionalistas, diciendo que mejor que cerrarla sería venderla cara, a ser posible a algún grupo mediático de Bilbao o Barcelona. Naturalmente, ante ese apoyo tan interesado como indeseado retrocedía la facción seráfica y se acogía al sector mayoritario, cada vez más opuesto a contemporizar con el separatismo, y no sólo el criminal de la ETA.

Sentimientos nacionales aparte, la gélida contundencia de los números obligaba a los obispos a afrontar el hecho de que tanto las vocaciones como la asistencia a misa desaparecían a ojos vista ante lo que Juan Pablo II llamó el «paganismo nacionalista». Y no podían dejar de ver que el nacionalismo suele presentarse de la mano de un laicismo y un anticlericalismo radicales que niegan los valores y hasta el derecho a existir de la Iglesia católica, a la que se achacan todas las taras de la Historia de España, empezando por su existencia misma, inseparable del catolicismo desde hace casi, casi dos mil años. Esto ha tenido un efecto indirecto y en cierto modo paralelo al producido en amplísimos sectores de la sociedad española, que han descubierto con retraso y consternación que la tradicional división derecha-izquierda ha sido sustituida por la que separa a los que defienden la unidad de España y a los que tratan de destruirla.

Quizá el más afectado por el cambio haya sido el sector izquierdista de los obispos, que de forma genérica aunque inexacta suele llamarse «taranconista». Su poder en España ha ido menguando inexorablemente durante el papado de Juan Pablo II por diversas razones, de las cuales la más importante era el anticomunismo natural del Papa polaco que combatió y acabó destruyendo la llamada Teología de la Liberación, doctrinalmente débil y políticamente siniestra, pero acogida a lo que podría llamarse el prestigio ambiental del socialismo tras el Concilio Vaticano II. También la caída del Muro fortaleció la línea, digamos, oficial de Karol Wojtyła, porque ni la más mediocre inteligencia ni la más acorchada sensibilidad podían dejar de constatar la pavorosa ruina y el inmenso cementerio que constituyen la auténtica herencia del socialismo real.

A eso se ha añadido —y es lo que posiblemente ha acabado de hundir al sector «progre» de los obispos— la deriva de los partidos de izquierda, que, ideológicamente despojados de su doctrina marxista, han vuelto a una suerte de radicalismo presocialista que busca en la ruptura de la familia, de las instituciones tradicionales y de todo lo que moral e históricamente define a Occidente la legitimidad que durante un siglo basaban en dos principios: la lucha de clases como motor de la Historia y la estatalización de los medios de producción, que en todas las variantes del socialismo es la forma de acabar con la propiedad privada y, con ella, de erradicar la pobreza, incluida la del espíritu. Pero ese brusco volantazo ha roto todos

los puentes del cristianismo con el socialismo y de los socialistas con los católicos. Si a eso se añade la insolidaridad nacionalista y la negación de la Historia de España, se entiende que los obispos setenteros a los que no les gustaba nada el sesgo liberal de la COPE concluyeran que era un mal menor. Incluso un bien mayor si cimentaba un edificio que convenía proteger en tiempos de tribulación.

La medida claridad de Rouco

El excursus anterior era necesario para explicar por qué Rouco, en vísperas de la guerra de Irak, podía decidir la línea inmediata y el futuro mediano de la COPE sin la menor oposición entre los obispos. No sólo por su cargo y su respaldo en Roma, que ya hubiera sido bastante, sino por esa época de transición, de reorganización y de honda preocupación que atravesaba la Iglesia española, y que en un momento tan súbitamente convulso en la vida pública la hacía especialmente dependiente de su líder moral y real.

Yo tenía la intuición de que Rouco acabaría enfrentándose a la marea progresista, al menos, dejando que si en la COPE unos podían defender la paz a cualquier precio, otros pudiéramos atacar el supuesto pacifismo izquierdista, que no es más que el viejo antiamericanismo soviético adobado de antisemitismo posmoderno y manipulado de la forma más demagógica para desgastar y, si fuera posible, derribar al Gobierno del PP. Reconozco que con el discurso que llegaba del Vaticano y que a veces parecía de Chirac o de Arafat no había razones lógicas para pensar en Rouco como una especie de objetor de conciencia al pacifismo obligatorio, más bien al revés. Pero yo le había visto en una entrevista larga que le hizo Popular TV a propósito de la crisis del *Prestige* y me llamó la atención que describiera el chapapote como una especie de símbolo del mal vertido sobre la naturaleza, manchando de negro turbio y viscoso las hermosas rías por las que tanto había paseado cuando tenía a su cargo la sede de Santiago de Compostela. La imagen me pareció tan brillantemente teológica o teolítica que tuve por imposible que alguien tan sutil pudiera unirse a una campaña tan grosera como la de la izquierda contra la guerra, alfombrada además por la misma demagogia violentamente anti-PP de los tíos de Nunca Más, que a un gallego de Villalba tenía que producirle náuseas.

Entonces, mientras se acercaba la guerra y por esas casualidades que la Iglesia suele tener minuciosamente previstas, don Bernardo nos avisó de que Rouco —a quien él siempre llamaba El Cardenal— quería comer con nosotros. «Nosotros» era también un término impreciso, clericalmente modulable, que podía referirse sólo a Luis y a mí, a nosotros dos con Cristina y Abellán, a nosotros cuatro con el jefe de

Informativos, José Apezarena, y el del área de Religión, José Luis Restan, o a nosotros seis con el consejero delegado y el director general, que, con Rouco presidiendo y don Bernardo como anfitrión, elevaba a diez lo que podríamos llamar el pleno del Nosotros. Rouco quería el pleno del comensalato, señal de que venía a oír todos los pareceres sobre la situación y a darnos, es decir, a sugerir o dejarnos adivinar, el suyo.

El peligro letal del «achique de espacios»

Luis estaba siempre en guardia contra dos peligros internos en la COPE: los «católicos profesionales», que son aquellos periodistas o intelectuales poco brillantes que por ir a misa pretenden ser contratados para tertulias o lo que sea, y «el achique de espacios», es decir, la reducción de la libertad de los directores de cada programa según una técnica muy conocida en el fútbol: si la defensa adelanta sus líneas, los delanteros del otro equipo quedan en fuera de juego y son sancionados por el árbitro. En la COPE, eso supondría que los comunicadores más identificados con la línea dominante del episcopado, normalmente responsables del área sociorreligiosa que elabora la línea editorial de la cadena (breves editoriales de opinión que se vierten a menudo en los boletines horarios y que se firman como «Línea COPE») marcaran no sólo esa línea oficial sino los límites de opinión y tal vez de información de los grandes programas.

Los que desconocen la frágil y sutil estructura real de la libertad periodística no entienden la importancia esencial del comunicador o el programa que se sitúa en la zona de más riesgo, el que, por usar de nuevo fórmulas de Luis, «pone más alto el listón». Bajo ese listón de lo aceptado, aunque sea a regañadientes, por la empresa pueden trabajar con holgura y comodidad los demás comunicadores y programas. En vida de Antonio Herrero, el listón siempre lo ponía él. Y si algunos con tendencia a irnos arriba lo sobrepasábamos, cosa difícil dadas sus costumbres, se alineaba en nuestra posición al día siguiente, para proteger al posible infractor y seguir marcando los límites del juego. Claro que, por seguir con el símil futbolero, si el árbitro te pita en poco tiempo varios fuera de juego (*off-side*, en versión castiza «orsay») tiendes a frenarte en las subidas, y si además la defensa se adelanta astutamente, te quedas mucho más lejos del área y del gol.

La guerra de Irak era el escenario perfecto no ya para achicar espacios sino para reducirlos casi a la nada, porque los que pudieran esgrimir la doctrina oficial vaticana e interpretarla *pro domo sua*, tendrían la posibilidad de dejar fuera de juego a los que no la compartían, enfrentándolos no sólo con otros programas sino con el punto de

vista de la Iglesia y creando una situación insostenible para ellos. O sea, para nosotros.

Luis veía ese peligro encarnado en el grupo de Apezarena (Opus, informativos muy permeados por el PSOE), Cristina (Comunión y Liberación) y Restan (que era o había sido también de Comunión y Liberación y que se situaba en esa línea pero siempre según la modulación de Rouco, como era obligado en la sección religiosa). Los tres igualaban a los dos que éramos Luis y yo, así como a lo que representábamos. Yo he defendido siempre que según la doctrina de la guerra justa desarrollada en su versión moderna por el Padre Mariana y la Escuela de Salamanca, la Justicia, inseparable de la Libertad, es un criterio superior al de la Paz, si es cualquier Paz, para evitar la Guerra, si es cualquier Guerra. Luis parte siempre de la condena verbal de la guerra por principio (yo prefiero la paz, pero doy por hecho, viendo El Mundo y el hombre que lo habita, que habrá guerras, así que no pierdo el tiempo proclamando el valor de esa paz más teórica que real) pero encauza su análisis y valoración del hecho concreto, aquí la guerra, por la vía de Santo Tomás de Aquino, el tío-abuelo de Mariana y la Escuela de Salamanca. Lo normal, con más o menos estridencia, era que coincidiéramos. Sobre todo porque, tras el aperitivo del *Prestige*, sabíamos que vendría el menú completo del PSOE y toda la extrema izquierda, utilizando la guerra para triturar a un gobierno Aznar ya casi K.O.

También los otros tres más identificados (que Luis me perdone) con el Vaticano hubieran apoyado en cualquier otro asunto al Gobierno del PP contra las movilizaciones de la izquierda, pero la guerra era algo mucho más delicado de abordar, porque en ella la emotividad se desborda, la diferencia de criterio se traduce en deslegitimación y la propaganda («el otro nervio de la guerra», decía Napoleón y repetía Azaña) es parte tan importante de las acciones bélicas que, en las democracias modernas, pueden perderse en los medios de comunicación las guerras que se han ganado en el campo de batalla. Desde Vietnam, la sociedad occidental ha demostrado su pavorosa fragilidad moral ante la imagen de las víctimas civiles e incluso militares en el telediario a la hora de cenar. No importa que sean incapaces de distinguir a qué batalla o a qué país o a qué conflicto pertenecen las imágenes: los ciudadanos euroamericanos, tras saciar su morbo visual, deciden que ya han visto bastante y que su gobierno tiene que salir de allí, esté donde esté, defendiendo no importa qué causa. Esa engañosa piedad para con los muertos supone a menudo una pavorosa falta de empatía o piedad para las víctimas presentes y futuras, una forma moralmente presentable de desentenderse del problema, tal y como los franceses, ingleses y demás «pacifistas», delicados partidarios del «apaciguamiento» ante Hitler se desentendieron con razones morales grandiosas de la pequeña y triste suerte de los judíos, de los pueblos y países condenados a muerte por el régimen nazi.

En cuanto empezara la guerra y la más que previsible manipulación izquierdista

de la postura vaticana, se pondría en marcha en la COPE, desde dentro o inducida desde fuera, esa diferenciación de posturas y, de forma tan sutil como inevitable, se plantearía esa lucha de poder que supone también todo conflicto de legitimidad. Luis creía que se podía interpretar perfectamente la guerra como legítima desde el punto de vista católico y yo creo que toda lucha contra la tiranía, más violenta cuanto más violento el tirano, es deseable o está justificada. Pero, naturalmente, también tenían argumentos los sectores católicos más de izquierdas o antioccidentales. Por eso era importante la interpretación que hiciera Rouco, si la hacía, de la guerra en ciernes y la posición del Papa.

Curiosamente, esa interpretación se redujo a una sola frase en el momento en que realmente empezó el comentario a fondo sobre la clásica oposición a la guerra del Vaticano. Y la planteó, tal y como Luis Herrero había previsto, José Luis Restan. Al citar la guerra de Afganistán, de la que la de Irak era evidente continuación, dijo Rouco:

—Bueno, José Luis, la condena de la guerra de Afganistán, como de toda guerra en principio, fue muchísimo más matizada que la que se hizo de la guerra del Golfo por la liberación de Kuwait, donde creo que nosotros participamos bajo gobierno del PSOE. Léete lo que se dijo entonces y hace un año y verás que es muy distinto. La diferencia es que en Afganistán se trata de la lucha contra el terrorismo, y eso supone matices de autodefensa y de uso legítimo de la fuerza que no se pueden dejar de contemplar.

Luis y yo nos habíamos sentado cerca, como hacíamos habitualmente, bien junto a don Bernardo y enfrente de Rouco, bien junto a Rouco y enfrente de don Bernardo, según el número de comensales y las características del evento culinario-institucional. Al oír al cardenal, Luis no tardó ni tres segundos en hacerme una mueca de agradable sorpresa, tranquilidad sobrevenida, placidez en la zozobra y confortamiento en el desasosiego. Todo ello y algo más en un gesto de una décima de segundo. Al salir, después de seguir el convite y la charla durante un buen rato, me dijo en el pasillo, mientras bajábamos a su despacho en la redacción:

—¡Ufff! No hay fuera de juego. El árbitro se ha mostrado más bien casero.

—Querrás decir justísimo.

—Exactamente. Aplicando el reglamento en función de la jugada, como debe ser. ¿Y has visto cómo se desplegaban las fuerzas previsibles contra los objetivos previstos?

—He visto, Luisewitz, he visto y he admirado tu clarividencia estratégica. Pero de no oírlo de Rouco, no creerlo. Ahora bien, ¿qué ha dicho? Interpretáme al oráculo.

—Rouco está preocupado. No sabe qué va a pasar cuando empiece la guerra y la campaña política en contra, pero no piensa condenar a priori a Bush ni a Aznar. Salvo...

- Salvo que el Vaticano la condene de forma expresa. No sólo genéricamente.
- O sea, que, pasando al tenis, hemos salvado una pelota de *set* y de partido.
- Sí, pero el partido continúa. Cuidado con las voleas en la red.
- Nunca he jugado al tenis.
- Ya me lo parecía.

La verdad es que estábamos felices y lo único que podía alegrarnos era una sola frase de Rouco, interpretada de la manera que creíamos correcta. Nada más. Es curioso que, incluso ahora, esa frase pueda interpretarse de una u otra forma, incluso de ninguna forma. Sin embargo, en su contexto significó lo que creímos que significaba porque todos actuamos en consecuencia, tanto los que pretendían imponer una cierta disciplina vaticana como los que queríamos mantener la tradicional libertad de los programas de la COPE. Unos y otros interpretamos que Rouco avalaba la continuidad, la autonomía de los comunicadores. Y como los hechos no nos desmintieron, creemos que era así. Sin embargo, se trataba sólo de un equilibrio temporal que podía venirse abajo en cuanto empezara la guerra. Evidentemente, la guerra había empezado mucho antes de empezar.

La izquierda, a la guerra contra las urnas

Después del 11-M y, sobre todo, después de las investigaciones periodísticas que han desmontado toda la versión socialista sobre la masacre que, repugnantemente manipulada, les llevó al Poder, muchos ven el comienzo de un auténtico golpe de Estado en las movilizaciones del *Prestige* y de la guerra de Irak. Yo no quiero actualizar con datos de hoy las sensaciones de ayer ni contar lo que ayer vivimos por lo que hoy sabemos. Para ello, lo mejor será recuperar algunos párrafos del prólogo de *El adiós de Aznar*, que salió en Planeta a comienzos de 2004, cuando todo indicaba que el presidente del Gobierno, tras superar la terrible prueba de la izquierda en la calle, se iba por la puerta grande y dejaba a su designado heredero, Mariano Rajoy, en La Moncloa.

Tras recordar la tradición golpista y las campañas de destrucción personal y política de los líderes de la derecha que cerraban su acceso al Poder, singularmente Antonio Maura durante la Restauración y Lerroux durante la II República, yo escribí que la gigantesca movilización callejera contra Aznar,

a mi juicio, fue un verdadero intento de golpe de Estado civil de toda la izquierda (parlamentaria y antiparlamentaria) y todo el nacionalismo (pro terrorista o menos) contra el primer partido de España, el PP, que tras su mayoría absoluta en las elecciones del 2000 ostentaba legítimamente el gobierno de la nación y tenía la hegemonía parlamentaria. Tras el ensayo general del *Prestige* en Galicia, la guerra de Irak supuso la

extensión a toda España de una violencia sin precedentes en la historia de la democracia española contra ningún partido político, ni siquiera Herri Batasuna tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Tras una sumaria y violenta identificación del PP con la guerra, el crimen o el asesinato de inocentes, sin contemplaciones ni matices, sin distinguir Gobierno, Parlamento y Partido, política y personas, representantes y representados, más de doscientas sedes del PP fueron atacadas en toda España, el Parlamento fue cercado varias veces por miles de manifestantes encabezados por actores y artistas, que tanto en la gala de los Premios Goya como en la calle hicieron gala de un insultante sectarismo izquierdista y disfrutaron con su papel de mascarón de proa de las manifestaciones convocadas por la izquierda en el mejor estilo de la Komintern, gigantescas al principio, luego cada vez menos masivas pero más radicalizadas y violentas, que se extendieron durante casi dos meses.

En el Congreso, el PP debía afrontar no sólo a los bancos de la izquierda sino a la tribuna de invitados (por la izquierda), en la que artistas autoproclamados líderes de la sociedad española, gritaban e insultaban a los diputados del PP cuando tomaban la palabra. Nunca se vio tan claro el desprecio que la izquierda tiene por la democracia, «burguesa» si ella no manda. Y nunca se vio tan claro el papel sectario y manipulador de la mayor parte de los periodistas españoles, que igualaron e incluso superaron a los actores en su agresión contra el Gobierno, contra la derecha y contra cualquier ética de la profesión periodística, arrasada por el sectarismo. Si el gremio del teatro y el cine se lució en los prolegómenos de la guerra, el de los periodistas tuvo su momento de dudosa gloria tras la muerte accidental de Julio Anguita Parrado por un proyectil iraquí y del cámara de Tele 5 José Couso por el disparo de un tanque norteamericano. Uno en una tienda de campaña de las tropas aliadas y otro en uno de los últimos pisos de un hotel de Bagdad fueron convertidos en símbolos de la supuesta barbarie criminal de los USA, Occidente y el PP.

Los momentos más hirientes y grotescos de aquella campaña fueron, como nadie que los vivió podrá olvidar, protagonizados por los actores, encabezados por los Bardem y organizados por un sindicato afín a Comisiones Obreras y no alejado de los predios batasunos, como mostró durante el alto el fuego de ETA homenajear con rosas blancas a Jone Gorizelaia, abogada y dirigente de Batasuna durante muchos años que jamás condenó uno solo de los crímenes etarras. Casi como los actores.

De aquella puesta en escena kominterniana, que empezó con la manipulación totalitaria de los Premios Goya y, tras vociferantes manifestaciones a las puertas de las Cortes, terminó en la tribuna de invitados del Congreso, con los titiriteros más ricos y famosos exhibiendo camisetas contra la guerra e insultando al Gobierno y diputados del PP, lo que a mí me resultaba más insoportable era que unos sujetos apenas alfabetizados se proclamaran catedráticos de Historia, Política y Ética para guiar a la sociedad civil, la misma a la que sacan dinero por la espalda de sus impuestos puesto que se niega a dárselo voluntariamente en las taquillas. Encima de atracadores, moralistas. Pero dentro de la COPE el ambiente cada vez más enrarecido por la movilización de las izquierdas no llegó al máximo de crispación por la capacidad de convicción moral e intelectual de los actores, que es aproximadamente nula entre quienes los conocen, sino por la movilización de los propios periodistas, que, dentro y fuera de los medios, a raíz de la muerte de Anguita Parrado y Couso, tomaron corporativamente el relevo de los titiriteros.

Muchos se preguntaban cómo pudimos coexistir en la COPE rebaños políticos tan diferentes mientras el pastor tocaba en la lejanía el caramillo y cada día llegaban noticias que inflamaban más un panorama al rojo vivo. Pues debo decir que, en lo que cabe y durante bastante tiempo, recurriendo a la profesionalidad y al juego limpio. La información que dábamos en la cadena era exhaustiva, tanto en *La mañana* como en

La linterna y demás programas, amén de los servicios informativos. La COPE tuvo como enviado especial en Bagdad a José Miguel Azpíroz, cuyas convicciones de izquierda radical no le impidieron desarrollar su tarea, al menos en lo que a mí respecta, con la profesionalidad necesaria para informar sin manipular y para separar los datos de la opinión. Si en otros programas hubo deslices propagandísticos, debo decir que en el mío el comportamiento fue versallesco. Claro que yo no hubiera tolerado otro, pero ambos lados hubiéramos salido perdiendo y la tensión hubiera hecho aún más insoportable el ambiente dentro de la redacción.

Sucedió justo al revés: el juego limpio de partidarios y detractores de la Alianza contra el genocida Sadam Hussein nos permitió salvar las tres semanas de guerra con un nivel excelente de servicio al oyente, al margen de lo que se dijera en las tertulias. Sin embargo, nosotros veíamos cómo día a día, a medida que se iba estrechando el cerco sobre Bagdad, también se iba estrechando el cerco sobre los que defendíamos al Gobierno, que éramos sólo tres medios: el *ABC* en papel, sobre todo por los excelentes análisis diarios del GEES (Bardají, Portero y Cosido); *Libertad Digital* en Internet, que llegó a su mayoría de edad y se convirtió definitivamente en el medio de referencia de los jóvenes liberal-conservadores, y, naturalmente, la COPE, que cada día, de mediodía a medianoche, dispensaba información fiable y opinión implacable a la media España aterrorizada por la campaña de la izquierda, calcada de la de 1934-1936.

Vuelvo al testimonio de *El adiós de Aznar* para recoger literalmente lo que, menos de un año después de los hechos, pensaba yo sobre lo sucedido en la radio:

Estoy convencido de que sólo diez días más de guerra habrían liquidado la principal trinchera de opinión que en esos días le quedó a la derecha y que fue la COPE. Con Radio Nacional absolutamente tomada por los profesionales izquierdistas, y con los informativos de TVE oscilando entre la apertura gubernamental y la cobertura antioccidental y rabiosamente anti-israelí de «las huríes de Ferrari», con «Fátima» Rodicio a la cabeza, sólo *ABC* en la prensa de papel y *Libertad Digital* en Internet suministraban cada mañana argumentos a favor de los aliados en la guerra y del Gobierno en el Parlamento. Pero eran *La linterna*, de forma abierta, y *La mañana*, de forma más matizada, los únicos vínculos diarios que mantuvieron unidos a un Gobierno cercado y una base social acosada y angustiada. La COPE fue el único medio que, con las diferencias propias de directores y colaboradores de esos programas, no abandonó a la derecha. Sólo meses después supimos hasta qué punto nos lo agradecía la audiencia

No insisto en el importantísimo papel de la COPE en esos días por presumir o pasar factura ninguna ni a Aznar ni al PP ni a nadie. Uno hace lo que cree que tiene que hacer, a veces se equivoca y a veces acierta, pero, como suele repetir Luis Herrero, nunca se equivoca si opta por el camino más difícil. Y la gran dificultad que tenía defender aquella trinchera era la oposición del Papa a aquella guerra (como a todas las guerras en general) que fue utilizada desvergonzadamente por la izquierda contra el Gobierno y el PP para deslegitimarlo ante su base social y darle jaque mate en la calle y en las urnas. La cuestión de fondo no era si en los programas de más audiencia e influencia de la COPE estábamos a favor de la guerra (algo en lo que había diferencias y matices), sino si admitíamos que con la excusa de la guerra se echara al Gobierno legítimo y se triturase a la derecha, es decir, si con la excusa del Papa «se sacaba del mapa político» precisamente a los que van a misa.

Era realmente grotesco ver a los ateos socialistas y comunistas, a los anticlericales más feroces pedir públicamente al Papa la excomunión de Aznar. Pero a los católicos del Gobierno —como me confesó en privado uno de esos días atroces Ana de Palacio— aquello no les parecía ridículo sino trágico, al menos en lo personal. Y en lo político, no les llegaba la camisa al cuerpo, porque aunque estaban moralmente convencidos de que hacían lo que debían no sabían cuál podía ser la reacción de la base católica ni, sobre todo, qué podía

pasar en la visita del Papa a España en los primeros días de mayo, poco antes de las elecciones municipales y autonómicas en las que la derecha podía abstenerse y dejar que se hundiera el Gobierno o movilizarse y apoyarlo.

El caso Couso, el caso Aznar y la COPE como caso

En esas semanas me gradué definitivamente como periodista, casi siempre de la mano de Luis Herrero. Pese a la urticaria que me provocaba el trato con los políticos, vimos en esos días, fuera de los micrófonos, a los ministros más importantes del Gobierno, desde el vicepresidente Rajoy a la ministra de Exteriores Ana de Palacio, con la excepción de Aznar. Iban llegando noticias de que el enfado cósmico que le llevó a promover el boicot a la presentación de *Con Aznar y contra Aznar* se iba trocando en alguno de esos susurros sentenciosos bajo el bigote que en los usos faraónicos denotan una digestión reposada de lo dicho y una voluntad expresa de comunicarlo.

Ejemplos:

—El que se está portando bien, pese a todo, es Federico.

O bien:

—Menuda diferencia entre Pedro Jota y Federico.

O bien:

—Si no fuera por la COPE, Pedro Jota ya nos habría mandado fusilar.

Toda esta producción sotobigotil nos iba llegando, para solaz de Luis y relativa mortificación mía, que llevaba mal salvarle los muebles a quien de forma tan miserable nos había desahuciado. Pero llegaba, que es lo que el Faraón quería y lo que, a decir verdad, la errante tribu de Israel, deambulando por el desierto sin Moisés, agradecía. Y es que la gente del común vivía la experiencia de forma muy distinta a la nuestra. Como ha sucedido paradójicamente en estos años milagrosos de la COPE, si la radio se venía arriba en el ánimo de los oyentes de derecha —y también de muchos de izquierda, para contrastar— era porque el Gobierno y el PP se habían venido estrepitosamente abajo. Cuando, a las tres semanas justas de empezar la invasión de Irak, el general Tommy Franks entró en Bagdad, la izquierda reaccionó como era previsible para quienes la conocen, entre los que, evidentemente, nunca ha estado la plana mayor de la derecha española: perdida la guerra en el campo de batalla, había que ganar la de la propaganda.

Y lo hicieron. El fulminante éxito militar fue rápidamente convertido en prueba de la maldad intrínseca de Occidente y del «Trío de las Azores» —Bush, Blair y Aznar—, manipulando indecorosamente la muerte en accidente de dos enviados especiales a la guerra, Julio Anguita Parrado, de *El Mundo*, y José Couso, de Tele 5. Como al hijo de Anguita lo habían matado los iraquíes cuando redactaba la crónica

en una tienda de campaña, la culpa fue, en este primer caso, de los americanos que llevaban «empotrados» a los informadores de guerra para manipularlos mejor y que no contasen los terribles daños que Sadam infligía a Bush y Blair. Por supuesto, en el mejor estilo soviético, los dos países que derrotaron al III Reich y garantizaron militarmente la democracia en Europa Occidental hasta la caída del Muro se habían convertido o más bien desenmascarado como los únicos y auténticos nazis, junto a los judíos de Israel, cuyo Holocausto nunca ha supuesto el menor obstáculo intelectual para la izquierda.

En el segundo caso, el de la muerte del cámara de Tele 5 José Couso, producida cuando los tanques americanos entraron en Bagdad, se batieron todas las marcas de la manipulación, y los periodistas, en su mayoría, se comportaron de forma todavía más repelente y manipuladora que los actores. Hay dos imágenes que se me han quedado grabadas y que en *La linterna* me llevaron a las críticas más duras de toda la guerra. Una es la de los fotógrafos del Senado poniendo sus cámaras en el suelo y negándose a fotografiar a Aznar cuando iba a entrar en el Senado a informar sobre la contienda. Otra es de los mismos fotógrafos rodeando en su escaño al presidente del Gobierno, ante la inacción de los servicios de seguridad de las Cortes, con carteles denunciando el que se empeñaban en llamar «el asesinato de Couso». La degradación intelectual y la deriva totalitaria de los dos últimos años de zapaterismo ha llevado a un extremo todavía más grotesco la manipulación y se ha llegado a hablar del «genocidio de Couso». ¡Échale!

Pero junto a esas dos imágenes me quedan otros dos recuerdos de esos días, ambos con el Gobierno como protagonista. Uno, comiendo con Rajoy y su jefa de Comunicación, Belén Bajo, en Moncloa, adonde fui con Luis Herrero al día siguiente de la muerte de Couso. Además de presenciar una bronca monumental de Belén con el jefe de Prensa del ministro de Defensa, Federico Trillo, al que no quería poner al teléfono para hablar con el vicepresidente, recuerdo haberle preguntado tras oír la enésima queja del comportamiento de Tele 5, 1a cadena de Berlusconi y Vocento, en este asunto:

—Pero vamos a ver, Mariano, ¿y por qué no llama Aznar a Berlusconi, que está con él y como él en lo de Irak y le dice lo que está haciendo su cadena?

—Pues no lo sé.

—¿Y crees que si se le dice, o sea, si se lo dices tú, es capaz de hacerlo?

—No, no lo hará.

El segundo recuerdo es de finales de ese año 2003, a orillas del turrón. Hablando con Alfredo Timmermans, responsable de medios de comunicación en La Moncloa, con la placidez de esos días en los que ya todo parecía encauzado y Aznar se dirigía con paso seguro a lo que todos creíamos que iba a ser una suave y melancólica retirada, me confesó que lo más miserable del caso Couso fue que la víspera le había

ofrecido a Juan Pedro Valentín, jefe de Informativos de Tele 5, 1a evacuación de Couso y los enviados de otros medios en un helicóptero especial proporcionado por los USA, porque sabían que los americanos iban a entrar en Bagdad a sangre y fuego y los tanquistas, después de veinte días de batallas feroces y sin apenas dormir, no se iban a poner a distinguir a sadamistas y periodistas. Valentín le dijo que no, porque *El País* se iba a quedar y ellos no podían dar la imagen de largarse. Por supuesto, no creo que informaran a Couso de esa posibilidad de evacuación. Pero lo que sí sé es que cuando montaron en la cadena la gran jeremiada contra el supuesto asesinato de Couso, esta propuesta de evacuación, a medias entre Aznar y Bush, se ocultó totalmente a los espectadores. Esto prueba la catadura de los responsables de la cadena que estuvieron al tanto de ese hecho, pero aún más la ilimitada estupidez de un Gobierno que elevó la rendición ante la propaganda de sus enemigos a la categoría de arte.

Mientras tanto, el clima se iba haciendo irrespirable dentro y fuera de la COPE, pero la imagen de la caída de la inmensa estatua de Sadam Hussein en Bagdad acabó desmovilizando a los manifestantes, que fuera de Couso no encontraban ya en la salvación del millón de civiles que iba a matar Bush —cuatro millones, según la Cruz Roja Internacional y los cleriprogres— ningún argumento serio para echarse a la calle fingiendo indignación. O mejor dicho: indignándose a través de la manipulación de los sentimientos y la mentira programada, que es la forma habitual de actuar de la izquierda desde hace un siglo largo, cuando Lenin dejó dicho que «la mentira puede ser una herramienta revolucionaria». Del Socialismo Real, es lo único que sigue funcionando.

El «santo advenimiento» del Papa

La única estrategia real del Gobierno de Aznar ante aquellas manifestaciones gigantescas, los cientos de asaltos a sus sedes, las agresiones físicas y verbales a sus representantes, la continua coacción instalada en todas partes, se resumía en una frase que es el no va más de la impotencia, el máximo alarde de la incomparecencia ética y el acabóse de la incompetencia política: «Ya escampará». Por supuesto que no escampaba. Al revés, caían chuzos de punta. Pero Aznar, preocupado esencialmente por su salida, llegó a la conclusión, que Aragonés nos transmitía a Luis y a mí, de que si la guerra terminaba antes de las vacaciones de Semana Santa y el Papa se portaba bien en su viaje de mayo, toda la convulsión callejera quedaría olvidada, la izquierda habría perdido una batalla más desde la caída del Muro y en las elecciones municipales y autonómicas no habría el descalabro que anunciaban las encuestas y

que colocaban al PSOE casi veinte puntos por encima del PP.

Lo curioso es que eso fue exactamente lo que sucedió, acreditando lo que todos llamaban «la baraka» de Aznar. Contra todas las previsiones militares, la «guerra relámpago» de Tommy Franks terminó en tres semanas y con el menor número de muertos civiles que en ninguna otra guerra de esas características. Naturalmente, ni la izquierda española ni ninguna otra, ni los grandes traidores Chirac y Villepin y casi toda la derecha francesa, subvencionada durante treinta años por Sadam, reconocieron la derrota militar y el fracaso de su apuesta política. Al revés, anunciándose como aliados de cualquier vietcong sadamita o benladenista, proclamaron lo de siempre, que en Irak empezaba un nuevo Vietnam, que es el viejo, el de hace cuarenta años: el modelo de guerra ganada por el totalitarismo a la democracia, pero no en el campo de batalla, donde suele perder siempre, sino aprovechando la vil estupidez de muchos medios de comunicación occidentales que parecen disfrutar saboteando la civilización de libertad que los alberga. O sea, lo de siempre, pero peor. Para el PP, en cambio, una bendición.

Sobre todo si, finalmente, la impartía el Papa. Pero su visita en mayo, apenas vueltos de las vacaciones semanasanteras, se presentaba llena de incógnitas. La principal era saber hasta qué punto había calado la propaganda izquierdista contra la guerra, Aznar, Bush y Occidente en general en los jóvenes que, según costumbre, iban a protagonizar la primera de las dos grandes concentraciones papales. La segunda era saber cuál iba a ser la postura de la Conferencia Episcopal y qué discurso iba a hacer el Papa ante Aznar y el Gobierno durante la segunda gran concentración: la misa en la Castellana. Para tratar de arrimar el ascua a su sardina, los feroces comecuras se travistieron de sacristanes y los ateos beligerantes contra el marxista «opio del pueblo» se dedicaron a administrar a los católicos dosis masivas del opiáceo audiovisual de la progresía. Claro que para conseguirlo estaban obligados a decir que el Papa era bueno y Aznar malo, esperando que el comportamiento del polaco les favoreciera. Pero corrían el riesgo de que el Papa no sancionara la condición luciferina del PP y hasta lo recibiera amorosamente en sus brazos como un hijo discutiblemente descarriado.

Sin embargo, la duda sobre lo que podía decir el Papa, si es que decía algo, contra el PP perjudicaba, aparentemente, la capacidad de convocatoria de Juan Pablo II, que, ya muy enfermo, rendía la que, con seguridad, iba a ser su última visita a España. En la COPE se vivía un ambiente febril, por los preparativos y por las incógnitas. Todas las reticencias entre el sector más clerical y el más liberal, aunque en éste hubiera católicos de la entidad de Luis Herrero o mis colaboradores José Raga y Juan Velarde, desaparecieron. Si el viaje fracasaba, fracasábamos todos. Si triunfaba, todos salíamos ganando. La tensión política se mascaba en el aire. Nadie se atrevía a hacer pronósticos.

La primera gran prueba de masas fue la reunión con los jóvenes. Las cifras que, de puertas adentro y según nos contaba Barriocanal, barajaba la Conferencia Episcopal eran de un cuarto de millón si las cosas no iban mal. Menos de doscientos mil si salían regular. Y eso porque, con el tirón del Papa, no pensaban que pudieran salir mal, aunque lo temían. Y sucedió lo inesperado: un callado y poderosísimo movimiento de masas, cuyo sentido tardamos en descifrar, arrasó todas las previsiones, las buenas y las malas, o sea, las regulares. Durante La tarde, hablando con Fernando Barriocanal y otras fuentes cercanas a la organización, fui siguiendo las evaluaciones: oye, esto no va malpasaremos de las doscientas mil; nada mal, vamos a llegar y a pasar el cuarto de millón; estupendo, superamos las trescientas mil y esto no acaba; extraordinario, debemos de estar ya rondando las cuatrocientas mil y sigue llegando gente; esto es absolutamente increíble, podemos alcanzar el medio millón; oye, oye, que me dicen que estamos superando holgadamente el medio millón; esto es un éxito inenarrable; oye, entusiasmo total y un número exorbitante, pueden ser seiscientas mil; oye, oye, oye, de no verlo, no creerlo, estamos ya por encima de las setecientas mil, esto no es un éxito, es un milagro, un verdadero milagro. ¡Y todavía falta mañana! ¡Será un hito histórico!

El domingo por la mañana, desde muy pronto, el centro de Madrid se convirtió en una cuenca fluvial de gente que por ríos, cañadas, avenidas y cualquier otro cauce iba desembocando torrencial pero apaciblemente en la Castellana, dispuesta a reeditar el éxito imprevisible e inenarrable del sábado. Jaime Mayor Oreja me contó pocos días después que, cuando salió de su casa hacia la misa, apenas podía dar un paso, pero esta vez no por los insultos y pedradas que acompañaban a los políticos del PP en los meses precedentes, sino por la emoción desbordada y el afecto de la gente. Estaba claro que la derecha, creyente o no, se había echado masivamente a la calle. Tras meses de vivir debajo de las piedras, desmovilizada por su propio partido y acosada por la izquierda, había encontrado en el Papa el bálsamo de todos sus males, que empiezan siempre por no reconocerse a sí misma y, fatalmente, terminan por no darse a conocer a los demás.

Más de un millón reconoció Polanco, millón y medio dieron otros periódicos, cerca de dos millones dijeron los convocantes. En todo caso, un éxito arrasador. Meses después, tratando de analizar lo sucedido, llegué a la conclusión de que la media España calumniada, injuriada, atropellada durante meses por titiriteros progres y politicastos con vocación de chequistas se había echado a la calle para demostrar o para convencerse de que estaba viva y era, al menos, tan numerosa como la otra media España cainita. Como la derecha cree más en la familia, la nación, la propiedad y la religión que en los políticos, se sentía más a gusto agrupándose en torno al Papa que a Aznar, que no se hubiera atrevido nunca a hacer lo que, por otra parte, debía haber hecho: reclamar la calle con la calle y desde la calle. Porque a la vista estaba

que la tenía.

Faltaban los discursos. En una esquina de la anchurosa y desventurada —por no decir francamente horrenda— plaza de Colón había cuatro maulas con una pancarta que decía «Aznar excomunió». Pero Aznar comulgó y además salió de misa más contento que el día de su boda, e incluso, aunque esto no está datado, el de su primera comunión. La homilía del Papa, el gran discurso político, se centró en la fe y en lo que la historia de la nación española había aportado a la fe y al catolicismo. El discurso sobre nuestras raíces romanas y cristianas resultó formidable, elocuentísimo, conmovedor. No pocos de mis colaboradores, en la plaza o ante la televisión, lloraron de pena y de gratitud, en una efusión hondamente sentida y que tenía tanto de consuelo como de reivindicación. Tanto para creyentes como para no creyentes, el elogio a España del que aún en vida ya empezaba a ser considerado santo fue un bálsamo dulcísimo, un remedio salvífico. Dentro de la COPE, el entusiasmo era total y sin reservas. El clima, tradicionalmente helado, mejoró hasta extremos casi tropicales. Se abrió paso de forma natural, por la fuerza de los hechos y la lógica de lo vivido, la convicción de que tras la experiencia de la guerra de Irak que, siguiendo la peor tradición histórica de la izquierda, se había convertido en guerra civil contra la derecha, había que basarse en las propias fuerzas para no ser arrasados, aventados por la compulsión totalitaria que anida en los progres. No imaginaba yo entonces hasta qué punto ese cambio de tendencia en profundidad, dentro y fuera de la COPE, fuera y dentro de la derecha política, en los hondones del alma de la derecha sociológica española, iba a afectarme tan personalmente.

La sorpresa en las urnas municipales y autonómicas

En fin, tras una tensísima campaña, llegó la jornada electoral. Y a las ocho, como de costumbre, empezó el programa de la COPE dirigido por Luis Herrero, conmigo al lado. Los presagios a lo largo del día eran contradictorios, las «israelitas» —encuestas a la salida de los colegios electorales— favorecían al PSOE pero podían interpretarse como un reflejo del miedo conservador a la violencia izquierdista de los últimos meses sin que tuviera reflejo electoral. En resumen, que había que contar los votos, a ver qué pasaba.

Y lo que a las nueve pasaba o nos decían que pasaba era que el PP se hundía en toda España. Perdía las comunidades de Madrid y Valencia, las alcaldías de Valencia y Burgos, entre otras muchas de menor entidad, no recuperaba Baleares pese a la horrible gestión del Pentapartito y también podía perder la alcaldía de Madrid. O sea, que Aznar perdía las dos piezas clave de su poder territorial y encaminaba a su

partido hacia la debacle en las próximas elecciones generales. A las diez de la noche, el resultado era tan bueno para el PSOE que Blanco quiso salir a dar una rueda de prensa pidiendo la dimisión del Gobierno, clamorosamente desautorizado por las urnas. Lo sujetaron con no pocos problemas para que esperase al menos hasta las once. Lástima.

Porque a eso de las diez y media, la tendencia cambió. Las noticias llegaban, nos las iban transmitiendo y las íbamos comentando con retintín o con abierto rechino:

- ¡Burgos sigue en manos de los nacionales!
- ¡El PP avanza mucho en Madrid! La Comunidad, imposible.
- ¡La alcaldía de Valencia también puede conservarse!
- ¡Camps puede conservar la Comunidad!
- ¡Madrid es del PP!
- ¡Matas puede ganar en Baleares!
- ¡Toda Valencia, alcaldía y Comunidad, para el PP!
- ¡La alcaldía de Madrid para el PP y Esperanza recorta distancias!
- ¡Matas ha ganado en Baleares!
- ¡La Comunidad de Madrid dependerá del voto por correo!
- ¡Increíble! ¡Increíble!
- ¿Conque Aznar estaba muerto y el PP enterrado, eh?
- ¡Increíble! ¡Increíble!
- ¿Cómo dices?
- ¡Increíble! ¡Increíble! ¡Increíble! ¡Viva el Papa!

Con esos datos, y a falta de lo que sería el esperpento y la repetición de elecciones en Madrid, con Esperanza Aguirre como nueva Agustina de Aragón, todos los fantasmas del PP parecían conjurados. Aznar podía organizar la sucesión a su gusto y nuestras buenas relaciones con el Gobierno estaban restablecidas. Entonces fue cuando Luis me dijo:

- Fede, estoy absolutamente decidido: dejo la radio y me voy a la política.

Capítulo XII

CÓMO LLEGUÉ A DIRIGIR *LA MAÑANA* Y CÓMO TODO CAMBIÓ DEL TODO

La tentación de la política profesional no era nueva en Luis. Cuando uno ha nacido en un Gobierno Civil y es hijo de ministro de Franco (cuando ser ministro era algo serio) la capacidad de ventear las añagazas del Poder es casi tan grande como la tendencia a participar en él. Luis, como suele decirse, había mamado la política y aunque quedó huérfano con diecisiete años tras la muerte de su padre y salió del trance tomando los hábitos de periodista, nunca perdió la afición a la política y a los políticos. Para él, acercarse al Gobierno era como volver a la infancia. Y esa tendencia natural en todo ser humano de volver a los orígenes, a la seguridad del terreno conocido y los vericuetos afectivos transitados se fue agudizando en forma de tentación política conforme iba pasando las de Caín y casi las de Abel al frente de *La mañana*.

Lo que no se sabe es que el tentador fue Aznar, y que lo era desde años atrás, aún en vida de Antonio. Siendo ya presidente del Gobierno, le dijo un día en Playetas:

—Y tú, Luis, ¿qué vas a ser de mayor? Porque esto del periodismo supongo que no es para toda la vida. ¿Cuándo te decides a dar el paso a la política?

—Pues no creas que no tengo la tentación. A lo mejor, el día menos pensado.

—Bueno, pues ese día, dímelo.

—Hay muchos problemas, como te puedes imaginar: la familia, los críos...

—Tú, simplemente, dímelo. Lo arreglaremos.

Aznar en la oposición era una vocación anhelante con pocos medios para cumplirse, una voluntad insomne de poder que movía a la desconfianza o promovía la adhesión. Pero una vez llegado al Gobierno transmitía una seguridad apabullante. Daba la sensación, exagerada sobre sacrilega, de ser una especie de ministro del Interior del Altísimo, El Cual complacería siempre a quien con él compartiera los arcanos del Tiempo, el Espacio y el incierto destino de los humanos. De todas las seguridades que pueden darse en algo tan inseguro, la de Aznar era la que mejor podía convencer a Luis.

En la primavera angustiosa de la guerra de Irak habíamos hablado varias veces sobre el oscurísimo futuro de la COPE y nuestras posibles alternativas profesionales.

—Tú no debes preocuparte, Fede. Con los libros, los artículos y, si quieres, las tertulias en radio y televisión te puedes ganar la vida igual o mejor que ahora. No eres gastador, tu mujer es lo más sensato de tu familia y tienes tres hijos menos que yo. Yo, en cambio, tengo tres hijos más que tú y una situación más complicada. La política está ahí, y el Faraón no deja de recordármelo, pero el paso es muy

complicado. Si fuera soltero, ya me habría ido o me iría al terminar el curso. Pero como no lo soy...

—Dejarás que la vida decida por ti.

—Por supuesto. Pero esta vez tendré que ayudarle un poco.

—Tú puedes ganarte la vida como yo y, además, como guionista. Recuerdo lo mucho que te gustaba el teatro cuando nos conocimos.

—Sí. Y me sigue gustando aunque no escriba. Pero este guión no es de ficción.

—La vida es sueño, Luis. Lo dijo Calderón y era información, no opinión.

—Cierto, oh, Kalíkatres sapientísimo. De todas formas, esto romperá por algún sitio, más pronto que tarde. De ésta, o nos barren, que es lo más probable, o barremos.

—Tampoco es innoble futuro el de la escoba. Homenaje municipal a Los Sirex.

—Venga, Fede, vamosos.

—¿En general o en particular?

—Yo, en general. Tú, de momento, en particular.

El caso es que, después de tanto darle vueltas, había llegado el momento. Luis se iba. Pero no estaba claro cuándo ni cómo, aunque sí adonde o por dónde. Tras su resurrección electoral, Luis fue a hablar con Aznar a finales de mayo para ver si seguía en pie su oferta. Por supuesto, seguía. Como tránsito menos gravoso en lo económico y familiar pensaron en las elecciones europeas que iban a celebrarse inmediatamente después de las generales de marzo de 2004. Faltaba menos de un año, pero siendo esas elecciones en mayo y teniendo que anunciar las listas a final de febrero, se planteaba un problema grave: ¿empezaba el curso Luis o no empezaba? ¿Se le buscaba sustituto provisional para terminar el año, en la barahúnda de las generales? ¿Se dejaba rodar el calendario político y radiofónico, que estaría finiquitado en mayo, con nuevo gobierno y el verano a la vista? ¿O se hacía el cambio al terminar la temporada y empezaba la siguiente el nuevo director? ¿Se iba Luis en julio de 2003 o en febrero de 2004?

Luis y yo lo hablamos con calma —relativa, porque urgía tomar decisiones— y llegamos a la conclusión de que lo que más nos convenía a los dos era que Luis llegara hasta febrero y, desde ahí al final de curso lo sustituyera yo, si la casa aceptaba. Viéndolo en perspectiva era evidente que tanto Luis como yo mismo jugábamos a que el sucesor fuera yo pero que no acabábamos de creérnoslo. Suponíamos que, dada la tradición quejumbrosa de don Bernardo por mi estilo al frente de *La linterna*, no me ofrecería la posibilidad de triplicar sus disgustos al frente de *La mañana*. Pero, al mismo tiempo, deducíamos racionalmente que, siquiera de forma temporal, el sustituto natural de Luis era yo, buen amigo suyo y, sobre todo, director del segundo programa de la cadena, que era el único que sobrevivía a la lenta ruina de la COPE tras la muerte de Antonio y la defección de García. Por otra parte,

en el área comercial había calado la opinión de que la única solución interna para que sobreviviera la cadena era intentar el curso siguiente, a la desesperada, recuperar medio millón de los oyentes perdidos en *La mañana* desde la muerte de Antonio, y que el único con características zootécnicas —agresividad, garra política y sensibilidad comercial— para tan dura lidia venteña era yo.

Pero ¿quería yo? ¿Quería Luis? En realidad, a lo que seguíamos jugando no era a colocarme una temporada, o media, en *La mañana*, sino a conservar *La linterna*. Visto en perspectiva, ni Bouvard y Pécuchet metidos a figuras de la radio hubieran alcanzado nuestros niveles de idiotez. Y durante todo el mes de junio hicimos lo posible y aun lo imposible para conseguir que *La mañana* la dirigiese cualquiera... menos yo.

Luis tuvo entonces una conversación con Fernando Jiménez Barriocanal sobre su paso a la política, la temporada siguiente y su sucesión al frente de *La mañana*. La relación de ambos había evolucionado de una forma muy curiosa. Primero, de la desconfianza a la hostilidad; luego a la guerra fría con episodios incandescentes; después, a una paz recelosa, y, finalmente, tras los durísimos meses pasados juntos, a una forma cordial de convivencia y trato. La tesis de Barriocanal que a mí me expuso varias veces, pero no como oferta particular sino como análisis general del drama de la COPE, era que Luis era a la vez la solución y el problema. La solución a corto plazo porque era la única figura de consenso; el problema a largo plazo porque, tras la salida de García, si *La mañana* no funcionaba toda la cadena se hundía. Y Luis no podía más.

Yo le decía que con lo que no podía ni Luis ni nadie era con la desconfianza de la casa y las puñaladas internas, que la propiedad debía tomar la decisión de mantenerlo o quitarlo, pero no tenerlo en una especie de cuarentena ilimitada. Nadie aguanta tantas horas diarias en directo delante del micrófono cuando ni él ni el micrófono tienen claro qué hacen allí. Fernando decía que sí, que tenía razón pero como si no la tuviera. Don Bernardo nunca le iba a decir a Luis que se fuera, porque le daba pavor el agujero que podía dejar. Si Luis no se iba, no lo echarían, y Luis no se iba porque don Bernardo le pedía que se quedara. ¿Solución? No había solución. Salvo que se fuera Luis porque quisiera irse. Y vuelta la burra al trigo: yo, que cómo iba a irse si le pedían que se quedase; él, que cómo iba a quedarse si las cosas seguían tan mal; yo, que le dieran una salida clara; él, que la salida tenía que encontrarla Luis; yo, que, en resumidas cuentas, estábamos en manos de la Providencia; él, que en las manos de Dios, sí, eso siempre.

Todo este proceso lo llevamos con discreción absoluta, lo cual significa que además de los cuatro implicados no lo sabrían más allá de quince o veinte personas. Como la mayoría vivía el asunto como lo que era, un drama donde se jugaba el ser o no ser de la COPE, su significación y su nómina, nada trascendió a los medios.

Milagro.

La decisión o, más exactamente, el final de la indecisión se produjo por la imperiosa necesidad de decidir si, sabiendo que Luis pensaba dedicarse a la política, seguía en la radio hasta febrero, cuando salieran las listas, o la dejaba al terminar julio. Creo que ahí se impuso el criterio de Barriocanal, bastante lógico: era difícil mantener en absoluto secreto la candidatura de Luis y, de hacerse pública a los pocos meses de empezar la nueva temporada, la situación para la empresa sería desairada y perjudicial. En consecuencia, si Luis dejaba el programa en julio (y estábamos ya en junio) la COPE debía hacer lo que llevaba un año dilatando: elegir sucesor. Había que planificar la próxima temporada, crear el nuevo equipo, contratar, despedir, fichar y licenciar. No menos de treinta personas se verían afectadas por el cambio. Había, pues, que decidir un cambio y pactar todos los demás, si no se quería añadir a los ya graves problemas de la casa un serio conflicto laboral entre los trabajadores fijos, aparte de los colaboradores.

La llamada de don Bernardo

No sé los días que estuvieron debatiendo el asunto o si lo tenían debatido ya. Ni me lo han querido contar ni yo he querido averiguarlo. En todo caso, los tres que, en buena lógica, tomaron la decisión debieron de ser don Bernardo, Barriocanal y Rouco. Por alguna razón que probablemente se limitase al verano y al pesimismo ambiental, volvieron a arreciar los rumores sobre la marcha de Luis, bien a Antena 3, bien a TVE, bien a la dirección de *Las Provincias*. Eso era bueno porque no adivinaba la verdad, pero era malo porque ponía en marcha las quinielas de los sustitutos, que básicamente éramos Carlos Herrera, Luis del Olmo y yo. Había opiniones para todos los gustos. Me sorprendió que me salieran amigos desconocidos, sobre todo de la administración o de publicidad, que me palmeaban la espalda en los pasillos. Pero no eran del género adulador sino adivinador. Unos, optimistas, me daban la enhorabuena porque estaban seguros de que en septiembre estaría haciendo *La mañana*. Otros, pesimistas, se lamentaban porque si venía Carlos Herrera no salvaría la COPE y si venía Luis del Olmo, menos. ¡Si los curas tuvieran cabeza! Pero claro, como yo no iba a misa, iban a dejar que algún beato cerrase la empresa, se veía venir. ¡Si de ellos dependiera! Pero...

A mí aquellas interpelaciones afectuosas me dejaban atónito. Primero, porque eran sinceras, ya que nada ganaban ni perdían si yo sustituía a Luis. Salvo su empleo, dirá alguno. Pero, en realidad, no estaba en su mano decidir y, además, muchos lo daban ya por perdido o mantenido a la baja en otra empresa. Entonces empecé a

recordar casi obsesivamente lo que me había dicho Eugenio Galdón en el funeral de Antonio: que me tocaría sucederle en *La mañana*. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si el destino sólo se hubiera tomado el tiempo necesario para dejarme aprender el oficio y acostumbrarme a la idea?

No. Eso no podía pasar —me decía— por la sencilla razón de que...no iba a pasar. Si tanta inquietud les provocaba a los obispos *La linterna*, no iban a correr riesgos cardiovasculares entregándome el buque insignia de la COPE. Con graves vías de agua y peligro inminente de zozobrar, cierto, pero ¿cuándo se ha visto una timba de obispos apostando y arriesgando? Un testigo imparcial y racionalista habría dicho que, después de cinco años dirigiendo el segundo programa de la casa, nada raro habría en que me encargaran el primero. Pero yo ya había asumido mi condición de maldito oficial y no me hacía ilusiones. Además, ¿las tenía?, ¿quería intentarlo? No, puesto que no hacía el menor esfuerzo por conseguirlo. Si los curas querían correr el riesgo, ya me llamarían.

Y entonces don Bernardo me llamó.

Se lo dije a Luis y se quedó muy sorprendido. Nadie le había dicho nada, lo cual podía significar que no querían que le adelantase la noticia a su amigo o que no querían darle el disgusto de decirle que no habían elegido a su amigo sino a otro con el que seguramente se llevaba mal. Era extraño el hermetismo.

—Yo, Fede, creo que sólo hay dos posibilidades: que, contra lo que pensábamos, te pida que hagas *La mañana* o que, puesto que no te la encargan y tienen mala conciencia, quieren tener el detalle de decirte a ti el primero a quién han elegido.

—¿Y para qué?

—No sé para qué, pero quizá puedo imaginar por qué.

—¿Por qué?

—Porque son así. Para bien o para mal, sencillamente, son así. Y no van a cambiar su forma de actuar por la COPE, que es un episodio menor en dos mil años de episodios mayores. En fin, mañana lo sabremos. Ponte en lo peor; y si sale bien, mucho mejor.

—¿Y qué es lo peor?

—Eso lo teníamos que haber pensado antes. Lo hemos hecho fatal, sobre todo yo.

—Bueno, mañana salimos de dudas.

—¡Dios te oiga! Sería la primera vez.

Al día siguiente, don Bernardo se empeñó en desmentir a Luis. Para empezar, no nos vimos en la atmósfera vagamente lúgubre, ambarina y friolenta de otras tardes, sino en esa especie de resol de mediodía que se instala en Madrid desde las doce de La mañana hasta las seis de La tarde, incluso dentro de las habitaciones más frescas y oscuras. Todo era luz, lo que, de paso, ilustraba la extremada modestia del mobiliario. Y el cura, para rematar los cambios, estuvo concretísimo, sin sombras, a juego con el

día:

—Federico, como estás al cabo de la calle, no tengo que contarte nada que no sepas sobre la marcha de Luis. Así que te he llamado porque tengo el encargo de decirte, de pedirte, que desde septiembre te hagas cargo de *La mañana*, si es que te ves con fuerzas para ello. Yo ya he dicho que ánimo te sobra, pero entiendo que es un cambio muy grande. Así que, dicho lo fundamental por mi parte, te toca a ti. Tú dirás.

—Don Bernardo, por ir también al grano, en primer lugar, gracias. No lo esperaba y les agradezco mucho la confianza. Sólo este ofrecimiento ya justifica todos estos años en la casa. Pero puesto que vamos contrarreloj, le pido cuarenta y ocho horas para contestarle. Antes tengo que hablar con mi mujer, porque, como supondrá usted, el cambio en mi vida cotidiana, es decir, la mía y la de mi familia, sería morrocotudo.

—Lo entiendo perfectamente. Cuarenta y ocho horas.

—¿No hay nada más que tenga que decirme?

—¿Te refieres a contratos y demás?

—No, ya sabe que eso para mí no es lo fundamental. ¿Algún mensaje más?

—¿Del Cardenal, quieres decir?

—Por ejemplo.

—Hombre, no puedo ocultarte que este paso no lo daría yo sin su apoyo y petición expresa. En esta casa, aunque algunos no se lo crean, y aunque tú mismo lo dudes, se te aprecia de verdad. Y no sólo yo. El Cardenal valora muchísimo la labor que has hecho en *La linterna*, lo de la economía y la cultura, por supuesto, pero sobre todo el nivel intelectual del programa sin perder garra ni audiencia, al contrario. En fin, no necesito halagarte los oídos. A las pruebas me remito. Piénsalo, hábalo con tu mujer y contéstame cuando puedas. Bueno, cuanto antes, mejor.

—Lo haré, muchas gracias.

—Gracias a ti.

Y eso fue todo. Salí en medio de aquella luz donde flotaban las minúsculas partículas de polvo como si yo fuera una más de aquellas pequeñas vidas de verano. Me acordaba de los versos de Bécquer: «Los invisibles átomos del aire / en derredor se agitan y se inflaman». Mi vida se agitaba de nuevo y podía inflamarse del todo. Parecía como si después de aquel 2 de mayo de 1998 en que perdimos a Antonio, el destino se entretuviera jugando conmigo, con nosotros. Yo tenía ahora la libertad de decidir, pero antes se habían producido tales circunstancias y tantos hechos inesperados hasta abocar en esa posibilidad que, por fuerza, uno tenía conciencia de emplazado. Vi que el amable merodeo lírico había terminado y que se imponía el vértigo de la acción, el dejarse llevar por la intuición y confiar en lo que inconscientemente ha ido uno madurando en el tráfigo de los días. La verdad es que la magnitud del reto y, sobre todo, la confianza que me daba dejar de ser el patito feo, el malo bueno, el personaje que sobre la persona se crea siempre en estas vidas de

escaparate, me animaba muchísimo a aceptarlo. Pero antes, tenía dos conversaciones pendientes. La primera, la fácil, con Luis:

—Me ha ofrecido *La mañana*.

—Qué bien, qué bien, qué bien. Pero ¿cuánto has estado? ¿Un minuto?

—Cinco o seis. No más. Parecía otra persona. Concreción máxima. Un Gracián.

—Sin condiciones, ni acotaciones, ni sugerencias ni peticiones.

—Ninguna. Supongo que si han dado el paso, es con todas las consecuencias.

—Desde luego. Chico, déjame hacerme a la idea. ¡Ah! Y, a todo esto, ¿tú qué le has contestado?

—Que tengo que hablarlo con mi mujer.

—¿Y qué crees que dirá María?

—Que no.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo primero, ver cómo me dice que no. Luego, ya veremos.

—¿Tú tienes claro si quieres?

—Me apetece, pero porque estoy chapoteando en el halago de la oferta. Ahora vendrá Paco con la rebaja. Me voy zumbando para casa, no sea que se me vaya al cine.

—Llámame con lo que sea.

—Te llamo.

Al llegar a casa, no había nadie. Los niños estarían trabajando en su verano y María quizá se habría ido al cine. Pero no, porque apenas abierto el ordenador para asomarme a Internet, oí la puerta al cerrarse. Por la falta de estrépito, no eran los niños.

—Siéntate, tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo grave?

—Pues sí y no, según se mire. Me han ofrecido hacer *La mañana*.

—Espero que hayas dicho que no.

—He dicho que me dejen dos días para pensarlo.

—No hay nada que pensar. Tienes que decirles que no.

—Bien, pero dime por qué.

—¿Que por qué? ¿Que por qué? ¿Pero tú es que quieres matarte? ¿Cómo te vas a levantar a esas horas si llevas treinta años levantándote a mediodía? ¿Tú te crees que puedes cambiar de golpe todo tu ritmo de vida? ¿Es que te has vuelto loco?

—No del todo. Por eso les he dicho que me dieran cuarenta y ocho horas.

—¿Y qué te ha dicho Luis?

—Está más sorprendido que yo. Pero dice que es una oportunidad extraordinaria, que profesionalmente es el no va más, que es el espaldarazo definitivo. O sea, que sí.

—¡Claro, como a él le ha ido tan bien! ¡Pero si lo ha pasado fatal! ¡Si se va a la

política porque esa vida no hay quien la aguante! ¿Y no puede él, que siempre ha tenido una vida ordenada y unos horarios normales, y vas a poder tú, que eres un desastre, que llevas la vida al revés, que desayunas a la hora de comer? De verdad: te has vuelto loco.

—Bueno, ahora dime lo que tienes en contra.

—¡Vete a la porra! Que me divorcio, que me separo, que me voy. ¡Ni se te ocurra!

—Tranquila, no me he comprometido a nada. Déjame que lo hable con Luis.

—Habla con Luis y con quien quieras, pero tienes que decirles que no. Y mejor mañana que pasado. ¿No ves que es tu salud? ¿No ves que es absurdo hasta discutirlo?

—De salud, en mi modestia, estoy mejor que nunca. Soy un asceta, un eremita.

—Bueno, pues no quiero que empeores. Tus hijos están entrando en la edad difícil y yo quiero que tengan padre. Después de todo lo que hemos pasado, no creo que sea mucho pedir. Y aunque lo fuera. Estamos bien así. No necesitamos más. Diles que no.

Hablé con Luis, que andaba aún perplejo. No quería llevarle la contraria a María porque no quería tener esa responsabilidad si luego todo salía mal. Ella llevaba razón: era una vida invivible, al menos para él. Pero no lo había sido para Antonio y podía no serlo para mí. Tenía que decidir yo.

—Voy a decirle al cura que no.

—Pues cuanto antes, mejor.

Volví de nuevo al despacho. La luz seguía ahí, pero más descarnada, vulgar y arrasadora. O, simplemente, más real.

—Don Bernardo, lo siento, pero no puedo hacer *La mañana*. Mi mujer dice que si acepto, se divorcia. Que no podría resistir físicamente el ritmo de *La mañana*. Y dada la crisis de la familia, no creo que la COPE quiera incurrir en esa responsabilidad.

—No, hijo, no. La familia es lo primero. Eso trastoca todos nuestros planes, claro; pero es un argumento contra el que yo no puedo nada. Lo lamento, pero lo entiendo.

—Por supuesto, cualquiera que ustedes elijan para *La mañana* tendrá mi colaboración, en los términos que él y ustedes quieran. Y gracias de nuevo.

—A ti, hijo. Y si tu mujer cambia de opinión, dínoslo. Pero que cambie pronto.

—Lo haré. Si se produce el milagro, usted será el primero en saberlo.

Bajé en el viejo ascensor acristalado, como para darme tiempo a pensar en lo que había hecho. Luis me estaba esperando. Nos encerramos con el aire acondicionado.

—Hubo una vez un Papa que, después de ser elegido, rechazó la tiara. Y Dante en *La divina comedia* lo mete en el Infierno, si no recuerdo mal, por haber hecho «*il gran rifiutto*». Queda más fino en italiano que en español: rechazo, *rifiutto*. Mejor en toscano.

—Y tú, ¿cómo te has quedado?

—Regular. Después de rechazar *La mañana* voy a tener muy poca fuerza para defender *La linterna* cuando lleguen dificultades, que llegarán. Y tú ya no estarás ahí.

—Evidentemente, es el fin del modelo. Tú eres el único que queda de los que nos hemos acostumbrado a galopar en terrenos abiertos, pastar en libertad y todo lo demás.

—Tú crees que, al no aceptar *La mañana*, acabaré perdiendo *La linterna*.

—Hombre, ya sabes que todos los programas tienen muchos novios. Si fichan a Carlos Herrera, no. Pero no lo van a fichar porque es muy caro, porque él arriesgaría mucho y porque, si quisiera arriesgar, supongo que ya lo habrían fichado hace un año. Si traen a Luis del Olmo, que tampoco creo, porque ahora en la COPE tendría poco que ganar y mucho que perder, entonces sí. Te echaría para que no le hicieras sombra, como Zarzalejos en ABC. A ti ya te han ofrecido *La mañana* y eso es irreversible. Aunque no la hagas, siempre serás un candidato a hacerla. O sea, un rival y un peligro.

—A lo mejor si se lo explicas tú a María, cambia de opinión. Últimamente se ha puesto muy de moda despedirme. Y no es lo mismo un buen pasar en *La linterna* que andar dando tumbos por ahí. Sin contar con que para *Libertad Digital* sería horrible que saliera ahora de la COPE. Dentro de unos años, no. Pero este año o el que viene, sí.

—¿Lo has hablado con Recarte, Javier Rubio y los demás?

—Se lo he dicho.

—¿Y qué han dicho ellos?

—¿Qué van a decir? Nada. Supongo que la consternación se lo impide.

—O sea, que veo que acabas de decir que no y ya has empezado a arrepentirte.

—Empiezo a ver claro lo que puedo perder. Y no es sólo *La linterna*.

—Pero María es una persona muy razonable. Si le explicas esto, lo entenderá.

—Mi crédito en ese banco está bastante agotado. A ti te haría más caso que a mí.

—Bueno, inténtalo tú y dile que yo me presto a explicarle todo lo que quiera.

—¿Tú ves también que se trata de ir a todo o nada?

—Sí. Y tengo una mala conciencia horrible por no creer que podían ofrecerte *La mañana* y haber previsto todo esto mucho antes.

—Bueno, a lo mejor ya no tiene sentido esta charla porque han elegido a otro.

—Hasta hace unas horas, no. Tampoco creas que esto es un chollo. Para los inéditos, sí; para las figuras, no. Y lógicamente, lo que quieren aquí es una figura hecha. Pero ¿tú lo quieres de verdad? ¿Te ves haciéndolo?

—Si las cosas van mal, yo me veo rumiando toda la vida por qué no acepté el reto.

—Pues entonces vuelve a hablar con María, explícaselo y dile que me llame.

—Comprueba con el cura de la cárcel que la silla eléctrica aún no tiene huésped.

—Y tú dile a la presunta viuda que el velorio va para largo. Que probar no cuesta nada y que, en el futuro, siempre podrás reprocharle, y con razón, que te hiciera perder tu gran oportunidad profesional. Yo creo que es un argumento irrefutable, devastador.

Lo fue. En el mismo sofá, a la misma hora, pero con un tono más relajado:

—Mira, María: yo ya le he dicho que no al cura como tú querías, o sea, que no puedes decir que no te haya hecho caso. Era la mejor oportunidad profesional que puede darse en España y la rechacé por ti. Vamos, porque tus argumentos eran buenos y porque contábamos con seguir en *La linterna*, en el proyecto de *Libertad Digital...*, vamos, como ahora. Pero hemos estado analizando la situación con Luis y vemos que, después de la oferta, esto es a cara o cruz. O cojo *La mañana*, al menos hasta Navidad para probar si lo aguanto y, si aguanto, hasta julio a ver si funciona, o mis días en la COPE están contados. *La linterna* no dura ni un año.

—¿Y cuánto vas a durar tú?

—Depende de lo que me cuide y de lo que me ayuden en casa. Habla con Luis.

—Por lo visto ya lo tenéis muy hablado.

—Sí. Pero habla con él.

—Ya hablaré, aunque no sé para qué, si lo habéis decidido ya.

—Oye, María, no me pongas las cosas todavía más difíciles. Lo normal es que para Navidades lo haya dejado. O que en julio se acabe el invento. Pero en la COPE no podrán decir que no lo intenté. Volveré a *La linterna* y tan amigos.

—Pero bueno, y a ti ¿desde cuándo te interesa dirigir *La mañana*?

—Desde nunca.

—¿Entonces?

—Tampoco me interesaba dirigir *La linterna* y ya ves: cinco años llevo.

—Nunca entenderé a los hombres. No sé qué intentáis demostrar. Estáis locos.

—Eso es verdad. Pero supongo que así funciona la especie.

—¿Y no te agobia jugártelo todo a cara o cruz?

—Pues no. La verdad es que no. No le debo nada a nadie. Si sale bien, bien. Y si no, pues también. No me moriré pensando que tuve una oportunidad y no la aproveché.

—Se supone que en Miami te acostumbrarás a madrugar.

—Por supuesto. Luego te contaré el plan de salud.

—Estás loco.

—Gracias.

Era verdad. Mientras procesaba la negativa, yo había ido dándome cuenta de que, en realidad, y a diferencia de lo que me sucedió en *La linterna*, no me agobiaba el reto. Al revés, me atraía. Supongo que, en realidad, disfrutaba ya del placer del miedo, droga tanto más adictiva cuanto más real sea el peligro. Pero desde el acuerdo

con María, rematado en pocas horas con la empresa, había entrado ya en una etapa de febril planificación. Tenía claras algunas cosas: prepararme físicamente para levantarme a las cinco de La mañana; estar listo psicológicamente para ir a la guerra contra Polanco y seguir el modelo de Antonio Herrero. Además, tenía que diseñar en un mes un programa de seis horas diarias que empezaba en dos meses. Pero eso era casi lo de menos. Lo fundamental era prepararme mentalmente para el reto, porque una vez en el ruedo ya no había tiempo para pensar sino para decidir. En esos días me dio por releer libros de toros y me encantó la leyenda de «Desperdicios», del que se decía que un toro le dio una cornada de refilón en la cabeza y le dejó un ojo colgando. Entonces, el matador, sin mirarse ni afligirse, se lo arrancó del todo y lo tiró a la arena, diciendo:

—¡Bah, desperdicios!

Y con «Desperdicios» se quedó. Qué tío.

Claro que no sé cómo llevaría aquel héroe suicida las cuentas del negocio. También entonces sería peor arreglar una cuadrilla que hacer frente a un miura. Aunque ya lo había vivido en *La linterna*, el proceso de hacer un equipo nuevo para un programa de radio de la envergadura de *La mañana* era complicadísimo. Había que respetar a la gente de Luis, tenía que llevarme de la noche a mi equipo de confianza, debíamos licenciar a los tertulianos de Luis para traer a los míos y a los nuevos. Un lío. Yo contaba con Luis pero ¿quién iba a hacer *La linterna*? Cuando lo supe, no me lo creía:

—¡Apezarena! ¡Luis, que el cura ha vuelto a poner en *La linterna* a Apezarena!

—Oye, Fede, ya sé que es un desastre, que lo fue antes de ti y que seguramente volverá a serlo, que es un fracaso anunciado y todo lo demás, pero métete una cosa en la cabeza: tú ya no eres el director de *La linterna*, tú no puedes tutelar *La linterna*, tú tienes que olvidarte de que alguna vez dirigiste, inventaste o reinventaste *La linterna*. Tú eres el director de *La mañana*, sólo de *La mañana* y nada más que de *La mañana*. Olvídate de todo lo demás, pero sobre todo olvídate de *La linterna*. El resto, déjame a mí. Yo también tengo tribu que proteger y cuyo futuro debemos pactar tú, Apezarena y yo. Mi tesis es sencilla: cambian los jefes pero no cambian los indios. Las dos o tres personas de confianza y nada más. En esta primera temporada, los fijos tienen que seguir donde están. La siguiente, si llegamos vivos, ya se verá. Lo peor sería ahora un follón laboral. Juremos ante don Bernardo, que eso le impondrá a Apezarena, que tú respetarás a mis indios y él respetará a los tuyos. Hagamos sólo los cambios que sean necesarios.

—De acuerdo.

—Pero tú tienes que olvidarte, pase lo que pase, de *La linterna* y de Apezarena.

—De acuerdo.

—Y ahora tienes que decirme qué piensas hacer con mis tertulianos. A diferencia

de los hijos, aquí debes cambiar todo lo que quieras, buscar gente en la que confíes y con la que puedas pasar a gusto cinco horas diarias, que son muchas horas.

—Seis horas, Luis. Cinco, no; seis.

—¿Quieres empezar a las seis? ¿Estás seguro?

—Quiero probar. Total, como nunca he madrugado, me da igual levantarme una hora antes o después.

—Si puedes, será un milagro que yo no envidiaré. ¿Y en cuanto a los tertulianos?

—Tienes razón, hay que licenciarlos a todos y luego rescatar a algunos. Quiero contar con los míos de la noche y fichar nuevos. Pero en los tuyos me tienes que ayudar.

—No te preocupes. Si tú quieres, yo me encargo de despedirlos a todos.

—Quiero. Tú te ganas el cielo y yo gano tiempo, que buena falta me hace.

—¿Sigues pensando en rescatar a Carmen Martínez Castro?

—Sí, en el caso de que ella quiera. En mi equipo hay ya muchos roces entre las que me quiero traer, y si además deben coexistir con Marga, Mercedes, Beni y otras tuyas, creo que la figura de autoridad que mejor podría pastorear la transición es Carmen.

—Te haré de mediador. Tengo que compensar mi ceguera en el tracto sucesorio.

—Sé que no eres generoso sino egoísta. Lo que quieres es evitar el Infierno e incluso el Purgatorio. Por cierto, creo que los teólogos lo han recalificado. ¿Qué va a hacer la clase media moral?

—Déjate de herejías y de sutilezas teológicas. Por cierto, me dicen que te vas a Santiago con don Bernardo y Barriocanal, a predicar la buena nueva a los comerciales.

—Nos vamos todos. Aquello puede ser un aquelarre que ríete de Zugarramurdi.

—Mañana, ¿no?

—Mañana.

La música de La mañana, las promesas y los fichajes

Las convenciones de la COPE, que es lo que se celebraba en Santiago ese mes de julio, funcionan de una forma muy rara, aunque por lo visto es igual de rara en todas las radios. A veces van cien directores regionales y comerciales y otras veces llegan casi a trescientos, no sé si porque van con la alternativa sentimental o con la legítima para hacerse perdonar la solución alternativa. Todo depende de cómo vaya la casa y dónde sea la convención: si es en Baleares o Canarias, lleno; si no es sitio de playa, los justos, sin pareja y excusas piadosamente aceptadas. En estos últimos años, es

todo bullicioso y formal, aburrido y pasable. Pero en aquel verano de 2003 el bullicio era de camposanto y estoy seguro de que para nadie era aquello un viaje de placer. Los directores teníamos que presentar nuestros proyectos para la próxima temporada, pero de los cuatro grandes programas diarios, sólo Abellán seguía en los deportes y Cristina continuaba en La tarde. Apezarena dirigiría *La linterna* y yo tomaba el relevo de Luis en *La mañana*. La expectación se centraba, lógicamente, en las novedades. Sobre todo en ver qué podía hacer yo para enderezar el rumbo de la empresa, si es que todavía se podía hacer algo.

En el avión a Santiago fui apuntando en la última página de un libro las cuatro cosas que debía decirles a los directores de emisora, gente a la que no se puede engañar, porque las ha visto de todos los colores, ha asistido al entierro de formidables proyectos, muchos de ellos antes de nacer, y no compra duros a cuatro pesetas. A veces, ni a cinco. Antes de entrar en la sala donde se arengaba a las descreídas huestes coperas, estuve sentado un rato con Barriocanal en la puerta y creo que sólo entonces me di cuenta cabal del desengaño generalizado y de la escasa confianza en el futuro que había en todos los ámbitos. Lo único que me pidió fue que dijera que iba a cumplir los horarios para que las desconexiones locales, que dan paso a su publicidad, no se quedaran fuera de tiempo un día tras otro. Julián Velasco, jefe de los comerciales, me pidió un concurso, porque los concursos siempre habían funcionado bien de audiencia y podríamos patrocinarlo. Y don Bernardo me había pedido que, sobre todo, transmitiera tranquilidad y confianza. Yo estaba bastante tranquilo y tiendo a confiar excesivamente en mis posibilidades, pero el problema no estaba en el emisor sino en el receptor, que había perdido mucha fe.

En un momento dado, se oyeron unos tibios aplausos. Y Barriocanal me dijo:

—Bueno, te toca a ti. A ver si los animas un poco.

—Voy a prometer sangre, sudor y lágrimas.

—Eso está bien porque te dará credibilidad, pero si, además de lágrimas, les prometes alguna alegría, tampoco vendrá mal. Llevan ya mucho disgusto encima.

—Y los horarios.

—Eso es fundamental. Les gustará mucho oírlo. Si lo cumples, ni te cuento.

—Y el concurso que me ha pedido Julián.

—Sí, tienes que decirles algo sobre el tramo de magacín, de diez a once, que está mal.

—No voy a lanzarme de cabeza a jurar el Ideario.

—No, porque no te creerían, pero un guiño a don Bernardo tampoco vendría mal.

—Bueno, pues vamos allá.

La entrada en la sala fue sumergirse en una oscuridad tibia, algo amodorrada, en un ambiente de interés sin pulso, enervado, si no directamente anestesiado. Al subir al atril, creo recordar que hubo aplausos de cortesía, vigorosos aunque no abundantes.

Lo interpreté como un gesto de los muy partidarios a los enemigos, para demostrar al «pantano» que el cambio tenía más adhesiones de las que parecía. Pero con aplausos y todo, apenas se logró que el aire de velatorio se convirtiese en clima de extremaunción.

Yo empecé haciendo un chiste malo: que no les iba a prometer ningún milagro porque ésa era la jurisdicción de don Bernardo. Naturalmente, no cosechó ni una risa, salvo la protocolaria de don Bernardo y la mesa. A continuación, entré en materia: los objetivos que debía cumplir *La mañana* y en los que me iba a empeñar. Se hizo un silencio total y ahí es donde comencé de verdad mi primer programa de *La mañana*. Teatralice lo justo, hablando con toda la tranquila y feroz resolución de la que fui capaz:

—La primera de nuestras tareas —dije mirando al tendido de sombra, que era todo— será recuperar la agresividad, la garra de Antonio Herrero, que es el que inventó la radio mañanera y, en todos los sentidos, madrugadora. Ése es el camino para recuperar la audiencia que fue suya. Si del millón de oyentes que dicen que hemos perdido, la mayoría eran oyentes de Antonio, mi primer y último propósito será recuperarlos. Yo mismo empezaré a las seis de La mañana, no mi equipo, sino yo, despertando a los oyentes a voces, y si no basta, cogiéndoles por las solapas del pijama y sacudiéndolos. He firmado dos años de contrato y mi propósito es cumplirlo y cumplir ese objetivo.

»Si cumplimos ese primer objetivo, podremos abordar el segundo, que es convertirnos en alternativa a la SER. Naturalmente, no podemos competir en términos absolutos porque tenemos la mitad de emisoras y las que tenemos están en algunos casos obsoletas, pero eso es asunto que debe resolver la dirección, no yo. Mi tarea es convencer a todos, empezando por Iñaki Gabilondo, de que somos su alternativa real. Hoy, si nos creyéramos, que no nos podemos creer aunque algunos lo intenten, el EGM, somos la cuarta cadena de cuatro. Yo quiero que seamos una de las dos que hay que escuchar. Y lo vamos a ser. No importa lo que digan. Lo importante es que tengan que decir que nos oyen. Tenemos que ser una referencia imprescindible.

»El tercer objetivo es mejorar los ingresos publicitarios, para lo cual necesitamos tener audiencia e influencia; claro está, pero, además, tratar bien a los anunciantes. A mí eso no me cuesta, porque creo en el mercado. A mí la publicidad no me molesta; la disfruto. En *La linterna* hemos demostrado cómo, creando en una hora que carecía de precedentes y en un hueco de la programación nacional « La linterna de la Economía», se pueden conseguir grandes anunciantes, influencia y una audiencia con un target publicitario muy bueno. Ése es el modelo que, en un primer momento, vamos a seguir en *La mañana*, especialmente en la franja peor para nosotros que siempre, incluso en vida de Antonio y con Carlos Herrera al frente, ha sido de diez a

doce. Me dicen que el gran reto, siempre anunciado y nunca cumplido por los directores de *La mañana*, es el de cumplir los horarios para hacer las desconexiones regionales o locales y que vosotros podáis gestionar la publicidad local, que es sustancial para la continuidad de la COPE. Yo lo cumpliré. Y, si no, el año que viene podréis echarme la bronca, que no podréis.

»El cuarto y último objetivo, para muchos el primero, es no deslizarse por la pendiente de la telebasura, que sería radio-basura, colocando como sus cuatro referentes teóricos a Caca, Culo, Pedo y Pis. Seguiremos teniendo humor, pero no derivará a lo escatológico sino a la sátira política y de costumbres. Y de diez a doce, el gran reto, vamos a hacer crónica rosa y vamos a hacer también crónica negra, vamos a hablar de amor y también de chismes, pero lo vamos a hacer con estilo, con clase. Yo le doy mi palabra, don Bernardo, de que *La mañana* será un programa que podrá oír un padre con su hija y una madre con su hijo sin sentir rubor, entretenidos pero no avergonzados.

»Hay un quinto objetivo, pero éste no me corresponde a mí, sino a vosotros: creer que la COPE tiene futuro, que vamos a salir de esta situación difícil, sí, pero no desesperada. Tenemos mimbres para hacer este cesto, y estos mimbres salimos de la propia COPE, sin grandes fichajes ni desembolsos que, además, no funcionan. Tenemos una audiencia limitada pero fiel. Hemos de ampliarla recuperando a los oyentes perdidos e incorporando a nuevos oyentes, especialmente jóvenes. Lo haremos, pero vosotros tenéis que creer en ese futuro como creo yo. Y venderlo. Y cobrarlo. Comprendo que en todos estos años habéis visto pasar por aquí a muchos predicadores que luego han sido incapaces de dar trigo. Yo no soy mejor que ellos, en muchos aspectos seré mucho peor, pero tengo claro el proyecto, sé o creo saber lo que hay que hacer y sólo os digo una cosa más: a las pruebas me remito. El año que viene estaremos celebrando la remontada. Así que muchas gracias y hasta el año que viene».

Hubo una ovación cerrada, corta pero sólida, con algún repunte sonoro vibrante de la minoría entusiasta. Luego, palmoteos en la espalda y alivio casi eufórico de Barriocanal, de Julián Velasco y, sobre todo, de don Bernardo:

—Eso que has dicho de que podrá oír tu programa el padre con su hija y la madre con su hijo me ha parecido redondo, un hallazgo. Eso sí que sería, vamos, estoy seguro de que será, cumplir el famoso Ideario. Muy bien, muy bien. Los has animado mucho, que falta les hacía y nos hace a todos. Muy bien, pero que muy bien. Estupendo.

Si he de ser sincero, yo estaba contento porque el discurso, viéndome como espectador y no como actor, me pareció convincente. Así que el primer animado fui yo mismo, que después de hablar quedé convencido de que tenía realmente un plan. El discurso había sido, en realidad, un acto de confianza en mis posibilidades y, sobre

todo, vestir el esqueleto que había ido pergeñando en el avión y que llevaba rumiando desde que me planteé hacer el programa. Lo esencial de aquella experiencia fue que yo tenía que ser el primero en creer en mi proyecto, y que en eso radicaría el éxito o el fracaso de las dos horas que pensaba hacer solo, de seis a ocho; luego vendría la tertulia de ocho a diez; y después, lo que pudiera inventar de diez a doce. Pero el caballo, o la muía, que debía tirar del carro era yo.

No hay otro secreto para comunicar que creer en lo que comunicas y que se note, porque te haces respetar y, al final, se contagia. Pero del dicho al hecho hay un gran trecho y ése era el que teníamos que recorrer desde los novecientos mil oyentes que nos daba el EGM hasta el millón y medio que yo calculaba que nos hacía falta para consolidar esa segunda plaza que, además, fuera alternativa y antagónica de la SER. Esto era esencial para que los anunciantes no tuvieran más remedio que contar con nosotros no como segunda cadena sino como primera complementaria. Y debía quedar claro desde el principio: la alternativa a Iñaki Gabilondo tenía que ser yo. O parecerlo.

El fichaje de Pedro Jota y el problema del sueldo

Después del discurso compostelano y del espaldarazo anímico y empresarial que supuso la sombría convención, abordé el que consideraba fichaje estratégico esencial de la tertulia: Pedro Jota. Quedamos a comer en un buen restaurante llamado Arce, de ésos en los que el cocinero posmoderno actúa como rapsoda de sus propias creaciones:

—Tomadme esto. Es un huevo de codorniz con trufa que os estallará en el paladar. Veréis qué sensación más distinta, más original. Luego me diréis qué os parece.

Como yo en cocina no aspiro a descubrir sabores nuevos sino a repetir los que me gustan, decliné el premenú experimental en Pedro Jota, que es más probatinero. Así ganamos tiempo hasta que llegó la carne para mí, el pescado blanco para él y comimos. Le expliqué el plan para *La mañana*: Antonio Herrero apenas corregido y, si hacía falta, aumentado, aunque a mi medida. Y el papel fundamental que tenía él en ese proyecto si quería venir a la tertulia. No era jabón, aunque también, sino la convicción de que el aislamiento de la COPE que tanto tiburón había atraído se debía en buena parte a su falta de engranaje con otros medios, especialmente con *El Mundo*, que había sido nuestro socio temático en la última gran época de la COPE: el apocalipsis del felipismo.

A Pedro, que acababa de salir escaldado de la experiencia de Onda Cero, también

le convenía el nuevo pacto con la COPE, sobre todo si yo conseguía darle otra vez el estilo cañero de Antonio y levantábamos la audiencia aumentando la influencia. El único obstáculo es que a Pedro, si hablábamos de un acuerdo de fondo, le parecía poco una tertulia semanal y quería dos. Pues dos. Sin embargo, quedaba un problema:

—Ahora, debemos abordar la gran cuestión: cuánto te pago por las dos tertulias.

—Pues, hombre, aunque a mí el dinero no es lo que más me importa, creo que está claro: cuanto más, mejor.

—Lo que más me preocupa es que yo trabajo para ti en el periódico y tú trabajas para mí en la radio. Para que nadie pueda decir que yo soy tu empleado ni tú el mío, te propongo pagarte lo que tú me pagues a mí, que, dicho sea de paso, no sé cuánto es.

—De acuerdo.

La primera prueba de que nuestra alianza iba en serio fue que, casualmente, me subieron el sueldo en *El Mundo*. No mucho, pero lo subieron. O sea, que nos lo subimos. Así quedó establecida la parte material, dejando que los acontecimientos fueran dictando el guión informativo. Ágatha, según me dijo Pedro, estaba encantada con que se viniera a mi programa, que según decía iba a ser un éxito seguro; y yo estaba encantado de que Ágatha estuviera encantada y venteara el éxito, que por eso lo tiene.

Luego quise hacer una sección diaria de prensa internacional, una cosa fina y de caché porque pensaba en una radio según el modelo de *La linterna*: para minorías influyentes, al menos el primer año, y que marcara la diferencia por línea política y nivel intelectual. Yo tenía previsto a Víctor de la Serna, pero entonces apareció Cayetana Álvarez de Toledo. Bueno, en realidad, el que apareció fue su marido, Juaco Güell, director financiero del Grupo Recoletos, que nos invitó a comer en el Hispano a Recarte y a mí, con Miguel Ángel Belloso, director de *Expansión*, y Tom Burns, su encargado de relaciones institucionales, buen escritor y liberal impenitente. Juaco estaba formado en los USA, se desayunaba con el *Wall Street Journal*, como Recarte, y seguía con fruición «La linterna de la Economía» y *Libertad Digital*. Por supuesto, como Belloso y Burns, amén de Recarte, defendía una alianza estable de la COPE y Recoletos, que todos queríamos pero en la que ninguno creíamos demasiado. Yo, nada.

Pero a la mañana siguiente, al terminar el programa de Luis y cuando ya se sabía lo de mi sucesión en la silla eléctrica de *La mañana*, estaba hablando con Lucía Méndez de posibles fichajes de mujeres de buen nivel intelectual para la tertulia y salió a colación la comida con Juaco. Le pregunté si conocía a su mujer, que había trabajado en la sección de Economía de *El Mundo* y que al final lo había dejado porque no contaba con el mínimo confort preciso de buen trato y coherencia intelectual.

—¿Que si conozco a Cayetana? Pero si es mi gran amiga. Te la presentaré. ¡Ah, la Princesita! Le gusta a todo El Mundo, así que supongo que a ti también, aunque creo que no es tu estilo. Pero vale mucho, acaba de terminar su doctorado en Historia con Elliot en Oxford, y tiene carácter; por eso acabó yéndose de Economía y de Pedro Jota. Yo no sé si en la radio puede funcionar, pero, oye, lo mejor es que la conozcas y... tú mismo.

Así fue como un domingo de aplastante calor del mes de julio, Recarte y yo nos fuimos a comer con Víctor de la Serna y Cayetana para hablar sobre las bases ideológicas y políticas de la sección de Prensa Internacional. Ella me pareció interesante pero —como había previsto Lucía— no me fascinó. Sin embargo, encajaba a la perfección con el perfil de mujer-empresaria viajada, instruida y competitiva que yo buscaba para *La mañana*. Así que la contraté. Es una gran trabajadora y desde el principio funcionó estupendamente, aunque la sección no cuajara porque no encontramos patrocinador comercial y enseguida empezó a llegar la publicidad normal. Pero unos meses después había vuelto a *El Mundo* (Pedro Jota no pudo resistir que yo tuviera lo que él había dejado escapar), se convirtió en una tertuliana formidable y además se destapó como columnista política. Es uno de los hallazgos de *La mañana*, aunque en aquel domingo de julio yo no pudiera sospecharlo, ni siquiera imaginarlo. Creo que ella tampoco.

Sobre la marcha, iba creando nuevas secciones. Pasé a Dieter Brandau, redactor jefe de *Libertad Digital* y alma del periódico, del resumen de prensa económica en *La linterna* a hacer lo mismo, más breve, en el horario de más audiencia, entre las noticias de las siete y media y los deportes. Lo hizo perfecto, da gusto oírle, y como es un gran forofo del Madrid hacíamos ambos la transición a los deportes que Abellán se comprometió a hacer diariamente, salvo el viernes, cuando *El tirachinas* viajaba. Y lo cumplió. El viernes lo sustituía Juanma Rodríguez, que se ha revelado en *Libertad Digital* como un gran columnista deportivo, quizá el mejor de España. Esos minutos tenían un sonido arrollador joven, vibrante, desenfadado pero sin chocarrerías. Justo lo que yo buscaba.

Lo más difícil era rehacer de nueva planta las dos horas del llamado magacín, de diez a doce. Mi obsesión era hacer espacios breves patrocinables a corto plazo, al estilo de « La linterna de la Economía», y que atrajeran una audiencia publicitariamente rentable. Me habían pedido los comerciales un espacio de medicina, así que llamé a mi médico Enrique de la Morena, un sanador verbal de los de antes, cuando se escuchaba a los enfermos, aunque se formó como especialista en análisis con Severo Ochoa. Y creamos «¿Qué me pasa, doctor?» con la ayuda de María Armada. Para ella hice «¡¿Qué bien te veo!», sección de belleza y salud. El fin de semana se llamó «La buena vida» y al frente se puso Víctor de la Serna, repesque a Carlos de Prada para la cosa ecológica, puse a Encarna Jiménez, del IVAM y el

Reina Sofía, para las rutas culturales; y busqué un especialista en hoteles. Difícil, siendo honrado. Pero Víctor y Javier Rubio, cada uno por su lado, me recomendaron al mismo: Pedro Madera, un tipo estupendo y otra revelación en el micrófono.

Mi objetivo comercial y de audiencia para esas dos horas estuvo claro desde el principio: atraer a una joven empresaria y ejecutiva; y se plasmó en «Mujeres con iniciativa», que gestionó muy bien Rosana Laviada. Con ella e Isabel González hicimos otro espacio de interés social, «Gente que ayuda». Y el de cocina. Y el de espectáculos: cine, teatro y música para el fin de semana, con Andrés Arconada, Ayanta Barilli y Rafa Escalada. Y el de libros. Y «La buena educación», con Alicia Delibes, sobre enseñanza. En fin, una veintena de secciones nuevas. Pero las tres que me preocupaban más eran la crónica rosa, la crónica negra y el concurso. Para la primera recurrí a clásicos de la casa que me gustaban: Carmen Jara, Carlos Pérez Gimeno y Alaska; Beatriz Cortázar llegó un año después. Se trataba de cumplir una de las promesas a don Bernardo en Santiago: que una madre con su hijo o un padre con su hija pudieran seguir las revistas del corazón, de forma satírica y vivaz pero inteligente y amable, sin zafiedad, con malicia venial, toques satíricos y buen humor. Y yo creo que lo hemos conseguido.

Más difícil era resucitar la crónica negra o de sucesos, que yo había imaginado pensando sólo en Francisco Pérez Abellán. Me costó horrores encontrarlo, convencerlo y conseguirlo, pero al final lo logré y también en esa área cumplí la promesa al cura. Por fin, afronté lo más difícil: el concurso. Quería algo fino y con garra, delicado y efectivo, popular y con clase. O sea, cuadrar el círculo. Pero de pronto recordé a Ayanta Barilli llevando en la mano *Carta a una desconocida* de Stefan Zweig. Antes incluso de la crítica de teatro, su gran pasión, hacía en *La linterna* los libros de autoayuda y de quiosco, los premios literarios, las promociones y reediciones de novela popular que tan poco gustan a los críticos profesionales pero que son lo que lee la gente. Y lo bordaba: es capaz de abordar los asuntos más horteras o escabrosos con ese toque de gracia y buen gusto que parece reservado a las romanas, y que acaso lo esté desde hace dos mil años.

Lo hablé con ella y perfilamos un concurso de cartas de amor con canciones de amor a petición de los oyentes y que irían intercaladas entre las cartas y fragmentos de grandes escenas de amor en el cine. Lo titulamos «Un año de amor», y en publicidad, como me aseguró Julián Velasco, encontraron de inmediato patrocinador y premios en una agencia de viajes. Como Ayanta y yo somos de generaciones distintas y cada una tiene sus canciones de amor, me lancé a Internet a grabar los éxitos de ayer y anteayer que me gustan y que no estaban en los archivos de la casa. En la Red, buceando en *MyKazaa*, fui un feliz esclavo sentimental. Es la hora a la que más tiempo he dedicado, con la que mejor lo paso y, desde el principio, se convirtió en símbolo de *La mañana* que yo buscaba: culta y popular, con gracia, delicadeza y

buen gusto. Es decir: Ayanta.

«Suspiros de España» y la música del programa

Todas las sintonías de las secciones del programa las busqué yo. Y no es que no haya excelentes técnicos en la COPE, que los hay como en todas las radios, sino que la idea, el aire y el aura de un programa nuevo sólo lo entiende el director y sólo si es su inventor. Un técnico puede ayudarte, pero seleccionar la música que puede identificar a un programa y a un comunicador depende esencialmente de la imagen o el sonido que quieran transmitir. Lo mismo que en televisión la imagen, los planos, los colores, los matices, el grafismo, el estilo de vestir de los presentadores y hasta el estilo del público que asista al programa son tan importantes como el guión o más, en la radio es esencial, o a mí me lo parecía, que la música del programa diera una imagen cabal del mismo asociada al comunicador que es el ancla y la vela, lo que atrae o repele al oyente.

En las dos horas del magacín, lo importante era dar con un tipo de canciones adecuado a lo que yo soy, es decir, por dónde estéticamente voy, porque en radio resulta fundamental que el presentador o conductor concuerde al cien por cien con el programa. Sólo eso le da credibilidad. Yo opté por un registro muy particular, que son las canciones de los cincuenta a los setenta, siempre que mantuviesen vigencia y actualidad. Como vivimos y vivíamos ya en 2003 un *revival* de las canciones de los años sesenta y setenta, mi gusto coincidía también con lo que estaba de moda. De otra forma, hubiera elegido un tipo distinto de canciones. Pero aunque muchas de ellas, casi todas, han desaparecido del programa, creo que tiene interés para los curiosos y los periodistas (antaño era lo mismo) recordarlas para entender ese aire, ese sonido que da sentido y estilo a la radio. Ahora sobreviven «Óigame doctor», de Fito Olivares, que encontré vagando por Internet en busca de temas con los médicos y la salud como argumento; «Un año de amor» en la versión de Luz Casal para Almodóvar (mejor que la de Mina); «California dreamin'» y «Camino Soria», de The Mamas and the Papas y Gabinete Caligari, para las rutas de fin de semana; «Love is a many splendor thing», de Andy Williams, para la crónica rosa, y «Paperback writer», de los Beatles, para los libros.

Han desaparecido tras cumplir uno o dos años «Itsi Bitsy, petit bikini», de Richard Anthony, para la sección de belleza; «Sentir», otra vez de Luz, para «Gente que ayuda»; «The young ones», de Cliff Richard y The Shadows, para «La buena educación»; «Money», de Pink Floyd, para «Qué hay de lo mío», y algunos más. Ah, y al pasar las rutas de fin de semana al miércoles, como nueva careta para el viernes

«Stayin' alive», de Bee Gees. Cuando por las razones que luego contaré tuve que crearle una sección a César Vidal, «Historias de la Historia de España», que, además de sus «Enigmas de la Historia» tuviera una «Breve Historia de España para inmigrantes, nuevos españoles y víctimas de la LOGSE», elegí la canción del Dúo Dinámico «Resistiré», que es lo propio en el actual momento nacional. Y para «Grandes mujeres de la Historia de España», una producción trabajosísima y brillante que hace Ayanta Barilli con el gran técnico Juan Antonio Machado y otros compañeros de la COPE como Lola Pérez Collado que Ayanta ha agavillado en la redacción y que va entre la «Breve Historia» y los «Enigmas», tomé un fragmento de la sintonía del programa, «Suspiros de España», en la versión de Dyango.

De todas estas canciones, caretas, indicativos, ráfagas y demás piezas auditivas, lo esencial para mí era sustituir la sintonía habitual de *La mañana* por «Suspiros de España». Para ser precisos, por una entrada de medio minuto que fuera un pasodoble y, tras anunciar el programa y el director, no continuar con la misma canción sino pasar a un rock duro o muy rítmico que durase al menos otro medio minuto y siguiera hasta que yo entrara dando el buenos días a los oyentes. Se trataba de que hubiera dos ingredientes emotivos, sentimentalmente editoriales, que permitieran identificarse con el programa a los dos grupos que yo quería captar: todos los que quieren a la nación española, sea cual sea su edad, y todos los que quieren vivir a todo trapo, con fuerza y con furia, que suelen ser los jóvenes y, en general, la gente ganosa, animosa y echada *pa'lante*. El pasodoble y el rock eran el doble símbolo con que yo quería identificar a *La mañana* desde el primer sonido del primer minuto de la primera hora del primer programa.

Lo difícil era encontrar versiones de los pasodobles que yo quería y que, tras sonar medio minuto, permitieran el paso a un rock duro o muy vivo. El cambio de ritmo debía ser armónico aunque tenía que notarse el cambio. La bienvenida debía ser muy afectiva, y por eso el único pasodoble indiscutido era «Suspiros de España», que es una especie de himno civil nacional, a medio camino entre la copla y la Historia. Pero había que encontrar ese medio minuto que tuviera un aire vibrante y auroral, tradicional y marchoso. La idea primera fue que cada uno de los Cinco Días de la semana tuviera su entrada distinta, con su pasodoble y su rock. Los pasodobles elegidos, además de «Suspiros de España», fueron «El gato montes», «Amparito Roca», «Islas Canarias» y «Paquito chocolatero». Los cinco rocks asociados eran «My Sharonna», de The Knack; «Whole lotta love» y «Smoke in the water», de Led Zeppelin; «Pretty woman», de Roy Orbison, y «Proud Mary», de Creedence Clearwater Revival. Barajé otros candidatos, más al rock que al pasodoble: Iron Maiden, Celentano, Elvis, Little Richard, FourTops y Wilson Pickett, cuya «Land of 1000 dances», como el «Reach out, I'll be there» o «Lucille», empezaron como candidatos indiscutibles y acabaron descartados porque eran mejores sueltos, solos,

pero no engastaban bien con el pasodoble. Cuando por fin encontré medio minuto instrumental, pero no al principio sino casi al final de la versión de «Suspiros de España» por Dyango, tuve clarísimo que ése era el pasodoble primero. Y, tras hacer muchas pruebas, era evidente que su pareja de baile era «My Sharonna».

Hice, en plan casero, las mezclas, para ver cómo sonaban, y les di los datos a los técnicos para que con los locutores de la casa hicieran las caretas. Con esos pasodobles y muchos más rocks me grabé además un par de cedes para el *walkman* y ésa fue la banda sonora de mi cambio de horario. Una vez llegado a Miami y aprovechando el desconcierto del *jet lag*, desde el primer día me levantaba al amanecer, me ponía mis zapatillas, mi equipo de andar y mi *walkman* y me iba a la orilla del mar a ver los estrepitosos amaneceres del Caribe mientras andaba al ritmo de la música. Luego me iba al gimnasio a hacer bicicleta, siempre con la música elegida para la sintonía más otros rocks españoles como «Déjame», «La chica de ayer» o «Bailando» para darle ritmo al músculo. Yo no hacía deporte desde que representando a Aragón fuimos eliminados de forma aplastante por el equipo de Canarias en un campeonato nacional de fútbol juvenil. Algunos veranos de paseos por el monte de mi pueblo y poco más. Ahora me había convertido en un hombrecito maduro más, uno de tantos, que disfrazado de deportista se esforzaba en luchar contra el paso del tiempo o las malas costumbres. En mi caso, para fabricarme la costumbre de madrugar, que no había tenido en mi vida.

Pues bien, no sé si la música amansa a las fieras o las fabrica, pero a finales de agosto yo estaba acostumbrado a madrugar y con ganas de cambiar los auriculares por el micrófono. Y también para poner a prueba las distintas ideas, trucos y fórmulas de comunicación que había ido maquinando en esos largos, rítmicos e interminables amaneceres de Florida. No sé si llegué con fuerza a *La mañana* porque el entrenamiento físico había surtido efecto en una anatomía casi por estrenar o porque no sabía cómo acabar ya de pasear a solas por la playa oyendo rocks y pasodobles y pensando cómo competir con Iñaki Gabilondo y recuperar la audiencia perdida. El caso es que bajé del avión y me fui directamente a la puerta de toriles, a esperar al toro a porta gayola, un lance que nunca había apreciado mucho en la plaza, pero seguramente porque no sabía madrugar. En ésas, sonaron clarines y timbales, es decir, empezó a sonar «Suspiros de España» y, casi sin transición, «My Sharonna». Me fui hacia el toro, a jugármela, como le había visto hacer a Antonio y debe hacer cualquiera que pretenda triunfar en cualquier plaza. Lo peor que tenía el respetable público es que no estaba. Habría que despertarlo y arrastrarlo hasta llenar la plaza. Para eso estaba yo allí.

Capítulo XIII

CLAVES POLÍTICAS Y RADIOFÓNICAS DE *LA MAÑANA*

Recuerdo el primer programa de *La mañana* en la primera semana de septiembre de 2003. Eran las seis menos diez segundos. Estaba sentado frente al control y, aunque no lo hago nunca porque me atonta, me puse los auriculares para oír bien cómo sonaba la sintonía. Apenas oí el arranque de «Suspiros de España» supe que el milagro de la COPE era posible, siempre que, como Ulises, me atara al mástil del barco y taponara con cera mis oídos ante el canto de las sirenas, fueran seductoras o amenazadoras. Durante un tiempo, que calculaba en torno a un año, debía ser fiel a la fórmula radiofónica y política que me había trazado para recuperar la audiencia, para obligar a los que oían a Antonio y a los que nunca lo oyeron porque apenas empezaban el bachillerato cuando murió, a tener sintonizada *La mañana* antes de despertarse.

Esto es teóricamente imposible, porque nadie puede convertir un programa en su despertador si antes no lo ha oído y nadie puede oírlo si antes no lo pone de despertador. Además, la COPE no tenía dinero para hacer una campaña de publicidad en televisión anunciando *La mañana*. Debían ser nuestros oyentes —los que conservara de *La linterna*, heredara de Luis o recordasen a Antonio— quienes, mediante el boca a boca, se animaran al madrugón y lo recomendaran. Y deberían ser las cadenas de radio rivales las que, con sus críticas, aguijonearan la curiosidad de sus oyentes para que zapeasen, costumbre que hace mucho que dejó de ser exclusiva de los espectadores de televisión. Si oían el programa, por recomendación o simple curiosidad, positiva o negativa, era ya cosa mía que volvieran a hacerlo. A favor o en contra, pero que lo oyeran.

A las seis de *La mañana*, los demás comunicadores matinales no existían. Mejor dicho, no aparecían ante el micrófono hasta una hora después. Estarían sumidos en sus abluciones, gargarismos, desayunos y ejercicios vigorizantes, entre los cuales el más extendido es el de escuchar la radio, la propia por si ha pasado algo y la ajena para ver por dónde va la competencia. Pero aunque la COPE estuviera, según los estudios de audiencia, en cuarto y último lugar, tras la SER, Onda Cero y Radio Nacional, yo sólo debía tener un rival, que era la primera, la gigantesca y todopoderosa SER. Las demás cadenas no existían. Eran caladeros de oyentes que yo debía ir atrayendo o recuperando. Lo que dijera Antonio Jiménez, o Carlos Herrera, o Luis del Olmo, o quien fuese, me daba igual. Y si no me daba, tenía que disimular. Mi única preocupación era que la gente percibiera que la COPE no era una cadena buena, mala o regular, sino la única alternativa a la SER. Si yo conseguía que Iñaki Gabilondo dialogase conmigo, fuera en términos afables o iracundos, delante de

Goliatondo sólo estaría Daviderico. ¿Y a quién le importarían, ante ese duelo, los demás contendientes? Ni siquiera a ellos, ya de más.

Lo malo es que Iñaki sabía perfectamente lo que yo quería y, naturalmente, no estaba dispuesto a colaborar en la tarea de crearse un rival, por modesto que fuera. En consecuencia, pasara lo que pasara, dijera lo que dijese, nunca contestaba en antena a mis mensajes, fueran simpáticos o críticos, satíricos o antipáticos. En aquellos primeros meses, al hilo de las noticias que cambian cada día, yo no cambiaba mi objetivo: entrar en liza con la SER, pero nada. Algún cenutrio en horarios de menos importancia creyó hacer méritos ante el patrón Polanco o la secta prisaica poniéndome verde, pero a esa pesca menor tampoco le daba yo importancia. A mí sólo me importaba Iñaki, pero Iñaki no picaba.

Yo insistía, sabedor de que la soledad ante el micrófono, hora tras hora, te lleva inevitablemente a dialogar con amigos y enemigos, pero el tío, nada. A los dos meses o así, empezó a hacer algún comentario de refilón y sus tertulianos entraron a saco, pero ahí quedaba la cosa. Sin embargo, empecé a pensar que habían tragado el anzuelo y la pesca era posible. Seguí machacando, dándole más carrete, tirando y aflojando, hasta que un día, pasadas las ocho y al empezar la tertulia, alguien del equipo vino a decirme:

—Oye, que Iñaki te ha puesto verde en la SER.

—A ver, a ver, aclaremos: ¿Iñaki o algún tertuliano?

—Iñaki, Iñaki. O sea, Gabilondo.

—¡Qué maravilla! ¡Hemos ganado!

Estuve a punto de mandarle flores. La COPE había sido reconocida, por la vía de los hechos, como alternativa a la SER. Por fin estábamos en el buen camino. En el único camino, a decir verdad, para salir de la miseria. ¿Entró al trapo Iñaki porque se aburrió de callar o porque vieron que *La mañana* empezaba a tener audiencia y sus críticas a la SER ya no podían ser pasadas por alto? No lo sé. El caso es que hicieron lo que yo buscaba. Desde entonces, lo importante siguió siendo atacar, pero como forma de resistir. Es la vieja táctica de la guerrilla frente a un ejército aplastantemente superior, pero al que, por indeseable, no puede considerarse invencible.

Alguno puede pensar que el ataque a la SER partía de mi animadversión política hacia todo lo que es y significa el Imperio prisaico y que una mayor cercanía ideológica a Antonio Jiménez o a Carlos Herrera me llevaba a no atacarles pese a mi indignancia en oyentes y, por ende, anunciantes. Nada más lejos de la realidad. En ese caso, yo hubiera atacado lo que me pareciera malo de la SER pero también y con más motivo a RNE u Onda Cero. En realidad, mis rivales eran Radio Nacional y, sobre todo, Onda Cero, que era la rival comercial, la que nos había birlado a García y luego a Pedro Jota y la que nos había rebasado en más de medio millón de oyentes. Ese era realmente mi objetivo: recuperarlos y colocar de nuevo a la COPE en segundo lugar.

Pero eso no pasaba por la crítica a mis rivales directos sino por convencer a la audiencia de algo, por otra parte, cierto: que en España no había más alternativa a Gabilondo que yo, aunque fuese el último en llegar al circo romano de las ondas. La COPE tenía que actuar como si RNE y OC no existieran, para no invitar al oyente a compararlas con ella. Desde el punto de vista comercial, la antagonización permanente con la SER no sólo era natural por nuestras diferencias ideológicas, sino también porque polarizaba el *target*, «blanco» u «objetivo» de las campañas publicitarias. Si la SER tenía su público incondicional en la izquierda y la COPE lograba consolidarlo en la derecha, cualquier producto debería anunciarse en las dos y, si le quedaba algo de dinero, en las demás.

Si tenía éxito en mi plan, cosa que no depende sólo de que el plan sea bueno sino de que se ejecute bien, las posibilidades de entrar en todas las grandes campañas no serían del 50 por ciento sino del cien por cien. Así que para mí RNE y Onda Cero no existían, ni para bien ni para mal. Yo debía actuar como si en España sólo hubiera SER y COPE, nada más. Y como por los contenidos, a pesar del gubernamentalismo forzoso de RNE, no había realmente casi nada más, todo era cuestión de que la SER entrase en el juego y Onda Cero actuase como les gusta a los ejecutivos ignorantes: dejando que los demás se desgastasen mientras presumen en los grandes restaurantes de que, a diferencia de esos exagerados de otras empresas, ellos son gente civilizada, centrada, moderada, razonable, que reconoce lo bueno de unos y de otros, que al final es lo que quiere la gente normal. Semejante memez no por repetida es menos mema. Hay gente normal de derechas y de izquierdas; católicos normales y anticatólicos normales; socialistas y partidarios de la libertad de mercado igualmente normales; separatistas normalísimamente antiespañoles y españoles normalísimamente antiseparatistas. Y, sobre todo, gente a la que le gusta oír por La mañana en la radio un programa que le despierte y no que le duerma o le haga bostezar. Y si zapea, lo hace entre los programas que, por contraste, más le puedan despertar. Esto es lo normal. Al que no le gusta esto, lo normal es que no oiga la radio.

¿Por qué entró finalmente en ese juego la SER, pese a ser totalmente consciente de que me favorecía? Por dos razones: la primera es su soberbia despótica y la segunda su sectarismo totalitario. Polanco y su *harka* son incapaces de tolerar que alguien les lleve abiertamente la contraria, no digamos ya que les rete y les llame lo que realmente son: un cáncer para las libertades y la nación española. Ante eso, su reacción siempre es la misma: campañas de destrucción personal como las padecidas en la radio por Antonio Herrero, García e incluso el moderado Luis Herrero; y en prensa por Pedro J. Ramírez. Operaciones económicas para ahogar o destruir a la competencia, como la compra y cierre de Antena 3 Radio, el famoso «antenicidio». Y si no es comprable ni destruible, utilizando los tribunales para echar de la vida pública a su enemigo, por decente que sea, como en el caso del juez Gómez de Liaño.

Yo sabía y sé muy bien a qué me expongo. Pero sé también que no hay alternativa frente al despotismo: o lo combates o lo compartes. Yo lo he combatido siempre. La cuestión en aquellos meses últimos de 2003 y primeros míos en *La mañana* de la COPE estribaba en que muchos oyentes lo percibieran con la misma claridad.

Técnica, fórmulas y trucos para ganar audiencia

Tenía otro problema añadido y era que estábamos en periodo electoral, por lo que RNE acentuaba su gubernamentalismo y Onda Cero, colgada de la concesión de Antena 3 Televisión, acentuaba su equidistancia Made in Catalonia a favor de cualquier Poder, que tras las elecciones autonómicas les llevó a poner una vela al Jehová de Moncloa y otra al Diablo Tripartito, a masajear al PP y a estimular sensorialmente al PSC, que es lo que Lara, a través de Mateu, había intentado en la COPE: conseguir una «línea PSC». En los contenidos, por tanto, la diferencia iría siendo progresivamente menor con respecto a la SER. Pero es que la diferencia no es ni ha sido nunca de contenidos. La radio, como la literatura, es forma antes que contenido. Luego, puede haber contenidos mejores o peores, pero antes de llegar a ellos la forma, el género y el estilo del autor deben ganar el interés del lector o del oyente. Si no es así, siempre se ha dicho que con buenas intenciones nunca se ha hecho buena literatura. Y buena radio, tampoco.

Desde el final de mi primera temporada como director empezaron a publicarse análisis, generalmente difamatorios, sobre el «fenómeno» de *La mañana* y las razones de su éxito. La excepción benévola fue la de Amando de Miguel, para el que la clave está en la mezcla de estilo culto y popular; de eruditas referencias literarias, filosóficas, históricas o políticas y refranes ancestrales, sanchopancescos, frases hechas al alcance de cualquier persona sin formación intelectual, que no es lo mismo que sin educación. Pero esa mezcla de formación intelectual sofisticada y cultura rural popular no es una fórmula de comunicación; responde a mi biografía vital e intelectual; soy yo mismo.

Amando tiene razón en que eso funciona y acaso sea la clave de tener influencia por arriba de la pirámide social y fuerza y audiencia por abajo. ¿Y por qué funciona? Yo creo que porque es auténtico y en el micrófono eso se nota siempre; porque, para bien y para mal, yo soy así y a mucha gente le hace gracia que lo sea. ¿Y eso por qué? Quizá porque mi vida es, de forma casi exagerada, la de muchos millones de españoles que pasaron de las humildísimas condiciones de vida en los pueblos de la España profunda después de la Guerra Civil a la promoción social a través de las becas de estudios secundarios en los años sesenta, la universidad politizada y caótica

de los setenta y la meritocracia en la Administración y la empresa privada en las postrimerías de la dictadura y los primeros años de la democracia con los gobiernos de UCD, fiel representante de la nueva derecha sociológica, de esas amplias clases medias de origen rural y emigradas a las ciudades en el franquismo tardío. Yo soy uno de ellos, uno más.

Como tanta gente del común, pero ante el micrófono, yo presumo infantil y pesadísimamente de mi pueblo natal, mi provincia, mi región e incluso, colmo de los colmos, de mi nación española. Lo mismo que en nuestras comedias del Siglo de Oro el labrador pobre, orgulloso a fuer de honrado, no se avergüenza de venir de padres pobres pero cristianos viejos, y defiende con su vida la sagrada dignidad del humilde frente al poderoso, porque sólo lo bueno es justo y siempre será injusto lo malo, yo tampoco me avergüenzo de ser hijo de un zapatero y una maestra, de haber nacido en Orihuela del Tremedal, un remoto pueblo de los Montes Universales (recuerdo que Javier Marías, cuando ambos empezábamos a escribir en *El País*, se burló en un artículo de mí por el nombre de mi pueblo), en la a veces hermosa y siempre pobre, ancha y helada provincia de Teruel, de haber estudiado con beca, de deber lo que soy a mi familia, a mis maestros y a mi esfuerzo, de tener una idea clara del bien y del mal aprendida en el catecismo y contrastada a lo largo de una vida azarosa y aventurera, de peligros y loterías, de riesgos y de logros.

Si me alargo en esto es para explicar que, igual que en las motos la carrocería es el motorista, en la radio lo primero que se oye y lo último que se escucha es a la persona que habla, con nombre y apellidos, con padre, madre, pueblo y demás querencias. No es casualidad que de los últimos grandes comunicadores en las mañanas de la radio española sepamos perfectamente sus orígenes: berciano Luis del Olmo; donostiarra Iñaki Gabilondo; castellonero de Madrid Luis Herrero; andaluz de Mataró Carlos Herrera, y marbellero, ay, de principio a fin Antonio Herrero. Además de un recurso en las largas horas ante el micrófono, como el de tocar marro y volver, el recuerdo de los orígenes es una contraseña, un guiño, un recuerdo de que el que habla es el que es y no otro, que viene de donde viene y no de otra parte; lo mismo que el oyente, por cierto.

Pero no es la única fórmula de comunicación ni la más eficaz de las que puse en marcha en *La mañana*. Por sintetizar, diría que recuperé el modelo de Antonio, pero menos; y los trucos de Antonio y García, pero más. De Antonio, aparte del vigor feroz y el optimismo mañanero como editorial, tomé un recurso que como oyente me admiraba, espantaba y subyugaba: interpelar al poderoso de turno, sea en el ámbito político o económico, civil o militar, ejecutivo, legislativo, judicial o mediático, tratándolo de tú. Apostrofando, retando o ironizando, pero de tú. Es lo que el oyente común querría hacer, pero ni tiene ocasión ni, de tenerla, sería capaz. De ahí su fuerza. Y también, como expliqué en el capítulo primero, el arrojo, los desplantes,

meter la pierna y jugársela, que en España, tan asustadiza en la derecha como gregaria en la izquierda, gusta mucho al respetable y produce devoción en los propios y respeto en los ajenos.

Pero aparte del tono mañanero y mitinero, que en mí se parece de forma natural al de Antonio, no al de Luis, y que, por tanto, no debía cambiar sino acentuar, introduce un cambio esencial con respecto a ambos en *La mañana*: separar radicalmente la opinión de la información, pero no al modo convencional e hipócrita de ciertas escuelas de periodismo que acentúan la diferencia para censurar la opinión libre en beneficio de la información manipulada. No. Tanto Antonio como Luis leían las noticias del día a medias con su subdirectora y, una vez leídas, las comentaban. Yo creo que ésa era una cautela antigua que quedaba desacreditada por un hecho evidente: el director comentaba las noticias que acababa de dar y su compañera no. ¿A qué, pues, fingir neutralidad a las ocho y tomar partido a las ocho y diez? Yo decidí no leer ninguna noticia, salvo el tiempo, que pertenece al orden adivinatorio, y dedicarme exclusivamente a la opinión, tanto en los prólogos como en los epílogos, entre bloque y bloque de noticias o saltando sobre cualquier suceso que, al oírlo, me inspirase un comentario. Creo que ésta ha sido una innovación de importancia, porque asume con sinceridad y sin complejos que hoy el comunicador en la radio se acerca más al *showman* que al reportero, al funambulista que al oficinista, al predicador que al agrimensor. Nosotros nos movemos entre el Club de la Comedia y el Espíritu de la Tragedia, entre el Libro de Job para maldecir el presente y el Apocalipsis para predecir el futuro, sin olvidar el erótico Cantar de los Cantares para las horas tradicionalmente mujeriles y de entretenimiento, de diez a doce.

Esto conduce forzosamente a una cierta teatralización de lo que se dice, a la conversión de nuestra persona en personaje, a bordear peligrosamente el histrionismo que no deben permitirse los informadores pero sí frecuentar los grandes comunicadores, si buscan conservar todos los días y el mayor número posible de horas a una audiencia que, en los grandes programas matinales, roza en ciertas horas los dos millones de oyentes. España es uno de los pocos países occidentales ricos, si no el único, en el que durante varias horas de *La mañana* la audiencia televisiva es superada por la radiofónica, que además, y esto es lo fundamental, resulta decisiva en la creación de opinión pública. Se trata, pues, de asumir esa realidad excepcional pero sin duda muy favorable a la radio en España y servirla con los recursos propios del medio, que son muchos aunque se utilicen poco. He citado ya algunos de Antonio. Pero él tomó muchos de José María García, adaptándolos del deporte a la política. Yo sólo he ido un paso más allá. O dos.

Del perro Óscar a «¡¡¡Cándido!!!»

Permítaseme una explicación biográfica: mi madre no conocía las reglas del fútbol ni tuvo nunca el menor interés en aprenderlas, pero en los últimos veinte años de su vida jamás se perdió el programa de García. Si no lo escuchaba, no se podía dormir. Al dedicar ahora tanto tiempo a la radio, me he preguntado muchas veces qué era exactamente lo que le atraía y relajaba tanto, si de deportes no sabía nada. Y he llegado a la conclusión de que le sucedía lo que a tantos con la novela negra, policíaca e incluso rosa: nos sumergimos en una atmósfera brumosa y sugerente, que se parece mucho a la vida real. En ella —o ellas— el mal existe pero el bien lo combate, los malos parecen más poderosos pero los buenos tienen a su favor la Justicia, si no las leyes o los jueces, y a la opinión pública, o sea, al lector, que desea el triunfo de los buenos, incomprometidos, solitarios y valientes y el castigo implacable de los malos, poderosos, viles y cobardes.

Pues lo mismo sucede en la radio: hay que crear una atmósfera peculiar, que se basa en el estilo del narrador. Tiene que haber personajes, a ser posible reales pero, ojo, con ciertas características de ficción: dibujo físico y moral, peripecia larga y con alguna sorpresa frecuente. También deben pasar cosas, ha de haber acción, que como en las novelas históricas la produce el día a día, el devenir tumultuoso de los acontecimientos. Y, por supuesto, debe luchar el bien, que nos es próximo o querido, con el mal, que nos resulta extraño o detestable. No es preciso que gane el bien definitivamente, porque sabemos que no puede ser, pero sí que el bueno sobreviva y podamos irnos a dormir satisfechos con haber ganado junto a él una pequeña batalla moral aunque la guerra continúe y mañana emprendamos otra aventura. Esto vale para la novela y para la radio, para los detectives y para los comunicadores. Es, en última instancia, una prueba del acierto de Shakespeare al decir que estamos hechos de la materia de nuestros sueños.

García combinaba la investigación implacable de tramas tenebrosas y liadísimas en federaciones deportivas o clubes de fútbol con la sátira de picaros, ladronzuelos y vividores. Crítica personalizada, naturalmente, porque sin la persona o el personaje, la historia resulta abstracta y sin vida, ayuna de interés. El genio garcieso se basaba en unas fórmulas de descripción elementales que incluían una definición moral popular — «vestirse por los pies», «servir y no servirse», «señor dentro y fuera del campo»— lo cual iba configurando a lo largo de los años un elenco de personajes buenos y malos, de fiar y desconfiar, que, a veces, cambiaban temerariamente de bando y se vendían por lisonjas o prebendas. Nunca lo hicieran. Toda España era testigo del desengaño. García los apartaba de su afecto, de la familia del programa, y los fulminaba con un «me ha engañado», sin apelación; o un «me ha decepcionado», sin arreglo. Y adiós. Nunca más. No sé qué fechoría había cometido o encarnaba Pablo Porta, manitú de la Federación de Fútbol, a quien bautizó con un inofensivo «Pablo, Pablito, Pablete», que, aunque parezca increíble y de no mediar un indulto

del Gobierno, lo hubiera llevado a la cárcel. Pero lo más interesante del personaje era su perro *Óscar*, a quien un empleado llevaba a hacer sus menesteres básicos junto a algún árbol. ¡Pobre Óscar No dudábamos de la ilegalidad de su amo, pero el chucho era ya parte de la gran familia garciesca y temíamos que, de haber justicia, se quedara sin tan higiénico paseo. *Dura lex, sed lex!*

Era una forma satírica de acercar al oyente personas y cosas mediante juegos de palabras, aliteraciones, imprecaciones y apostrofes, que, a fuerza de repetirlos, se convertían en latiguillos, *ritornellos*, capones sonoros o alfilerazos verbales implacables. Era un mecanismo sencillo, infantil, más propio de una plaza de pueblo que de las ondas de Frecuencia Modulada, pero ¿qué es la FM sino una plaza mayor mucho mayor? Yo, en esa estela de García, he elevado la apuesta, he creado sobre la marcha neologismos o los he tomado de las bitácoras y foros de Internet, he recuperado fórmulas antiguas para satirizar fechorías nuevas que también son viejas, he tratado de poner a un poderoso contra las cuerdas recordando su aviesa conducta o, simplemente, criticando su abuso de poder y su traición a los ciudadanos que, como repito siempre, le pagamos el sueldo.

En ese género, mi mayor éxito se lo debo a Cándido Conde-Pumpido, fiscal general del Estado, a quien empecé jugando a despertar: «¡Cándido! ¡Pero Cándido! ¡Que ya es de día, Cándido!», en todas las variantes de madre con hijo dormilón, para que cumpliera con su obligación de perseguir etarras u otros delincuentes. Pero cuando se fue delatando como más amigo de los terroristas que de las víctimas del terrorismo, cuando en vez de fiscal general del Estado se convirtió en abogado particular del Gobierno, cuando se fue confirmando como un peligro público, lo único que se me ocurrió una mañana fue decirle: «¡Malo!». Y ese «¡Cándido, malo!», por su propia ingenuidad infantil, tuvo un éxito devastador. Tanto, que un día el Grupo Risa lo convirtió en politono de teléfono móvil, descargable en la Red. Me reí, pero estuve uno o dos meses sin repetirlo, porque evidentemente la broma había llegado al punto de saturación. Ahora lo digo alguna vez, pero ya sólo como homenaje a los oyentes fieles, que le tienen cariño, como al perro *Óscar*. A mí ya no me divierte y ésa es señal inequívoca de que hay que jubilarlo. Como el éxito de estos latiguillos se basa en la repetición, o en la cadencia de la repetición, si a uno le aburre es señal de que puede empezar a aburrir a la audiencia, así que hay que inventar otra cosa. No son hallazgos ni invenciones mías, pero llevaban bastantes años sin hacerse y funcionaron de maravilla. Son trucos muy sencillos pero eficacísimos en el registro más popular de *La mañana*. Pero ¿cómo se sabe si una ocurrencia puede tener éxito? Pues no se sabe. Yo lo barrunto al oírmela, nunca al leerla en algún sitio o al pensarla. Si me hace gracia, la repito; si me aburre, la abandono. Es la clásica situación del cómico a merced del público, que le ríe unos chistes, no otros y debe repetir los unos. Pero como el público de la radio no está a la vista y a las seis o las siete de La

mañana estoy solo, con dos o tres del equipo, que no van a ponerme mala cara, debo fiarme de la intuición y del instinto de conservación, que empieza por no aburrirse uno en el micrófono y termina por no aburrir a los demás.

La venganza del Macho Alfa de la SER en el EGM

Al mes de hacer el programa, todo El Mundo parecía aliviado y satisfecho. El sector comercial de la casa e incluso el ejecutivo con o sin sotana estaban muy optimistas con los resultados de *La mañana*. El motivo primero de euforia era que yo no acusaba el cambio de horario; el segundo, que empezaba a las seis cuando los demás aún dormitaban el sueño de los suplentes; el tercero, que no caía enfermo ni faltaba nunca, a diferencia de Antonio, que se tomaba licencias de caza cuando le parecía; el cuarto, que cumplía mi promesa de respetar los horarios comerciales locales y mimaba a los anunciantes. Todos esperaban que el EGM de noviembre respaldara la impresión general de que estábamos remontando. La única duda era si desde el principio se notaría el cambio o sólo en las horas de *One man show*, o sea, más personales y con menos publicidad, que son de seis a ocho. Yo sólo estaba seguro de una subida clara, aunque sobre números pequeños, en la primera hora, por la sencilla razón de que Luis Herrero no la hacía, lo mismo que las demás estrellas matutinas, así que sólo por el cambio y por la bulla que metía a esa hora yerma, alguna subida tenía que haber. Sin embargo, ocurrió algo que alteró las expectativas y las mediciones: a Polanco lo dejó su señora.

En los caballeros y caballeras del Imperio prisaico, paladines del divorcio exprés y la caducidad natural de las parejas, la augusta separación debería haber sido bendecida como prueba de naturalidad biológica y normalidad institucional. Pero, ay, no era él, don Jesús, quien la dejaba a ella, doña Mariluz, por otra más joven, sino ella quien lo dejaba a él. Y una cosa es el cambio de pareja y otra que cualquier pareja pueda cambiar cuando le dé la gana. No en el caso de don Jesús. Nunca en el caso de don Jesús, el Macho Alfa de la manada, al que ninguna hembra puede abandonar; y, si lo abandona, no debe saberse en el bosque.

Por supuesto, a mí me traía al paio que Polanco se separase de Mariluz o viceversa. Si hubiera sido de Cebrián, todavía, pero ni ella me había hecho nada ni yo le tenía animadversión. Al revés, teníamos amigos comunes que solían cultivar la especie de que Mariluz era una auténtica señora de derechas que, un siglo u otro, acabaría devolviendo a Polanco al redil liberal-conservador. ¡Sí, sí, al redil! ¡Menudo redil es el Imperio! Lo asombroso era que el chisme, la salsa de todas las comidillas de Madrid, no apareciese en los medios de comunicación. O sea, que en España se

puede hablar de las amantes del Rey, aunque poco; de las crisis matrimoniales de los presidentes del Gobierno, cuando las tienen; de las separaciones de los ministros; de las amantes de los banqueros; de las fugas de maridos y señoras de grande, pequeña o mediana notoriedad. Del único que no se puede hablar es de Polanco. Bueno, me dije: he ahí una tontería donde se puede marcar la diferencia, donde se demuestra quién quiere salir por la puerta grande, aunque sea hecho unos zorros, y quién se conforma con la vuelta al ruedo.

Le pedí a Planeta una entrevista con Hugh Thomas, amigo de Mariluz Barreiros, que estaba en gira de presentación de su último libro sobre el Imperio español. No el de Polanco, rehuido escandalosamente por los historiadores, los cronistas y los reporteros de guerra, sino el de los Austrias y Borbones, más transitado. Pero, a cambio, estaba dedicado a Mariluz.

Por supuesto, se trataba de un acto de valor, de prueba de que no temía al Polanco feroz, no de chisniología al uso, así que ni le pregunté sobre los rumores ni cosa remotamente parecida. Inevitable resultó en cambio, al final de la entrevista, preguntarle por la dedicatoria del libro. En ese estilo de español británico que en los años setenta popularizó en TVE Doña Croqueta y en los noventa actualizaron los Morancos de Triana, Hugh contestó de muy buen humor, casi muerto de risa:

—Oh, ah, eh, buenooo, se trrrrata de una amiga, eh, una muyyy buena amiga, a la que le debo, yo debía un librrro... ha, ha, ha...

—¿Un libro? ¿Qué pasa, que no se lo ha devuelto?

—Oouh, no, nooo. Yo debo un libro sobre padre, Eduarrdo Bareiros, y yo no hace libro sobre Bareiros, falta de tiempo, así que dedico este libro para que me perddone... ha, ha, ha.

—Ja, ja, ja. Qué detalle. Pues muchas gracias y mucho éxito, señor Thomas.

—Gracias, gracias a usted, es sido muy amable, ha, ha, ha. ¡Arios!

Cito de memoria, pero fue algo así, amable, distendido y que no iba más allá del guiño. Pero ¡guiños al Emperador! ¡Habrase visto! A los pocos días, Daniel Gavela, a la sazón cabecilla de la SER, le dijo al consejero delegado de la COPE:

—Federico está haciendo un programa muy bueno, sorprendentemente bueno. Pero le vamos a tener que dar un toque, para que vea que algunas cosas no se tocan.

Y por esas casualidades de la vida que en la radio española siempre coinciden con la SER, llegó en ese momento el EGM y me quedé de piedra. Inmóvil, vamos. Ni siquiera subí un solo oyente a las seis. Bramé como un ciervo herido, pero la manada de enfrente, con sus innúmeros ciervos y ciervas, cervatillas y barnbis, rodearon mugiendo satisfechos a su Macho Alfa. Se trataba de un exceso de celo y no de un orden imperial, como demostró que un par de semanas después se entrevistara en *El País* al historiador británico, aunque no sé si esa publicidad me la debió a mí, por el qué dirán, o estaba enlatada antes. En todo caso, la sirvieron. Y se supone que a mí

me escarmentaron. Dicen —pero lo anterior es verdad, esto apócrifo— que Gavela se adornó:

—Ya subirá en febrero.

El antagonismo Aguirre-Gallardón y el papel de la COPE

Después de haber acordado los términos de la sucesión en *La mañana*, Luis y yo quedamos en Moncloa para hablar con Rajoy, que era vicepresidente primero del Gobierno, responsable último de medios de comunicación y nuestro favorito en las quinielas para la sucesión de Aznar. De los tres candidatos —Rato, Mayor y Rajoy— no era el que a mí más me gustaba, porque creía que la cuestión nacional seguiría siendo el problema esencial de España y para afrontarla el más fiable era Jaime Mayor Oreja, pero era consciente de que Rajoy era el que menos rechazo provocaba en el PP y por eso daba —dábamos— por hecho que el resucitado Aznar lo elegiría sucesor. No como jefe del PP, para ejercer el Poder o la oposición según ganara o perdiera las elecciones, sino como inquilino de La Moncloa, porque, tras su pasmoso éxito en las municipales y autonómicas (sólo la Comunidad de Madrid se había perdido tras el recuento del voto por correo), todas las encuestas anunciaban una clara victoria popular el 14-M de 2004.

Nuestra visita tenía, en realidad, un triple motivo: que ambos le expusiéramos los gravísimos problemas estructurales de la COPE; que Luis le contara personalmente los términos de su acuerdo con Aznar para ir a las elecciones europeas, y que yo le explicase la política de *La mañana* para la temporada siguiente, empezando, naturalmente, por esas elecciones presidenciales en las que él podría ser candidato. Lo primero, la difícil supervivencia de la COPE, pareció afectarle muy poco, según la ya clásica costumbre despectiva de Aznar, asumida con disciplinada displicencia por todo el estrato sucesor. A los líderes de la derecha, y Rajoy no es una excepción, los medios de comunicación no les importan; sólo, de vez en cuando, les molestan, y se quitan de encima la molestia según su carácter y circunstancias. Cuando Rajoy nos oyó decir que a la COPE le quedaba un año de vida, debió de decirse: ¡más que a mí para ser Presidente! Y, muy educadamente, se desentendió.

Lo de Luis lo trataron al final a solas, en un aparte de diez minutos, pero Rajoy ya tenía noticia de ello por Aznar, cuya condición faraónica, más acusada que nunca, también habría acertado en el destino de Luis. Así que lo único que comentó Rajoy, con buen humor, es que Luis tenía mucho más claro que quería ser candidato y a qué. Él no lo sabía y, además, no podía saberlo. Su destino estaba también en manos de Aznar, pero todavía le quedaban un par de meses de incertidumbre, como mínimo. Y

luego, tras la decisión soberana del Gran Elector, la ratificación o no de los electores.

Lo que yo le conté sobre la política informativa con respecto al PP y su candidato que había pensado para *La mañana* tropezó con un obstáculo insalvable: Rajoy no sabía si ese candidato iba a ser él y, mientras esa incógnita no se despejase, su interés por mis cogitaciones parecía muy, muy, muy limitado. A orillas de la ensalada de bogavante, casi podía ver cómo por un oído, entre la patilla de las gafas oscuras y el arranque de la barba clara, le entraba mi discurso y por el otro le salía. Se comía bien en *Chez Mariano*, pero la atención política era bastante menor que las atenciones sociales.

Sin embargo, en los minutos-basura del aperitivo, Belén Bajo llamó la atención del anfitrión —y, de paso, la nuestra— sobre un reportaje que estaba emitiendo Telemadrid. Contaba el escándalo en la Asamblea madrileña durante la votación para investir como presidente autonómico a Simancas, cuando dos diputados del PSOE se habían abstenido y la investidura se había frustrado. La victoria socialista había sido tan por los pelos que, sin esos dos votos, ni Simancas ni Esperanza podían ser presidentes. Pero Rajoy, que apenas podía contener la risa por la mala imagen del PSOE en la gran plaza ganada, daba por hecho que esa misma tarde los convencerían en Ferraz. Fue la primera vez que oí los nombres de Tamayo y Sáez, y casualmente en Moncloa. No iba a ser la última.

Al día siguiente, en Ferraz no se cumplió la previsión rajoyesca de que Tamayo y Sáez fueran convencidos, «política o económicamente», para volver al redil. Al revés: los electos desafectos, bautizados por Bono como «despojos humanos», se pasaron al Grupo Mixto tras levantar el pico de un mantel cuajado de lamparones inmobiliarios y manchurroneos de añeja corrupción política. Por lo visto, los «balbases» (llamados así por su jefe, Balbás, un ex socialdemócrata de Fernández Ordóñez migrado al PSOE, perito en financiaciones turbias y a cuya tribu pertenecía el abogado Tamayo) eran rivales acérrimos de otra tribu recolectora y recalificadora a la que bautizamos como los «mamblonas» (por cierto poderoso Benedicto Mamblona, esposo de Ruth Porta, la fiera portavoz socialista en la Asamblea), y aquella rivalidad, convertida en disputa de cargos en el naciente Gobierno regional, había conducido, por la frustración política o personal de una de las facciones, al colapso y al boicot parlamentario.

El culebrón de la Asamblea cautivó al público de Telemadrid, que consiguió la audiencia más espectacular de su historia retransmitiendo aquellas tórridas jornadas parlamentarias. La gente no sabía bien si lo que veía era una moción de censura contra la derecha o contra la izquierda, por ganar o perder las elecciones, por perder lo ganado o ganar lo perdido. Pero la vigorosa dignidad de Esperanza, que se destapó como una auténtica líder política, la ferocidad de Cruella-Ruth de Ville-Porta, dispuesta a impedir que su ruina política se produjera sin acarrear ruinas ajenas, amén

del acoso implacable a los «corrutos» (Blanco *dixit*) Sáez y Tamayo, este último revelado también como una auténtica fiera parlamentaria, hicieron que los madrileños, en uno de los arnichescos y clasicísimos veranos de la Villa, cambiaran las verbenas julianas y agosteñas por las maratonianas telesecciones del circo parlamentario. En algunos momentos, Telemadrid alcanzó audiencias del 40 por ciento, hasta entonces reservadas a los duelos futboleros del Real Madrid. ¡Para que luego digan que a la gente no le interesa la política! Aunque aquella telenovela tenía tanto de sucesos como de información parlamentaria. O mucho más.

Al fondo de la expectación estaba el «ruido de cheques» que, remedando el famoso «ruido de sables» de la Transición, estaba tras el «golpe de Estado» de Madrid, como lo llamaban los chicos de Polanco, considerándolo, por cierto, mucho más grave que el 23-F, señal inequívoca de que los cheques les duelen más que los sables. Pero los datos definitivos sobre la compra de los «despojos humanos» por parte de la derecha, que tanto en el Parlamento nacional como en el regional anunciaban una y otra vez Zapatero y Simancas, nunca se concretaron. Aquello se convirtió en un callejón sin salida, donde Esperanza Aguirre debía pelear diariamente para demostrar que el PP era inocente... de las irregularidades del PSOE. Y lo hizo muy bien. Pero el atasco tenía mal arreglo: el más cómodo aunque maloliente era formar gobierno en minoría, algo que sólo podía hacer el PP con el apoyo tácito o abstención de los «despojos», aunque toda la legislatura estuviese bajo la amenaza de una moción de censura de los «despojos» y el PSOE. Pero Esperanza Aguirre — contra la opinión de Gallardón, Rodrigo Rato y el ABC, portavoz de la derecha «realista»— se negó al enjuague y pidió la convocatoria de nuevas elecciones en otoño para aventar cualquier sospecha de corrupción en el futuro gobierno regional, fuera del PP o del PSOE.

El debate político iba mucho más allá del poder regional madrileño. Era cierto que los resultados habían sido tan apretados que nadie podía predecir qué pasaría en una nueva convocatoria. Tampoco era posible saber si en el transcurso de una campaña a cara de perro habría sorpresas y revelaciones perjudiciales para unos, para otros o para todos. O qué efecto podría tener la movilización teledramática de la ciudadanía en Madrid, que había roto todos los esquemas de los observadores. Pero al final, lo único claro es que, en un clima de sospechas generalizadas de corrupción, una parte de la derecha creía que lo único decente era jugársela en las urnas. Y otra parte, más experta, más realista, más inteligente, menos ingenua, prefería buscar lo que eufemísticamente se llamaba «una solución de gobernabilidad» que evitara una nueva convocatoria electoral. No eran sólo dos ideas de la democracia. Eran, frente a frente, dos modelos de sociedad.

Dos derechas poco compatibles

La derecha en general y el PP en particular se dividieron en la llamada «batalla de Madrid». Pero esa división, como sucede en la política moderna, sólo tomó cuerpo en la medida en que la discrepancia era alimentada y argumentada a diario por dos medios de comunicación importantes. El de toda la vida, el *ABC*, defendía de forma solapada y sutil, intermitente pero, al fin y al cabo, evidente, esa forma «realista» de superar las crisis que desemboca en «inteligentes» compromisos con la corrupción. El nuevo medio de referencia de la derecha, o el que yo quería que lo fuera, *La mañana* de la COPE, asumía no de forma tácita, como siempre, sino expresa y abiertamente el papel de portavoz de las bases populares de la derecha frente a los arreglos y tapicheos de sus dirigentes para alcanzar o disfrutar del Poder a cualquier precio.

Para el futuro de la COPE, la puesta en escena era tan importante como los argumentos. Pero éstos obedecían al mismo criterio de claridad y debate democrático en que debíamos basar nuestra razón de ser y nuestra influencia política. Partíamos de la crisis de legitimidad en la política madrileña, que era evidentísima pero que los señoritos de la política y de los medios se negaban a tomar en serio. Tras levantar acta de la crisis, defendíamos que la solución menos gravosa era la más radical: apelar al pueblo, votar cuantas veces hiciera falta, buscar en la ciudadanía, base del sistema representativo, esa legitimidad que se escurre entre los dedos de la burocracia partidista. Naturalmente, al tiempo que defendíamos nuestra fórmula, atacábamos la alternativa: el pacto tácito o expreso con los «despojos», con los poderes fácticos del ladrillo y con el silencio tácito del polanquismo que defendían el *ABC* y el candidato a la sucesión de Aznar llamado Rodrigo Rato.

Frente a esa derecha apoltronada, por no decir amoral, de los Rato y Gallardón, que, junto a la mendigada protección de Polanco, encontraba en el conservadurismo fáctico del *ABC* su órgano natural de expresión, Esperanza Aguirre se convirtió en poco tiempo, y siempre a través de la nueva COPE, en el símbolo del cambio necesario en un PP demasiado acostumbrado al Poder y dramáticamente alejado de sus bases populares. El comienzo de mi primera temporada en *La mañana* coincidió con la nueva campaña electoral en Madrid, y en ella yo apoyé sin restricciones, a bombo y platillo, a Esperanza Aguirre, pero no como candidata del PP —un partido en el que, como me preocupaba de recordar, había de todo—, sino como símbolo político de la derecha ética y democrática. Fue una auténtica prueba de fuerza y de confianza en el buen juicio de la base popular de la derecha, que no era sólo la del PP sino la que yo buscaba recuperar para la COPE.

La izquierda no se fue de excursión el día de las elecciones, como había pronosticado la derecha de alquiler, que siempre fía sus posibilidades de victoria a que la izquierda no vote. Pero en la derecha sociológica de Madrid nadie se quedó tampoco en casa. Por más que las encuestas favorecieran ligeramente al PP, era lógico que, después del escándalo, no aflorase en ellas un voto oculto pero previsible de la

izquierda. Así que yo insistí en que para ganar haría falta cada voto y, aun así, sería difícil. No obstante, en el equipo de Esperanza se respiraba algo más importante que la euforia: confianza. Su campaña anterior había sido una birria tecnoidiota típica del arriolismo genovés, que promueve diputados o concejales como el que vende compresas o refrescos. Esta, en cambio, centrada en la figura de Esperanza tras su formidable actuación en la crisis de la Asamblea, fue incandescentemente política, de principio a fin. Todo se centró en la corrupción, pero ni una sola prueba de corrupción pudieron achacarle al PP y, sobre todo, ninguna podían achacarle a Esperanza porque ella no había comprado a nadie. De ser así, habría formado gobierno con Tamayo y Sáez o a su sombra, sin correr el riesgo de perder en las urnas. Que no era nada difícil.

Pero lo más importante de esa campaña es que no se hizo, como la primera, a la sombra del anterior presidente, Gallardón, sino a la contra de casi todo: la burocracia partidista, el centrismo genuflexo, el consenso a toda costa y el «todo vale con tal de mandar» que imperaba en aquel PP ya sin líder, sin programa político, con unos vasallos formidables y unos señores para ahorcarlos. Esperanza, pese a su larga carrera política, era una candidata nueva, en una situación nueva, y hacía un discurso nuevo, insólito por su claridad, que se resumía en tres puntos: 1) en el PP somos mejores que la izquierda porque el liberalismo es mejor que el socialismo, sobre todo para los pobres; 2) somos españoles porque somos madrileños y somos madrileños porque somos españoles, o sea, porque existe España; la defensa de nuestra nación es un signo de identidad regional, tan importante como la libertad, y 3) la derecha es más honrada que la izquierda: ellos tienen mucha propaganda y mucha corrupción; nosotros, ni una cosa ni la otra.

Ni que decir tiene que Esperanza Aguirre, liberal por convicción, se sentía muy a gusto con ese discurso de principios; y yo, como dicen los tenistas, empecé a «soltar el brazo». O sea, que empezaba a repartir mandobles a las seis de La mañana, a diestro y siniestro, contra la derecha acomplejada o corrompida y contra la izquierda demagógica y corruptora, y no paraba hasta mediodía. Me sentía en mi papel. Los argumentos de esa campaña eran —son— los que políticamente me han movido siempre. No tenía cautela que observar, compromiso que atender o pacto que perfilar, ni siquiera una audiencia que conservar, porque no tenía audiencia. Todo fue a cara o cruz, de frente, apelando a los ciudadanos y contribuyentes; defendiendo principios y no conveniencias. ¡Y ganamos!

El PP se encuentra con dos líderes nacionales en Madrid

Pero el éxito electoral de Esperanza, ganado a pulso, voto a voto, y a pesar de no pocas zancadillas dentro del partido, suponía también el nacimiento inesperado de un liderazgo político de ambición y alcance nacionales, porque presentaba un discurso

ideológico alternativo al aguachirle en boga y recordaba al Aznar liberal de los años de oposición al felipismo, frente al triste espectáculo crepuscular y moncloviético de una derecha vilmente entregada a Polanco y rendida incondicionalmente ante el Poder, que era a la vez su Baal y su Jehová, su Canaán y su Gehenna. En suma, Esperanza Aguirre apareció de pronto como la negación de todo lo que representaba Gallardón en el PP.

La guerra entre la presidenta de la Comunidad de Madrid y el alcalde de la Villa comenzó, pues, durante esa campaña electoral que, según los «realistas» abecedarios, no debería haberse celebrado nunca y estalló al conseguir Esperanza la Comunidad para el PP por sus propios méritos, sin deberle nada a su predecesor, antes al contrario, y con un programa ideológico y un estilo político en sus antípodas. Además, a diferencia del anterior alcalde, Álvarez del Manzano, que sufría con cristiana resignación los continuos desaires gallardonitas, Esperanza no estaba dispuesta a pasarle ni una. Heredaba la relación de Poder Comunidad-Ayuntamiento diseñada por el propio Gallardón, por lo que tenía siempre la sartén de las competencias por el mango; y había demostrado al más polanquista de todos los polanquistas peperos que, con la SER en contra pero con la COPE a favor, el PP podía triunfar en Madrid apelando a sus bases y a los principios de la derecha liberal, sin recurrir a las subcontratas ideológicas de la progresía.

La de Gallardón y Aguirre era, obviamente, una pelea de gallos, un desafío de protagonismos y una lucha de poder, pero representaba también la pugna entre dos ideas de la derecha difícilmente compatibles entre sí. Por supuesto, aunque Rajoy ya había sido designado sucesor por Aznar y la peste del «voto útil» trataba de ahogar cualquier discrepancia ética, ideológica o política, *La mañana* siguió defendiendo con toda claridad a la presidenta frente al alcalde. En parte, porque ella se había convertido realmente, y no sólo por el manido juego de palabras, en la esperanza de los liberales. En parte también, porque era el único líder importante del PP que disfrutaba diciendo lo que a nosotros nos gustaba oír. Pero, por encima de todo, porque Aguirre simbolizaba el último reducto ético, el alcázar de las ideas, el fuerte de los principios de una derecha liberal y nacional, la del PP, acosada por la demagogia izquierdista pero, sobre todo, íntimamente enferma de desconfianza en sí misma, ayuna de ideas, carente de respeto a los principios que mueven a su extensísima, fiel y sacrificada base popular, esa derecha sociológica que la derecha política casi nunca merece, pero con la que —en mi proyecto— la COPE tenía que sentirse identificada y a la que, en cualquier crisis, debía representar.

Gallardón y Esperanza presentan mi libro El adiós de Aznar

Tres meses después de las nuevas elecciones madrileñas, tanto el antagonismo Aguirre-Gallardón como el protagonismo político de la COPE se habían desarrollado

espectacularmente. Por eso sorprendió que ambos presentaran mi libro *El adiós de Aznar*, que recogía mis artículos políticos del año 2003, además de una crónica en el prólogo y un balance en el epílogo de lo que los años de Aznar habían supuesto en la política española. Creo, modestia aparte, que esos dos ensayos están entre lo mejor que he escrito. Pero, ayudando eficazmente a la modestia, estoy seguro de que a ninguno de los asistentes que abarrotaban el precioso anfiteatro de la Casa de América le importaba demasiado lo que yo había escrito, sino la espectacular aparición pública de los que, en muy poco tiempo, se habían convertido en enemigos íntimos y rivales de futuro dentro de una derecha española que se afanaba, sonámbula, en salvar los muebles del pasado.

Contra lo que pueda pensarse, la idea de juntarlos no fue de la editorial Planeta, sino mía. A punto de ponerse a la venta el libro, estaba con Ricardo Artola tomando un café con leche al terminar el programa y hablando de la presentación y sus dificultades. El que mejor podía hacerla, que era Aznar, no había concluido su estancia monclovita, así que era preciso buscar otra fórmula. Yo sabía que amadrinar el libro le haría ilusión a Esperanza y les encantaría a los seguidores de *Libertad Digital* y de la COPE, porque suponía una reconciliación razonada entre el aznarismo oficial y el liberalismo crítico después del año terrible del *Prestige* y la guerra de Irak. Y todos los sectores de la derecha estaban, estábamos, por hacerle una gran despedida a Aznar. Esperanza, el nuevo ídolo de los jóvenes liberales y personaje importante del aznarismo combatiente, el de la primera legislatura, era la figura perfecta para firmar la paz generacional y reafirmar el proyecto de una derecha liberal y nacional que, en el Poder o en la oposición, debía recoger lo hecho por Aznar y mejorar lo no hecho o deshecho por él. Pero, en cuanto al libro, si a la efusión se le añadía el picante de la confrontación, sin duda ganaría en gancho comercial.

—Oye, Ricardo, ¿y qué te parecería si lo presentasen Esperanza y Gallardón?

—A mí, fantástico. Pero supongo que es imposible. Tú te llevas muy mal con él.

—Fatal.

—Y en el prólogo lo pones a caldo.

—Poco para lo que merece; pero sí, creo recordar que no lo elogio demasiado.

—¿Y va a querer presentar él un libro que lo pone verde?

—Si le conviene, por supuesto. Y creo que puede venirle muy bien.

—¿Por qué?

—Porque, salvo que quiera convertirse en un personaje más de la progresía, en cuyo caso pierde todo su valor para el PSOE y Polanco, de vez en cuando tiene que retratarse con la derecha de verdad. Para heredar tiene que seguir siendo de la familia.

—Entonces, ¿tú le llamarías?

—Nunca. Pero Mónica o Susana pueden llamar a Marisa y salimos de dudas.

—¿Cuándo? Porque vamos contrarreloj.

—Esta noche o mañana te llamo con lo que sea.

Fue esa misma tarde. No tardó un minuto en decir que sí. Pero como él y yo no hablamos ni nadie pactó nada con nadie, todo quedó pendiente de la presentación. Ni que decir tiene que las especulaciones políticas nos precedieron: según algunos, Aznar había logrado el pacto de no agresión entre los elementos ingobernables de la derecha; según otros, el mérito era de su señora; casi todo El Mundo daba por hecho que de allí iba a salir un espíritu de concordia; y yo no tenía la menor idea de lo que podría salir.

La mañana de autos, con un glorioso sol de invierno, nos encontramos en una salita antes de empezar los dos presentadores, el presentado, mi mujer, que saludó y se fue a su butaca, y la de Gallardón, que se quedó escoltándolo. Me sorprendió lo serio de la expresión de Mar Utrera, la tensión que de ella emanaba, así como el rictus de su marido, nervioso y como ido. Esperanza Aguirre estaba felicísima precisamente por lo que yo había supuesto: Aznar quedaba bien y todos los liberales quedábamos amigos. Sentados a la mesa, volcó sobre mí el cesto de los elogios, pero en clave de nobleza baturra: yo reconocía en el prólogo que quizá mi rigor crítico con Aznar había sido excesivo en algunos momentos y eso demostraba que, además de un liberal tremendo, era un cabezota de buen corazón. Su alma de aznarista y liberal se sentía feliz con un libro tan formidable. Dada la torva catadura de nuestros enemigos, la paz en la derecha de las libertades era una auténtica bendición. Le faltó terminar con un suspiro de satisfacción, pero es porque antes de exhalarlo esperaba a ver por dónde salía Gallardón.

Y éste, contra lo que cabía esperar, no salió por peteneras. En realidad, salió en tromba, descompuesto, pegando tornillazos y recitando un memorial de agravios contra mí que no le favorecía. Me puso verde por ponerle yo verde a él, tanto en el prólogo como en algunos artículos del libro, que yo no recordaba. Hasta ahí, todo normal, un caso de legítima defensa. Pero luego se explayó en censuras personales, ideológicas o estilísticas que no venían a cuento y que resultaban contraproducentes para su causa, porque la inmensa mayoría del público estaba conmigo, como es natural. Yo preferí no entrar en la pelea por dos razones: porque él ya había quedado mal, y porque me daba la oportunidad de quedar bien. Así que le agradecí su presencia, pese a ciertos adjetivos y argumentos que quizá alguien podría considerar injustos, y pasamos a las preguntas del público.

La primera, que por repetida fue casi la única, se dirigió a Esperanza e inquirió sobre la naturaleza de sus relaciones políticas y personales con Gallardón. Ella, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo que tenía por él «sentimientos maternos», «casi un amor de madre». Carcajada general. A partir de ahí abundaron las referencias a la severidad necesaria en la educación de los niños, sobre todo mimados, e incluso a la disciplina inglesa. Más carcajadas. Pero a punto de irnos, se levantó un joven

desconocido, de unos veinte años, buen orador, y sin levantar la voz puso a Gallardón a caer de un burro. En realidad, respaldó expresamente los argumentos que yo utilizaba en el libro: el doble juego, el servilismo polanquista, el empeño obsesivo en hacer méritos ante los enemigos atacando a los propios, en fin, lo habitual. Pero a todos nos llamó la atención el tono de sereno y severo desprecio con que aquel joven se refería a Gallardón. Éste encajó mal la censura, como casi todo esa mañana, y se fue despidiéndose a la francesa. Esperanza no salió a hombros por el qué dirán, pero quedó dueña absoluta de la plaza; yo me cansé de firmar libros; las televisiones dieron muchas imágenes que, como de costumbre, no vi.

Pero lo que sí me pareció ver en el aire luminoso de aquel mediodía de invierno, al quedarse vacía la sala de la Casa de América, fue un signo de rencor, un garabato de odio requintado, personal, que anunciaba venganzas futuras. En la guerra de Esperanza y Gallardón, aquélla fue sólo una de las primeras batallas. En lo que a mí respecta, fue el origen del afán obsesivo en Gallardón por neutralizar o dominar *La mañana* y la COPE. El tiempo demostró que iba a ser capaz de casi todo para conseguirlo.

Apezarena echa a César Vidal y yo siembro una idea

En la organización interna de *La mañana* no habían aparecido nubarrones. No fue posible que viniera Carmen Martínez Castro, que seguramente apetecía la dirección de *La brújula* o *La linterna*, pero Susana Moneo y las dos veces heredadas de Luis Herrero, Margarita Mayoral y Mercedes Aranda, parecían haber firmado una especie de armisticio. Yo lo único que quería del equipo es que me solucionara problemas y no me los crease, que es aproximadamente lo que hicieron. En cambio, Apezarena se reveló como un sujeto peligrosísimo. Incumplió con mi antiguo equipo, de forma sibilina pero implacable, el acuerdo luisiano ante don Bernardo de cambiar a los jefes pero no tocar a los indios. Y si bien en los fijos de plantilla yo tenía cierta capacidad de acogida, con los colaboradores resultaba más difícil. Hubo especialmente un caso que para mí fue una declaración de guerra y una prueba de celopatía de la mediocridad. Al primero que Apezarena echó de *La linterna* fue a uno de mis mejores colaboradores: César Vidal.

Asentado como tertuliano y, sobre todo, como divulgador literario (es mejor vendedor de libros que el mismísimo Sánchez Dragó), seguro de mi interlocución y mi respaldo en los asuntos conflictivos, César había mejorado extraordinariamente ante el micrófono o acaso adaptado a la radio sus costumbres de predicador evangélico. Como Luis Herrero, también hombre de fe, pero que en veinte años de

amistad nunca me ha hablado de religión salvo forzado por las circunstancias, César es discretísimo al respecto. A cambio, yo evito chanzas en área tan sensible y, a veces, tan mortificante. El caso es que trabajábamos bien y sólo el pacto de las Grandes Praderas (indios, jefes y demás) hizo que no me lo llevara a *La mañana*. Aun así, lo hubiera hecho de no mediar la razonable petición de la casa de que no desmantelara *La linterna* en las áreas de Economía y Cultura, que eran mi aportación y debían seguir o parecer que seguían. Y entre las figuras fundamentales del área cultural, amén de tertuliano, estaba César.

Pues bien, de golpe y porrazo, Apezarena lo echó de la tertulia y, de rebote, de las colaboraciones literarias; que además eran su principal fuente de ingresos mensual porque aún no había dado en sus libros el gran salto de ventas que logró después. Por si fuera poco, Apezarena puso como segundo suyo a Miguel Ángel Marful, socialista de carné, pero tan de carné que, superado el disgusto de no casarse ante Trinidad Jiménez por un quítame allá esos votos, acabó recalando en Ferraz como jefe de Prensa de José Blanco. Todo lo que yo había teorizado y puesto trabajosamente en práctica sobre la necesaria alternativa política y cultural que debía suponer la COPE frente a la izquierda, se la cargaba Apezarena de un plumazo, arteramente. Y, encima, echaba a César Vidal.

Lo inmediato era remediar el estropicio profesional y económico, porque la indignación moral no había quien se la quitara:

—¡Pues no va el tío y me dice que tiene que prescindir de mí porque voy a otros programas como el de Cristina, cuando Antonio Casado, que es del PSOE, va a tres y además hace editoriales! ¿Pero qué daño he hecho yo a este personaje?

—Mira, César, aunque de momento sea imposible, te digo lo que me dijo a mí Luis al cambiar de programa: olvídete por completo de *La linterna*, nunca has hecho *La linterna*, no conoces a nadie de *La linterna*. ¿Quién es el director? Nadie.

—Eso que dices no dista mucho de la realidad, salvo la injusta cita de Homero.

—Ni caso. Tengo ya perfilado además un espacio de Historia que te va a gustar.

Impelido por la obligación moral de no dejar en la calle a mi buen amigo y colaborador, socio fundador de *Libertad Digital* y pieza importante del grupo intelectual que había ido creando en torno a *La linterna* y el periódico de Internet, me inventé un espacio largo con dos piezas para César: los «Enigmas de la Historia» — que escribía semanalmente los fines de semana en *Libertad Digital* y se habían convertido ya o estaban a punto de convertirse en libro de éxito— y una «Breve historia de España para inmigrantes, nuevos españoles y víctimas de la LOGSE», que haríamos él y yo mano a mano, al modo del Catecismo (pregunta-respuesta, pregunta-respuesta) o de la concisión divulgadora de la *Enciclopedia Alvarez*, no dando nada por sabido porque prácticamente nada se enseña. A los millones de extranjeros que se han avecindado en España, porque no había razones para que se lo

explicaran; y a los españolitos, porque la secta progre que domina la enseñanza ha declarado a España «materia non grata».

Y en medio de las dos piezas de César, para vestir las mejor y darles empaque y producción de radio antigua, añadí después un espacio con guión y dirección de Ayanta Barilli, «Grandes mujeres de la Historia de España», que tomaba como base mis pequeñas biografías en *Los nuestros*. Ayanta ha hecho un trabajo de orfebrería, rescatando grandes voces olvidadas, marginadas o desconocidas de la COPE —Lola Pérez Collado, Manuel Pablo, Urbano Canal—, y gracias a la entrega técnica de Juan Antonio Machado y trabajando como un afroamericano en Alabama antes de la Emancipación, han creado un producto de verdadera calidad. El conjunto de las tres piezas se llamó y se llama aún «Historias de la Historia de España».

Pero no acabó ahí el fruto de la aviesa hazaña de Apezarena. Por mi propio caso, seguramente llevaba tiempo dándole vueltas al hecho de que, para hacer cosas nuevas y ambiciosas en la radio, era a veces mejor ser intelectual que periodista, porque a esto se aprende pero lo que no se ha leído, sin leer está. Y al ver cómo el mediocre se quitaba de en medio al brillante, me dije: ¿no estará evitando la comparación y...la sucesión? Así que un día, llamado por don Bernardo a su despacho, le conté la traición de Apezarena al pacto de las Grandes Praderas, poniendo por testigo a Luis. Le disgustó mucho, claro, pero de esa forma intransitiva que yo ya conocía bien:

—¡Cuánto lo siento! ¡Quién lo iba a pensar de Apezarena, tan serio, tan formal y tan del Opus!

—Tampoco es la primera vez que usted se equivoca con él. Y a este paso en un año se ha cargado *La linterna*, que me ha costado cinco años levantar.

—Y un gran trabajo que todos reconocen. Pues sí, es posible que me haya equivocado. Pero es que sin recurrir a grandes fichajes que no nos podemos permitir, en la casa no veo a nadie. Dime, dime alguien que pueda hacer *La linterna* a tu gusto.

—César Vidal.

—¿César? Me sorprende, la verdad. Nunca lo hubiera pensado. ¡César Vidal! Me sorprende pero no me disgusta. No me disgusta en absoluto. Sabes que yo pensé en él para la BAC. Me gusta ese estilo pausado suyo, y lo que sabe de teología y de todo. Me quedo con el nombre: César Vidal. Si Apezarena no funciona, es el primero en cartera.

Por supuesto, yo sabía que no sería el primero. Pero había aprendido que en el peculiar funcionamiento de don Bernardo lo importante era plantar la semilla y dejar que el tiempo hiciera su trabajo. Es un estilo muy curioso, entre episcopal y abulense, que tiene algo de astucia y mucho de pereza, o viceversa. Yo suponía que, si se precipitaba la crisis en *La linterna*, don Bernardo se encontraría a fin de temporada exactamente igual que entonces, sin un solo nombre alternativo, con lo que la continuidad del estropicio estaba asegurada, salvo solución traumática. Y salvo que

yo había plantado ya una semilla en el otoño tardío de nuestro Richelieu. En la primavera podía germinar. ¿Por qué no? Debo decir que es la única vez en que he usado tretas sotaniles para salirme con la mía en la COPE, porque no tengo paciencia ni estilo para realizarlas. Pero esa única vez salió de perlas. Meses después, tuve que recurrir a otra astucia similar para rematar la jugada, pero salió. O como se dice en tenis: entró, entró.

Intrigas aparte, a la vuelta de los turroneos, en el EGM de febrero y como había pronosticado Gavela, subí mucho, muchísimo. La subida de noviembre y la de febrero, pensé, y no me recaté en decirlo. El EGM quedó, como siempre, por los suelos. Yo volví a lo que siempre sostuve en *La linterna*, aunque nos fuera bien: la COPE debía dejar ese medidor que sólo le tomaba medidas al traje de armiño de Polanco. Pero ya podía yo decir misa, que los comerciales no se apeaban de la celebración pagana. El aumento de publicidad, apreciable desde el primer mes, se convertiría en riada aurífera. ¡Todos se anunciarían en *La mañana*! ¡Empezábamos a remontar! ¡Milagro, milagro!

Pero además de que los datos del EGM sólo corroboraban, tarde y mal, lo que ya sabíamos, estaba ya casi terminando la campaña electoral de 2004, con Rajoy como candidato de Aznar, y por tanto del PP, a La Moncloa. Lo eligió a primeros de septiembre, justo cuando empezaba la nueva época de *La mañana*, y bastante tenía yo encima como para discutir una elección ya inapelable y con elecciones a la vista. Lo malo del 14 de marzo, día de votación, fue que antes llegaba, como es preceptivo, el 11. Y era el fatídico 11-M, que lo cambió absolutamente todo. Y, especialmente, la COPE.

Capítulo XIV

EL 11-M, ZAPATERO EN EL GOBIERNO Y LOS DIEZ MILLONES DE HUÉRFANOS

La campaña electoral de marzo fue pavorosamente demagógica por parte del PSOE y horrorosamente blanda por parte del PP. Rajoy había elegido como jefe de campaña a Gabriel Elorriaga, un profesor atildado, inteligente, moderado y políticamente nulo. O sea, del género ilustrado y amorfo que tanto le gusta a Rajoy. El resultado en las encuestas era el previsible y, por desgracia, el que buscaba el PP: una victoria a los puntos intercambiando el menor número posible de golpes. Como siempre, la oposición pedía debates en televisión entre su candidato y el del Gobierno; y el Gobierno, como casi siempre, se negaba a ellos, utilizando unos argumentos que eran otras tantas ofensas a la inteligencia. La mayor ofensa —y la mayor estupidez— estaba en que Rajoy no le sacaba mucha ventaja a Zapatero en los sondeos y, siendo infinitamente mejor orador y sabiéndose perfectamente los asuntos del Gobierno y del Estado —nunca ha habido un candidato mejor preparado para asumir la Presidencia—, lo normal es que le ganara cuatro de cada cinco debates. Lo único que debía hacer Rajoy era proponer varios, de forma que se notaran más las lagunas de Zapatero y el peligro se redujera al mínimo.

Yo propuse siete debates, más que nada porque el número era redondo. Puestos a hacer pedagogía con la hipérbole, que es lo propio de la radio, llegué a pedir catorce, uno por cada día de campaña oficial, pero sin duda mi destino es no coincidir nunca con la derecha política oficial. Esa vez, tampoco. Aparte de los típicos argumentos de la experiencia, la madurez y demás garambainas, que si fueran eficaces habrían impedido siempre que la oposición llegara al Gobierno, el verdaderamente sólido por parte del PP era el pacto de Gobierno tripartito del PSC-PSOE con Esquerra Republicana y los comunistas rojiverdes de ICV, que había desembocado en las vacaciones navideñas en el Pacto de Perpiñán.

En él, Carod-Rovira, *conseller en cap*, es decir, jefe de Gobierno, pero en funciones de presidente de la Generalidad por vacaciones de Maragall, pactó con la ETA —representada por uno de sus más acreditados asesinos, Josu Ternera— que Cataluña quedaría exenta de sus crímenes porque no era España (tesis de Carod que ya había defendido en la prensa años atrás y muy corriente en el separatismo catalán) y porque ERC la representaría políticamente. La aceptación de un auténtico protectorado terrorista en Cataluña por parte del Gobierno tripartito, la mayor parte de las fuerzas políticas y la famosa sociedad civil catalana —ente o fantasma ideológico del que se habla mucho pero cuya existencia brilla por su ausencia: siempre se muestra sumisa al poder político, regional o nacional— era en sí misma

una prueba de la radicalización izquierdista y nacionalista de Cataluña.

En rigor, más grave aún que el Pacto de Perpiñán con la ETA era el Pacto del Tinell por el que se formaba el propio Gobierno tripartito. En él se establecía que ninguno de los partidos firmantes, aunque el único con posibilidades de hacerlo era el socialista, pactaría con el PP en ningún gobierno municipal, autonómico o nacional. Eso suponía la exclusión del sistema democrático del partido más importante de España, sustituido en la práctica como socio en un nuevo régimen por la ETA. Mayor Oreja lo denunció como el triunfo tardío y a traición de la Ruptura sobre la Reforma, el fin de la Transición y del régimen constitucional de 1978. Para mí, en *La mañana*, la cuestión nacional, inseparable siempre de las libertades, fue el argumento básico para propugnar el voto al PP, pero Rajoy y sus asesores huían de los «argumentos radicales» de Mayor, como si todo lo que pasaba en Cataluña no fuera radicalmente letal para España y el PP.

La mañana terrible del jueves 11-M y el golpe político-mediático de la izquierda

El lunes de la última semana de campaña, a sólo seis días de las elecciones, Luis Herrero y yo comimos con Ángel Acebes en el Ministerio del Interior. En esos días, Acebes vio a bastantes periodistas influyentes para transmitirles sus inquietudes sobre el terrorismo y, supongo, ver también cuál era el clima de opinión al respecto. El Gobierno estaba muy preocupado ante la posibilidad de que la ETA, contra las cuerdas después de los ocho años de Gobierno del PP, intentara un gran atentado en la víspera o la misma jornada electoral. Apenas tres meses antes, el día de Nochebuena de 2005, la policía había impedido una masacre en la estación madrileña de Chamartín. Después, había detenido una furgoneta cargada de explosivos en Cañaveras (Cuenca), también camino de Madrid. En el último año, la banda terrorista había intentado y a veces conseguido atentar en la capital, pero el efecto no había sido grande ni, por tanto, favorable a sus intereses. Durante la comida, analizamos las dos hipótesis sobre la actitud de los etarras ante las elecciones: la primera sería la de tratar de provocar una masacre o un asesinato llamativo, a riesgo de fallar y proporcionar al Gobierno una baza electoral de última hora o incluso de tener éxito y propiciar el voto contra el PSOE, que tras el Pacto de Perpiñán empezaba a aparecer como el partido de las componendas frente al terrorismo.

La segunda hipótesis partía de que ETA asumiera su creciente debilidad ante la policía y la Justicia durante los gobiernos del PP y tratase de convertirla en fortaleza política mediante una alianza tácita con el PSOE, en la línea ya dibujada en Perpiñán.

Ésta era sin duda la hipótesis más grave a largo plazo, porque suponía una ruptura radical del PSOE con el PP y la liquidación del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, que había sido auspiciado por Zapatero pero, según hemos sabido después, al mismo tiempo que establecía un diálogo político secreto con ETA-Batasuna. En el futuro se dibujaba el ominoso Pacto del Tinell y la liquidación del Pacto Constitucional de 1978, como había dicho Mayor Oreja y, sin querer comprometer al candidato Rajoy, admitía silenciosamente Acebes.

Pero muy silenciosamente. La cara de preocupación del ministro oscilaba entre la del jugador de póquer antes de mirar las cartas de la última mano y la del jugador de fútbol que ha metido un gol importantísimo tras rebotarle involuntariamente la pelota en el codo y mira al árbitro para ver si se ha dado cuenta de la infracción o da como válido el gol. Acebes estaba instalado, de forma angustiosamente profesional, en la incertidumbre de la posible victoria electoral, que podía depender de la incertidumbre en materia terrorista y que a su vez suponía la incertidumbre sobre el futuro del sistema político si, efectivamente, ganaba el PP.

En realidad, la conversación debería haber versado sobre la gravísima pero bien fundada suposición de que sólo la victoria del PSOE impediría una inmediata crisis del sistema y si esa misma posibilidad, que ponía la iniciativa en manos de la oposición, no suponía ya la crisis del sistema y la derrota del PP. Pero estábamos demasiado cerca del día de las elecciones como para reflexionar sobre algo cuya vigencia excediera la semana. La gravitación y el vértigo del Poder lo dominaban todo. Viendo a Acebes, tan formal, a la vez en el Poder y en el aire, uno percibía la fragilidad y el carácter efímero y volandero de la acción política, que, aunque encaminada siempre a la lucha por el Poder, parece especialmente abonada a la fatalidad en vísperas del arqueo de las urnas.

En definitiva, constatar la preocupación del Gobierno por un posible atentado etarra a Cinco Días del cierre de campaña no cambiaba nada. No alteraba el discurso político de los partidos ni la patológica tendencia de los candidatos a sumergirse en frenéticas encuestas internas sobre la evolución de la intención de voto en los últimos días. Todo siguió igual o parecido. Como durante toda la campaña electoral, la derecha siguió empeñada en disimular el desastre que supondría una victoria de la izquierda, observando esa especie de manual de electoralismo idiota que toma por bobos a los ciudadanos y les pide su voto asegurándoles que, efectivamente, no pasa nada realmente grave, diga lo que diga la oposición, y que seguirá sin pasar y sin modificar la benéfica costumbre de la siesta colectiva y la modorra general si no se incurre en la frivolidad de cambiar el Gobierno. ¿Y si se incurre? Pregunta rechazada por el manual. Si no pasa nada, ¿cómo podría pasar algo y algo tan malo? Ni pensarlo. Votemos, claro, pero sin darle muchas vueltas ni buscarle tres pies al gato. Aunque tenga cuatro y a veces cinco.

Las entrevistas con Rajoy y Zapatero en La mañana del 11-M

Si se vota en domingo, el jueves suele ser para la radio el último día electoral, porque dicen que el viernes la gente la oye menos —no sé por qué— y, en todo caso, porque los candidatos ya sólo se oyen a sí mismos y están pendientes exclusivamente del mitin de cierre de campaña y de cómo salga en televisión. El jueves 11-M, yo tenía pactadas las dos entrevistas últimas con los candidatos: Zapatero por teléfono a las ocho y media y Rajoy en el estudio a las nueve y cuarto. Para ese último día, como en los últimos meses, tenía a mi derecha a Luis Herrero, al que, como político y periodista, le encanta estar al tanto de la última encuesta y tener hilo directo y semisecreto con las bodegas electorales de los partidos. Pero antes que los candidatos llegó la noticia: una explosión en un tren de cercanías; no, dos explosiones en trenes de cercanías; no, varias explosiones en trenes de cercanías; sí, al menos tres muertos; sí, hay más muertos; sí, sí, no, sí, sí, muchos muertos, puede ser una verdadera masacre, se dice que han reventado los trenes; no se sabe los cadáveres que habrá dentro o debajo de los trenes. Más de cincuenta, seguro, quizá cerca de cien; o ciento cincuenta; o quizá doscientos muertos.

Una de las contertulias de *La mañana*, Lucía Méndez, que vivía al lado de una de las estaciones siniestradas, nos llamó para contarnos lo que se veía desde la ventana de su casa. Con esa lenta calma que a veces produce el espanto, fue haciendo la crónica dantesca del infierno terrorista: los que salen del humo tambaleándose, con las caras ensangrentadas; los cristales rotos de las casas; los niños llorando, abrazados a las piernas de su madre; los gritos de horror, las primeras sirenas; las mantas anónimas para los heridos; y, sobre todo, los muertos, con esa sencilla inmovilidad que los cadáveres guardan para despedirse o para que los puedan despedir aquellos que los contemplan.

Pero si el dolor humano era, por su brutalidad, aplastante, no menos terrible y diáfana era la sensación de que habíamos asistido al acto central y decisivo de aquella campaña electoral, que de esos muertos del jueves aún por contar dependían los votos que se contarían el domingo. Luis y yo comentamos dentro y fuera del micrófono lo que nos había dicho Acebes pocos días antes; la ETA había puesto su rúbrica de sangre a la campaña electoral. Iñaki Gabilondo decía lo mismo en la SER y, temiendo un desplome del PSOE, llamaba a la gente a no cambiar el sentido de su voto por la masacre etarra; yo creo haber comentado, pero quizá a micrófono cerrado, que si semejante atrocidad no hacía que algunos votantes del PSOE cambiasen su voto, nada lo conseguiría.

Pronto llegó la primera condena oficial de la masacre etarra: la hizo Ibarretxe desde la presidencia del Gobierno vasco y se resumía en que los etarras no eran

vascos, porque eran asesinos. No es que fuera sorprendente, porque nada moralmente sórdido e intelectualmente repugnante puede sorprender en los nacionalistas, pero pocas veces ha alcanzado el PNV semejantes cotas de indignidad, porque con esos criminales tan poco vascos habían pactado ellos, tan vasquísimos, el futuro independiente d El País Vasco; y lo habían hecho tras el asesinato vasco del concejal vasco del PP Miguel Ángel Blanco.

Pero esa reacción se entendía como fruto del miedo a una debacle electoral. El mismo miedo que embargaba a los tertulios de la SER y les hacía dividirse entre las llamadas a la serenidad y la posibilidad de suspender las elecciones para no votar en un clima de semejante alteración emocional. Lo contrario sucedía en nuestra tertulia, si es que cabe llamar así a una sucesión de opiniones al vuelo mientras insistíamos una y otra vez en que todos los que se acercasen a los lugares de la masacre apagasen los teléfonos móviles, porque imposibilitaban la actuación de ambulancias, policías y bomberos. Pero ése —decíamos— era el terrorismo con el que había pactado el PSC-PSOE en Cataluña.

En ese clima de agitación indescriptible (que no impedía los cálculos electorales, y el que diga lo contrario o miente o no lo vivió), la entrevista con Zapatero se retrasaba, se retrasaba, y aunque parecía evidente que no quería hablar, mantuvimos públicamente la petición de hablar con él hasta que, al fin, entró. Por supuesto, condenó la masacre, dijo que había dado instrucciones para la reunión del Pacto Antiterrorista con el Gobierno y, como acababa de hacer el PP, anunció que daba por terminada la campaña electoral. No dudó de la autoría de ETA y parecía entre abrumado y atontado, como al que le ha caído una montaña encima. Lo entendíamos también en clave electoral y personal: de perder por poco y quedar a pocos años y pocos escaños de La Moncloa, Zapatero podía pasar a la nada de la que había salido. Una derrota aplastante del PSOE, que se entendería como rechazo a su línea radical, supondría el fin de su carrera política.

Rajoy, por el contrario, parecía súbitamente rescatado de una campaña tristonra, amarrategui, sin pulso, sin ideas y sin nada, como un agraciado por la desgracia ajena. Si el electorado castigaba, como era lógico, a los aliados de la ETA en Cataluña, Rajoy podría instalarse cómodamente en La Moncloa y hasta, cumplidos ocho años aznáricos, designar sucesor. Al llegar al estudio, en medio de la breve y tensa charla con Zapatero, tenía un aspecto demudado, como es de rigor, y lejanamente nervioso, como es natural en él. Pero el líder político debe transmitir firmeza en esos momentos y eso es lo que hizo Rajoy, condenando la masacre de la ETA (aunque yo no le había preguntado por su autoría) y anunciando lo que se anuncia en circunstancias similares: que el pueblo español no iba a olvidar ni a perdonar, que sabría dar en las urnas la respuesta adecuada a los asesinos, en fin, lo previsible y razonable en medio de aquel sangriento caos.

Durante lo que quedaba de programa, hasta las doce, repasábamos los datos del horror y actualizábamos el censo de cadáveres. Ifema fue el lugar designado para que las familias acudiesen en busca de sus seres queridos, de su sombra luminosa, ya para siempre apagada; y allí enviamos a una de las chicas del equipo, Paloma García Ovejero, que hizo hasta el día siguiente un trabajo extraordinario, que para mí supuso el descubrimiento de su valía profesional. En realidad, todo en aquella mañana horrenda y los días que siguieron era una travesía de la vida en medio de la muerte, la intemporal epopeya de la supervivencia de la especie en medio del terror, los peligros y las penas.

Del mazazo psicológico al golpe mediático

Es difícil contar hoy lo que sucedió en las 72 horas siguientes a la masacre del 11-M, eso que un implacable análisis de *El Mundo* definió como «los tres días de *agit-prop* de la SER». Hoy sabemos con toda seguridad que lo que nos contaron sobre los presuntos autores del 11-M era mentira. No sabemos qué fue exactamente lo que pasó, pero sí que la manipulación del «factor islámico» por el PSOE y Polanco, o viceversa, convirtió el mazazo psicológico sufrido por la izquierda en un auténtico golpe mediático infligido a la derecha. Pese a los intentos de amordazamiento de los pocos medios sin pelos en la lengua, a las mentiras en cascada y a la desvergonzada manipulación del sumario del 11-M por el Gobierno Zapatero, no hay muchas dudas sobre el carácter secundario de una «trama islamista» compuesta esencialmente por confidentes o por pequeños delincuentes «moritos» controlados prácticamente en su totalidad por la Policía, la Guardia Civil o el CNI. Y si los pseudoislamistas fueron la coreografía, el guión y ejecución sólo pudo corresponder a las dos fuerzas con capacidad para acometer esa masacre: la ETA o los servicios secretos españoles. O una combinación de ambos.

Pero eso es lo que hoy sabemos, tras descubrir que todo lo que nos dijeron en los tres días más siniestros de la historia de España era falso, de cabo a rabo, de principio a fin, sin otro objetivo que conseguir una derrota electoral del PP que, según todas las encuestas, era imposible sólo tres días antes y acabó siendo estremecedoramente cierta apenas tres días después. Hoy deducimos, por el encadenamiento lógico de los hechos, que hubo en esos días quien supo guiar a la opinión pública, convirtiendo el miedo ingobernable de las masas en un argumento moral, político y electoral cuidadosamente gobernado, tanto que once millones de personas acabaron respaldando los supuestos argumentos de los presuntos asesinos contra el Gobierno legítimo de la nación, llegando al extremo de justificar a los verdugos por la sangre

derramada de las víctimas.

Claro está que eso no pudo hacerse de un día para otro, con o sin la masacre del 11-M, esa manipulación de la opinión pública hubiera sido imposible sin la siembra de odio de los dos años anteriores, sin las campañas del *Prestige* y la guerra de Irak, y sin la difamación implacable contra Aznar. Tampoco, claro está, sin la archidemostrada y suicida incapacidad de respuesta de la derecha a todos los atropellos de la izquierda. Pero, en el turbión de los acontecimientos, esas reflexiones racionales se mezclaban con toda clase de sentimientos, buenos y malos, nobles e innobles, que iban de lo general a lo particular y de lo personal a lo profesional, sin deslindar, porque era imposible, unos campos de otros. En la COPE, el viernes fue un día de luto y también de inquietud, porque ya la noche anterior, la del jueves, a eso de las diez, la SER había denunciado la existencia de terroristas suicidas, obviamente islámicos, entre los cadáveres encontrados en los trenes. Esa condición «suicida» islamista se acreditaba, según la radio de Polanco, por varias capas de calzoncillos que formarían parte del ritual de asesinato de infieles.

Para los medios de la derecha estaba claro que el PSOE se atrincheraba en la posibilidad de un atentado islamista para eludir las consecuencias electorales de la masacre etarra y para invertir el proceso de responsabilidades políticas, echándole a Aznar la culpa de la masacre por su respaldo político a Bush y Blair en la guerra de Irak. Para los izquierdistas, tras el susto terrible de una masacre etarra que los hubiera hundido electoralmente, se trataba de actuar a toda prisa, para darle la vuelta a la situación. Entonces, todo el mecanismo de propaganda y odio engrasado en los dos años anteriores se puso en marcha. En la gigantesca manifestación de La tarde-noche del viernes ya se insultaba a Aznar y al Gobierno, culpándoles de los asesinatos que, según la propia izquierda, habría perpetrado el terrorismo islamista combatido por Aznar. Eso, que, de ser cierto, suponía un argumento casi definitivo para apoyar al Gobierno del PP, se convertía a través de la lógica antioccidental de la progresía en una explicación del terrorismo que suponía su justificación y terminaba siendo una imputación contra los que lo combatían. De esa forma, la izquierda conjuraba materialmente el difuso terror de las masas identificándose con el bando de los verdugos, que aparentemente es la manera segura de evitar formar parte del bando de las víctimas. Y esa cobardía material se justificaba moralmente al proclamar culpables, en última instancia, del terrorismo islamista a los gobiernos occidentales que lo combatían.

Esa cobardía tan vilmente real ante el terrorismo y tan miserablemente justificada en lo moral por la ideología progre empezó a imponerse la noche del viernes y se mezcló con los acontecimientos del sábado, jornada de reflexión y probablemente de inflexión en la tendencia de los votantes. A primeras horas de la tarde, amén de vagas reivindicaciones y un vídeo reivindicativo hallado en una papelería cercana a la

mezquita de la M-30, se produjeron las detenciones de supuestos islamistas a partir de una mochila supuestamente sin explotar que, supuestamente investigada por la policía, la había conducido a un locutorio de marroquíes en Lavapiés, que sería algo así como el belén del islamismo terrorista. Identificados aparentemente los islamistas asesinos, el PSOE y PRISA se centraron en rematar la operación de propaganda imputando al Gobierno la voluntad de mentir sobre la autoría de la masacre, cuando, en realidad, el ministro del Interior, Ángel Acebes, se pasaba las horas dando ruedas de prensa por televisión. Y lo hicieron convocando a los izquierdistas más aguerridos a cercar las sedes del PP ya al caer la noche. CNN+ y la SER lo hicieron durante horas, hasta llenar la calle Genova. Pero no fueron ellos solos. Antes de cenar recibí una llamada en casa, alarmadísima.

—Oye, Federico, que la COPE está llamando también a manifestarse ante la sede del PP, que no dejan de hacer conexiones en directo, lo mismo que la SER, para que se congreguen los jóvenes más radicales y cercar Génova con Rajoy dentro. O asaltarla.

—¿En qué programa están haciendo eso? ¿En alguno de la Cadena 100?

—No, no, en la COPE-COPE, en los deportes. En *Tiempo de Juego*.

—O sea, que no es Abellán. Es Edu García.

—Ese, me parece. Oye, pero que esto es ya golpismo descarado. Me dicen que va a salir Rajoy en la tele denunciándolo.

—Ahora mismo la pongo.

Efectivamente, Rajoy salió denunciando el acoso a sus sedes, que se estaba produciendo en toda España. Pero Rubalcaba salió dos veces, no una, acusando al Gobierno de mentir sobre el 11-M para ocultar sus responsabilidades. Ahí fue cuando pronunció su famosa frase: «España no se merece un Gobierno que miente». Y en parte todavía era cierto. Hasta el día siguiente, España sólo tuvo instalada en la Mentira a la Oposición. El 14-M, a las nueve de la noche, la Mentira había conquistado el Gobierno.

La noche triste de la derecha en la COPE y los diez millones de huérfanos del 14-M

Al día siguiente, después de votar, me fui a la radio a preparar el programa de las elecciones generales, que por primera vez me tocaba dirigir y presentar a mí. La verdad es que no tenía claro cuál podría ser el resultado, y, aunque por los pelos, creía que podría ganar Rajoy, aunque la formación de Gobierno pudiera ser más dificultosa. Sin embargo, desde que a las ocho cerraron los colegios electorales y las

televisiones dieron sus primeras «israelitas», o sea, encuestas al salir de votar, se perfiló una posible victoria del PSOE. Luis Herrero iba entrando y saliendo del estudio, pasándome los datos que le daban desde Moncloa. Hasta las nueve hubo dudas, aunque en la sede del PSOE empezaban a cantar victoria. Sólo el patinazo sufrido en las elecciones municipales les impuso algo de discreción. Pero de pronto las cosas se precipitaron. El PP empezó a dar por perdidas las elecciones y se anunció que Rajoy iba a salir en televisión reconociendo la victoria de Zapatero. Que es lo que hizo casi de inmediato. La elegancia, discreción y repidez con que reconoció su derrota y felicitó al PSOE, incluso después de la campaña electoral y la jornada de reflexión más sucias, tramposas y golpistas de la democracia, no sirvieron de nada. No había bálsamo capaz de suavizar el cainismo izquierdista. Y, como siempre, las buenas maneras del PP sólo reafirmaron a la izquierda en la absoluta legitimidad de su política de linchamiento de la derecha política.

Pero la derecha sociológica vivió de otra manera la noche del 14-M. Cuando Rajoy reconoció la derrota del PP hubo un aluvión de llamadas que me iban pasando Marga, Mercedes y Susana, las veteranas del equipo, y cuyo resumen era muy sencillo: «Nos han robado las elecciones». Evidentemente, si el robo era cierto, el futuro Gobierno socialista era ilegal y, en todo caso, ilegítimo. Y ése fue el gran debate en la COPE hasta la medianoche: la legitimidad del PSOE para ejercer el Gobierno. Algunos contertulios se alinearon con la opinión mayoritaria de los oyentes: Zapatero no estaba legitimado para gobernar porque, especialmente durante la jornada de reflexión, había roto todas las reglas del juego limpio propias de una democracia. Pedro Jota y Luis Herrero se atrincheraron en la posición contraria: negar la legitimidad de la victoria socialista era negar la democracia. Y el debate, que empezó razonablemente versallesco, se fue agriando y radicalizando.

Yo defendí entonces una tesis que no contentaba a nadie pero que, todavía hoy, me parece esencialmente correcta: «La victoria del PSOE es legal y, por tanto, legítima». Y lo explicaba así: «Si los españoles han podido votar hoy libremente y la oposición ha reconocido su derrota, no se puede objetar nada legalmente a los resultados; y si son legales, son legítimos». Naturalmente, yo también consideraba ilegítima e inhumana la actitud de la izquierda, pero no hasta el punto de quebrantar la legalidad electoral. Y no dejé de insistir una y otra vez, porque además de la opinión de algunos contertulios era el sentido mayoritario de las llamadas, en que «los ciudadanos y, sobre todo, los medios de comunicación, no podemos ser más papistas que el Papa, no podemos defender a Rajoy de lo que Rajoy dice que no hay que defenderle».

Para mí era absolutamente esencial, dentro del proyecto de recuperación de audiencia y viabilidad empresarial de la COPE, que nuestros oyentes sintieran que no estábamos desautorizando al PP, partido al que votaban casi todos ellos y casi todos

nosotros. Sin abdicar de nuestro espíritu crítico, estaba claro que el PP había quedado tras el 14-M en una situación malísima. Contados los votos, parecía —y en el fondo era— extraordinaria: nueve millones setecientos mil, casi los diez millones de la mayoría absoluta de Aznar y obtenidos en circunstancias particularmente difíciles. El grueso de la derecha no se había desperdigado ni marchado a casa. Pero la dinámica política interna, con unas elecciones europeas en tres meses, hacía temer lo peor para el PP, ya que después de una victoria tan sorprendente como la del PSOE, lo normal era que consolidase posiciones al alza, mientras que en el PP, después de una derrota tan imprevista y dramática, lo normal era que cundiera el desánimo en candidatos, militantes y votantes, y se hundiera electoral y políticamente todo el partido. Al día siguiente, pese al excelente resultado cuantitativo, ése era el punto central del análisis. Y a esa situación debíamos hacer frente.

El 15-M, yo tenía algunas ventajas intelectuales sobre los medios que hasta la víspera habían sido aznaristas o peperos: la primera, que cuatro años antes había advertido del «invierno mediático» al que la derecha sociológica estaba abocada por la infame política de comunicación del PP; la segunda, que todos esos medios que el PP quiso que fueran gubernamentales y sólo gubernamentales —nunca de derechas y, menos aún, liberales— se disolverían o se pasarían en bloque al PSOE para seguir siendo lo que eran y el PP quiso que siguieran siendo: escribas, portavoces y lamelibranquios del Poder; y la tercera, que estaba mentalmente preparado para asumir una soledad casi absoluta defendiendo a la derecha frente a una inmensa mayoría de medios, todos los públicos nacionales y casi todos los privados, abiertamente alineados con la izquierda.

Faltaba que la propiedad, o sea, los obispos, respaldaran a su modo (es decir, no obstaculizaran) esa línea política que, pese a ser la única que aseguraba la supervivencia de la COPE, supondría inevitablemente presiones del recién nacido y amenazador poder socialista, cuyo frente político real era el de la alianza de la izquierda y los nacionalistas (sin olvidar a la ETA) contra el PP y la media España a la que representaba; incluidos, por supuesto, los católicos. Confieso que después de catorce años en la COPE no sabría definir qué significa eso de «los católicos» referido a la dirección de la cadena, pero he aprendido que lo esencial es ver cuál es el análisis que los responsables de mediar entre la jerarquía y la base, pasando por la radio, hacen de la situación política.

El hombre clave en ese momento, porque era el segundo de don Bernardo y posible sucesor, pero sobre todo porque tenía la confianza de Rouco y el Ejecutivo de la Conferencia Episcopal, era Fernando Jiménez Barriocanal. Con él hablé a solas en mi despacho la noche triste del 14-M y, de esa charla, sólo recuerdo el concepto de los «diez millones de huérfanos» que desde esa misma noche deberíamos conquistar, haciéndoles ver que la COPE era su emisora, la única en la que no se les iba a atacar

y, en principio, se les iba a defender. Lo de los «huérfanos» del 14-M creo que fue idea de Barriocanal a eso de la medianoche, pero yo lo asumí públicamente a las seis de La mañana del 15. En parte porque me parecía exacto y en parte porque sabía que, de producirse en algún sector episcopal —nacionalista de soslayo o medroso clásico— protestas, ayes, sustitos de oficio y escandalitis meliflua, Barriocanal defendería como suya esa posición.

No hubo necesidad o, de haberla, no fue necesario informarme. Desde la llegada al Gobierno del PSOE y durante un año complicadísimo, mi alianza con Barriocanal fue muy sólida y realmente decisiva para la consolidación de la cadena. Quizá funcionó porque no se trataba de una identificación confesional, ideológica o sentimental, sino de un acuerdo de interés mutuo. Él me veía a mí como el salvavidas temporal pero imprescindible de la COPE y yo lo veía a él como un socio esencial a medio plazo para seguir desarrollando un proyecto de derecha liberal en el ámbito intelectual y mediático. Creo que de ese acuerdo de interés mutuo ambos salimos beneficiados. También que la alianza de católicos y liberales como base de resistencia y reorganización intelectual de la derecha española frente a los grandes retos políticos e ideológicos del nuevo siglo ha ido, va y espero que en el futuro siga yendo mucho más allá de un acuerdo coyuntural.

El tropezón con el Rey y la invitación a la boda del Príncipe

La defensa de los «diez millones de huérfanos» de la derecha española supuso, sólo dos días después del 14-M, el encontronazo con La Zarzuela, es decir, con el Rey, que desde que el PSOE llegó al Poder ha sido el peor y más peligroso enemigo que he tenido en la COPE. ¿Peor que Aznar? Mucho peor. ¿Peor que Zapatero? Bastante peor. ¿Peor que Maragall? Todavía peor. ¿Peor que Polanco? Allá se andan, pero sí: peor.

Expliquemos, como diría un lector de *El juguete furioso* de Roberto Arlt o un cronopio devenido catedropenene, los aspectos formales de tan severo desencuentro.

Desde que me hice cargo de *La mañana* en septiembre de 2003, provoqué sin pensar un conflicto que, en cierto modo, podríamos llamar personal con el Rey; y es que, siendo personal e íntima su amistad con Alberto Alcocer, yo tomé, en homenaje a Antonio Herrero, la costumbre satírica de recordar cuando daba la hora algún deseo político incumplido pero moralmente imprescriptible. Por ejemplo: «Son las seis cuarenta y cinco de La mañana, una hora menos en Canarias, y Bacigalupo, hasta ahora, no ha vuelto al Río de la Plata»; o bien: «Las siete y diez de La mañana, las seis y diez en Canarias, y los Albertos todavía no han entrado en la cárcel».

Condenados en firme por estafar cuatro mil quinientos millones de pesetas a sus socios en el escándalo de las Torres inclinadas de KIO, los primos habían visto providencialmente dilatada su entrada en prisión tras diversas gestiones al más alto nivel, que, según reveló Maite Cunchillos cuando aún estaba al frente de la sección de Tribunales en la COPE, incluyeron una llamada de La Zarzuela al juez de la Audiencia encargado del caso.

A mí, que la gente, sobre todo cierto tipo de gente, entre o salga de la cárcel no me produce interés de ningún tipo. Lo que sí me interesa y, en el fondo, lo que más me preocupa es que en un Estado de Derecho haya una Justicia para los ricos y otra para los pobres, una para los que tienen estrechas relaciones con el Poder y otra para los que no conocen a nadie. Que un señor vaya a la cárcel si debe cuarenta millones a Hacienda y otro señor no vaya aunque estafe cuatro mil porque es amigo del Rey, verdaderamente me subleva. Y de esa convicción en la absoluta necesidad de que todos los ciudadanos sean iguales ante la Ley no me apearán Austrias ni Borbones, monarquías ni repúblicas. No es que no sepa que el rico suele tener más posibilidades de que le hagan justicia que el pobre, porque para eso tiene más medios y puede pagarse una mejor defensa, pero eso es una cosa, y otra que, con una condena en firme en la máxima instancia, unos deban ir a la cárcel y otros eviten lo que Bacigalupo llamó «estigmatización» de Felipe González. O la justicia es —o trata de ser— igual para todos o la estigmatizada es la Justicia. Y ese estigma, ese baldón lo llevamos a costas los ciudadanos, que lo somos, digamos, por lotería: según el juez, el dinero, el perfil político o según las aldabas institucionales.

Naturalmente, me iban llegando noticias de diversas cenas de postín en las que alguno de los dos amigos me había puesto verde o había vertido amenazas inconcretas para el futuro. No hay que dar importancia a esos chismes, aunque sean verídicos, porque algunos alardean de lo que no piensan hacer y otros provocan el alarde para luego contárselo al alardeado. En todo caso, cuando llega una amenaza, expresa o sugerida, por algo que has dicho y crees que estuvo bien dicho, lo que yo aprendí de Antonio y luego de mi experiencia es que debes repetirlo, corregido y aumentado. Los dimes y diretes, las amenazas de sobremesa y los retos de rebote entran dentro del juego del Poder y de tocarle las narices al Poder, que es el poder que tenemos en los medios.

El segundo motivo de conflicto con La Zarzuela fue más serio o más político: la calurosa recepción del Rey al nuevo presidente del Parlamento catalán, Ernest Benach, un tipo sin estudios que proviene del área terrorista de Terra Lliure-Amics de la Terra, prósperamente injertada en el tronco de Esquerra Republicana de Cataluña, y que, como simple barrendero o jardinero, se convirtió en ejemplo de cómo un trabajo sin cualificar se cualifica gracias al carné de partido, que hace de hombres prohombres o instituciones bípedas. La picaresca de los iletrados convertidos en

hijosdalgo gracias a la política es tan abundante que nadie hubiera prestado atención al tal Benach si, tras tomar posesión del cargo, no hubiera afrentado públicamente a la nación española, y si, tras hacerlo, no hubiera sido recibido por el Rey y gratificado, según dijo, con un «hablando se entiende la gente», tan típicamente juancarlista que nadie pensó que el limitado Benach pudiera inventarlo. Por supuesto, a los socios de ERC, es decir, a los socialistas, les pareció estupendo, de lo más profesional. A mí me pareció horroroso, porque mostraba la obvia voluntad de dialogar sobre cualquier cosa, aun lo más sagrado, con cualquiera, aun lo más lerdo. Y cuando se concretó la gran traición a España y a la Libertad del Pacto de Perpiñán, no me privé de recordar ese «hablando se entiende la gente» como símbolo de la claudicación de la Corona ante el nacionalismo y el terrorismo, cuando La Razón de ser de esa institución es representar a España. Y esa voluntad de ponerse de perfil, en línea con la izquierda y Polanco, fue confirmada por los hechos al llegar Zapatero al Poder.

Sucedió a los tres días del 14-M, en dos escandalosos espectáculos ante la prensa nacional e internacional de muy diverso pelaje y protagonismo pero coincidentes en la voluntad denigratoria, a través de la mentira y la calumnia, contra el Gobierno de Aznar. El primer número lo montó Almodóvar ante cuatrocientos periodistas de todo el mundo que habían sido convocados para hablar de la candidatura al Oscar de una película suya. Con cara de molinera indignada, de *locandiera* a la que sólo falta ponerse enjarras para homenajear a Goldoni, el cineasta manchego aseguró que el malvado Gobierno del PP había tratado de impedir la celebración de elecciones, una especie difundida en la SER por Carlos Carnicero en vísperas del 14-M dentro del cúmulo de trolas y bolas del Imperio Polanquista contra el PP y la democracia. Pero una mentira que, pasadas las elecciones y tras el impecable comportamiento de Rajoy y del Gobierno en la noche electoral, resultaba particularmente miserable, siniestra y antidemocrática. Respondía, en rigor, a la implacable campaña desarrollada por Polanco y el PSOE en las semanas siguientes para imponer en todo El Mundo occidental la verdad oficial de que el PP había perdido el Poder por mentir a la gente. Fechoría totalitaria que cumplieron con férrea determinación ante la mirada idiotizada y muda de los líderes de la derecha.

Dos años después, Gabriel Elorriaga, el jefe de la desdichada campaña electoral de Rajoy en 2004, dijo que querellarse contra Almodóvar por semejantes imputaciones golpistas «no conducía a nada». Hombre, a algo sí conduce. Por ejemplo, al PP, ese tipo de comportamiento vil ante la propaganda injuriosa de sus enemigos lo ha conducido al paro. A mí, por no imitarlo, me produjo serios problemas, aunque, obviamente, sería peor no poder mirarme al espejo por La mañana. No hay mucho que ver, es cierto, pero peor sería ver a un pobre diablo que se calla ante la mentira y el golpismo mediático. Y, desde luego, yo no estaba por la

labor de callarme mientras esa campaña de destrucción del crédito nacional e internacional del PP y de Aznar avanzaba como una apisonadora.

El segundo episodio, separado muy pocas horas del espectáculo kominterniano de Almodóvar, fue todavía más grave y lo protagonizó la consejera de Interior del Gobierno de la Generalidad de Cataluña, apellidada Tura, que no vaciló en decir que el Rey había impedido el golpe de Estado que trataba de perpetrar el PP impidiendo el desarrollo normal de las elecciones. A mí aquello ya me pareció el colmo de los colmos, pero el requetecolmo estaba por llegar. Apenas dada la noticia, dije que esperaba en las próximas horas un tajante desmentido de la Casa Real sobre una mentira tan obvia y que tan obviamente afrentaba al honor del PP, sus militantes y sus diez millones de votantes, amén de difundir, a medias con Almodóvar, una imagen golpista y tercermundista de España. A fuer de sincero, y dados los pésimos antecedentes, yo creía que La Zarzuela produciría una nota brevísima diciendo que nada de lo dicho por Tura correspondía a la realidad. Lo correcto y decente hubiera sido decir la verdad: que el comportamiento del PP había sido exquisitamente democrático desde antes del 11-M hasta después del 14-M. Pero ya digo que los antecedentes limitaban mis expectativas morales con respecto al Rey y su selecto entorno.

Lo que no esperaba es lo que realmente se produjo: un silencio complaciente con las mentiras del PSOE y de Polanco. Y dado que al día siguiente no se había publicado nota alguna desbaratando la mentira-Tura del supuesto golpe heroicamente impedido por Su Majestad, tomé la vía de Antonio de la insistencia ético-horaria: «Son las siete y diez de La mañana, una hora menos en Canarias, y La Zarzuela aún no ha desmentido que el Rey impidiera un golpe de Estado del PP antes, durante o después del 14-M».

Pero nada. Pasaban los días y nada. Pasó una semana, yo seguí repitiendo varias veces cada mañana mi recordatorio y nada. Mis tertulianos censuraron duramente el silencio de La Zarzuela y nada. Pronto quedó claro que la afrenta al PP (que, por cierto, se mantenía callado como una sabandija afónica, como si mi denuncia fuera un asunto personal con el Rey y no algo que les concernía directamente a ellos) era un claro gesto de pleitesía ante la izquierda que doblaba su valor por el desprecio a la crítica de la COPE. Para entonces habían comenzado las presiones indirectas sobre los obispos para que yo «dejara en paz al Rey», como si no desmentir —y por tanto aceptar— un supuesto golpe de Estado a cargo del Gobierno español fuera una tontería cuya aclaración no entra en el sueldo del Rey. Yo me planté. Seguí remachando varias veces cada mañana que La Zarzuela no desmentía el supuesto golpe de Estado evitado por el Rey. Y eso fue lo que hizo realmente peligrosa mi situación, sin duda la más peligrosa en los tres años al frente de *La mañana*.

Mi situación era cada vez más fuerte ante la audiencia pero cada vez más débil

ante la casa, porque, aparentemente, yo me empeñaba en defender el honor del PP en un asunto que a ninguno de sus dirigentes parecía importarles, lo cual llevaba el conflicto a lo personal. En realidad yo defendía el honor de la democracia española, al margen del color del Gobierno, y el de la verdad histórica, que no depende de quién ocupe el Poder y que es deber de todos los medios de comunicación decentes averiguar y defender. Pero el mísero silencio pepero y el adusto silencio zarzuelero me iban dejando en una posición cada vez más difícil. Todo dependía de mi capacidad de aguante, es decir, de esa mezcla de cabezonería y certeza moral de estar haciendo no lo que a uno le conviene sino lo que debe hacer. Pero si el Rey presionaba a Rouco, si Rouco entendía que el Rey tenía razón y me presionaba a mí, y si yo no le hacía caso a Rouco, el conflicto ya no lo tenía la COPE con La Zarzuela sino yo con el cardenal, que, además, había sido mi gran valedor en los momentos más delicados.

Así las cosas, lo lógico era que al final perdiera yo, pero decidí jugármela. La COPE estaba saliendo de una crisis terminal gracias a *La mañana* y el secreto a voces de su éxito eran, precisamente, las voces. Yo no podía dejar de darlas sobre un asunto tan claro y en el que tenía razón, sin perder la cara y la credibilidad. Allá los responsables, clérigos o seculares, reyes o cardenales, si decidían quitarme de en medio. Me costó horrores tomar esa decisión que todos me desaconsejaban. Hasta recibí un recado a través del siempre heroico PP diciendo que La Zarzuela no desmentía por absurda la acusación de Tura. Vaya par de gemelas. Pero como yo sabía que no estaba echándole un pulso a Rouco sino haciendo lo que más convenía a la ética y a la COPE, me mantuve erre que erre, y al final de la segunda semana, un viernes a mediodía, La Zarzuela produjo, expelió o excretó un papelito firmado por el responsable de medios de comunicación, llamado Cebrián-González o González-Cebrián (el orden de los factores no altera el producto). En él decía que no habían desmentido nada porque no hacía falta, porque era una cosa absurda; en fin, que le quitaban hierro pero, al final, lo desmentían.

Yo exhalé o expelí un suspiro de alivio. Al final, tras dos semanas criminales, había conseguido que dieran su brazo a torcer en esos lugares donde las reinas presumen de no tener piernas y los reyes de no tener brazos, aunque nunca les falten manos amigas para hacer el bien o, más a menudo, el mal. Por supuesto, la nota era totalmente insatisfactoria y así lo dije el lunes siguiente. Lo mínimo era que la hubiese firmado el jefe de la Casa del Rey y no un empleado suyo, pero, en fin, nunca había querido hacer de ese asunto una cuestión personal y si al PP le parecía bien la excusa, a mí, como votante y, de alguna forma, representante moral de los diez millones de votantes del PP, me bastaba. Insatisfactoria la notita, pero suficiente para pasar a otra cosa, mariposa.

Naturalmente, como los Borbones, según dicho secular, ni aprenden ni olvidan,

seguí recibiendo el hálito rencoroso de la institución a través de discreteos diversos, que pronto debieron someterse a la tiranía del presente, nada menos que la boda del Príncipe de Asturias con Letizia Ortiz. Tan importante asunto produjo mi única entrevista larga con Alberto Aza, jefe de la Casa del Rey, pedida por él para suavizar tensiones, normalizar relaciones, etcétera. Para ello utilizó como mediador a José Luis Graullera, diplomático levantino que tenía excelente relación con Alberto Recarte. Y es que los tres —Aza, Recarte y Graullera— habían coincidido como «fontaneros» en La Moncloa con Suárez. Eso une mucho.

Pero no tanto. Recarte estaba preocupado por mi pésima relación con La Zarzuela o, para ser precisos, con el daño que la inquina del monarca podía producirme en lo personal y en lo profesional, tanto en la COPE como en *Libertad Digital*. Y creía, el muy ingenuo, que una entrevista con Alberto Aza, en presencia de dos viejos amigos, podía mejorar las cosas. Así que quedamos a comer los cuatro en el hotel Wellington. La comida duró de dos a cinco y pico de La tarde y como supongo que la tendrá grabada el CNI, le encomiendo corregir cualquier error, raro pero no imposible, en mi memoria.

El primer asunto sobre el que tratamos fue el de los errores y malos entendidos que podían haber enturbiado unas relaciones que podían y debían ser cordialísimas.

—Pues verás, Alberto, te diré lo que estos meses atrás me ha preocupado. Hay quien cree que habéis estado utilizando al Vicario General Castrense para quejaros ante Rouco por la libertad de criterio que yo he manifestado respecto a asuntos que interesan mucho al Rey. Y eso me preocupa porque, verás, Rouco no es un obispo cualquiera, ni un arzobispo o un cardenal como los demás; Rouco juega en otra división, es el Zidane de los obispos; es, en mi profana opinión, casi un santo. Tan casi santo es Rouco que no se le debe distraer de sus tareas superiores con asuntos de este bajo suelo. Ni por lo castrense, ni por lo político, ni por lo diplomático, ni por lo institucional. El tiene que estar dedicado por completo a sus altísimas obligaciones. Y si se diera el caso de que te preocupase mucho algo que yo diga o que se diga en *La mañana*, lo que tienes que hacer es llamarme a mí. No a Rouco; nunca a Rouco; ni siquiera a don Bernardo. Sólo y exclusivamente a mí. Porque, claro, si tú me tocas los obispos, yo tendré que tocarte otras cosas y eso sería muy desagradable. Hablo siempre en condicional, claro está.

—Mensaje recibido, Federico. No tienes que decir más. Ahora escúchame a mí.

—Adelante, Alberto. Soy todo oídos.

—Yo sé que a ti lo que más te interesa es España.

—La libertad y España, por este orden. Que no son cosas excluyentes.

—Desde luego que no. Pues bien, yo estoy de acuerdo contigo en que, como dices muchas veces, la única razón de ser de la monarquía es la existencia de España; y no de cualquier España sino precisamente de esta España en libertad que garantiza

la monarquía parlamentaria y constitucional. Naturalmente, en el día a día de la institución puede haber y hay aciertos y errores, momentos buenos y malos, interpretaciones equivocadas y auténticas tergiversaciones de lo que el Rey ha dicho o ha hecho. Y como nosotros no podemos ni desmentir ni criticar lo que alguien dice que ha dicho el Rey, tenemos que ver cómo hay uno que se inventa una cosa o interpreta una cosa según le conviene, y cómo otro critica esa cosa o critica al Rey — no a mí, que estoy para eso, sino al Rey— sin saber realmente qué ha pasado. Y nosotros tenemos que asistir a esa pelea política o de opinión a cuenta del Rey sin decir nada, porque no podemos ni debemos hacerlo. Y cuando algún extremista o alguien que no cree en España ni en la libertad critica al Rey, pues no pasa nada. Pero cuando son periodistas con credibilidad y medios de comunicación con verdadera influencia en los ciudadanos los que de una u otra forma critican al Rey, eso sí nos hace daño. O por lo menos, nos duele. Así que, lo mismo que tú me has ofrecido la posibilidad de que, ante cualquier asunto tratado en *La mañana* que me parezca grave, te llame directamente, yo te pido que, en esos casos y antes de criticar una actuación del Rey, me llames a mí y yo te cuento todo lo que te pueda contar sobre el asunto, que seguro que será más de lo que salga en ningún sitio. Me parece que eso es juego limpio y redundará en beneficio de España, que, te repito, yo también creo que es la única razón de ser de la monarquía.

—Mensaje recibido, Alberto. Y mientras llega el momento de probar nuestros nuevos cauces de comunicación, que seguro que funcionan, ¿hay algo más que te preocupe o preocupe a Su Majestad y en lo que yo, modestamente, te pueda ayudar?

Lo había: Letizia. La misma noche en que se anunció el compromiso del Príncipe de Asturias, Alberto Aza me había llamado a casa —el teléfono se lo había dado Recarte— para ver cómo yo podía mitigar en la COPE que la condición de divorciada de la futura princesa le enajenase el apoyo de mucha gente que siempre había apoyado a la institución pero que ahora, por un problema de conciencia católica, podía ponerse en contra. La cosa, en principio, no fue muy grave, pero fue poniéndose peor a medida que el carácter expansivo de la periodista, la ideología progre que lógicamente se presumía en quien había trabajado para Polanco en CNN+ antes de dar el salto a TVE, y, sobre todo, el afán de mucho cortesano de lance y de mucho retroprogre del pirulí, trataron de convertir lo que, en principio, era una tara soslayable en una insoslayable prueba de la modernidad y democratización de la monarquía. Vamos, que ser divorciada era lo mejor que podía ser una futura Princesa de Asturias, casi lo único. Y ahí fue donde todas las tribus antiletiziescas se agruparon y empezaron a llover mensajes en la radio, cartas en los periódicos y, como suele suceder, comenzaron a menudear las referencias críticas en las tertulias radiofónicas, auténtico sistema nervioso de la opinión pública nacional.

Naturalmente, la COPE era el medio más sensible para verter muchas de esas

inquietudes. Y aunque en *La mañana* no se ponían los mensajes más hirientes, por divertidos que fueran, sobre Letizia, tampoco podía ocultar la inquietud de la audiencia, que era, por otra parte, bastante moderada. Yo le expliqué a Aza que si los portavoces oficiosos no se pasaban mucho elogiando el divorcio, y dado que Rouco iba a officiar la ceremonia, sólo nos quedaba rezar, si rezábamos, porque no lloviera el día de la boda.

Iñaki, Carlos, Luis y yo, juntos y de chaqué en la Almudena

Llovió. Yo estaba dentro de la Almudena, con mi mujer, rodeado por Carlos Herrera, Iñaki Gabilondo, Luis del Olmo y sus legítimas. Ellas, elegantísimas. Nosotros, de chaqué. Todos educadísimos, amabilísimos, simpatiquísimos. Yo hablaba con Iñaki sobre la salud en general y los madrugones en particular, mientras Lola le alababa a María el modelo de Sybilla. Carlos y Luis del Olmo, que se llevan peor, comentaban la cobertura de frecuencia modulada en Soria y los planes de fusiones, concentraciones y nuevos grupos multimedia como si pertenecieran a la misma empresa, mientras sus señoras celebraban sus respectivos sombreros. Yo me colocaba a la sombra frondosa del de Mariló y parecía Gulliver en El País de las Gigantas, una fantasía hecha realidad. Al rato, todos cambiábamos de sitio y de interlocutor, pero sin perder la sonrisa. Tanto *british style* derrochábamos que aquello parecía la boda de los Príncipes de Gales, no la de los Príncipes de Asturias y pasada por agua. Porque llovía. Cada vez llovía más. Desde el brazo lateral izquierdo, donde nos habían colocado, no se veía la puerta de la catedral, pero a Carlos Herrera le iban llegando datos del exterior: la llovizna iba a más; empezaba a llover en serio; arreciaba la lluvia; llovía a manta de Dios; llovía a mares; aquello era el diluvio universal; el Cielo se había proclamado republicano; acabáramos.

Dos horas esperamos dentro de la iglesia la entrada de los novios o, para ser precisos, de la novia, que al final tuvo que llegar en coche hasta la misma puerta de la catedral. La interminable alfombra roja era una sopa bermellón; y la plaza de la Armería, un sentido homenaje a Venecia. La retransmisión de la ceremonia por TVE fue un completo desastre, y entre el acartonamiento institucional y la incompetencia cultural y profesional, los ciudadanos se perdieron los planos más llamativos y entretenidos del suceso. No hubiera sido el menos significativo poder contemplar a las cuatro voces más escuchadas de la radio española, tantas veces enzarzadas en polémicas políticas feroces, conversando amigablemente juntos, a la sombra de las instituciones en flor. ¡De azahar!

Después de tantas tensiones con La Zarzuela, la verdad es que yo no esperaba que

me invitasen a la boda. Bien es verdad que eso hubiera supuesto un desaire institucional a los oyentes de la COPE, pero ¡nos hacían ya tantos! Sin embargo, la tentación de no ir —que existía— quedó inmediatamente cancelada. María Armada me indicó el mejor sitio de Madrid para alquilar chaqués, Gerardo, que además resultó ser de un oyente fiel de *La mañana*, y quedé fascinado por la rauda eficacia con que me atavió y enjaezó. En el autobús vi a una mujer bellísima que me sonaba de algo. Una vez dentro de la iglesia se me presentó y me sonó del todo: Margarita Alcocer, esposa del Alberto más amigo del Rey. Reconozco que pocas veces me he sentido tan contrariado por mis tareas —otros dirán faenas— profesionales y confieso que, tras breve y emotiva charla con aquel ángel de Ascot, ya no me salía decir lo de «son las siete y cuarto; y los Albertos no han entrado en la cárcel». Uno está diseñado para resistir, entre soriano y numantino, a las más fieras hordas del Imperio, pero no para afrontar impávido una clamorosa revelación estética.

A pocos metros de nuestros bancos, se mustiaban revelaciones melancólicas: Noor de Jordania, viuda de Hussein; Nelson Mandela, viudo de sí mismo; Farah Diba, viuda del Sha de Persia, y la reina viuda de Bélgica, Fabiola de Mora y Aragón. Viendo de medio perfil aquella figurita encorvada, entre malva y violeta, imagen de la soledad, me veía a mí mismo de niño, sentado con mis pantalones de pana en el suelo de madera del casino de la plaza, cuando llegó la televisión a mi pueblo, precisamente para que todos pudiéramos ver la boda de Fabiola. Yo la recordaba como una novia levemente nebulosa, en blanco y negro, con una marcha nupcial muy rara sonando al fondo —belga, creíamos— que resultó ser la señal de la conexión de TVE con Eurovisión. Los años habían pasado; yo era ya el mayor de mi familia y no podía, ay, comentar con mi madre cómo había visto a Fabiola. Pero ahí estaba aún, cautiva de un sueño antiguo y prestado, inclinada ante el adiós postrero, que sólo para ella sería real; para los demás, de archivo.

En la boda y el banquete posterior, con un buen discurso del Príncipe, más de afirmación propia —Letizia y yo— que de negación filial, aunque podía interpretarse así, me llamaron la atención dos cosas: la incombustible fuerza simbólica de la monarquía y lo pavorosamente desaprovechado de esa fuerza. Tan horrible fue la organización de los actos que el discurso del Príncipe en el salón habilitado para el almuerzo no tenía la cobertura técnica deseable para ser grabado con calidad de imagen y sonido (cientos de millones de personas de los cinco continentes acababan de ver, mediante las fórmulas tecnológicas más novedosas, la boda por televisión) y hubo de recurrirse al grotesco expediente de un micrófono con un largo cable que atravesaba la sala, como homenaje a Thomas Alva Edison, padre fundador, y a Pepe Gotera y Otilio, chapuzas a domicilio. El discurso fue además denso, reflexivo y centrado en la raíz nacional de la legitimidad de la monarquía, que sólo puede basarse en la historia pasada y presente, en la renovada continuidad de España como empresa

de libertad y civilización.

Me gustó el discurso del Príncipe, que brilló todavía más por lo anodino del de su padre y lo inoportuno del de su suegro, y me espantó la organización, casi incapaz de grabarlo para el futuro. Pero, diluida en la chismografía sobre la resaca del marido de Carolina de Monaco, Ernesto de Hannover o Hangover, la boda en su conjunto acreditó una formidable capacidad de imantación institucional sobre los distintos y aún opuestos reductos, fragmentos, tendencias y proyectos que componen la sociedad española. Sólo la monarquía era capaz de conseguir un encuentro tan cordial como el de los cuatro directores de los cuatro programas de radio más escuchados —y enfrentados— de España. Sin embargo, nadie tomó las imágenes y las emitió, nadie hizo la foto de ese encuentro que, al margen de los protagonismos particulares, prestigiaba extraordinariamente a la institución. Esa noche, la televisión oficial sólo entrevistó —eso sí, largamente— a Iñaki Gabilondo. Lo que de emotivo, simbólico, ancestral y misterioso tiene la monarquía, imagen trascendente de una comunidad histórica, quedaba anulado precisamente en lo único que puede añadir a la vida política de una sociedad occidental en el siglo XXI: la existencia de instituciones populares, aunque no democráticas, que se sitúan por encima de los vaivenes electorales y protegen los movimientos políticos profundos de la nación, a los que debe servir protegiéndolos en su pluralidad y reforzándolos en su singularidad.

No voy a decir que la boda de los Príncipes fue una ocasión perdida, puesto que fue, y lo que es mucho nunca se pierde del todo. Pero sí que, entre los que cortan el bacalao institucional y condenan a media España al ostracismo, la echaron a perder.

Zapatero concede su primera entrevista de radio a *La mañana*

Hubo otro momento en aquellos primeros días de cambio de Gobierno —aún no de régimen— que pudiendo ser ilusionante no pasó de ilusorio. Sin duda por mediación de Pedro J. Ramírez, que me comunicó feliz la decisión, Zapatero concedió su primera entrevista en la prensa escrita a *El Mundo* y, en radio, a *La mañana* de la COPE. Tuvo lugar el 11 de mayo, justo dos meses después de la masacre que, descaradamente manipulada (aunque entonces no suponíamos hasta qué punto), lo llevó a La Moncloa.

Sobre esa entrevista se ha hablado mucho, pero más después que antes y sin prestar atención al durante, a la entrevista en sí. Evidentemente, se trataba de una operación de imagen por parte de Zapatero que buscaba calmar, si no neutralizar, a la parte de la sociedad más reticente o abiertamente contraria a su Gobierno. Se trataba también de no dejar solo a *El Mundo* como coartada derechista de un Gobierno tan

izquierdista, sino de designarlo pieza esencial pero no única de la España no socialista. Por supuesto, ZP podía haber hecho lo mismo con *ABC* y Onda Cero, pero no hubiera sido lo mismo. La opinión en todo lo que en España no es socialismo, la mitad como mínimo, la crean, la creaban ya por entonces *El Mundo* y la COPE o viceversa. Los demás medios suelen flanquearlos pasivamente o, junto a Polanco y sus satélites, activamente combatirlos. Pero la capacidad de generar opinión, que no es lo mismo que suscribirla, la tienen unos pocos medios. Y entre ellos estaba ya la COPE.

En realidad, el hecho de que a Zapatero le conviniese hacer un gesto tan ostensible de reconocimiento a *La mañana* suponía el refrendo institucional, la confirmación por la vía de los hechos del éxito de mi proyecto para la radio. Suponía también que, a base de convicción, fuerza, ferocidad, vigor y obstinación, *La mañana* se había convertido en sólo un año en la referencia obligada para media España que, le gustara o no, debía tener en cuenta la otra media. Luego se ha dicho que a Zapatero le interesaba señalar como rival y alternativa de oposición a un medio muy radical en vez de a una cadena más moderada. Sinceramente, no creo que para ZP hubiera supuesto el mismo rendimiento publicitario conceder su primera entrevista a Carlos Herrera en Onda Cero, a Luis del Olmo en Punto Radio, a Iñaki en la SER o a Julio César Iglesias en Radio Nacional. Ayer y hoy, donde los toreros que empiezan cortan orejas y logran contratos es en la plaza más difícil: Las Ventas del Espíritu Santo. En la radio, la COPE.

Para mí, aquel detalle egoísta y calculado de Zapatero viniendo a *La mañana* suponía también la ratificación institucional de un éxito comercial, la tranquilidad necesaria en las relaciones con la propiedad para afrontar la consolidación del proyecto global para la cadena, que, obviamente, iba mucho más allá de mi programa. Después de la sorda pero durísima tensión con La Zarzuela y de los presagios más terribles con respecto a La Moncloa, casi todas las tormentas parecían desvanecerse. Después de la boda del Príncipe, ese advenimiento de Zapatero a los estudios de la COPE suponía el final de un año feroz, a cara de perro, en el que habíamos sobrenadado el cataclismo de la derecha española y nos habíamos convertido en su referencia más sólida. Y no sólo como guerrilleros antisistema o marginales vocacionales, sino como lo único que desde el principio buscamos ser: una alternativa en los medios y en los fines, en las noticias y en las ideas, en la defensa de los valores que, frente a la apisonadora progre, definían y definen a una buena parte de España, seguramente su parte mejor.

Cuando a las nueve de *La mañana* del 11 de mayo vi la sonrisa de don Bernardo, más infantil que abacial, tras la agalgada estampa de Zapatero entrando en el estudio, supe que habíamos vencido la primera gran dificultad para la recreación de la COPE. Si no decisiva, la que hacía posible enfrentarse a todas las dificultades esenciales.

Leída dos años después, la entrevista me parece un buen arqueo de los grandes problemas políticos nacionales tal y como se veían en ese momento. También — quizá lo que tiene más valor histórico— de los compromisos que en materia de política exterior e interior, con respecto al PP y a la ETA, a la economía, a la comunicación, a las libertades y al 11-M, asumió el presidente del Gobierno de forma pública y solemne, precisamente en el medio de comunicación más identificado con la oposición. Pero, a los efectos de este libro, y para ver cómo se han desarrollado las relaciones de la COPE con el Gobierno del PSOE, creo que basta asomarse a la entrevista en su conjunto, comprobar su clima de clara pero civilizada y bienhumorada discrepancia, para ver lo cerca que estábamos o parecíamos estar de establecer una relación bastante cordial con el Gobierno Zapatero. Como la entrevista es larga y si se fragmenta no resulta fácil percibir ese clima de castizo «buen rollito», he preferido incluirla como apéndice a este capítulo pero al final del libro. Así, los que quieran zambullirse ahora en ella, pueden hacerlo. Y los que no, pueden continuar el relato de nuestras andanzas, que seguía a un ritmo frenético.

La temporada 2003-2004, tras la entrevista a Zapatero, concluyó el 13 de junio, con las elecciones al Parlamento europeo. Pintaban fatal para el PP, porque aún estaban demasiado cerca el 11-M y el 14-M. Y significaban también un examen ideológico para el PP y Mayor Oreja, número 1 de las listas, y lo que él representa en la derecha española, dentro y fuera del PP: una línea clara de defensa de España frente al nacionalismo y al terrorismo, justo lo contrario de lo que parecía triunfar con ZP. Para la COPE y para mí, el 13-J tenía también un significado irremediabilmente melancólico, porque suponía la despedida del micrófono de Luis Herrero y su entrada en la política.

De aquellas elecciones guardo el recuerdo preciso de lo que me iba contando casi al día el politicantano Luis, condenado a la misma experiencia que todo el PP: un arranque muy malo de la campaña, un repunte notable a mitad y un final extraordinario. Pero lo que más le llamaba la atención a Luis no era lo que se refería al partido sino a la COPE, que no sólo era el obligado referente emotivo y personal para los que en alguno de sus mítines —siempre entre los más concurridos— se le acercaban, sino la referencia general para las bases sociológicas del partido, tanto militantes como votantes.

—Fede, de verdad, no te puedes imaginar en lo que se ha convertido la COPE.

—Hombre, sí. Hemos tenido épocas buenas y malas, de ruina y de apoteosis.

—No, no. Yo las he vivido también y te digo que esto es otra cosa, mucho más fuerte, mucho más allá de lo que conocíamos: la popularidad, las firmas, las fotos... Esto es un fenómeno de identificación casi desesperada para mucha, pero muchísima gente.

—¿Y a ti te lo perdonan tus neocolegas los políticos?

—Pues no creas, a algunos les cuesta. Pero al final se está imponiendo la realidad y me bailan el agua para ver si se les pega algo. O sea, a ver si les entrevistas algún día.

—Dispon como gustes de esta tu cadena y de este tu esclavo electoral, ¡oh, Kalíkatres sapientísimo!

—Veo que no se te olvidan los Clásicos de Pacotilla.

—Nunca, Luis. ¿Y qué predicen los magos de las encuestas para el domingo?

—Que mejoramos mucho y nos podemos acercar al PSOE. Mucho más de lo que pensábamos.

—A ver si es verdad.

Estuvieron a punto de ganar. Al final, sólo por un escaño no dieron la sorpresa. Pero se habían conseguido varios propósitos esenciales: evitar la desbandada del voto de derecha, mantener un bloque sociológico-electoral permanentemente movilizado; aferrarse a los principios liberales y nacionales como identificación del PP, y, en fin, cambiar la dependencia de los medios audiovisuales públicos del aznarismo por una relación mucho más intensa con los pocos medios afines. Por supuesto y sobre todos, la COPE. Pero también, cada vez más significativamente, entre los jóvenes y los más politizados, *Libertad Digital*. Los «diez millones de huérfanos» del 14-M eran nuestros, pero, en cierto modo, nosotros también éramos suyos; y nos correspondía elevar la apuesta. Había que crear algo más que un símbolo y que un programa. Era el momento de convertir a la COPE en lo que no había sido nunca: una auténtica cadena de radio. Esa era mi apuesta para la temporada siguiente, pero en la radio española y en la liga de fútbol, lo que se quiera oír o ver en septiembre hay que ficharlo en verano. Y en aquel mes de julio cabía la posibilidad —lejana pero no del todo inverosímil— de cosechar el extraño fruto que yo había plantado en la gleba directiva de la COPE casi un año antes, por si salía. Y en medio de no pocas intrigas, para sorpresa de casi todo El Mundo, salió. El más sorprendido fue el más directamente concernido: el propio César Vidal.

Capítulo XV

LA FORJA DE UNA CADENA DE RADIO Y OTRAS MUCHAS COSAS

Las temporadas 2004-2005 y 2005-2006 tienen dos rasgos comunes: en el interior, el empeño de convertir la COPE en una auténtica cadena de radio, y en el exterior, el empeño del Gobierno y sus aliados en impedirlo. En el otoño de 2004 se desarrolló, por primera vez en los treinta años de historia de la casa, un proyecto serio para conseguir una programación capaz de garantizar a cualquier oyente y a cualquier hora del día o de la noche una información solvente y una opinión coherente según los valores, ideas y principios que definen a la cadena. O mejor: a la audiencia de la cadena.

En el otoño de 2005, esa tarea ciclópea había concluido con sorprendente éxito. Pero, a la vez, la consolidación de la COPE como una auténtica alternativa cualitativa a la SER (la gran diferencia de postes y cobertura entre el imperio radiofónico de Polanco y las demás empresas hace imposible una alternativa cuantitativa), así como el rápido afianzamiento de una línea de opinión contundente y sin complejos, que, como suele decirse, «marcaba la agenda política nacional», alarmó al Gobierno socialista y a sus aliados nacionalistas, que, siempre con Polanco al frente, intentaron desprestigiar a la COPE y a *La mañana* mediante las más agresivas, disparatadas y feroces campañas.

A mitad de la temporada 2004-2005, se produjo por sorpresa un auténtico terremoto en la Conferencia Episcopal: la sustitución del cardenal Rouco por el obispo de Bilbao Ricardo Blázquez en la Presidencia y, por tanto, en la del Comité Ejecutivo, que es la máxima instancia de poder en la COPE. El cambio, que el Gobierno interpretó como muy favorable a sus intereses, supuso una radicalización en ese ataque pertinaz pero desorganizado a la cadena, que fue sustituido por una creciente presión política e institucional a todos los niveles, pidiendo el despido del director de *La mañana* y el cambio de la línea informativa de la COPE, so pena de arruinar a la empresa y romper cualquier posibilidad de diálogo Iglesia-Estado.

En el primer año de Zapatero en el Gobierno se trató, en fin, de impedir el despegue de la COPE. En el segundo, tras una implacable y masiva campaña de denigración, sin precedentes en España, se chantajeó a la propiedad instándola a que cambiase a su comunicador principal y modificase la línea política de la cadena si no quería ver cómo la cerraban. Como, de forma activa o pasiva, la COPE resistió, socialistas y nacionalistas —con el respaldo de *El País* y todos los medios de izquierda, amén de algunos de derecha, singularmente el *ABC*— pusieron en marcha la «solución final». Trataron de cerrar sus emisoras en Cataluña, crearon allí un

tribunal político-administrativo, el CAC, con capacidad para decidir el cierre de una cadena en función de que considerasen «verdaderas» o «falsas» las informaciones, al margen de los tribunales de Justicia y de cualquier garantía constitucional.

La polémica alcanzó enorme virulencia y llegó al Parlamento Europeo, en el que una iniciativa popular contra las arbitrariedades que sufría la COPE, presentada por el eurodiputado Luis Herrero, se convirtió en la más respaldada de la historia de la institución, con setecientas mil firmas recogidas en las emisoras de la cadena y, a través de Internet, en toda España. El Grupo Socialista del Parlamento Europeo, con su presidente, José Borrell, a la cabeza, hizo lo posible y lo imposible para desvirtuar, desprestigiar, marginar, combatir y, en última instancia, bloquear esa iniciativa. Pero la COPE se había convertido ya en un motivo de debate político a nivel europeo, lo cual permitió a muchos entender, incluso en el Vaticano, hasta qué punto bajo el Gobierno de Zapatero la libertad en España estaba sitiada y el régimen democrático en peligro.

César Vidal, nuevo director de *La linterna*

Pero eso fue más tarde. En julio de 2004, lo que debía decidir la COPE era algo mucho más sencillo, al menos en apariencia: si cambiaba o no a José Apezarena como director de *La linterna*. Aunque el programa mantenía, según el EGM y otras mediciones, un nivel de audiencia apreciable, estaba claramente a la baja dentro de una programación en alza, y la causa era muy clara: cada vez se asociaba menos en forma y contenidos a la línea política de *La mañana*, que es la que estaba resucitando a la empresa. El caso era particularmente sangrante porque *La linterna* de Luis Herrero había triunfado por su identificación con *La mañana* de Antonio y, desde su muerte, yo la había rehecho por completo, aglutinando poco a poco a una audiencia muy valiosa por su nivel cultural y económico, es decir, por su influencia y rentabilidad comercial, que además había sido el núcleo irreductible de fidelidad a la cadena en los años malos. Paradójicamente, cuando el modelo de *La linterna* triunfaba en *La mañana*, el nuevo equipo director la había desenganchado de la cadena y convertido en un peso muerto o en un contrapeso favorable al PSOE — gracias a Marful, subdirector de Apezarena— dentro de un proyecto dirigido a los «diez millones de huérfanos» del PP.

En las grandes cadenas de radio, la única forma de plantear un problema es tener antes una solución. El resto es una pérdida de tiempo y de dinero, una forma de jugar a la lotería, que casi nunca toca. Lo difícil es identificar correctamente el problema. Y a mi juicio, el de la COPE era la falta de coherencia ideológica y de garra

periodística, porque jugaba a la vez a ser empresa y parlamento de las distintas tribus confesionales, a hacer oposición contra la izquierda y a suavizar las relaciones de la Iglesia y los gobiernos socialistas, a la defensa radical de los valores irrenunciables pero también a las componendas dentro del episcopado y de los nuevos y viejos grupos, órdenes prelaturas y carismas que estaban redefiniendo a la Iglesia. Todo en la COPE estaba diseñado para el equilibrio y el contrapeso. Lo malo era que no hubiese nada que pesar. Las virtudes y los vicios de la Transición, y especialmente los complejos de la derecha, gravitaban dramáticamente sobre los veteranos dirigentes e impedían el desarrollo de un modelo coherente para la cadena. Peritos en supervivencia, los curas habían logrado el milagro de sobrevivir en tiempos adversos, pero, llegados al límite de la quiebra, a la ruina empresarial, habían hecho de la necesidad virtud, se lo jugaron todo a una carta —la mía— y se encontraron de pronto con un éxito que les superaba, con algo más difícil de gestionar que el fracaso en una cultura de la resistencia, la espera y el providencialismo.

El dilema era claro: apostar o no por el modelo de *La mañana* como forma de definir —para bien y para mal— la cadena y su proyección social. Si se seguía la fórmula tradicional, la de los equilibrios internos en clave episcopal, que llevó a don Bernardo en la temporada 2003-2004 a compensar la dirección de un no creyente en *La mañana* con la de un numerario del Opus en *La linterna*, y con la subdirección en ésta de un militante del PSOE, el programa que tiraba de los demás estaba condenado a ser una pieza aislada o fácilmente aislable y abatible por los enemigos de dentro y de fuera. Si se optaba por una programación coherente con la explosión de audiencia e influencia de *La mañana*, había que sustituir a Apezarena en *La linterna* y, más pronto que tarde, reorganizar los informativos y ocupar parcelas abandonadas de la programación. Era una elección drástica, sin claroscuros, porque el clarooscuro en sí mismo suponía una elección. Y además había muy poco tiempo para realizarla. Había que hacerla ya.

Era el momento de comprobar si la semilla del trigo cesarvidaliano, sembrada previsoramente a comienzos de temporada, había arraigado en los bernardianos surcos. Pero como incluso el barbecho más generoso sólo abona a medias la esperanza y como el páramo más noble está geológicamente privado de la generosidad de la elocuencia, me dirigí al único zahori de la casa, Fernando Jiménez Barriocanal, que con su varita sensible testaba las humedades y posibilidades áureas en los distintos estratos del subsuelo copero, así como la remota posibilidad de vida en algunos fósiles cuya pétreo condición podía deberse a remotas glaciaciones fungibles o a milenarias sequías letales.

—Bueno, Fernando, ¿cambia entonces el cura a Apezarena o no lo cambia?

—Dice que quiere cambiarlo, que entiende que no puede ser una alternativa a lo que realmente funciona en la cadena y que se ha vuelto a equivocar con él poniéndolo

al frente de *La linterna*, pero que nadie le da una alternativa clara de sustitución.

—¿Tú la tienes?

—¿Y tú?

—Primero, tú.

—No; primero, tú.

—Bueno, yo sí la tengo. De hecho, se la di a don Bernardo antes de Navidades, cuando vi claro que, triunfase o no en *La mañana*, esa *Linterna* no podía funcionar.

—¿Y quién es el candidato? ¿O es candidata?

—Candidato. Pero tú, ¿en qué candidata estás pensando?

—No, yo no tengo candidata. Otros, puede que sí, pero yo no.

—¿Y quién es ella?

—¿No lo adivinas?

—Cristina López Schlichting.

—¡Premio para el caballero!

—Y ¿quiénes la patrocinan?

—Ah, no, ahora tienes que decirme tu candidato.

—Para qué. Si a Cristina la apoya Rouco, como supongo, para qué lo voy a quemar.

—No, no, no. Yo te he dicho una cosa a ti, tú me tienes que decir otra cosa a mí. Además, no está decidido, ni mucho menos, que sea Cristina. Al menos, que yo sepa, y creo que algo sé. Ni siquiera está claro que ella quiera hacer *La linterna*. O que pueda.

—Problemas familiares, supongo. Cuatro hijos son muchos hijos.

—Federico, tú estás aprendiendo muchas picardías vaticanas. No mareas más la perdiz y dime cuál es tu candidato.

—César Vidal.

—¿César Vidal?

—César Vidal.

—No es que me parezca mal, eh, que conste. Sólo estoy sorprendido.

—Eso mismo me dijo el cura en otoño: «No me parece mal». Y ahora no se acuerda.

—No seas malo. Sí que se acuerda, lo que pasa es que hay que recordárselo.

—Está visto que no tengo nada que hacer en la picaresca vaticana. Pero ¿tú crees que hay alguna posibilidad?

—Alguna hay. Diría que puede haber bastantes, algo así como mitad y mitad.

—¿Tú que piensas?

—Que, desde luego, a los enemigos los descolocaríamos, porque no se lo espera nadie.

—Eso, desde luego. Pero como oyente o más bien radiómano, ¿qué te parece?

—Hombre, es una apuesta. Como la tuya, pero más aún. Tiene una gran ventaja, y es que la tuya, que era la más difícil, ha salido bien.

—¿Tú la apoyarías?

—Si se plantea y no hay otra alternativa mejor, por qué no. Claro que la apoyaría.

—Y ¿cuándo podemos saber si se plantea?

—Pues deberíamos saberlo ya. ¿Tú le has dicho a él algo?

—Nada.

—Pero ¿ni una palabra?

—Nada.

—¿Ni lo sabe ni puede siquiera imaginárselo?

—En absoluto. Si sale, se lo digo. Si no sale, para qué. Como decías antes, voy aprendiendo algunas picardías, no sé si vaticanas. Desde el otoño era un secreto entre don Bernardo y yo. Como era de prever, a él se le ha olvidado; así que no lo sabe nadie.

—Es la única forma de que no se estropeen estas cosas. Pero ahora el tiempo apremia.

—Como casi siempre. Con eso de los dos mil años de sabiduría, aquí nadie hace los deberes.

—Bueno, yo voy a ver hasta qué punto se le ha olvidado eso del todo a don Bernardo. Tú podrías hablar con Cristina, sin darle muchas pistas. O las que quieras.

—Puedo hablarle de lo suyo. Y si me pregunta por otras alternativas, se lo contaré.

Nos encerramos a solas en su despacho, bajo la gran foto de Encarna, y la propia Cristina me contó que, efectivamente, la habían sondeado sobre la posibilidad de hacer *La linterna*, pero que tenía una situación familiar complicada, con dos niños aún pequeños, que se lo impedía. Sin embargo, también tenía claro que había que cambiar a Apezarena en *La linterna* y, sobre todo, más urgentemente aún, los informativos.

—Es que, Fede, tú no te puedes imaginar lo que es esto. Hablo de una noticia grave —el terrorismo, por ejemplo— a las cinco y la comento a esa hora. Pues no falla: en las noticias de las seis se plantea de un modo radicalmente opuesto. Pero no de matiz, no; exactamente lo contrario. Ni hecho aposta. Yo estoy harta de quejarme, y ni caso. ¿Y quién se va a tomar en serio una cadena que en los programas dice una cosa y en las noticias la contraria? Si seguimos así, ni credibilidad, ni audiencia, ni nada de nada.

—Ese es el gran problema. Siempre tropezamos con el sempiterno obstáculo de la tortilla: que no hay manera de hacerla sin romper los huevos. Y no sé si lo prohibirá el Ideario o qué, pero, desde luego, no está en las costumbres ni el estilo de la casa. En el 92 llegamos aquí y ya existía ese problema. Once años después, sigue igual. A

algunos les gusta avivarlo en vez de resolverlo. Por atar corto o jorobar a las estrellas, se supone.

—O por reinar sobre una casa dividida, que queda más fino.

En ese momento me llamó mi secretaria. Don Bernardo quería verme o, si era posible, hablar cuanto antes. Cómo no iba a ser posible. Posibilísimo. Dicho y hecho. Otra vez el sol de verano entrando por los cristales en columnas de luz y de polvo.

—Bueno, Federico, bueno. Tenemos que abordar el problema de *La linterna*, que ya sé que a ti te enfada mucho. Pero ahora no es cuestión de quejarse sino de ver si podemos resolverlo. ¿Cuáles son tus candidatos? ¿Quién crees que podría hacerla?

—Pues mire, don Bernardo, yo creo que aquí, dentro de la casa, sólo hay dos candidatos posibles, con el nivel de cultura y de credibilidad política que necesita *La linterna*: Cristina López Schlichting y el que yo le dije ya el año pasado: César Vidal.

—Me acuerdo, me acuerdo muy bien. O sea, que Cristina o César. ¿Por ese orden?

—Por ese orden. Supongo que a Rouco le gustaría más Cristina y a mí me parece muchísimo mejor que lo que hay. Pero si ella no quiere, el único que veo claro es César.

—¿No hay un tercero?

—Ni un cuarto, ni un quinto; al menos dentro de la casa; fuera, no sé. Hay un gran primero, pero hace sólo un mes que es eurodiputado y no creo que ya quiera dejarlo.

—¡Ah, ésa sí que sería la gran solución! ¡Eso sería extraordinario!

—Pero como dice el propio Euro Luis, lo mejor es enemigo de lo bueno.

—¿Y tú podrías sondear a César para ver si aceptaría la oferta?

—Si se la van a hacer, sí. Vamos, si hay posibilidades reales de que suceda. Si no, mejor evitar las expectativas y los chascos. Los rumores corren y todo se malinterpreta.

—Entonces, ¿tú no habías hablado con él cuando me lo recomendaste?

—Por supuesto que no. Estas cosas no se cuentan si no es para fastidiarlas.

—A lo mejor no te falta razón. Bueno, dile que hemos hablado en confianza, sólo como consulta, que esto sigue un trámite y que si cuaja, la semana que viene hablamos. Pero explícale que antes yo tengo que consultar... pues... con quien tengo que consultar.

—Lo haré, don Bernardo. Muchas gracias.

—Gracias a ti, hijo. Por la idea, que me parece buena, y también por la discreción.

Bajé a mi despacho, llamé a César y le pedí que se sentara a la mesa redonda.

—Bueno, César, tengo una noticia que darte. Mejor dicho: tengo que contarte una posible noticia que te afecta.

—¿Buena o mala?

—Buena. Es posible que te ofrezcan dirigir *La linterna* la temporada que viene. Pero piénsalo, y si, por las razones que fueran, no quieres hacerla, mejor decirlo ahora.

—Me dejas de piedra. Es lo último que podía esperar. ¿Y cuándo me lo dirían?

—En una semana. Puede que antes. El cura me ha dicho que sondee si aceptarías, así que yo creo que tenemos entre un 60 y un 70 por ciento de posibilidades.

—¿Y a ti qué te parece?

—Que podría ser el gesto ecuménico más importante desde lo de Servet. Y que puedes hacer *La linterna* muy bien. Y mira: si no sale tan bien, siempre saldrá mejor que ahora. Es una gran oportunidad: por probar, que no quede. Sólo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—No digas aún una palabra de esto a nadie. Pero ni una sola palabra. A nadie.

—Mis labios están sellados.

—Y no le des muchas vueltas. Hubiera preferido no decirte nada hasta el final, pero está ya tan avanzado el proceso que tenía forzosamente que consultártelo.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Si sale, que aún no ha salido, la que te lo agradecerá es la COPE. Seguro.

Salió. A los dos días, don Bernardo llamó a César para ofrecerle *La linterna*. Le dijo que no había habido ningún problema en el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal cuando planteó su candidatura y que todos tenían curiosidad por ver cómo se desenvolvía en un puesto tan exigente sin experiencia previa en la radio. Que no había habido reticencias era casi totalmente cierto. Hubo una, sobre la ortodoxia de los libros de teología de César, que es protestante. Pero el secretario de la Conferencia dijo que ya le gustaría a él que todos los obispos en España tuvieran el nivel y la seriedad teológica de César, cuyos diccionarios de patrística y cristianismo se editan en el Vaticano. Nadie discutió más. Pero, por supuesto, como Radio Macuto ya había nombrado directora de *La linterna* a Cristina, cuando se supo el nombre del nuevo director la sorpresa y la expectación fueron enormes. Y, desde luego, en la siguiente temporada no sólo se la iba a jugar César. Para bien y para mal, su éxito o su fracaso serían también míos.

Dieter Brandau, a *La mañana del fin de semana*; Ignacio Villa, a Informativos

Pero no sería sólo César. Al poco de su nombramiento, en el que sin duda jugó un papel favorable, Barriocanal vino a verme a mi despacho. No llegamos a sentarnos.

—Bueno, Federico. Lo de César no ha podido salir mejor, aunque falta ver cómo sale en el micrófono. Pero puesto que casi todos aceptan que se trata de hacer equipo en torno a *La mañana*, que es lo que funciona, también puede ser el momento de mejorarla. Los cambios que haya que hacer en la COPE, hay que hacerlos ahora que podemos.

—¿Y qué es lo que cambiarías en *La mañana*? Aparte del director, claro está.

—Hombre, si conservas esa salud a prueba de madrugones, no es muy importante. Pero imagínate que caes enfermo y te tiras semanas, meses, un año fuera del micrófono. *La mañana* se hunde, porque es demasiado tú. Y cuando en vacaciones te sustituyen Susana, Mercedes o Marga, pues lo hacen bien, en el estilo clásico, pero no suenan a *La mañana*. Hay que buscar un segundo de tu estilo, o del de tu programa, que suene a lo mismo y que, si te pones malo, pueda sustituirte sin que la audiencia se hunda.

—No creas que no lo he pensado. Pero no encuentro a alguien de mi mismo perfil. De mi generación y mis características hay pocos, malos y me temo que en la SER.

—¿Y por qué no pruebas con Dieter? Es como un hijo radiofónico tuyo. Y suena muy bien.

—Pues la verdad es que no se me había ocurrido. Aparte de su juventud, que no tiene por qué ser un defecto, está el problema de que sólo ha hecho colaboraciones, no ha dirigido él solo un programa. Claro que tampoco César. Ni yo, si a eso vamos. También está el hecho de que sea el redactor jefe de *Libertad Digital*, un hombre absolutamente clave en el día a día del periódico. Y algo de pavor me da también, a qué negarlo, cambiar a Susana y toda la estructura de dirección del equipo de *La mañana*.

—¿Y por qué no lo ponemos el fin de semana, antes de Rafa Sánchez? Porque la gente suele levantarse a la misma hora o parecida y quiere seguir escuchando lo mismo.

—Eso ya me convence más. Rodarlo en un programa de verdad, con dos o tres horas por delante, pero sin la exigencia del día a día. Tendría que hacerle un equipo, pero tengo a la persona ideal para eso: Rosana Laviada, que es amiga de Dieter desde la facultad. Y sabe cómo se hace un guión y un programa, porque lleva conmigo seis años.

—¿Y querrá ella? Porque yo supongo que Dieter querrá, pero no sé si a Rosana...

—Por un año o unos meses, lo hará. Por Dieter y, sobre todo, por *La mañana*. Cuando esté rodado el programa, si funciona, será el momento de tomar decisiones.

—De acuerdo. Y ahora lo más difícil: los informativos. Va a haber dos huecos importantes: la jefatura de Programas, también; pero, sobre todo, la de Informativos.

—¿Y hay candidatos decididos o bien vistos por la casa para las dos direcciones?

—Decididos, no. Hay un colaborador de muchos años que se fue con Aznar y quiere reincorporarse a la casa. Pero no hay compromiso en firme con nadie. Apezarena quiere irse cuanto antes, y Blanca no está muy bien. ¿A quién pondrías tú ahí?

—A alguien que no se dedique a tocarnos las narices a los grandes programas. Así que o es algún director de los grandes programas, que sólo podría ser Cristina sin dejar *La tarde*, o alguien de Informativos en esa línea. Para mí, el mejor sería Nacho Villa.

—Yo creo que si Cristina no ha podido hacer *La linterna*, menos podrá hacer frente a algo tan agotador como los Informativos. Nacho me gusta. Es uno de los dos candidatos que yo tenía. Déjame consultarlo.

Consultó lo de Dieter y le dijeron que adelante. Consultó lo de Nacho y no acababa de cuajar. A los pocos días, volvió a pasar por mi despacho.

—Oye, ¿tú sigues empeñado en lo de Nacho Villa? Porque van por el otro lado.

—Mira, aparte de afinidades y de que Nacho ha demostrado, a las duras, que se puede contar con él, yo creo que La Moncloa exige una temporada de desintoxicación.

—No, si yo pienso algo parecido. Pero, vamos, no lo veo tan claro como tú.

—Oye, haced lo que queráis, que de todas formas lo vais a hacer. Pero si se busca de verdad la colaboración de Informativos y Programas, el hombre es Nacho Villa.

—Bueno, trasladaré tu inquietud a las esferas superiores. O sea, que lo comentaré con don Bernardo.

—Si alguna vez estuvimos cerca de lograr algo parecido a un equipo coherente, es ahora. *Encore un effort...*

—Te contaré.

Pero, por razones tanto personales como profesionales, el cambio se dilataba sin decidirse y los rumores corrían como la pólvora: que si iba a dirigir yo los Informativos, que si Cristina, que si José Luis Restan, que si Nasarre, que si Nacho Villa. La situación se iba pudriendo, hasta que un día, al terminar el programa, me llama Barriocanal.

—Oye, te llamo para darte una buena noticia: lo de Nacho Villa ya está hecho.

—¿Pero del todo?

—Del todo. Don Bernardo ya sólo quiere decírselo en persona. Pero está contento.

—Fernando, cuanto antes se lo diga, mejor. No sea que naufrague antes de zarpar.

—Que no, hombre, que no. Si además han quedado esta tarde.

—Vale. Pues que me digan cuándo puedo decirlo. O que lo digan ellos.

Y lo dijeron. Con más velocidad de la esperada y sin resistencia alguna, sobre la marcha pero no por casualidad, siguiendo una lógica política y empresarial inapelable

aunque trabajosamente asimilada por la empresa y la cúpula episcopal, la COPE cambió de forma decisiva en la temporada 2004-2005. De ser una radio con programas muy distintos y demasiado distantes pasó a convertirse en una verdadera cadena de radio. César Vidal, que, como yo había hecho el año anterior y le recomendé vivamente, dedicó el verano a pasear mucho y a prepararse física y psicológicamente para el reto de las cuatro horas diarias al micrófono, era la gran incógnita. Y del mismo modo que yo mostré desde el principio mi voluntad de recuperar en *La mañana* el estilo combativo y popular de Antonio Herrero, César anunció que su propósito era rehacer la estructura y el sentido cultural y político que yo le había dado a *La linterna* durante cinco años.

Lo hizo, como es natural, añadiendo algunas secciones —Internet, videojuegos, dvd— y rehaciendo otras, pero su gran acierto, el que recuperó la vibración político-cultural que el programa había perdido, fue crear como pórtico del programa una suerte de parábola-discurso-sermón que, partiendo de una historia de la antigüedad grecolatina y comparándola con el caso grave o el escándalo político del día, le permitía, educada y salvajemente, criticarlo. La audiencia tradicional se identificó gozosamente con ese alarde de erudición y denuncia que resumía lo que yo he buscado siempre: que la derecha se sintiera distinta y, además, muy superior intelectualmente a la izquierda.

Para las Navidades de 2004 estaba claro que *La mañana* tenía en *La linterna* el complemento necesario para formar el núcleo esencial de la oferta ideológica, cultural y política de la cadena, esas diez horas diarias de la máxima audiencia e influencia pero donde, sobre todo, se presenta una verdadera alternativa cultural al aplastante dominio de la progresía. En la COPE no sólo se defiende un amplio abanico de ideas liberales, conservadoras, libertarias o de la izquierda no totalitaria y resistente al nacionalismo sino que se apoya a los autores de libros silenciados, a los profesores e intelectuales marginados, a los políticos perseguidos y calumniados por la izquierda. Con Antonio y con Luis Herrero (también luego con Cristina) se tenía la certidumbre de que en los grandes programas de la COPE no se discriminaría a nadie por el hecho de que la izquierda lo atacara. Pero lo importante es que incluso antes de ser atacados se sepan defendidos, antes de marginados, promovidos, y antes de ser vetados, acogidos; en función del valor de su obra, claro está, pero también del valor cívico de su ejemplo. Eso es lo que yo he tratado de desarrollar con un proyecto intelectual a más largo plazo, el que ahora representan *La Ilustración Liberal* y *Libertad Digital*, crecidas a la sombra de la COPE pero que, tras la crucial temporada 2004-2005, tienen ya vuelo propio.

En *La mañana del fin de semana* triunfó precisamente el primer periodista de esa generación hecha intelectualmente en *Libertad Digital* y popularizada en la COPE: Dieter Brandau. Contando con la ayuda valiosísima, sacrificada y quizá no siempre

comprendida de Rosana Laviada, «Píter» o «Bíter» Brandau —la audiencia lo adoptó desde el principio muy cariñosamente pero se niega a llamarle «Díter»— resultó en el micrófono justo lo que Barriocanal quería: una voz de *La mañana* que sonara a *La mañana* y tratara las cosas como hago yo en *La mañana*, pero sin ser yo; y con el impulso, la sinceridad y la vehemencia nacida de sus propias convicciones. Rosana aportaba esa voz inconfundiblemente suya, cálida, tranquila, tersa y densa, que equilibra la estridencia de la crítica con la amable gravedad de la constancia y sugiere, un tanto engañosamente, la belleza mate de la paciencia. Eran una pareja casi, casi irresistible.

Pero, aparte de *La mañana*, que por su duración, horario y facturación será siempre el programa clave de la COPE, el que realmente consiguió dar un nuevo sello a la cadena fue Ignacio Villa, jefe de Informativos desde el copernicano mes de julio de 2004. Además de crear un excelente programa largo de información y opinión al mediodía, *La palestra*, suya ha sido la tarea más ingrata y menos visible de todas: ir cambiando una a una las piezas hasta conseguir que aquel montón de posibilidades achatarradas pareciese un motor, sonase como un motor y, colocado en un coche de carreras, funcionase como un motor de carreras: el Fiat Testadestra de la COPE.

Las dos veces y media en que yo defendí su idoneidad para el cargo frente a la candidatura casi decidida de otro profesional de la casa, insistí en cinco argumentos: 1) la sintonía ideológica y buena relación personal con los directores de grandes programas; 2) su experiencia en la empresa, que le daba un conocimiento profundo del personal; 3) la voluntad de cambiar a fondo la estructura paralizante, cuando no abiertamente hostil, de un área que justificaba su existencia en la oposición a los programas de la propia casa; 4) la acreditada capacidad de trabajo, para un cargo sin límite horario, y 5) el carácter férreo y las convicciones sólidas que, pese a su aspecto tranquilo y formal, destilaban sus columnas en *Libertad Digital*. Porque también Nacho se inventó o se reinventó a sí mismo en la fragua de Internet, la más parecida por ritmo y velocidad a la de la radio. Yo confiaba en alguien que escribía así. Y el desempeño cotidiano de su tarea confirmó y superó todas las expectativas.

Algunos creerán que Nacho y yo despachamos a diario; o que César, Cristina, Nacho y yo nos reunimos cada semana para establecer las prioridades informativas y la línea de opinión de la casa. Nada más falso. En los dos años que lleva en el cargo, he hablado con Nacho muy pocas veces, siempre sobre un asunto que acaba de saltar o una exclusiva que tenemos por confirmar, jamás sobre la orientación de su programa, de los informativos o de cualquier otra cosa. Y como yo, César o Cristina. La Razón de fondo es muy sencilla: lo esencial lo tenemos ya hablado o ni siquiera ha hecho falta hablarlo. Sabemos lo que defendemos, sabemos quién nos ataca y a quién atacamos, sabemos que, siempre que sea posible y sin forzar la situación, cada uno debe respaldar lo que hagan los demás, y, a partir de ahí, cada cual desarrolla sus

planes o improvisa sobre la marcha. Nuestro secreto político es que no hablamos de política. Es innecesario.

Conviene insistir, si de algo ha de valer nuestra experiencia, en ese caos aparente que, sin embargo, alberga un orden profundo y coherente que impregna todos los contenidos de la cadena; porque no es algo que entienda cualquier ejecutivo, ni político, ni siquiera periodista. La coordinación en la COPE, o en cualquier medio audiovisual de orientación liberal-conservadora en España, no puede depender nunca de consignas políticas. Pero no sólo porque la palabra «consigna» suene mal sino porque, dado el carácter plural de su propia base y la libertad genérica que orienta sus comportamientos, resulta absolutamente ineficaz, si no contraproducente. En la izquierda, tradicional y casi patológicamente propensa a la unidad de combate frente a la derecha, que siempre ha sido lo único que sus distintas familias han tenido en común y que, tras la caída del Muro y el descrédito del socialismo real, es lo único que tienen, es lógico que impere la consigna. No hablo en términos morales sino descriptivos. En la cultura de la izquierda, la información nunca ha sido un fin en sí misma sino una herramienta al servicio de la transformación social y política; y eso es algo que, normalmente, se desarrolla según criterios de oportunidad y precisa la modulación permanente del comisario jefe.

La SER ha desarrollado, en ese sentido, el orden soñado por cualquier político, porque junto al acuerdo profundo de los de arriba, similar al descrito entre nosotros en la COPE, hay una disciplina ciega en los de abajo para servir al discurso político según las conveniencias del momento: ahora hay que insistir en la enfermedad del Papa; ahora hay que decir que el Vaticano es un Estado extranjero; ahora hay que defender a Rajoy; ahora hay que atacar a Aznar; ahora hay que defender a Batasuna frente a ETA; ahora hay que decir que mientras Batasuna no rompa con ETA, sólo será una marca de ETA; ahora hay que defender a los nacionalistas y comparar a ETA con el PP; ahora hay que decir que el PP representa al peor nacionalismo, que es el español; ahora hay que defender el patriotismo constitucional; ahora hay que defender el internacionalismo; ahora hay que defender la República; ahora hay que defender la Monarquía frente a la derecha; ahora hay que defender al Rey frente a los monárquicos... y así sucesivamente.

No hay posibilidad de extravío, porque, en realidad, sólo existen dos principios intocables: el «ahora» y el «hay que». Todo principio se subordina a la conveniencia de mantenerlo. En la derecha la disciplina es o puede ser parecida, aunque siempre la diversidad sea mayor, pero como lo que uno son los principios, normalmente es más difícil que desaparezcan en función de la oportunidad de defenderlos. No digo que sea imposible ni que los gobiernos del PP se hayan mostrado distintos de los del PSOE en perseguir ese propósito, sino que entre los periodistas e intelectuales de la derecha no suele alcanzarse esa unanimidad en el volantazo, esa disciplina en los

cambios de ritmo táctico y de orientación estratégica, que son genuinamente marxistas y que, tal vez por ello, la derecha ni los entiende ni los sabe combatir. Peor aún: la derecha política se queja por no disponer de un cayado semejante para pastorear opiniones y conciencias.

El proyecto socialista de cambio de régimen y la movilización social de la derecha

Que la COPE ya no fuera sólo *La mañana* sino una auténtica cadena de radio que reaccionaba rápida, coordinada y coherentemente ante cualquier noticia o hecho político mostró toda su importancia cuando Zapatero empezó a mostrar su verdadero rostro y a desarrollar su programa máximo, que, en síntesis, suponía la liquidación de toda la herencia de Aznar en materia nacional e internacional; el fin del consenso entre izquierda y derecha que dio origen al régimen constitucional de 1978; la reivindicación de la II República y la revisión de la Guerra Civil desde una perspectiva izquierdista radical; la liquidación del PP como alternativa de gobierno; la revisión del tratamiento que la Constitución da al catolicismo y a las relaciones con el Vaticano; la eliminación de las víctimas del terrorismo como referencia esencial en la lucha contra ETA u otro fenómeno terrorista, y, como resumen de todo el proyecto, el fin de la unidad nacional española como base de cualquier forma, reforma o transformación del Estado.

Esa estrategia, ya denunciada por Mayor Oreja en las elecciones europeas de mayo de 2004, se aceleró desde comienzos del curso político 2004-2005. La clave de bóveda de todo el proyecto era —es— la eliminación de la derecha como alternativa de gobierno a una izquierda que se mantendría siempre en el Poder gracias a los acuerdos con los comunistas y los nacionalistas de toda laya, incluidos separatistas y terroristas. El PP tendría un papel institucional subalterno, de complementariedad menor y sólo para casos de emergencia mayor. Una mezcla del Partido Campesino de Polonia y el partido cristero mexicano durante la interminable hegemonía dictatorial del PRI. La «democracia popular», vaya.

La respuesta del PP a ese proyecto, tal y como esperaba el PSOE, prácticamente no existió. Sin embargo, en torno a la Asociación de Víctimas del Terrorismo, que fue el primer blanco de esa estrategia de deslegitimación y desarticulación de cualquier obstáculo que pudiera oponerse a los planes de Zapatero y los nacionalistas, se fue creando un polo de oposición al designio zapateril. Y si los gobiernos de Madrid y Barcelona contaban con el Imperio de Polanco y la ensordecedora batahola asociada de las radios y televisiones públicas, la resistencia nacional y de derechas encontró en

la COPE la alternativa mediática, el escudo político y el alimento moral que necesitaba.

Esa resistencia se fue articulando a lo largo de los meses y a medida que el PSOE desarrollaba distintas iniciativas: la Comisión Parlamentaria de Investigación sobre el 11-M (que buscaba remachar la versión oficial sobre la masacre y la definitiva estigmatización del Gobierno Aznar); el nombramiento de Peces-Barba como Alto Comisario para las Víctimas del Terrorismo (que buscaba echar a Alcaraz de la presidencia de la AVT, romperla y crear asociaciones controladas por el Gobierno); la Ley Orgánica de Educación (que volvía a los principios más radicales de la LOGSE y al laicismo más agresivamente anticatólico); la legalización del matrimonio homosexual; el diálogo con la ETA sobre El País Vasco y Navarra, y, como imprescindible coartada legal para el pacto con los etarras, un nuevo Estatuto autonómico para Cataluña.

No es éste el lugar para explicar en detalle el desarrollo de todos esos proyectos del Gobierno de la izquierda y las gigantescas movilizaciones populares de la derecha que a lo largo de casi dos años trataron de frenarlos. Los datos están ahí y los estudiosos podrán aquilatar la cantidad y calidad de los distintos esfuerzos políticos. Si yo fuera historiador me volcaría en la investigación de ese fragmento breve, oscuro y crucial de la vida española. Mas, para lo que aquí nos ocupa, baste señalar que en las legislaturas 2004-2005 y 2005-2006 la derecha sociológica convocó, por primera vez en su historia, cinco grandes manifestaciones en defensa de la libertad de enseñanza, de la familia, de la Constitución, de la unidad nacional y de las víctimas del terrorismo. En varias de ellas, si no en todas, superó holgadamente la cifra del millón de manifestantes. El PP, aunque apoyó y se apoyó en todas ellas, sólo promovió directamente una manifestación en defensa de la Constitución, que reunió a unas cincuenta mil personas en la Puerta del Sol. El PSOE no convocó ninguna.

En la primera manifestación a favor de las víctimas del terrorismo, el ministro de Defensa, José Bono, buscando cosechar aplausos como único defensor de España en el Consejo de Ministros, se encontró con un sonoro abucheo. Entonces se produjo uno de los sucesos más repugnantes del cuarto de siglo de democracia española. El ministro fingió una agresión que, en realidad, nunca se produjo. Pero manipulando hechos e imágenes hasta extremos estalinistas, se desató contra la derecha toda la demagogia de la que la izquierda es capaz, o sea, casi infinita. El alcalde de Zaragoza y ex ministro de Justicia e Interior con González, Juan Alberto Belloch, en un artículo publicado en *La Razón*, sacó a pasear, en sus propias palabras, «la bestia que lleva dentro». La bestia en cuestión llamó terroristas y fascistas a los agresores de Bono y atribuyó su salvaje actitud a la horrible costumbre de escuchar mi programa. El delegado del Gobierno en Madrid y un selecto grupo de policías-chequistas del PSOE procedieron a la detención ilegal de dos militantes del PP. El escándalo fue tremendo

pero, pocos meses después, todas las acusaciones, de Bono al último sicario, se demostraron falsas. Llevados ante la Justicia por empeño de la presidenta del PP madrileño, Esperanza Aguirre, los policías fueron condenados por falsificación de pruebas y otros delitos. Nunca la izquierda pidió perdón por tal fechoría. La derecha política pasó página, pero la derecha sociológica no. Como el PP era atropellado una y otra vez por la izquierda, sin querer, poder o saber defenderse, sus bases acabaron refugiándose en el único medio que, cuando arreciaba el linchamiento, los defendía. Y, desde el «Caso Bono», ese medio fuimos nosotros.

Durante el año 2005 el protagonismo de la COPE en las concentraciones de la derecha fue cada vez mayor, hasta el punto de que los gritos más coreados en casi todas ellas fueron «¡España, España!» y «¡COPE, COPE!». Los periodistas de la cadena eran vitoreados por los manifestantes, besuqueados, abrazados y cariñosamente estrujados. Cristina leyó el manifiesto final en la que se celebró en defensa de la familia y contra la ley del matrimonio homosexual; César estuvo en primera fila llevando la pancarta oficial prácticamente en todas; y yo, que soy algo agorafóbico, empecé a retransmitirlas en directo. En una de las más espectaculares y masivas, la que se celebró en otoño de 2005 contra la LOE, la organización colocó megáfonos a lo largo de todo el recorrido sintonizados con la COPE, y cuando comencé la retransmisión saludando a los oyentes de toda España y, muy especialmente, a los manifestantes de Madrid, un tremendo rugido, al decir de todos los presentes, se alzó de la masa y se convirtió en una ovación atronadora, salpicada de gritos «¡COPE, COPE!» y «¡Federico, Federico!», que duró varios minutos. Al terminar, yo estuve dos horas amablemente cercado y sin poder salir de la emisora, hasta que la masa que la rodeaba y nos aclamaba decidió irse a cenar.

Naturalmente, el papel de la COPE suscitó pronto las iras del Gobierno. El talante del que había presumido Zapatero en la entrevista del mes de mayo, se había convertido sólo medio año después en una predisposición al ataque y a la calumnia inasequible a la evidencia, no digamos ya a la democracia. La encargada de Asuntos Religiosos, Mercedes Rico Godoy, denunció que una página web de la COPE insultaba a las ministras de Zapatero sacándolas desnudas en un montaje satírico. Pero la COPE no tenía en su sosísima página web ni siquiera un rincón para esos montajes, que, en cambio, eran una costumbre del PSOE en su página *losnoveses.com*, dirigida por el jefe de gabinete del ministro Caldera. Rouco y yo, entre otros personajes de la derecha política y mediática, habíamos sido caricaturizados de la forma más obscena en esa página, pero, claro, sólo la delicadísima epidermis socialista sufre alergias satíricas.

El Gobierno insistía en que no sólo la COPE sino expresamente *La mañana* habían insultado groseramente a las ministras. Barriocanal me preguntó si yo sabía algo de eso. Le dije que nada en absoluto. Pero la tormenta arreciaba. Y tras salir

infinitas veces en los telediarios instando a los obispos a cortarnos el cuello, decidieron presentar la prueba que nos condenaba: era una página que se llamaba *gruporisa.com*, que había tomado el nombre del equipo humorístico de Echeverría, Miner y Blanco, pero que no tenía ninguna relación ni con ellos, ni conmigo, ni con la COPE. La página pertenecía a un grupo de gamberros en la Red que se hacía y se hace llamar Movimiento Anti-ZP, y que se ponía los nombres que le daba la gana para ejercer —o perpetrar, según se mire, sus bromas, sátiras, alegorías y montajes visuales. Los responsables confesaron pronto la verdad: que no tenían nada que ver con nosotros, y pidieron disculpas. Pero el Gobierno decidió no creérselo, por la sencilla razón de que no le convenía. Como en el «Caso Bono», todavía estamos esperando que pida perdón por la catarata de mentiras e impropiedades vertidos contra mí, contra *La mañana* y contra la COPE. La izquierda es así: tiene derecho a imputar a la derecha cualquier cosa, aunque sea mentira; en cambio, puede denunciar como mentira cualquier cosa que diga la derecha, aunque sea verdad.

Rouco pierde la presidencia de la Conferencia Episcopal

Aunque el episodio en cuestión mostró la verdadera catadura del Gobierno en lo que al respeto a la pluralidad se refiere, nos fuimos de vacaciones navideñas bastante tranquilos. La COPE funcionaba como un reloj, la derecha empezaba a adorarnos y la izquierda a detestarnos, se avecinaban sin duda tiempos duros, pero, nos decíamos, en última instancia siempre nos quedará Rouco para defendernos. El carácter semieterno de la presidencia rouquiana era tan universalmente asumido que la última fechoría de La Zarzuela fue precisamente una llamada del Rey a Rouco desde Argentina para quejarse de un comentario crítico que, según Alberto Aza, había hecho yo en *La mañana*. Eso demuestra el absoluto respeto de la Casa Real por la libertad de expresión, siempre que la ejerzan izquierdistas, obviamente, así como el desprecio despótico que les inspira su ejercicio por parte de los liberales. Pero, signo de los tiempos, ahora ya no utilizaban al vicario general castrense para marear al cardenal, como en tiempos de Aznar, sino que el Rey llamaba directamente a Rouco o bien se recurría al ministro de Defensa, el falsamente apaleado Bono, vecino toledano del arzobispo e inmediato cardenal don Antonio Cañizares, uno de nuestros grandes defensores. La murga que me han dado las instancias zarzueleras en los dos últimos años habría hecho de mí el más fervoroso de los republicanos, si no temiera encontrarme en la logia con los mejores amigos del Rey.

En febrero tocaba renovar la presidencia de la Conferencia Episcopal y Rouco optaba a un tercer mandato, hazaña sólo alcanzada por Tarancón en los turbulentos

años de la Transición. Como no soy experto en la materia y rae pierdo en el recuento de las alianzas, cambios, sutilezas y volteretas que se producen en las votaciones de los obispos, no intentaré explicar cómo sucedió, pero sucedió: Rouco perdió la reelección por un solo voto, pese a que —por los que le habían prometido— deberían haberle sobrado dos. Sin embargo, la gran sorpresa no fue ésa sino la elección del obispo de Bilbao, Ricardo Blázquez, para sucederle. También Cañizares perdió contra él por un voto, tras la división del voto conservador y no nacionalista, que es amplísimamente mayoritario. Cuando se supo la noticia eran casi las dos de La tarde y yo estaba aún en la redacción de la COPE. Ya había rumores sobre la derrota de Rouco e incluso sobre la elección de Blazquez, pero no se les daba demasiado pábulo. En todo caso, se hizo un silencio sepulcral al conectar los altavoces internos con la noticia que daba José Luis Restan. Y tras oírla, no vi a mi alrededor una sola cara que no fuera la imagen misma de la consternación.

En el Gobierno cantaron victoria demasiado pronto, por las mismas razones que en la COPE se respiraba un aire de derrota. Zapatero y los nacionalistas, siempre con Polanco al bombo, creyeron que la alianza de izquierdistas y nacionalistas que había llevado a la presidencia a Blazquez podía traducirse en la liquidación de la COPE. Por otra parte la forma de hacerlo era bastante sencilla desde el punto de vista legal: yo terminaba mi contrato por dos años en junio y César había firmado un año con opción a otro. Bastaba cumplir el contrato y adiós muy buenas. En cuatro meses, el insoportable protagonismo de la COPE habría desaparecido.

En la casa muchos pensaban lo mismo. Sin embargo, a las pocas horas, por no decir a los pocos minutos, de la elección del nuevo presidente, don Bernardo y Barriocanal me aseguraron, cada uno por su lado, que no había ningún motivo de alarma. El nuevo Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal, al que corresponde tomar las decisiones últimas sobre la COPE, quedaba compuesto así: Blazquez como presidente; los tres cardenales, Rouco, Caries y Amigo; el arzobispo de Toledo y futuro cardenal, Cañizares; el de Barcelona, Martínez Sistach; el obispo de Oviedo, Osoro, y, con voz pero sin voto, el secretario de la Conferencia, Martínez Camino. La explicación que me dieron para tranquilizarme y, sobre todo, para tranquilizar a mi equipo, era la siguiente: Cañizares no era un vicepresidente cualquiera, ya que prácticamente había empatado con Blazquez, y además la gran mayoría de los obispos respaldaría a la tripleta Rouco-Cañizares-Osoro; Amigo y Carles habían evolucionado mucho en lo que a la COPE se refiere, muy especialmente tras la llegada de Zapatero al Poder; Sistach no iba a hacer una oposición en solitario, y Blázquez, por su propio carácter y por lo débil de su respaldo electoral, optaría por una neutralidad que, objetivamente, favorecería a los mayoritarios. Si hacía falta algún apoyo moral en el Comité Ejecutivo, ahí estaba Martínez Camino. Y si en el ala tارانconista o más izquierdosa de la Conferencia se hacían eco de los propósitos

gubernamentales de dismantelar la COPE, don Gabino Díaz Merchán tenía el contrapeso moral de don Fernando Sebastián, arzobispo de Pamplona, que estaba francamente espantado por el laicismo radical de Zapatero y la entrega de Navarra a los nacionalistas vascos, ETA incluida.

Naturalmente, esto era lo que a mí me decían y que, por no tirar piedras contra nuestro tejado, yo no podía contar; pero después de la derrota de Rouco y de la no elección de Cañizares, yo sentía con respecto a las identificaciones, equilibrios y cuantificaciones de los obispos la misma extrañeza que en tercero o cuarto de Bachillerato sentí hacia la trigonometría: aquello ya no eran las matemáticas que me había enseñado mi madre y que tan bien se me daban, así que, para absoluta desolación materna, vi claro que lo mío eran las letras. No es que el álgebra o la trigonometría me pareciesen asignaturas malignas o incomprensibles. Simplemente, a un buen alumno becado, pagado de sí mismo y acostumbrado a las matrículas de honor, verse condenado al notable bajo o al aprobado le produce un rechazo grave teñido de leve incomprensión. Lo que decidieran los obispos era cosa suya. Yo me limitaría a seguir haciendo hasta el mes de junio lo que venía haciendo: madrugar, sacar adelante mi programa y ayudar a que la cadena saliera del hoyo y ganase audiencia y dinero. Eso sí, sin variar un ápice la línea combativa que había hecho de la COPE algo muy importante dentro de la sociedad española y, por eso mismo, un enemigo a batir.

Al mes y medio o dos meses de la elección de Blázquez, con don Bernardo como único testigo, comí con él en la COPE. Al día siguiente de su elección yo le había hecho una entrevista en *La mañana* que más que a periodismo sonó a odontología, con el doble problema de que ni él quería que le sacasen una muela ni yo quería meterle la mano en la boca. Aunque recurrí a la más depurada técnica extractiva de la escuela ludovicoherreriana, el efecto dentro de la casa fue negativo tirando a devastador. Se trataba, pues, de sosegar los ánimos, espantar nubarrones y, como suele decirse, normalizar la cosa. ¿Qué cosa? Eso es lo de menos: lo importante es normalizar. En rigor, además de un gesto de cortesía dentro de los cánones temporales de la Iglesia, que son diferentes de los del común de los mortales, la reunión tenía un doble sentido: que Blázquez me tranquilizara a mí y que yo tranquilizase a Blázquez, es decir, que él viera que yo no me comía a los niños crudos, como decían los batasunos que lo rodeaban, declaradamente antropófagos, y que yo viera que él no tenía la menor intención de comérseme a mí, ni crudo ni cocido.

Debo decir que la comida fue agradable sin llegar a euforizante y que el único gesto de tensión se produjo por la negativa de Blázquez a terminarse los dos platos de entremeses, como era propósito de don Bernardo, que, por esas casualidades de la vida, había sido profesor suyo en el seminario, y nada menos —o nada más— que de

Matemáticas. Puesto que se trataba de suavizar las tensiones inducidas desde fuera y de encontrar los elementos de interés común entre las dos partes —inútil es decir que don Bernardo participaba de ambas—, hablamos de todo y de nada, de lo que pasaba y de lo que dejaba de pasar, y, naturalmente, del tiempo que hacía en Bilbao, en Madrid, en Ávila y en Teruel. Buen tiempo en Canarias.

La comida fue un éxito, según dijeron los anfitriones. Desde luego, yo constaté que Blázquez se sentía mucho más a gusto fuera de los micrófonos que dentro, como lo demostraba su voz, que al natural o en privado es mucho más grave que en público. Sin embargo, era imposible no recordar que en ese comedor, apenas dos meses antes, Rouco nos había ofrecido a los directores de programas más importantes y a los directivos de la casa un almuerzo de despedida que nadie, ni el anfitrión ni los invitados, creían tal. El cardenal estuvo particularmente simpático, ocurrente y más defensor que nunca de la COPE y de los que allí estábamos. «Si la COPE no existiera, habría que inventarla —dijo Rouco—; pero no una COPE cualquiera, sino ésta, esta COPE». Ni que decir tiene que el espaldarazo cardenalicio llenaba de satisfacción a los comensales. Y ahora, ahí estaba yo, a solas con Blázquez y don Bernardo, en involuntario homenaje a Sísifo. Y con la certeza de que al obispo de Bilbao aquella piedra al hombro también le pesaba horrores.

Haciendo cuentas, resultaba que tras pasar yo seis años y medio como director de los dos grandes programas de la COPE, Rouco se había ido de la presidencia de la Conferencia Episcopal sin haberme llamado nunca por teléfono, fuera para celebrar o, más previsiblemente, lamentar algo que yo hubiera dicho en el micrófono. Hasta las quejas del Rey, motu proprio o inducidas por sus chambelanes, me habían llegado por vía indirecta, que era el mejor modo de que no produjeran alarma ni surtieran efecto. ¿Actuaría Blázquez del mismo modo? Pues bien, debo decir que hasta ahora, cumplida ya la mitad de su mandato de tres años, no ha podido hacerlo más satisfactoriamente, al menos para mi gusto. Muchos periodistas prefieren tener la seguridad de que los editores o propietarios de su medio están contentos con el trabajo que están realizando, porque así pueden rectificar cualquier problema y, en todo caso, evitar sorpresas, léase despidos. Lo entiendo, pero yo prefiero que me dejen tranquilo. La mejor llamada que pueden hacerme es ninguna. Donde esté el silencio administrativo, que se quite la bullanga feliz. Y en ese sentido, si lo de Rouco fue magnífico, lo de Blázquez roza, técnicamente hablando, la perfección. No es que, como su predecesor, tampoco me haya llamado nunca, circunstancia que agradezco muchísimo; es que, según se dice, apenas recibe llamadas porque puede tener desconectado el móvil días enteros. Tal vez eso no sea un signo claro de santidad, pero confieso que a mí me produce una calma beatífica.

El 11-M, parteaguas de la legislatura, de la derecha y del PP

Probablemente, el asunto que más ha contribuido a la identificación de la derecha y de la parte no polanquista de la izquierda con la COPE es la investigación sobre el 11-M. O, para ser precisos, sobre los engaños, contradicciones y manipulaciones en torno a esa masacre que, vilmente manipulada por la SER, llevó al Poder al PSOE. En realidad, las primeras sospechas razonables sobre la verdadera naturaleza de la matanza para echar al PP del Poder se publicaron pronto: lo hizo Fernando Múgica en el diario *El Mundo* allá por mayo, en el primero de su serie de artículos «Los agujeros negros del 11-M». La línea básica de investigación se centraba en los datos que habían llevado a identificar como terroristas islámicos de Al Qaeda u organización similar a los autores de la masacre, porque ni el número, ni la cualificación técnica de los presuntos terroristas eran los requeridos para organizar un atentado de tal envergadura y de tan medida relojería político-electoral.

Naturalmente, Múgica no era el único —aunque su soledad en los medios, incluido su periódico, era realmente pavorosa— que recibía informaciones reservadas al respecto. Por aquel entonces, las hipótesis oficiosas que manejaban las fuentes de los periodistas en los servicios de información de la Guardia Civil, la policía y el CNI eran básicamente dos: que los «moritos» no habían participado realmente en la masacre, realizada y manipulada por las «tramas negras» del PSOE en las Fuerzas de Seguridad del Estado; o que los «moritos» eran sólo la pantalla, la coreografía menor de un atentado que realmente llevó a cabo ETA, como todos creyeron al principio, pero que fue manipulado para poder utilizarlo electoralmente contra el PP.

Una de las primeras pruebas publicadas por Múgica que dejaron claro hasta qué punto todo lo del 11-M estaba turbio fue descubrir el trayecto paralelo de dos furgonetas con explosivos, la de los «moritos» y otra de la ETA, que salieron casi a la vez de Asturias y el sur de Francia y de las cuales una, la etarra, fue detenida en Cuenca camino de Madrid mientras que la astur-marroquí, aunque detenida dos veces por la Guardia Civil, pudo llegar con su carga mortífera hasta el Corredor del Henares. Meses después irían publicándose infinidad de datos que probaban las buenas relaciones de los etarras con los terroristas islámicos en las cárceles españolas. Pero además, con el Gobierno del PP ya en funciones, se produjo el suicidio real o inducido de los islamistas en Leganés, que por segunda vez —la primera habría sido en los trenes; la segunda frente a la policía que cercaba el piso— eligieron ir al infierno como suicidas en vez de holgar eternamente con las huríes en el Paraíso como mártires de la Yihad. Unos islamistas que eligen morir en pecado son unos islamistas muy raros. Si además resultan ser confidentes de la policía, rarísimos; si encima sus abastecedores de explosivos son también confidentes policiales, la cosa

empieza a resultar increíble; y si además aparece una cinta magnetofónica grabada por un guardia civil a otro confidente policial que cuenta cómo terroristas etarras buscaban en Asturias antes del 11-S (ojo, del 11-S, no del 11-M) alguien que supiera hacer estallar bombas con móviles, método presuntamente usado para la masacre de Madrid, entonces sí que cabe dudar de todo lo que nos han contado.

Hoy sabemos que todas las pruebas que llevaron a la identificación de los islamistas y a su detención el 13-M eran falsas o estaban manipuladas, y que así han pasado al sumario de la instrucción judicial, donde su mentira brilla colgada de los folios como antaño brillaban en los mástiles de los veleros los fuegos de San Telmo. Entonces sólo sabíamos que no sabíamos nada, pero sospechábamos que lo que nos habían contado o no era todo o no era la verdad. Yo inventé el mote de «los pelanas de Lavapiés» para ridiculizar la supuesta ferocidad de los musulmanes españoles presuntos cofrades de Ben Laden, que en realidad eran «moritos» traficantes de hachís que entraban y salían de las dependencias y confianzas policiales con excesiva tranquilidad. Aquello caló —nunca se sabe por qué— y se ha convertido en una forma habitual de denominarlos. Todo era demasiado inconsistente, y cuanto más investigaba sobre la «trama asturiana» de los explosivos, más inconsistente resultaba.

Paralelamente, el PSOE había puesto en marcha la Comisión Parlamentaria de Investigación del 11-M, tras unas declaraciones a la SER del ministro de Interior José Antonio Alonso censurando las «responsabilidades políticas» del Gobierno Aznar en la masacre. Un arranque que, con la perspectiva del tiempo, me parece más planeado que fruto de la improvisación o del error. La puesta en escena de la Comisión fue preparada meticulosamente por Rubalcabajefe del grupo parlamentario, pero se vino abajo el primer día, tras la liosa declaración de un portero y la confusión de otro testigo de inspiración socialista, que confundió a un diputado del PP con el del PSOE que le había llamado en vísperas de su deposición. El escándalo fue superlativo. Esa mañana, rebauticé satíricamente al primer testigo como «el portero automático de Rubalcaba», y no me equivoqué mucho. Pero lo que realmente me impresionó fue el cambio radical de las llamadas al programa. Hasta ese día, lo normal era que criticasen a los socialistas por manipular el dolor del 11-M en su beneficio. Ese día, exclusivamente por el efecto de la manipulación socialista de la Comisión y el chasco posterior, la frase repetida una y otra vez, que por sentido de la responsabilidad no podíamos emitir, era «han sido ellos». Era un «ellos» inconcreto en términos judiciales, pero diáfano en su sentido político. Todo lo que ha hecho el Gobierno desde entonces no ha servido más que para confirmar las peores hipótesis de los oyentes más malpensados de la COPE. Hasta hoy.

El PSOE alcanzó el máximo de su eficacia manipuladora con el testimonio de la madre de uno de los asesinados el 11-M, una militante comunista llamada Pilar Manjón, que compuso una actuación digna del Osear. Ni que decir tiene que en la

línea que le convenía al Gobierno. Yo manifesté públicamente mi escepticismo, no respecto al dolor de esa mujer, obviamente, pero sí en cuanto a su espontaneidad y valor político. Y aunque incluso dentro de la casa —no digamos fuera, donde me pusieron a caer de un burro— muchos me reprocharon la dureza que suponía criticar a una víctima, luego han venido esos mismos a reconocer que tenía, si no toda, bastante razón. Claro que ellos lo pensaron a posteriori, yo lo hice sobre la marcha y por algo que no tenía relación directa con la política. Semanas antes, habíamos recibido en el programa *Un año de amor* la carta de amor de una muchacha que había perdido el 11-M a su marido, con el que sólo llevaba casada tres años. La carta era preciosa, Ayanta y todas las chicas lloraron como magdalenas, vino luego a ver el programa, estuvimos un buen rato con ella y, aunque yo no valgo demasiado para la codificación sentimental, me había hecho una especie de retrato robot de las víctimas de aquella masacre, social y culturalmente muy distintas de las viudas y huérfanos de policías, guardias civiles, militares o militantes del PP que han perdido a sus familiares a manos de la ETA. Estas víctimas anónimas del 11-M me parecían particularmente indefensas, precisamente porque nunca habían pensado su vida ni su muerte en términos políticos. Y la comparación entre aquella muchacha, que sólo quería recordar a su amor perdido, y Manjón, que había perdido un hijo y lo procesaba políticamente, me resultaba irritante, demasiado poco real. Seguramente fui demasiado injusto en la crítica, pero, desde luego, no menos que la mayoría en el elogio.

Las cañas se tornaron lanzas para el PSOE cuando declararon en la Comisión, por espacio de once o diez horas, el ex presidente Aznar y el ex ministro de Interior Ángel Acebes, los malos malísimos de la película sobre el 11-M de Producciones Rubalcaba, distribuida por Polanco. Al terminar su testimonio, después de un tercer grado de todos los demás partidos que osciló entre lo sádico y lo miserable, los líderes del PP salieron del Parlamento como si salieran de la ducha. Quedó claro que ellos no habían mentido. También que habían sido temerariamente idiotas, por no fumigar las sentinas de Interior y limpiar las tramas negras de los GAL, pero que, buenos o tontos, ni el 11, ni el 12 ni el 13 de marzo habían mentido a la ciudadanía. En la COPE celebramos con alborozo el giro de la Comisión, tanto por haber fracasado el linchamiento político del PP como por la posibilidad que se abría de investigar quién había cometido realmente la masacre. Los oyentes llamaban agradecidos e inflamados, aunque no incendiarios. Los gestores de la casa estaban, lisa y llanamente, estupefactos.

Como fuimos los únicos que nos hicimos eco de las investigaciones de *El Mundo*, una noche me vi metido en una de esas películas de periodistas-policías que, aunque sea devoto del género negro, no me gustan absolutamente nada. Pedro Jota me llamó a casa a última hora de La tarde.

—Oye, vente para acá, que tengo que enseñarte algo muy importante. Y no lo podemos hablar por teléfono. Te mando mi coche a tu casa con un escolta.

—No te preocupes, tengo al mío en la puerta. En media hora estoy allí.

Era la cinta que el agente Campillo de la Guardia Civil le había grabado al confidente Lavandera, en la que éste hablaba de los Toro y Trashorras, la trama de explosivos de Asturias, sus viajes a Marruecos y su relación con los etarras que, antes de septiembre de 2001, les pidieron entrar en contacto con alguien que supiera hacer estallar bombas con móviles. Oírla resultaba verdaderamente estremecedor. Emitirla resultó trabajosísimo, porque había que limpiarla de ruidos ambientales para que resultara razonablemente audible y no sólo adivinable por las ondas. Hablé en la COPE con Rafael Pérez del Puerto, el consejero delegado, por supuesto en persona, nunca por teléfono, y le pedí el nombre de un técnico de discreción asegurada. Me lo dio. Entonces le pedí a Susana Moneo que trabajara con él, mano a mano, hasta lograr un producto más o menos audible. Dos días les costó. Entonces pudimos ya ofrecer a la audiencia un dueto multimedia; *El Mundo* publicó ese día la transcripción completa de la cinta y yo emití un largo resumen de los párrafos más significativos a la hora de máxima audiencia de *La mañana*. El efecto fue realmente explosivo. No sólo por lo que se decía en la cinta, sino porque se había roto la soledad de la letra impresa en las denuncias del 11-M. A partir de entonces, arreciaron las campañas injuriosas contra el periódico y la radio o contra Pedro Jota y contra mí, porque suele creerse que personalizar causa más daño. No estoy yo muy seguro de ello. Depende siempre de la naturaleza del «personalizado».

En línea con la mafia policial que se advertía tras los dinamiteros asturianos del 11-M, comenzaron a llegar amenazas a la COPE para que dejásemos de dar cobertura a las investigaciones de *El Mundo*. La víspera de un viaje a Oviedo para hacer allí el programa, un guardia civil llamó a la emisora anunciando que el general Laguna de la Guardia Civil interrumpiría el acto al frente de un grupo de sus hombres. Que no estaba dispuesto a tolerar las calumnias personales, las injurias a la Benemérita... en fin, lo de siempre. Algunos toleran que se vulnere en su presencia todo el Código Penal y hasta los Diez Mandamientos, pero no pueden tolerar un adjetivo más alto que otro. ¡Son tan finos! En esas circunstancias, los pequeños nos venimos arriba, así que confirmé de inmediato que haríamos el programa en Oviedo, faltaría más. Claro que a continuación mis escoltas consiguieron la ayuda de unos agentes de paisano de toda confianza, por si los tricornios lacustres. Lo cortés no quita lo valiente ni lo valiente lo prudente.

Y tampoco hubo motivos. En vez de un piquete de guardias con bigote lo que apareció fue un grupo de quinceañeras de uniforme que, antes de entrar en el colegio, querían ver en directo el programa y aplaudir a sus idolillos político-mediáticos. Algunas de aquellas chicas eran de una belleza irreal, casi delictuosa, y confirmaban

hasta qué punto las feroces campañas contra la COPE estaban consiguiendo galvanizar a la audiencia antigua y propiciar una nueva maravillosamente alimentada. Cuando a Luis Herrero le contaron lo de las rubísimas vestales asturianas, vino a quejarse.

—Fede, esto ya pasa de castaño oscuro. A mí me venían las abuelas de dos en dos y a ti las nietas de seis en seis. Es intolerable.

—Luis, no te olvides de las madres de cuatro en cuatro. Ya sabes que a mí me gustan maduras. Y también las había.

—Esa mezcla de generaciones de oyentes debe de ser inconstitucional.

—Probablemente, Luis. Encargaré un dictamen. Pero ya te digo que, antes de pagarle al moro el tributo de las Cien Doncellas, los asturianos emprenderán de nuevo la Reconquista.

—Nada te haría más feliz que retransmitirla en directo.

—Nada.

Entre la renovación con la COPE y la creación de otra cadena de radio

Chapoteando en las dificultades y abriéndonos camino entre incertidumbres, iba llegando el final de la temporada y el de mi contrato con la COPE. Tras el exitoso almuerzo con Blázquez, Barriocanal me había dicho que no habría el menor problema para la renovación, todo lo contrario. Y en efecto, la renovación de mi contrato por otros dos años, aunque supongo que servida por don Bernardo, la defendió Carlos Amigo, que en principio no era de los incondicionales y ni siquiera tuvieron que defenderla los que presuntamente lo son. Fue aprobada por unanimidad. Ni una abstención ni un pequeño reparo a los elogios, obviamente inmerecidos. Los magníficos resultados de audiencia y publicidad y la ferocidad laicista de Zapatero habían conseguido el milagro de una unanimidad sin precedentes en la casa. Barriocanal lo resumía diciendo que todo iba muy bien, sobre todo si se pensaba en cómo estábamos dos años atrás, y que, por otra parte, no había alternativa. En la COPE, no. Pero yo sí tenía una. Y muy tentadora.

Cuando se vio de qué pie cojeaba Zapatero y el periodo de turbulencia nacional e institucional que se nos venía encima, los pocos medios de comunicación adversos al socialismo y al nacionalismo empezamos a organizar la autodefensa. El primero fue *Libertad Digital*, que en una operación diseñada por Alberto Recarte hizo una novedosa ampliación de capital —la primera que se producía en España en un medio de Internet— que nos permitiera sobrevivir cuatro años incluso perdiendo a todos los

anunciantes si el Gobierno conseguía espantarlos. Aunque hacía dos años que ganábamos dinero, poco pero milagroso para un periódico exclusivamente en la Red, Recarte se puso en la peor de las hipótesis y calculó cuál sería la mejor. Llegó a la conclusión de que si hacíamos una llamada a los lectores del periódico y a los amigos de nuestra cuerda ideológica podríamos reunir un buen número de nuevos accionistas pequeños y media docena de accionistas grandes, capaces entre todos de proporcionarnos entre dos y tres millones de euros. El límite de la ampliación de capital se fijó en casi seis millones de euros, aunque no creíamos alcanzarlos, sobre todo tras las dificultades técnicas que la CNMV nos puso: ni publicidad, ni esto, ni lo otro, ni lo de más allá. Pues bien, contra todo pronóstico, conseguimos un millar de nuevos accionistas y casi seis millones de euros. En esos trámites, vi algunas veces a Julio Ariza, de Intereconomía, que tenía hasta entonces la mitad de las acciones de *Libertad Digital*. La otra mitad era de los liberales de la COPE, que gestionábamos el periódico. Y un día, entre notarios y papelorios, me dijo que teníamos que vernos urgentemente en su despacho para un asunto de la mayor importancia. Le dije si podía llevarme a Recarte y me dijo que sí, que como quisiera.

Así que una tarde, después de una breve siesta, nos encontramos en el despacho de Ariza, en Radio Intereconomía. Alberto Recarte me acompañaba a mí y Julio estaba acompañado por un empresario levantino de cuya solvencia material y moral teníamos constancia. La propuesta era muy sencilla: puesto que los obispos no iban a resistir la campaña del Gobierno contra la COPE, especialmente tras la sustitución de Rouco por Blázquez, y como era inevitable que acabaran echándome, dejando a media España sin una cadena de radio que echarse al oído, se imponía crear una nueva cadena. Había una base pequeña pero apañada que era Radio Intereconomía, y había dinero suficiente, que ponía nuestro amigo el empresario levantino, para afrontar la inversión esencial, que era mi contrato. Los términos de la oferta eran éstos: mil millones de pesetas por cinco años para mí y la parte de mi equipo que quisiera traer de la COPE y el 50 por ciento de las acciones de la nueva cadena de radio. El dinero, en las condiciones que Recarte determinara, se ingresaría en un banco con garantía absoluta de no tocarlo salvo para los pagos estipulados. Mi sueldo anual estaría, pues, en torno al millón de euros, más los porcentajes que estableciéramos sobre audiencia y publicidad, que lo doblarían. Como yo terminaba contrato —estábamos en junio— no había que atender indemnizaciones ni penalizaciones. Sólo faltaba que dijera que sí. Y si César Vidal decía lo mismo, mejor.

Pedimos unos días para pensarlo. Por supuesto, era la primera y seguramente la última vez— que me proponían hacerme rico o, al menos, un buen pasar para mí y para mi familia el resto de nuestra existencia. Por supuesto, se lo dije a mi mujer. Por supuesto, no le dio importancia. Por supuesto, dije que no. Hay grandes

oportunidades que, por supuesto, se pierden. Luego, muchas veces, se lamenta haberlas dejado escapar. Por supuesto.

Lo que hice, tras recibir la segunda oferta en una semana, la de la COPE, que me proponía la renovación por otros dos años, fue llamar a César.

—Me acaban de proponer formalmente la renovación y me han dicho que a ti también.

—Sí, hace un momento. ¿Cuántos años te ofrecen?

—Dos. Con opción a un tercero o contrato abierto, pero, vamos, dos. ¿Y a ti?

—Uno con opción a otro. Pueden ser dos.

—Firma dos, así tendremos más fuerza si las cosas se ponen negras, que se pondrán. Pero hay algo más que debemos hacer. Que nadie diga que no lo hicimos todo por la COPE.

—No se me ocurre qué. Tú ya has renunciado a ser millonario, que no está mal como ofrenda en el ara de los principios.

—Hacer más rico a uno que ya lo es. Es el momento de fichar a Carlos Herrera.

—¿Y él quiere venir?

—Eso no lo sabremos si la COPE no se lo propone. Pero el otro día me dijo Barriocanal que no se plantearon este año pasado contratar a Carlos porque cobraría más que yo y creían que yo, en buena lógica, no lo aceptaría.

—Y tan buena lógica. No vas a traer tú el dinero para que se lo den a otro.

—Pero César, ¿y a nosotros qué nos importa lo que le paguen a Carlos Herrera? Con no saberlo, asunto concluido. Yo creo que debemos ir a ver a Rouco, que sigue siendo el que decide en la COPE, y decirle que fichar a Carlos es una prioridad estratégica de la empresa. Que nosotros no ponemos inconveniente a que su sueldo sea mayor que el nuestro. Que con la COPE al alza y Onda Cero a la baja, no tendremos otra oportunidad para conseguir una parrilla imbatible en los próximos años. Como si quieren pagarle más que a nosotros dos juntos y hacerlo Vice-Papa. Ahora o nunca.

—Bueno, pues vamos allá.

Y allá nos fuimos. Era un día de calor abrasador y quedamos a tomar café con el cardenal en su palacio, fresco y amablemente sombrío en aquellos hornos de julio. Como sabíamos que, aunque no se le notara, tenía prisa, entramos pronto en materia.

—Bueno, me parece muy generoso de vuestra parte y tomo buena nota. Pero si no hace *La mañana* ni *La linterna*, ¿qué programa va a hacer? ¿El de Cristina?

Puede ser *La tarde*, el *Fin de semana*, los programas especiales o ser director general. Incluso si le pagan por no hacer nada, saldríamos ganando dinero. Podríamos devolverle a Onda Cero...

—...La jugada de García.

—Exactamente. Pero no se trata sólo del turbio placer de la venganza, don

Antonio, sino de que nos quedamos segundos y prácticamente a solas con la SER, porque Onda Cero se viene abajo.

Después, incluso podemos comprarla a un precio razonable.

—La idea es buena, sin duda. Vamos a pensarla un poco. Pero, en principio y al margen de lo de Carlos Herrera, vosotros renováis con la COPE, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y no tenéis más novedades para la temporada que viene?

—Yo estoy muy ilusionado con algo que llevaba años persiguiendo: una hora de humor como aquel *Debate sobre el estado de la nación* que hacía Luis del Olmo. El problema es que la clave de ese programa son los personajes de Alfonso Ussía, y él no quería volver a hacer radio. Por fin lo he convencido y empezamos en septiembre, con los del Grupo Risa. Se va a llamar « La jaranera », la finca de su personaje el Marqués de Sotoancho, y va a ser de mucha risa y poca política. Va a ser un éxito, ya lo verá.

—¿Y adonde vais vosotros de vacaciones? Supongo que tú a Miami con la familia, como siempre.

—Por supuesto. A meterme en la nevera y leer novelas policíacas mientras veo en la playa tostarse a la gente, pobrecilla.

—Bueno, pues si no nos vemos, hasta la vuelta. Descansad y preparaos para el año que viene, que me temo que tampoco será fácil.

—Páselo usted bien igualmente, don Antonio.

—Adiós.

—Adiós.

—Adiós.

De vuelta en la COPE, repasamos en mi despacho la entrevista con Rouco. César no lo veía muy claro.

—Para mí que no le hace demasiada ilusión. Y me temo que se lo contará a Cristina y a ella le sentará fatal.

—Mira, César, nosotros hemos hecho lo que debíamos. Ellos, que hagan lo que quieran, pero que no digan que hubieran querido traer a Carlos y completar la parrilla pero que, claro, nosotros no queríamos. Tienen dinero y tienen sitio. Si no lo fichan es problema suyo. Si Cristina lo quiere entender, bien, y si no, qué le vamos a hacer.

—No estoy muy lejos de pensar como tú. Lo que no me ha parecido es que lo de Ussía le gustara particularmente, y a mí me parece fantástico.

—Claro, es que a lo mejor tú no sabes por qué lo echaron.

—¿A Ussía? ¿De la COPE?

—De la COPE. Unas Navidades les pidió Luis del Olmo a todos sus humoristas que hicieran un villancico, y Ussía hizo uno que decía:

*En el portal de Belén
ya no tocan la zambomba,
porque un hijo de Setién
ha colocado una bomba.*

—¡No me digas!

—Hay una versión que me parece más redonda, pero no sé si está retocada:

*En el portal de Belén
ya no tocan la zambomba
porque le han puesto una bomba
unos hijos de Setién.*

—Todavía mejor, sí. ¿Y no había vuelto? ¿No lo habíais intentado traer?

—Luis lo intentó dos veces, pero le dijeron que no, que es que verás, que si los obispos vascos, que si tal, que si cual. Yo se lo he dado como cosa hecha y sólo de humor. Y si no ha dicho que no, será que sí. Chico, después de tanto sacrificio, yo creo que nos hemos ganado el derecho a reírnos un rato.

—Hombre, yo creo que sí.

Y, efectivamente, en la temporada siguiente, la 2005-2006, nos reímos mucho con «La jaranera». Fue lo único divertido en la COPE, porque el año resultó terrorífico.

Capítulo XVI

LA CAMPAÑA DEL GOBIERNO, POLANCO, VOCENTO Y GALLARDÓN PARA CERRAR LA COPE

En vista de la desorganización parcial del Partido Popular tras perder las elecciones, la cadena radiofónica COPE proporcionó la crítica mediática más eficaz contra la nueva legislatura socialista.

STANLEY G. PAYNE, *El catolicismo español*

Si la importancia de algo o de alguien se mide por el número y poder de sus enemigos, la COPE es importantísima. Si alguien o algo alcanza tanta importancia que para destruirlo se subvierten todas las garantías que protegen las libertades cívicas en una sociedad, o bien esa sociedad está realmente amenazada de muerte por ese algo y debe destruirlo para sobrevivir o bien esa sociedad es incapaz de garantizar la libertad de todos y cada cual debe defenderse como pueda de un despotismo generalizado, reñido con el pluralismo, la democracia, la moral, la Ley y la libertad. La campaña desarrollada contra la COPE durante la temporada 2005-2006, que empezó en la anterior y continuará en la siguiente, nos coloca ante una alternativa dos veces triste: o España sólo puede sobrevivir destruyendo la COPE, como buscan sus enemigos, o la COPE está en peligro de muerte porque España es una nación en estado de coma y el Estado de Derecho es un cadáver insepulto.

Obviamente, no es la COPE lo que supone un peligro para España, pues su único y declarado empeño es defender la Nación española y la Constitución que hace a los españoles ciudadanos libres e iguales. Pero si los que han decidido liquidar la Nación española como base del Estado y al Estado como ámbito de las libertades individuales se empeñan en destruir la COPE, que es lo que podremos comprobar en este capítulo, cabe suponer que el papel de esta cadena que sólo escucha el 20 por ciento de la audiencia total en la radio española es semejante al de los pequeños testigos de un gigantesco crimen. Hay que cerrar la COPE para que no hable. Para que nadie hable.

En el principio fue Polanco

Es corriente que cualquier crítica sufrida por un político, una empresa, un club deportivo o incluso un árbitro de fútbol se achaque a «una campaña» contra ellos. Yo espero que después de ver, a cuenta de la COPE, lo que es realmente una campaña de

destrucción, se limite el recurso retórico. Por mi parte, voy a ceñir a tres meses y a los medios de prensa escrita el estudio de esa campaña para liquidar la COPE. Los meses serán los de octubre, noviembre y diciembre de 2005. El juicio, del lector.

En *El País* del 10 de octubre, Miguel Ángel Aguilar publicaba un artículo titulado «La COPE no se calla», respondiendo al director de Informativos de la cadena, Ignacio Villa. Además del tono despectivo («Se impone reconocer que el colega Villa después de años de cuidadoso cultivo del *low profile* ha cobrado una gran imagen pública y se ha convertido durante la última temporada en figura del toreo»), desarrolla la idea básica de la campaña dirigida a la derecha: la COPE es un aliado objetivo del PSOE. Cuesta creer que, de ser cierto, eso molestase al principal apoyo mediático del Gobierno socialista. Sin embargo, lo propio de una campaña totalitaria no es apoyarse en hechos reales y racionales sino repetir infinitas veces una fórmula breve hasta que cale en la gente y se convierta en parte de su paisaje intelectual. Lo curioso de esta estrategia dictatorial es que obliga a los voceros a tragar el propio mensaje podrido que venden. Aguilar dice que el secretario de Estado de Comunicación, Miguel Barroso, había dicho a los grandes empresarios y/o anunciantes: «Tenéis que apoyar a Federico». Y lo explica: «Se trata del frío cálculo que considera los beneficios inducidos por el maximalismo de los sembradores de odio, que además acaban dictando la conducta del PP y le mantienen echado al monte. El miedo al regreso del aznarismo guarda la viña».

Lo importante de esta campaña contra la COPE no es, por tanto, el hecho paradójico y absurdo de que los medios de izquierdas protesten por el favor que le hace al Gobierno de izquierdas un medio de derechas supuestamente errado o radicalizado, puesto que en el pecado o el error llevaría la penitencia que a ellos debería solazarles. Lo esencial es la repetición de unos cuantos lemas para estigmatizar o, como suele decirse ahora, satanizar al enemigo. En este caso, es «odio». La COPE será acusada, en los tres meses siguientes, cientos, miles, millones de veces, de «sembrar el odio». Obviamente, se entiende que los que quieren cerrarla actúan en nombre del amor.

Sin embargo, la finalidad política inmediata de esa campaña era neutralizar la COPE en la campaña sobre el Estatuto de Cataluña, que suponía en la práctica la liquidación del sistema constitucional. Todos los medios exclusivamente catalanes se alineaban con la mayoría parlamentaria que apoyaba el Estatuto, a excepción del PP. De los medios audiovisuales de ámbito estatal sólo había dos que, por su cercanía al PP, podían atacarlo: la COPE y Onda Cero. Pero esta última, como Antena 3, es propiedad del Grupo Planeta, cuyo presidente, José Manuel Lara, había pedido públicamente un nuevo Estatuto de Autonomía en carta a *La Vanguardia* del 31 de agosto junto a los otros nueve empresarios más importantes de Cataluña. Neutralizada, pues, la única televisión no izquierdista y una de las dos cadenas de

radio de centro derecha, el único medio que se oponía al Estatuto era la COPE. Y siendo ésta propiedad de la Conferencia Episcopal, lo primero que se movilizó fue a los obispos catalanes, tan fácilmente movilizables a favor de las tesis nacionalistas. El 4 de octubre, el *Diari de Girona* abría fuego titulando: «*Els bisbes catalans podrien plantejar detnandar canvis ais continguts de la COPE*» («Los obispos catalanes podrían plantear pedir cambios en los contenidos de la COPE»). El 7, Àlex Masllorens lo desarrollaba en el *Avui*: «*L'Estatut, la COPE i els bisbes catalans*». Y el 8 de octubre, llegaba el ataque en tromba: «Los obispos catalanes piden moderación a la COPE» (*El País*); «El episcopado catalán tratará de poner freno a las ofensas de la COPE» (*El Periódico*); «El episcopado catalán ve legítimo el Estatut y reclama mutuo respeto entre los españoles», «Los obispos harán gestiones para corregir la línea de la COPE, de titularidad católica. Quejas por las ofensas y descalificaciones» (*La Vanguardia*, edición Madrid); y «*Els bisbes catalans volen corregir el to d'alguns programes de la COPE*» (*El Punt*), un titular que tuvo éxito, porque saltó literalmente a las agencias de noticias y a la prensa regional: «Los obispos catalanes quieren cambiar el "tono" de la cadena COPE» (*Diario Atlántico de Vigo*).

Nótese que las críticas al proyecto de Estatuto —criticable por definición en una democracia— se convierten desde el principio en «ofensas», terminología típica de la extrema izquierda o la extrema derecha totalitarias, y nunca dirigidas contra alguien concreto, un político o un partido, sino contra «Cataluña», obviamente atacada también por los catalanes que en la COPE y fuera de ella se oponían al Estatuto y que, por el hecho de hacerlo, merecían el anatema de «anticatalanes». Otra táctica muy típica de los grupúsculos extremistas es utilizar la sección de Cartas al Director para crear la sensación de que una determinada opinión política se está generalizando en la calle. Y en esos mismos días empezó el bombardeo de misivas contra la COPE: el 8, *El Punt* publica una carta llamando a retirar la publicidad de la COPE, y el día siguiente, el 9, pese a tener que haberla ya leído, publica la misma carta el *Avui*.

Los columnistas continúan en la línea marcada por los titulares de sus diarios. En *El Periódico* del 10 de octubre Joan Barril titula su comentario «Hartos antes de empezar» (se supone que a debatir el Estatuto que aún no se ha empezado a debatir en el Parlamento) y en él dice: «No hay día sin insulto. Eso de ser catalán se está poniendo difícil. Hablar con España casi obliga antes a jurar bandera». En realidad, sucedía exactamente lo contrario: ser catalán y no nacionalista era y es difícilísimo. Y hablar con los que se proclaman la encarnación de Cataluña obliga previamente a abjurar de España, empezando por la bandera. Una prueba es la viñeta que me dedicaba el *Avui* del día siguiente, el 11, en la que aparecían Goebbels y Satán en el infierno. Y decía Goebbels: «Un tal Jiménez Losantos, de la COPE, me está haciendo la competencia». Y respondía un Lucifer muy venido a menos: «Mira que era difícil,

Herr Goebbels».

Al día siguiente, en *La Vanguardia*, Oriol Pi de Cabanyes decía en «Nación de naciones»: «Desde el "Escolta Espanya" de Joan Maragall hasta hoy han pasado más de cien años. Aunque si entonces no faltaron ya quienes alimentaban el miedo a la desmembración de la España una (como hace irresponsablemente el PP), no existía un tan poderoso medio de intoxicación masiva como es ahora la COPE (dependiente, para escándalo de tantos cristianos, de la Conferencia Episcopal Española), que siembra a diario la cizaña del odio étnico». Nótese el triple disparate lógico de este discurso: hace cien años, dice, ya había quien temía la desmembración de España, pero omite La Razón fundamental: ya se había puesto en marcha el nacionalismo catalán. Ese miedo, según el articulista, lo tiene y lo manifiesta el PP, que representa a diez millones de electores y a la mitad de la opinión pública española, pero en vez de preguntarse por qué una fuerza política tan importante sostiene esa opinión, minimiza el casi todo para cargar contra la parte: más importante que el PP sería la COPE, que siembra el «odio étnico». Atención a esta gansada, porque, cien mil veces repetida por los papagayos nacionalistas, llegará a convertirse en argumento dentro del Parlamento Europeo: ¿qué entenderá por «étnico» el filósofo Pi? ¿Cómo los defensores de la unidad de España podrían sostener que los catalanes son españoles, sí, pero que, a la vez, constituyen una etnia diferente a la que se debe odiar? En todo caso, serían los separatistas los que proclaman una diversidad «étnica» de Cataluña y el resto de España, algo rigurosamente insostenible atendiendo a la historia, la cultura, la religión o la raza, al menos desde que los teóricos de la supremacía racial catalana como el doctor Robert cayeron en el descrédito.

Algunos catalanes se resistían a la manipulación étnica e ideológica. Así, al día siguiente, también en *La Vanguardia*, escribía Francesc de Carreras: «No sigamos cultivando en Catalunya esta eterna manía persecutoria. Dejemos de fabricar falsos mitos anticatalanes: no son únicamente la COPE y Federico Jiménez Losantos quienes discrepan del Estatut, sino otra mucha gente, muy diversa y distante, con razón o no, tanto de Catalunya como de fuera de Catalunya». Pero, ay era una gota de agua en el océano, al que en Zaragoza, por fastidiar, llaman charco; por otra parte, pedirle al nacionalismo que no cultive el victimismo es como invitarle a no respirar. Ese mismo día, 13 de octubre, Josep Pernaut publicaba en *El Periódico* y en su sección «Opus mei» la melopea judeonazi «Con una estrella en el pecho», donde el rebaño agresor se proclamaba ovejita agredida y además me imputaba a mí el proyecto de su exterminio: «Se propondría la creación de un distintivo que los catalanes que simpatizan con el tripartito deberían lucir en el pecho. Tendría forma de estrella, por ejemplo. Amarilla, además». En realidad, la mayoría aplastante e intolerante en Cataluña es la que forman ellos, y la minoría señalada, estigmatizada y perseguida es la de los pocos catalanes o no catalanes que se oponen al nacionalismo.

Sin embargo, para legitimar su agresión, todo nacionalista debe proclamar previamente que ha sido agredido, por muy falso que sea.

En Madrid, la campaña contra la COPE tenía —tuvo siempre— un sesgo distinto al de Barcelona, porque iba más dirigida a la clase política de derechas que a la base electoral de izquierdas. El mismo 11 de octubre en que el *Avui* me comparaba ventajosamente con Goebbels, Miguel Ángel Aguilar aseguraba en *El País* que «los ayatolás de la COPE incendian desde la madrugada el ánimo de los oyentes»; y en *La Razón*, Enrique Curiel, veterano dirigente comunista pasado al PSOE, explicaba a la derecha lo que realmente le conviene, que es para lo que ha quedado cierta izquierda baldía. Curiel titulaba «Serenidad», pero se notaba enfadado: «Las cosas que se han dicho durante estos días contra Zapatero —al que la derecha extrema cree insultar llamándole Rodríguez— resultan inauditas. Hasta los obispos catalanes hacen públicas las gestiones que realizan en la COPE para frenar las ofensas y descalificaciones que escandalizan a quienes las escuchan. Dejémoslo claro: no habrá Estatut anticonstitucional». Y concluía: «Aznar debe tener cuidado con el abismo: se puede caer y llevar el PP al arroyo».

Dentro de esa sorprendente y casi obsesiva preocupación de las izquierdas por asegurar el futuro de las derechas, caridad suicida que veremos una y otra vez en la campaña contra la COPE, es de reseñar la amenaza que, cada vez más claramente, transmiten los bienintencionados reconductores del rebaño a los prebostes ovinos: ¿a qué clase de abismo, a qué arroyo podría llevar Aznar al PP? ¿Al de la derrota electoral? Eso siempre sería bueno para España, según el análisis lógico de las izquierdas. ¿Qué peligro les ronda, pues, más allá del error conceptual y de eternizarse en la oposición? ¿La ilegalización, quizá? ¿Pasar de ser un partido tolerado por la izquierda en el Poder a un partido perseguido y fuera del sistema? No hay otra forma de entender la amenaza. Y sin duda así la entienden los profesionales de la política que en los andurriales de la derecha están dispuestos a perder casi todo, excepto dos cosas: la carrera y la cartera.

Pero la proclamada serenidad cureliana no impregnaba del todo, ay, el vendaval zurdo contra la COPE. El 14 de octubre, la edición valenciana de *El País* publicaba la columna de Francesc de P. Burguera, que, sin haber compartido infancia ni intimidad, suele llamarme «Federiquín», para luego compararme —no es muy original, pero cada uno llega adonde llega— con Queipo de Llano y sus charlas en Unión Radio Sevilla. Más contrastada parece esta denuncia: los obispos «aprovechan las homilías dominicales para transmitir las proclamas federiquinas». El trabajo de campo tuvo que resultarle agotador. Y la música tampoco era bálsamo para sus pesares: Joaquín Sabina publicaba en el *Interviú* del 17 al 24 de octubre unas coplas de orden satírico-injuriioso tituladas «Por todos Losantos». Y el mismo 17, Jaume Rexach, en *Cambio 16*, añadía más letra a la música: «España no tiene ningún problema: ni Catalunya, ni

el Rey, ni Rodríguez Zapatero. El único problema que tenemos radica en la tontería de cuatro descerebrados que desde la COPE, *El Mundo* e Internet intentan reventar la convivencia democrática en España y en los incautos que, desde las filas del PP, le siguen».

La idea de una desestabilización de la democracia española a manos, o pies, de la COPE, *El Mundo* e Internet (léase *Libertad Digital*) pudo parecer exagerada. Sin embargo, poco después, y a cuenta del Estatuto del Periodista que trataba de imponer la izquierda, Polanco la suscribía editorialmente en *El País* del 23 de octubre:

A pocos observadores atentos se les escapará que el periodismo atraviesa en España uno de los momentos más críticos de su historia reciente. La lista de males no es corta: quiebra de la deontología profesional; manipulación de la información para someterla a intereses espurios; falta de transparencia de muchos medios sobre su estructura o su ideario y fragilidad laboral de amplios sectores profesionales. Todo ello ha cristalizado en una preocupante indefensión de los ciudadanos ante los abusos de algunos medios. Unos abusos que, en demasiadas ocasiones, derivan llana y simplemente en corrupción.

(...) Nadie niega que los problemas existen y que alcanzan por igual a los periodistas, cuyo prestigio se ve salpicado por las malas prácticas de algunos de ellos, y a los lectores, que asisten con creciente estupefacción a la deriva en la que se ha embarcado un reducido grupúsculo de medios en España, tanto de radio y prensa escrita como, pese a su juventud, también de Internet. Con todo, el proyecto de Estatuto del Periodista que debate la Comisión Constitucional del Congreso constituye la peor solución posible que cabía imaginar.

(...) Otros países de nuestro entorno viven también, o han concluido ya, procesos de regulación semejantes. Casi siempre con vivas polémicas que, no obstante, no han alcanzado el nivel de ruido del caso español, correlato exacto de la amalgama de insultos, infamias, intromisiones en la intimidad, amarillismo o confusión entre información y opinión que diariamente trata de pasar por periodismo de calidad en los quioscos y las ondas de este país. Traspasar el amplísimo territorio de la opinión para adentrarse resueltamente en los pantanos de la desestabilización de las instituciones democráticas constituye otra peculiaridad española que no tiene parangón en el resto de Europa, y en cuya práctica destaca, de forma paradigmática, la emisora radiofónica de los obispos.

Alguno pensará que en este editorial Polanco hace autocrítica de las campañas denigratorias de *El País* contra el juez Liaño y su esposa, de la justificación del vídeo contra Pedro Jota, de la publicación de conversaciones privadas grabadas ilegalmente (Benegas, Jesús Cacho), de la campaña de «agitprop» del 13-M, de tantas operaciones de destrucción personal y chantaje periodístico o político (Antonio Herrero, José María García, Borrell, Redondo Terreros) que, mezclando opinión e información al servicio de la financiación, han hecho temido y temible al imperio PRISA. Pues no. Resumen de ataques pasados y guión de ataques futuros, Polanco proclama la excepcionalidad de la COPE en Europa (hecho que, en sí mismo, no significa nada pero que se repetirá como acusación en meses venideros) y la sitúa en «los pantanos de la desestabilización de las instituciones democráticas». Lástima que no explique de qué pantanos se trata, ni en qué consistía la desestabilización, ni, lo más importante, si las instituciones han sobrevivido a la subversión. Tampoco que el ataque se produzca dos días después de que la COPE contase que la Fundación Atman que preside la señora de Juan Luis Cebrián, consejero delegado de PRISA, había recibido a bombo y platillo, como pieza importante dentro de la Alianza de Civilizaciones, a Tariq Ramadán, propagandista islámico que tiene prohibida la

entrada en Estados Unidos y los países europeos más importantes por su relación con las redes de Al Qaeda y el terrorismo fundamentalista.

Pero el editorial polanquista supuso el respaldo definitivo a la campaña contra la COPE, tanto en los medios de comunicación como entre los políticos. Al día siguiente, Alejandrina Gómez firmaba en el semanario político *Tiempo* un reportaje de tres páginas, «La COPE divide a la Iglesia. La crispación por el Estatut preocupa a los obispos», que repetía cansinamente el argumentario del nacionalismo catalán, siempre con los obispos buenos, que son pocos y catalanistas, contra los malos que son muchos pero serían menos malos si amordazaran a la COPE. La guinda del refrito la pone Faustino F. Alvarez, veterano colaborador de Luis del Olmo, con una columna de opinión en la que lamenta que la llegada de Blázquez no haya servido para «reflexionar sobre la beligerancia partidista de algunos espacios de la programación de una cadena cuyos estudios están presididos por la frase evangélica "La verdad os hará libres"». En realidad, a Faustino la verdad no le hace mucha gracia si no es la suya, de ahí la cita machadiana: «...La tuya, guárdatela». Tanto y tan bien lo hace que, al final, nos lía un poco: «La Iglesia sabe que la titularidad de un medio de comunicación le da poder pero también le obliga a mostrar su rostro. Y, de todos los rostros posibles, los obispos catalanes piensan que no se ha optado por el mejor». ¿Quiere volver Faustino con Luis del Olmo a la COPE tras su fracasada experiencia en Punto Radio? ¿O tal vez se trata de una prueba más de ese extraño afecto que despiertan los obispos catalanes en todos los que no van a misa y odian a la COPE?

El mismo día 24 de octubre, Borja Ventura utilizaba uno de los medios más sañudamente anti-COPE, *Periodista Digital*, para abrir de nuevo otro frente contra *La mañana* a cuenta del Grupo Risa. Esta vez, la excusa es una pieza satírica sobre el asalto a las vallas de Melilla, escandalosamente permitidas por la policía marroquí; y se acusa a Echeverría y sus colegas de «reírse del drama humano» y de utilizar frases tan intolerables como «me gusta el jamón», cuando el cerdo está prohibido por el Corán. Tremendo. En el *copypaste* de los hermanos Rojo, Ventura cita a unas Comunidades Cristianas Populares del Estado Español que han escrito a Blázquez una carta contra *La mañana* a la que achacan una «tónica grosera de ataque fascista» y en las que se dicen «dañados en nuestra integridad como seres humanos».

Esto de los cristianos de extrema izquierda atacando a los medios católicos o conservadores para dar cobertura confesional a las campañas polanquistas es una constante del género. En todas las campañas contra la COPE, desde tiempos de Antonio Herrero, siempre han figurado en vanguardia una especie de jenizaros confesionales cuya función es la de rasgarse las vestiduras en perfecta sintonía con los enemigos de la cruz. Además de María Antonia Iglesias, ducha en entrevistar a clérigos arrojadizos, Polanco mantiene un departamento de agitación clerical,

poblado por lo que podríamos llamar «bajacuellos en nómina» y dirigido por el jesuíta Martín Patino, cuya función esencial es precisamente la de bendecir cualquier campaña anticlerical, antipapal o directamente anticristiana siempre que se dirija contra la COPE u otros enemigos de Polanco.

También resulta llamativo, por no decir heroico, cómo estas almas sensibles no optan por el cómodo recurso de cambiar de emisora de radio según las costumbres habituales en cualquier democracia. Nada les costaría recurrir, por ejemplo, a la SER, donde han podido oírse conversaciones grabadas en un confesonario y toda clase de injurias contra el Papa y la Iglesia sin que jamás haya sido censurada por estos popularísimos cristianos de base... cero. También podrían frecuentar la auténtica cadena de los obispos catalanes, Radio Estel, cuya íntima audiencia nacionalista componen siete mil oyentes. Pero no: esta piadosa clerigalla progre, cuya única función conocida es la de atacar por lo teológico lo que no pueden derribar de otra forma los enemigos de la cruz, debe vivir junto a los que quemarían iglesias como durante todo el siglo XX si el nacionalismo no las hubiese vaciado. Es cierto que, al ser abiertamente incompatibles con la democracia y el pluralismo, sus ataques no tienen demasiado valor moral, pero reconózcase que estar todos los días condenados a oír y maldecir la COPE, pudiendo oír otras, resulta una penitencia crudelísima. ¿Por qué terrible pecado se la impondrían?

El día 27 de octubre, sólo cuatro después del editorial polanquista, el ministro de Industria y Telecomunicaciones, José Montilla, bajo cuya protección está la radio, abre el frente institucional en la campaña contra la COPE. Durante una rueda de prensa junto al nuevo secretario de comunicación, Fernando Moraleda, y al secretario general del PSOE José Blanco, el ministro dice que le molesta «de manera especial» que «desde alguna cadena de emisoras, para más señas, porque ya saben que a mí me gusta, más o menos, hablar claro, propiedad de los obispos» se lancen «mensajes que incitan al odio, la división y la confrontación y que sólo hacen que sembrar cizaña e ir contra los valores que en teoría defienden los titulares de esa cadena». «Eso sí me parece que no es de recibo, eso no pasa en ningún país de Europa. No encontrarán ustedes en ningún país de Europa ninguna cadena de radio, ni ningún medio de comunicación de la Conferencia Episcopal correspondiente, que haga el papel que aquí está haciendo la que ustedes conocen».

Aunque Montilla a duras penas terminó el bachillerato, es evidente que ha leído provechosamente el editorial de Polanco y, con esa simpática torpeza tan suya, repite y hasta *tripite* eso de que en Europa no hay nada como la COPE. Si a eso vamos, tampoco hay nada como lo de Polanco, ninguna democracia occidental padece un imperio tan gigantesco sobre las conciencias y la opinión pública, a cuyo lado la COPE es empresa pigmea. Pero a Montilla esa euroexcepción no le preocupa: la admira, la obedece. Más aún: sabe armonizar la inquisición valdemorillense de la

meseta y el anatema separatista de las Ramblas, y añade, es decir, repite, «odio», «división», «confrontación», «cizaña»... Todo copiado, sí, pero, ¡con cuánto empeño! Casi puede vérselo mordiéndolo el lápiz.

En la citada rueda de prensa, el esforzado bachiller arremetió también contra el PE, liturgia habitual en la campaña. Por un lado, se dice que la COPE no representa a nadie, y por otro se la identifica con el PP, que representa a media España. ¿En qué quedamos? Quedamos en que, si pudieran, liquidarían a los dos. Olvidando muy injustamente a la facción gallardonita del PP, que se caracteriza por su fervor genuflexo ante el izquierdismo y el nacionalismo, así como por su desprecio contra todo lo que suene a derecha, Montilla criticó «la virulencia de las manifestaciones de destacados protagonistas de la vida política española, particularmente de los principales dirigentes del PP, acompañados por algunos entusiastas líderes de opinión, con sus afirmaciones, en muchos casos, rotundamente falsas y confabulaciones sobre su contenido, el del Estatuto, carentes de cualquier apoyo en el texto de la reforma». Añadió que se estaban «levantando banderas y cavando trincheras» en la defensa de conceptos que, según dijo, «no están cuestionados por la reforma estatutaria que hemos de discutir».

La verdad era —y por desgracia es— que el Estatuto proclama la nación catalana, establece derechos y deberes distintos para los catalanes y el resto de los españoles, discrimina y persigue a los castellano-hablantes de Cataluña y liquida la Constitución de raíz, esa que define a España como «patria común e indivisible de todos los españoles». Tan evidente era eso en el proyecto que por entonces defendía Montilla que, al año siguiente, Zapatero presumió de haber podado los aspectos «más inconstitucionales del texto», presunción excesiva, como todas las suyas, pero cierta. Y no hubo un solo dictamen jurídico que no encontrara docenas de preceptos anticonstitucionales en ese Estatuto que, podado y todo, tiene más artículos que la Constitución de Corea del Norte. Montilla defendió la intangibilidad del Estatuto frente al PP con el mismo empeño con el que más tarde, candidato a la Presidencia de la Generalidad en vez de Maragall, defendió el Estatuto manoseado y retocado por Zapatero y Artur Mas, su nuevo aliado.

Polanco, ante semejante ataque del Gobierno contra un medio de comunicación, se puso, naturalmente, del lado del Gobierno; acaso en recompensa a la aplicación con que el bachiller Montilla repetía sus argumentos editoriales. Y salpimentó el ataque a la COPE con una de esas operaciones típicas en las policías de los regímenes dictatoriales que consiste en recortar fragmentos de una larga charla (en este caso, las seis horas de La mañana) y tergiversar su sentido sacándolas de contexto. Pero como además de liberticidas son chapuceros, la base de datos en que se basaron para descalificar mi programa fue... solamente la del día anterior. La tremenda campaña eran cuatro frases recortadas del día anterior. Exhaustiva investigación la del escriba

de cámara destacado por Polanco en el séquito de Zapatero. Pero cuando le conviene, que en Cataluña es casi siempre, Polanco suele presentarse a sí mismo como un simple empresario («también lo eran los tratantes de esclavos», diría cualquiera de sus escribas si no supiese que el que habla es su amo) y, en la campaña a favor del Estatuto y contra la COPE, se identificó, hasta extremos de manipulación coreanos, con ciertas empresas catalanas de cava que el año anterior, a raíz del boicot del nacionalismo catalán a la candidatura de Madrid a los Juegos Olímpicos, habían sufrido pequeñas pérdidas de ventas, un 10 o un 15 por ciento.

Conviene recordar que, asumiendo la representación de la sociedad civil catalana (luego supimos que fue tras llamada telefónica del propio Maragall: así funciona esa famosa sociedad civil), diez empresarios, entre ellos el mayor vendedor de cava, habían pedido en la ya citada carta a *La Vanguardia* (30 de agosto de 2005) que el Parlamento de Cataluña diera satisfacción cuanto antes a la demanda de un nuevo Estatuto. La demanda, según encuesta del mismo diario, no la sentía más que el dos 2 por ciento de los catalanes, y los empresarios lo sabían. Sin embargo, mintieron para no tener problemas con el Gobierno nacionalista; gimotearon luego ante la posibilidad de que alguien dejase de comprar sus productos como represalia por su protagonismo político, amenazaron después a los medios en que se criticase su actitud y, en fin, tras decir en público justo lo contrario que en privado, coronaron su heroica actuación pidiendo que se aprobase cualquier Estatuto, el que fuera, pero cuanto antes. ¿La Nación, la Constitución, las libertades, incluso en materia económica? ¿Qué les importan a estos padres putativos de la Cosa Nostra (la Cataluña pujolista) mientras sigan ganando pasta! Ah, y si alguien pone en peligro los beneficios, ahí está Polanco, el policía bueno, atacando como si de un crimen se tratase el supuesto «boicot» a los productos catalanes promovido por la COPE.

Aclaremos dos verdades: la primera es que el único boicot organizado contra productos catalanes, como descubrió y publicó *Libertad Digital*, era el que hacía una página web subvencionada generosamente por la Generalidad en la que los productos aparecían divididos en dos columnas bajo los epígrafes: «*Compreu / no compreu*», es decir, comprad / no comprad, según el etiquetaje fuera exclusivamente en catalán o, por atender a los compradores de toda España, en español. Cuando se destapó el escándalo, hicieron lo mismo que la SER con la fonoteca del 13-M: borrar las pruebas tras perpetrar la fechoría, olvidando que en la Red las pruebas nunca se borran del todo. La segunda verdad es que lo único que realmente se me puede reprochar es que, teniendo todo el derecho del mundo a hacer ese boicot comercial frente a una agresión contra la libertad y contra todos los españoles —catalanes no separatistas incluidos— que supone el nuevo Estatuto de Cataluña, yo, por convicción y por no perjudicar a la COPE, no propugné el boicot. Me limité a manifestarle al señor Ferrer (Freixenet) que no se podía promover un Estatuto que

rompía España y, encima, pretender que los españoles le dieran las gracias comprando su cava. Para boicot, el que esa burguesía oronda y genuflexa viene haciendo a las libertades y a la nación española.

Sin embargo, no se entendería del todo la campaña contra la COPE si se desliga de la campaña de defensa del Estatuto, que básicamente consistió en atacar a cualquiera que lo criticase pero sin defender jamás concretamente un solo artículo. La defensa del Estatuto se confundió deliberadamente con dos asuntos teóricamente muy alejados, pero tribalmente muy mezclados, hasta el punto de identificarse: el supuesto boicot al cava y las nada supuestas críticas a la OPA de Gas Natural (La Caixa) sobre Endesa. El boicot nunca existió y la OPA, que según dijo Rubalcaba en el Congreso, era «medio Estatuto», fracasó, aunque no antes de enterarnos de que La Caixa le había regalado al «árbitro» Montilla, responsable de finanzas del PSC, mil quinientos millones de pesetas que debía su partido. Aclaremos: cuando ya era ministro. La sociedad civil catalana no es amiga de derrochar a lo loco. Corrupción, la que haga falta, pero sin tirar los precios.

La reacción contra la agresión de un ministro cuya primera obligación es la de garantizar el cumplimiento de la Constitución en el ámbito de su jurisdicción fue escasa. Aparte de *El Mundo*, ningún periódico, ni siquiera *La Razón* (su propietario, Lara, fue uno de los diez empresarios catalanes que pidieron el Estatuto en *La Vanguardia*), respaldó abiertamente a la COPE. Sólo en Internet, lógicamente con *libertaddigital.com* a la cabeza, hubo un movimiento amplio de rechazo contra el Gobierno. Pero en *El Periódico* Salomé García lo reflejó así: «Una acusación del ministro a la COPE despierta a la ultraderecha en la Red». Tal vez Salomé sea de la misma tribu bachillera que Montilla, porque en sus ataques a la COPE no hay, en rigor, acusaciones concretas. Ni un párrafo, ni un argumento rebatible, ni un ataque a su persona: nada de nada. En la campaña, nunca se citarán frases concretas con un contenido claro y discutible. Jamás. A una injuria sucederá otra, aunque siempre diciendo que el que injuria es el injuriado.

Pocas piezas tan elocuentes en ese sentido como un editorial (todo recuadro de opinión sin firma debe considerarse así) publicado en *Levante* al hilo de un pequeño altercado en el pleno municipal de Getafe, en el que se debatió una moción contra el Estatuto, con zarandeos y desmayos. Se titula «Cínicos judíos y bocazas» y dice: «El anticatalanismo es una de las aplicaciones del antisemitismo, de hecho los odiadores de lo catalán suelen revestir ese ser colectivo y al parecer viscoso con los mismos atributos con que solían adornar al judío, a su caricatura: como los israelitas tienen ahora un magnífico ejército, es menos arriesgado meterse con los catalanes. Como no parece que nuestros hermanos en Cristo, los arzobispos, vayan a ser un poco más sensatos, no desde luego a través de sus voceros de la COPE, reparemos en algunas saludables evidencias: si El País estuviera la mitad de mal de lo que dice Jiménez

Losantos, los desmayos de Getafe serían tiros en cada esquina. La Constitución, que yo sepa, sigue en vigor».

Amenaza de bomba, desalojo de la COPE y la gran traición de ABC

En este clima de moderación y diálogo, pleno de tolerancia y respeto al derecho constitucional y a la libertad de expresión, al día siguiente del llamado «montillazo», el 28 de octubre, se recibió en la COPE una llamada a mitad de mi programa anunciando la colocación de una bomba en el edificio que estallaría en pocos minutos. Cuando me avisaron yo estaba en el micrófono y dije a mi equipo que el que quisiera dejar el estudio y el edificio de la casa, podía hacerlo, pero que yo no pensaba interrumpir mi programa, que era lo que los terroristas, reales o simbólicos, querían conseguir. Sin embargo, la campaña de la prensa catalana, el señalamiento del objetivo por parte de Polanco y el ataque público del Gobierno contra la emisora habían calado en el propio personal de la casa y, muy especialmente, en la dirección, que ordenó el desalojo del edificio. Pese al evidente escalonamiento de las amenazas, no era razonable pensar en un atentado, por dos razones: porque matar no suele avisarse, al menos una sola vez, y porque sería contraproducente para los organizadores de la campaña contra la COPE, el PRISOE y los nacionalistas catalanes, que se presentaban como víctimas pacíficas de una fuerza totalitaria, es decir, al revés de lo que son y venían demostrando a diario.

Como yo ya he pasado por la experiencia de sufrir el terrorismo y he tenido tiempo para pensar sobre los sentimientos que genera, que son mucho más fuertes que los pensamientos, estaba convencido de que lo último que debíamos hacer era suspender la emisión. Yo debía permanecer en el micrófono tratando de calmar a la gente y de quitarle importancia al asunto, aunque, obviamente, hubiera quedado mucho más llamativo entonar un réquiem por la libertad de expresión, hacer culpable de todo a Zapatero y Polanco —que lo eran— y decir, como MacArthur: «¡Volveré!». Sin embargo, el terrorista triunfa si la reacción de la persona o personas agredidas es de miedo, así que, por encima de cualquier otra consideración, había que aguantar a pie de micro. Me quedé en el estudio, sin abandonar el micrófono. Casi todos se bajaron a la calle y alguno se quedó. Recuerdo especialmente a Isabel González, mi colaboradora más antigua a pesar de su juventud, que se quedó junto a mí sin aspavientos, como siempre y más que nunca. Recuerdo también a Maite Toribio, una profesional extraordinaria que se mantuvo en el control del programa hasta que el jefe de los técnicos les ordenó salir del edificio. No obstante, le dije que dejara el micrófono abierto, porque yo iba a seguir aunque fuera leyendo las *Páginas*

Amarillas. Pero de pronto me llegó la noticia, aunque nadie en la casa vino a comunicármela, de que se cortaba la emisión en toda la emisora hasta que pasara la hora que los terroristas habían dado para la explosión. Creo que, incluso manseando en la huida, hicieron bien en no venir a decírmelo, porque en esas circunstancias de falsa calma y nervios desatados le hubiera saltado al cuello al mensajero como el lobo de Gubbio antes de encontrarse con San Francisco de Asís. O sea, como una fiera. Si se hubiera grabado, la transcripción —conveniente pasada por ese filtro a la americana que emite un pitido en vez de un taco—, hubiera sido muy emotiva.

—¡Pero (piiiü), qué (piiii) es eso de cortar la emisión! ¡A quién (piii) se le ha ocurrido la idea! (Piii) (piiii) (piii) ¿Es que no ven que así estos (piii) van a poder cortarla cuando les dé la gana? Pero (piii) (piii), vamos a ver, (piii) (piii), ¿quién (piii) ha dado la orden? ¿Pero qué (piii) es esto? ¿Pero esto es una radio o una casa de (piii)?

Era una radio, pero en silencio. La orden no la había dado nadie pero casi todos se habían bajado a la calle. Yo me quedé con Isabel en el estudio, refunfuñando, ora sentado en la gran mesa circular con cara de Jovellanos, ora levantándome para que mi escolta me contase las novedades de la evacuación, mientras mugía y petardeaba por lo bajo como uno de aquellos motores antiguos que hipaban gasolina antes de quemarla. Lo de sacar a la gente a la calle y dejar que se quedase en la puerta por si estallaba la bomba es uno de esos típicos monumentos a la estupidez humana que el terrorismo levanta con pasmosa facilidad. De estallar, hubiera matado a más gente en la acera que dentro de la casa, incluso si se hubieran derrumbado los seis pisos del robusto inmueble. Pero ni los miedosos ni los curiosos cayeron, por lo visto, en la cuenta.

A los siete minutos, el general de aquella inteligente maniobra dio por concluida la anábasis y se reanudó la emisión. Yo dije, y esto sí quedó grabado: «Ha sido la típica llamada de un idiota. Es una tontería y lamentamos que haya habido esta interrupción». Algún dicterio solté contra los que, de forma tan lógica como absurda, les habían dado a nuestros enemigos aquella miserable victoria moral de callarnos durante siete minutos. Nada para lo que realmente me apetecía decir. Transcrito sería un larguísimo pitido.

Varios meses después de aquel episodio, que además de real tiene un alto valor simbólico, entiendo y justifico el modo de comportarse de los directivos, aunque no el atolondramiento de dejar que la gente se quedara en la acera a ver si estallaba la bomba. Yo estaba —estoy siempre— mentalizado para que algo así pueda pasar, de modo que no me puede coger de sorpresa, pero comprendo que los demás no vayan por la vida con esta mochila de precauciones, que, aunque se ha convertido en una segunda naturaleza, resulta bastante pesada. Sin embargo, yo tenía razón en el sentido de que toda debilidad ante el terrorismo es un triunfo del terror. Y que las amenazas

sin más efecto que el de asustar son parte, y parte sustancial, decisiva, de la estrategia terrorista, ya que sin la constancia de un atentado anterior nadie tendría temor a otro atentado, ahora contra él. Los anarquistas del XIX llamaban al terrorismo «la propaganda por el hecho». Y el hecho era que, para regocijo de los que habían montado la gigantesca campaña contra la COPE, habíamos tenido que cortar la emisión de *La mañana*. Siete minutos o setenta, da igual. En lugar de los responsables de la emisora, probablemente yo hubiera hecho lo mismo que ellos entonces. Pero en mi lugar volvería a hacer lo mismo.

El desalojo de la COPE por amenaza de bomba se convirtió, primero, en noticia y luego en un test para los medios de comunicación. A nadie se le ocultaba que de una u otra forma estábamos ante un efecto de la campaña de la prensa catalana, Polanco y el Gobierno contra una cadena de radio para tapar las vergüenzas del Estatuto de Cataluña. *El Mundo* lo explicaba perfectamente en el título de uno de sus editoriales pequeños: «El problema no es la COPE, ni Aznar, ni el PP; es el Estatuto». Y atacaba a Montilla diciendo que lo peor de sus palabras era que las hubiera pronunciado «el ministro que tiene potestad reguladora sobre los medios de comunicación audiovisuales. (...) Es evidente que Montilla se ha descalificado como árbitro imparcial respecto a la COPE cuando en el futuro se vea implicado en decisiones que le afecten». Mi columna de ese día se titulaba «Montilla, dimite», por titular que no quede. Pero lo realmente siniestro se produjo precisamente entonces, demostrando que la batasunización de Cataluña y del PRISOE era, en lo que a la COPE respecta, deliberada, encanallada e irreversible. Y que el *ABC* se descubría o, mejor, se desenmascaraba como el puñal que debía apuntillar al cordero radiofónico. Nunca un medio de la derecha española se ha portado tan abyecta y miserablemente contra otro como el diario de los Luca de Tena, vendido a Vocento y alquilado ideológicamente al PRISOE, contra la COPE.

En Internet, aparte de *libertaddigital.com*, hubo muestras de apoyo abundantes y análisis de mucha enjundia. Juan Fernando Dorrego (que viene precisamente del *ABC* cuando aún era el *ABC*) publicó un artículo titulado «Cebrián, ante la crisis de la SER, atiza el cerco contra la COPE», e interpretaba la amenaza de bomba como una prueba sobre el comportamiento de los medios de comunicación ante el reto al régimen constitucional que suponía el Estatuto, del que la campaña oficialmente iniciada por Montilla contra la COPE, aunque nacida en Barcelona y alimentada por Polanco, era sólo una pieza más. Pero ponía el acento en la caída de audiencia de la SER y en el ataque a la COPE como forma de cerrar sectariamente filas. «La grave acusación, sobre la que los medios de comunicación mantuvieron un pudoroso silencio —decía—, fue seguida en *La mañana* del jueves por una amenaza de bomba a la emisora que obligó a la suspensión durante siete minutos del programa que dirige Federico Jiménez Losantos, quien rechazó las calumnias de Montilla asegurando que

no había hecho ni el bachillerato. Como suele ser en estos casos, las explicaciones de Antonio Bolaño, dircom del Ministerio de Industria, han resultado más embarazosas». Y se refería al editorial del diario de PRISA *Periodistas* como antecedente de lo que estaba pasando.

En *elconfidencial.com*, Federico Quevedo recordaba que el ataque editorial de *El País* a la COPE se había producido al criticar ésta la invitación, recepción y agasajo en la Fundación Atman por parte de Cebrián y señora nada menos que a Tariq Ramadán, un sujeto que no puede pisar el suelo de los principales países occidentales sin ser detenido por claros indicios de complicidad con el terrorismo islámico. Bajo el título «De cómo Montilla incendia la COPE mientras la izquierda más sectaria se abraza al ideólogo de los terroristas del 11-M», Quevedo escribía que, tras el ataque de Montilla, «no hacía falta esperar mucho para que las consecuencias de sus actos se hicieran patentes: un aviso de bomba obligó a desalojar ayer la citada emisora de radio en plena emisión del programa de Federico Jiménez Losantos. No me extraña nada. (...) La izquierda tira la piedra y esconde la mano, siembra la cizaña y se sube al monte a esperar que crezca y dé sus frutos para recogerlos: los frutos del odio y del rencor, que son los que ellos llevan dentro y alimentan sus almas».

La prensa progre de Barcelona se mostró claramente insatisfecha con la amenaza de bomba. Al día siguiente, *El Periódico* respaldaba la cobertura judicial de las amenazas terroristas con este titular: «Carod pide querellas contra el "odio étnico" de la COPE». Dos periodistas, M. Andreu y M. Baldomá, conseguían redactar heroicamente algunas líneas sobre el suceso del día anterior: «El periodista aludido por Carod, Jiménez Losantos, fue noticia ayer. Tuvo que interrumpir su programa durante unos minutos a causa de una falsa amenaza de bomba», y seguían atizando. Por lo visto, para estos sujetos, lo normal de ser noticia en el periodismo es que tengas que desalojar tu medio por amenaza de bomba. Pero lo importante es el tono, que no desmerece el que emplea *Gara* para hablar de las hazañas terroristas de ETA. Al lado, el voluntarioso ejercicio de sectarismo criminoso que exhibía *La Vanguardia* quedaba en eso, en fruto de la voluntad sin el necesario excipiente de ira. «Si Mariano Rajoy quiere exhibir músculo puede hacerlo en la sede de su partido o en los locales de la COPE cuando fomentan el enfrentamiento, (...) a Cataluña se la defiende denunciando a los que echan gasolina al fuego, no acusando a los bomberos de pirómanos». Esforzado pero flojo. Era más convincente *El Periódico* en otro pseudo-reportaje de Luis Sanchís sobre el supuesto boicot a los productos catalanes que supuestamente promovía yo. Ni una sola línea para la página de Òmnium Cultural subvencionada por la Generalidad en la que se exhibe una larga lista de productos catalanes que no deben comprar los patriotas cuatribarrados por no estar, ay, etiquetados únicamente en catalán.

Pero, como siempre, el que ganaba la partida —aunque fuera en una carrera de

ratas— era Polanco. Cabe imaginar el follón y la inmensa zapatiesta organizados por el imperio si en vez de la COPE hubiera sido la SER la desalojada por amenaza de bomba. Pero como se sentían autores intelectuales del acoso a la empresa rival, exhibían esa petulancia fascistoide tan típicamente suya y titulaban: «Rouco Várela asegura que España merece una oración en estos momentos tan cruciales». Llegados a este punto, un extraterrestre o simplemente un extranjero diría: «¿Pero es que el desalojo por amenaza de bomba se contaba con ese titular?». Pues sí. El mero hecho de dedicarle a la COPE un titular que no sea injurioso supera la capacidad sensible de los escribas polanquianos, que prefieren dar la noticia de contrabando y sin avisar. Si en las escuelas de periodismo se estudiase periodismo, sería de obligado estudio el modelo desarrollado por *El País* para dar una noticia sin darla y esconderla hasta lo inverosímil. Veamos la joya.

Tras una larga crónica de Juan G. Bedoya (cronista oficial de la era felipista que en el zapaterismo ha tenido que ceder los laureles de la oficiosidad progre a Aizpeolea), que resume asépticamente la conferencia de Rouco el día anterior en el Club Siglo XXI, Bedoya abre corchetes, porque los paréntesis se le quedan demasiado chicos, y dice:

[Por otra parte, la COPE, cadena de emisoras de la Conferencia que presidió Rouco desde 1999 hasta el mes de marzo pasado, tuvo que interrumpir ayer sus emisiones durante siete minutos por una amenaza de bomba recibida a las 10. 30, que resultó falsa, cuando se emitía el programa de Federico Jiménez Losantos. Éste se refirió al ministro de Industria, José Montilla, en estos términos: «Cuando tú, Montilla, del partido de Filesa, del partido del GAL, cuando tú amenazas a los medios de comunicación no afines, ¿qué debemos entender, Montilla, que vas a fundar otra vez el GAL? ¿Para qué? ¿Para atacar a los periodistas desafectos? (...) Tú no eres un ministro de un Gobierno de España, tú eres enemigo de la nación española.]

La manera de presentar la noticia sin presentarla, de contar las cosas fuera de contexto y de justificar lo difícilmente justificable es ejemplar dentro de los cánones del polanquismo, cuyo parecido con algo remotamente similar al periodismo es sólo una casualidad ripiosa en consonante. ¿Cómo no vamos a tener que hacer algo, parece sugerir Bedoya, contra un tío capaz de hablar con desenvoltura semejante? Ese es Polanco, ése es Cebrián, ésas sus criaturas, ése su inimitable estilo fascio-fashion, su técnica de opinar a puntapiés, eliminando físicamente cualquier opinión ajena, ayer en el exitoso antenicidio, hoy en el proyectado copecidio. En realidad, resulta tan fácil oponerse al mal cuando es tan redomadamente malo como el del Imperio Prisaico, que a veces pienso que los antipolanquistas deberíamos pagar un impuesto por el bienestar moral que tan fácilmente nos procura. Es como ser de izquierdas pero en mejor. Un chollo. Claro que luego pienso en la cantidad de dinero que los gobiernos de turno le han regalado y le regalan a Polanco y veo que, en rigor, ese impuesto ya lo estamos pagando. Criticarlo es como pedir la devolución de Hacienda. Por pedir que no quede.

Y a veces la desvergüenza de la secta polanquista resulta insoportable incluso en

ellos, que son la insoportabilidad con patas. El mismo 28 de octubre en que nosotros hubimos de abandonar la COPE por amenaza de bomba, Daniel Anido, director de la SER, no dijo en la asamblea anual de Ibiza una sola palabra de solidaridad con sus competidores —la hipocresía es gratis— sino que, acaso insatisfecho con el susto, dijo que «frente a los incendiarios tiene [la SER] una visión actual y no sectaria de la vida española». A la vista estaba. Y el director general de la radiocosa, Daniel Gavela, remataba: «Creemos en el debate vivo y en el sistema democrático. Y lo que no vamos a hacer nunca es convertirnos en pulpitos incendiarios ni alentar a la confrontación». Por supuesto. No hay más que recordar el 13-M, cuando entre la SER y CNN+ lograron que la jornada de reflexión se convirtiera en Jornada de Cerco a las sedes del PP. Dime de qué presumes y te diré de lo que careces.

Ejemplo: ese mismo día 28 de octubre, *El País* publicaba otra pieza nada sectaria de Francesc de P. Burguera que decía «Federiquín, el talibán de la COPE, está que salta de gozo llamando a la subversión. Con el beneplácito de Pedro J. y demás tertulianos. ¡Qué espectáculo, Dios mío! ¡Cómo mienten! ¡Cómo manipulan! ¡Y cómo amenazan! El talibán eclesiástico amenazaba ayer con una campaña en contra de los productos catalanes si le cierran alguna emisora en Cataluña, cosa que nadie ha insinuado. ¡Están histéricos! Y todo por haber perdido unas elecciones. ¿Constitucionalistas, éstos? ¡País!».

Aunque tenga el alma tan zarrapastrosa como la sintaxis, hay que reconocerle al prosista levantino una notable capacidad profética. Vamos, que a su lado la Sibila de Cumas era la bisabuela tonta de Rappel. No habían pasado veinticuatro horas desde que en *El País* se negaba cualquier propósito y hasta «insinuación» de cierre cuando el hasta entonces desconocido CAC —Consejo Audiovisual de Cataluña, pronto conocido como Comité Anti-COPE— anunciaba la apertura de un expediente a la emisora, sin duda con el mismo propósito de Pujol años atrás: el cierre de nuestras emisoras en Cataluña.

La composición del CAC es exclusivamente partidista. Sus miembros son éstos:

— Dos del PSC: el presidente, Josep Maria Carbonell, y la catedrática de Ética Victoria Camps Cervera.

— Cuatro de Convergència i Unió: el vicepresidente, Jaume Serrats Ollé, Domènec Sesmilo Rius, Nuria Llorach Boladeras y Antoni Bayona Rocamora.

— Uno de ERC: Joan Manuel Tresserras Gaju.

— Uno de ICV: Joan Botella Corral.

— Uno del PP: Fernando Rodríguez Madero.

La forma en que se ejecuta la acción del CAC ilustra a la perfección la naturaleza de la campaña contra la COPE. Nada se deja al azar. De no mediar tanta indigencia intelectual (en el caso de la señora Camps, una variante menesterosa: la inflación

ética del socialismo) se diría que estamos ante un mecanismo de relojería. Un diputado del PSC, Joan Ferran, pregunta al ex diputado, también del PSC, Josep Maria Carbonell, presidente del CAC, si ese organismo tiene potestad para actuar «contra los predicadores políticos y halcones de la COPE». Inmediatamente se suman al socialista los comunistas y los de la Esquerra, socios del PSC en el Gobierno tripartito presidido por Maragall. El socialista Carbonell los tranquiliza: se ha abierto ya un expediente para comprobar si la emisora vulnera la Constitución e instar a la Generalidad (es decir, al Tripartito) a tomar las «medidas pertinentes» si así fuera. En concreto, dice que estudia si hay contenidos de la cadena COPE que vulneren el artículo 20 de la Constitución que regula la libertad de expresión en lo que se refiere a la «veracidad» de las informaciones y la protección del «honor y la integridad» de las personas.

En rigor, lo sustancial del artículo 20 es que garantiza la libertad de expresión de todos los españoles, incluidos los que en Cataluña viven, trabajan o emiten. La rebaja en materia de libertades nace precisamente de la falta real de libertad de expresión y de actitudes tan típicamente dictatoriales como ésta. Nótese que estamos ante una instancia vagamente administrativa, supuestamente creada para garantizar el pluralismo y la libertad en los medios públicos, y que de pronto —en una coyuntura tan politizada como la discusión de un Estatuto de Autonomía— se arroga la potestad de interpretar la Constitución, invadiendo el ámbito del Poder Judicial y condenando al paro al Tribunal Constitucional, además de llevar a la indigencia a la Fiscalía General del Estado, ya que al margen de los tribunales que según la Constitución entienden del honor e integridad de las personas, el CAC presume de la capacidad legal de hacer que el Poder Ejecutivo —la Generalidad— sancione a quien este tribunal le parezca, según considere «veraces» o no las informaciones y opiniones de un medio de comunicación. El modelo sancionador pertenece a la peor tradición inquisitorial, cuando el Santo Oficio «resignaba al brazo secular» la quema de herejes. A lo que no aspiró la Inquisición ni en sus momentos de máximo poder fue a convertirse en legisladora o intérprete de la legislación. El CAC, sí.

La miseria intelectual y la moral iban de la mano en esta iniciativa obviamente amañada en las zahúrdas del ministro Montilla, que había dado el pistoletazo de salida. El socialista Carbonell, ahora presidente del CAC, se había enfrentado en época tan cercana como 1999 al Gobierno de CiU (Pujol y Duran) por pretender cerrar las emisoras de la COPE que, según el veterocaudillo nacionalista, «decía mentiras». Tampoco Pujol confiaba en la Ley, salvo la de Lynch, porque nunca denunció ninguna; pero entonces se encontró con la briosa oposición del diputado socialista Carbonell, que le espetó: «Espero que Cataluña no se convierta en un país de talibanes». Pero como la decisión de «empapelar» a la COPE, aunque dirigida, orquestada y manipulada por los socialistas, se tomó por unanimidad de todos los

representantes de los partidos políticos en el CAC, llamó poderosamente la atención que el representante del PP, Rodríguez Madero, también aprobara la invasión de los tres poderes del Estado y la implantación de una dictadura mediática contraria a todas las legislaciones democráticas del mundo, aunque prácticamente idénticas a las que operan en Cuba, Corea del Norte, la China comunista o el Sudán. Madero, aun debiéndole el cómodo cargo y el suculento sueldo al dedazo político, había pertenecido durante muchos años a la nómina de la COPE, donde llegó a desempeñar funciones subalternas en el programa de Luis del Olmo. Ni que decir tiene que esa aquiescencia de Madero tuvo que producirse con el asentimiento de Piqué y Vendrell, máximos dirigentes regionales del PP, cuyo comportamiento en toda la campaña contra la COPE osciló entre lo sinuosamente cobarde y lo abiertamente miserable.

En aquella época, Piqué había captado el favor de Rajoy y lo había convencido de que nunca habría Estatuto de Cataluña, pese a que el PPC estaba participando en su elaboración y votándolo todo, hasta lo más separatista e intervencionista. Pero unirse a la izquierda y los nacionalistas contra la única emisora que estaba defendiendo sus bases era demasiado incluso en Piqué. Eduardo Zaplana y otros dirigentes nacionales del PP consideraron intolerable y liberticida el comportamiento del CAC y de la casta política cataláunica, incluidos sus presuntos cantaradas, y apenas se conoció la noticia denunciaron el atropello. Lo hicieron además por escrito, para que no hubiera posibles interpretaciones restrictivas, y decía textualmente: «Es un ataque sin precedentes a la libertad de información (...) las libertades públicas están amenazadas»; que había «una extraña y nítida relación con las impropias críticas lanzadas por Montilla contra la cadena», y que el CAC debería «trabajar para garantizar la libertad de prensa de todos los medios de Cataluña». Lástima que no predicaran con el ejemplo echando a Piqué.

Cuatro páginas contra la COPE, cuatro, en un solo día y en un solo periódico

La iniciativa inquisitorial del CAC se conoció el 29 de octubre, sábado. Al día siguiente, domingo, cuando no cabe la improvisación y debe garantizarse en cada redacción el cumplimiento del «finde», *El Periódico de Catalunya*, órgano oficioso del Tripartito, publicó nada menos que cuatro páginas —incluidas portada y editorial— contra la COPE. Sólo habían pasado dos días desde el desalojo e interrupción de las emisiones de la emisora por amenaza de bomba.

El titular de portada rezaba: «Arremetida de los medios de la Iglesia española contra el Estatut». Y dos sumarios monagos lo escoltaban: «Los obispos catalanes

admiten su impotencia para frenar a la COPE. Los obispos afirman que la campaña anticatalana causa un gran descrédito eclesial. El Ejecutivo del episcopado renovó en mayo por unanimidad el contrato de Losantos». Y el editorial decía: «Es necesaria una reacción ética y un gran gesto de dignidad de la Iglesia con la emisora de los obispos».

Es posible que a algunos les sorprenda ver al periódico de la empresa Zeta, la misma que desde la revista *Interviú* dirige u orienta desde hace tres décadas el sector de la pornografía en su vertiente más popular, apelando a la Iglesia y a la «necesidad» de una «reacción ética». Pero todo tiene su explicación: en la preparación del larguísimo informe habían contado con la inestimable compañía de varios obispos catalanes, que les abrieron su corazón. La identificación del cáncer a extirpar estaba clara, según estos obispos tan cercanos a Zeta como lejanos de la COPE, y así lo transcribían sus amigos: «El programa estrella, *La mañana*, que dirige y conduce Federico Jiménez Losantos, y el nocturno, *La linterna*, que presenta César Vidal, amigo de Losantos. Las producciones del Grupo Risa, que no tienen reparos en burlarse de los inmigrantes subsaharianos que se juegan la vida tratando de entrar en España por Ceuta y Melilla, y la beligerancia de la que hace gala el contertulio y jefe de Informativos de la cadena, Ignacio Villa».

Hay una información que, seguramente por razones de modestia, ni dan los clérigos ni proporcionan los escribas Jordi Casabella y Marc Andreu, el mismo sujeto que la víspera decía que yo había sido noticia por haber callado siete minutos, tras la amenaza de bomba y desalojo de la COPE. Los obispos catalanes disponen de una cadena de radio propia, exclusiva, al margen de la COPE, que se llama Radio Estel. Y hay razones para contarlo e incluso celebrarlo, porque, sin duda en un sabio ejercicio de equilibrio, ha conseguido tener el menor número de oyentes por antena de toda España, mientras la COPE tiene el mayor, con mucha diferencia. No sé si tendrá que ver con la desertización de las misas y la sequía de vocaciones en Cataluña. Aunque sea un dato fijo en todas las comunidades autónomas dominadas por los nacionalistas, sobre todo en El País Vasco y Cataluña, el hecho sorprende en la tierra del gran Goma, predicador de la Cruzada de Franco, y en una Iglesia capaz de promover convocatorias de masas en los años cuarenta y cincuenta tan gigantescas como la celebrada en torno al padre Peyton y el rezo del Santo Rosario (el lema sobrevive: «La familia que reza unida, permanece unida») o como el espectacular Congreso Eucarístico de Barcelona, considerado por muchos la apoteosis del «nacionalcatolicismo». El franquista, no el nacionalista, porque entonces las fuerzas de izquierda no apreciaban tanto como ahora la identificación episcopal con los proyectos disgregadores o abiertamente separatistas. El sacrificio ha sido tremendo, extraordinario, pero algunos lo sobrellevan con alegre entereza. Por ejemplo, el abad de Montserrat presumía en el verano de 2006, en *El País* y a preguntas de María

Antonia Iglesias, de que se iba a grabar una homilía para la radio, pero no para la COPE, no, ja, ja, sino para Radio Estel. Admirable confianza en el mensaje evangélico por parte del pastor, capaz de prescindir tan donosamente del rebaño. O será que el rebaño es otro.

Cuenta también *El Periódico*, citando que se lo cuentan a él, que los obispos de la Conferencia Episcopal Tarraconense, o sea, los de las diócesis catalanas, se habían reunido ese mismo mes de octubre para acordar gestiones ante la COPE, y que «esto llevó ayer al portavoz parlamentario del PSOE en el Congreso, Alfredo Pérez Rubalcaba, a decir que no sólo su partido sino los obispos catalanes sostienen que algunos programas de la emisora incitan a la confrontación». He ahí otra prueba de ecumenismo admirable: las fuerzas de izquierda que tienen en *El Periódico* su órgano más radical han sido capaces de promover en sólo un año la supresión de la asignatura de Religión, la pildora gratis del día después, la protección del islamismo, una política claramente en contra de la familia, el matrimonio homosexual, la eutanasia pasiva —si no activa o perifrástica—, coronando su obra con la famosa burla de la corona de espinas en Jerusalén por parte de Maragall y Carod-Rovira. Pues bien, pese a todos esos alardes de lo que difícilmente podría entenderse como afinidad con la doctrina o simplemente con las costumbres cívicas edificadas durante dos mil años en torno a la cruz, he ahí un clero fraterno en la pesadumbre y hermanado en la indignación con los comecuras de Zeta.

Sus testimonios son desgarradores. Dice uno: «Aparecemos como gente incapaz de frenar a un señor (Jiménez Losantos) que ni siquiera es católico, sino que dice que es agnóstico»; y concluye amargamente: «Somos como la minoría canaria en el Congreso». ¡Si fuera la de Esquerra! ¡O la de CiU! Lo que ya no le resulta tan simpático al diario de Franco es que apenas cuatro meses antes el arzobispo de Barcelona, Martínez Sistach, votase, como el resto de los siete miembros del comité ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, la renovación por dos años de mi contrato en la COPE, caluroso refrendo personal y profesional porque esa unanimidad resulta prácticamente inédita. Citan los autores del informe contra la COPE una frase de Sistach: «Me encontré con la decisión ya tomada». En justa reciprocidad, los escribas de Zeta perdonan la repregunta: ¿y qué le impedía a usted votar que no o, por lo menos, abstenerse? Un detalle, sí señor.

Otros detalles alimentan la esperanza: la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) ha enviado con fecha 23 de octubre, el mismo día del editorial de *El País*, una carta a Blázquez para que me echara de la COPE. Tal vez por la abundancia de propuestas similares, la iniciativa no obtuvo el respaldo merecido. Pero *El Periódico* respalda la gesta obrera y recuerda la campaña contra Galinsoga, director de *La Vanguardia* allá por 1959, que al salir de una misa en catalán dijo: «Los catalanes son todos una mierda», exabrupto lamentable que, tras esa campaña contra su diario,

llevó al conde de Godo a sustituirlo por el abuelo de José María Aznar.

Claro que cuando la Barcelona de posguerra era franquista hasta la médula yo era niño y, cuando dejé de serlo y viví diez años en esa ciudad, fui uno de los pocos que militaron en el antifranquismo de verdad. O sea, que lo de Galinsoga parecería más adecuado reeditararlo con el mismo periódico, *La Vanguardia*. Sobre todo, teniendo en cuenta que yo no he dicho nunca nada parecido de los catalanes en su conjunto, no en balde tengo allí muchos amigos que detestan a sus paisanos nacionalistas muchísimo más que yo. Hay una cosa llamada pulcritud intelectual que Antonio Franco y sus escribas, obviamente, desconocen.

Pero una de las características de las dictaduras del siglo XX que ha sobrevivido perfectamente al cambio de milenio es el uso masivo de la mentira. Si yo, precisamente por apoyar a los catalanes no nacionalistas, repito machaconamente que hay que distinguir a los nacionalistas de los catalanes cuya representación exclusiva pretenden ostentar, difícilmente iba a meterlos a todos en el mismo saco. Da lo mismo. Si yo no he dicho algo, se trocea, se saca de contexto, se manipula y, si hace falta, se inventa. A esos sucios menesteres dedicaba *El Periódico* la tercera página de su pedregoso informe. Para llenar la página recurrieron a un panfleto titulado «Les barbaritats de la COPE», de cierto estudiante de periodismo llamado Vioque cuyo futuro no está precisamente en las letras. Cuando digo panfleto no me refiero a su condición arrojadiza y airosa, que al cabo se insertaría en la gloriosa tradición libelística, sino a lo endeble, escaso y zafio de su aspecto exterior, unas cien páginas tamaño cuartilla. Su interior es todavía más penoso. Y su éxito de ventas en esa temporada, gracias a la promoción en los medios públicos controlados por pujolistas y tripartitos, constituye un acta de acusación sobre el envilecimiento intelectual de toda una sociedad por la dictadura nacionalista.

Cuando terminé la carrera de Filología en la Universidad Central de Barcelona — y aclaro esto porque muchos prohombres y *homenots* de la Barcelona actual no han terminado ninguna y algunos, como Montilla y otros dirigentes del PSC que se distinguieron en la campaña contra la COPE, ni siquiera han llegado a empezarla— los éxitos de venta en la Feria del Libro barcelonesa solían cosecharlos Gironella, Salisachs, Terenci Moix o Juan Marsé. Pues bien, en la última, parece que los autores más vendidos fueron el tal Vioque y el humorista Buenafuente. Si eso no es decadencia, que venga D'Ors y lo vea. Aunque, claro, si viniera D'Ors, además de fascista, le llamarían anticatalán, como hacen con Vidal-Quadras, Boadella, Arcadi Espada y muchos otros que no son de la COPE. Nunca tanto talento fue agredido por tanto necio. El folleto de Vioque proporciona un surtido de supuestas citas entre las que se mezclan ideas liberales, datos sobre la historia de España que el progre ignaro detesta o, más a menudo, desconoce, amén de frases y términos satíricos que sólo un analfabeto funcional sería capaz de reescribir y sólo un periódico escrito con los pies

publicaría. Entre todas la más repetida es ésta: «El Gobierno español sólo habla con terroristas, homosexuales y catalanes, a ver cuándo se decide a hablar con gente normal». Piezas esenciales de la política de Zapatero eran ese año —y siguen siéndolo— el diálogo con la ETA, el matrimonio homosexual y el pacto parlamentario con Esquerra Republicana, o sea, que como resumen coloquial al estilo rústico, o sea, a lo Ibarra o a lo Montilla, podría ajustarse a la realidad. Pero es que ni como resumen, ni como coloquialismo ni como nada. Yo nunca he dicho eso. Como todo el que habla seis horas diarias en directo comentando la actualidad podré decir barbaridades, en el sentido menos gravoso del término, porque la técnica usada más habitualmente en la crítica política es la hipérbole. O exageración. Lo aclaro, por si Vioque cree que es una pérgola comprada en Hipercor.

Acreditando el acierto de Jean-François Revel, que empieza *El conocimiento inútil* diciendo que la fuerza más importante de las que mueven El Mundo es la mentira, esa frase que nadie ha podido encontrar en la fonoteca de la COPE, pese a que los lerdos del CAC que han encontrado su Revel en Vioque la han buscado con ahínco, podría haberla dicho cualquiera y no sería delito. Pero es que nadie la dijo. Podría entenderse perfectamente, si bien por gente con algunas, mínimas, luces como símil, metonimia o sencillamente como la forma de hablar que tiene Fulano, y no pasaría nada. No pasa cuando insultan a España y a los españoles y no pasa cuando me insultan a mí, lógico sería que pudiera pasar al revés. Pero tampoco. Es un invento del pobre ganapán y del holograma del colesterol, término satírico que sí empleé contra Antonio Franco después de su infame informe. El carácter retorcido y cobardón de la página vioquera se muestra en la frase con que la presentan: «Los 169.000 oyentes que la COPE tiene en Catalunya y algunos de sus detractores convierten en *best-seller* una recopilación de duras citas de sus programas estrella». Tiene narices que un país con siete millones de habitantes no permita que tan ínfima parte de la población oiga lo que le dé la gana; y tiene bemoles que el editor de la cosa diga que los oyentes de la COPE y sólo «algunos detractores» han convertido en éxito de ventas tan desmedrado folleto, puesto que es tan obvia y zafiamente anti-COPE que sólo los enfermos de sectarismo nacionalista sobrevivirían a su lectura, digo ojeo. También cabe que lo compren para no leer las supuestas barbaridades que tampoco han oído. Entonces sobrevivirán.

Fichas para la policía política y el terrorismo eventual

A continuación, el diario de Zeta procede a redactar las fichas presuntamente biográficas y aproximadamente profesionales de los blancos que hay que abatir en la

cadena COPE: Ignacio Villa, César Vidal y yo. El estilo se sitúa entre la incompetencia vagamente rufianesca de los peores estudiantes de periodismo y los émulos poco brillantes del *Egin/Gara* o el *Gramma* castrista, más cerca de esto último porque, en el fondo, estamos ante uno de los típicos linchamientos del disidente a los que la dictadura cubana llama «actos de repudio». Pero en el terrorismo de izquierda, siempre inserto en la propaganda, el «señalamiento» de los blancos es ya parte de su liquidación.

De Ignacio Villa dicen poco y mucho menos original, fusilan (es lo suyo) alguna de las vulgaridades que Miguel Ángel Aguilar propina en sus muchas horas bajas a los muñecos del pimpampúm Imperial. Definido como «polemista de trazo grueso y ariete del PP», dicen que «en las tertulias y en su informativo sacrifica el rigor de los datos para repetir sólo un par de consignas». Despreciando —esa pareja de nadas— a uno de los profesionales de la radio española, con veinte años a sus espaldas, está claro que ni han oído *La palestra* ni tienen de Villa otra información que la proveniente del programa de debate semanal *59 segundos*, donde no se corta un pelo para frenar la demagogia progre de Carnicero o Sopena, numen del neointegrismo catalanista después de serlo como jefe de Informativos de la TVE felipista del neointegrismo anticatalanista, cuando Alfonso Guerra dijo en un mitin: «Vamos a meter en la cárcel a Jordi Pujol», y cuando había que frenar a toda costa la Operación Roca, única aventura española y constructiva de Convergencia.

Supongo que haber llegado a mayor de edad sumergido en la carcunda opusdeísta le produce un odio ancestral contra mí, que lo hice en el rojería. Con mis antecedentes y sus consecuentes hubiera llegado tres veces a ministro y, sin embargo, no pasa de comisario. No obstante, nunca he querido creer lo que dos personas de los informativos de la TVE que pastoreaba para González y Guerra me contaron durante la campaña de 1986. En esa época, Sopena, para ridiculizar el carácter «forastero» de Roca le ponía cada vez que salía su imagen este epígrafe: «Secretario por delegación de Convergencia Democrática de Cataluña» yo, que apoyé con ánimo entusiasta y escaso sentido común la única ocasión de integrar de verdad al catalanismo de derechas dentro de la derecha española, incluso otorgándole la dirección, puse verde a Sopena, porque en una semana de viaje por Castilla vi cómo todo el esfuerzo de la campaña de Roca quedaba desbaratado por las manipulaciones del comisariado antinacionalista. Uno de esos días es cuando dicen que dijo: «Lo que pasa con Jiménez Losantos es que los de Terra Lliure deberían haberle disparado un metro más arriba. En vez de la rodilla, en la cabeza».

Las fantasías sobre mi asesinato —basta asomarse a la Red— deben de ser un motivo recurrente entre los progres, así que no le concedí entonces a la historia mayor credibilidad o importancia. Si hubiéramos pertenecido a culturas políticas similares, le habría dicho que su ataque era un elogio a lo Mussolini contra Gramsci, cuando

dijo que había que impedir que aquella cabeza pensara durante veinte años. Pero, claro, hablarle de las *Cartas desde la cárcel* a quien difícilmente habría pasado por entonces de leer *Camino* a desleerlo con Perich hubiera parecido demasiado repipi. Tengo entendido que ahora encauza su animadversión hacia mi personilla y mis actividades de forma más civilizada a través de una cosa digital que ha creado, o sea, que le han creado, llamada *El Plural* que pretende combatir y casi compensar la influencia de *Libertad Digital*. Pobre hombre. Pobres lectores. Obviamente, también se ha empleado a fondo Sopena en la campaña liberticida contra la COPE. Qué obsesión. A lo mejor le recuerda *Gilda*.

La ficha de César Vidal tiene como título «El foco ultra sobre Carrillo». Tras repasar algo de su currículum académico, pero no su vastísima obra, inasequible para lerdos, dice: «El director de *La linterna* ha ganado el Premio Torre Vieja con una novela tachada de franquista y practica el revisionismo histórico anticomunista». O sea, como Solzhenitsyn. Increíble. Citan una frase de Caballero Bonald, jurado del premio, sobre la novela, cuando en una de esas *espantás* izquierdistas más propias de cabestro que de toro, dijo en una rueda de prensa posterior al premio que la obra estaba muy bien escrita (esto no lo dicen los comisarios) pero que era «ideológicamente detestable porque el retrato que hace de la masonería del siglo XVIII le recordó la pedagogía franquista». Yo estudié toda mi vida bajo el franquismo y nunca me dijeron nada de la masonería del xviii. Pero a lo mejor es como la actividad de la Inquisición en el siglo XIX denunciada por Manuela de Madre, colega de Montilla, en la campaña publicitaria del Estatuto catalán. La quema de herejes decimonónicos es como la libertad en la Cataluña nacionalista: no existe. Otra cosa es la quema simbólica o real, los autos de fe en TV3 y demás ceremonias antropófagas y liberticidas donde mandan los socialistas. Por cierto que cuando más mandaron fue en 1936-1939 y a una entre tantas atrocidades perpetradas por estos simpáticos amigos de la libertad ha dedicado César Vidal su libro *Paracuellos-Katyn*, despachado sumariamente por *El Periódico* así: «Alimenta el discurso de la extrema derecha que ha intentado agredir al ex secretario general del PCE, Santiago Carrillo, por la acusación, desmentida por él, de que ordenó las ejecuciones de Paracuellos del Jarama en 1936». Carrillo lo ha desmentido de tantas maneras, a veces negándolo, otras admitiéndolo, luego exculpiéndolo, después matizándolo, de nuevo desmintiéndolo, y aclarándolo, y explicándolo, y rematizándolo, y renegándolo, para acabar atacando, cómo no, a la crispación de la extrema derecha que el día menos pensado Carrillo, en sus funciones de comentarista de ética en la SER, puede desvelar la auténtica realidad de Paracuellos: que los miles de asesinatos por orden suya, firmada por su segundo, acreditada en los archivos soviéticos y demostrada por Vidal, fueron en realidad actos suicidas fascistas, para desacreditar a la izquierda de por vida. Por eso un tercio de los muertos eran niños: son los más fáciles de convencer.

En la ficha dedicada a mí, «La mala fe del converso», se dice: «El presentador de *La mañana* militó en Bandera Roja y en el PSUC antes de alentar el lerrouxismo y, tras sufrir un atentado de Terra Lliure, dedicarse al periodismo incendiario». Hombre, podrían haber añadido que tras la publicación de mi primer libro barcelonés, *Lo que queda de España*, y, dos años después, del «Manifiesto de los 2.300» pidiendo los mismos derechos para los alumnos de lengua castellana y catalana, promovido por miembros del PSC-PSOE y en el que yo fui una de las primeras firmas, se produjo la típica campaña de «señalamiento» terrorista, en la que participó activamente *El Periódico*, a la que siguió el secuestro y atentado, que a su vez continuaron por su exculpación implícita en ese mismo diario y con el mismo director, Antonio Franco. Pero, claro, el caporal no comparte sus secretos con los peones. Peonada y a callar.

La vanidad de cualquier escritor queda definitivamente maltrecha cuando ve que lo critican sin haberlo leído. Es el caso de estos zotes: «Aunque la acelerara, la acción de Terra Lliure no originó la conversión al liberalismo ultraderechista de este doctor en Filología Hispánica. (...) No tiene reparos en decir que de niño era muy feliz con el fascismo (...). Hoy sus dianas son el presidente Zapatero, la Catalunya donde vivió y la izquierda en la que militó». En cuatro líneas hay cinco errores y un crimen. El crimen es exculpar un atentado terrorista llamándolo «acción», que además justifican pintando un retrato criminal de la víctima. Es decir, exactamente lo mismo que hacen los asesinos de ETA y sus cómplices de papel. O bien Antonio Franco y su periódico en 1981 y 2006. El reportaje iba además profusamente acompañado de fotos personales y de la COPE, una del día anterior, el del aviso de bomba, acaso para «acelerar» una «acción» mayor.

Al lado de esto y aunque sea complementario, resulta francamente mediocre la llamada contigua a vaciar los bolsillos de la COPE: «Sectores sociales se organizan para boicotear económicamente ajiménez Losantos». Los sectores eran dos, un tío de IU apellidado Royo-Vilanova, como el diputado aragonés que más combatió el Estatuto catalán de 1932; y una cosita semanal llamada *El Triangle* pagada por el PSC y donde se anunciaba la SER al lado de páginas con cupones para enviar a la Conferencia Episcopal pidiendo mi despido. Luego veremos algunas de sus hazañas. Y añade la ficha policial: «Se está empezando a pensar en un boicot comercial a las empresas que se anuncien en el programa de Jiménez Losantos». Esto, si no fuera el típico intento fachoso de liquidar profesionalmente a un periodista molesto, resultaría abiertamente cómico: ¿pedir a los catalanes el boicot a La Caixa! Naturalmente, en la COPE se anunciaban y se anuncian —sólo un desaconsejable partidismo político se lo impediría— grandes empresas catalanas cuyo negocio radica en toda España, y a ellas —dentro de esa síntesis de política y economía sazónada de corrupción socialista que fue la OPA sobre Endesa— se les pide que dejen de ayudar al Maligno. Obviamente, como en el despoblado cerebro de esta progresía antifranquista

lamentablemente posterior a Franco no se ha producido ni la Transición a la democracia ni la comprensión de la economía de mercado, siguen creyendo que la publicidad es un regalo económico a cambio de favores políticos y no el anuncio de un producto a quien lo puede comprar. Quizá la experiencia en Cataluña no les ha permitido salir del Movimiento Nacional.

Había más, al margen del desinforme: una entrevista a Joan Saura, de ICV, que repetía cotorramente la consigna de *El País* días atrás, bien que con serios problemas de ilación mental y gramatical, tantas veces hermanos. «No, no escucho nunca la COPE —dice azuzado por el entrevistador, para a continuación detallar su programación—. El PP y la COPE difaman, mienten. Dicen que queremos un poder judicial autónomo, que discriminamos a los castellanoparlantes, ahora lo de la poligamia. Es sorprendente que una radio como la COPE, sustentada en quien está sustentada, pueda decir tantas falsedades. No debe de haber en Europa una emisora como ésta». Para no oírla, hay que ver cómo se la sabe. Lo que evidentemente no sabe Saura, o miente desvergonzadamente al negarlo, es que en el Estatuto entonces en proyecto y en el por desgracia ya aprobado por Zapatero, Mas y muchísimo menos de la mitad de los votantes catalanes, tanto lo del Poder Judicial, como la discriminación lingüística y la legalización de cualquier forma de matrimonio —lo que permitiría la poligamia— no son ya una amenaza, ni una advertencia de la COPE o del PP, sino una atrocidad legal perpetrada por los amigotes de Saura y Franco. Y prácticamente bendecida por esos obispos nacionalistas que han colaborado tan cordialmente en la campaña contra la COPE de los chicos de Zeta, la empresa de *El Periódico* y —conviene recordarlo, qué picarones— *Interviú*.

A mí me da igual lo que lean y vean los obispos catalanes, pero conviene subrayar ese ayuntamiento contra natura porque lo más fuerte de la carga editorial de esa brillante epopeya del periodismo de investigación iba contra la Iglesia. Nótese la claridad con que se expresan estos émulos de Lerroux —ellos, sí— comparada con el anonimato sombrío en que se esconden sus colaboradores presuntamente mitrados: «La Iglesia está detrás de la COPE. Deja hacer esas cosas y es culpable. Merece un desprecio activo». Y ya sabemos lo que en Zeta —y en ETA— entienden por acción. Esa amenaza de violencia o de ilegalización aparece ese mismo día 30 de octubre en *El País*: «La derecha está bordeando la línea roja que marca el paso de la convivencia a la confrontación y algunos medios la han pasado ya hace muchos días». Nótese cómo el PRISOE decide cuál es la línea roja y quién decide la confrontación. ¿Cómo no iba yo a preguntarle retóricamente al ministro Montilla si estaba pensando en refundar el GAL?

En fin, como colofón del primer mes de acoso a la COPE, el 31 de octubre se conocía que desde la propia Generalidad de Cataluña se enviaban correos llamando a las empresas anunciantes a promover el boicot a nuestra cadena. Anónimamente, una

de ellas hizo llegar éste, que, por supuesto, no sería el único:

ASUNTO: publicitat a la COPE

Senyor director

Esta mañana he escuchado un anuncio de su empresa en la COPE a las 9.30.

Ayer el locutor de este programa entre las 9 y las 11 en la tertulia comparó las empresas catalanas y directamente al señor Ricard Fornesa de La Caixa con actitudes nazis por querer ocupar el mercado natural español.

Como empresario catalán que es le solicito que retire su publicidad de la cadena COPE. Atentamente
Francesc C.

Y la dirección de correo electrónico era Francesc.C.@gen-cat.com

Esta misiva tiene, si no otras, la rara virtud de resumir bien algunas de las técnicas utilizadas para atacar a la COPE. La primera y fundamental es la de mentir (tal vez por eso se obsesionan por achacarle mentiras a la víctima de sus trolas). Si hubiera escuchado no ya ese día sino una sola vez la tertulia de la COPE sabría que termina a las 9. 50 para dar paso a la promoción de El Corte Inglés, el Grupo Risa y las noticias de las 10, nunca a las 11. La segunda y accesorio es la manipulación. No sé qué preboste de La Caixa o de alguna de sus empresas había dicho que el «espacio natural» para crecer sus empresas era el mercado español. Y alguien en la tertulia — no recuerdo ser yo, pero como cualquier persona sensata comparto la idea— dijo sarcásticamente que eso del «espacio natural» como algo propio y predestinado sonaba demasiado al *lebensraum* o «espacio vital» que reclamaban los nazis como zona natural de expansión en el este de Europa. Los espacios de mercado hay que ganárselos y sólo los proteccionistas a ultranza —comunistas y nazis— se empeñan en imponer a los consumidores un producto que no sea fruto de una oferta plural y una demanda libre.

Es evidente que las empresas de La Caixa y la propia entidad crediticia, cuando actúan legalmente (y renuncian a sobornar a ministros como Montilla, perdonándoles deudas de mil quinientos millones de pesetas), saben adaptarse perfectamente a esa libertad de mercado. No imagino al bueno de Ricardo Fornesa deseando otro sistema. Tampoco creo que habiendo sido secretario de Viola, el ex alcalde barcelonés asesinado por Terra Lliure mediante el patriótico procedimiento de pegarle con esparadrapo una bomba-lapa en el pecho, le hiciera demasiada gracia verse así interpelado por los corifeos, émulos o descendientes de aquellos criminales. No siempre la cobardía física o la identificación de ciertos empresarios o publicistas suyos con los matones nacionalistas funcionan. Por ejemplo, dentro del follón de la OPA sobre Endesa, un día se le ocurrió decir a Gabarro, presidente de Gas Natural, que con su oferta habían puesto una semillita que a los nueve meses germinaría. La metáfora fue objeto de burlas en casi todas las tertulias radiofónicas, incluida la mía. Y debo decir que no retiró su publicidad de *La mañana*.

Lo que sí se canceló fue la publicidad en *Libertad Digital* de Gas Natural, que era anunciante desde su fundación. Y, ahora que caigo, también es de La Caixa.

El Día de Difuntos de 2005 y otro mes a la funerala

Los que creían que ya lo habían visto todo el mes de octubre no sabían lo que traería noviembre. La cantidad y, no diré calidad, pero sí, intensidad de los ataques llegó a niveles nunca vistos en España. En ese mes se produce un cambio o, mejor, una inflexión: de atacar a la COPE en bloque se pasa a atacarme sobre todo a mí, ya que se entiende que la presión a los obispos será más eficaz concentrándola en la pieza clave de la programación. El cambio se produce a partir de una feroz intervención en las Cortes, chantaje a la Iglesia española incluido, de Josep Antoni Duran i Lleida, nacionalista catalán nacido en Huesca y jefe del partidito democristiano UDC, que cuenta en su moderna historia con más casos de corrupción que militantes. Uno de los últimos conocidos y aireados por el partido de Pujol, su coaligado y enemigo íntimo, había sido el del saqueo de fondos europeos para formación profesional que, según aseguraban en Convergencia, algunos piadosos dirigentes de UDC derrochaban luego en Francia, aunque no precisamente en Lourdes. Pero era sólo uno de tantos. Tal vez por ello, Duran decidió dar el do de pecho y involucrarse en la bandera catalana y, además, en la vaticana. Con tanto lío textil acabó tropezando y logró lo contrario de lo que buscaba: que por primera vez empezaran a hablar los obispos y hasta los cardenales.

Como todo el mes produjo una cosecha abrumadora y demasiado personalizada, trataré de consignar, sin mucho comentario, sólo algunas de las joyas de cada día.

1 de noviembre. *El Siglo*: reportaje especial contra la COPE titulado «Cataluña es inocente. La derecha alienta los viejos prejuicios anticatalanes». La redactora del rugoso texto es Inmaculada Sánchez, autora de un libro titulado *Las zapatistas*, que no se refiere a las soldaderas de Emiliano Zapata, como supondría el historiador, sino a las heroicamente agraciadas con ministerios y latisueldos en la lotería de la cuota zapateril. La ilustre autora no tiene el don de la gracia literaria ni tampoco el de la oportunidad. Dice que «desde los incendiarios micrófonos de la COPE se ha llegado a amenazar a empresarios catalanes. Los efectos económicos ya se están empezando a notar en las cifras de ventas. Las consecuencias en la paz y la concordia entre los españoles que tanto costó conseguir sólo podrán evitarse si se logra frenar tan injusta y engañosa campaña». El problema fue que *Libertad Digital* se hizo con las imágenes de la web *compraencatala.org*, de Òmnium Cultural, entidad subvencionada con casi seiscientos mil euros anuales por la Generalidad sólo en 2005. Y en esa web campean

los rótulos de *compreu / no compreu* según la catalanidad del etiquetaje. Cada vez que alguien lo negaba —el último en mentir fue el consejero de Consumo, Huguet, en el Parlamento de Cataluña, en febrero de 2006 a preguntas del diputado del PP Daniel Sirera— nuestro periódico volvía a publicarlas. El juicio más celebrado en los foros de los lectores era el que proclamaba la superioridad de conservas La Barretina sobre Cuca, Albo y Miau.

Sin embargo, la frase mía (ésta sí) que repetían *El Siglo* y demás cuadrilla era: «El Estatuto es anticonstitucional de cabo a rabo y usted, señor Ferrer, usted ha pedido ese Estatuto y ahora quiere vender Freixenet en toda España. Pues no, señor. No, señor. (...) Ahora le da miedo porque viene la campaña de Navidad. Ya puede tener miedo, desde luego, porque lo del boicot del año pasado va a ser una broma al lado del de este año».

Y eso, que es una broma al lado de las cosas que decían antes y siguieron diciendo después contra la COPE, amén de que cualquiera tiene derecho a decirlo, producía este efecto psicosemántico en Inmaculada Sánchez: «Poco puede extrañar tamaña ofensa si se ha escuchado en los últimos días el programa *La mañana* que dirige Federico Jiménez Losantos. Claramente ubicado en la derecha más recalcitrante y opuesta a las intenciones del nuevo Estatuto, el conocido periodista lleva tiempo editorializando en contra de la reforma estatutaria pero tras la aprobación de ésta en el Parlamento autonómico sus críticas han llegado a la amenaza».

En realidad, aparte de la repetición del término «ofensa» por individuos lerdos en semántica, la única amenaza era la de la bomba en la COPE. En cuanto al Estatuto, Zapatero y Mas lo cambiaron a solas en una noche y nadie dijo una palabra. Pero no podía faltar en *El Siglo* el detalle de calidad firmado por Enric Sopena, que en una columna al bies añade: «Hubo un tiempo en el que *Diario 16* —que entonces dirigía Pedro J. Ramírez, con Jiménez Losantos de jefe de Opinión— se dedicó a promover campañas anticatalanas a raíz de la normalización del idioma catalán que impulsaba la incipiente Generalidad de Pujol. Todo esto no es de ahora, viene de lejos».

Por supuesto, Sopena, que siempre hace honor a su apellido, omite la campaña de agresiones y atentados terroristas contra los que en Cataluña nos oponíamos a la discriminación lingüística, tal vez por lo incompleto del atentado que sufrí yo. También olvida lo antes reseñado: que *Diario 16*, el director y yo, apoyamos a Miquel Roca en esa legislatura mientras Sopena lo sabotaba en Televisión Española utilizando rastreramente el catalán. Por ejemplo, en los telediarios lo sacaba al principio hablando solamente en catalán, sabiendo que eso provocaría extrañeza y rechazo en los que no son catalano-hablantes. Si no ha conseguido borrarlas, ahí están las videotecas del Pirulí para comprobarlo.

Comienza la defensa y arrecia el ataque

El día 1 de noviembre, impulsado por Jiménez Barriocanal y redactado por Ignacio Villa, la COPE hizo público el primer comunicado en defensa de sí misma. Con todo lo referido en páginas anteriores cabría suponer que lo habría hecho mucho antes o incluso que lo hacía diariamente. Nada más lejos de la triste realidad. El comportamiento de la empresa y de la propiedad en esta campaña osciló entre lo pobre y lo miserable, sin llegar nunca a franciscano. La defensa de la COPE la hicieron los oyentes, los pocos medios de comunicación que, como ella, plantan cara al despotismo nacionalsocialista, algunos políticos del PP y, a partir de noviembre, las asociaciones profesionales de radio y las asociaciones mundiales de periodistas. Pero entre los ejecutivos de la cadena nadie asumió públicamente la defensa de sus programas y de sus comunicadores, nadie dio un paso al frente y puso cara a la defensa de lo suyo, no fueran a rompérsela. Bueno, de lo suyo sí se preocupaban: que si decían de Barcelona que podríamos perder un anunciante, o dos, o todos los catalanes, o sólo alguno, o a lo mejor ninguno, o ay, ay, ay. La publicidad nos salía por las orejas, la facturación había aumentado vertiginosamente pero, claro, la pérdida de algún suplemento de sueldo o bono (suyo) de productividad (nuestra) los sumía en una amarga melancolía centrista.

En cuanto a los obispos y cardenales, la inmensa mayoría nos hizo llegar su apoyo, con la excepción de los nacionalistas que, en Cataluña, no vacilaron en unirse a los chicos de la primera empresa de pornografía española para lincharnos. Cañizares —el más claro—, Amigo —el más temprano— y Rouco —desde la defensa— hicieron público su apoyo. Arzobispos y obispos se pronunciaron de forma dispersa y con rotundidad teñida de impotencia (especialmente emotivo fue el de Jaca y Huesca), todos defendiendo la cadena. Y de los conventos de toda España llegaron incontables mensajes diciendo que todos los días nos oían y rezaban por nosotros. Por desgracia, la eficacia de la plegaria no alcanzó a la Conferencia Episcopal, que ni dentro ni fuera de España hizo nada para defendernos. Se dirá que bastante hacía con no echarnos. Tal vez. Pero, aparte de las consideraciones morales, el comportamiento huidizo de la propiedad alentó a los agresores porque les permitió creer que la pieza estaba herida y pronto caería en su zurrón.

Estoy convencido de que una declaración pública en televisión del Ejecutivo de la Conferencia, por ejemplo, diciendo que el ataque a su COPE era intolerable, un insulto a la gran mayoría de los católicos y a sus pastores y que jamás se prestarían al chantaje de los políticos ni cerrarían la emisora, seguramente hubiera disuadido a buena parte de la jauría. Pero era al revés: cada día que pasaba, con los clérigos catalanes en primera fila de la campaña y la Conferencia ausente —por mucho que el

núcleo esencial mostrase hacia dentro la voluntad de defensa que no exhibía hacia fuera—, crecía en el Gobierno y la jauría progredía la convicción de que los obispos estaban a punto de rendirse. Para colmo de males, don Bernardo, que pasaba por serios problemas de salud y de ánimo, y que nunca ha sido lo que se dice un legionario (ni de Cristo ni de los otros), tenía a su cargo la negociación del dinero que cada año da el Estado a la Iglesia, en virtud de los acuerdos España-Vaticano, por la custodia del patrimonio histórico-artístico y las infinitas prestaciones sociales de misioneros y organizaciones de caridad, que superan a las de todas las otras juntas. Eso producía en la casa tal encogimiento del brazo y del verbo que, privada de linimento episcopal, y, de ser tenis aquella guerra, la COPE habría perdido 6-0, 6-0, 6-0.

El comunicado tuvo una primera versión más anodina. A punto de darlo a las agencias, Villa me lo enseñó y yo le dije que la típica circunspección clerical produciría en quien lo leyera la citada sensación de tibieza y debilidad. Volvió a redactarlo y, con el respaldo de Barriocanal y el visto bueno de don Bernardo, salió a la luz. Decía así:

1. Se están utilizando la calumnia y el chantaje para suprimir una voz crítica que se opone a determinados proyectos legislativos dentro de lo que es la dinámica habitual de una democracia.

2. La cadena COPE defiende la Constitución española y los valores que consagra, entre ellos la libertad de expresión.

3. Es inaceptable que las críticas al proyecto de reforma del Estatuto catalán sean presentadas como un ataque a Cataluña y a los catalanes.

4. La cadena COPE manifiesta un respaldo total a sus comunicadores y profesionales que están siendo objeto de acoso, insultos y descalificaciones, por el simple hecho de realizar su trabajo en libertad.

5. Advertimos que esta campaña se va a intensificar. Existe el peligro de que en alguna Comunidad Autónoma se intente adoptar una posición política para no renovar licencias radiofónicas y ahogar así la voz de la cadena COPE, lo que supondría un ataque a la libertad de expresión y a la actual legislación que establece que las frecuencias radiofónicas se renovarán salvo falta grave, cosa que nunca ha sucedido.

6. Queremos decir a la opinión pública que la cadena COPE seguirá ejerciendo sin desaliento el derecho a la libertad de expresión consagrado en nuestra Constitución.

7. Renovamos nuestro compromiso con los valores del humanismo cristiano en el ideario de la cadena COPE, entre ellos la defensa del valor sagrado de toda vida humana, de la familia basada en el auténtico matrimonio y de la libertad religiosa y de educación.

8. No nos van a callar, ni vamos a callar. Agradecemos las numerosas muestras de apoyo y solidaridad que estamos recibiendo por parte de nuestra audiencia. Su ánimo y fidelidad son el mejor estímulo para continuar nuestra tarea.

Como el Gobierno catalán y sus portavoces mediáticos se jactaban ya del cierre inmediato de las emisoras de COPE en Cataluña (prometidas a *El Periódico* después de haber querido entregarle ya una a *La Vanguardia*), la AERC, patronal de las cadenas de radio comercial, redactó ese mismo día un comunicado que se difundió al siguiente. Las agencias lo recogieron así:

La Asociación Española de Radiodifusión Comercial (AERC), de la que forman parte la práctica totalidad de las emisoras de radio comerciales de España, acordó establecer para todos sus miembros un compromiso de no concurrir a ningún concurso que se convoque en todo el Estado sobre concesiones que no hubieran sido renovadas. La AERC pidió al CAC que renueve automáticamente todas las licencias de la COPE en Cataluña.

Daniel Gavela (director general de la SER), Ramón Mateu (Onda Cero), Blas Herrero (Radio Blanca) y Rafael Pérez del Puerto (cadena COPE) enviaron una carta al secretario de Comunicación de la Generalidad de Cataluña para que respete definitivamente la propiedad de las emisoras en FM de la COPE en Cataluña. La AERC recuerda que este nuevo ataque a la propiedad de esas emisoras «reabriría el debate, que tanto calado tuvo en la opinión pública, sobre la necesidad de respetar el derecho a la libertad de expresión —también respecto a los medios críticos a los diferentes gobiernos—, básico en la comunicación de toda sociedad democrática».

Podría pensarse que la SER y compañía, parte activa del linchamiento, sufrían un ataque de liberalismo, pero nada más lejos de su naturaleza que la propensión a contraer tan nefasto virus. Lo que temían era un rumor que se extendió como la pólvora: si la izquierda cerraba la COPE en Cataluña, la derecha cerraría la SER en toda España. De hecho, pese a la nota oficial, la radio polanquista continuó la campaña anti-COPE con idéntica ferocidad liberticida, esa misma que los ha hecho temidos y despreciables.

Por su parte, la Asociación Profesional Española de Informadores de Prensa, Radio y Televisión (APEI-PRTV) calificó de «tropelía y hecho insólito en un país que pretende ser democrático los ataques desatados por algunos políticos y medios de comunicación [...] los intentos y provocaciones de ciertos elementos, con el fin de boicotear su trabajo hasta el punto de pedir que la señal de la COPE enmudezca en Cataluña». O sea, bien.

En cuanto al PP, desde la apertura oficial de hostilidades contra la COPE por parte del Gobierno —el «montillazo»—, Zaplana y Acebes se significaron claramente —heroicamente, diríamos, dada la tradición gusanil de la derecha— en defensa de la

COPE. También lo hizo Rajoy, aunque no citando a la COPE sino a «un medio de comunicación», gesto de vigor dialéctico que lo situaba entre la guerra de Gila y el pánico al Poder Fáctico Fácilmente Reconocible (PFFR: Polanco) de su bautista Aznar. Sin embargo, la postura de Rajoy permitió a los liberales de la derecha mortificar en el Congreso al Gobierno cada miércoles. Esperanza Aguirre nos defendió siempre que tuvo oportunidad, y, al otro lado, Gallardón, desacostumbrada y sorprendentemente, brillaba por su ausencia. Pero, como Piqué, no tardaría demasiado en asomar la patita.

Los democristianos catalanes devoran a los leones de las Cortes

El día 2 de noviembre, Josep Antoni Duran i Lleida subió a la tribuna del Congreso para atacar directamente a la COPE y amenazar a los obispos desde su posición de cristiano oficial, o sea, democristiano. Sabido es que el comportamiento de los democristianos en política suele superar en ferocidad e impiedad al de Nerón o al de Calígula. Duran, entre Domiciano y Andreotti, estuvo a punto de merendarse a los leones de las Cortes, guardianes broncíneos de nuestra soberanía. Así habló Duratustra:

La Iglesia no puede permitirse ni un día más que desde algunos de sus medios de comunicación y alguno de sus profesionales se siembren a diario el insulto, el odio y la confrontación. Es momento de decir basta ya. Jesús distingue entre el buen pastor y el mercenario. Obligación de la Iglesia es deshacerse de mercenarios y nutrirse con buenos pastores.

Incomprensiblemente, el abad de Montserrat se dio por aludido y al día siguiente salió diciendo que el «clima de intolerancia» estaba promovido por «algunos programas de una emisora que tiene como accionista a la Conferencia Episcopal». No se refería a Radio Estel, la cadena de radio nacionalista y episcopal donde él predica, cuyas deudas —dado el pavoroso fracaso de audiencia; en su caso, feligresía— creo que paga la Conferencia. Pero Duran, látigo de mercenarios, presidente de un partido enfangado en varios sumarios por saqueo de fondos públicos —que para un político deberían ser tan sagrados como el Templo para Jesús—, añadió al día siguiente uno de esos detalles genuinamente fariseos que hace impagables, bien que onerosos, a los democristianos nacionalistas. Para redondear su faena parlamentaria y homenajear a los ofidios, se envió una nota a sí mismo a través de la organización juvenil del partido, pidiendo disculpas a «los profesionales de la COPE», por «el error de no identificar a la persona», si bien reiteró el mensaje, más feroz por reconcentrado, de «la necesidad de acabar con los insultos, las descalificaciones y el odio impulsados por un profesional desde un medio de comunicación ligado a la Iglesia». Total,

porque siempre le recuerdo que es un separatista catalán de Huesca. También agradecía el apoyo expresado tras los supuestos «ataques» recibidos por su ultimátum a los obispos. No es de extrañar que ese mismo día su socio Artur Mas, heredero de Pujol, el pionero en el empeño de cerrar la COPE, elogiara el valor de Duran, sumándose oficialmente a la campaña contra la cadena, convertida en la parte sacrificial de la inmensa ceremonia de la confusión que supuso la entronización parlamentaria y el desvergonzado camuflaje político del nuevo Estatuto.

Ese mismo día 3 de noviembre en que Duran brillaba por su callada caridad cristiana y Mas por su público hermanamiento con Duran (es sabido que, desde los orígenes de su coalición, Convergencia odia a Unió casi tanto como la desprecia), la prensa barcelonesa añadía más perlas a su collar perruno. *El Periódico* estaba flojo: un tal Díez se limitaba a identificar con la COPE una pequeña manifestación ultra en Madrid durante el alarde de propaganda que todos los partidos catalanistas hicieron en las Cortes para presentar, es decir, para disfrazar, el nuevo Estatuto de Autonomía.

Pero *La Vanguardia* iba más lejos. En realidad, ya había marcado músculo dos días antes, en prólogo al chantaje de Duran a los obispos, cuando Lluís Foix gimoteaba en hábito editorial: «No soy partidario en absoluto de que se cierre una emisora de propiedad mayoritaria episcopal porque varios de sus locutores abren sus programas con insultos, motes y demás improperios contra todos aquellos que no coinciden con las opiniones, totalmente discutibles, que ellos lanzan en antena desde que sale el sol hasta que llega la noche. Sé que a estas horas, el día de Todos los Santos, o mañana que será el de los Difuntos, puedo ser objeto de críticas y desprecios de brocha gorda contra mi persona. Federico así las gasta y César Vidal, con más sutileza, no se queda corto». El pobre debió de quedarse con las ganas, ensombrecido su gesto por el de Duran, pero ¿qué quería el director adjunto de *La Vanguardia*, uno de esos catalanes que sólo se acuerdan de que son católicos para atacar a la COPE? Salvar su almita cívica: que nadie pudiera reprocharle «qué hacía y qué decía cuando desde una emisora propiedad de la Conferencia Episcopal se echaba gasolina y se prendía fuego sobre la pira de la convivencia patria».

Además de hacerse un lío con el fuego y con la pira, don Lluís no aclara de qué patria habla. Peor aún, en medio del ataque de virtud, la voluntad censora le flaquea: «No voy a tapan la boca a Federico. Primero porque no es mi intención y segundo porque él tiene derecho a defender lo que le venga en gana. Pero no en nombre de los creyentes, que somos de muchas sensibilidades». ¡Pobre hombre! Hay que hacerse cargo de su tribulación. No quiere cerrar lo que de todas formas no podría cerrar, pero quiere denunciar lo que dice permitir, pero teme lo que digan después de lo que dice, pero dice que yo digo lo que no he dicho nunca y sí dice él, pero además habla en nombre de los creyentes entre cuyas «sensibilidades» la suya es poco representativa, por no decir insignificante o directamente nula. A cambio, el burócrata prensil

ejemplifica el modelo fasciohipocritón de la Cataluña actual: dice defender la libertad mientras la persigue y quiere cortar cabezas sin que nadie pueda acusarlo de decapitador. Así, Robespierre no hubiera llegado nunca a nada, aunque hubiera evitado la guillotina. Como Robesfoix.

Pero es otro escriba godosino, Víctor M. Amela, el que realmente demuestra el 3 de noviembre la doblez autoritaria a que han llegado ciertos medios de turbios fines. La expedición de la casta política catalana al Congreso de los Diputados para actualizar el timo del tocomocho vendiendo la liquidación de la soberanía nacional como gran negocio a los que tienen como profesión jurada defenderla, había tenido en todos los medios nacionales un trato tan estrepitoso como obsequioso. La aplastante mayoría mediática de la izquierda se licuó conmovida por las banalidades del charneguismo separatista, que vendió el apuntillamiento de la nación española como un homenaje a la Andalucía que les vio nacer. Pero esa mayoría genuflecta no les parecía bastante a los profesionales barceloneses de la unanimidad, y Lámela se queja: «Diríase que los medios audiovisuales catalanizaban España. ¿Todos? No, un irreductible comando jaleaba así a Mariano Rajoy: "Tiene usted detrás a mucha gente. El partido es difícil, pero, a por ellos que son... muchos, pero cobardes. ¡Ánimo!". Hablaba el belicoso Losantix, secundado por Pedro J. Ramírez, que recelaba así de la validez democrática del Parlamento: "Todos los grupos criticarán al PP, ¡es como si Zapatero hablase 14 veces!"».

O sea, que el reglamento antidemocrático de un Parlamento rendido al proyecto antinacional del Estatuto podía desvirtuar la verdadera magnitud de la oposición a ese bodrio que suponía precisamente el fin del régimen democrático; y puede así minimizar hasta la caricatura la importancia del PP, pero eso no basta. Hay que lograr en Madrid la unanimidad merengada de los medios en Cataluña. Y si no es posible del todo, porque alguno se resiste y anima a resistir al partido que representa a media España, hay que atacarlo, calumniarlo y cerrarlo. Así tratan estos dizque «demócratas» a las minorías que deberían defender: en casa las aplastan y fuera las persiguen. Si todas las dictaduras son expansivas, la del silencio políticamente correcto y el terror blanco intelectual lo es más.

Al día siguiente, el 4 de noviembre, *Avui* lo demostraba con una de sus típicas piezas desinformadoras: «*Espanya ha mort. Les reaccions al debat. Els insults de la Brúñete mediàtica*». Recuérdese que lo de la «Brúñete mediática» es una fórmula propagandística del entorno etarra popularizada por Arzalluz y, lógicamente, también habitual en el entorno del terrorismo catalanista. Al día siguiente, el 5, *El Periódico* volvía a lo suyo, es decir, a lo mío: «La web ciudadana por la retirada de Jiménez Losantos de la COPE, creada en mayo por el periodista Ricardo J. Royo-Vilanova, tiene ya 13.000 firmas, casi 5.000 más que hace siete días». Ese mismo día 5, *La Vanguardia* publica una de sus delicadas viñetas, símbolo del *seny* que, a diferencia

de la derecha española, caracteriza a la siempre sutil y democrática derecha catalana. Es un perro con un collar donde pone «COPE» que se afana inútilmente en llegar hasta un hueso donde pone «Estatut»; la cuerda que lo sujeta parece a punto de romperse. Pero no: en el texto que acompaña al chiste o viceversa, Bru de Sala, linchador clásico, dice: «La caverna... ha dejado de asustar. Apañados estaríamos si la calle fuera la COPE y compañía». No asusta a estos valientes liberticidas de nómina, pero siguen acosándola.

Al día siguiente, el 6, nueva pieza venatoria del *Avui* titulada «¡Federico, Federico!» en la que se ridiculiza una manifestación del día anterior en la Puerta del Sol convocada por el Foro de Ermua y en la que, según el diario de Lara y Godo, también subvencionado por la Generalidad, «La COPE y Francisco Caja triunfan en un aquelarre contra el texto catalán». Cualquiera diría, leyendo a estos paniaguados incapaces de ganarse la vida honradamente en los quioscos como los periodistas de verdad, vendiendo lo que escriben a quienes quieran leerlos, que ese Estatuto mostrenco, más largo que la Constitución de Corea del Norte y casi igual de intervencionista y dictatorial, es el único «texto catalán» conocido. O que no hay catalanes contrarios al bodrio estatutario. De hecho, los votantes catalanes le dieron la espalda casi tanto como los lectores al *Avui*. Pero, probablemente, ésa es La Razón última de su violencia: como la ETA en El País Vasco, sólo mediante el terror pueden representar a un pueblo que se han inventado y en cuyo nombre ejercen un poder omnímodo sobre bolsillos y conciencias. Pero no sólo las catalanas. Como en todos los crímenes, y éste lo es de lesa libertad, todos los testigos deben ser eliminados y los testimonios destruidos. A mayor delito, mayor impostura.

Ese mismo día 6, *El País* pasea bajo palio a los obispos catalanes. Bajo una sonriente fotografía de Martínez Sistach, el arzobispo que pocos meses antes había votado a favor de la renovación de mi contrato en la COPE (y del de César Vidal, ojo, que se renovó a la vez y por los mismos dos años), el diario más profunda y ferozmente anticatólico se congratula de la bendición episcopal catalana a su cruzada anti-COPE: «Los obispos catalanes se desmarcan de las críticas eclesiales al Estatuto. Cristianos de base instan a su cúpula a dejar la Conferencia Episcopal. Los prelados piden que se corrija el tono ofensivo de la COPE». Tras los titulares, el diario de Polanco resume en tres puntos la postura oficial de los obispos catalanes ante el Estatuto: bendecir a los negociadores, apoyar lo que suponga un avance en la cultura y lengua propias de Cataluña (sólo una, la otra no) y expresar alguna duda no demasiado «ofensiva» sobre el divorcio, la eutanasia y el aborto. Aun así, queda claro que el texto les parece positivo.

Es exactamente lo contrario de lo que ha dicho en público y ratifica en *El País* el recién nombrado cardenal Antonio Cañizares, para el que, como para la mayoría de los españoles que lo han leído, incluidos socialistas como Alfonso Guerra, el Estatuto

es un «ataque frontal a la unidad de España». Critica igualmente la eutanasia, el aborto y el control estatal de una educación expresamente laicista, pero, en buena lógica, deduce que es imposible que el balance de tanto malo sea bueno. Llegados a este punto, un tanto delicado, es el momento de recurrir al abad de Montserrat, Josep Maria Soler, que afirma que la Iglesia considera «perfectamente legítimo dar el nombre de nación a un pueblo aunque no tenga Estado». Dicho lo cual arremete contra la COPE, a la que acusa de «crear un estado de opinión contrario a los principios cristianos». Lo cristiano es, sin duda, prohibir la lengua materna de la mitad de la población de Cataluña en todos los espacios públicos, expulsarla de todos los niveles de la educación, multar a los que se atreven a rotular en castellano sus pequeños negocios y, naturalmente, insultar a quien denuncie tanto atropello, como la COPE. Lamentablemente, aunque para un *ustachi* croata o un ortodoxo serbio sin duda resultaría estimulante, no todos comparten lo que dice Soler. Traduciendo un hartazgo evidente pero que nunca se concreta con claridad, el cardenal arzobispo de Sevilla hace una defensa nítida de la cadena estigmatizada: «Aplaudo a la COPE, escucho la COPE y, desde luego, creo que está haciendo un enorme servicio a la democracia y a la verdad», dice Carlos Amigo Vallejo, al tiempo que llama a acudir a la manifestación contra la LOE. Un proyecto que, en el fondo, persigue imponer en toda España el modelo drásticamente laicista del nacionalismo catalán.

Algunos quieren olvidar y olvidan que desde hace un par de años Cataluña es un protectorado etarra gestionado por el Tripartito, que pactó en Perpiñán la exención del territorio del Principado (el resto de los llamados *Països catalans* quedó en estado de meritoriaje) de esa desagradabilísima tarea de limpiar de sangre y restos de masa encefálica las aceras catalanas. Sin embargo, a veces se desborda la simpatía por el socio terrorista del nuevo régimen alumbrado por Carod y Zapatero (previa exclusión del PP) y cuya primera criatura es el Estatuto, prólogo a su vez del futuro pacto con la ETA sobre El País Vasco y Navarra. Por ejemplo, en *La Vanguardia*, Màrius Serra publica un gracioso artículo titulado «Peco, peco, peco», que se le ha ocurrido a él sólito repitiendo el manera «COPE, COPE, COPE». Su reflexión es ésta: «Los acérrimos seguidores del radiofonista Jiménez andan vociferando por ahí que les quieren cerrar la emisora». Cabe recordar educadamente el nombre del único medio de comunicación cerrado en democracia. No se llama ni se llamará COPE, sino *Egunkaria*. Según los jueces, ese diario fue cerrado porque formaba parte del entramado terrorista, y más concretamente porque «ETA tomaba decisiones en su consejo de administración». Evidentemente, al columnista de *La Vanguardia* le molesta tanto lo que se ha cerrado como lo que sigue abierto. Bueno, esto último, muchísimo más.

Otro ejemplar del mismo género intelectual es el número especial del mismo día 7 de noviembre del semanario *Cambio 16*. El titular es «PP, ultras y católicos presionan

a los españoles. La derecha mete miedo». Y el autor del reportaje principal, Diego Caballero, escribe: «Han encendido la mecha con alusiones continuas al guerracivilismo. Se trata de crear división, entre ciudadanos y entre territorios. La alianza de la vieja España es un remedo para reeditar las luchas fratricidas que mostró con su pincel el pintor Francisco de Goya. Los ataques a Carrillo van en la misma dirección». Sorprende que precisamente al responsable de la matanza de Paracuellos, más de seis mil personas de los que un tercio eran niños, se le considere un testimonio contra el guerracivilismo. Pero es que no se trata de exculparle sino de darle voz y seguirle, porque suyas son las reflexiones de fondo: «[Carrillo] se refiere a la cúpula del PP, confundida en tantas ocasiones con la extrema derecha. Sus incondicionales alientan a estos jóvenes nazis y en el Senado se lanzan improperios soeces de carácter personal contra Zapatero (...) Carrillo localiza a los que dirigen los hilos del grupo convulso de medio centenar de ultraderechistas, *los de siempre*. Su mirada se dirige hacia recodos de Internet publicitados por ciertos bancos y la radio de los obispos, la COPE». De momento y por ventura, Carrillo no puede mandar «A paseo» (sección fija en el panfleto de Alberti) a quienes denuncia. Además, nos tranquiliza sobre la unidad de España, que no corre peligro alguno: «Lo mismo decía la derecha en el año 36, y no fueron los catalanes ni los vascos los que rompieron la unidad del Estado español. La rompieron los que se sublevaron y fracturaron a los españoles en dos campos que terminaron resolviendo a tiros sus diferencias». Por supuesto, la rompieron los nacionalistas de ERC y los agentes de Stalin como el joven Carrillo que perpetraron el golpe de Estado contra la República de 1934. Pero en 2005 el héroe ya no es el Carrillo arrepentido de la Transición, que aceptaba la bandera nacional y la Corona, sino el chequista redivivo e irreductible, el propagandista guerracivilista y genuinamente totalitario de la SER.

Inútil es añorar para la COPE el mismo respeto con que ahí se tratan los comunicados etarras, por ejemplo el típicamente staliniano de dar por muerto el Estado autonómico español como «cárcel de los pueblos pequeños». La Razón nos devuelve al titular primero: «El PP ha encontrado un filón en estos grupos de activistas católicos [CONCAPA, Foro de la Familia, etc.] que se hacen escuchar mediante pancartas de lenguaje violento, de referencias a panteones y ataúdes para rojos e independentistas. Los ultras son bien recibidos en su seno como algunos mandos intermedios, los vocingleros de la COPE. Y todos en la sede de la madrileña calle Genova disponen de sitio privilegiado a la diestra de Mariano Rajoy, Acebes y Zaplana, instigadores trinitarios de escasa gloria en una democracia sin marcha atrás». La verdad, con Perpiñán como capital intelectual y Carrillo y la ETA como guías, uno tiende a dudarlo.

Ese mismo día 7 de noviembre, otro semanario, *El Siglo*, titula: «De la COPE que no tiene futuro». Y entre los dicterios habituales contra los comunicadores de la casa

sobresale este matizado juicio: «Quienes no se sitúan en su órbita clásica y en la ortodoxia tradicional padecen persecuciones, problemas, molestias, marginaciones, etc., etc. No vale la pena perder un minuto en esa reflexión acreditada a lo largo de siglos merced a instituciones tan siniestras como el Tribunal del Santo Oficio o de la Inquisición. Prisiones, ejecuciones en la hoguera, torturas». A diferencia de los obispos catalanes, el semanario no nos achaca desviación de los principios cristianos, puesto que a la cabeza está «Joseph Ratzinger, un experto en el arte de la censura». Luego se adentra en la Historia y crea paralelismos sorprendentes: «El paisaje del franquismo era variopinto pero, en realidad era monocolor. Igual sucede en la COPE. Diferentes en el matiz, iguales en el insulto, la descalificación, la mentira, los ataques (...) a los políticos y periodistas de izquierdas o incluso centristas como Alberto Ruiz-Gallardón». En rigor, de haberse limitado la dictadura a una cadena de radio hubiera sido una dictadura muy rara. Ni Polanco podría haberse hecho rico vendiendo los libros de texto del régimen, ni Godo millonario defendiendo a Franco, ni Cebrián poderoso como jefe de Informativos, es decir, censor máximo de TVE en vida del dictador, con el Gobierno de Arias Navarro, «Carnicerito de Málaga». De todos modos, los escribas de *El Siglo*, que también suelen ilustrar con sus opiniones siempre diferentes y polémicas *El País* y la SER, pueden albergar esperanzas: «La fecha de caducidad se aproxima. La COPE de la calumnia no tiene futuro». Me duele desengañarlos recordando la anécdota de aquel inglés que, cuando el *Times* publicó su esquila por error, escribió al periódico diciendo: «La noticia de mi muerte es considerablemente exagerada». De momento.

Pero, a diferencia del *Times*, no se trata de un error. El día 9 de noviembre todo un señor obispo, el de Sant Feliu, Agustín Cortés, se dirige a la Conferencia Episcopal para que «corrija a Jiménez Losantos y le diga que no puede continuar con ese programa». La Razón es que «utilizo un lenguaje no apropiado». No tanto como el que se usa contra mí, evidentemente, pero el obispo debería haber tenido más caridad con mis flaquezas. Cualquiera podría pensar que le molesta más un programa que puede corregir con un leve desplazamiento del dial que asistir a exhibiciones ético-morales pagadas con dinero público y protagonizadas por las máximas figuras políticas del nacionalismo, como el protectorado etarra en Cataluña pactado por Carod y Josu Ternera en Perpiñán o la mofa de la corona de espinas en Jerusalén a cargo de Carod y el travieso Maragall.

Pero el obispo no está solo. Para mi corrección definitiva —el atentado de Terra Lliure al que jamás se refieren estos obispos no fue suficiente— en el periódico de Zeta (*Interviú*) les asesora un catedrático de Derecho Penal llamado Joan J. Queralt: «Aún no ha nacido quien haya de ponerle en su sitio, puesto que ello sería un delito de lesa democracia. O no. (...) Nadie en su sano juicio dejaría entrar a un pirómano antorcha en mano en una gasolinera. (...) De ahí la exigencia de la veracidad de los

contenidos y la prohibición de recurrir al insulto por el insulto (...) el límite tiene que venir de fuera de la fuente, desde dentro hoy resulta imposible: los obispos propietarios de la COPE entienden que su reino no es de este mundo». A falta de Terra Lliure, hace falta el CAC.

Los abades de la Tarraconense no dejan de aparecer en los periódicos más comecuras para tratar de complacer la inquietud apostólica de Duran, pero a pesar de la cobertura mediática no acaban de convencer a la Conferencia Episcopal para acabar conmigo. Los jesuitas de Cristianismo y Justicia pedían «la destitución de personas concretas», plural reducible a mi reducido yo. Aseguraron que la COPE promovía el choque de civilizaciones (seguramente a la hora del Ángelus) y que yo «clamaba diariamente a favor de la guerra como manera más eficaz de resolver conflictos». Eso, por celebrar que en la Reconquista se hubiese rehecho la España romana y cristiana en vez de la muslim. Los oyentes de la COPE en Cataluña eran los más escandalizados por el fervor inquisitorial de estos clérigos nacionalistas. Uno se preguntaba: «¿Son jesuitas a la soviética o futuros ayatolás?». La duda tenía su origen en frases como ésta: «¿Por qué desde la COPE, supuesta voz de la Iglesia, se criminaliza diariamente el islam y se ridiculiza cualquier intento de diálogo?». Y después del 11-S y de la yihad contra Occidente, ¿en qué creen estos jesuitas? ¿En el diálogo con la ablación del clítoris, en el ecumenismo del asesinato de los musulmanes que se hacen cristianos, o en la bonita costumbre de la «fatua» para asesinar a los intelectuales que molestan a los ayatolás? En el siglo XX, el obstáculo racionalista más fuerte que encontraba la fe en el medio intelectual era la existencia del mal en El Mundo: el Holocausto, la muerte, esclavitud o tortura de mujeres y niños en civilizaciones bárbaras, etc. En el siglo XXI bien podría ser la existencia de supuestos seguidores de Cristo incompatibles con la libertad y amigos de cualquier tiranía, sea comunista, islámica o nacionalista. Todo menos liberal.

El Gobierno anticatólico recurre al Vaticano

Era inevitable que el 10 de noviembre, enfebrecida por la marea mediática y alentada por la sensibilidad ostentosamente progresista de ciertos curas y frailes, la audacísima vicepresidenta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, capaz de posar en *Vogue*, presentar la moda étnica en la Pasarela Maputo y dar lecciones de ética sobre lo que sea a quien se tercié, se presentara en el Vaticano para darle a la COPE el leve empujoncito que, según intuía o le habían intuido, le faltaba para aterrizar en la fosa. Si el Vaticano es simplemente un Estado, como gustan de repetir los progres del PSOE, nunca un Gobierno socialista había recurrido al extranjero para reprimir a un

medio de comunicación español. El régimen franquista lo había intentado con la Pirenaica; en vano, porque no estaba en Francia sino detrás del telón de acero, en lo ideológico y lo físico. El régimen prisaico ha intentado lo mismo con la COPE; y con idéntico resultado, aunque por razones opuestas: el Vaticano, léase la jerarquía católica, estaba en España.

De la Vega trataba de cambiar la orientación de la COPE y de impedir la posible participación de curas, obispos o cardenales en la prevista manifestación contra la LOE. Celebrada ésta y fracasada aquélla, la futura directora de *El País* (hace ya muchos años y bastantes directores) Soledad Gallego-Díaz lo contaba así el 13 de noviembre, citando fuentes monclovitas: «La vicepresidenta entregó también al cardenal Sodano un amplio dossier sobre los reiterados insultos y ataques que reciben las autoridades españolas en la emisora de radio propiedad de la Conferencia Episcopal. No se trataba de plantear ninguna queja concreta sino de facilitar información a la Secretaría de Estado para que realice sus propios análisis y llegue a sus propias conclusiones. "Simplemente se les ha entregado una amplia carpeta con transcripciones y cintas grabadas para que formen su propia opinión", reconoció un experto relacionado con La Moncloa».

Otro experto, pero relacionado con el Vaticano, el secretario de la Conferencia Episcopal, J. A. Martínez Camino, dijo en la COPE que la breve reunión con Sodano sólo se había celebrado por la «insistencia» del Gobierno español y que lo único que se le había dicho a De la Vega era que lo que quisiera tratar debía hacerlo con la jerarquía católica española. Los medios progres no aceptaron con facilidad este aparente desdén vaticano a la deferencia de la vicepresidenta de viajar en persona a «corregir» a los católicos desnortados. *El Periódico de Catalunya*, curiosamente por delante de *La Vanguardia*, lo sintetizó en una viñeta presuntamente humorística, para las antologías. Los personajes son De la Vega y un soldado de la Guardia Suiza, y el diálogo es éste:

De la Vega: Quiero ver al Papa para quejarme de los obispos españoles.

Guardia: Tenemos orden de que no le molesten cuando escucha la COPE.

De la Vega: Me lo temía, debe de recordarle a las emisoras del III Reich.

El día siguiente, 11 de noviembre —nótese la cadencia vertiginosa de la campaña— los protagonistas fueron un conocido periodista radiofónico llamado Iñaki Gabilondo y un juez casi desconocido llamado Carlos Fanlo. En sintonía con la llamada del diario de Zeta al «desprecio activo» contra la Iglesia mientras no liquidara la COPE, el otrora conocido como «Sor Iñaki» o «Iñaki de Calcuta» se destacó como Savonarola y dijo que, en efecto, la Iglesia merecía «una reprimenda». Después del GAL y el vídeo contra Pedro Jota, ambos defendidos por pasiva o por activa en *El País*, el concepto «reprimenda» en labios de uno de los grandes símbolos del polanquismo suscitó la lógica inquietud. Pero no tanta como saber que entre los

jueces de Barcelona figuraba uno capaz de publicar en el diario gratuito de más tirada, *20 minutos*, este fino artículo contra mí: «Eres, Federico, un mentiroso abyecto (...) Tu lengua viperina y envenenada de odios acumulados se atreve a insultar a un pobre hombre enfermo que tanto hizo por España [por Adolfo Suárez]. Los de Terra Lliure te tirotearon. Fueron crueles al herirte en la pierna. De haber apuntado al corazón, nada te hubiesen lesionado porque careces de él». Pese a ello, y por si acaso, también me llamaba «mendaz ruin palafrenero de los poderosos (...) escoria de un periodismo provocador y cainita»; y terminaba, es decir, remataba: «Ahora, si tienes lo que hay que tener, queréllate conmigo. Como en las presuntas injurias no se da la *exceptio veritatis* que se aplica a las calumnias, probablemente me condenarán. Si te hubiera llamado ladrón y lo fueras, nada me sucedería por ser cierto: lo que yo he dicho también lo es, pero a un "hijo de puta" si se lo espetas, te condenan, aunque su madre sea la peripatética más famosa del país».

El director general de *20 minutos* era José Antonio Martínez Soler, ex director de Informativos en TVE con el Gobierno del PSOE; y su editor general era Arsenio Escolar, hombre tan de confianza de PRISA que llegó a subdirector de *El País* y *Cinco Días*. Tras leer el artículo y comentarlo en la COPE, en todo el centro-derecha se produjo una auténtica conmoción por la brutalidad del ataque de todo un señor juez a una víctima del terrorismo. Y encima, en uno de los periódicos de la empresa extranjera Schibsted, que hace fortuna repartiendo papel gratis en el metro con licencia municipal. Eso movió a Arsenio Escolar a pedir disculpas a los lectores al día siguiente de publicar la exquisita deposición judicial. Añadía que también me había llamado para dárme las personalmente, dejando suponer que esa conversación se había producido y que yo había aceptado o, al menos, recibido las excusas de Escolar. Nada más falso. Nunca he tenido el disgusto de hablar con ese señor. Llamó a *La mañana* preguntando por mí y cuando le dijeron que tenía que esperar porque yo estaba hablando por teléfono dijo «que me llame» y colgó. Por supuesto, no le llamé, no fuera a cumplir los deseos de su colaborador matándome de un pitido ultrasónico, como hacían James Bond y el KGB.

Fanlo, que tendría lo que hay que tener —al menos para ser terrorista—, pero a sus horas, temió una acción disciplinaria del CGPJ y publicó una notita asegurando que el corazón a perforar de un disparo, el mío, era metafórico. El corazón, no sé, pero yo no era lo que se dice metafórico, ni siquiera metonímico. Y como me había unido a la Asociación de Víctimas del Terrorismo después de que Esquerra Republicana, el partido que pactó con la ETA y en el que hacen carrera los pistoleros de Terra Lliure, todos sin arrepentir, anunció que se querellaría contra mí por criticar sus conexiones con el terror, fueron los abogados de la AVT los que interpusieron una querrela criminal contra Fanlo por menosprecio a una víctima del terrorismo (y además a propósito del atentado sufrido), un delito claramente tipificado en el Código

Penal desde el antiguo Pacto Antiterrorista. La querrela de ERC fue desestimada meses después por otro juez de Barcelona en una solidísima y muy trabajada sentencia, al decir de los expertos. Es la prueba de que en Cataluña aún hay de todo. Pero el CGPJ no quiso tomar ninguna medida permanente contra Fanlo porque, dicen, escribía a título personal y no como juez. Hombre, lo grave no es que Fanlo escribiera eso, sino que alguien que escribe eso siga siendo juez. ¿Quién esperará de él ecuanimidad, ponderación y respeto a las leyes que él mismo se jacta de vulnerar? Si en Cataluña hay de todo, en el CGPJ hay también bastantes fanlos. De corazón.

Más edificante aún fue la reacción de las asociaciones periodísticas de Madrid y Barcelona. El presidente de la madrileña, Fernando González Urbaneja, veterano empleado de Polanco y con el que coincidí en Antena 3 Televisión, donde dirigía un telediario en el que se negó a informar durante meses del Caso Ibercorp, no optó esta vez por la elusión. Si bien dijo que él no hubiera publicado el artículo de Fanlo (razones económicas hay que superan las morales), tuvo lo que, según el juez, «hay que tener» para añadir: «El artículo del señor Fanlo puede ampararse en la libertad de expresión y opinión. El señor Fanlo tiene esa libertad y defenderé que la tenga y que la use. Una sentencia de los jueces Wendell Holmes y Louis Brandéis de 1919 decía: "Debemos estar eternamente vigilantes contra los intentos de restringir la expresión de opiniones que aborrecemos y creemos cargadas de muerte...". Pienso lo mismo; plena libertad de expresión, sin excepciones, para el señor Fanlo y para Jiménez Losantos, incluso para incurrir en delito de injuria (que no seré yo quien lo aprecie, para eso están los tribunales), pero no para el uso de esa libertad sin límite en un periódico que yo dirija».

He ahí un moralista de cuerpo entero. Defiende que se use lo que llama libertad contra otros, pero no está dispuesto a hacerse responsable de ella dándole cobijo, o sea, que predica con el ejemplo pero al revés. También equipara prácticamente a Fanlo y a mí, que no había dicho nada contra Fanlo pero sí había criticado la, digamos, valentía selectiva de Urbaneja como Kapopress según los casos, los gobiernos y las empresas. Además, desconoce o quiere desconocer que el Código Penal contempla como delitos conexos con el terrorismo el menosprecio a las víctimas y el ensañamiento con ellas utilizando los datos de atentados sufridos, que además «señalan» a la víctima para otro atentado. En realidad es lo que llevaban haciendo varias semanas y siguieron haciendo muchas más, hasta ahora, los medios de Madrid y Barcelona contra los comunicadores de la COPE y en particular contra mí. Algo que debió de producir un suave cosquilleo de placer en el vengativo corazonzuelo urbanejil. En cuanto al Colegio de Periodistas de Barcelona, que suele dar clases de deontología profesional en la única gran ciudad occidental donde no hay periodismo de investigación sobre la corrupción política, no sólo no condenó a Fardo sino que, tras sucesivas aproximaciones en *El Periódico*, acabó respaldándolo ante la

terrible campaña de agresiones y descalificaciones sufridas. No esperaba menos de semejante cuadrilla. Fanlo dijo lo que ellos no se atrevían a decir. Políticamente, es su héroe. Profesionalmente, es su retrato.

La manifestación contra la LOE y el recrudecimiento de la campaña

El día 12 de noviembre tuvo lugar en Madrid la manifestación por la libertad de enseñanza y contra la LOE, que yo retransmití en directo para toda España y en especial para los manifestantes a través de altavoces que cubrían todo el trayecto. El millón largo de asistentes, incluidos Rouco y otros obispos, además del auténtico clamor popular en defensa de la COPE, levantaron las iras de los progres en los medios habituales. Si una semana antes, cuando el guateque del Estatuto catalán en las Cortes, nadie temía a la COPE pero se la seguía atacando y se iba a Roma a tratar de liquidarla, ahora se hacía otro análisis, aunque siempre perseverando en el mismo propósito liberticida. Los progres, que tanto hablan de democracia, son incapaces de soportarla si no la ejercen ellos. En cuanto al periodismo progre, Tartufo a su lado era un modelo de clara rectitud.

Al día siguiente, lunes y 13, *El Periódico de Catalunya*, órgano oficioso del Tripartito catalán y ariete o carnero, ya que no cerebro, de la ofensiva contra la COPE, ofreció otro número antológico en sus secciones de Información, Opinión y Cultura. En portada, titulaban: «La manifestación contra la LOE recibe menos apoyo del esperado». Era justo al revés. Y dentro, añadían: «Los convocantesjaleados por la COPE, convertida en la emisora oficial de la manifestación, que se escuchaba a través de grandes altavoces distribuidos por todo el itinerario, no abandonaron en ningún momento el triunfalismo (...) la pancarta la sostenían los líderes de las 10 organizaciones convocantes ayudados por el conductor de *La linterna* de la COPE, César Vidal, que se colocó casi en el centro, junto a Benigno Blanco, presidente del ultraconservador Foro de la Familia (...) Muchos exhibían en su pechera la advertencia "La COPE somos todos". Menos suerte tuvieron los redactores de RNE y TVE, que sufrieron las embestidas verbales del público». Lo que se dice un modelo de informar.

El director, Antonio Franco, añadía una columna digna de su talento y su talante: «La LOE era sólo una excusa». Y se explayaba: «Como todo en democracia, la cifra importante no es la de manifestantes puntuales por un tema u otro, sino la de electores que votan [...] una pancarta decía "La COPE somos todos". Si se refería a los manifestantes, tal vez. Si tenía más pretensiones merecía otro cero. Cero en verdad».

En rigor, la verdad le merece tanto respeto a este biotipo de retroprogre como el derecho de manifestación, por lo visto devaluable según sea el resultado electoral. No aplicaba el mismo rasero en las bárbaras manifestaciones contra el PP con la excusa de la guerra de Irak o del 11-M. Todos los presentes celebraron y los ausentes admitieron el carácter festivo de la manifestación, así que *El Periódico* tituló su editorial «La tenaz fabricación del mal ambiente en España». Un detalle: «Hoy, tanto el PP, como lo más inmovilista de la Iglesia española, como los medios de la calaña incendiaria de la cadena COPE no quieren que prospere ni el menor reformismo ni el más mínimo protagonismo de la nueva izquierda». En la página 25, otra opinión arrojadiza: «Una prensa de guerrilla». Tesis: «Como ya pasó en 1931 y en los noventa, la derecha se sirve de medios como la COPE, *El Mundo*, *La Razón* y *ABC* para atacar a la izquierda en el poder (...) Las diatribas de Jiménez Losantos en la COPE y en su diario *online Libertad Digital* son sólo la punta de lanza de un fenómeno que, más allá de la radio de la Conferencia Episcopal, se retroalimenta en periódicos como *El Mundo*, *La Razón* o el *ABC*». O sea, que está muy mal y es resueltamente condenable atacar a la izquierda cuando está en el Poder, aunque abuse de él para robar (Filesa) o matar (el GAL). Y también está mal atacarla cuando está en la oposición. En realidad, lo que realmente querrían estos progres es ilegalizar la derecha, cerrar los medios molestos como la COPE, e implantar el Partido y el Pensamiento Únicos. En nombre de la pluralidad y del progreso, claro está. Su humor, su tolerancia (otro mantra progre) se revela en la pieza «COPE de queda» que ilustra la sección de Cultura: «Los responsables del PP han tomado medidas urgentes para evitar más incendios y actos vandálicos contra la Patria Única como los que están provocando terroristas, catalanes, homosexuales y demás gentuza liderados por Zapatero... (...) La primera iniciativa ha sido la implantación del COPE de queda en todo El País. Para garantizar su cumplimiento se han creado somatenes de obispos y tertulianos que patrullan las calles vigilando que a partir de las ocho de La mañana no quede nadie sin crispas (...) dicen que la verdadera solución para que no se reproduzcan incidentes reformistas pasa por acciones en el campo de la enseñanza como la implantación de la asignatura de Formación del Espíritu Nacional». En rigor, no hace otra cosa ese diario desde hace treinta años con el nacionalismo catalán. Y la asignatura «Educación para la Ciudadanía» es la FEN pero en progre. De risa, el profeta.

El diario de Godo, acaso recordando que durante cuatro décadas se vendió como *La Vanguardia Española*, relataba lo mismo de otra manera: «Miles de banderas rojigualdas elevan el tono de la marcha». Y explicaba lo más noticiable del fenómeno: «Movimientos eclesiales como el Opus Dei, Legionarios de Cristo, Camino Neocatecumenal y Comunión y Liberación flanquearon la iniciativa con su acreditada capacidad de convocatoria. Todo ello articulado orgánicamente por un

medio de comunicación que en las últimas semanas ha adquirido una especial relevancia en el debate político en España: la cadena de ondas populares, COPE (...) unos potentes altavoces retransmitían en directo la marcha, a cargo del radiofonista Federico Jiménez Losantos. En la narración de Jiménez Losantos la manifestación se agigantaba como símbolo político...».

Por una vez, todo era verdad.

Montilla y Duran atacan de nuevo

Tras revelar *El Mundo* que Montilla había recibido el regalo de mil millones de pesetas que su partido adeudaba a La Caixa, entidad sin ánimo de lucro que, con el respaldo entusiasta del ministro de Industria, «opaba» a Endesa desde Gas Natural, el de Iznájar quiso tapar sus vergüenzas en la mejor tradición delictiva de sus colegas filesios: atacando a los medios que denunciaban sus delitos y pedían su dimisión. El día 12 de noviembre, aprovechaba un festolín de la «Alianza de Civilizaciones» para tender puentes con los católicos: «Son los señores Rouco y Cañizares quienes tendrían que explicar a todos los católicos y todos los ciudadanos por qué la COPE miente, por qué la COPE insulta, por qué la COPE incita al odio y por qué la COPE manipula. Y, sobre todo, por qué lo hace con absoluta impunidad y atacando a todo El Mundo. Hasta el propio jefe de Estado ha sido insultado con impunidad y la Conferencia Episcopal ha amparado estos ataques. Los responsables de la Iglesia tendrían que dar explicaciones de por qué permiten que un medio de comunicación traspase las líneas del respeto, de la información contrastada, revolcándose en la difamación, la manipulación y la mentira (...) utilizando el espacio radioeléctrico que es de todos. (...) No dimitiré por mucho que lo pidan unos personajes amoraes como Pedro J. Ramírez o Jiménez Losantos. (...) Estos señores son servidores de la derecha más extrema a pesar de que ellos en su egolatría se creen los estrategas de la derecha».

Es difícil ser a la vez estrategas de la extrema derecha y de la derecha sin extremar. Claro que tampoco tiene nada que ver la «moralidad» de dos periodistas con el hecho de que un ministro acepte dinero de empresas sobre cuyos negocios decide. El pensamiento de Montilla, valga la antítesis, es propenso a las lagunas lógicas. Pero en cualquier democracia occidental, basta descubrir un presunto cohecho para que dimita el responsable y se defienda en los tribunales sin el amparo del Poder. En la Cataluña de hoy, Montilla, pillado con las manos en la pasta, ha ascendido a líder de las izquierdas y ha sido nombrado candidato a la presidencia de la Generalidad. Es la moralidad en persona. Y en partido. Y en Época. Y en país.

El día 14, Duran no soportó más el protagonismo izquierdista contra la COPE y proclamó en la emisora RAC1 que sus ataques «hacían más daño» que los de Montilla porque vienen de «una persona que ha defendido actitudes coincidentes con las de la Iglesia». Poco después de esas declaraciones, el equipo de Montilla pasó al contraataque y Miquel Iceta amenazó así a la Iglesia durante una rueda de prensa: «O hace valer su peso para acabar con estas prácticas infernales o que se disocie de esta empresa (...) Esto se ha de acabar y no se puede utilizar el nombre de Dios en vano, y lo decimos con el máximo respeto por la gente con convicciones religiosas, que en su nombre se quiera faltar o encizañar la convivencia entre los pueblos de España. (...) Hay teólogos que se preguntan en público si a Dios le hacen falta emisoras de radio. Nosotros lo tenemos clarísimo: a Dios no le hacen falta emisoras como la COPE, a otros quizá sí». En fin, ladrones y teólogos ofrecían un espectáculo grandioso. Gestas opó y acabó con Dimas.

La verdad es que, aun siendo más avieso y retorcido, Duran no podía competir con los socialistas en su campaña contra la COPE y, en especial, contra mí. Ese día 14 se conoció que el jefe de Prensa del PSOE, Carlos Hernández, mandaba mensajes a los medios afines como la paginilla de Sopena incorporando cortes de *La mañana* que, convenientemente manipulados, podían utilizarse para la campaña anti-COPE. Tras el descubrimiento, Hernández se rasgó las vestiduras, llamó mentiroso a todo El Mundo y negó que él fuera capaz de cosa tan fea. Al otro día *Libertad Digital* mostró una copia del mensaje a Sopena. Hernández se calló y Sopena lo justificó diciendo que lo normal era que Hernández enviara información susceptible de utilizarse contra la COPE y no al revés. Claro está que Sopena es incapaz de entender que el dinero público —que es el que financia a los partidos políticos— no puede utilizarse sin delinquir contra una empresa privada, y mucho menos para tratar de cerrarla. Pero los socialistas filesios son así. El dinero público es tan bueno para la causa como el privado. ¡Todo por la secta!

El 15 de noviembre, *El País* tomó el relevo del exhausto periódico de Franco y abasteció de metralla guerracivilista al bando copecida. La formidable manifestación contra la LOE había inflamado del todo el cerebelo cainita del catalanismo polanquero. Vicenc Navarro, de la Pompeu Fabra, escribía en *Las dos Españas*: «Las derechas, con el nacionalismo español, centralista y uniformador que les caracteriza, están encabezando un movimiento catalonofóbico que encuentra su máxima expresión en la COPE, la emisora de la Iglesia española que está incitando al conflicto civil entre dos partes de España. Junto a la COPE está el partido nacionalista español conservador, el Partido Popular, heredero del bando vencedor de la Guerra Civil (que se autodenominó como el bando nacional)». Por supuesto, las mentiras cuando están muy repetidas dejan de tener que demostrarse. Otra criatura académica de la secta de la trola, Jordi García Soler, atacaba por el lado anticristiano

versión posmoderna en «La forma española del fundamentalismo religioso». Partiendo de que cualquier monoteísmo es fundamentalista y peligroso, «una amenaza para la humanidad», deliraba: «En España asistimos al renacimiento de un nacionalcatolicismo agresivo e inquisitorial que tiene en la COPE su más acabada expresión (...) El fenómeno de la COPE supera ahora ya todo lo que el panorama periodístico español ha vivido en los últimos treinta años. El suyo es un lenguaje guerracivilista permanente con el uso y abuso constante de todo tipo de descalificaciones, exabruptos, insultos, calumnias e injurias (...) contra colectivos sociales diversos, como lo demuestran sus reiteradas muestras de catalonofobia, vascofobia, islamofobia, xenofobia y homofobia (...) quieren la libertad sólo para ellos, porque desde su cerril fanatismo integrista se consideran poseedores únicos de la verdad. Son nuestros fundamentalistas, los nuevos nacionalcatólicos, dispuestos a partir de nuevo como cruzados». Si este orate, que evidentemente habla de oídas y repite como un lorito las consignas anti-COPE, tuviera dos dedos de frente resolvería antes de cocear en el vacío un pequeño problema conceptual: ¿cómo van a encabezar nada menos que el nacional-catolicismo un ateo, un protestante, varios descreídos y algunos católicos liberales cuya fe sobrevive al espectáculo pagano del clero antiespañol? Echo también en falta, entre el repertorio de fobias políticamente correctas que nos atribuye, una que sí es realmente cierta: la tontofobia. Y la analfabetofobia cuando de universitontos se trata.

Más difícil resulta el trámite intelectual cuando uno tropieza con la maldad y la mentira vestidas con alzacuello y travestidas de virtud. Eso es lo que sucedió el 16 de noviembre, cuando el obispo de Gerona, Soler Perdigó, rodeado o cercado, tanto da, por un Consejo Presbiterial de 21 capellanes, emitió un comunicado en el que atacaba a la COPE de forma todavía más vil que Montilla, Duran y la logia de Polanco. Por si la checa audiovisual catalana lo hubiese olvidado, recordaba que la COPE tiene tres frecuencias en la demarcación gerundense, pero en las que «en vez de sembrar la buena noticia del Evangelio descalifica sistemáticamente a los políticos que considera contrarios a sus opiniones, llegando a insultar e injuriar». Hasta ahí, simples repetidores goebbelsianos o kominternianos de los mantras de la campaña. Pero se ve que Soler y sus capellanes tienen que hacer méritos y añaden lo siguiente: «De forma encarnizada, denigra al pueblo de Cataluña, a sus instituciones y a sus gobernantes [...] ofende nuestros sentimientos más entrañables, hace perder credibilidad a la Iglesia, escandaliza gravemente a los fieles y despierta resentimientos y odios recíprocos». «Odios recíprocos», confiesan estos santitos de pega que, a fuer de nacionalistas, se muestran como odiadores profesionales de España y de la verdad, aunque, a fuer de embusteros, mientan en nombre de la lucha contra el odio. La piececita gerundense, un modelo de amor al prójimo, concluye protestando «enérgicamente que una emisora que se presenta como católica abuse tan

descaradamente de la libertad en que se ampara, contradiciendo con su estilo basto y provocador las principales ideas del Evangelio». Y exigiendo a la Conferencia Episcopal «una urgente y clara actuación».

Confieso que es la única vez en que yo estuve también a punto de pedírsela. Porque si el corporativismo profesional es nefasto en médicos o jueces, el corporativismo clerical disfrazado de superioridad moral y utilizando las tretas más inmorales resulta vomitivo. Sólo por no darles una alegría a esos sujetos y no perjudicar a la COPE, me callé. Pero fue uno de esos días en que estuve a punto de regalarle *La mañana*, con la venia de Blázquez, a Martínez Sistach. Porque, una de dos: o Perdigó y su colla decían la verdad, en cuyo caso debían echarnos de la COPE inmediatamente, o mentían, en cuyo caso debían denunciar públicamente a los calumniadores y defender a los que, precisamente después de la manifestación contra la LOE, éramos calumniados. Pero estaba ya tan macerado y tan mentalizado, que hasta resistí la tentación de repetir el famoso lema de la patronal catalana en su era pistolera: «*A l'obrer y al gorrió, perdigó*».

Ese mismo día 16, la campaña entró en cauce político y trámite parlamentario. La diputada por Barcelona Dolors Nadal, o sea, la perfecta catalana anticatalana según la versión sotánica nacionalista, le preguntó a la visitadora vaticana De la Vega: «El máximo responsable en el sector de telecomunicaciones y ordenación del espacio radioeléctrico amenaza a los medios de comunicación que tienen la osadía de criticar al Gobierno. Aclare si mantiene esta posición, teniendo en cuenta que la política informativa del Gobierno depende de su departamento». La valenciana tiró balones fuera: la libertad de expresión, además de los medios de comunicación, es «también de las personas, de los políticos y de los miembros del Gobierno, que no van a dejar tampoco de ejercer la que les corresponde». Efectivamente, para eso están los tribunales, pero no es eso lo que quiere el despotismo progre. De todas formas, me asombró esa forma de atacar a Montilla distinguiendo entre «personas» y «miembros del Gobierno».

El día 18 el CAC remitió a la COPE el famoso informe contra la cadena, hecho, según se jactaban en la checa audiovisual, en la propia emisora por afiliados del PSOE. No sería yo capaz de negarlo. Y tampoco habría de ser la última fechoría del que yo denuncié tras el 13-M como «el soviet del PSOE» dentro de la casa. Inútilmente, claro. El informe no tenía dentro nada, salvo ganas de jorobar. La famosa y archirrepetida frase atribuida a mí y que supuestamente decía que Zapatero sólo trataba con catalanes, terroristas y homosexuales, que a ver cuándo hablaba con gente normal, nunca pudo encontrarla el CAC por la sencilla razón de que no existía, ni siquiera manipulada. Pero la verdad es obstáculo que los nacionalistas y los progres evitan sin el menor problema. Ese mismo día, todos los grupos del Ayuntamiento de Barcelona rechazaron una propuesta de Alberto Fernández, otro catalán anticatalán

como miembro del PP, en apoyo de la libertad de expresión.

La mayoría nacionalista se negó. Dijo que se trataba de un «apoyo encubierto a la COPE», y volcó la ya acostumbrada jaculatoria de la campaña: «Emisora que incita al odio entre territorios, con un lenguaje que lleva además emparejadas actitudes xenófobas, homófobas o racistas». ¡Y dale con la homofobia, el racismo y el odio territorial! Pero ¿de qué raza distinta a la española están hechos los catalanes? Y ¿cómo pueden odiarse los «territorios», entes geológicos inanimados y alalos, aunque estén poblados de analfabetos que no saben lo que significa odio ni territorio? El alcalde, Joan Clos, anestesista de ex profesión y sustituto de Montilla, se exhibió como orador al calificar de «táctica dialéctica» la propuesta del PP, dijo que «la demostración de que en este país existe libertad de expresión son los insultos del señor Jiménez Losantos» y terminó abroncando a Fernández Díaz: «Usted no hace un canto a la libertad de opinar, sino que está defendiendo a una emisora donde trabaja un personaje que insulta a quienes no le gustan; sea coherente y diga que está defendiendo a la COPE». Esto último, teniendo en cuenta el previsible desenlace de la propuesta, tal vez hubiera sido lo más lógico. Ahora bien, esa monserga de los insultos, infinitamente menores en mi programa de los que a mí me dedican en todos los medios audiovisuales catalanes, empezando por los públicos del Ayuntamiento y la Generalidad, sólo desnuda la idiocia o la inepticia de los presuntamente insultados. ¿Por qué nadie había ido a los tribunales?

El día 20, Montilla volvió a la carga. Demostrando que, pese a su indigencia académica, al menos sabe leer, repitió las atrocidades de *El País* días atrás y endilgó a la COPE un centón de frases injuriosas que en mí hubieran sido calificadas de «insultos». En él, de valoraciones políticas. Clausuraba la IV Conferencia Nacional del PSC y arremetió contra los populares, a los que llamó «la derecha nacional-católica» (los invitados de CiU no parpadearon), y los medios de comunicación críticos, o sea, la COPE y otros. El éxito del Estatuto, dijo, «será el fracaso del PP de Esperanza Aguirre y Mariano Rajoy pero también de toda la caverna mediática, liderada por la emisora eclesiástica COPE, con Jiménez Losantos y el director de un diario con pretensiones planetarias». Pidió a la Iglesia «juego limpio» y que «deje de actuar como un satélite de la derecha política contra el Gobierno y de aparecer como servidores y portavoces de la España más intolerante». Pero de devolver el dinero regalado por La Caixa no dijo una palabra.

Pocas horas después tomó el relevo de la fatigosa campaña Carod-Rovira, el interlocutor y socio político del etarra Ternera en Perpiñán. Según el todavía líder de ERC, la Iglesia «debería reflexionar y ver si participar en manifestaciones en desacuerdo con una ley es la mejor forma de actuar respecto a un gobierno democrático». Otro demócrata contrario a la libertad de manifestación, como Franco, Antonio. Los obispos deberían extender ese «análisis» a su política de medios de

comunicación, porque la mayoría de ciudadanos de Cataluña y la mayoría de católicos catalanes «están en contra de la actitud anticatalana de medios como la COPE». Probando su voluntad dialogante, el ex seminarista sentenció: «Ha llegado el momento de que el Gobierno empiece a revisar si los acuerdos existentes entre dos Estados, el español y el del Vaticano, tienen que seguir igual o bien han de ser adaptados a los nuevos tiempos, al siglo xxi». No aclaró Carod a qué Gobierno se refería. ¿Al de Madrid, al de Barcelona? Mandaba en los dos.

Y ese mismo día, en *La Voz de Asturias*, Alvaro Cuesta, presidente de la Comisión de Justicia del Congreso y turbio conductor del PSOE en la Comisión del 11-M, se despachaba también contra la COPE y sus accionistas mayoritarios: «La financiación de la Iglesia choca con la Constitución (...) También gastan mucho en la COPE, que nos digan cuánto y cómo lo financian. Parece que el dinero que les llega del Estado no les resulta útil para minorar [sic] gastos como el de la COPE (...) La Iglesia ha recibido una sobrefinanciación de 200 millones los últimos cinco años; no puede ser que un musulmán tenga que sostener a la Iglesia». Sin embargo, la Iglesia sí socorre a los musulmanes que naufragan en pateras gracias al «efecto llamada» del Gobierno de Zapatero. ¿O acaso Cuesta sólo trasladaba la queja de musulmanes como Benesmail o Almallah, implicados en el terrorismo islámico y protegidos o afiliados al PSOE?

El día 24 de noviembre comenzó una semana decisiva en la campaña contra la COPE. El Tripartito catalán, pendiente del Estatuto y del futuro referéndum, quería cerrar la COPE cuanto antes, de forma que aceleró la conversión del CAC en censura político-administrativa, en homenaje a Mussolini, y se fue también al Vaticano, en homenaje a De la Vega. Emulando su clamoroso éxito, la delegación oficial del Gobierno catalán encabezada por Xavier Vendrell, quiso presentar una queja, quizá de Estado a Estado, por los contenidos «anticatalanes» de la cadena COPE, en especial del programa *La mañana*. Pero en la Secretaría de Estado de la Santa Sede no fueron recibidos por nadie. Ni Sodano ni su segundo ni su tercero. Les atendió un minutante —oficial de segunda— al que Vendrell entregó un dossier informativo que incluía una copia del manifiesto de cuarenta intelectuales católicos contra la COPE y una presunta transcripción de algunos comentarios y editoriales. Vendrell dijo que el Vaticano, o sea, el minutante, «tomó nota formalmente» de la queja presentada y afirmó: «Percibimos que su interés por muchos temas, entre ellos la COPE, era importante». En los oficiales de segunda del Vaticano no hay otro tema de conversación. El portavoz adjunto del PPC en el Parlamento, Daniel Sirera, censuró que el Gobierno «malgaste recursos de los catalanes en hacer viajes para acallar la voz de alguna emisora de radio», y recordó que María Teresa Fernández de la Vega, «ya fue a quejarse, y el Vaticano respondió que ello se debía hablar en España».

Pero el viaje, como todos los de los tartarines nacionalistas, era sólo una pamema

para consumo interno. Ese mismo día *Avui* titulaba: «Pinza contra Federico». Se trataba de ese manifiesto de «*quaranta intellectuals catòlics contra la calumnia i la mentida que fomenta l'emissora*». La otra pata de la pinza era una multitud de cinco o seis elementos de las juventudes de ICV que se concentraron (mejor, reunieron) ante la sede de la COPE en Barcelona con carteles que decían «La COPE, intoxicación mediática» y pedían a los anunciantes que retiraran sus contratos de la emisora. Curiosa confianza de los comunistas en el capitalismo. A esas alturas, sobre todo desde el caso del juez Fardo, en *El Mundo* y *La Razón* comenzaban a menudear las réplicas a los nacionalistas, todas irritadas y algunas feroces. Incluso en el *ABC*, quizá como última excepción, se publicó una columna de Rodríguez Marchante titulada «La corrupción no crispa» en la que decía: «Con lo fácil que lo pone la democracia: si la COPE dijera mentiras o difamara a alguien, lo que tendrían que hacer los manifestantes es irse a un juzgado de guardia y empapelar a la COPE o a Jiménez Losantos como se merece. Ahora bien, si lo que se dice en esa emisora es verdad el único recurso que les queda es éste: irse a la puerta a ver si les calla mediante métodos "democráticos"». E ironizaba: «Lo democrático sería que los programas políticos de la COPE no hicieran ya más alusiones a ese caso [el de Montilla y los mil millones de La Caixa]. ¡Ya está bien...! Hablando de ello lo único que se consigue es crear un clima de crispación y fomentar el anticatalanismo. Como si el catalanismo o la tranquilidad consistieran en embolsarse varios cientos de millones (...) La corrupción no crispa: sólo crispa hablar de ella».

Pero *El País*, y no por casualidad, concedió ese día el máximo protagonismo al mínimo piquete de los seis jóvenes «sandías», verdes por fuera y rojos por dentro. «ICV pide acabar con los privilegios que la Iglesia usa para sembrar odio», decía el diario de Polanco. El odio, siempre el odio, era el lema de la campaña, el signo que distinguía a los verdugos voluntarios dispuestos a cerrar la COPE. Era ya una campaña típicamente totalitaria, de odio nacionalista y progre contra quienes combatíamos intelectualmente, sin violencia pero sin complejos y desde un nítido liberalismo español, un Estatuto beligerantemente antinacional, a una opa que era un atraco y a lo que ambos anunciaban para España: un proyecto de régimen despótico, antiliberal y antidemocrático. El afán de los montillas y polancos estaba a la altura de su proyecto; era tan monstruoso como su odio. Pero, como todo mantra al estilo soviético, ese odio resultaba interminable, inagotable, abominable, insoportable. ¡Y lo que todavía nos quedaba por soportar!

Muchas risas y grandes alegrías mientras La Cosa avanza

En *El Periódico* de Franco el Joven, visto el fracaso de la movilización sandía, decidieron volver a lo eficaz: el trasteo de la Conferencia Episcopal. En este caso, Blázquez. El estilo, desmañado y a pegotones en forma de citas, avala que sus fuentes son clericales y nacionalistas, como desde el principio. Al cabo, también a las mitras separatistas les conviene cavar trincheras contra la COPE, camino de su independencia. La utilización de Blázquez sigue las pautas de esos maulas o *maulets* y se resume así: «Los obispos españoles están preocupados por el daño que pueda hacer a la Iglesia católica el control de algunos espacios de su emisora de radio, la COPE, por parte de propagandistas de la extrema derecha como Jiménez Losantos». *El Periódico*, citando fuentes de los obispos, dice que Blázquez ha sido firme en contra de «los mensajes de *La mañana*» pero que se decidió no «sacrificar a nadie» dados los resultados de audiencia. Y avanzando como almogávares al grito de «*Embolica, que fa fort!*», o, traducido al romántico, «lálala otra vez, Sam», añaden: «Blázquez prometió introducir moderación».

Diríase que a don Ricardo quieren también volverle loco. De creer a los *maulets* de tinta roja, introduciría «moderación». ¿Y eso qué es, en boca, manos o pies del papel zetáceo? ¿Acaso no hablar más en la COPE de la corrupción de Montilla; o del caso del Carmelo; o del Caso Casinos (Convergencia) o del Caso Pallerols (Unió)? Todos ellos son alardes de cleptocracia al aire libre y, por si llueve, bajo techo, *indoor*, que diría Samaranch, el puente entre el franquismo y el separatismo sin pasar por la democracia. ¿Acaso renunciar a contar a toda España la marginación bendecida o la repugnante persecución de los castellano-hablantes, pieza clave de la ruptura de Cataluña con el resto de España? ¿Abandonar la crítica a un Estatuto que acaba con el concepto de pueblo español, de nación española y de igualdad de los ciudadanos españoles ante la ley? ¿Qué debería moderar la COPE? ¿Su aversión a la corrupción y al separatismo? Si la COPE vale algo, privarla de denunciar tanta ignominia, a voz en grito si es menester para compensar tanta afonía moral, sería tanto como darle garrote vil. Que es la suerte en la que se empeñan a diario los nacionalistas y sus cofrades de la secta progre. El tipo de razonamiento es tan astroso como cabía esperar: si nuestro mensaje es malo pero llega cada vez a más gente, con más motivo deberían acallararlo; si es bueno y se extiende, defenderlo. Que es lo que hace la mayoría episcopal, con Blázquez a la cabeza, a despecho de la ultraminoría nacionalista, supuestamente también con Blázquez. El resultado es el de siempre: turbiedad, intriga, basura y desperdicios.

Pero pocas horas antes de la moderada deposición franquiana, hubo momentos para el jolgorio y la algazara en el hemiciclo de las Cortes. El motivo de la juerga fue, cómo no, Montilla. El espantásuegras, Fernández de la Vega. La ocasión, una cuádruple intervención —Acebes, Zaplana, Nadal y Alberto Fernández— sobre las andanzas liberticidas y opáceas del ministro de Industria, con la cuádruple mala

intención de que dimitiera; por despotismo flagrante contra la COPE y corrupción notoria contra Endesa.

Moraleda y sus cofrades en la Kominform monclovita habían planeado la defensa del Indefendible en 19 puntos, que debía leer la vicepresidenta para darle más énfasis y evitar que el ministro se defendiera a sí mismo, es decir, que naufragara en un piélago de «eeeees» y perdiera clamorosamente el debate. Pero, ay, bastó que la doña leyera el primer punto de los diecinueve que ameritaban la continuidad montillesca.

—Miren, señorías: ha aprobado una Ley de Comercio para evitar la morosidad en los pagos...

La carcajada atronó el hemiciclo. No pocos socialistas se reían por lo bajini; sus aliados, con la boca torcida; los del PP, a mandíbula batiente; los más jóvenes lloraban de risa; los mayores parecían borrachos en una boda, tal era el rojo festivo de su sofocón; y, allá al fondo del banco azul, Montilla pensaba, amoscado, que tal vez los suyos estaban rematando su cadáver político o el escaso crédito milmillonario que le quedaba. Tanto fue el estrépito que el presidente, Manuel Marín —según algunas crónicas, pero no es posible asegurarlo—, se despertó. Pero cuando facultó a De la Vogue para seguir con la *laudatio* montillesca, fue peor. A cada mérito enunciado, los populares coreaban «¡Ooolé!». Y cuando terminó diciendo «es un buen ministro y un hombre ponderado», aquello se venía abajo. Si cobraran más, los diputados populares le habrían arrojado a aquella Conchita Cintrón rediviva aunque apochada sus relojes de oro, y las diputadas sus rebecas y peinetas, amén de flores, puros y los clásicos sombreros cordobeses, adecuadísimos para la ocasión.

Pero uniendo lo útil a lo agradable, Zaplana se fue hacia el miura —un ejemplar raro en ese hierro: negro zainote, bragado y, sobre salpicado, chorreado y botinero— y plantó estos rehiletos al quiebro, recreándose en la suerte: «Esta situación es sólo una continuidad de cuando en tiempos de Felipe González se les calificaba de "gusanos goebbelsianos" o "vendaval antidemocrático". (...) El problema no son los periodistas, es que ustedes creen que pueden gobernar sin controles. El responsable regulador no puede amenazar a los medios e insultar a sus profesionales. El problema de nuestra democracia, desgraciadamente, vuelven a ser ustedes».

Montilla, el pobre, como no podía defender ni el copecidio ni el endesacidio, decidió calumniar por elevación y dijo que Manuel Pizarro financiaba a FAES, y que ése era el origen de las denuncias del PP contra él. Si hubiera sido cierto habría sido legítimo, pero, además, era falso y Pizarro lo llevó a los tribunales, que le darían o le darán La Razón —porque la tiene— demasiado tarde y sin «corregir» al cobrador del PSC. En cuanto a la COPE, volvió la burra al trigo: «No he cercenado la libertad de expresión y basta con oír emisoras donde me acusan de delitos, y quienes atentan contra la libertad de expresión son los que retuercen hechos y calumnian». Ni fue a los tribunales, ni devolvió el dinero de La Caixa, ni dejó de espaldar con toda clase de

ilegalidades la opa cuyo exquisito trámite debería vigilar. Pero, como Marco Antonio diría de Bruto, «Montilla es un hombre honrado». El asesino de César sí lo era. Tal vez por eso mismo, le fue peor que a Montilla.

La vicepresidenta añadió otro clavo al ataúd de su credibilidad moral, cuando justificó el acoso desvergonzado de Montilla a la COPE diciendo a los populares: «¿De qué medios me habla, de aquellos que [ustedes] intentaron amedrentar, silenciar y hasta encarcelar?». Se refería, obviamente, a la manipulada versión de Polanco según la cual haber cambiado como hizo él de una plataforma digital a otra cientos de miles de millones en depósitos sin informar a los dueños del dinero no merecía siquiera la apertura de un expediente informativo que podría acabar en posible instrucción de un sumario sobre una posible —evidente— irregularidad. Razón por la que prohibió un viaje a Estados Unidos del Emperador, luego permitido. Tras una campaña del mismo jaez que ésta contra la COPE y gracias a muchas prevaricaciones y prevarigalupaciones en el Supremo, Polanco acabó echando de la carrera judicial a Gómez de Liaño, el episodio más abyecto de la justicia española hasta la instrucción del juez Del Olmo en el 11-M.

Lo natural entonces habría sido recordar, amén de esa cascada de prevaricación, la no menos caudalosa del antenicidio, cuando el Gobierno socialista de González, con Semprún en nómina a lo Montilla, tramó con Polanco, dueño de la segunda cadena de radio, la compra y cierre de la primera, Antena 3 Radio. Zaplana no lo hizo, porque si bien el Supremo ordenó que Polanco devolviera las frecuencias ilegalmente obtenidas, el Gobierno del PP jamás ejecutó la sentencia, y tampoco el de Zapatero, que decidió legalizar por las malas lo que no se atrevía a ejecutar legalmente por las buenas. En lo que a Polanco toca, los del PP salen de toriles cornudos y afeitados, así como apaleados.

El Supremo da la razón a la COPE contra la Generalidad

El día 29, el Tribunal Supremo nos dio otra alegría, largo tiempo esperada, con una sentencia de la sección cuarta de la sala de lo contencioso-administrativo que daba la razón a la cadena COPE al estimar el recurso de casación interpuesto por esta emisora. Con esta sentencia, el Supremo anulaba la resolución de la Generalidad de Cataluña de 1998 en la que se denegaba la renovación de la concesión para la gestión de la emisora por la que la COPE emite en Barcelona en el 102. 0 de la FM. La sentencia reconocía claramente el derecho de la COPE a la renovación de dicha concesión porque no cabe aplicar normas a las concesionarias radiofónicas con carácter retroactivo. Añadía que las concesiones en Cataluña ya debieron ser

renovadas en su momento. Por decisión del entonces Gobierno de Jordi Pujol (CiU, no olvidemos a Duran), la Generalidad catalana decidió de forma manifiestamente ilegal no renovar la licencia con la que COPE emitía en Barcelona, al igual que otras ubicadas en Manresa y Tarragona.

Estas emisoras habían seguido emitiendo en virtud de una sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña, que aceptó el recurso presentado por la COPE en contra de la resolución del concurso convocado por la Administración catalana, que otorgó al Grupo Godo (nada que ver con su campaña contra la COPE) justamente la licencia hurtada en Barcelona. En declaraciones a COPE, su abogado defensor, José Manuel Villar, del despacho de abogados Villar-Arregui, consideró que esta sentencia marcará una pauta a los poderes públicos y que era muy importante para la libertad de expresión en España. Con esta sentencia en la mano, según Villar, las Administraciones deberían tener claro que no se puede renovar caprichosamente una concesión en función de la ideología o las opiniones que vierta un medio de comunicación.

Villar es un optimista. El portavoz de la Generalidad, Joaquim Nadal, reaccionó al descalabro legal haciendo mención a futuras concesiones de emisoras. «Si se trata de una sentencia firme, y siendo del Supremo lo es, el Gobierno lo que tiene que hacer es acatarla. Otra cosa es la acción del Gobierno catalán en materia de concesión de licencias de radiodifusión que continuará ejerciendo con sus propias competencias y en los términos de cumplimiento de la legislación vigente». A continuación, Nadal recordó el dossier contra los programas *La mañana* y *La linterna* elaborado por el ya famoso Consejo Audiovisual de Cataluña (CAC), controlado por el partido de Nadal y Montilla. El propósito de enmienda legalista brillaba por su ausencia entre los déspotas, como casi al mismo tiempo pudimos comprobar.

El CAC omnipotente y la traición de Piqué

El Tripartito, poco influido por los aires vaticanos, decidió colocar al CAC por encima del Supremo y lo investió por ley de poderes tan extraordinarios como ilegales. Al respecto, promovió unas leyes que basta leer para comprobar el jaez de esa cosa:

Artículo 4. LIBRE ELECCIÓN

Todos los ciudadanos tienen derecho a recibir información veraz y a escoger libremente los servicios audiovisuales que quieren recibir sin que los intereses privados y los poderes públicos puedan sustituir sus decisiones.

Artículo 7. VERACIDAD INFORMATIVA

La información difundida por los prestadores de servicios de comunicación audiovisual debe ser veraz. Se entiende por información veraz la que se fundamenta en hechos que se pueden someter a una comprobación diligente, profesional y fidedigna.

Artículo 76. F. PRINCIPIOS BÁSICOS REGULADORES DE LOS CONTENIDOS AUDIOVISUALES

En el marco del ejercicio legítimo de los derechos fundamentales de libertad de expresión y de información, la realización de actividades de comunicación audiovisual se somete a los límites siguientes: (...) hacer una separación clara entre informaciones y opiniones, y respetar el principio de veracidad en la difusión de la información. Se entiende por información veraz la que es el resultado de una comprobación diligente de los hechos.

Artículo 128. INFRACCIONES MUY GRAVES

Son infracciones muy graves: el incumplimiento de los principios básicos de la regulación de los contenidos audiovisuales (ver art. 76. F).

Artículo 132. 2. SANCIONES

Las infracciones muy graves se sancionarán con una multa de 90.001 a 300.000 euros y la suspensión de la actividad por un periodo máximo de tres meses. (...) En el caso de comisión reiterada en un año de dos infracciones muy graves, declaradas por resolución firme o de tres o más graves, el CAC puede acordar el cese definitivo de la prestación de los servicios audiovisuales por parte del responsable (...).

Artículo 109. NATURALEZA DEL CAC

El CAC actúa como autoridad reguladora y ejecutiva dotada de plena independencia en relación al Gobierno (...).

Artículo 111. FUNCIONES DEL CAC

Además de las que ya tenía, ahora:

Vela por el respeto de los derechos y libertades en el ámbito de la comunicación audiovisual.

Vela por el respeto del pluralismo político, religioso, social, lingüístico y cultural.

Otorgar las licencias.

Garantizar el cumplimiento de las obligaciones de los prestadores de servicios de comunicación audiovisual.

Potestad de inspección, control y sanción que atribuye esta ley.

Artículo 112. POTESTADES DEL CAC

Puede adoptar medidas cautelares para evitar que el incumplimiento de las obligaciones produzca un perjuicio grave e irreparable al pluralismo, la libertad de comunicación o los derechos de los ciudadanos. Estas medidas pueden comportar la suspensión provisional de la eficacia de la licencia.

Puede imponer multas coercitivas.

Artículo 113. POTESTAD REGLAMENTARIA

El CAC tiene potestad reglamentaria para desarrollar los preceptos de esta ley.

(...)

Cuando se conoció en su literalidad este nuevo engendro totalitario catalán, la reacción en las asociaciones mundiales de periodismo (no en las catalanas, claro, que aplaudieron servilmente «su» censura, suponiendo que era sólo para los «forasteros») fue inmediata y durísima. El Comité Mundial de Libertad de Prensa, que reúne a 45 grupos pro libertad de prensa de todo El Mundo, envió sendas cartas a los presidentes de la Generalidad y el Parlamento catalán, Pasqual Maragall y Ernest Benach, en las que pidió poner fin a un «órgano censor» como el CAC. Asimismo, el Comité (WPFC, en sus siglas en inglés) puso el grito en el cielo, afirmó que no se recordaba en España «algo parecido desde los órganos censores franquistas» y advirtió de que el CAC es un «ente de características únicas en Europa Occidental y la Unión Europea». Vamos, que lo raro y maligno en Europa no es la COPE sino el CAC.

Sin embargo, es posible que el CAC no hubiera visto la luz, o no tan pronto ni con hechuras tan nazifascistoides sin la colaboración del PP con sus designios liberticidas, o dicho de otro modo, sin la traición del PP de Cataluña a la COPE, que, como todo El Mundo sabía, era el primer y casi único objetivo a abatir por el CAC. No por casualidad fue conocido muy pronto popularmente como Comité Anti-COPE. Lo era.

La traición de Piqué fue aviesa y retorcida pero envuelta en celofán, o sea, en su simpático y melifluo estilo de sonrisa y puñalada. Santiago Rodríguez era el diputado ponente del PPC y dio el visto bueno al dictamen en la comisión del CAC. Por aquel entonces, en declaraciones a *Libertad Digital*, el propio Rodríguez se felicitó de que la ley saliese adelante por unanimidad y trató de convencer al redactor de que no había que tener miedo a que se exigiera veracidad. El entrevistador no daba crédito a sus oídos cuando Rodríguez insistió con orgullo en que hasta entonces el CAC siempre había adoptado sus decisiones por unanimidad. La unanimidad, rasgo propio de las dictaduras, es el máximo designio tribal de los nacionalistas, y aunque afrenta para cualquier liberal, es el regazo totalitario y dulzón en que aspiran a recogerse los

burócratas piquepeperos.

Las noticias de COPE y *Libertad Digital* no acarrearón precisamente elogios a Piqué y el PPC, sino que desde el propio partido lo pusieron de vuelta y media. Había engañado a Rajoy participando en la ponencia del Estatuto separatista con la excusa de que no se aprobaría nunca. Ahora se unía al proyecto nazi-fascista del CAC para cerrar la COPE, para uncirse al yugo unánime de la tribu, cuyo enemigo máximo era y es el PP. Incluso la privanza rajoyesca de Piqué sufrió un serio quebranto, así que el tantas veces ministro de Aznar tuvo que rectificar... a su manera. El PPC solicitó un informe al Consejo Consultivo que, en la práctica, paralizaba varios meses, si no un año o dos, la votación en el pleno del Parlamento autonómico. De ese modo, las posibles decisiones de cierre de emisoras o denegación de licencias que pendían sobre la cadena COPE quedaban automáticamente en entredicho. Sin embargo, el segundo de Piqué, el nacionalista Vendrell, con el respaldo del primero y la obediencia del tal Rodríguez, abortó enseguida la estrategia que tanto favorecía a la COPE. También la traición fue retorcida: sin avisar a nadie, de pronto retiró la petición del informe al Consejo Consultivo provocando que el trámite parlamentario volviera a la situación anterior, es decir, que desbloqueó el nuevo CAC que él mismo había bloqueado. La miserable excusa del Trío Calavera —Piqué, Vendrell, Rodríguez— fue que votarían en contra de ciertos artículos y tratarían de limitar las competencias del CAC. Pero lo cierto es que sin su traición no se hubiera podido votar nada, ni por tanto aprobar el CAC. Han pasado cosas luego en Cataluña que permiten suponer que con una tenaz y nobilísima labor obstruccionista, el Tripartito hubiera muerto antes de nacer el CAC. O no. Pero la comadrona de ese hidrocéfalo lombrosiano fue el PP de Cataluña, o sea, Piqué. Así pagó a los únicos que lo defendían. Las ratas, al menos, no tienen capacidad de elegir.

El manifiesto de *Euroluis* Herrero y la apelación a los oyentes

El día 29 de noviembre, Luis Herrero anunció en La mañana que pensaba llevar al Parlamento Europeo una petición popular en defensa de la COPE frente a la vil campaña de exterminio de que era objeto. A tal efecto, había redactado con otros ocho periodistas un manifiesto cuyo respaldo firmado pedía a los oyentes. El manifiesto no se hizo de un día para otro y a Luis le costó bastante alcanzar el consenso con Pedro Jota, vitalmente necesario. Pero apenas anunciado en antena, toda la ansiedad contenida y toda la indignación acumulada en nuestra audiencia se desbordaron. El texto era éste:

Los firmantes de esta petición, periodistas españoles, queremos llamar la atención del Parlamento Europeo

sobre la existencia de una operación política en nuestro país destinada a desposeer a la segunda cadena de radio más importante de España de todas sus emisoras en Cataluña. Esta iniciativa *contraviene los artículos 6 y 7 del Tratado de la Unión Europea, el artículo 10 del Convenio Europeo para la protección de los derechos humanos y el artículo 11 (2) de la Carta Europea de Derechos Fundamentales*. Si no se evita a tiempo, miles de ciudadanos perderán su derecho a escuchar los programas radiofónicos que libremente han sintonizado durante años. Las leyes europeas establecen que «toda persona tiene derecho a la libertad de expresión. Este derecho comprende la libertad de opinión y la libertad de recibir o comunicar informaciones o ideas sin que pueda haber injerencia de autoridades públicas».

La operación política que se ha puesto en marcha en España, si se consuma, hará imposible el ejercicio de ese derecho fundamental en una amplia zona geográfica de la Unión. Pedimos al Parlamento Europeo que llame la atención sobre esta violación de los derechos de los ciudadanos cometida por instituciones de un Estado miembro.

Este es el relato de los hechos:

1. En mayo de 1999, la Generalitat de Cataluña arrebató a la cadena COPE, propiedad de la Conferencia Episcopal Española, todas sus frecuencias en FM en Tarragona, Manresa y Barcelona.

2. El 16 de marzo de 2000, el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña sentenció que, con aquella decisión, el Gobierno catalán había vulnerado el derecho fundamental de la libertad de expresión.

3. El 6 de septiembre de 2005, a pesar de todo, el Gobierno de la Generalitat acordó continuar con los procedimientos de readjudicación de las emisoras que se vieron afectadas por la sentencia del 16 de marzo de 2000.

4. La decisión política de la Generalitat acredita el riesgo de que la cadena COPE sea desposeída en Cataluña de las frecuencias de las que ha sido titular desde la fecha de su adjudicación.

Durante los últimos meses muchas voces han denunciado, en vano, el propósito libercida del Gobierno catalán:

1. El 3 de octubre de 2005 la Junta Directiva de la Asociación Española de Radiofusión Comercial remitió una carta al Gobierno autonómico pidiendo que respete definitivamente la propiedad de las emisoras en FM de la COPE en Cataluña. «Cualquier otra solución distinta a la que proponemos —dice textualmente la carta— conculcaría el derecho a la libertad de expresión».

2. El 24 de octubre de 2005, la Asociación Internacional de Radiodifusión, que representa a más de 17.000 emisoras privadas de radio y televisión de las tres Américas y Europa, se dirigió al secretario de Comunicación de la Generalitat recordándole que su criterio es el de «otorgar las concesiones a quienes vienen ostentando su titularidad y posesión sin interrupción».

3. El 4 de noviembre de 2005, la Asociación Profesional Española de Informadores de Prensa, Radio y Televisión hizo pública una nota en la que, entre otras cosas, afirma que «la insidiosa e injusta campaña contra la COPE vulnera totalmente los derechos de la libertad de expresión». Y añade: «Nunca se había cometido tamaña tropelía sobre un medio de comunicación».

4. El 8 de noviembre de 2005, la Federación de Asociaciones de Radio y Televisión, que aglutina a todos los medios audiovisuales privados de España, emitió un comunicado para mostrar su respaldo a la cadena amenazada. El comunicado considera que la no renovación de las licencias de la COPE en Cataluña supondría «un ataque sin precedentes a la libertad de expresión».

Hasta ahora, ninguna de estas reclamaciones de las distintas agrupaciones profesionales ha servido para que las autoridades catalanas reconsideren su posición. Al contrario. Su beligerancia contra la COPE y sus profesionales ha ido en aumento.

1. El ministro de Industria del Gobierno español, José Montilla, de quien depende la regulación del espacio radioeléctrico, a pesar de su papel de regulador, ha respondido a las críticas acusando a la cadena de radio de «lanzar mensajes que incitan al odio, la división y la confrontación».

2. El propio Montilla calificó después al director del principal programa informativo de la emisora, Federico Jiménez Losantos, y a otros periodistas que salieron en su defensa, de «personas amorales de la derecha más extrema». Se da la circunstancia de que Jiménez Losantos sufrió un atentado terrorista en mayo de 1981, reivindicado por el grupo Terra Lliure, por firmar un manifiesto que defendía la igualdad de los derechos lingüísticos en Cataluña. Tras el atentado, todos los firmantes del manifiesto y más de 14.000 profesores castellano-hablantes decidieron abandonar Cataluña.

3. El 23 de noviembre de 2005, una delegación oficial del Gobierno catalán viajó al Vaticano para presentar una queja formal por «los contenidos anticatalanes» que difunde la cadena.

Teniendo en cuenta que quien gobierna en Cataluña es el mismo partido al que pertenece el *ministro Montilla*, que tiene competencias sobre el funcionamiento de los medios de comunicación y facultades administrativas en el sector, *la decisión de cercenar la libertad de expresión de la COPE se antoja inminente*. Ante este hecho, las instituciones europeas no pueden permanecer inactivas.

Los firmantes de esta petición *solicitamos que el Parlamento Europeo investigue con carácter de urgencia los hechos denunciados, certifique su veracidad y obre después en consecuencia*.

FIRMANTES

Pedro J. Ramírez, director del diario *El Mundo*

Antonio Mingóte, miembro de la Real Academia de la Lengua

Alfonso Ussía, escritor y periodista

Javier Rubio, director de *Libertad Digital*

Tomás Cuesta, miembro fundador del diario *La Razón*

Melchor Miralles, director general de El Mundo TV

Amando de Miguel, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense

Cayetana Alvarez de Toledo, doctora en Historia por la Universidad de Oxford

Luis Herrero-Tejedor, MEP y periodista

El asalto a la COPE desde el Congreso de los Diputados

Al día siguiente, 30 de noviembre, se abrían en toda España las puertas de nuestras emisoras para que los oyentes que lo desearan firmaran en apoyo del manifiesto de Luis, más *Euroluis* que nunca, y los nueve de la fama. En Madrid hacía un frío de perros, pero antes de poner el libro de firmas ya había una cola de oyentes poco amigos del sueño —abundaban los jubilados madrugadores y los estudiantes trasnochadores— para los que la COPE era —es— su devoción laica, su alimento político e ideológico y su diaria inyección de moral frente a la apisonadora mediática progre.

Se había iniciado ya la firma, que incluía el número del carné de identidad, cuando un piquete vestido de amarillo y proveniente del Congreso de los Diputados atropello a los firmantes y, provistos de megáfono, procedieron a increpar a la COPE y a encadenarse a una de las rejas, mientras despleaban una pancarta en catalán que decía «*Aturem la cadena de l'odi*» o sea, «Paremos la cadena del odio». A tal efecto y en prueba de amor al prójimo —faltaban tres semanas para Navidad— se encadenaban y atrepellaban los derechos constitucionales de un medio de

comunicación y el derecho de reunión y manifestación de unos ciudadanos cuyas libertades habían jurado defender los cabecillas del grotesco espectáculo: dos diputados de ERC, Tarda y Puig, famoso el primero por su incapacidad expresiva y el otro por su hazaña fascista de ese mismo verano, cuando en homenaje al muñeco de Michelin, en bañador y con el carné de diputado en la boca, asaltó violentamente la casa y la piscina de Pedro Jota Ramírez en presencia de sus hijos. Estos diputados de la Esquerra venían acompañados de un selecto grupo de periodistas catalanes destacados en Madrid como presuntos corresponsales — ya hemos visto cómo sus medios procesaban sus informaciones— que departió sonriente con los golpistas de amarillo y los representantes separatistas mientras se atropellaba el derecho a la información y la más elemental urbanidad ciudadana. Los periodistas eran del mismo género que los políticos cuyas gracias reían. Y ambos, envilecedores del Congreso de los Diputados que, según supimos después, había acogido toda la preparación del aquelarre fasciocatalanista o racista-fascista, a elegir.

Una vez desalojados por la policía los que nunca deberían salir de las rejas, puesto que de gorilas con vocación de presos se trata, se produjo el espectáculo habitual en esta España venida a menos que regenta Polanco y des gobierna Zapatero. Puesto que la víctima era de derechas y había sido señalada y estigmatizada previamente por los medios izquierdistas y nacionalistas, los gorilas fueron proclamados héroes. La hazaña fasciocatalana fue saludada con algazara por la jauría progre en Madrid y Barcelona, festejada en los telediarios, reivindicada orgullosa por la propia Esquerra y respaldada por el Tripartito. Y aun siendo eso repugnantemente totalitario, propio de los «actos de repudio» de la dictadura cubana contra los disidentes, y acaso por eso mismo, aún resultó peor la reacción oficial del presidente de las Cortes, que se negó a condenar el uso del Congreso para preparar asaltos a empresas privadas de comunicación. Y no digamos el presidente del Gobierno, que se negó públicamente a condenar el asalto. Del Zapatero que vino a la COPE diciendo todas las cosas que en el apéndice de este libro pueden recordarse a este torvo y ladino liberticida que celebraba el acoso a la cadena, ¿qué queda? Sólo la prueba de la realidad, única medida indiscutible de la acción política. Y un refrán: «Quien no te conozca, que te compre».

En cuanto al Rey y la Reina, el Príncipe y la Princesa, las tribus de los urdangarines y marichalares, los azas y azadones de La Zarzuela, todavía estoy esperando una visita de apoyo, un mensaje de aliento, una llamada que no sea para pedir lo mismo que Montilla o ERC: que los obispos me quiten de en medio. O sea, que con el partido que asalta la COPE, «hablando se entiende la gente». Pero como la COPE no debe de ser gente, con nosotros, ni hablar. Gracias, Majestad. Si se cumple la Biblia, cosecharéis lo que Vos sembráis y algún día recibiréis el ciento por uno. Como diría Montilla: ¡menuda comisión! ¡Ni La Caixa!

La emocionante respuesta de la audiencia

El efecto del asalto a la COPE por ese piquete de diputados, enmascarados y periodistas catalanes en turbia y delictiva mezcolanza fue doble. Por un lado, demostró lo que muchos suponíamos: el envilecimiento de las instituciones representativas, que sobre pisotear la soberanía nacional disfrutaban pateando las libertades cívicas. Por otro, que sólo tendríamos el apoyo de los oyentes y de cuantos con ellos sufrían como propio el atropello de los derechos más elementales de los españoles a manos y pies de los separatistas, socios del Gobierno legal pero ya muy poco legítimo de España. Y los oyentes no nos fallaron. Durante todo el mes de diciembre y a lo largo del invierno acudieron a la COPE con su carné en la mano, con la mansa obstinación del que tiene derecho y la voluntad severa del que tiene razón. Vista en perspectiva, cada firma es el mejor regalo que puede soñar un periodista, la mejor recompensa que puede esperar un intelectual, el mayor acicate que precisa un ciudadano para sembrar en los surcos abiertos y roturar campos nuevos. Cuando en los meses siguientes salía de la emisora al terminar mi programa y a través de los cristales tintados veía sin ser visto a los que hacían cola en las puertas de la COPE para apoyarnos, no sólo me sentía recompensado por tantas bofetadas sino que me fortalecía en el empeño que me llevó a fundar *Libertad Digital*, primero como periódico en Internet, luego como cadena de televisión; mañana, a través de cualquier otro medio físico o técnico, real o virtual, inventado o por inventar.

Porque hay un reproche que sí se puede hacer, que deberíamos hacernos los que en la Numancia de la COPE hemos resistido los embates de los enemigos de España y de la Libertad. Durante muchos años nos hemos acogido a sagrado, a la protección de la Iglesia, refugio de los prófugos, buenos y malos, decentes e indecentes. Pero hemos perdido un tiempo precioso defendiendo mucho lo que al cabo era poco y fundando, ay, absolutamente nada. La fragilidad de la COPE no proviene sólo de las peculiaridades de la propiedad episcopal, ni de la peculiar astucia de don Bernardo, ni de la ambición de sus ejecutivos sucesivos, ni siquiera de la mayor o menor hostilidad de los gobiernos. Lo que la hace débil es que no haya más cadenas de orientación similar, donde católicos y liberales compitan entre sí por un público de millones de personas, al que se limita de forma dramática su capacidad de elegir, convertida desde 2004 en simple voluntad de apoyar.

Si el cierre de la COPE no supusiera el cierre de una corriente de opinión amplísima, que sustenta los valores menos percederos de la vida nacional, campañas como la de ese otoño de 2005 no se producirían. O, de producirse, tendrían una eficacia mucho menor. ¿De qué serviría echarme a mí, a César Vidal o a Ignacio Villa de la COPE si teníamos otras cadenas similares adonde ir? ¿Como no fuera para

mejorar nuestros sueldos! La COPE puede sobrevivir de milagro, como hasta ahora, o venir a menos hasta desaparecer. Pero es más difícil que desaparezca si no está sola. Y como no vamos a encontrar fácilmente empresarios liberales dispuestos a enfrentarse con Polanco y demás instituciones del terror progre, tendremos que ser nosotros y los que vienen detrás, que no son pocos ni mal pertrechados intelectualmente, los que fundemos no uno sino muchos medios de comunicación en los que la libertad respire y nuestra patria se asiente. El día en que otra cadena supere a la COPE en su mismo terreno y otro Federico me retire a mí, habremos triunfado. Antes, no.

EPÍLOGO

LA COPE EN EUROPA, FECHORÍAS DE ABC, LA EXPULSIÓN DEL EGM, EL ADIÓS DE DON BERNARDO Y FIN DEL LIBRO

Voyme alargando, alargando y aun así dejando tantas cosas en el tintero de Bill Gates, que fuerza es ya concluir si este libro no quiere cansar al lector después de agotarme a mí. Pensando en los cronistas futuros de la COPE —que debería tenerlos como fenómeno sin precedentes en la radio y en el conjunto de la sociedad española en los inicios del siglo XXI—, querría terminar contando algo de lo que fue el fin de año de 2005 y el resto de la temporada 2005-2006. Unas cuantas pinceladas para un paisaje en el que lo dramático incluye lo esperpéntico y donde lo noble yace con lo vil.

La gran noticia de fin de año fue que alcanzamos las setecientas mil firmas de apoyo al manifiesto de Luis Herrero en defensa de la COPE. Luis detuvo la recogida de firmas tras superar el número de votos de Esquerra Republicana, como gesto simbólico de nuestra superioridad en representación social, pero hubo mucha gente que se quedó sin poder firmar. La medición del EGA de diciembre arrojó también unos datos espectaculares sobre la audiencia de la cadena. A mí me adjudicó casi tres millones, con el liderazgo sobre la SER en el horario de seis a diez. En marzo me dio ya el liderazgo absoluto, en las seis horas. Otorgándole, como a todas las mediciones, una importancia relativa, conviene resaltar que el EGM, del que yo siempre he dicho que había que salirse, daba cifras similares a las del EGA para la SER y otras cadenas, pero a mí me dejaba en poco más de la mitad de oyentes. Era inútil: el nivel de popularidad, entre los que todos los días me ponían verde y los que me defendían más cuanto más me atacaban, llegó a niveles agobiantes, aunque favoreció, junto al crecimiento de *Libertad Digital*, la afluencia de muchos oyentes jóvenes.

Con el éxito llegaron, es decir, continuaron, las amenazas terroristas. Dos jóvenes fueron detenidos con latas de gasolina junto a la puerta de la COPE en Barcelona, pintada con el anuncio «Terra Lliure volverá», como si alguna vez se hubiera ido y no simplemente instalado en ERC. Las amenazas de los antiguos pistoleros y de su brazo político se multiplicaron. La defensa del asalto a la COPE se trufó de más amenazas, en un estilo mussoliniano en el que competía toda la patulea del tripartito. Como la OPA de Endesa no salía adelante, se trataron de remover los obstáculos mediáticos, y a mí el primero. De la forma más florentina que imaginarse pueda, un altísimo cargo de La Caixa me ofreció un millón de euros en acciones de Telefónica a través de un crédito a devolver cuando... Montilla devuelva el suyo, supongo. Fue un trabajo finísimo.

En cambio, a finales de mes, la Guardia Civil de mi pueblo, que custodia aquello como un fortín, detuvo a un tío que estaba haciendo fotos de mi casa y les pareció sospechoso, porque había aparcado en un punto ciego de la cámara de vigilancia del aparcamiento. Interrogado el sujeto, dijo que me quería entregar un paquete, los guardias, tras comunicar con mi escolta, me llamaron de madrugada, comprobaron que no conocía al sujeto ni esperaba paquete alguno, y lo trincaron. Era un antiguo guardia que se dedicaba a detective pero tenía antecedentes por tenencia ilícita de armas. Temieron que fuera un asesino por encargo o alguien que recogía información para un chantaje o un atentado. Creo que se le cayó el pelo al ahora ex detective. Pude evitarle entonces el susto a mi familia, aunque a orillas del verano, y no por mí, María se enteró. Yo he perdido, hasta donde es razonable, el miedo a la muerte. La familia es otra cosa.

La vileza de un periódico

Alguno puede pensar que no hay que darle gran importancia a los actos de violencia contra los medios de comunicación si no entrañan daños a las personas. Se equivocan. Primero, las personas agredidas sí sufren daños. Una amenaza de bomba, una algarada en la puerta del trabajo, un piquete violento, continuas amenazas de muerte, son daños que yo sólo deseo a quienes les quitan importancia. En el caso de personas conocidas, la familia sufre con ellas o por ellas, sin que la escolta pueda remediarlo. Yo estoy acostumbrado a vivir con ella desde hace años, pero hay quien no lo soporta y familias que no lo entienden. Por supuesto, las amenazas también afectan laboralmente a los agredidos, puesto que disuaden a las empresas de contratarlos o impiden su promoción. En el caso de la COPE todo fue muy grosero y muy directo, pero la presión fue todo lo fuerte que cabía sin llegar más que al asesinato civil. El del tiro en la nuca no es, por supuesto, incompatible con el anterior, que sirve de señalamiento. En general, los que le quitan importancia a este tipo de agresiones, es porque son idiotas, que los hay, o porque disfrutan con la zozobra de los agredidos, que los hay en mucha mayor medida de lo que se dice o se confiesa. En El País Vasco y Navarra hay miles de personas que pueden acreditar con su experiencia lo que digo.

Precisamente por ser vasco el director y vasca la empresa del ABC, resultó tan repugnante el comportamiento de ese periódico ante el asalto a la COPE de la jauría de ERO Zarzalejos iniciaba así, en su vuelta a la dirección desde la que me echó — como ya he referido— y de la que fue echado después —sin más causa que la de haberlo nombrado antes—, su mentoriaje progre ante Polanco y Gallardón, que le llevaría a cotas de ignominia no alcanzadas por ese diario desde la publicación de los diarios de Enrique Ruano; y a cotas de hundimiento de lectores no alcanzadas jamás.

Zarzalejos, respaldado en su vuelta por Bergareche y Catalina Luca de Tena, no se limitó a ocultar prácticamente a los lectores la agresión a la emisora que, en su inmensa mayoría, ellos escuchan a diario, sino que llegó a ocultar del todo, es decir, a censurar descaradamente, nada menos que el tensísimo debate de Mariano Rajoy con el presidente del Gobierno acerca de ese asalto, tramado en las dependencias del Congreso y perpetrado por los socios de Zapatero en Madrid, y de ETA en Perpiñán. Obviamente, para Zarzalejos era más importante ocultar que a Rajoy el asunto sí le parecía gravísimo que informar a los lectores de lo que había hecho en el Congreso el jefe de la Oposición, a quien también votan abrumadoramente esos mismos lectores de *ABC* que oyen la COPE. El ilustre cuanto despoblado cráneo del requetedirector maquinaba ya la forma de que la derecha no oyera la COPE sino la SER, y no votara a Rajoy sino a Gallardón.

Para que no se pierdan los estudiosos futuros, les daré los datos sobre la hazaña zarzelejosa. La noticia del asalto, que ocupó las portadas de todos los diarios de Madrid y Barcelona el 1 de diciembre, la relegó a unas líneas prácticamente ocultas en la página 60. Menos mal que en el Grupo Correo los periódicos suelen ir ayunos de ideas pero sobrados de papel. De ser más flaco, la noticia habría caído en la sección de esquelas, la más popular del periódico, con riesgo evidente de que alguien la leyera. En cuanto a la sesión parlamentaria en que se debatió, la tijera de Zeta-Zeta amputó —de otra forma tendría que haberlo despedido—, la crónica parlamentaria firmada por J. L. Llórente. En la página 12, bajo el título «Rajoy reprocha a Zapatero sus guiños a Batasuna y le llama presidente de la oscuridad y la timebla» se nos informa de que el líder del PP «lanzó una dura crítica contra el jefe del Ejecutivo, José Luis Rodríguez Zapatero, a quien acusó de romper los consensos básicos en España». Tampoco se olvida de destacar que Rajoy «se hizo eco de la noticia adelantada por *ABC* sobre la pretensión de Batasuna de pedir la mediación de la UE...», y así continúa. Pero ni una palabra sobre la exigencia de Rajoy a Zapatero de condenar el ataque a la COPE. *La Razón*, que ya supera en los quioscos madrileños al antiguo diario de la calle Serrano, titulaba: «Zapatero evita condenar el asalto de los Independentistas a la cadena COPE». *El Mundo*, que pese a su juventud le saca ya cien mil ejemplares, presentaba así la noticia: «Rajoy insta a Zapatero a condenar los hechos y éste rehusa hacerlo». Había informado tan exhaustivamente que no hacía falta informar de qué hechos debatían. Hasta *El País*, indudable ya viejo instigador de campañas contra nuestra emisora, titulaba: «El líder del PP reprocha a dos diputados del PP su protesta ante la COPE», pero su crónica arrancaba contando cómo Zapatero había sido el blanco de sus ataques: «Rajoy no preguntó sólo por el Estatuto catalán, sino que arremetió contra la política del Gobierno frente a Batasuna y empleó buena parte de su tiempo en exigir al presidente que condenase la actitud de los diputados de ERC que por La mañana habían acompañado a cinco jóvenes de su partido que se

encadenaron en Madrid ante la sede de la COPE». No está mal: «Buena parte de su tiempo» empleó Rajoy. Zarzalejos, mucho más en ocultarlo. Era sólo el comienzo de la campaña abecedaria contra la radio que un día quiso comprar y que ahora ha reducido a menos que Cero su carísima Punto Radio.

La Nochebuena de don Evo

Los días previos a la Nochebuena, el Gobierno montó otra campaña contra la COPE casi idéntica a la del año anterior sobre la supuesta web del Grupo Risa, el de *La mañana*, el auténtico, que no tenía ninguna. Aún no han pedido perdón por aquella trola. De nuevo cargaron contra los geniales humoristas, primero, porque carecen de humor, y, segundo, porque les pillaron sin querer en una terrorífica fechoría.

Todo empezó cuando un día los del Grupo Risa llamaron a Evo Morales, dirigente cocalero y devoto correligionario de los déspotas Fidel Castro y Hugo Chávez, que acababa de ganar las elecciones. Dejándolo creer que era Zapatero —del que hacen una perfecta imitación— procedieron a felicitarle para averiguar hasta qué punto llegaba la complicidad de Zapatero con el peligrosísimo indigenista, enemigo de casi todo lo español. Pero de pronto saltó algo más: entre risas, don Evo dijo que Bernardino León, el segundo del Ministerio de Exteriores, le había prometido una gran ayuda económica a Bolivia perdonándole al menos la mitad de la deuda. Participar de esa manera en la campaña electoral de un país extranjero, favoreciendo a un candidato y manejando el dinero de todos los españoles como si fuera una partida para gastos reservados, Zapatero había cometido una fechoría imperdonable. Pero a grandes males, grandes remedios: para tapar sus vergüenzas bolivianas montaron una escandalera como sólo saben hacer los socialistas. Todos los medios de comunicación públicos y privados de su cuerda, que son casi todos, se lanzaron en tromba contra la COPE. Durante cuatro días, hasta La tarde de Nochebuena en que Moraleda dio por zanjado un «incidente diplomático» que nunca fue tal, y que sólo ellos habían creado al empeñarse en que Bolivia protestara por el terrible delito de haber descubierto que Zapatero era amigo del enemigo de España y que estaba dispuesto a darle un montón de dinero de los españoles, pero no a Bolivia, que ya estaría mal, sino al cocalero si ganaba las elecciones. Recientemente ha aparecido un libro del Grupo Risa que en su título recoge aquella broma y la broma pesada del Gobierno que le siguió, y que batió todas las marcas de la estulticia. Lo malo es que también permitió que los directivos de la COPE batieran todas las marcas de la cobardía, pidiendo perdón a Bolivia por no se sabe qué ofensas a los indígenas, a los que atienden muchos misioneros. Aquello se hizo sin mi consentimiento y, desde luego, me pareció otra horrible demostración de debilidad ante el Gobierno Luego

han venido las campañas de los islamistas contra el Papa manipulando lo que dice y achacándole la voluntad genocida que alientan, ellos sí, los yihadistas. Pues lo mismo fue la campaña contra la COPE con la excusa de don Evo- una charlotada en la que la casa no se privó de dar mantazos. Luego, cumpliendo sus promesas electorales, Evo ha perseguido, multado, expoliado y encarcelado a los directivos de Repsol en Bolivia, pero Zapatero le ha regalado los muchísimos millones que le prometió Siempre cumple con los déspotas. Con los demócratas, nunca, con los liberales, jamás.

El CAC pone el huevo y está vacío

El día 27 de diciembre, víspera de los Santos Inocentes, el CAC, investido de plenos poderes dictatoriales hizo público un dizque informe que era un alarde de nulidad intelectual, falta de respeto a la verdad y desvergonzada manipulación Todos sus miembros son elegidos por los partidos políticos y como todos menos el PP respaldaban el Estatuto que en la COPE criticábamos por anticonstitucional, perpetraron esa cosa que llamaron informe y que, por venir de quien viene —juez, parte y todo— la cadena no llevó a los tribunales. Tras el «Caso Evo», mucho es que no le diera La Razón.

El nivel gramatical de la cosa estaba a la altura de su nivel conceptual Creado para cerrar la COPE en Cataluña y, mientras tanto, hacerle la vida imposible a gusto de sus verdaderos dueños, los partidos nacionalistas, el órgano de Carbonell decía cosas estupendas Por ejemplo, que la COPE «había incumplido el requisito constitucional de la veracidad de la información». Digo yo que será de la Constitución del CAC, porque lo que se defiende en el Artículo 20 de la Constitución española es la libertad de expresión e información Nos acusa además de «voluntad de descrédito público de terceros sobre la base de gravísimas acusaciones que no han sido objeto de una mínima comprobación». Yo no sé cómo se puede hacer la crítica de casos de corrupción como el de Montilla o el Carmelo sin provocar el descrédito de los responsables del más que presunto delito o delitos.

Pero cuando la colla del CAC se retrata del todo es cuando cita algunas de las cosas criticadas Por ejemplo, estas cuatro- la constitucionalidad del nuevo Estatuto, la reunión en Perpiñán entre Carod-Rovira y ETA, las relaciones entre ERC y Terra Lliure o la propia campaña para cerrar la COPE. Yendo de lo menor a lo mayor: parte esencial de la campaña contra la COPE era y es el propio CAC, cuya ampliación de funciones para cerrarla provocó la denuncia de las asociaciones periodísticas más importantes del mundoEl partidismo llega al extremo de considerar no veraz o no investigada nada menos que la reunión de Carod-Rovira y ETA en Perpiñán, reconocida por el interesado —lo que acarreó su defenestración a manos del PSC y el

PSOE—, y por la propia ETA, que proclamó su protectorado terrorista sobre Cataluña en un vídeo en el que lo reconocía y lo celebraba. ¿Qué más podemos averiguar en la COPE? ¿Lo que Carod se ha negado a contar al juez sobre su trato con Ternera? Más pasma aún que el CAC sugiera que la COPE miente sobre las relaciones de ERC y la banda terrorista Terra Lliure, incluido su brazo político, los Armes de la Terra, cuyo jefe era el ahora diputado Puigcercós. A muchos como él, ERC los ha llevado a los niveles de representación pública, pese a ser algunos semianalfabetos. Y no pocas veces se ha jactado de acabar amistosamente con el terrorismo catalán. Si una víctima de Terra Lliure no puede denunciar que esos pistoleros, que jamás se han arrepentido ni pedido perdón a sus víctimas, ocupen cargos públicos bajo las siglas de ERC, ¿a qué tienen derecho los ciudadanos españoles?

Pero el colmo del exhibicionismo totalitario es que el llamado «Comité Anti-COPE» se atreva a hablar de «veracidad» y «comprobación» nada menos que sobre la constitucionalidad del nuevo Estatuto, que empieza afirmando la nación catalana y negando, por tanto, la española. Puede decirse que el separatismo es bueno, o al menos defendible, ¿y no ha de poder serlo la Constitución española, de la que emana el Estatuto de Autonomía entonces vigente? ¿No tienen derecho los españoles que no se arrepienten de serlo a defender su nación? ¿Tampoco tienen derecho a denunciar el atropello de los castellanohablantes, que en el engendro estatutario son ciudadanos de segunda con respecto a los catalanohablantes? ¿No pueden criticar el Estatuto, la Constitución y lo que les dé la gana? ¿Quiénes son estos tíos del CAC para impedirlo? ¿Cómo se atreven a decidir lo veraz y no veraz de algo tan opinable como fundamental?

Vamos ahora con lo del respeto a las instituciones. Cuando se hundió el barrio del Carmelo, el presidente de la Generalidad, Maragall, acusó a su predecesor Pujol y a su gobierno, entre los que estaba Mas, de corrupción. «Su problema es el 3 por ciento», dijo, en alusión a las comisiones que según el PSC cobraba CiU por las obras públicas. Mas no negó la acusación, pero dijo que desde ese momento dejaban de apoyar el Estatuto. Luego, por mutua conveniencia, los dos disimularon lo dicho y acabaron perdonándose mutuamente, o sea, cumpliendo a rajatabla una *omertá* escandalosa para cualquier persona decente. Y el Carmelo siguió hundido. Y nadie en la Cataluña del CAC lo denunciaba. Sólo la COPE contó lo sucedido y dio voz a las víctimas. Y ¿en qué convierte el CAC la denuncia del envilecimiento de ese Parlamento donde un Gobierno acusa al anterior de robar y no pasa nada? En esto: «Algunas expresiones se orientan (...) hacia el insulto o la vejación pública de determinadas personas y a crear un estado de opinión pública de animadversión hacia representantes democráticos de la ciudadanía y a ofrecer una imagen denigrada de las instituciones catalanas y los partidos que la integran». No, lo que es un insulto y denigra a las instituciones catalanas es que el primer partido catalán acuse de robar al

segundo, se produzca un escandaloso apagón informativo y ambos, PSC y CiU, olviden lo denunciado y lo tácitamente confesado para sacar adelante un Estatuto que está recurrido por anticonstitucional por el PP y por el Defensor del Pueblo, del que Zapatero dijo que iba a quedar «limpio como una patena» (algo habría que limpiar), y que el Consejo Consultivo de la Generalidad consideró que tenía, al menos, cuarenta elementos anticonstitucionales. ¿Es vejar a los ladrones llamarlos ladrones? ¿Es denigrar algo noble criticar el sórdido espectáculo del Carmelo y el 3 por ciento? ¿Para qué están los medios de comunicación en una democracia?

Lo que sucede es que Cataluña, el predio del CAC, difícilmente puede considerarse tal. Lo que debería considerarse un gran servicio de la COPE a Cataluña para limpiarla de corrupción y combatir el odio a España, que eso sí que es odio, supone para el CAC «un grave incumplimiento de las obligaciones» contraídas por los comunicadores de la COPE, que, según estos empleados de la partitocracia, «han ultrapasado los límites a los que está sometida la libertad de expresión».

Ellos se lo guisan y ellos se lo comen. Eso es el CAC. Para cerrar la COPE organizan una campaña salvaje de intimidación, mienten sobre lo que la COPE hace, mienten sobre lo que dice, van en contra de lo que los mismos del CAC opinaban sobre la misma pretensión de Pujol, cortada por sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña y ratificada en los términos más favorables a la COPE por el Tribunal Supremo. Pero la mejor crítica contra la persecución de la COPE por el CAC se la hizo entonces a Pujol el diputado del PSC Josep Mana Carbonell, ahora presidente del CAC: «Hoy es la COPE, mañana puede ser cualquier otra emisora que no guste. ¿Quién es un gobierno para decidir qué es mentira y qué es verdad?». Y como si maltratar la memoria, la legalidad y la ética no fuera suficiente, también hay que tratar a patadas la gramática- «¡ultrapasar los límites de la libertad de expresión!» ¿Se puede, desde tal analfabetismo, vigilar los medios de comunicación, máquinas de respiración y ventilación asistida en las democracias? Carbonell se ha «ultrapasado». El de ayer retrata al liberticida de hoy.

La coza de Pradera

El propio día de los Santos Inocentes, *El País*, que ha llegado en su cursilería a editonalizar contra las «inocentadas», nos obsequiaba con una antológica Javier Pradera, el editonalista en la Época de Cebrián, ahora columnista y consejero de la empresa de Polanco decía: en «El agujón y la coza»: «El dictamen del CAC es una obvia constatación del carácter partidario y sectario de la COPE, una grosera Santa Alianza del fanatismo eclesiástico y el matonismo periodístico (...) cualquiera que se haya visto obligado a soportar alguna vez la fobia inquisitorial de esa excitada peña de energúmenos sin ingenio no necesitará leer el informe del CAC. (...) Losantos y

Ramírez trataron de que el Gobierno aplicase la solución final a los medios de comunicación de la competencia (!); las campañas de la COPE contra Sogecable y la SER ilustran el doble rasero que manejan esos interesados farsantes (...) La vía judicial —criminal o civil— implica demasiadas veces la impunidad en la práctica de los bronquistas; las campañas victimistas desde la prensa y la demora de los procesos logran transformar demandas y querellas bien fundamentadas en coces contra el venenoso aguijón. Y tampoco faltan políticos que firman la paz por separado con los profesionales del chantaje que extorsionan a sus correligionarios».

Esto lo escribe el presunto cerebro de los antemcidas, los que sí aplicaron la «solución final» a la primera cadena de radio de España; los que hacen una campaña tras otra contra los que se oponen a sus dogmas o a sus negocios; los que justificaron hasta editonalmente el vídeo contra Pedro Jota; los que perpetraron toda clase de felonías contra los investigadores del GAL, reeditadas contra los que investigan el 11-M. ¡Ellos se rasgan las vestiduras y dicen que la COPE «insulta»! ¡Ellos! Lector, relee su cozo.

En fin, terminó el 2005 y llegó, cumpliendo las previsiones sucesorias, 2006. Los primeros meses estuvieron marcados por el Manifiesto en defensa de la COPE que se convirtió en la iniciativa popular respaldada por más ciudadanos de la UE en toda su historia. Un tal Ignasi Guardans i Cambó, ni tan piadoso como su padre ni tan listo como su abuelo, pero fanático más allá de las generaciones, trató de boicotearlo y dejó una prueba indeleble del despotismo nacionalista. El correo que envió es una síntesis de la campaña contra la COPE y del nivel alcanzado por la corrompida casta dirigente de la pobre Cataluña, la del 3 por ciento, Montilla y el CAC.

«Habéis recibido —decía Guardans— uno de esos *e-mails*, bien elaborados y bien presentados, de nuestro respetado colega Mr. Herrero Tejedor, intentando presentar a la cadena de radio COPE como una víctima de quién sabe qué persecución, y pidiéndoos que firméis una petición. Es más, Mr. Herrero, un periodista de radio de esa misma emisora desde hace muchos años, pretende estar “respaldado masivamente por los ciudadanos españoles”. Por favor, NO FIRMÉIS ESE DOCUMENTO. Y si me lo permitís, os ofreceré algo de contexto...».

Vamos con el contexto según Guardans: «El periodista más importante de la COPE es alguien llamado Federico Jiménez Losantos (...). Cada mañana, lidera un programa que miles de personas consideran simplemente una permanente sucesión de insultos a cualquiera que no esté de acuerdo con él, en particular a los catalanes, la lengua catalana y los gobiernos catalán y español. [Las dos primeras cosas, sobre los catalanes y la lengua, son mentira; criticar a cualquier Gobierno es un derecho sagrado en la Unión Europea, Cataluña excluida, los masoquistas pueden dejan dejar de oírla sólo con mover el dial]. Esta posición —sigue Guardans— anticatalana (y antisocialista, y anti parejas homosexuales, y «anti» una larga, larga lista de ideas y

personas) [otra mentira, yo he defendido ya con Aznar una ley de parejas civiles para los homosexuales, pero no el matrimonio, es decir, lo que defienden prácticamente todos los países d El Mundo, menos los musulmanes que los lapidan. Lo de ser antisocialista ni es un delito ni uno pensaría que fuera un defecto para un militante de CiU], se ha mantenido por muchos años, pero ahora ha alcanzado un nivel impensable de odio e insultos que ha puesto a la emisora en el centro de un gran debate». No dice que su partido ya quiso cerrarla antes de alcanzar ese «impensable nivel»... de audiencia.

«Por supuesto —añade Guardans—, este periodista tiene el total apoyo de sus colegas derechistas y de sus 100.000 oyentes que fueron llamados a apoyar esta iniciativa a través de sus ondas. No se trata de libertad de expresión, algo por lo que España y sus periodistas han luchado por muchos años. Se trata de apoyar un discurso del odio de un periodista de extrema derecha». Además de la ofensa a Luis Herrero, Guardans se propone para corrector del EGM y del EGA: más de millón y medio o casi tres millones de oyentes quedan reducidos a cien mil. No me negarán que tiene mérito que apoyaran a la COPE seiscientos mil más.

Continúa el matemático: «La Conferencia Catalana de Obispos y todas las órdenes religiosas en Cataluña [firmaron una declaración] quejándose de su actitud anticristiana. [...] También lo han hecho una gran cantidad de católicos catalanes, principalmente intelectuales muy respetados». (Esa Conferencia Catalana no existe. La que sí existe es la Conferencia Episcopal Española, que ha ido renovando hace años mis contratos; el último de *La mañana*, con el apoyo del catalán Sistach).

Pero es que estos obispos no tienen remedio. La COPE, según Guardans, «es de hecho el ejemplo más fuerte de discurso del odio que podrán encontrar en ningún sitio de Europa, y ha sido comparado por muchos con la famosa emisora de radio de Rwanda que precedió al genocidio». El autor de la comparación fue el presidente de ERC en Mallorca, asaltante de la piscina de Pedro J. Ramírez y de la COPE en Madrid. Está procesado. Y Guardans debería tener una querrela por parte de la COPE si aspira a que la tomen en serio.

En fin, para rematar la carta, que retrata al autor y a la decadencia de la clase social y política a que pertenece, Guardans dice que la actuación de la COPE «despierta senas cuestiones sobre la relación entre la libertad de expresión y la libertad de predicar el odio y el insulto hacia tus oponentes». ¡A mí me lo van a decir en TV3 y las radios nacional-socialistas! Pide a los europarlamentarios que no apoyen el manifiesto porque será «manipulado en su nombre» (lógico, si firman) y añade que los nueve periodistas firmantes son «muy bien conocidos por su apoyo público a la derecha más dura del Partido Popular y a su fundador, José María Aznar».

Tantísimo dinero gastado en su educación y el pobre Guardans no sabe escribir

(«muy bien conocidos»: sobra el «muy», incluso el «bien») y tampoco sabe dónde está. Derecha dura la hay en Francia, no en España; y si la hubiera ¿qué? La derecha más dura y liberticida en Europa es la que representa Guardans, cuyo partido, por cierto, sostuvo a Aznar y fue sostenido por él en los ocho años que estuvo en el Poder, cuatro con mayoría absoluta. Pero, en todo caso, ¿no tienen derecho a vivir los de derechas? ¿Pretende que la UE los trate como el nacionalismo catalán? ¿No pueden los periodistas apoyar a quienes les parezca? En fin, el recital de Guardans fue una buena prueba del género político y humano producido por veinticinco años de dictadura nacionalista.

En España, el obispo de Jaca y Huesca, monseñor Sanz, se hartó del linchamiento de la COPE y dijo en *La linterna*: «La COPE es un espacio de libertad y un lugar donde no se dice la mentira», algo que «no se puede atribuir, lamentablemente, a tantos medios de comunicación. [...] En la COPE no se hace de la mentira una herramienta política sino que se dice la verdad. Podrá gustar el modo cómo se dice, podremos afinar y revisar nuestras maneras pero ni en la cadena COPE ni en la Iglesia católica hacemos de la mentira el argumento de lo que queremos presentar». *Laus Deo!*

Guardans fracasó. Luis, Pedro Jota y Cayetana presentaron en el Parlamento Europeo el Manifiesto de las 700.000 firmas, estuvieron elocuentísimos, quedaron muy bien en las fotos y mostraron la realidad de la COPE y de la España desfigurada por el niño barcelonés. Pero lo que el pobre Guardans no logró, se empeñaron en conseguirlo los del PSOE, que son peores porque son más, y tras todo tipo de añagazas el ínclito Borrell suspendió la tramitación e inmediata votación del Manifiesto. El polaco que domina la comisión le ha amenazado con querellarse contra él por manifiesta prevaricación. ¡Si supieran en Polonia! Lo que no les extrañará será el comportamiento alemán. Luis recabó de la Conferencia un empujoncito para que los democristianos alemanes echaran una mano. Hasta ahora.

La expulsión del EGM, la guerra con ABC y las querellas de Polanco y adláteres

El 8 de marzo, estaba yo en la cama a eso de las tres de La tarde, a oscuras y a punto de dormirme, tras aquietar mi desasosegado espíritu con *El misterio del Venona Club*, de Dorothy Sayers, si no recuerdo mal. De pronto, sonó el teléfono: Abellán.

—Vente para acá, que tenemos que hablar porque ha ocurrido algo muy gordo.

—Me pillas en la cama ¿No me lo puedes contar por teléfono?

—No, tienes que venir ahora mismo porque va estallar esta tarde. Comemos algo mientras te lo cuento y te vuelves a dormir. Sólo te diré que es del EGM.

—Si no has hablado con César Vidal, llámalo. Nos vemos enseguida.

Lo que nos contó Abellán, dejándonos estupefactos, puede leerse en el informe ante notario que figura en el apéndice.

—Lo único que me preocupa, José, es si legalmente lo tienes bien atado.

—Absolutamente. Cada semana hemos ido a registrar ante notario los datos del fraude, lo hemos filmado con cámara oculta y les ofrecemos la posibilidad de rehacer todo el sistema de medición sin dar a conocer sus vergüenzas, pero creo que Prisa ha dado orden de que ni hablar. Que hay que echarnos del EGM.

—Eso sería fantástico —dijo César.

—Lo intentaremos por las buenas, pero estos tíos son impresentables. Es tan feo lo que hemos descubierto que son capaces de todo. Estad preparados, pues, para el follón...

—De acuerdo. ¿Un poco más de jamón? Está superior.

—Faltaría más.

Pese a la disposición primera, favorable a un acuerdo, Polanco, Vocento y Onda Cero vieron la ocasión de deshacerse de un rival incomodísimo y, efectivamente, forzaron la expulsión de la COPE del EGM. Sin embargo, todos sabían que lo descubierto por Abellán era verdad *El Mundo*, tras pasarse sus reporteros seis horas viendo vídeos y actas notariales, lo respaldó abiertamente. Pero el *ABC* creyó llegada la ocasión para darle a la COPE el golpe de gracia. Manipuló hasta extremos risibles la reacción defensiva de una compañía que pagábamos todos y a todos engañaba, aunque, sobre los datos falseados, favoreciera a unos o a otros. Según contó *El Mundo*, el acuerdo con el EGM de las empresas de *ABC* y *El País* (también «investiga» la lectura de periódicos, y el consumo de compresas y de los más inimaginables objetos de consumo: el cuestionario tiene casi cien folios, por eso nadie lo contesta) fue que se ampliaría mucho la encuesta telefónica pero sólo a teléfonos fijos, no móviles, con lo que se castigaba a los lectores y oyentes más dinámicos, o sea, *El Mundo* y la COPE.

Pero Zarzalejos fue mucho más allá. Tras mentir durante una semana sobre lo que verdaderamente había pasado en el EGM, publicó un editorial titulado «Los obispos tienen un problema», que terminaba así: «La Iglesia, como editora de la COPE y responsable, por lo tanto, de sus contenidos, deberá abordar la desafección manifiesta de determinados comuncadores al ideario del medio y que a esa incoherencia añaden la infracción habitual de las más elementales normas de la deontología de la profesión periodística; tendrá, también, que responder de sus comportamientos probablemente ilegales y afrontar el hecho incontrovertible de que su radio se haya convertido en una auténtica piedra de escándalo, tanto en términos éticos y cívicos como en los que acotan una razonable convivencia democrática».

Todo esto aderezado, días antes y después, con ataques directos a la subsistencia económica de la empresa. Cosa que, por la pusilanimidad de nuestros directivos,

acabó afectando mucho a los trabajadores y, cómo no, al Comité de Empresa, que cargó contra Abellán por haber descubierto que el Rey, o sea, el EGM, estaba desnudo. ¡Con lo bien que nos iba ahora en el balneario nudista! La empresa quiso sacar una nota de apoyo a Abellán, pero tan leve que parecía una desautorización. Don Bernardo había tenido el gesto de decir que me la pasaran antes de publicarla, por aquello del consenso. Lo que sucedió es que tuve una pelotera monumental con el directivo que me la trajo. Tan monumental, que la birriosa nota no salió, sino otra de verdadero apoyo a Abellán. Mientras tanto, puesto que el *ABC* nos declaraba la guerra abierta (lo había hecho ya en el asalto a la COPE), Abellán y yo comentamos una mañana en detalle los datos de su investigación, con los infiltrados en directo, y, naturalmente, la respuesta del *ABC*. En un corte publicitario me dijo Abellán: «En vez de poner verde a Zarzalejos, da el número del *ABC* para darse de baja como suscriptor». Lo hice. El efecto, inmediato, sembró el pánico, esta vez, en el *ABC*.

Pero en realidad, la operación contra la COPE era parte de un proyecto mucho más amplio, que supone la eliminación de la cúpula del PP y la colocación de Gallardón en lugar de Rajoy. El precio era pedir que no se investigara el 11-M, justo cuando *El Mundo* acababa de demostrar que la prueba principal del sumario, la mochila de Vallecas, había sido manipulada y falseada. Pues bien, el alcalde de Madrid declaró al *ABC* que para ser alternativa de poder había que abandonar la investigación del 11-M. En la tertulia del día siguiente, Pedro Jota dijo que eso era como si el alcalde de Nueva York pidiera que no se investigara el 11-S. Yo dije que, por lo visto, a Gallardón le importaba más el poder que averiguar quién y por qué había asesinado a doscientas personas, herido a mil quinientas y cambiado el Gobierno y la política de España.

Entonces se produjeron las amenazas de querellas y demandas por parte de Vocento, si los curas no me echaban, y del propio Gallardón. No fueron reacciones en caliente: Vocento esperó un mes para presentar una demanda en el juzgado número 5 de lo Mercantil por «denigración de la competencia» y Gallardón esperó tres meses para presentar una querrela por derecho a su honor, por lo visto más importante que el derecho a la Justicia de los muertos del 11-M. Dio además una rueda de Prensa diciendo que recurría a los tribunales porque yo no le dejaba explicarse. Y es que en su última visita a *La mañana*, donde defendió ardorosamente a Polanco, acusó a Mercedes Aranda de manipular las llamadas de los oyentes. Yo dije que mientras no pidiera disculpas no volvería a *La mañana*. Pero cuando amenazó con la querrela, Luis Herrero me aconsejó que lo invitara de todas formas, porque lo único que buscaba era que se viera que él podía con la COPE y, por tanto, que debía mandar en el PP.

Luis tenía razón. Lo invité y nunca vino. Es más; acabó poniendo una querrela contra mí. Me dice mi abogada Cristina Peña que no debo comentar ni esto ni lo de

Vocento, porque está *sub iudice*, pueden archivarlo todo y hay jueces muy suspicaces. Bien, sólo comentaré, para que se vea la catadura de Gallardón, lo que pasó antes de ir al juzgado. Un día me llamó Acebes para decirme que, tras hablar con Rajoy, Gallardón retiraba la querrela si yo estaba de acuerdo en que nuestros abogados lo arreglaran. Dije que sí, por el bien del PP, pero fue un error. Por dos veces el alcalde engañó a Rajoy y a Acebes diciendo que retiraba la querrela y no la retiró. Dicen que por presiones de Zarzalejos, que le amenazó con hundirlo si le dejaba solo en la refriega. Sería el colmo, pero es lo de menos. Lo de más es que, para que no hubiera duda de que la operación era conjunta, llegó una demanda de Polanco citando expresamente a Gallardón. Mi delito era criticar que en la retransmisión del Mundial de fútbol que los chicos de Polanco al sonar el himno nacional dijeran: ¡en pie! o vendieran banderitas españolas para las pantallas al aire libre, cuando eran los grandes abogados del despiezamiento de España mediante el pacto con la ETA y el Estatuto catalán. El caso es que en pocos días me vi con tres querrelas o demandas en la mesa: Vocento, Polanco y Gallardón. Todas eran la misma y buscando el mismo fin: echarme de la COPE y hacerse con el PP para aceptar el predominio de la izquierda. Y en éstas estamos. Ésa es la batalla del otoño. Lo habían intentado por lo religioso, lo político y lo económico. Fracasaron. Ahora lo intentan por lo judicial. Son incompatibles con la libertad. Razón de más para seguir en la brecha.

En junio, en fin, se despidió don Bernardo de la COPE y anunció, es decir, le anunciaron que su sucesor era Alfonso Coronel de Palma. El ambiente fue surrealista; en un hotel canario con una fachada en forma de iglesia de pueblo, pero gigante, estilo Las Vegas. Los detalles fueron tan penosos que se los ahorro al cura y al lector; para el que esté interesado, la entrevista de la dimisión figura en el apéndice. Sólo al volver en avión a la península me di cuenta de que la COPE que habíamos conocido ya no existía. Nada será igual. Y con todos sus defectos y sinuosidades, lo cierto es que don Bernardo había mantenido la COPE fuera de todas las operaciones para cerrarla, parando unas, engañando a otros y sacándoles el dinero a todos, además de impedir la tentación perenne de ciertos periodistas católicos de convertirla en pulpito. Don Bernardo era la cara y la cruz de la COPE, pero era nuestra COPE, el rincón de nuestra libertad, el ámbito del mayor milagro radiofónico e incluso sociológico de la moderna historia de España. Yo pensaba en el adiós del cura, que habíamos llegado a creer eterno, y también en el de Antonio Herrero, que creíamos inmortal, pero cuya dramática desaparición hizo que, de la noche a la mañana, mi vida cambiara. Mirando entre las nubes una remota ínsula, allá abajo, como si fuera un mortal más, pensé que, en estos ocho años milagrosos, sólo he aprendido de verdad una cosa: hay que hacer cada programa como si fuera el último.

APÉNDICE

LA ENTREVISTA DE ZAPATERO EN LA MAÑANA

F. J. Losantos: Don José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del Gobierno de España, muchas gracias por estar con nosotros y sea bienvenido. Esta entrevista tiene una parte estupenda y otra parte preocupante: la estupenda es que esté usted aquí para contestar a nuestras preguntas; la preocupante es que su predecesor, José María Aznar, se negó a dar entrevistas a la SER y luego le dio el monopolio de la televisión privada a Polanco. Me preocupa que usted me dé esta entrevista a mí, pero luego no dé el monopolio de la televisión local a Popular Televisión. ¿O sí?

J. L. Rodríguez Zapatero: Buenos días lo primero, Federico, y a todos los contertulios y a todos los oyentes de la COPE. La verdad es que el hecho de que esté aquí tiene que ver con mi compromiso de renovación democrática. Uno de esos compromisos representa el tener desde el Gobierno una actitud abierta a todos los medios informativos, representen lo que representen. Y es significativo, creo que los oyentes nos entenderán y los contertulios también, que mi primera entrevista de radio como presidente del Gobierno la haga en la COPE y la haga contigo, Federico, que intuyo que no va a ser una entrevista fácil.

F. J. L.: Para mí, no, desde luego, porque si aprieto mucho quedo mal, como un maleducado; y si aprieto poco, también me lo van a reprochar, de manera que, al venir, usted ya ha ganado medio partido. Lo cual demuestra que Zapatero tiene un peligro tremendo, mucho más de lo que alguna gente cree, por lo menos para los que no somos socialistas. Y además me confirma lo de que el monopolio de la televisión local no se lo va a dar a la COPE.

ZP: Tiene que haber una televisión plural en todos los ámbitos; local, estatal... Y fíjese que en España no tenemos muchas televisiones privadas. Somos de los países que menos televisiones privadas tenemos y yo creo que hay que fomentar la competencia al máximo. La competencia y la libertad son lo que da calidad y buena información.

F. J. L.: ¡Cómo me gusta escucharlo! Me recuerda cuando en *La linterna* nos hablaba de «liberalismo con unas gotas de keynesianismo». Y luego: «Mi política para España es la de Redondo Terreros en El País Vasco». Y yo pensaba: «¡Fantástico! ¡Qué tío! Vamos, ¡ni Sagasta!». Luego vino Paco con la rebaja. Pero, a propósito de su presencia aquí en la COPE: usted es consciente de que hay una parte

importante del electorado español, casi diez millones de votos, que, a pesar del 11-M, votó al Partido Popular y tiene una conciencia, no sé si de que les han robado las elecciones, pero sí, en todo caso, de que el proceso electoral y el resultado han sido alterados por el atentado y por la manera en que el Partido Socialista o algunos dirigentes del Partido Socialista lo presentaron. Piensan que no ha habido juego limpio. Recuerdo una larguísima conversación con Aznar, que me decía: «Yo no puedo desclasificar los papeles del CESID porque a Felipe González le han votado más de nueve millones de personas, y la gente no puede pensar que yo voy a gobernar contra media España». ¿Cómo va usted a evitar que esa media España, que siente que le han robado la cartera, tenga la impresión de que usted gobierna contra ella?

ZP: Has planteado muchas cosas en una pregunta; alguna reflexión y valoración. Afortunadamente, las elecciones en España desde que tenemos Constitución democrática son libres, como es libre el pueblo español. Todas han tenido la misma validez, por supuesto. Pero además me parece, sinceramente, preocupante que haya algunos sectores de opinión —tácitamente se ve en el Partido Popular, que incluso es más comprensible que le pasen al Partido Popular —que piensen que ha habido una afectación directa y por tanto una situación extraña en esas elecciones. Por una razón: porque la ciudadanía tiene el voto como uno de los tesoros más importantes, es una ciudadanía culta, madura, democráticamente informada, y es muy celosa de su voto. Es muy difícil decir a los ciudadanos que han votado manipulados, entre comillas, o en una situación extraña. Muy difícil. Quien lance ese discurso, esto es una opinión personal, creo que se va a equivocar. Y también el partido, en este caso el PP, que no asuma razonablemente —que no es fácil, yo lo comprendo— una derrota política, como pasa en democracia siempre. Nosotros hemos tenido victorias y derrotas. Seguramente eso va a alargar su proceso de reflexión, pero todos los ciudadanos vieron esta legislatura. Si alguien cree que el voto se decide a última hora está muy equivocado. Está demostrado que es todo un proceso de reflexión que culmina en un momento dado. El Partido Popular, la legislatura pasada, perdió clarísimamente apoyo de la ciudadanía. El PSOE se renovó y logró transmitir la confianza suficiente para tener la mayoría de los ciudadanos; y el Partido Popular tiene que hacer esa reflexión. Desde luego, voy a ser un Presidente de todos los españoles, mi objetivo es que los españoles sientan que hay un Gobierno que respeta a toda la ciudadanía, hayan votado a quien hayan votado, como hay un Gobierno que respeta a todos los medios de comunicación, a todos los periodistas, piensen lo que piensen, digan cada mañana lo que digan y expresen lo que expresen. El movimiento se demuestra andando.

F. J. L.: Cierto, cierto.

ZP: Y eso, Federico, que llevamos en el Gobierno, y yo llevo como Presidente apenas tres semanas, es decir, 21 días. Normalmente, se dan 100 días a todo

Gobierno.

F. J. L.: Eso era antes. Ahora con el IVA...

ZP: Ya veo que algunos van muy rápido. Dicen que el Gobierno va rápido. No, algunos haciendo la crítica al Gobierno van mucho más rápido. Tendríamos que tener un tiempo donde la carrera estuviese algo neutralizada y dejar ver, ¿no? Es verdad que hemos tomado decisiones importantes...

F. J. L.: Eso le iba a decir. Es que si usted, al día siguiente del debate de investidura, mejor dicho, al día siguiente de las elecciones ya anuncia lo de la retirada de nuestras tropas de Irak, cosa que por muchos medios, no sólo españoles, se interpreta como un triunfo del terrorismo, y después del debate de investidura dice que se adelanta el regreso de las tropas, comprenderá que los plazos se aceleren. Tanto para el apoyo que busca usted como para la crítica.

ZP: Además, ya le digo, Federico, que va a tener trabajo, porque éste va a ser un Gobierno que va a tomar muchas decisiones. Tengo la concepción de un gobierno moderno como un gobierno que tiene que trabajar mucho, que tiene que trabajar al mismo ritmo que trabaja la sociedad, y hoy las sociedades modernas trabajan intensamente en cualquier ámbito: en la empresa, en la universidad, los sectores profesionales... Todo El Mundo trabaja con intensidad. Y el Gobierno no puede estar contemplando lentamente lo que pasa, sin dar respuestas inmediatas.

F. J. L.: Yo no necesito más que tener noticias para poderlas comentar. Pero, en relación con la retirada de las tropas de Irak, usted había anunciado en los años de oposición, durante la campaña electoral, y lo entendimos así todos, que supeditaba a un mandato expreso de la ONU, a partir del 30 de junio, la retirada de nuestras tropas. La ONU tenía hasta el 30 de junio y, en el caso de que no hubiera un mandato que incluyera un cierto control político-militar de la situación, entonces procedería a retirar las tropas. De ahí la sorpresa —y la sospecha de que, estando de por medio, las elecciones europeas tuvieran algo que ver— de que se adelantara mes y medio la retirada de nuestras tropas. Confieso que, cuanto más me lo explican, menos lo entiendo.

ZP: Pues es fácil de entender: la decisión de que regresaran nuestras tropas a casa tenía una condición suspensiva, la condición suspensiva era que el 30 de junio Naciones Unidas se hiciera cargo de la dirección política y militar, es decir, que Naciones Unidas, con cascos azules, se hiciera cargo del control de la seguridad de Irak. Le puedo asegurar, y creo que esta afirmación es fácilmente asumible y entendible, que no hay la más mínima posibilidad de que eso se produzca.

F. J. L.: ¿Y usted no lo sabía o no lo suponía cuando lo supeditaba a la ONU?

ZP: Pues no. Primero, porque cuando hice ese anuncio, y esa condición suspensiva, la situación en Irak no era tan mala como se ha ido advirtiendo posteriormente. Y en segundo lugar, porque es notorio que cuando uno ha ganado

unas elecciones, tiene la capacidad de conocer directísimamente de todos los responsables de gobierno del mundo cuáles son los planes y las previsiones. Y le puedo asegurar que mi primera entrevista el día del funeral de las víctimas del 11-M aquí, con Tony Blair, con Colin Powell, ya fue bastante definitiva.

F. J. L.: ¿Cuántos minutos hizo esperar a Powell?

ZP: No, no hice esperar ningún minuto a Powell, porque lo que sucedió, que se ha comentado mucho...

F. J. L.: No, si recrea mucho al paisano castizo...

ZP: No, no, pero no es así. El funeral se alargó, es verdad que fue un funeral muy emotivo, y especialmente se alargó porque la Familia Real saludó y dio la condolencia en un gesto, yo creo, que muy, muy importante a todas las víctimas. Entonces, después del funeral, yo tenía concertada la entrevista con Chirac y con Colin Powell, consecutivamente. Al alargarse hice —no hice, hicimos todos— esperar al encuentro primero que tuve con Chirac y luego con Colin Powell. Pero puedo asegurar que Colin Powell estuvo realmente sincero, fue una entrevista muy cordial, incluidos los comentarios que me hizo sobre Perejil que luego he visto reproducidos en algún medio en la misma dirección. Y ahí tuve clarísimo que la expectativa no era en ningún caso que Naciones Unidas se pudiera hacer el 30 de junio con la dirección política-militar. En esa situación, creo que se entenderá que era absurdo mantener durante unas semanas a nuestras tropas en una situación de incertidumbre, a sus familias, a nuestros mandos militares, que sabían cuál era la decisión y las intenciones del Gobierno, para, al final, ordenarles el regreso. En una situación cada día más complicada, y donde nuestras tropas ya no podían hacer una tarea humanitaria porque realmente lo que estaban haciendo era una tarea prácticamente de protección, de autoprotección.

F. J. L.: Pero... precisamente por eso. España tenía un compromiso internacional, tenía unas fechas que usted como jefe de la oposición había comprometido, y lo correcto, entendemos algunos, habría sido respetar al menos las fechas que usted públicamente había dado, incluso en el Parlamento. Y a partir de ahí, igual que un Gobierno legítimo manda las tropas, un Gobierno legítimo las manda venir.

ZP: No, ha habido de todo.

F. J. L.: Este aceleren, en la prensa internacional a usted no le ha favorecido nada. En la francesa tal vez, pero en la americana ha habido quien le ha atacado. Y, desde luego, son socios importantes.

Estados Unidos es un país de cierta importancia, ¿no?

ZP: Sí, claro, importantísimo, con el que desde luego mi Gobierno va a tener la mejor relación posible. Somos aliados naturales y pertenecemos a la comunidad internacional de naciones libres. Eso no hace que podamos discrepar de una política concreta, y creo que la coherencia me obliga a expresar lo que es mi discrepancia con

la intervención militar en Irak. Que, por cierto, en algo más de un año el balance creo que abona más las tesis de los que creíamos que era un error que de aquellos que defendieron aquella intervención militar. No hay menos terrorismo, hay más terrorismo; no había armas de destrucción masiva; el régimen de Sadam Hussein terminó pero se han incrementado la violencia y el rechazo a las fuerzas que están allí. Incluso desde el punto de vista económico, con los últimos datos del petróleo tampoco parece que las cosas hayan dado frutos, y ya no hablemos de todas las promesas que se hicieron en torno a la situación entre Israel y Palestina, que era otra de las cosas, vamos a poner orden en Oriente Medio, vamos a poner orden en la región del Golfo, para dar a aquello un aspecto de tranquilidad.

F. J. L.: No quiero hacer un monográfico de esto porque nos podemos tirar dos horas y no salimos de pobres, pero hay una cuestión que inevitablemente tiene que plantearse. Aun en el caso de que hubiera sido un error, si todos los países hicieran como España y salieran corriendo de Irak, ¿usted cree que eso favorecería la estabilidad de la zona, que mejoraría las expectativas de paz en Oriente Medio, que mejoraría también la lucha con el terrorismo islámico? Si Estados Unidos o los británicos hicieran lo mismo que nosotros, ¿usted cree que eso sería bueno?

ZP: Hay muchos países que no han ido a Irak, muchas democracias occidentales que no han ido a Irak, que no han participado militarmente en Irak porque creían que no era acertada esa opción para presionar al régimen de Sadam Hussein, que había una expectativa de poder seguir con la tarea de los inspectores para comprobar si allí había o no armas de destrucción masiva o vínculos con el terrorismo, y ciertamente nadie ha podido poner encima de la mesa los datos fehacientes. Si cada vez que la comunidad internacional, ante un régimen dictatorial como era el de Sadam, decide hacer una intervención militar, tendríamos que replantearnos el sistema de legalidad internacional, el sistema de Naciones Unidas, porque eso no está en la carta de San Francisco. No hay autorización para hacer esas cosas.

F. J. L.: Hay de todo.

ZP: Y añadiré que Estados Unidos y el Gobierno del señor Bush son los que tienen que tomar las decisiones sobre la situación que tienen en Irak. Desde luego, España, como miembro del Consejo de Seguridad, apoyará todo aquello que pueda ser razonable en el camino de la democratización, en el camino de la devolución de la soberanía, pero creo que tenemos legítimo derecho, en consonancia con el deseo mayoritario de la ciudadanía española, de no tener participación militar en la situación que se vive en Irak. Y yo preguntaría, lo he dicho alguna vez públicamente: ¿qué política exterior, o qué política de orden internacional, es ésta que no es comprendida por los pueblos de una manera tan evidente?

F. J. L.: Yo le respondería: por ejemplo, la de Churchill...

ZP: Porque aquí, en España, el 80 por ciento de la población no tiene nada que

ver...

F. J. L.: Hombre, la gente tiene miedo.

ZP: Eso es tanto como comparar a Sadam Hussein con Hitler. Intelectualmente y en términos históricos es muy discutible. Sadam Hussein no representaba la amenaza para El Mundo que representaba Hitler. Eso es evidente y notorio.

F. J. L.: Les daba más miedo a los ingleses Hitler que Sadam Hussein...

ZP: Es importante esta consideración. Es muy difícil llevar a cabo una política exterior de seguridad y de orden internacional sin el apoyo de la ciudadanía. Hubo masivas manifestaciones en El Mundo ante la intervención militar en Irak porque la gente intuía que era un camino equivocado.

F. J. L.: Ultima cuestión, porque esto es discutible pero no nos vamos a poner de acuerdo. En muchos medios se ha interpretado que el apoyarse en París en vez de en Washington, optar por la vuelta a una situación de relación privilegiada con Francia en vez del vínculo atlántico, optar por el eje franco-alemán en vez de la alianza Gran Bretaña-Portugal-Italia-España, es un éxito de Chirac y Mohamed VI... pero también de los terroristas. Ese elemento interpretativo, que se va a hacer, ¿cómo lo va a combatir? La idea de que España es débil contra el terrorismo es lo peor para España y lo mejor para los terroristas. ¿Cómo va a combatir esa idea de debilidad, de que nos han pegado un bombazo y hemos cambiado de Gobierno?

ZP: Es lo contrario: a un partido político no le debe afectar un atentado terrorista. Yo tenía un compromiso con la ciudadanía española en torno a Irak, la política exterior y las tropas antes del 11 de marzo, y lo que habría sido ceder y modificar el Gobierno hubiera sido cambiar después de la acción terrorista del 11-M. España tiene como gran prioridad su vocación europeísta. ¿No es normal que con los países que compartimos moneda, con los que vamos a compartir un sistema de defensa común, tengamos la mejor relación posible? Sin duda es la mejor opción. Esos países, sobre todo Alemania y Francia, fueron determinantes en el apoyo a nuestra transición democrática y han sido determinantes para nuestro desarrollo y bienestar. Nos aportan un 1 por ciento de nuestro PIB para carreteras, escuelas, pantanos, política de formación de los trabajadores... Viene del fondo europeo, porque Europa es un proyecto de cohesión y solidaridad como ahora nosotros vamos a tener que hacer con los diez países del Este. Yo proclamo el agradecimiento que la sociedad española debe tener a los países europeos que nos ayudaron, y eso es compatible con tener buenas relaciones con Estados Unidos, pero primero Europa, luego Latinoamérica y luego el vínculo atlántico. Creo además que es la posición mayoritaria de los españoles.

F. J. L.: No puedo estar más en desacuerdo con usted.

Economía, impuestos, financiación autonómica

F. J. L.: Después de este debate sobre política exterior, vamos a hablar de economía. Durante la campaña electoral se habló de cambiar el modelo económico de crecimiento del PP que, en términos de empleo, ha sido el mejor desde las Cortes de Cádiz: un 50 por ciento más empleos de los que se encontró Aznar al llegar. ¿Cómo se puede cambiar un modelo económico productivo, que ha creado cinco millones de puestos de trabajo legales, por decreto? ¿No sería más razonable conservar lo sustancial del modelo del PP?

ZP: Nosotros queremos mejorar las bases de nuestro crecimiento económico y necesitamos competitividad en el contexto internacional, y para ello hay que mejorar la productividad de la economía española. Por ello me propongo recibir al representante de la patronal y a los representantes de los sindicatos para iniciar un diálogo que concluya en mejoras en la productividad y empleo estable. Tenemos que mejorar en capital tecnológico y capital humano (formación del conjunto de la población). Creemos que la creación de empleo ha sido importante, aunque hay mucho que es precario, pero nuestras empresas pueden ganar competitividad invirtiendo en capital tecnológico, de investigación, de desarrollo e innovación. Esto es de lo que queremos hablar para llegar a un acuerdo.

F. J. L.: A propósito de innovación, una inquietud: había en Industria dos mil millones de euros para innovación. Han pasado a Educación y los empresarios piensan que ellos lo habrían hecho mejor.

ZP: Hay consenso general en que el Ministerio de Ciencia y Tecnología diseñado por el Gobierno anterior fue un fracaso.

F. J. L.: Eso se lo voy a conceder.

ZP: Nosotros hemos cambiado el modelo, hemos integrado una parte en Educación y una parte en Industria. En todo caso, ambos ministerios tienen que trabajar conjuntamente, y el gran reto es una interacción mucho más poderosa entre la universidad y la empresa, que no se ha conseguido en los últimos años. Y había malestar en la universidad y la investigación básica. Han recuperado un espacio investigadores y rectores de todos los perfiles.

F. J. L.: Casi todos son del mismo.

ZP: A eso contribuyó mucho el PP, lo que benefició a las candidaturas progresistas.

F. J. L.: Sin ninguna duda. Pero no suelen coincidir en el intento de colaborar con Industria.

ZP: Hay caminos adecuados, como algunos muy buenos parques tecnológicos que se han creado en los últimos tiempos que son referencia, y ése tiene que ser el terreno. El próximo presupuesto va a tener un aumento sustancial, hemos comprometido en torno al 25 por ciento. Apoyar a los investigadores hace economías fuertes para crear empleo. No vamos a competir con salarios bajos, vamos a competir

en la formación de la población, el sistema educativo y la capacidad tecnológica del país. Si nuestro país avanza tendremos más posibilidades de ser fuertes económicamente.

F. J. L.: El modelo fiscal que hemos conocido, a pesar de las dos bajadas de impuestos, ha aumentado la recaudación. La primera buena noticia de su Gobierno es que en economía no se ha notado.

ZP: Hay quien piensa que la economía va a ir mejor.

F. J. L.: Una cuestión de fondo: la financiación autonómica. Hemos oído que en esta legislatura no va a haber cambio y que sí lo va a haber. ¿Qué va a pasar en la financiación autonómica? ¿Las 17 agencias tributarias son para esta legislatura o para la siguiente? Jordi Sevilla ha llegado a decir en pocas horas dos cosas distintas.

ZP: En estos momentos el gasto público está distribuido: el 56 por ciento en gasto social y el 45 por ciento en comunidades autónomas. Desde mi punto de vista, el problema está en la sanidad. Hace 15 o 20 años creíamos que el problema iba a estar en las pensiones públicas y el tiempo lo ha desmentido. La sanidad afecta a todas las comunidades autónomas, a algunas de manera más singular, como Cataluña y como Madrid, que tiene unos déficits muy notables. La financiación autonómica necesita un debate sereno, gran consenso, el objetivo de que las comunidades autónomas tengan suficiencia financiera y, por supuesto, mantener el principio de cohesión y solidaridad. Yo soy comprensivo ante los problemas de financiación que algunas comunidades tienen. Ahí queremos empezar a trabajar, más allá de las agencias tributarias, que han creado excesivo debate. La Agencia Tributaria no es más que un modelo organizativo de lo que representa la Administración en materia de hacienda que tienen las comunidades autónomas. ¿Es conveniente que se definan mejor los ámbitos de gestión, de recaudación y de inspección que tienen el Estado y las comunidades autónomas? Yo creo que sí, que es bueno que los espacios fiscales se delimiten bien, para que los ciudadanos sepan qué espacio fiscal corresponde a cada uno.

F. J. L.: Quién recauda y quién gasta.

ZP: Exactamente. Y luego, en la práctica, tiene que haber una financiación mixta tributaria, porque hay una parte de los impuestos que recaudan las comunidades autónomas sobre los cuales tienen potestad normativa y otros que son cedidos. Tienen que inspeccionar, y si la inspección se hace conjuntamente, de manera mixta, funcionará mucho mejor.

F. J. L.: Pero don José Luis, ahí se plantea un problema. Todo El Mundo interpreta, en clave política, que Cataluña pesa mucho. Y sobre todo, que pesa mucho en este Gobierno, por Maragall y por los aliados de Maragall, que además son también los suyos. El modelo que el nacionalismo catalán planteaba era pagar por renta, recibir por población, y nos pareció entender que usted hacía suyo ese modelo.

Eso, para mi comunidad natal, Aragón, y para la suya, Castilla y León, es letal, porque hay una gran ciudad, o algunas ciudades, que contribuyen mucho, pero la población es muy escasa, por lo tanto vamos a pagar pero no vamos a recaudar: hacemos un pan como unas tortas. Esto de que vengan los socialistas a darles más a quienes más tienen, aunque los liberales siempre lo hayamos sospechado, reconocerá usted que es un poco desolador.

ZP: Yo creo que hay algún error de concepto en el debate. Lo primero que deberíamos tener presente es que el Estado de las Autonomías, si ha sido algo, es solidario. La evolución de las regiones, de las comunidades autónomas, de los últimos 25 años hasta aquí, salvo ligera excepción, ha puesto de manifiesto que las regiones menos desarrolladas se han ido acercando en renta y en producto interior bruto a las regiones más desarrolladas, o sea, que la horquilla se ha ido cerrando.

F. J. L.: Pero porque todos hemos subido.

ZP: No, no, no. Digo en términos relativos. La distancia que había entre Extremadura y Cataluña hace 30 años es menor hoy que la que había entonces. Por tanto, el Estado de las Autonomías ha sido solidario, ha beneficiado especialmente a aquellos territorios que partían, desde el punto de vista de su riqueza, de una situación peor. Esto representa algo muy importante. Es que la ciudadanía debe saber que autonomía ha sido igual a solidaridad, que el régimen en donde había más diferencias regionales era el régimen centralista y autoritario que tuvimos con el general Franco.

F. J. L.: También hubo un desarrollo económico que no había existido en la vida. A cada cual lo suyo.

ZP: Bien, si yo sé que puede haber apegos por determinadas cosas...

F. J. L.: No, no. Apegos por la verdad. No negará usted que España en los años sesenta creció más de lo que lo había hecho en 50 años.

ZP: Sí, pero estoy hablando del desarrollo de unas y otras regiones, creo que se entiende. Es decir, que autonomía ha caminado al mismo tiempo que solidaridad. Las que han obtenido más, digamos en términos relativos, han sido Andalucía, Murcia y Castilla y León, que han ganado terreno en su acercamiento a la media nacional. Y sin embargo, otras comunidades autónomas no han seguido el ritmo de las que estaban históricamente más desarrolladas.

F. J. L.: La que más ha crecido es Madrid.

ZP: Porque hay instrumentos muy poderosos de cohesión y de solidaridad en el Estado de las Autonomías.

F. J. L.: ¿Pero el cambio será este año o la legislatura que viene?

ZP: No, esta legislatura. El debate se va a producir en esta legislatura, sin duda alguna. Insisto: preocupación esencial por la financiación de la sanidad, es donde el Gobierno advierte que las comunidades autónomas, algunas de ellas, y en general el sistema, van a tener que realizar un esfuerzo singular. Segundo: mantenimiento del

principio de cohesión. Y tercero: no olvidemos, que es una parte importante que a veces no aparece en el debate, que el Estado, más allá del modelo de financiación, tiene una parte importante de inversión que normalmente supone un esfuerzo mayor de solidaridad, porque esa parte es muy significativa en comunidades autónomas que tienen un grado menor de desarrollo.

F. J. L.: Uno de los elementos de solidaridad que la gente veía plasmado como proyecto nacional era el Plan Hidrológico Nacional. Ustedes anunciaron la paralización del trasvase del Ebro. El otro día, la ministra Narbona nos sorprendía pidiéndole a Europa que nos diera de todas formas el dinero que tenía presupuestado para el trasvase del Ebro, cuando no íbamos a hacer el trasvase, ¿qué va a hacer su Gobierno con el Plan Hidrológico Nacional?

ZP: Cumplir con los compromisos electorales.

F. J. L.: ¿Cuáles de entre ellos? En unas regiones han dicho una cosa y en otras, otra.

ZP: Puede leer el programa electoral y lo que he expresado en más de una ocasión: el Partido Socialista nunca respaldó ese gran trasvase del Ebro. No sé si es una política solidaria, lo que sí sé es que es una política antigua y cara en la gestión y en la concepción del agua. Y de lo que no tenemos ninguna duda es de que el presupuesto para obras hidráulicas, de infraestructura y de captación y generación del agua —como son los procesos, cada día más avanzados, de desalar agua— va a ser financiado por la Unión Europea.

F. J. L.: Va a ser más caro todavía.

ZP: No, no, no, es más barato. Nadie ha dicho lo que iba a costar a cada agricultor un trasvase gigantesco en inversión, con un coste energético elevadísimo. Vamos a hacer obras de infraestructura, plantas de desalinización, con financiación de la UE, que, por supuesto, va a financiar este modelo con más interés que ese gran trasvase del Ebro, porque la política de grandes trasvases, desde las perspectivas medioambientales más avanzadas, es una política que está desaconsejada. Hay que respetar al máximo posible el cauce natural del agua, hay que proteger medioambientalmente muchos espacios y es un compromiso electoral, y yo intento cumplir con los intereses electorales. Dijimos que íbamos a paralizar la Ley Orgánica...

F. J. L.: Un desastre, pero es cierto. Lo han cumplido, por desgracia...

ZP: ...Y cumplimos. Dijimos que íbamos a hacer una nueva política del agua y la vamos a hacer, dijimos que iba a haber una directora de RTVE independiente y hay una directora, dijimos que iba a haber un fiscal general del Estado independiente y hay un fiscal general del Estado.

F. J. L.: Vamos a verlo. Igual que a Caffarel en TVE, vamos a verlo.

ZP: Al menos tiene un aval inicial: que en su día participó en cierta resolución

judicial que desde luego no era muy favorable a algún importantísimo responsable del Partido Socialista. Y la televisión pública la vamos a hacer plural e independiente, en los términos que el Consejo de Sabios marque, que son los que adoptará el Gobierno y transformará en proyecto de ley. Vamos a cumplir los compromisos.

F. J. L.: Una cuestión, don José Luis: aparte de que pueda haber una mayoría que se le manifieste diciendo que era mejor el trasvase, gobernar es elegir; y elegir es contentar a unos y discontentar a otros. Y a propósito de competitividad, me sorprenden unas declaraciones del ministro Montilla, que no sé si entiende la competitividad de manera distinta al resto de los mortales. Dice que se abre mucho los domingos en las grandes superficies y que él va a abrir menos. Yo no sé a las grandes superficies, pero a los consumidores, ¿quién nos defiende? ¿Esto es mejorar la productividad?

ZP: Esto es un debate eterno y apasionante entre economistas liberales y menos liberales.

F. J. L.: El menos liberal es Montilla.

ZP: Quizá. Yo creo que fundamentalmente las comunidades autónomas son las que tienen un importante volumen de competencia. Hay que llegar a un equilibrio. Desde luego debe primar la óptica del consumidor, de la productividad, de la libertad económica, pero también tenemos que tener una mirada hacia el pequeño comercio. ¿Puede haber un equilibrio? Yo creo que puede haber un equilibrio razonable, evidentemente. Además, no es lo mismo, en muchos casos, las formas de vida en las grandes ciudades que en las ciudades pequeñas y medianas, por los hábitos de consumo, por infinidad de razones. No son lo mismo unas comunidades autónomas que otras. Y hay que tener una mirada pacífica: es perfectamente posible armonizar los intereses de unos y otros sectores y el del consumidor.

F. J. L.: Yo no entiendo cómo un supermercado el fin de semana puede estar abierto y cerrado. O está abierto o está cerrado.

ZP: No es lo mismo que pase en una gran ciudad como Madrid a que pase en Teruel.

F. J. L.: Dígaselo a la señora que va a comprar.

ZP: No es lo mismo. Hoy hay un sistema por el cual hay días festivos en los que se abre, que se puede ampliar o reducir. Y, evidentemente, tiene que primar el consumidor, pero también el pequeño comerciante, que tiene su voz y una sensibilidad que el Gobierno debe atender. Y creo que las grandes superficies pueden tener una actitud comprensiva.

F. J. L.: ¡Hombre, las que están ya instaladas!

ZP: Pero fíjese, hay una gran concentración en el sector de la distribución y las grandes superficies.

F. J. L.: De ahí que pidamos más apertura.

ZP: Sería bueno que se repasara en cuántas pocas manos está el cincuenta y tantos por ciento de la distribución en este país. Cuando termine esta legislatura ya verá como hay más libertad económica que la que nos hemos encontrado en sectores importantes, estratégicos, como el energético, el de telecomunicaciones, el de distribución y el de medios de comunicación.

F. J. L.: Me deja usted como en vísperas de Navidad. Yo ya no creo en los Reyes Magos, pero de creer en alguno creería en Rodríguez Zapatero. Hay muchas preguntas de oyentes. Mucha gente entiende que el Partido Socialista ha manifestado poca simpatía por todo lo que se refiere a la Iglesia, los centros de enseñanza concertada, la asignatura de religión, e incluso se plantea —ha habido rumores al respecto, declaraciones oficiosas, no oficiales— una revisión de los acuerdos Iglesia-Estado. Si esta pregunta no se la hacen en la COPE, no se la van a hacer en ningún sitio.

ZP: Evidente, pero distingamos los terrenos. Voy a hacer una declaración de principios: mi Gobierno tiene el interés, y además va a ser así, de tener una muy buena relación con la Conferencia Episcopal, por supuesto con el Vaticano. Creo que es algo que ha formado parte de lo que es todo el proceso democrático, que hay un mandato constitucional implícito, de tener esa relación especial, y, por tanto, los acuerdos...

F. J. L.: Implícito y explícito.

ZP: Explícito... de tener esa relación singular con la Iglesia católica. Creo recordar que fue un Gobierno socialista el que puso en marcha todo el proceso de la educación concertada, para garantizar la libertad del derecho a la educación por parte de los padres. Quiero recordar que durante muchos años hemos tenido un sistema razonable para la práctica del derecho a recibir educación religiosa, y es que el sistema público, independiente del privado, garantice que los niños estudien religión. Y desde luego yo voy a garantizar desde el Gobierno que eso se produzca y que los padres que quieran que sus hijos estudien religión en el ámbito público, lo van a tener garantizado. Pero el Gobierno del PP en la última fase introdujo un cambio que rompió, creo, un estatus de normalidad que habíamos tenido durante muchos años, y es que la religión fuese una asignatura evaluable. En eso no estamos de acuerdo y queremos cambiarlo. Queremos volver a la situación de normalidad de 15 años de democracia y además quiero hablarlo, por supuesto, con la Conferencia Episcopal, igual que lo he explicado en el Parlamento, y lo vamos a llevar en la reforma y en la aplicación de la Ley Orgánica de la Educación. Por lo demás, en el resto, vamos a tener, yo creo, una buena relación.

F. J. L.: Don José Luis, no dudo de su voluntad, pero el 75 por ciento de los padres, el año pasado, pidió enseñanza de religión católica. Un número muy superior, incluso, al apoyo actual a la retirada de las tropas en Irak. A lo mejor esto le debería

llevar a revisar...

ZP: No quiero entrar en discusiones, pero me da la impresión de que, a día de hoy, el apoyo a la retirada de las tropas supera el 75 por ciento.

F. J. L.: Se lo dejo en mitad y mitad, ni para usted, ni para mí.

ZP: Ese derecho lo van a tener garantizado.

F. J. L.: Quiero decir que hay un respaldo muy superior al que pueda tener el Gobierno.

ZP: Eso no lo hemos puesto en duda. Mis hijas estudian religión en un colegio público, yo he decidido libremente que estudien religión en un colegio público. Pero eso no tiene que ver para que esa materia sea evaluable y compute para que una persona en su día sea arquitecto, después de superar todo el proceso educativo de primaria, secundaria y bachillerato. Creo que ése es el punto de equilibrio razonable.

F. J. L.: En todo caso, usted es el presidente del Gobierno y hace lo que cree que tiene de hacer, sólo planteo esa cuestión.

ZP: Es mi compromiso electoral. Me parece que hay una cosa que es importantísima en democracia. Frente a lo que se dice, aquel viejo aforismo que se le atribuye a Enrique Tierno, creo que es importantísimo que los gobiernos cumplan las promesas electorales: el PHN, la reforma de la LOCE, las tropas, la política de renovación democrática que en buena medida representa este acto de hoy, esta interesante entrevista que celebramos...

F. J. L.: Aunque no ha dicho concelebramos...

ZP: Todo eso son compromisos políticos que la ciudadanía tiene que contrastar que se cumplan.

F. J. L.: ¿Y la vivienda? Porque ¿cuántas viviendas iban a hacer? ¿180.000?

ZP: Se van a hacer. Y yo quiero matizar desde aquí una cosa. Lo primero: es muy importante que el sector de la construcción siga con el dinamismo que tiene, es muy importante para la economía, es una de las bases de nuestro crecimiento, pero también es muy importante que muchas familias, muchos jóvenes, muchas familias de renta más modesta, puedan acceder a una vivienda, y con los precios que tiene la vivienda no van a poder acceder. No creo que tardemos más de 15 días en aprobar el plan de choque en torno al acceso a la vivienda, y va a ser un plan para la concertación con comunidades autónomas, con ayuntamientos, pero también con el sector privado de la construcción.

F. J. L.: A ése lo concertará usted fácilmente, porque hay cosas más fáciles que otras. Distinto es bajar los precios cuando la demanda sigue siendo superior a la oferta.

ZP: Si hay una buena gestión del suelo público, por supuesto que se puede hacer una vivienda accesible. De hecho, hay municipios aquí cerca, en Madrid, como Fuenlabrada, como Alcobendas, donde ha habido una promoción concertada entre el

sector privado y el Ayuntamiento, dando facilidades de suelo público, con precios de viviendas muy accesibles. Pero, además, nosotros queremos promover el alquiler. Éste es un país que tiene muy poco alquiler, tiene mucho piso vacío. Para ello vamos a hacer una Agencia Pública de Alquiler que garantice jurídicamente...

F. J. L. : Otra burocracia.

ZP: No, es una agencia de muy poca gente, veremos los datos al final.

F. J. L.: Sí.

ZP: Pero un Gobierno socialista, yo siempre me he proclamado socialista...

F. J. L.: Me parece muy bien.

ZP: Va a tener seguramente una estructura organizativa completa de lo que es la cabeza de la Administración menor que el Gobierno, entre comillas, liberal que era el Partido Popular. Y seguramente vamos a tener un gasto corriente menor, en cuanto se vea el próximo ejercicio presupuestario, del gasto corriente que tenía el Partido Popular.

F. J. L.: Bueno, si lo consigue yo seré el primero en aplaudirle.

ZP. Va a ser muy llamativa la reducción, que es gasto corriente, en todo lo que significa la partida en publicidad, propaganda y campañas que tenía el Partido Popular. Cuando las cifras sean aportadas va a ser muy llamativo en ministerios como, por ejemplo, el de Trabajo y Seguridad Social.

F. J. L.: Se nos está terminando la entrevista y hay una cuestión que yo le quisiera plantear, volviendo al principio: la sensibilidad de una parte sustancial de la opinión pública española, en la que, además, si usted quiere durar en el Gobierno tendrá que apoyarse, de una u otra manera Porque si no conquista una parte de esa sensibilidad, de esos diez millones de votos de la derecha, será difícil que haya acuerdos estables con el primer partido de la oposición —el único prácticamente—, y que pueda usted ampliar su base electoral y no tener una mayoría un poco... no diré escuálida, porque buena es una mayoría, pero en fin... Sin embargo, da la impresión de que hasta ahora...

ZP: Vengan muchas mayorías escuálidas como la que en estos momentos tiene el Partido Socialista.

F. J. L.: Si usted cree que la amarga victoria es mejor que la dulce derrota...

ZP: Quiero dar un dato que a veces se olvida: el Partido Socialista ha obtenido en 2004 el 42,6 por ciento de los votos; Felipe González en el 89 tuvo 175 diputados, mayoría absoluta con el 39 por ciento Éste es uno de los mejores resultados que ha obtenido el Partido Socialista en su historia.

F. J. L.: Bueno, y el segundo mejor del Partido Popular, tampoco hay que olvidarlo. Aquí todos han mejorado.

ZP: Con el porcentaje de votos que hemos tenido no nos ha favorecido el reparto.

F. J. L.: Las dos fuerzas de implantación nacional tienen un peso enorme, el 90

por ciento del voto. Sin embargo, la sensación que hay es que usted está más dispuesto a dialogar y a «talantear» amablemente con la Esquerra que con el PP. Y a mucha gente le parece imposible mantener unos criterios realmente nacionales, de política nacional, apoyándose en grupos que no son nacionales, sino abiertamente separatistas, y no en el otro gran partido nacional. Esto, después del 13 de junio, porque antes de las elecciones europeas sería un milagro excesivo que los políticos no buscaran el voto. Pero después del 13 de junio, ¿usted cree que puede reconducir con Rajoy esas relaciones actualmente inexistentes entre esos dos partidos que son las dos ruedas sobre las que puede funcionar España? Si pincha una, o se la cargan, esto no rueda, se acabó ZP: Hombre, la rueda sobre la que funciona España es fundamentalmente los ciudadanos, la sociedad española, que normalmente da lecciones a los políticos y a los partidos como lo que representó la lección en torno al 11 de marzo, que hoy por cierto cumplimos dos meses de ese trágico atentado. Valen más los hechos que las palabras, y en política y en temas tan serios como es la política antiterrorista, mucho más los comportamientos y las trayectorias que no los desencuentros coyunturales. Yo he sido líder de la oposición casi cuatro años; yo propuse el Pacto Antiterrorista y por las Libertades, no tenía ninguna obligación de hacerlo, lo hice para ayudar al Gobierno y por una visión de Estado: que unidos PP y PSOE acabaríamos antes con el terrorismo, que era imprescindible. Lo propuse, hubo incluso alguna ironía inicial, y ahora este pacto es bendecido, elogiado y querido por el Partido Popular, y me alegro de que así sea porque el pacto va a seguir, yo voy a entregarme al pacto como no se entregó el anterior presidente del Gobierno, voy a acudir al pacto, nunca el señor Aznar fue a una reunión del Pacto Antiterrorista, y lo voy a hacer como símbolo de mi compromiso directo y personal con ese pacto ante el señor Rajoy y ante el PP. En el desarrollo de ese pacto y en la política antiterrorista he tenido una actitud de entrega al Gobierno, porque entrega al Gobierno es, como hice, dar apoyo a la Ley de Partidos y a la ilegalización de Batasuna por una llamada telefónica que no me hizo el anterior presidente del Gobierno. Incluso a mí no se me puso a veces al teléfono.

F. J. L.: ¿Ve usted lo que pasa con los fantasmas de La Moncloa?

ZP: Por eso hay que aprender de los errores ajenos, para no cometerlos. Porque a cualquier líder político que me llame, yo me voy a poner, por respeto a lo que representa. Y voy a ir mañana al pacto y lo voy a defender, y voy a dar toda la información al PP, y todas las medidas de refuerzo de la lucha antiterrorista van a ser compartidas con el PP. Es mi compromiso, lo va a poder comprobar en estos años. Además de eso, quiero escuchar a todos los grupos políticos en la política antiterrorista. Hay un antes y un después del 11-M, por desgracia para nuestro país, porque emergió el terrorismo internacional.

F. J. L.: ¿Por qué no lo llama islámico? ¿Por qué lo llama internacional?

ZP: Igual que no llamo al terrorismo de ETA terrorismo vasco. Por respeto al islamismo, porque hay millones de personas que profesan la religión islámica, que son en su inmensa mayoría pacíficas, que quieren la democracia y que tienen sus ideas religiosas. Lo común de este terrorismo es que es internacional. Actúa de manera concertada en diversos países para provocar efectos globales. Podemos llamarlo terrorismo de Al Qaeda.

F. J. L.: Bueno, eso es una franquicia...

ZP: ...Igual que hablamos de terrorismo de ETA y no vasco, que sería injusto... Y creo que eso tiene su importancia. Hoy he oído a un representante islámico pedir que no se hable de terrorismo islámico.

F. J. L.: Un dirigente islámico, qué va a decir...

ZP: Hay millones de islamistas pacíficos y con los que nos tenemos que entender. En la lucha antiterrorista quiero contar con la inmensa mayoría de los partidos políticos. Hoy hace dos meses del brutal atentado del 11-M y lo que quiero transmitir son tres objetivos. Primero: dar todo el apoyo a las víctimas y las familias, afectivo, social, económico y moral. Segundo: mantener una lucha implacable para detener y llevar ante la justicia a todos los que cometieron esta barbarie, y en esto estamos redoblando todos los esfuerzos de la policía, la Guardia Civil, los servicios de inteligencia... Tercero: unir a todos los partidos en la lucha contra el terrorismo. Creo que el mejor homenaje que podemos dar a las víctimas y a la sociedad española, que respondió ejemplarmente ante el 11-M, es que los partidos políticos tengamos un mensaje de unidad y de entendimiento. Puedo decir que la capacidad de diálogo con el PP no se ha roto en ningún momento, sigue viva. Mañana, en la reunión del Pacto Antiterrorista, se reafirmará esa voluntad, que como presidente de Gobierno pienso cuidar de manera muy directa y muy especial. Porque es importantísima para este país.

F. J. L.: Nosotros, sea quien sea el Presidente, también somos leales a ciertos valores fundamentales.

ZP: Liberalismo.

F. J. L.: Nación.

ZP: Es un concepto que nos llevaría muy lejos. Por ejemplo: soberanía es un concepto que ha cambiado mucho. Se necesita voluntad de vivir en un proyecto común que llamamos España. Lo que debe hacer quien gobierna España es tener una actitud integradora y comprensiva de la diversidad.

(Música de sintonía)

F. J. L.: Gracias.

ZP: Gracias.

(Sintonía: las noticias de las diez)

LA ULTIMA ENTREVISTA DE DON BERNARDO

Federico: Bien, pues ésta es la sorpresa que les he anunciado hace un rato. Creo que es la primera vez, y, si no es la primera, de las poquísimas veces en que yo he entrevistado a don Bernardo Herráez, presidente de esta casa.

Don Bernardo, muy buenos días...

Don Bernardo: Buenos días, Federico...Y ya sabes que con mucho gusto.

F. J. L.: Cuando yo llegué a la COPE en el año 92, con Antonio y con Luis, nos decían: «Ahí, el que es muy listo es el cura»...

D. B.: ¡Qué cosas!

F. J. L.: «El cura» era, naturalmente, don Bernardo, el cura por excelencia. Y se dirán ustedes: ¿no hay más curas en la COPE? Los hay. Pero el cura, por definición, es don Bernardo. La COPE se ha convertido, en todos estos años y con el cura al timón, en algo muy importante. Hay una noticia que don Bernardo quiere darnos y siendo la COPE un medio de comunicación, lo lógico es que esa noticia la dé aquí. En fin, don Bernardo, es el momento.

D. B.: Bien, pues yo tengo el encargo de hacer público hoy, de manera oficial, que hay algún cambio en la estructura directiva de la COPE. ¿En qué consiste ese cambio? Bueno, yo, hasta ahora y desde hace nueve años, he sido presidente ejecutivo. Y a partir de este momento, paso a ser solamente presidente de honor y me sustituye a mí como presidente ejecutivo para esta temporada don Alfonso Coronel de Palma. Ésta es la noticia: que es don Alfonso Coronel de Palma el que desde el día 30 de junio va a asumir, diríamos, lo que me ha tocado a mí hacer durante estos siete años últimos, que es ser presidente del Consejo de Administración, que es una cosa muy fácil porque los consejeros son colaboradores fieles y quieren a la COPE. Porque cuando alguien me dice: «Pero ¿cuál es el secreto para poder llevar la coordinación y entenderse con don Federico y con los otros?», yo les digo: «¡Pero si no tengo problema ninguno!».

F. J. L.: Claro: él, simplemente, manda; y nosotros obedecemos...

D. B.: Pero ésa es la clave, el secreto: que obedezcan. Muchas veces, el problema no está en mandar, si no en que tenga eficacia lo que digo.

F. J. L.: Hombre, claro.

D. B.: De forma que la noticia que ha anunciado Federico y que yo vengo a confirmar es doble.

Voy a leer el párrafo que me han pasado mis jefes para que lo lea...

F. J. L.: Eso está muy bien, para que no haya interpretaciones. A ver, que tomen nota los malos.

D. B.: «Después de más de treinta años vinculado —primero, como consejero delegado, y añadiendo luego a ese cargo el de presidente— a la cadena COPE, y ante la indicación por parte de los señores obispos como accionistas mayoritarios, he decidido aceptar con gusto el ofrecimiento que me hacen a través del Comité Ejecutivo, que es el órgano de gobierno de la Conferencia Episcopal como accionista mayoritario y el que tiene la encomienda de hacer el seguimiento de la COPE. Y así paso a ser presidente de honor de COPE».

Todavía no sé cuál es el contenido de esto. Supongo que nada más que... Tengo ya algunos recuerdos y... bueno.

F. J. L.: Tiene despacho, ¿no? Eso es fundamental.

D. B.: Sí, sí, por supuesto. Yo no voy a cambiar de despacho. Continuaré en la COPE, utilizando el despacho que tengo.

F. J. L.: O sea, que si yo voy a quejarme...

D. B.: Estaré en disposición de diálogo... y podremos continuar discutiendo, Federico, que es lo tuyo.

F. J. L.: Es que además lo del Real Madrid hay que arreglarlo, don Bernardo.

D. B.: De forma que ésta sería la noticia que veníamos...

F. J. L.: Hay algo, don Bernardo, que yo creo que vale la pena explicar, porque la COPE ahora es algo más que una cadena de radio y hay mucha gente joven que no sabe esa historia. Acaba de decir: «Hace más de treinta años...». Pero ¿hace más de treinta años que existe la COPE? Creo que eso valdría la pena explicarlo: cómo nace la COPE, cómo se forja la COPE; primero, porque es una cosa casi novelesca y luego porque el único que ha estado en todo ese proceso, ya dos generaciones, diría Ortega, es usted.

D. B.: Sí, sí, he estado, lo he sufrido y lo he gozado y no me arrepiento de haber estado en la COPE. Esto me interesa que quede bien claro: estoy muy satisfecho de haber estado... me dicen que estoy ahí desde el año 1975.

F. J. L.: Casi nada.

D. B.: Mayo del 75, he estado durante...

F. J. L.: Treinta y un años.

D. B.: ¿Cuántos?

F. J. L.: Treinta y uno.

D. B.: Treinta y uno, pues. Estuve durante una primera temporada como miembro del Consejo de Administración y delegado de la Conferencia Episcopal para hacer el seguimiento de la COPE. Por eso, aunque los contertulios no lo sepan, he tenido que estar un poco al tanto de lo que dicen. Después, esto ha evolucionado. La COPE de

hoy no se parece prácticamente en nada a aquella COPE que yo recibí o traté hace treinta años.

F. J. L.: Al principio, había una serie de emisoras locales de distintos obispos, ¿no?

D. B.: Tú sabes que el origen de la COPE está en las llamadas «emisoras parroquiales» de la Época.

F. J. L.: Sí, después de la guerra.

D. B.: Llegó un momento en que esas emisoras parroquiales, por legislación y demás, fueron prácticamente suprimidas. Y entonces, creo que fue el ministro Fraga el que señaló que hubiera una emisora por cada una de las provincias o cada una de las diócesis, y se redujeron a cuarenta y cinco emisoras... Yo recorrí esas cuarenta y cinco emisoras en el año setenta y tantos y recuerdo que algunos señores obispos, porque eran emisoras diocesanas, cuando les decía que íbamos a integrarlas en una cadena, me decían: «¡Llévatela, llévatela! ¡Aquí esto sólo me cuesta disgustos o pedir dinero!». Entonces no había la conciencia, la valoración que hoy se hace de la COPE. Por eso me atrevo a decir que la COPE de hoy no tiene nada que ver con aquellas cuarenta y cinco emisoras, que eran cuarenta y cinco empresas autónomas y que funcionaban en cada sitio con los criterios propios de los directivos. Funcionaban bien pero prácticamente no se las oía; no tenían instrumentación técnica, ni personal, ni nada. Y, además, cada una con su programación.

F. J. L.: En prácticamente todos los países católicos del mundo envidian esta COPE que existe en España, un lugar de encuentro de creyentes y no creyentes que comparten unos valores fundamentales; y su audiencia y su presencia social... En otros países se ha intentado y no se ha conseguido.

D. B.: Yo me he atrevido, Federico, y tú me lo has oído muchas veces, a decir que a mí lo que más me anima —porque algunas dificultades he tenido— es la significación social de la COPE, con su estructura, con sus criterios, con su actuación y con lo que hacéis todos los comunicadores y los señores contertulios que os acompañan, que es un servicio que sería muy difícil pagar adecuadamente.

F. J. L.: Eso se podría negociar. Pero ¿cuáles han sido, desde el punto de vista profesional, los momentos y los personajes clave que hicieron que la COPE pasara de ser una agrupación de emisoras que casi no se oía a convertirse en una radio con presencia nacional?

D. B.: Pues yo creo que esto es mérito, sobre todo, del padre José Luis Gago. Fue el primer director general de todo el conjunto de las emisoras, y llamó a unos profesionales que entonces estaban, casi como Federico ahora, en la cresta de la ola. Encarna Sánchez, a quien debemos mucho...

F. J. L.: Un motor... tremendo.

D. B.: Desde el punto de vista de la COPE, fue un salvavidas. Y, sobre todo,

Protagonistas, de Luis del Olmo.

F. J. L.: Claro, ése ya fue el gran salto. Además, *La mañana y La tarde*.

D. B.: Después, hay otra época donde es figura destacada Antonio Herrero... [se emociona].

F. J. L.: Claro, es el año 92. En esa época llevaba la gestión Eugenio Galdón. Entran Antonio y...

D. B.: ...José María...

F. J. L.: ...García... Que son clave también en la renovación de las figuras.

D. B.: Hombre, ayer o antes de ayer estuvo en mi despacho José María García y recordábamos estos tiempos. Yo tenía la obligación del secreto, de no decir nada, así que no hablamos de mi cese, pero él ya se debía de barruntar algo. Tú sabes que mantengo con él una relación de mucha cordialidad. Pues estuvimos recordando aquellos tiempos, los años 91, 92 cuando tú te incorporaste, aunque entonces no eras responsable...

F. J. L.: No, yo era el comentarista de Antonio y el segundo de Luis. Hacíamos la última hora de *La linterna*, justamente antes de García.

D. B.: Ante la triste realidad de tener que asumir la muerte de Encarna y, sobre todo, la muerte de Antonio, que era nuestra arma y nuestro punto de apoyo, juntamente con José María García y algún otro, hubo que hacer aquel reajuste. Y fue cuando tú apareciste en escena ya en primera fila, de lo que yo me alegro infinitamente.

F. J. L.: No estoy muy seguro de que mi mujer comparta ese criterio, pero, en fin, yo sí se lo agradezco. Hay que decir que es un momento terrible, en el que a Luis Herrero le tocó bailar con la más fea.

D. B.: ¡Pobre Luis! ¡Qué diría yo a favor de Luis! Porque de esto que acabas de decir, la traducción para mí es que, cuando no sabía por dónde tirar, llamaba a Luis y le decía: «Oye, ¿qué hacemos aquí?». Y él, enseguida, de una forma muy inteligente, lo hacía... Luego al final ya se cansó y quiso dejarlo un poco, pero todavía no lo ha dejado...

F. J. L.: No. Y además es una persona tan cercana a la COPE... Ahí está, defendiéndonos en Estrasburgo.

D. B.: Sí, sí...

F. J. L.: ¡Por fin tenemos un político que nos defienda; no sólo que nos ataque!

D. B.: Y finalmente el equipo actual. ¡Cómo no vamos a decir que estamos contentos con él! Me refiero a don Federico Jiménez Losantos, aquí presente, a Cristina López Schlichting, que no sé si anda por aquí o vendrá...

F. J. L.: Estará a punto de llegar...

D. B.: A don César *Lumbreras*. Reivindico la autoría. A pesar de que me lo quitáis, eh, César *Lumbreras* está en la COPE por mí...

F. J. L.: No, César Vidal.

D. B.: César Vidal, perdón.

F. J. L.: Lumbreras también, pero...

D. B.: También. No, pero quería decir César Vidal.

F. J. L.: Sobre eso, acabaremos usted y yo en los tribunales...

D. B.: Bueno, bueno...

F. J. L.: Esa victoria tiene ya muchos padres...

D. B.: Y con este equipo, José Antonio Abellán. Yo de José Antonio Abellán tengo que hablar con alguna...

F. J. L.: Es que son paisanos.

D. B.: No, además de eso, porque yo ando cojo. Y no quiero hacerle culpable a él, pero él fue el que me acompañó en aquella aventura...

F. J. L.: O sea, que se confirman los rumores...

D. B.: Sííí, sííí, se confirman.

F. J. L.: Ah, recuerdo aquel día en que viene Rouco a comer a la COPE y le dice a Abellán: «Pero hombre, ¿cómo le has hecho esto a don Bernardo?». Y él, que en el fondo es bueno, diciendo, tan grandón: «¿Yo? ¿Cómo que yo? ¿Yo?».

En fin, don Bernardo, pasemos a otro asunto más serio. Hemos hablado de los momentos, digamos, de salto cualitativo, de la consolidación de equipos que te garantizan una audiencia, una publicidad, una influencia... es decir, que hacen que una empresa sea eso: una empresa. Y precisamente por la importancia que tiene ahora la COPE en la sociedad española, que ni en nuestros mejores tiempos llegábamos a la mitad, en parte por lo que hacemos nosotros y en parte por lo que está pasando en España, creo que hay que explicar una vez más la relación económica de la Conferencia Episcopal con la empresa llamada COPE. Creo que aunque lo digamos cien veces, los que mienten seguirán mintiendo, pero hay mucha gente, sobre todo la gente joven que empieza a oír la COPE, que no lo sabe. Y puede pensar: si es de la Conferencia Episcopal, los obispos pondrán el dinero si no hay o lo sacarán si hay. Vamos a aclarar que nunca ha sido así.

D. B.: Nunca. El dinero de la Conferencia Episcopal nunca ha estado orientado a apoyar directamente a la COPE. Y no lo ha hecho. La COPE tiene a su favor y en su historia el mérito de que ha sido siempre autosuficiente. Y si ahora, diríamos, da muestras de un poco más de desahogo que en otras ocasiones, es fruto de todos vosotros; de forma que nunca ha habido trasiego de dinero entre la Conferencia Episcopal y la COPE. Hay un pretexto más para esa confusión: que como yo he estado muchos años en las dos instituciones pasaba dinero de un cajón a otro...

F. J. L.: Es que, aparte de la COPE, don Bernardo ha estado al frente de los dineros de la Conferencia Episcopal. Y yo creo que una de las bases del éxito de la COPE es ésa: que nunca ha habido trasvase de fondos.

D. B.: Nunca, nada, nada. Y además era consigna de todo el episcopado, eh. Estaban vigilantes para defender la autonomía y la independencia de la COPE. Mira, hace tres días, una alta jerarquía de la Conferencia me decía: «¡Ay, me consuela tanto oír decir a la COPE "somos libres"!». Ése era el grito que satisfacía a este personaje de la jerarquía eclesiástica.

F. J. L.: Es que suena muy bien y es verdad. Y debo decirlo ahora, que parece que don Bernardo se va, aunque se quede, porque don Bernardo es como la sierra de Gredos, a lo mejor se oculta un poco, pero su presencia pertenece al orden geológico natural, y siempre va a estar ahí: los toros de Guisando, la sierra de Gredos, y don Bernardo, en Ávila. Debo decir que desde 1992, año en que yo llegué a la COPE, y estando don Bernardo al frente. Jamás he tenido una censura directa, de verdad: «Tú no hablas de esto, de esto, de esto». Nunca. Si la hubiera tenido, no la hubiera obedecido, pero es que no la he tenido. La autonomía de esta empresa se basa en la libertad de los directores de los programas, eso es rigurosamente cierto y es un mérito que nadie le podrá negar. Aunque unos lo agradecerán y otros lo lamentarán.

D. B.: Nada más haría una precisión; eso no quiere decir que los responsables de lo que dicen los comunicadores sean los obispos. En la autonomía de cada programa la responsabilidad directa es de los comunicadores y, en todo caso, del Consejo de Administración, que también trabaja.

F. J. L.: Luego están los programas socio-religiosos y la Línea COPE, que es la oficial de la cadena.

D. B.: Ésa es la que marca, diríamos, la línea ideológica.

F. J. L.: Don Bernardo, creo que tiene que irse a misa a inaugurar la convención de la COPE, pero una cuestión más. Tras volver la vista atrás, a los treinta años de una cadena que en parte fundamental es obra suya, miremos al hoy. ¿cuál es el elemento fundamental que aporta la COPE a la España actual?

D. B.: Pues mira, yo creo que aporta eso de lo que tanto se cacarea ahora, pluralidad. Para mí la COPE tiene su mayor mérito, desde el punto de vista de la estructura interna y sobre todo desde el punto de vista de los que se acercan a ella, en la pluralidad. Ahora bien, con una exigencia, una fidelidad a un ideario que está marcado dentro de la COPE y, bueno, a veces también fallamos nosotros en el cumplimiento de ese ideario, pero fallar ¡quién no falla! El otro día tuve un diálogo con un obispo, y me decía: «Pero hombre, es que en la COPE hay alguna cosa que... tal». Y yo le contesté: «Eso mismo me han dicho de algunos de sus diocesanos en la diócesis».

F. J. L.: Así hemos sobrevivido treinta años. Éste es el argumento infalible D. B.: Claro, si usted, siendo obispo, con los poderes que tiene el obispo, permite que sus feligreses no vayan a misa y lo tolera. . Pues mire, a mí me pasa otro tanto dentro de la COPE. A veces, eh, sólo a veces...

F. J. L.: Bueno, don Bernardo será presidente de honor, por tanto sigue en la casa y sigue siendo una referencia. A partir del 30 de junio estará Alfonso Coronel de Palma. Naturalmente, la estructura de la empresa es la misma, la independencia es la misma y ahí está usted con la carabina, por si acaso.

D. B.: Estaré, sí. Yo espero que esté mejor que ahora, porque todavía ando con la pierna un poco...

F. J. L.: Pero mire usted al pobre Abellán, que le va a poner una demanda...

D. B.: No, hoy me ha dicho que ya para la semana que viene va a conseguir que yo deje la muleta, deje la silla y deje todos estos instrumentales que al fin y al cabo son un estorbo; porque yo por naturaleza lo que quiero es estar también libre. Libre, los demás, pero libre yo también, para moverme, para enfadarme, para todo eso, Federico, que tú me conoces muy de cerca...

F. J. L.: Hombre, hemos pasado las de Caín y las de Abel. Más las de Caín...

D. B.: Vamos a olvidar todo aquello que haya sido negativo.

F. J. L.: Claro que sí. Don Bernardo, muchas gracias por estos años y muchas gracias también por seguir aquí. Porque, insisto, la COPE es lo que es gracias a esta persona que está aquí, a mi izquierda.

D. B.: Yo creo que exageráis, de verdad; y yo, como tal exageración, os perdono que lo digáis. Sí es cierto, y no puedo negarlo, que yo he dado a la COPE todo lo que he tenido, de una forma, diríamos, moderada, sin salir mucho a la publicidad y esas cosas, pero sin perdonar a nadie para decirle todo lo que haya que decir. Contigo el primero. Lo digo públicamente, para que no se diga que estamos cohibidos. Pero con criterio de tolerancia y comprensión y sobre todo con esa frase que me decía el otro día el obispo, que se recreaba en ella: «Somos libres». Luego, se hará recto o no recto uso de esa libertad.

F. J. L.: Muchísimas gracias, don Bernardo. Seguiremos viéndonos, seguiremos hablando.

D. B.: Sí, si Dios quiere.

F. J. L.: Afortunadamente, esto no es una ruptura. Es un cambio, digamos, estructural.

D. B.: Al menos a mí eso es lo que me han dicho, ¿verdad?

F. J. L.: Mis fuentes son bastante buenas, y creo que sí, que es verdad. Es más, estoy seguro de que es verdad. Si no... Creo que, además, los resultados de la empresa que van ustedes a anunciar esta mañana son espectaculares.

D. B.: Ciertamente.

F. J. L.: Eso también nos congratula.

D. B.: Nunca habíamos tenido un resultado, desde el punto de vista crematístico, equivalente al que podemos presentar como resultado del ejercicio anterior. Y, hombre, déjame que, antes de terminar, no me vaya sin decir una palabra de gratitud a

todo el mundo, porque es que, claro, en COPE están en nómina ochocientas y pico personas, no sois solamente vosotros. Son los administrativos, son los directivos de la cadena, son los directores de las distintas emisoras cuya convención celebramos hoy, son los sectores que se van creando en el mundo de la radio, en el mundo de la televisión, el mundo de las promociones... Y yo tengo que agradecerse a todo el personal que trabaja de una manera o de otra y que hace posible esta realidad. Por eso COPE tiene el peso específico actual. Tengo que agradecer su trabajo porque normalmente el trabajo de los empleados, no sé cómo llamarlos, de los trabajadores de COPE, es un trabajo... no diré gratuito... pero sí generoso... muy generoso.

F. J. L.: Quiere decir que es donde más se trabaja y menos pagan, pero gracias a eso no estamos endeudados, ni enfeudados. Somos libres... esas cosas.

D. B.: Estupendo, Federico, a tu disposición siempre que quieras, y lo mismo les digo a los contertulios que tienes alrededor de la mesa. Que yo continúo allá, en la planta segunda, en mi despacho. Y ya está.

LAS CONCLUSIONES DE LA INVESTIGACIÓN DEL EGM

01. La mayoría de las encuestas sobre las que se sostiene este informe incluyen un defecto de forma o una irregularidad.

02. Convertirse en encuestador para el EGM es el trabajo más accesible. No es necesario ningún requisito, ni personal ni profesional. Ni siquiera disponer de documentación en regla.

03. El ordenador (Tablet PC) sobre el que se hacen las encuestas es sofisticado y muy lento. La mayor parte de los empleados en este estudio estaban en mal estado y se bloqueaban con cierta frecuencia.

04. El control sobre la veracidad de las encuestas es mínimo. Está basado en la intimidación, no en la vigilancia. Las respuestas no se chequean.

05. El tiempo medio que requiere una encuesta bien hecha es de 40 minutos. Los pasos que hay que ir dando son inagotables.

06. Sólo una de cada doscientas personas a las que se le intenta hacerle la encuesta accede a realizarla. En barrios de clase media-alta el promedio es una de cada mil.

07. Prácticamente nadie de los que acceden a ser encuestados aceptan llegar hasta el final. La mayoría las suspenden antes. Nueve de cada diez son terminadas por el encuestador.

08. Los inmigrantes, sobre todo los suramericanos, son los que más predisposición ponen para contestar.

09. En el horario en el que se realizan las encuestas, las casas acostumbran a estar vacías o pobladas sólo por jubilados o empleadas de hogar.

10. Nueve de cada diez entrevistas vulneran los criterios de selección.

11. Más del 90 por ciento de las entrevistas realizadas en el informe no se hacen en el punto designado por el ordenador.

12. Un 20 por ciento de las entrevistas han sido contestadas en nombre de alguien y sin autorización por un conserje, una empleada de hogar o un familiar.

13. Más del 90 por ciento de las entrevistas realizadas durante el informe no se hacen a la persona que designa el ordenador.

14. Más de la mitad de los encuestados se deja inducir por el encuestador para escoger sus respuestas.

15. El encuestado no ve nunca si su respuesta coincide con la que encuestador introduce en el ordenador.

16. La mayoría de las irregularidades cometidas durante el informe pasaron inadvertidas para los mecanismos de vigilancia de las empresas encuestadoras.

17. El 90 por ciento de las irregularidades advertidas fueron pasadas por alto por las empresas. La explicación telefónica dada por el encuestador les convencía fácilmente.

18. A finales de enero, sólo 7 de las 1. 200 encuestas efectuadas en el informe habían sido anuladas por las empresas tras ser chequeadas.

La mentira del EGM

Dos meses dentro de las empresas encargadas de medir la audiencia vale para comprobar que se sostienen con encuestas irregulares o manipuladas.

«Acuérdese, señor. Si le llaman, diga que vive en el 3o D, que no tiene hijos y que sí, que vino un chico a hacerle una entrevista sobre sus gustos. Bueno, a usted no, a su mujer, pero no cuente que contestó por ella. ¡Ah!, y avísela, no vaya a coger el teléfono y nos la líe. Y no se olvide de que para nosotros tiene 33 años». Las encuestas rara vez se hacen como deben. Casi todas incluyen una irregularidad, una trampa, un defecto de forma. Son fácilmente manipulables. No importa. Esas encuestas son la base que sujeta el EGM, el célebre estudio general de medios, el termómetro que dictamina las audiencias, el que establece lo que se oye, lo que se ve o lo que se lee, el árbitro del que dependen un montón de sueldos, el juez implacable que distribuye el dinero de la publicidad, el que decide qué programa vale y cuál no.

Unos cuantos reporteros de la cadena COPE se colaron durante dos periodos de medición (la última oleada de 2005 y la primera de 2006) en empresas encargadas de realizar el estudio, consiguieron ser contratados como sufridos encuestadores y se dieron de bruces con la cruda realidad sin necesidad de levantar alfombras. Así es el EGM, una chapuza, una mentira, un fraude.

Trabaja cualquiera

Infiltrarse en el EGM resulta relativamente fácil. La sociedad que ofrece el estudio de las audiencias (AIMC) subcontrata a otras tres firmas (IPSOS, RANT-DOM y TNS) para que se encarguen de la elaboración de las encuestas. A ninguna le sobra precisamente personal. La oferta está muy por encima de la demanda. La mano de obra se pierde rápido. Los empleados no suelen durar más de un mes. Al principio suena bien la propuesta (14 euros por encuesta completada), pero el día a día enseña enseguida que arrancar los gustos de la gente, o intentarlo, termina por resultar frustrante, aburrido y complicado.

Es duro, se hace eterno incluso después de recurrir a algunos trucos que aunque pervierten el objetivo del estudio, su veracidad, suavizan finalmente la tarea. Y como el control es mínimo y poco eficaz, hasta el más inocente colaborador, asesorado debidamente desde la primera jornada por el veterano de turno, echa mano de las triquiñuelas para aligerarse el camino.

Quizás por eso, porque no disponen de gente, porque la que encuentran se les va enseguida, entrar a trabajar en estas empresas resulta de lo más sencillo. Basta una simple llamada. En dos días, le ponen a cualquiera un ordenador portátil en la mano y le lanzan por ahí a la búsqueda aleatoria de respuestas. El proceso de selección previo a la contratación no existe. No preguntan nada, ni se interesan por los datos personales ni por la experiencia profesional. No hay que tener una cualificación especial. Nada. No hay que cumplir requisito alguno. Todos los interesados valen. Ni siquiera es necesario tener la documentación en regla.

Sólo dan de alta en la Seguridad Social a los que así lo solicitan, que, por contra, perciben menos dinero por encuesta completada. Sale más rentable cobrar mediante facturas, como autónomos. Y la propia empresa ilustra sobre la posibilidad de pagar a través de terceras personas. Una fórmula que facilita las cosas a los inmigrantes que están en España en situación irregular.

Una vez dentro, aumentar el número de infiltrados resulta mucho más sencillo. La recomendación es el mecanismo preferido por la propia empresa. «Tengo un amigo que quiere trabajar..., un conocido al que no le vendría mal...». Suficiente referencia para ponerle al instante con un ordenador en la mano a determinar la radio que consumen los residentes en España.

Concluido el primer mes de investigación, concentrado específicamente en Madrid, comprobamos que colarse en otras provincias resulta igualmente sencillo. Durante la primera oleada de 2006, el segundo periodo que íbamos a vivir dentro del EGM, además de en *Madrid*, logramos ser los encargados de realizar encuestas en *Valladolid, Palencia, Burgos, Avila, Segovia, Soria, Guadalajara, Barcelona, Girona, A Coruña, Santiago y Murcia*. En todos los sitios nos encontramos las puertas abiertas de par en par para trabajar. Ningún control, ninguna exigencia. Pasen y encuesten.

Tres horas de curso

El método es el mismo en todas las provincias estudiadas. El aprendizaje antes de salir a la calle es mínimo. Consiste en una pequeña charla ideológica inicial en la que explican qué es el EGM y su objetivo. Posteriormente alertan contra la tentación de inventarse las respuestas sin acudir a los hogares establecidos. Aseguran que todos los que lo han intentado han sido cazados, ya que amenazan con que gran parte del

trabajo diario es supervisado personalmente por algún superior con llamadas o visitas a los entrevistados. Pero no es verdad, finalmente se comprueba que no llegan ni al 5 por ciento *las entrevistas que son chequeadas desde la empresa. Y sólo comprueban el hecho de haber sido realizadas*, no su contenido.

Igualmente animan a estimular a los encuestados contándoles que sus respuestas computan como las de 50.000 personas. Dicen que en realidad son 5.000, pero que engordar el número de ceros suele conseguir que la gente se tome más en serio sus contestaciones.

Después, generalmente esa misma tarde, se ofrece una especie de cursillo técnico. Primero, para explicar los criterios inflexibles (o eso dicen) de selección de las viviendas y los individuos a encuestar. Dónde iniciar la búsqueda, concretar qué hacer en el caso de que el objetivo señalado no responda, no esté o no quiera contestar, o establecer la dirección a la que dirigirse en el caso muy frecuente de que se pase de vacío por unos cuantos portales, sin una sola encuesta realizada.

Pero sobre todo, el periodo de formación está destinado a enseñar el manejo del ordenador (Tablet PC), dotado de un sistema sofisticado y realmente difícil de memorizar. Es un portátil con un programa exclusivo para la realización de las encuestas. Un laberinto interminable que obliga al entrevistador a ejecutar una función cada instante. Y a lo largo de una entrevista, se complete o no, se dan muchos pasos. Pese a la complejidad del aprendizaje, al aspirante le dan por formado tras una sesión de tres horas.

A la mañana siguiente, acompañado por un encuestador con más experiencia, como si se tratara de una clase práctica, pero que computa igualmente tanto a efectos del estudio como del cobro, el recién contratado está en la calle haciendo encuestas. Y un día más tarde, sin supervisión alguna, ya vuela solo.

Centenares de intentos

El trabajo consiste básicamente en ir casa por casa, al modo del mítico «Avon llama», timbre a timbre, puerta a puerta, en busca de un alma caritativa que acceda a someterse a un auténtico interrogatorio sobre sus gustos personales y de consumo. Y la cosa ciertamente no es fácil. No están los tiempos para que una vecina cualquiera, al azar, abra la puerta de su casa a un desconocido, a un tipo que dice que viene a encuestarle sobre qué programa de radio escuchó la noche anterior, cuál fue el último libro que leyó, con qué frecuencia utiliza su tarjeta de crédito o si en esos días la buena mujer recurre a una compresa o a un tampón. No están los tiempos para fiarse de nadie.

Y menos de un supuesto trabajador que no tiene cómo acreditar su oficio. Las empresas no facilitan justificante alguno, ni un carné ni nada que se lo parezca. Y

como buena parte de los encuestadores no tienen ni su documentación en regla, ni siquiera pueden presentar el carné de identidad. No, no es fácil ganarse la confianza de la gente.

No debe ser casualidad que sean los distritos más humildes los más accesibles. Prácticamente el cien por cien *de las entrevistas en los barrios de clase media-alta son fallidas*. Son los inmigrantes, especialmente los suramericanos, los más comprensivos con los encuestadores, los que más tratan de solidarizarse con su trabajo y más predisposición ponen para contestar. Los españoles son más reacios.

El horario tampoco les ayuda. La jornada de un encuestador comienza a las once de la mañana, nunca antes. Y a esa hora, en su mayoría, las ciudades trabajan. El primer turno concluye a las cuatro de la tarde. Las casas suelen estar vacías. Sólo puede haber en ellas parados, jubilados o enfermos. O empleadas de hogar, pero, al menos oficialmente (la realidad o la trampa luego cuenta otra cosa), éstas no pueden contestar

Los pisos se pueblan más en el tramo de la comida, pero tampoco demasiado. Y en cualquier caso, la confianza en el entrevistador no aumenta. Por eso hay que aprovecharlo todo, hasta que un vecino de Arroyomolinos, una madrileña zona de chalés, fuera sorprendido en lo alto de un árbol, podando, y que, como no se iba a bajar, contestara desde allí el interrogatorio. La media de éxito es desoladora. *Tienen que pasar casi doscientos intentos para que salga una entrevista*.

Durante el proceso de investigación, se dio el caso de que un encuestador no consiguió una sola respuesta durante un día de trabajo. Por mucho que lo intentó, por muchas puertas que fue tocando, no logró que nadie accediera a someterse a la batería de preguntas.

Todas defectuosas

El ordenador tampoco facilita el trabajo. Una vez cargado, el sistema dirige minuciosamente las rutas de trabajo. El hogar en el que iniciar el muestreo, la persona a la que entrevistar, su sexo, su edad, su vida laboral, su posición en la escala familiar... «Es de vital importancia», advierten con mucha solemnidad los jefes, «que se sigan todas las instrucciones, tanto en el proceso de selección de la vivienda y dentro de ella, del individuo a entrevistar, como en la recogida de la información que nos proporciona dicho individuo». Suena bien, pero si los entrevistadores se ciñeran a la máxima sagrada del estudio estarían todavía buscando respuestas a estas horas. Por eso, todos acaban vulnerando los criterios. Porque es fácil y además los teóricos mecanismos de vigilancia no sirven para nada. La afirmación no es gratuita: *nueve de cada diez entrevistas deberían ser invalidadas por defectos de forma*.

La gama de irregularidades es muy variada. Están las meramente técnicas, las que

vulneran los criterios de selección del hogar y el individuo a entrevistar. Por ejemplo, *más del 90 por ciento de las entrevistas realizadas en este informe no se hacen en el punto elegido*. A veces, por imposibilidad manifiesta, porque la máquina exige iniciar la batería de encuestas en el cementerio de La Almudena y no es plan. Pero otras, por pura comodidad De hecho, el barrido, el poder llamar una tras otra a cada puerta de un mismo portal o urbanización, es generalizado. Y esto ya es irregular, porque el sistema informático sólo lo acepta en el caso de que al primer intento el vecino en cuestión diga que no quiere someterse a la encuesta. Lo que pasa es que es fácilmente provocable por el entrevistador.

Otra manera más directa de esquivar el criterio de ruta es falsearlo. Al ordenador se le cuenta que el entrevistado reside en el 1ºD y ya está. Al vecino del 5ºA sólo hay que advertirle de que si un fulano le llama para preguntarle sobre la entrevista, que le diga su domicilio imaginario.

En ese sentido, el mejor amigo de los entrevistadores es el conserje. A veces, por lo general en los barrios más adinerados, ejerce de policía para evitar que se moleste con las entrevistas a los vecinos. Pero en la mayoría de los casos, colabora. Bien sugiriendo qué vecino puede contestar, acompañando al entrevistador hasta el piso en cuestión o directamente contestando él El secreto es similar al del anterior caso. Deja el móvil y le tiene que contar al supervisor, si es que llama, que reside en el piso y la letra que ha determinado el ordenador.

El hijo por la madre

Llegado un punto, el trabajo del encuestador consiste en engañar al ordenador, que, todo hay que decirlo, es un tanto puñetero. Porque no sólo le pone trabas al hogar en el que descolgar las preguntas sino también a quién. Lo malo es que no conoces su decisión hasta que vas grabando las respuestas.

—¿Está casada?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—Sí, dos varones y una hembra.

—¿Qué años tienen?

—Trece, quince y diecisiete.

La máquina dicta sentencia: que conteste el hijo de diecisiete.

Pero claro, si después de 193 intentos, alguien da con una casa que le abre la puerta, que accede a someterse al interrogatorio, no va a aceptar así como así que luego la máquina exija que las respuestas no las dé la madre sino el hijo, que no está en casa, que está en el instituto.

Hay varias fórmulas para llevarle la contraria a la técnica. O que la madre

conteste como si fuera el hijo, alertando siempre de no equivocarse luego en la llamada del supervisor si se produce. O evitando sorpresas.

—¿Están todos en casa?

—No, estoy yo sola.

—Entonces, hagamos una cosa Voy a poner que está soltera y así la máquina la selecciona usted.

Porque si no, tengo que volver más tarde y darles otra vez la paliza. Así se la hago a usted, que da lo mismo. Y si llaman, ya sabe, diga que vive sola.

La anécdota no es excepcional. Se repite una y otra vez a lo largo del informe. *La mayoría de las entrevistas son realizadas a personas distintas a las elegidas inicialmente por el ordenador.*

Atreverse a ir grabando paso a paso en el ordenador las primeras respuestas es un riesgo que el encuestador no acostumbra a correr Si el ordenador determina que hay que entrevistar a la abuela de la familia, de sesenta años, y no está, lo más que autoriza es a generar una sustitución: encuestar en la misma zona a un señor de esa edad, cinco años arriba o abajo, y que esté en la misma situación laboral, jubilada o trabajando. La práctica demuestra que finalmente es fácil contentar al aparato. Lo difícil es convencer a la señora que entra al portal con el carrito de la compra para que haga la entrevista. Persuadirla de que diga si le llaman que tiene sesenta años y que ya no trabaja a veces es más fácil. Más allá de los condicionantes en las sustituciones, el ordenador sólo establece como principio general que hay que realizar seis encuestas por día y zona. Y siempre a tres mujeres y a tres hombres. Y que no pueden contestar los menores de catorce años.

Una maratón

Si conseguir cumplir con los requisitos marcados por el «reglamento» sobre los criterios a la hora de seleccionar hogar e individuo a entrevistar es una odisea, lograr que alguien termine correctamente una entrevista es literalmente imposible. En realidad, lo que se le plantea al vecino del cuarto no es someterle a una encuesta sino a una maratón. La batería de preguntas es inagotable. Algunas probablemente son simples fórmulas de distracción o complementos para saber qué horquilla de gente escucha tal programa o lee tal periódico. Durante los cursillos, conscientes de la dificultad para completar íntegramente todo el cuestionario, las empresas ya advierten de que lo más importante es mostrarse extremadamente rigurosos en las casillas de los datos personales y de los medios de comunicación. En el resto, levantan la mano.

Una entrevista debe durar al menos 15 minutos para que se dé por válida. Pero realizada de forma íntegra y ortodoxa no lleva menos de 60 minutos. Eso si el entrevistado no coge confianza y te enseña la serpiente pitón cuando le preguntas por

si tiene animal de compañía o te muestra sus cuadros si resulta que es pintor. No es lo normal. Lo más frecuente es que superados los primeros cinco minutos y, agobiado a preguntas, el vecino de turno empiece a incomodarse. Algunos suspenden la entrevista a mitad de camino (el encuestador —son 14 euros— la completa luego por su cuenta sin decir nada); o directamente le piden al entrevistador que la termine de rellenar él con lo que quiera. *Nueve de cada diez encuestas no se completan, son terminadas por el trabajador.*

Las empresas encargadas de la medición de audiencias no sólo exigen que el vecino de turno resista la hora que dura la encuesta, sino que la solución propuesta en caso de accidente o avería (que se bloquee el ordenador o se apague en algún paso antes de haberla grabado totalmente), sucesos más que frecuentes dado el estado de las *tablets* que entregan, es que el currito de turno vuelva a su «víctima» y le convenza para repetir el examen. Que le conceda otra hora, vamos. Durante la investigación, los controladores, a los que había que llamar por teléfono inmediatamente para alertar del contratiempo, no dieron más salida a su empleado que repetir la encuesta. Si no, no la validarían. O sea, no la pagarían.

Respuestas fáciles de cambiar

Lo peor de vivir un mes dentro de una de las empresas que realiza las encuestas para el EGM no es comprobar los continuos defectos de forma que lleva el proceso, la manipulación venial de las encuestas. Lo peor es constatar que el contenido de los cuestionarios es aún menos fiable, que se realizan sin ningún rigor. Es muy fácil dirigir al encuestado hacia la respuesta más conveniente.

—Entonces le gustan los deportes, ¿no? ¿Escuchará a De la Morena, no?

El encuestado no suele llevar la contraria al que pregunta. Sobre todo, cuando se percatan de que la encuesta va para largo y que lo más inteligente es quitarse de encima como sea al tipo que les agobia a preguntas. Pero también da igual. Es sumamente sencillo introducir en el ordenador una respuesta diferente de la que facilita el señor de turno. Nadie mira lo que se pone en el ordenador y el control de los superiores es mínimo.

Las primeras semanas, los supervisores llaman con cierta periodicidad a los encuestadores para contrastar cuestiones de presunta coherencia.

—¿Cómo puede escuchar la radio este señor si arriba pones que es sordo?

—¿Y qué? El señor me dijo que se la ponen en casa.

—¿Cómo puedes poner que lee *Sólo moto* una señora de sesenta años?

—Eso me dijo.

La defensa del entrevistador no tiene que ser demasiado sólida para pasar el corte. Sobre todo, porque da la sensación de que las empresas dan por hecho que las

falsedades, que posiblemente asumen, se producen por pillería o comodidad, no por un afán perverso de manipulación de los datos.

Los datos se pueden falsear al instante, mientras se va realizando la encuesta. O después. Hasta que no cierras la entrevista, puedes volver a preguntas anteriores o cambiar alguna respuesta. Queda registrado teóricamente en el ordenador, pero ninguno de los redactores fue interrogado al respecto por sus superiores durante el primer periodo de investigación. Sólo en el segundo periodo, el correspondiente a la primera oleada de 2006, los vigilantes llamaron la atención al respecto a dos de los infiltrados en Madrid.

—¿Cómo podías estar en la página seis a las 11. 35 horas y regresar a la dos a las 12.05?

Pese a que la vigilancia sobre los dos «sospechosos» fue en aumento con el paso de los días, a éstos les bastaba improvisar una explicación de andar por casa para regatear la presión al teléfono de sus superiores. El resto de los periodistas infiltrados en empresas del EGM no despertaron sospecha alguna. Al menos, no fueron bombardeados telefónicamente por sus jefes como en los dos casos mencionados.

Para comprobar el índice de vigilancia de los celadores de encuestas, el equipo de investigación fue exagerando de forma intencionada las irregularidades. También tiró cebos, teóricos deslices fáciles de descubrir, que, sin embargo, pasaron inadvertidos para las empresas encargadas del estudio. Por ejemplo, metieron en el equipo a redactores que seguían haciendo antena y por tanto podían ser reconocibles por los encuestados o por la propia empresa. E incluso se logró que la foto de uno de los ganchos, encargado de realizar sus encuestas en la provincia de Barcelona, apareciera en la contraportada del *Diari de Sabadell*. Aparecía como vecina ilustre, resaltaban que su casa discográfica había logrado un importante éxito en el extranjero. La efeméride pasó desapercibida.

Sobornos

Realmente manejar el resultado de las encuestas es fácil. Además, el personal que las realiza no parece muy difícil de sobornar, y una encuesta representa a 2.800 oyentes. La cifra varía en función de la provincia donde se realizan las preguntas. Pero en todas ellas, diez encuestas suponen que un programa siga o deje de estar en antena. O que el sueldo de un trabajador se doble. O que la publicidad caiga en una emisora o en otra. Su influencia es monumental en la vida de los medios de comunicación. Pero es vulnerable al máximo, incluso desde la buena intención. Falsear los datos, manipularlos a conciencia, también es sencillo. Y sin dejar ningún rastro.

Así es el EGM, así está de podrido. Dos meses dentro fueron suficientes para

descubrir la chapuza. Una mentira.



Federico Jiménez Losantos nace en Orihuela del Tremedal (Teruel) el 15 de septiembre de 1951. A los diez años gana una beca que le permite estudiar interno el bachillerato en Teruel y cursa después la carrera de Filología Hispánica en Zaragoza y Barcelona, licenciándose con una tesis sobre los esperpentos de Valle-Inclán. En sus años universitarios milita activamente en la clandestina izquierda antifranquista (OCE Bandera Roja y PSUC) y estudia arte y psicoanálisis —es uno de los fundadores de la Biblioteca Freudiana de Barcelona—. En su Universidad Central funda *Revista de Literatura* y posteriormente *Diwan*, revista de pensamiento sobre política, filosofía, literatura y psicoanálisis.

En 1979 gana el premio de ensayo *El Viejo Topo* con «La cultura española y el nacionalismo» y publica *Lo que queda de España*, cuyas tesis en defensa de los derechos culturales de los castellanohablantes y sus críticas a la izquierda entregada al nacionalismo lo convierten en el centro de una virulenta polémica. En 1981 es objeto de un secuestro y atentado a manos de los pistoleros de la banda terrorista Terra Lliure. Un año después, tras abandonar *El País*, comienza en Madrid su espectacular carrera en la prensa escrita: jefe de Opinión de *Diario 16*; comentarista en *Cambio 16* y *Época*; columnista político en *ABC* durante diez años y de *El Mundo* hasta hoy.

En la radio es el comentarista político de Antonio Herrero desde el comienzo de *El primero de la mañana* en Antena 3. También colabora con José Luis Balbín en *Hora cero* y con Luis del Olmo en *Protagonistas*. Al llegar la televisión privada es el cronista político del noticiario de Luis Herrero en Antena 3 TV, donde en 1992 dirige

y presenta *Historia de los judíos españoles*. Junto a Antonio, Luis y José María García es expulsado de Antena 3 tras el «antenicidio» polanquista y recalca en la COPE. En 1998 asume la dirección de *La linterna* y en 2003 la de *La mañana*. Entre dos y tres millones de personas siguen cada día su programa, uno de los más importantes de la radio española. Es fundador y director de la revista *La Ilustración Liberal*, editor del diario en Internet *Libertad Digital* y consejero delegado de *Libertad Digital TV*.

Entre otros galardones, ha obtenido el Premio Continente de Periodismo, el Premio de Periodismo del Parlamento Europeo, el Premio González Ruano, el Micrófono de Plata y el premio de ensayo Espejo de España. Su libro *La dictadura silenciosa*, que desvela los peligros de la democracia en España tanto en el ámbito político como en el cultural y mediático, fue un extraordinario éxito de ventas, al que siguieron *Contra el felipismo*, *Crónicas del acabose*, *La última salida de Manuel Azaña*, *Poesía perdida*, *Los nuestros*, *El adiós de Aznar*, *España y Libertad*, *Con Aznar y contra Aznar* y *Federico responde: los chats en Libertad Digital*, los dos últimos publicados con gran éxito en La Esfera.